

ALFAGUARA

# Paul Theroux

## Tierra madre

Narrativa Internacional Traducción de Mariano Peyrou



Paul Theroux

Tierra madre

Traducción del inglés de Mariano Peyrou

ALFAGUARA  


SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

---

Madre, madre, madre, madre, madre, por favor, madre, por favor, por favor, por favor. No, no hagas eso. No hagas eso. Entrega tu vida con tu hijo.

JIM JONES, «Discurso de la muerte»,  
Jonestown, 18-XI-1978

Un odio enorme y un espacio pequeño  
nos mutilaron desde el principio.  
Tengo, desde el vientre materno,  
un corazón de fanático.

WILLIAM BUTLER YEATS

---

## **Primera parte**

## 1. Madre del Año

El clima es memoria. Hasta el viento cuenta. La caída de la lluvia puede estimular recuerdos, como una clase de luz. Uno no necesita un calendario para que le recuerde sus crisis íntimas. Se huelen, se sienten en la piel, se saborean. Si uno vive en el mismo sitio año tras año, el clima empieza a adquirir significado; se carga de presagios, y la temperatura, la luz del sol, los árboles y las hojas evocan emociones en cada aniversario. Todo lo que hay de venerable en el mundo se apoya en este principio, en el hecho de que determinadas percepciones del clima nos resulten familiares; tales devociones se originan en cierta estación del año, en un día en concreto.

Esa encantadora mañana de mayo nos llamaron a nuestras casas para convocarnos y decirnos que padre estaba enfermo. Madre —parca incluso en las emergencias— casi nunca hacía llamadas de larga distancia, de modo que aquella llamada tan cara implicaba que padre se estaba muriendo, que nos estaban reuniendo para que asistiéramos al velatorio, pero que este consistiría en un ritual peculiar, exclusivamente nuestro.

Uno viene de una familia como de una tierra lejana. La nuestra era un caso aparte, con sus propias costumbres y crueldades. Nadie nos conocía, ni generábamos ningún interés, motivo por el cual me dije a mí mismo que, en el momento apropiado, pondría a mi familia —mi tierra madre en todos los sentidos— en el mapa.

Éramos ocho niños, y una se había muerto. Nuestros padres eran severos, debido a que trabajaban duramente y al miedo a la miseria que habían visto en la Gran Depresión. Nos parecían antiguos, pero durante el tiempo que formaron parte de nuestra vida, por muy seniles que estuvieran, seguimos siendo sus niños, pequeños e inmaduros; y todavía éramos niños, todavía nos comportábamos como niños, cuando madre era ya un fósil viviente. En la vejez, nos lanzamos hacia nuestra verdadera y espantosa infancia, convertidos en unos carcamales infantiles aún dominados por su victoriosa

madre.

El hecho de que dos de nosotros fuéramos escritores suponía una molestia para los demás, y con frecuencia una vergüenza, ya que la escritura no ocupaba un lugar muy alto en los afectos de la familia. A esa chusma, ser escritor le parecía una forma disimulada de la pereza. A mí me reprochaban lo que escribía. Dudo que mis libros aparezcan demasiado en esta historia familiar, salvo de manera incidental, cuando resulten un problema para los demás. Lo que me interesa aquí es la vida que tuve antes de marcharme de casa, en la época en que todavía temían que huyera, a eso de los dieciocho años, y cómo esa vida continuó cuando regresé para enfrentarme a la muerte y el fracaso y la confusión, cuarenta años más tarde: el principio y el final; no los libros sobre mi vida, sino los sujetalibros que se colocan en los extremos.

Cuando era muy pequeño, mi madre, toda sonrisas, solía contarme el cuento de un hombre a quien estaban a punto de colgar. Su última voluntad era hablar con su madre. La llevaban al pie del patíbulo, donde estaba su hijo esposado. «Acércate, madre», decía él, y cuando ella inclinaba la cabeza, él hacía como si quisiera decirle algo en secreto y le daba un mordisco en la oreja. Mientras ella gritaba y se retorció de dolor, él escupía el trozo de oreja que le había arrancado y decía: «¡Es culpa tuya que yo esté aquí a punto de morir!».

Al contar este cuento, mi madre siempre juntaba las manos sobre su regazo y asentía con satisfacción. ¿Me estaría diciendo que yo era más afortunado que aquel hombre, y que ella no era de esa clase de madres? ¿O acaso pensaba que yo era demasiado confiado y rebelde? No sabía por qué, pero esa historia me aterrorizaba, porque a veces me sentía como aquel condenado, como quien debía recibir un castigo, un niño entre niños rebeldes, un muerdeorejas en potencia.

Incluso sesenta años más tarde, así era como nos comportábamos unos con otros, de una manera infantil, mezquina y envidiosa. Las mofas eran incesantes, y años después, todos esos niños enormes, trastabillantes y burlones, corpulentos e intimidatorios, panzones y de avanzada edad, que no dejaban de perder pelo y se movían a duras penas, que regurgitaban dolencias y quejas sin parar, continuaban burlándose unos de otros, moviendo en el aire sus dedos regordetes. Ahora que éramos mayores, había muchas más cosas de las que burlarse.

Nuestra inmadurez era tan evidente que una vez Floyd dijo:

—¿Quién fue ese imaginativo filósofo francés que habló de la permanencia de lo infantil?: una infancia inmóvil, pero duradera, disfrazada de historia. ¡Nadie de esta familia ha oído jamás su nombre! ¿Es Pecos Bill? ¡El tiempo es el escritor de sátiras por antonomasia! Se llama Gaston Bachelard.

Todos los hermanos tuvimos el mismo padre; era un hombre fuerte, aunque enfermase a menudo. Tenía la ansiedad nerviosa de un ahorrador compulsivo. La austeridad era su obsesión. Partía los chicles por la mitad, porque mascar un chicle entero era un lujo innecesario. Guardaba trozos de cuerda, guardaba clavos y tornillos oxidados en un bote, guardaba planchas de madera, lo guardaba todo. Tuvo, hasta el final de su vida, gran debilidad por el vertedero de la ciudad, debido a los tesoros que contenía. Ir al vertedero era toda una excursión y le provocaba una gran sonrisa en el momento de la partida, como a quien se va a las rebajas con la certeza de que volverá con alguna ganga. Siempre llevaba un tonel de porquerías y volvía con él lleno hasta la mitad de cosas que podían reutilizarse y que había encontrado revolviendo en los montones de desperdicios humeantes, rodeado de gaviotas que le disputaban los hallazgos. El vertedero también era uno de sus puntos de encuentro: tenía amigos allí. El otro era la iglesia. La pobreza que había sufrido durante su infancia le dejó una especie de enfermedad persistente que lo acompañó toda la vida y le proporcionó un constante sentimiento de gratitud por estar vivo.

Madre era indescifrable y enigmática, y en algunos momentos, ininteligible, como una deidad iracunda. Insegura de su poder, era impaciente y demandante, y daba constantes muestras de una crueldad que parecía proceder de otro siglo, de otra cultura, y que no se terminaba de satisfacer nunca, todo lo cual la convertía en una obstinada aguafiestas. Las contradicciones de madre, sus cambios de humor, sus injusticias, su deslealtad y su imperturbable favoritismo hacían que fuera distinta para cada uno de nosotros; cada uno trataba con su propia versión de ella, cada uno tenía una madre distinta, o la traducía, como estoy haciendo yo ahora, a su propio y particular idioma. Fred podría leer este libro y decir: «¿Quién es esta mujer?». Franny o Rose pondrían pegas. Hubby podría gruñir: «Eres imbécil». Gilbert no conoció a la mujer que me crio a mí. Pero Floyd, el otro escritor de la familia, tiene más que una vaga idea de lo que hablo, y a veces, cuando hablábamos, levantaba el puño y decía:

—¡Las Furias! ¡Las traiciones! ¡El canibalismo! ¡Es la casa de Atreo!



Las historias y las confidencias de madre variaban según el niño con quien estuviera hablando. Yo tendría que haberlo supuesto desde muy pronto, porque solía vernos de uno en uno. Nos animaba a que la visitáramos por separado e insinuaba que le encantaba que le lleváramos regalos sorpresa. Pero el teléfono era su medio de comunicación favorito, ya que permitía los secretos y la manipulación. Le gustaban las llamadas sorpresa, lo caprichoso de las conversaciones, la potestad de decidir cuándo colgar. En siete llamadas telefónicas —la gente necesitada llama mucho por teléfono— contaba siete versiones distintas de lo que había hecho en el día.

Quizá Fred, el mayor, fuera el único hijo al que trató con deferencia y respeto. Era abogado y, como es propio de este gremio, tenía la circunspección y la capacidad de defender en su cabeza dos ideas opuestas sin creer en ninguna. Ella le abría su corazón y él le decía: «Esto es lo que deberías hacer, mamá». Después le mostraba el punto de vista opuesto: «O podrías hacer esto otro». Más adelante, se convertiría en su consejero, su defensor, su intérprete.

O quizá fuera Floyd, el segundo, a quien ella despreciaba y temía. «Nunca ha sido sensato», decía sobre él. Floyd era profesor de universidad. También era un prestigioso poeta.

—El arte es el Edén en el que Adán y Eva se comen a la serpiente —solía decir.

O las hermanas, Franny o Rose, ambas corpulentas y jadeantes, similares a esos testigos presenciales anónimos que salen en la tele con la respiración entrecortada. «¡Llevo viviendo aquí toda mi vida y nunca había visto nada parecido!». Las dos fueron maestras toda la vida, y las dos se dirigían a todo el mundo como si se dirigieran a un niño pequeño.

O Hubby, el taciturno, de quien madre decía: «Es muy bueno con las manos». Era enfermero de urgencias y podía contar muchísimas historias truculentas.

O Gilbert, su favorito, un diplomático con jovial retranca. «Está tan ocupado, pobrecillo, pero me siento orgullosa de él». Madre nunca le dijo que no a nada.

O yo, conocido desde que nací como JP. Madre era cautelosa conmigo, y cada vez que iba a visitarla, parpadeaba como si no diese crédito y siempre estaba deseando que me marchara. Quería que fuera médico; nunca le pareció bien que me dedicara a escribir. Cuando alguien elogiaba algún libro mío,

decía: «¿Sí?», como si la hubieran despertado pinchándola con un palo.

Madre también le hablaba a Angela, y empleaba para ello la fuerza de la oración; Angela era la que se había muerto. Había fallecido al nacer; su vida se había apagado cuando apenas tenía unas horas, aunque ya tenía nombre («Era como un ángel»); contaba con una personalidad y ciertas peculiaridades encantadoras, y era parte de la familia. Madre mencionaba con frecuencia a Angela como si fuera perfecta; era a quien debíamos imitar.

—Estoy seguro de que sabéis que la madre de Paul Verlaine conservó a sus dos hijos que nacieron muertos encurtidos en un bote de cristal sobre un estante del salón —decía Floyd—. Por lo menos, madre nos ha ahorrado ese espectáculo —y aquí miraba por encima de sus gafas con cristales de media luna— de fetos conspicuos para que toda la familia los llore.

Pero Angela era más ostensible y estaba más presente, mucho más disponible para pedirle consejo y consuelo —y guía— por el hecho de ser un espectro. Tales presencias fantasmales dominan con frecuencia la vida cotidiana de las culturas populares y las tribus salvajes, pues hay un acuerdo entre los muertos y los vivos; es el tema del «muerto agradecido» del que habla Lévi-Strauss.

Cuando madre necesitaba una excusa a prueba de bombas o una intervención divina, era Angela quien se la proporcionaba, quien la alertaba contra las murmuraciones desleales o los presagios peligrosos. Angela no solo tenía un nombre y una personalidad, sino que también tenía una historia. Se la lloraba siempre el 8 de enero, cuando madre quedaba paralizada por la pena y necesitaba que la visitaran o llamaran por teléfono para que hablara interminablemente sobre su dolor y contara la historia de su complicado embarazo en tiempo de guerra. La muerta Angela también era necesaria para ayudar a esponjar el grupo, como las almas muertas de la novela de Gógol, y contribuía a hacer que nuestra gran familia fuera aún más grande, y en cierto modo ficticia.

«Somos familia», dice la gente con una sonrisa confiada, y yo pienso: que Dios os ayude.

La expresión «familia numerosa» no me sugiere un grupo de personas que se llevan bien; me hace pensar en extraños problemas corporativos, traiciones, avaricia y crueldad. Lo más cercano, dentro de los límites de la civilización, a un puñado de caníbales. Estoy generalizando, empleando las palabras «tribus salvajes» y «caníbales» para darle a mi relato mayor énfasis

y un toque melodramático, y sé que es injusto. Al leer esas palabras, uno se imagina inmediatamente unos moradores de la jungla medio desnudos, cómicos, con un hueso en la nariz, una gente que lleva arcos y flechas, que aporrea tambores y solo es peligrosa para sí misma en sus actos de violencia recreativa, y que, por supuesto, aúlla y salta con sus enormes pies enseñando los dientes. Pero se trata de gente que no existe en el mundo real. Durante una época viví en regiones ecuatoriales, donde se supone que habitan estos menospreciados estereotipos, y descubrí que allí la gente era cualquier cosa menos salvaje; era gente sutil, cortés, empática, digna y generosa. Fue en las grandes urbes de Estados Unidos donde encontré el salvajismo en su versión más desnuda y descubrí que todas las características míticas que se asocian con los caníbales podían observarse sin mayor esfuerzo en mi familia más cercana.

Mi padre era el jefe calzonazos y mi madre su consorte. Insatisfechos, frustrados, nosotros éramos un grupo de rivales implacables: nos esforzábamos por dominar a los demás, tratábamos de salirnos siempre con la nuestra, teníamos nuestro propio idioma y nuestras peculiares devociones, quejas y aniversarios, todo lo cual resultaba incomprendible para cualquiera que no fuese miembro de la familia. Además, aunque éramos volubles, despiadados y muy envidiosos, siempre intentábamos aparentar lo contrario. La hipocresía sólida y sin costuras de la religión era una gran ventaja: las familias numerosas, casi como norma, están apegadas a una fe fanática y severa. La nuestra, desde luego, lo estaba. No se pensaba en la felicidad o la tristeza; se pensaba en la furia y en la supervivencia, en la condenación y la culpa.

Tales familias apenas existen ya en el mundo occidental, donde son frecuentes los hogares minúsculos, el espacio limitado y los costes al alza. La tasa de natalidad en Europa arroja cifras negativas, lo cual denota que la población y las familias se reducen. Por eso vale la pena contar la historia de cualquier familia numerosa: se trata de una clase de familia que ha sido olvidada, a pesar de que los miembros de esos clanes complejos y enloquecidos han ayudado a dar forma al mundo que conocemos, probablemente para mal.

Nos veían como a una gran familia feliz, y nosotros sonreíamos, pues aunque pensábamos que no existía tal cosa, nos mostrábamos felices porque teníamos mucho que ocultar. El cinismo es otra característica de las familias

numerosas. Algo de nuestra desesperación debió de surgir de la conciencia de que nuestra familia era demasiado grande como para sobrevivir, demasiado torpe para prosperar, demasiado monstruosa para contemplarse, un fenómeno grotesco procedente de otro siglo, una tribu furiosa y aislada, en guerra consigo misma, gobernada por una presencia imposible de identificar con nitidez: la presidenta de la junta, la reina veleidosa, la emperatriz de la tierra madre.

Durante la mayor parte de mi vida, me inculcaron la creencia de que mi madre era una santa, un tanto tediosa y repetitiva, pero virtuosa y leal. Por supuesto, ella fomentó esta ficción, ella se esforzó para darle forma. Y también me influyó su imagen pública, pues era una especie de celebridad local, una antigua maestra de escuela respetada por sus alumnos, que participaba en muchas actividades de la iglesia, muy astuta para todo lo relacionado con el dinero, perspicaz para las cuestiones del corazón, una beata entrometida a quien todo el mundo quería. Para el mundo, en general, mi madre era una mujer trabajadora y llena de recursos que había criado a siete hijos (y alimentado el recuerdo de la octava) y los había acompañado hasta la universidad, la matriarca de una gran familia feliz. Se identificaba con las figuras maternas que salían en las noticias, mujeres sabias que sufrían durante largo tiempo, y sobre todo con la figura de la Madre del Año, en quien nunca vio un modelo, sino una rival. También se comparaba con las mujeres sabias y ancianas retratadas en las tiras cómicas —*Mary Worth* era una de ellas— y con la sensata alma del rodete canoso en la serie televisiva *I remember Mama*. También le rezaba sin descanso a la Virgen María, y su piedad contenía la suposición de que ella y la madre de Dios tenían mucho en común, aunque no la calidad de su progenie. Le hubiera resultado fácil encontrar afinidades con la madre Hawa —Eva, para el islam—, la madre de toda la humanidad.

Me sorprende seguir creyendo ingenuamente en su abnegado personaje, pues cuando era niño, mi madre me oprimía y yo deseaba escapar de sus injusticias. Papá era más blando y dulce, pero ella lo incitaba a pegarnos con su correa de afeitar, el instrumento de castigo que empleaba por costumbre. Él también le tenía miedo, y por eso la obedecía y se comportaba como su brazo ejecutor.

—Ven aquí —decía—. No eres más que un pedo en una manopla.

No podíamos protestar. Madre siempre tenía la última palabra, y solía ser falsa, siguiendo la máxima: ¿Para qué vas a decir la verdad si mentir es más ventajoso? En su perversidad, cualquier cosa que quisiera que uno creyera ese día era cierta. Era capaz de hacer lo que fuera para llamar nuestra atención: enfadarse, disgustarse, volverse violenta o actuar con astuta amabilidad. También enfermar: podía ponerse mala de un modo muy llamativo con tal de que la escucháramos. A veces también nos daba regalos, pero eran como esas piezas toscamente talladas que las culturas más simples intercambian en la jungla.

Aquella mujer era bastante mayor antes de que yo pudiera admitir ante mí mismo quién era en realidad. A la edad en que le hubiera tocado convertirse en un objeto de gratitud y generosidad, parecía una monarca demenciada. La gente solía mencionar mi educación, mis lecturas, mis viajes, mis largos días sentado frente a un escritorio. Pero no, en absoluto; fue mi batalla contra la influencia maligna de madre lo que me llevó a asumir el riesgo de alzar el vuelo.

Cuando alguien menciona a una madre que mimra a sus hijos, que se deja la piel (como repetía ella una y otra vez cuando hablaba de sí misma), que suele invitar a sus hijos a visitarla o que los visita y les lleva regalos —una mujer aparentemente amable, cargada de consejos solemnes y severos—, pienso: ¿Qué demonios quiere esa vieja sentenciosa? Tiene que ser malvada y manipuladora si es tan persistente, y uno tiene que ser idiota para confiar en ella. Te utilizará. Te comerá vivo y te cagará en la ladera de una colina.

Sin embargo, nada de esto me resultó obvio, y no me di cuenta de cómo era mi familia, la tribu oculta en la tierra madre, hasta que murió padre.

## 2. Es lo mejor

En siete conversaciones telefónicas y la oración que le dedicó a Angela, que llevaba muerta cuarenta y dos años, madre nos dijo cosas distintas a cada uno.

«Creo que deberías estar aquí», me dijo a mí (yo estaba pudriéndome en la Polinesia).

A Fred: «Eres el mayor, así que te corresponde ocuparte».

A Floyd: «Papá está enfermo. Creo que le gustaría que vinieras».

A Franny: «No creo que pueda apañarme sin ti».

A Rose: «Franny va a necesitar tu ayuda».

A Hubby: «Necesitaremos que conduzcas».

A Gilbert: «Tu padre se ha vuelto muy difícil últimamente. La verdad es que he tenido ganas de pegarle».

La esterilidad del hospital fue como una preparación para su partida; aquel lugar tan frío parecía la antecámara de una tumba, y su habitación era tan deprimente y sombría como un sarcófago. No había nada en ese sitio, desnudo de adornos, que yo pudiera asociar con papá, un hombre más bien desordenado y que, como mucha gente austera, no tenía nada de minimalista y sí algo de urraca. Papá acaparaba toda clase de cachivaches, coleccionaba objetos inservibles, buscaba en los contenedores. Su garaje tenía unas estanterías llenas de cosas como las que se ven en las tiendas chinas, y presentaba la misma asimetría densa de lo que está a punto de venirse abajo. Estaba muy contento de vivir junto al mar, pues también le encantaba peinar la playa en busca de pequeños tesoros. «Algún día nos será de utilidad».

Yacía como un despojo bajo los complejos aparatos que le monitorizaban el corazón y los pulmones. Madre se había quedado fuera, en el pasillo, indicándonos por gestos que fuéramos entrando a saludarlo. Hacía años que no estábamos todos juntos, y al atardecer nos reunimos en torno a su cama para rezar por él. Parecíamos supersticiosos moradores de la jungla

farfullándoles algo a los dioses; fue el primer indicio que tuve en años de que Floyd tenía razón: en el fondo, no éramos más que unos salvajes.

Padre hizo un esfuerzo para hablar, y después, entre jadeos, dijo conectado a su respirador artificial:

—Es una reunión encantadora.

Apenas nos habíamos recuperado del impacto de verlo tan deteriorado físicamente cuando madre nos ordenó que saliéramos todos al pasillo. Ahí de pie, henchida de autoridad, tomó las riendas de la situación y dijo:

—Pensamos que lo mejor es quitarle el respirador. Está muy incómodo.

Quitárselo significaba dejarlo morir. Empecé a poner alguna objeción, pero ella me interrumpió.

—El médico dice que no le queda mucho. Creo que es lo mejor.

—¡Pero entonces morirá! —dije.

—Deberíamos respetar el deseo de mamá —dijo alguien, en voz tan baja que no pude distinguir quién era.

Madre tenía los ojos vidriosos y parecía decidida. No era del todo ella misma, sino una versión de hierro fundido. Estaba tan nerviosa por la situación, y tan erguida, que parecía rebosante de energía, incluso un poco trastornada, como si nos estuviera desafiando a que le lleváramos la contraria. Tenía ochenta y tres años, aunque era tan fuerte y se sentía tan segura de sí misma que podría decirse que era mucho más joven. Yo no la conocía. Era una extraña, una sustituta, orgullosa, sorda a cualquier consejo. No era la anciana temblorosa que tanto había sufrido durante la enfermedad de padre; era alguien completamente distinto, una mujer que yo apenas podía reconocer.

—Mientras hay vida hay esperanza —dije débilmente. Tenía un nudo en la garganta a causa del miedo. Pensé que «incómodo» era mejor que «muerto».

—¿No te das cuenta de que es lo mejor? —dijo ella con un tono de irritación que daba a entender que yo estaba siendo poco razonable. Era el tono que empleaba cuando decía: «La tele se ha escacharrado de nuevo. Hay que tirarla a la basura».

Daba a entender que yo estaba siendo débil y me estaba entrometiendo. Había que dejarlo morir, decía ella, porque era un acto de piedad; y yo la estaba instando a dejarlo vivir, algo que a ella le parecía cruel e insensible. Yo estaba mal informado.

—¿Qué sentido tiene dejarlo sufrir?

Quería decir que, al proponer que lo dejáramos vivir, yo estaba a favor de causarle sufrimiento a padre.

—¿Por qué no nos vamos a comer? —dijo Gilbert, muy relajado, con la intención de restablecer la paz—. Estamos en temporada de nécoras.

Franny y Rose se hallaban de pie a ambos lados de madre. Parecían, más que sus hijas, unas camareras dispuestas a sujetarla, pese a que estaban inclinadas, afligidas, con la ropa arrugada y llena de manchas de sudor.

—Creo que me voy a quedar con papá —dije yo.

—Deberíamos estar todos juntos —dijo madre.

—Podríamos quedarnos todos con papá.

—Dejémoslo en paz —dijo ella, nuevamente con un tono de voz que daba a entender que yo estaba siendo cruel y poco cooperador.

—Hagamos lo que dice mamá —dijo Franny.

—No es pedir demasiado —añadió Rose.

Madre se limitó a sonreír con su sonrisa desafiante.

—Tienes que hacer lo que te parezca correcto —le dijo Fred a madre.

—No entiendo nada de lo que está pasando —dijo Floyd—. Esto es como escalar el Everest con *sherpas* y tener que atravesar una grieta en el hielo, todos anudados a la misma cuerda. Papá se resbala y se queda colgando, ahí abajo, y no sabemos si cortar la cuerda y dejarlo caer o arrastrarlo montaña abajo. Y hay una tormenta de nieve. Y no oímos lo que nos dice. ¿Y dónde está el *sherpa* Tenzing? Me pregunto si alguien hará tarjetas postales para ocasiones como esta.

—Eso es, haz un drama terrible —dijo Hubby.

—Ah, es verdad, no es nada dramático. Es solo que papá se está muriendo. Lo siento, Hubby, me había olvidado.

—Gilipollas —dijo Hubby.

—Me gustaría arrancarte la cabeza —dijo Floyd.

—No os peleéis —dijo Franny.

—Le estáis dando un disgusto a mamá —dijo Rose.

—Dios sabe que hago todo lo que puedo —dijo madre, no con su habitual tono de autocompasión, sino con un tono desafiante.

Fuimos a un restaurante cercano. Quitándose las gafas, Fred, el mayor y el más mandón, propuso y pidió el menú del día para todos.

—Gilbert tenía razón con lo de las nécoras.

Estábamos ahí sentados como dolientes en un funeral, aunque padre estaba



a cuatro manzanas de distancia, luchando por vivir. Me fijé en las caras que había en torno a la mesa. Madre, en la cabecera entre Gilbert y Fred; Franny y Rose se hallaban muy cerca. La observaban con una sonrisa inalterable, leal, sumisa, y nos echaban miraditas de reojo a los demás. Hubby y Floyd estaban cabizbajos; parecían destrozados.

—Todo va a salir bien —dijo Franny.

—Es lo mejor —dijo Rose.

Yo llevaba oyendo esos lugares comunes toda la vida, pero creo que fue entonces cuando me di cuenta de que los lugares comunes siempre revelan un profundo cinismo, una ignorancia repugnante y una hostilidad bastante burda.

Franny y Rose se volvieron hacia madre y le dijeron:

—Toma un poco de pan, mamá.

—Esto es lo que hubiera querido papá —dijo madre—. Que estuviéramos todos juntos.

Pedí en voz baja que me disculparan y me levanté de la mesa. Fue muy fácil, ya que todos dieron por hecho que iba al servicio. Era un truco que usaba de niño en la escuela dominical. «Por favor, padre», decía, levantando la mano, y el cura, en medio de un discurso motivacional, me dejaba retirarme, pensando que iba al baño, y entonces me iba a casa.

Volví al hospital y encontré a papá solo. La enfermera me dijo que le habían quitado el respirador artificial y que en lugar del suero que le suministraban por vía intravenosa le habían puesto un goteo de morfina. Me horrorizó su mirada de miedo. Era como un prisionero aterrado al que estuvieran arrastrando contra su voluntad hacia un lugar desconocido, que era exactamente lo que estaba pasando. Le cogí la mano; estaba caliente y suave, como las personas muy enfermas. La morfina le aliviaba el dolor, pero también lo debilitaba y le quitaba las ganas de vivir. Noté la resignación en sus dedos flácidos.

Los medidores que había al lado de su cama mostraban el pulso de su corazón con una luz que subía y bajaba y hacía en la pantalla un dibujo como los de las sondas de profundidad de los navíos que investigan las depresiones de los lechos marinos más irregulares. Me pareció que las luces y los pitidos eran indicadores de que seguía con vida, pero también de que sus fuerzas disminuían.

Y luego estaba su respiración. Lo que había empezado como una lenta exhalación se volvió algo laborioso y estridente, como si no estuviera

incorporado (lo estaba), sino tumbado boca arriba y con un demonio subido en el pecho. No parecía coger aire al respirar. Luchaba por inhalar, pero el aire se le quedaba en la boca y no le llenaba los pulmones, así que seguía jadeando, sin sentir alivio alguno y con esos ojos penetrantes llenos de lágrimas. No podía decir ni una palabra debido a la asfixia y al miedo.

La enfermera entró y se inclinó hacia los monitores.

—¿Está sintiendo dolor? —le pregunté.

—Puedo aumentarle la dosis de morfina —dijo ella, y supuse que eso significaba que sí, que lo estaba pasando mal.

—Parece que está haciendo un gran esfuerzo.

—Se llama respiración agónica.

Lo dije como si nada, pero a mí me pareció una expresión horrible.

Padre luchaba por seguir con vida, pero yo veía, por las líneas que iban decayendo en un monitor, que sus fuerzas menguaban. Seguí cogiéndole la mano. No tenía la sensación de que pasara el tiempo, pero en cierto momento su respiración se volvió muy débil y todas las manecillas e indicadores empezaron a flaquear y cayeron. A padre se le abrió la boca. Le aferré la mano y la apreté contra mi cara. Le di un beso en la mejilla sin afeitar.

Llévame contigo, pensé.

La enfermera regresó poco después y rápidamente se hizo cargo de qué había sucedido.

—¿Está usted bien? —me preguntó.

—No.

Volví andando hasta el restaurante. Ya se habían ido. Por supuesto, habían pasado cuatro horas. Llamé a madre.

—¿Dónde estabas? —me preguntó—. Te has marchado del restaurante sin decírselo a nadie. Ni siquiera has tocado la comida. Fred y las chicas se comieron tus nécoras. Ahora estamos todos aquí. Estamos hablando de papá, contando historias. Cuántos recuerdos maravillosos. Gilbert estaba a punto de llamar al hospital para ver cómo va todo.

—Ha muerto —dije.

### 3. ¿Crees en el rock and roll?

El velatorio, celebrado en la funeraria de Osterville, fue una mezcla de embrollo, tragedia y farsa; todos los parientes lejanos reunidos después de mucho tiempo y haciendo bromas a la hora de saludarse, comentando lo gordos o lo flacos o lo calvos que nos habíamos vuelto. Éramos de nuevo niños cada vez que nos encontrábamos, cosa que sucedía raramente — odiábamos a nuestros primos y nos burlábamos de ellos, los veíamos como a los salvajes que no podíamos admitir que éramos también nosotros—. Y la piedad que inspiraba papá. Y las lágrimas. Después se quedaban por ahí, hojeando los álbumes de fotos que habían traído los primos: las bodas de sus hijos, nietos, vacaciones, mascotas y jardines, y fotos de sus posesiones más valiosas, coches y casas, ese tipo de objetos rituales que los jactanciosos miembros de una tribu exhibirían en un banquete del clan.

—¡Se llama Chanler! ¡Ese es Chad! ¡Esa es Tyler! ¡Esta es Blair!

—¿Te acuerdas de Jake?

—¿Cómo me iba a olvidar de lo de Jake y el vaso?

El pequeño Jake había sido un niño de lo más temerario. Una vez se había comido un vaso de poliestireno, había salido corriendo y se había escondido.

Madre se sentó cerca del ataúd, como si la hubieran entronizado, y se dedicó a recibir a la gente que había acudido a presentarle sus respetos, que a su vez parecían emisarios de otras tribus, grandes familias que eran parientes de la nuestra, muchas de las cuales eran incluso más grandes. Detecté en la cara de madre la misma expresión que ya le había visto en el hospital: estaba exaltada, un tanto enloquecida, y su mirada tenía el brillo de la de las serpientes. Estaba sentada muy erguida, extrañamente animada por todo aquello.

Más rituales, la misa de funeral en la iglesia, los tópicos, la carga del brillante féretro, el rociado de la tapa con agua bendita, las procesiones y plegarias, todo lo cual me parecía muestra de un carácter espeluznantemente

supersticioso, pues no dejaba de pensar en los pueblos de Nueva Guinea que hacen cosas similares desnudos y pintados con colores chillones, y preparan el cadáver de sus mayores e invocan a los dioses para que lo protejan y acompañen a su alma y la lleven al siguiente mundo a toda prisa. Entretanto, madre, la única superviviente de los altos dignatarios, depositó un beso sobre la lustrosa tapa del ataúd y se marchó entre los bancales de flores, sonriente y algo altiva. Condujimos hasta el cementerio, formando una larga fila tras el coche fúnebre. Madre iba en el asiento trasero del primer vehículo, entre Franny y Rose. Fred iba al volante y tenía a Gilbert a su lado. Hubby y su familia iban en el siguiente coche, y Floyd y yo, los hijos divorciados y defectuosos, los seguíamos.

Le pregunté a Floyd por la comida que me había perdido en el restaurante, cuando me escabullí para estar con padre.

—Yo tampoco me quedé —dijo—. Me fui a dar una vuelta. Y Hubby hizo lo mismo, solo que en una dirección distinta. Solo se quedaron mamá y el resto, supongo. Escribí un poema sobre ello.

—Creo que mamá estaba enfadada porque no me quedé. Como si fuera un test de lealtad.

Floyd no me escuchaba.

—Esto sí que es increíble —dijo, y subió el volumen de la radio. Sonaba «American Pie»—. ¿Te acuerdas del funeral de la abuela? —me preguntó, y soltó una carcajada mientras negaba con la cabeza.

Una de las notas al pie de nuestra historia familiar dice que durante el cortejo fúnebre hacia el entierro de la abuela, nuestro primo Allie, un bobo, tenía la radio encendida, y que sonó la misma canción. Él se puso a cantarla mientras conducía, tamborileando sobre el volante con sus dedazos de mecánico, tras el coche fúnebre. Ninguno de nosotros lo consideró nunca un insulto hacia la muerta, sino una cosa improvisada y desternillante. *Drove my Chevy to the levee...*<sup>[1]</sup> En el cementerio, anduvimos lentamente entre las lápidas hasta llegar a la fosa recién cavada para mi padre. Lo que parecía una comunidad heterogénea de múltiples dolientes era, sobre todo, una procesión de miembros de nuestra familia: cónyuges, excónyuges, hijos, nietos, bisnietos. Los demás eran parientes lejanos. Casi no había amigos, ya que mis padres habían alcanzado una edad en la que casi todos sus amigos estaban muertos o demasiado enfermos como para presentarse allí.

Tal vez este sea el momento adecuado para dejar claro que en una gran

familia, como la nuestra de la tierra madre, los amigos no son bienvenidos y no hay lugar para desconocidos; es de lo más incómodo cuando algún amigo o desconocido entra en la intimidad del hogar y se convierte en testigo, en un fisgón, y presencia ataques de nervios o se entera de secretos. Incluso las personas ajenas que admiran sinceramente a la familia, sobre todo ellas, deben mantenerse a distancia, ya que hay muchas cosas que ocultarles para mantener intacta su admiración. De la misma manera, una tribu salvaje no solo desconfía de los extraños, sino que muestra una abierta hostilidad hacia ellos. La tierra madre tenía eso, y mucho más, en común con la Albania más maoísta cuando estaba cerrada para el mundo. No se traiciona a la tribu.

Como madre dejaba bien claro, cuando se ponía a cotillear que los cónyuges eran foráneos y había que burlarse de todos ellos, siempre a sus espaldas. Podía ser desagradable cuando alguno de ellos causaba problemas, pero lo pasaban peor cuando intentaban ser generosos, hacían regalos, preparaban una comida, pagaban algo. «Imagínate, apoquinar un buen dinero por esto». El regalo era risible, la comida era una broma, y si alguien podía permitirse pagar algo tan fácilmente, ¿qué mérito tenía? Pero un cónyuge enigmático y enfadado podía inspirar un cierto grado de respeto, si se trataba de alguien fuerte, y sobre todo si podía suponer una gran amenaza, ya que el miedo era lo único que nos importaba. En el mejor de los casos, se toleraba a los cónyuges, pero ninguno inspiraba nada de calidez.

En el momento en que murió padre, ni Floyd ni yo estábamos casados, y ni nuestras exesposas ni mis hijos estaban presentes. Intenté imaginarme lo que diría, cuchicheando, mi familia sobre mis dos esposas, pero tenía la certeza de que nunca lograría plasmar su malevolencia; las subestimaría, y nadie me lo diría a la cara. En ambos casos, cuando nos separamos, se fueron muy lejos de mí y mi gran familia. Quizá siempre sospecharan que no eran bienvenidas, y tal vez también supiesen hasta qué punto las habían ridiculizado.

El cura permanecía en pie en medio del viento y la capa se le hinchaba mientras declamaba sus frases. Los versos que recitó parecían más una fórmula que una oración sincera: «Polvo somos y en polvo nos convertiremos», algo que todos habíamos oído ya antes. Ahora era el turno de padre. Una buena parte de lo que dijo el cura quedó ahogada por el tráfico que había al otro lado del muro del cementerio.

Floyd negó con la cabeza.

—¿Te acuerdas de que aquí la abuela siempre cogía unos dientes de león?

No la abuela Justus, sino la madre de madre, una italiana muy austera y que venía de otra familia grande y desorganizada. Cogía los dientes de león como si fueran una delicadeza que los ignorantes desdeñaran, y trataba de conferirles cierta dignidad llamándolos por su nombre italiano, *soffione*; los echaba en la ensalada y en la sopa. Un cementerio era un buen lugar para cogerlos, gracias al muro y a las puertas que impedían la entrada a los perros.

Floyd estaba recordando, pero bien podría haber estado tratando de hacerme reír. Conseguir que alguien se riera en un funeral era una de las habilidades que habíamos desarrollado en nuestra etapa de monaguillos. Ni siquiera el funeral de padre era una ocasión tan solemne como para no intentar que alguien soltara una carcajada.

Estábamos con la cabeza gacha. Rezábamos, o fingíamos rezar. Floyd tarareaba y murmuraba *This'll be the day that I die*.<sup>[2]</sup> Sí, estaba tratando de hacerme reír recordándome otra frase de «American Pie». Eché un vistazo hacia un lado y vi que madre tenía una expresión que nunca le había visto antes. Su postura piadosa, con la cabeza inclinada y los hombros caídos, era la de una doliente, pero su rostro me sobresaltó. Su altanería había desaparecido, al igual que el brillo serpentino de sus ojos. Su aspecto era de alivio, de un extraño júbilo, casi de éxtasis, como si se tratara de alguien que hubiera sobrevivido a una experiencia durísima: agotada pero triunfal, llena de vida y de fuerza.

No bajaron el ataúd de padre. Lo dejaron cubierto con una tela grande de terciopelo. Probablemente pensaban que meterlo en la fosa mientras mirábamos era demasiado dramático y deprimente o, al menos, una falta de tacto.

Una última oración del cura, que, me di cuenta, pronunciaba mal el nombre de padre —¿acaso eso invalidaba la oración?— y regresamos a nuestros coches.

Casi todos los relatos de funerales familiares finalizan aquí; son, de hecho, un final. Pero alejarse andando y dejar atrás a padre era un comienzo, y ese algo comenzó de inmediato, antes de marcharnos del cementerio.

Madre había ido andando despacio hacia el aparcamiento entre Franny y Rose. Parecía pequeña, como sostenida por sus dos hijas, cuyas caras, exageradamente solemnes, temblaban a cada paso, alterando su expresión.

—Tómate tu tiempo, mamá —le decían.

—Esta mañana, Angela me ha dado muchos consejos. «Sé fuerte, mamá»,

me ha dicho. Ya sabéis cómo es.

Al ver que me acercaba, madre se dio la vuelta, se apartó de las chicas y recuperó su aspecto habitual; se volvió bastante grande y segura de sí misma. Vino hacia mí y me apretó las manos con fuerza.

—Quiero que te cases. Búscate a alguien agradable. Quiero que lo hagas por mí. ¿Lo harás?

Tenía la misma mirada enloquecida que cuando, en el pasillo del hospital, había pedido que le quitaran el respirador artificial a padre y había dicho: «¿No te das cuenta de que es lo mejor?».

No supe qué decir. Ella tenía mucho poder. La muerte de su marido —de padre— la había cargado de energía. El rey había muerto y ella, en tanto reina, era la monarca absoluta del reino. Tenía ochenta y tres años, pero en todos los sentidos comenzaba una nueva vida para ella, una vida que sería larga, además, con suficientes acontecimientos como para llenar un libro.

—Quizá deberíamos organizar una pequeña reunión, ¿no? —dijo Hubby.

Estábamos de pie en el aparcamiento del cementerio. Los cónyuges y los niños se mantenían a cierta distancia, con el lastimero aspecto de gente agotada esperando que la maltraten.

—Es lo que hubiera querido papá: una cena familiar, como la de la otra noche, o algo así —dijo Hubby.

—Yo no creo que hubiera querido eso —dijo Rose—. Detestaba los restaurantes. Siempre decía que era tirar el dinero.

—Tuviste tu oportunidad y la desaprovechaste —dijo Franny—. La otra noche te fuiste del restaurante. Igual que Floyd. Igual que JP. ¿Qué sentido tiene, entonces?

—Haremos lo que prefiera mamá —dijo Fred.

La miramos; durante un instante, ya no parecía fuerte. Hizo un gesto teatral, llevándose la mano enguantada a la frente, y dijo:

—Tengo un dolor de cabeza terrible.

Franny y Rose corrieron en su auxilio. Gilbert le cogió el bolso. Fred se preocupó muchísimo.

Los demás nos fuimos cada uno por su lado. En el coche, Floyd dijo:

—Menudo gilipollas es Fred. «Haremos lo que prefiera mamá».

Esa noche llamé a madre, pero no cogió el teléfono ella, sino Franny.

—Está cansada —dijo Franny—. Rose y yo nos vamos a quedar aquí unos días más para cuidarla. Ha sido un impacto muy fuerte. Está fatal de los

nervios.

«Un impacto muy fuerte», «fatal de los nervios»: el lenguaje de la tierra madre. Pero a mí me parecía que no estaba nada impactada, sino que había recibido un premio consistente en fuerza y salud, en renovados vigor y seguridad en sí misma. Había estado orgullosa en el velatorio y regia en el cementerio, rodeada por su gran familia. Esa imagen del poder, del triunfo del superviviente, a mí me había llenado de aprensión.

La llamé al día siguiente y me dijo que se encontraba mejor porque Franny y Rose se iban a quedar con ella. Eso resultaba un tanto extraño, ya que las dos tendrían que haber estado dando clases; era evidente que estaban desatendiendo su trabajo.

Unos días más tarde, cuando estaba sola, me llamó ella.

—Voy a enviarte una cosita. Quedó un poco de dinero de los gastos del funeral de papá.

Madre le pagó a un vecino para que limpiara el cobertizo de papá, donde guardaba las herramientas, y también el garaje. Todas las posesiones que había acumulado papá se fueron a la basura. Las latas de pintura, los botes de clavos, las cuerdas, las bobinas de alambre, los destornilladores oxidados, los ovillos de hilo, la pila de bolsas de la compra marrones dobladas. Tiraron los recortes de periódico amarillentos. Estaban clavados a la pared, y algunos eran muy antiguos; uno decía: LA GUERRA HA TERMINADO, otro: LA PAZ, AL FIN. Eran periódicos de Boston de 1945. Algunos mostraban imágenes nuestras que habían salido en los periódicos: Floyd tirando a canasta en el gimnasio del instituto; Fred totalmente envuelto en su equipo de hockey, con el palo levantado, fingiendo darle al disco; yo sujetando un trofeo en la feria de ciencias; Hubby con un grupo de *boy scouts*, todos muy serios, de camino a una verbena. Recortes de menciones de eventos, como conciertos de orquesta y encuentros deportivos. También había instantáneas: de Franny y el chico que la acompañó, aterrorizado, al baile de fin de curso; de Franny cuando era monja, ataviada con su uniforme de pingüino; de Rose, una niña preciosa con su vestido blanco y las manos cogidas: la primera comunión; de Gilbert, sonriendo detrás del puente de su violín. Había varias fotos de toda la familia, pero eran meros intentos, pues tenían un aspecto de lo más *amateur* y



extraño: éramos demasiados, la cámara era barata, parecíamos una multitud insatisfecha.

Quitaron la estufa de leña que tenía papá en el salón. La había mantenido encendida hasta la noche en que se lo llevaron al hospital. Nadie quería esa vieja estufa. Cuando se la llevaron, cayó un poco de ceniza, y ese polvo gris que manchó el suelo funcionó como un grotesco recordatorio de él.

—Nunca la limpió a conciencia —dijo madre.

Yo volví al cementerio como un mes más tarde. La tumba de padre parecía nueva y no tenía ni una chispa de color. Planté unos geranios delante y un pequeño enebro puntiagudo a cada lado. Luego se lo conté a madre.

Ella sonrió con pena, como siempre hacía cuando yo metía la pata.

—Él no está ahí, ¿sabes?

Me envió un cheque por quinientos dólares. Yo no lo quería, pero no sabía qué hacer con él, y el oscuro secreto que suponía recibir dinero de madre me confundía tanto que acabé quedándomelo.

Franny y Rose estaban más ocupadas que nunca. De camino hacia la casa de madre, a veces pasaban a verme un rato, y me traían golosinas y donuts, cosas que se imaginaban que todo el mundo comía.

—Vamos a verla todos los domingos —dijo Franny un día. Rose se limitó a sonreír. Se acomodaron entre los cojines de mis sillones. Yo estaba fascinado por la manera en que la vibración de sus muelles anunciaba el riesgo de sobrecarga—. Ya sabemos lo ocupado que estás. No tienes por qué venir si no quieres.

Poco después, se compraron un coche nuevo cada una.

—A mamá le gusta que vayan a visitarla —dijo Rose—. Ya sabes cómo es.

Yo dije que lo sabía, pero ¿lo sabía de verdad? Nada era simple en la tierra madre.

## 4. Juramentos de lealtad

Para el mundo —y nuestro mundo era nuestra pequeña ciudad, nuestro barrio, nuestra iglesia, los colegios a los que fuimos— éramos una familia ejemplar. «Tu familia es la sal de la tierra», me dijo una vez el padre Furty a modo de reprimenda, flagelándome por medio de ese elogio. «Pilares de la comunidad», dijo otro día. Se refería a que yo era desdeñable y a que mis padres eran leales a él y temerosos de Dios. La estima que sentía hacia ellos era algo compartido, en general, en nuestro mundo. Nuestra familia era más grande que la mayoría, y su tamaño la hacía aún más digna de admiración. Destacábamos por nuestro esfuerzo, por nuestra honestidad, por nuestra decencia y nuestra respetabilidad. No éramos remilgados ni esnobs; se podía confiar en nosotros. Éramos buena gente. Éramos..., sí, resulta tediosa esta letanía de virtudes, pero ten paciencia conmigo.

Papá trabajaba duro. Era el propietario de un negocio en decadencia, un hombre orgulloso, justo, entregado a su esposa y a sus hijos, que a su vez procedía de una gran familia con un linaje que era al mismo tiempo ilustre por sus orígenes (franco-canadiense y nativo americano) y oscuro por su falta de logros. Sin embargo, los siglos de indistinción añadían algo a la mística de nuestro apellido, que en un principio había sido Justice, cuando la familia vivía en Nueva Francia, pero se transformó en Justus cuando pusieron rumbo al sur y se instalaron en los Estados Unidos.

—Mi tío abuelo Pierre lo deletreaba J-U-S-T-I-S-S —decía papá. Le encantaba explicar el origen de su apellido y, sobre todo, pronunciar la versión antigua a la francesa, dándole la vuelta a los labios como un pez, echándose hacia delante y diciendo, con un tono un tanto almibarado, «Shustis».

La familia de papá vivía en Norteamérica desde hacía tres siglos. No había una historia de inmigración, un mito romántico con un largo viaje por mar, un relato de esperanza y esfuerzo recompensado y cambios, como los que tanto

les gusta contar una y otra vez a muchas familias americanas, que diera cuenta de sus orígenes. La modificación del apellido era la única pista sobre la fecha de llegada de la familia de papá, aunque todos los certificados de nacimiento se habían perdido. Por el lado materno, sus antepasados eran aborígenes que habían vivido acampados en los bosques durante miles de años. Papá, con su afición por buscar en el vertedero, parecía haber heredado su instinto de cazadores-recolectores.

—La abuela solía jugar con los indios —decía papá. Era su modo de insinuar que era india—. ¡Una vez vio a Buffalo Bill!

Uno de los antepasados de papá, Antoine Justice, ayudó a fundar la ciudad de Detroit bajo las órdenes de Antoine de la Mothe Cadillac. Pero aquí yo también estoy fantaseando. Lo rigurosamente cierto es que este antepasado, que llevaba nuestro apellido antes de que se corrompiera, era marinero de cubierta de la armada francesa. Lo contrataron porque había trabajado de capitán de transbordador en el río de su ribereña ciudad natal, Verdun-sur-Garonne, en los Pirineos, cerca de Toulouse. Su lengua materna no era el francés, sino un dialecto provinciano, el gascón. Durante su primer invierno en Canadá, en 1693, en vez de quejarse diciendo: «*Le temps est très froid*» o «*Il fait froid*», este hijo de la Gascoña, mucho más efusivo, exclamaba algo como: «*Dieu vivent! Fa pla fred a pr'aici*». Y, como se sentía lejos de casa, murmuraba «*Soi pla lan d'enta ieu*», en vez de: «*Je suis bien loin de chez moi*».

Casi todos los soldados compañeros de Antoine Justice procedían de Normandía, por lo que su lengua nativa era el francés, de modo que Antoine el gascón probablemente se dedicara a balbucear cosas para sí, solo, estableciendo una tradición familiar; fue el primero de un largo linaje de bichos raros. A la vez se dedicaba a intimidar a los nativos y con el tiempo se convirtió él también en uno: cuando lo licenciaron en la armada, se marchó a las zonas agrestes de Canadá, se hizo trampero y se puso a cultivar la tierra. La familia vivió en un pueblo de Quebec durante trescientos años. Eran más viejos que los robles, más viejos que las plantas de los pantanos que le daban a aquel minúsculo pueblo su nombre iroqués, Yamaska, el lugar de los juncos.

La familia de papá, como él mismo, era un modelo de aguante e indiferencia. Tenían habilidades para sobrevivir, pero eran pasivos hasta la médula. Tenían el odio al cambio, el miedo a la novedad y la desconfianza

hacia los desconocidos que son propios de los aborígenes. Con sus botas embarradas, seguían siendo campesinos que habían oído hablar de la Revolución francesa desde lejos y sin que esta les afectara en absoluto. Cuando la cosecha era mala, viajaban de Canadá a los Estados Unidos y volvían ajenos a la frontera internacional a la que la familia precedía. No tenían un país; tenían una familia y un pedazo de tierra. No sabían lo que era un pasaporte. No leían, no votaban. Lentos, tortuosos, amables, tenían las virtudes de los hortelanos y los criadores de pollos; nunca alardeaban, aunque estaban orgullosos de no haber ido a ningún lado, siempre resistiendo, siempre dulces, siempre modestos, siempre burlándose de la riqueza, el materialismo, lo cosmopolita y lo pretencioso, como es habitual entre los granjeros. No odiaban a los ingleses, que habían acabado derrotándolos y colonizándolos; simplemente pensaban que los ingleses eran de otra especie, una cuyos miembros eran incomprensibles, no del todo humanos, con una ambición que resultaba cómica y que, cuando se excitaban, se convertían en el enemigo. En la familia de padre, los pollos y las vacas eran moneda de cambio; no se reconocía más ley que la propia; todos eran siempre ellos mismos, y rechazaban cualquier transformación. No sabían escribir correctamente. En cierto momento, hablando con un empleado del Registro Civil, al pronunciar el apellido que no sabían deletrear, Justice se convirtió en Justus.

La familia de madre era todo lo contrario. Habían llegado de Italia a comienzos de siglo. Eran americanos nuevos, y tenían esa tenacidad de algunos inmigrantes que recuerda a la de los gorgojos: eran desesperados, susceptibles, activos, críticos, chanchulleros, competitivos, arribistas, materialistas y cínicos, deseosos de demostrar su valor, siempre ávidos e insatisfechos. Tenían una disposición innata a abrirse paso a codazos y a trepar, y un carácter tan ambicioso que no se podían arriesgar a mostrarse sinceros. Fácilmente podrían haberse convertido en una banda de criminales.

Pero como carecían de influencias y temían a la ley, como necesitaban respetar las convenciones, se vieron obligados a creer y, en última instancia, a representar su propio estereotipo, convirtiendo los tópicos en realidades. Comenzaron a preocuparse por la educación. El padre, recién llegado a la burguesía, no paraba de atosigar a los hijos para que tuvieran éxito, uno como ingeniero civil, otro como empresario, dos niñas como profesoras y otra como enfermera. Por su parte, el más joven desempeñó el rol espiritual de la

familia católica y se hizo cura, el padre Louie. Madre respetaba mucho su opinión, debido a sus votos, y encomiaba la memoria de su padre. «Era un santo». Antes de casarse, madre había sido profesora. Volvió a dar clases cuando Gilbert llegó a la edad escolar; él estaba en su aula de primero de primaria y era su alumno estelar.

Íbamos a la iglesia con asiduidad. Todos los curas nos conocían y apreciaban.

—La familia que reza unida permanece unida —entonaba el padre Furty desde el púlpito.

Que los curas tuvieran una buena opinión sobre nosotros era como si Dios nos sonriera, ya que ellos eran los representantes de Dios en la tierra, sus agentes y delegados. Tenían el poder de absolvernos del pecado, podían recomendar nuestras almas a Dios, su intercesión podía salvarnos del infierno, podían hacernos entrar en el cielo.

Papá estaba en el coro de la iglesia, y sus hijos eran monaguillos y acólitos. Franny y Rose hablaban de hacerse monjas. Éramos esforzados y sufridos. Yo trabajaba en el Stop and Shop empaquetando verduras y colocando latas en las estanterías. Fred trabajaba con papá, que a veces insinuaba que Fred acabaría ocupándose del negocio. Floyd trabajaba en una tienda de material de oficina. Hubby era repartidor de periódicos, y más adelante, puesto que era el más pequeño, incluso Gilbert cogió algunos trabajillos. Las chicas cuidaban a los niños de los vecinos. Éramos un modelo de armonía y diligencia, la familia ideal.

El mérito de esto se le atribuía sobre todo a madre. Se la consideraba modesta y ahorradora; un ama de casa protectora, inteligente, práctica, serena y atenta. Lo del premio a la Madre del Año no era ninguna broma. Aunque madre nunca lo dijo, daba a entender que no solo cumplía los requisitos para obtenerlo, sino que estaba demasiado ocupada haciendo de madre como para buscarlo, y que por ello merecía ganar.

Pero espera. Todo esto, desde luego, era esencialmente falso; se trataba de medias verdades, en algunos casos, y de mentiras descaradas, en otros.

Lo que el mundo pensaba de nosotros no era cierto. Cuando cerrábamos la puerta de nuestra casa, con su aspecto respetable, nos metíamos en un ambiente destartalado, donde las mesas estaban cojas y las sillas eran

incómodas y la luz tenue. Nos refugiábamos allí como ratas que protegen sus nidos, y ahí mostrábamos nuestros dientes amarillentos. No nos limitábamos a impedir que el mundo entrara, sino que nos dedicábamos, activa e inútilmente, a tratar de engañarnos a nosotros mismos manteniendo las apariencias.

Los secretos familiares eran demasiado horribles como para revelarlos. Pensemos en el padre Louie. Para el mundo en general era un personaje piadoso, pero nosotros sabíamos que era un gruñón, un sabelotodo, un malhablado aficionado a contar historias guarras, un fanfarrón y un tirano. Era cruel y probablemente estuviera loco. Detestábamos sus visitas. Bebía un refresco amargo que se llamaba Moxie y fumaba, uno tras otro, cigarrillos Fatima. Nos daba unos pellizcos fortísimos, primero nos hundía los dedos en la carne y después nos la retorció, y nos decía que éramos vagos y despreciables. Se metía mucho con Floyd y lo regañaba delante de todos los demás.

—Sigues mojando la cama. ¡Vas a matar a tu madre! Nunca podrás casarte. ¡Le vas a mear encima a tu mujer!

Floyd decía que quería darle una paliza al tío Louie.

Odiábamos tener que trabajar al salir del colegio. Fred se avergonzaba del mísero negocio de zapatos de papá. Floyd detestaba a su jefe, el dueño de la papelería; lo obligaron a trabajar allí incluso el día que ganó un premio al mérito escolar, por lo que se perdió la ceremonia. Como yo trabajaba por las tardes en el Stop and Shop, nunca podía apuntarme a actividades extraescolares y rara vez tenía tiempo para terminar los deberes. Solía quedarme después de que la tienda cerrara para ayudar a reponer las estanterías; llevaba una caja llena apoyada en el pecho e iba colocando las latas en su lugar. Iba rápido. Sabía usar una etiquetadora para múltiples latas, una máquina que les imprimía el precio con tinta morada. Sabía abrir una caja de papel higiénico con un cúter sin estropear el contenido, juntar treinta carros de la compra a la vez y colocar las lechugas iceberg haciendo pilas simétricas, pero no era capaz de darle a una pelota con un bate ni de atrapar un balón.

No éramos vagos, pero sí despreciables. Practicábamos la calumnia y el hurto, y nos peleábamos sin parar. También nos avergonzábamos de nosotros mismos. Y los berrinches de madre, cuando se ponía a gritar como una loca, eran muy embarazosos. Parecía perpleja por el hecho de que hubiera tanta

gente en la casa, gente que se amontonaba a su alrededor y le hacía perder el tiempo.

—Los niños se cargan los matrimonios —decía papá.

Era uno de sus dichos, pero lo decía aplicándoselo a mamá; él parecía disfrutar de estar con nosotros. El hecho de que madre nos hubiera parido era para ella un motivo tanto de orgullo como de queja.

¿Acaso su padre —el abuelo— era un santo? Yo recuerdo su bigote y que siempre estaba pontificando, sentado ante una máquina de coser, cortando y anudando con los dientes el hilo de un carrete, como una nutria que destripa un arenque. Solía echarme sermones sobre mis modales mientras ponía marcas en una tela de raya diplomática empleando un trozo muy fino de jabón. Como era un sastre consumado, se hacía sus propios trajes. Iba siempre vestido como un dandi, con chaleco y reloj de cadena, y siempre un gran cigarro que sujetaba haciendo ostentosos ademanes.

—El abuelo se parecía a Alexander Woollcott —diría Floyd más adelante, levantando el meñique—. Woollcott era muy amanerado, y en una memorable ocasión le dijo a Anita Loos: «Toda la vida, mi mayor deseo ha sido ser madre».

El abuelo era un calzonazos dominado por su mujer. La abuela era quejica, tenía la cara redonda y era famosa por su parquedad, por los dientes de león que cogía y por comprar cosas de la sección de envases estropeados y pan del día anterior. También era famosa porque se opuso a que su hija se casara con padre, a quien consideraba un tontorrón inocente. Nunca ocultó que pensaba que la familia de él, los Justus, eran unos bárbaros.

A madre le molestaba nuestra presencia; el mero hecho de tener hijos le parecía una intromisión. Se quejaba porque hacíamos ruido, odiaba hacer la colada y era una incompetente en la cocina. No tenía la paciencia necesaria para cocinar. Y, peor aún, no tenía el amor que hace falta. Uno tiene que querer a la gente que se va a comer lo que cocina; si quieres a tus comensales, te sientes inspirado y generoso a la hora de preparar una comida.

Madre parecía disfrutar de esta incompetencia y de desafiarnos con ella. Hacía una sopa de guisantes tan llena de grumos que costaba tragarla; se le quemaba, de modo que se formaba una costra en el fondo de la olla; tenía unos trozos de jamón que flotaban en la superficie del plato y que, según decía ella, eran para dar sabor. Lo mismo pasaba con las gachas, que estaban llenas de grumos y costaba tragarlas; se le quemaban y también se formaba

una costra en el fondo, y casi siempre las servía frías. Yo no podía probar las gachas de madre sin que me dieran ganas de vomitar. Cuando hacía espaguetis, la pasta se coagulaba formando una húmeda cadena de gusanos retorcidos porque madre estaba demasiado ocupada para removerla. También los espaguetis le quedaban como un pegote quemado en el fondo de la olla, y aceitosos y amarillentos, y pasaban a ser espaguetis boloñesa gracias a que les añadía una hamburguesa grasienta. Hacía estofado de riñones. Lo hacía para padre, cuya madre también lo hacía. La noche que tocaba estofado de riñones nos aterrorizaba a todos: unas tripas fibrosas que apestaban a pis de vaca, mezcladas con unas patatas a punto de desmenuzarse, cebollas poco cocinadas y guisantes de lata.

—Te has lucido con el menú, madre —decía padre.

Su manera de cocinar era ahorrativa, institucional. Siempre había plato único, que se servía de una olla grande y negra, y nos lo comíamos porque temíamos que se sintiera ofendida. Una noche, madre destapó la olla negra y sirvió un guiso siniestro. Yo no podía tocarlo. Ella exigió que me lo comiera. Quizá yo sospechara que nos daba aquella comida horrible deliberadamente, porque no le caíamos bien, y me negué a participar en ese ritual hostil.

—No me gusta —dije.

—Cómetelo —dijo padre—. A mí hay muchas cosas que no me gustan y me las como.

Madre le echó una mirada asesina. Los dos estábamos perdidos. Nunca le perdonó esa indiscreción.

—No vas a ir al colegio hasta que te termines las gachas —dijo madre.

Yo me quedé ahí sentado mientras las gachas se iban endureciendo. Madre era testaruda, y se quedó al acecho hasta que logré tragarme unos cuantos bocados. Aquel sabor hacía que se me saltaran las lágrimas. Cuando pasaba algo así, llegaba tarde al colegio, y decía, a modo de excusa, y con más perspicacia de la que era consciente:

—Mi madre está enferma.

Y los sándwiches de mantequilla de cacahuets y mermelada en pan de molde marca Wonder, las nubes de algodón que venían en unas bolsas grandes y crujientes, una cosa que se llamaba Cheez Whiz y se untaba en las galletas saladas, el sirope Karo encima de las tostadas. Todas estas cosas las preparábamos y comíamos nosotros solos, y nos decíamos que nos gustaban.

El secreto que nos generaba más culpa era que padre se había arruinado.



Su empresa se había ido a la quiebra, pero a él no se lo dijeron hasta el día que ocurrió. Las bancarrotas siempre se anuncian con cuchicheos. En los fracasos empresariales, la discreción es fundamental: la gente que importa descubre lo peor cuando ya es demasiado tarde. American Oak era una empresa que proporcionaba cuero a los fabricantes de zapatos. Padre había crecido entre los hedores que desprenden las pieles al curtirse. La actividad a la que se dedicaba es una de las más malolientes del mundo.

—No hay nada como el cuero —alardeaba él.

Era un *connoisseur* del cuero de zapatos: cuero de grava, cuero de grano, cordobán, cuero cosido a mano, grabado, la lengüeta, la puntera, el cambrillón, el empeine.

—Eso es porque el cabestro se frotó contra una alambrada —me dijo una vez, mostrándome una gruesa piel con una cicatriz.

Pero ahora la empresa estaba acabada, y las fábricas de zapatos de Nueva Inglaterra pronto serían cosa del pasado, algo tan muerto como las de algodón, tan cadavérico y decrepito como las decadentes ciudades en que funcionaban.

Padre nunca pudo levantar cabeza. Tenía cuarenta y tantos años, así que todavía era relativamente joven, pero el mundo de la ambición y el éxito y empezar de nuevo era un misterio para él. El dinero y el trabajo rentable eran enigmas cada vez más difíciles de entender; estaban envueltos en el misterio o formaban parte del mundo del crimen. Papá era un hombre inocente, y aunque con nosotros podía mostrarse bullicioso y extrovertido y contar innumerables historias, en realidad era bastante tímido. Tenía momentos teatrales en los que casi se comportaba como un actor, con frecuencia era divertido, y a veces sorprendentemente sumiso y melodramático, como cuando, para aplacar a madre durante uno de sus ataques de ira contra nosotros, levantaba una mano para que se hiciera el silencio y decía:

—¡Es peor un hijo ingrato que el colmillo de una serpiente!

En esa época sin ingresos, necesitaba trabajar, pero no buscaba tanto un empleo como un benefactor. Lo habían criado en una cultura en la que el trabajo escaseaba, y si uno conseguía un empleo, era porque le hacían un favor. Si alguna vez mostró pasión por algo, fue por conservar su dignidad, por seguir pareciendo respetable, por mantener el orgullo de la familia. Una vez, cuando madre dijo que en la iglesia había quedado vacante el puesto de conserje, frunció el ceño y guardó un silencio terco. La idea le resultaba

terrible; la piedad natural de padre hacía que fuera anticlerical de manera innata. Y todos nos quedamos muy impactados ante la perspectiva de ver a padre vestido con un mono, pasando la escoba por el pasillo de la iglesia, pero no tanto porque él sufriría esa indignidad como porque nosotros nos sentiríamos avergonzados al verlo.

Pronto se salvó de aquella ignominia. Ese hombre que lo sabía todo sobre curtidurías y pieles y cómo coserlas consiguió un empleo en una tienda de ropa de caballero situada en la plaza del pueblo. Se encargaba de la venta de zapatos. Aunque trabajaba de dependiente, tenía amor propio y una vanidad excusable —al fin y al cabo, había caído muy bajo— y continuó vistiéndose como un magnate del cuero, con trajes de raya diplomática, y hablando de «complementos de caballero». Yo me acostumbré hasta tal punto a su forma de hablar que no me di cuenta hasta mucho más tarde de que sus eufemismos eran producto del deseo de ocultar su vergüenza.

Nunca decía estar cansado; estaba «derregado». Y cuando estaba derregado, decía que se iba «al sobre». Cuando algo le parecía injusto, decía que lo «ponía furioso». Para enfatizar sus ideas, decía cosas como «a más no poder» o «para los restos». Su coche era «el cacharro», y cuando lo vendió de manera bastante ventajosa, dijo que se había quedado «de piedra». No tenía hijos, tenía «chavales». También empleaba muchos eufemismos en francés, idioma que hablaba con fluidez y numerosos modismos. Cuando uno de sus hijos lo exasperaba y estaba a punto de pegarle, lo llamaba *mo' psi' bonhomme* (*mon petit bonhomme*, «mi caballereite»). Decía *clem*, al estilo quebequés, en vez de *crème*, y siempre *clem à la glas* para hablar de un helado, y cuando montábamos mucho escándalo o dejábamos todo desordenado, gritaba una palabra que existe en el Canadá francés pero no en Francia: *Plaquoteurs!*, «¡Metepatas!».

Cuando su negocio fracasó y la gente intentaba animarlo, se encogía de hombros y decía, con un tono de voz característico de Quebec: «*Les gens heureux n'ont pas d'histoire*».

Su caída me hizo sentir vergüenza y miedo, y aunque no era más que un niño de nueve años —fue en 1950—, lo compadecía por tener que aguantar las bromas y burlas de sus colegas, cuatro o cinco dependientes bastante ridículos, con su espurio conocimiento sobre camisas y corbatas: «Ninguna camisa es mejor que una Hathaway... Eso quedaría estupendo con una corbata... Lo que le vendría bien es un chaleco... Los puños franceses son

una señal de clase... Ese abrigo es demasiado formal...». Padre sabía distinguir un zapato blucher de un zapato brogue, hablaba de botas wingtip y botas chukka, de la anatomía del pie, del arco y del tercio anterior, y podía recomendar un zapato diciendo: «Tiene unas plantillas ortopédicas muy buenas, con un cambrillón de acero. Es un 44». Afirmaba que los pies izquierdo y derecho siempre tenían un tamaño ligeramente distinto. «Usted es diestro», decía, porque el pie izquierdo de una persona diestra es más grande que el derecho. Aunque tenía un trabajo poco especializado, le aportaba perspicacia y sabiduría; estaba tan familiarizado con el pie humano como un podólogo. «En ese pie tendría que echarse un poco de talco astringente».

—Ahí no es un empleado, es un esteta —decía Floyd.

Madre lo hacía muy infeliz con sus cambios de humor. A veces le recordaba que llevaba muy poco dinero a casa, y él la consideraba tan poderosa que no se atrevía a decirle nada y lo pagaba con nosotros. Estaba indefenso; era otra de las víctimas desesperadas de madre.

Y también su sicario. Había fracasado en los negocios, pero como dependiente se sentía tan satisfecho como Bob Cratchit. Madre conocía el secreto de su debilidad —su orgullo por ir bien vestido y arreglado, su deseo de complacerla— y se aprovechaba de su inseguridad. Se quejaba de nosotros cuchicheando, susurrándole cosas al oído. Tenía la capacidad de provocar la ira de padre. Él era irracional y violento cuando se enfadaba, y debido al amor apasionado que sentía hacia nosotros, se ponía furioso, casi enloquecía a causa de la turbación, y nos pegaba aún más fuerte.

Sabía cómo consolar a madre, para quien el mayor consuelo era que nos castigara, pues así ella descargaba toda su rabia y él le demostraba su obediencia. Pegarnos era para él un acto de lealtad. Padre la quería mucho. Él, a su vez, había sido querido y sabía querer, sabía mostrarse compasivo, perdonar, expresar su gratitud. Era capaz de tranquilizar a su excitable mujer. Quizá fuera el único hombre que tenía esta capacidad, además del padre de ella. Sabía hacer que se sintiera segura. La conocía mejor que ninguno de nosotros.

Y él no se parecía nada a ella. Era apacible, generoso, odiaba los cotilleos, decía la verdad y solía ser justo e imparcial. Siguiendo su ejemplo, con frecuencia madre moderaba su propia conducta, aunque seguía cuchicheando y mintiendo. Padre la refrenaba. Desde una edad muy temprana, me di cuenta de que aunque madre era, por naturaleza, tiránica, y aunque dominaba a

padre, y a todos nosotros, temía la fuerza de la pasividad de él. El dominio que aparentemente ejercía sobre padre la ponía nerviosa. En realidad, ella misma no sabía lo que quería. Padre era sumiso y poco dado a la queja, y aceptaba su derrota, y por todo esto a ella le resultaba enigmático. Madre nunca supo qué se le pasaba a él por la cabeza, de modo que siempre fue el más fuerte.

## 5. El señor Bones

Después de su muerte, cada vez que me ponía sentimental y empezaba a recordar y a hablar de que papá solía leerme cuentos y darme ánimos, me daba cuenta de que estaba mintiendo. Quizá fuera un modo de ser amable con su memoria, como: «¡Tienes un aspecto magnífico!», otra de las cosas que él solía decir. O: «Estás preciosa», cosa que pocas veces era cierta. «Tiene una pinta de lo más apetitosa», afirmaba al ver el cartilaginoso pastel de carne de madre. Lo cierto es que la generosidad muchas veces parece rozar lo satírico.

Aunque mi padre parecía una persona sencilla y alegre, daba la impresión de que era imposible llegar a conocerlo. Sus sonrisas lo volvían impenetrable. Se mantenía a cierta distancia, haciendo sonar las monedas en el bolsillo, esperando a que alguien lo necesitara. Era un hombre satisfecho y tenía ese buen humor y ese carácter servicial que yo asocio con los sirvientes chapados a la antigua: «¡Encantado de servirlo!».

La sonrisa es la expresión más difícil de comprender; no se investiga, no genera preguntas. Él debía de saberlo. Nunca me pregunté quién era él ni qué quería. Él decía que era feliz. No habría sido capaz de decir lo contrario, pero, aunque yo le creía, había cosas que no sabía de él. Perdió su empleo cuando cerró American Oak. Dio igual, encontró otro. ¿Acaso le gustaba?

—¡Estoy contentísimo!

Se comportaba de una manera tan agradable que no se nos ocurrió que no lo conocíamos. No bebía, no fumaba. Nunca salía por la noche salvo para ir a la iglesia. Dejó de ir a la bolera y al cine cuando tuvo su primer hijo. Tenía pocos amigos, ninguno íntimo, ningún confidente; no era una persona de las que hacen confidencias. No le interesaba nada formar parte de un grupo. Era la presencia insustancial que deseaba ser, apenas una voz, un hombre que vivía en la casa. Una entrada dramática y después silencio. Un cuchicheo. Una salida dramática y después otra vez silencio.

Todo esto suena muy armonioso, pero en nuestro hogar había desorden,

tensión y conflicto. Las astillas angulosas de la madera rezumaban algo fraudulento, que latía en el aire, una perturbación profunda, sutil y carente de voz, un desconcierto y una incertidumbre silenciosos, la presencia vibrante de rivalidades que resonaban gravemente, y todo estaba oculto tras una serie de gestos amables y, en ocasiones, tras hostiles muestras de afecto. Los hogares que parecen más tranquilos suelen ser más turbulentos o intimidantes que los de las personas pendencieras o los borrachos.

Uno de los conflictos de los que no se hablaba nunca tenía que ver con la propia casa; había un constante reproche por parte de los armarios llenos a reventar, de cada una de las grietas del suelo, del papel que se iba separando de la pared, de las manchas del techo que parecían rostros burlones, de la corriente de aire que soplaba por debajo de las puertas. Todos esos incómodos recordatorios. La versión de madre —la que no permitiría jamás que él olvidara— era que, cuando decidieron que teníamos que mudarnos (en aquel momento éramos cuatro niños en una casa minúscula, con un quinto en camino), encontrar una más grande era cosa de mi padre. Ella estaba embarazada y muy ocupada, pero además nos hacía tomar ciertas decisiones por nosotros mismos, de modo que si nos equivocábamos, siempre podía decirnos: «¿De quién es la culpa?». Manejaba con mucho tino su capacidad para la negación; ese era uno de sus mecanismos de defensa.

Cuando le daba a papá instrucciones para que buscara una nueva casa, había que apaciguarla: respondía con un silencio cargado de amonestaciones si se trataba de una buena elección y con una sonora reprimenda si la elección era mala. Papá era como un empleado, como alguien que se contrata para que se encargue de la búsqueda.

—Y más vale que encuentres algo bueno.

Como no tenía la costumbre de gastar grandes cantidades de dinero y debía tomar una decisión importante que suponía un gran riesgo, papá se volvió más afable y cordial de lo que yo lo había visto nunca. Era puro nerviosismo, una especie de hilaridad incontrolable, como la de un jugador a punto de arruinarse ante la mesa de blackjack que lo apuesta todo a una sola carta.

Vio tres o cuatro casas. No eran adecuadas. A él le gustaron todas. Madre se enfadó. Se trataba el tema durante la cena. A nosotros no nos permitían hablar en las comidas, de modo que nos dedicábamos a escuchar. «¿Qué tiene de bueno?», decía madre. O: «Será muy difícil de calentar». O: «Ya lo pensaremos». O: «Está en un barrio malísimo».

Una noche de invierno, madre estaba llorando. Papá había visto otra casa que le había gustado. Estaba en ese estado de ánimo nervioso y amable. Le habían dicho el precio y él no había regateado, ni había dicho que tendría que verla su esposa o que ya lo pensarían.

Había dicho que se la quedaban y había mostrado el dinero de tal modo que la vendedora de la casa, una anciana decrepita que llevaba un delantal inmundo, se había sobresaltado.

Esa era la versión de mi madre, que en la tradición oral de la historia familiar, era la única versión permitida. En cuestión de una hora, más o menos, mi padre había visto la casa y había accedido a comprarla. Otro detalle que lo desacreditaba era que la había visto cuando ya estaba oscuro. Como era enero y él trabajaba hasta las cinco y media, había cogido el coche para ir a verla después del trabajo, había aparcado y avanzado a pie trabajosamente entre la nieve, le había echado un vistazo y a eso de las siete ya había cerrado el trato.

El motivo por el que mi madre lloraba era que, previendo que iba a encontrar la casa adecuada, papá había ido por ahí con quinientos dólares en billetes pequeños en el bolsillo, y los papeles que había firmado aquella misma noche (la anciana los tenía muy a mano, en el bolsillo del delantal) especificaban que debía dejar un depósito no reembolsable por esa misma cantidad.

—¡Nuestros ahorros de toda la vida! —gritó mi madre, dando un golpe en la mesa—. ¿Cómo has podido?

Evidentemente, a él le había gustado la casa y no había querido arriesgarse a quedarse sin ella. No se le daba bien regatear y tampoco tenía mucho tiempo; se dedicaba a ver casas después del trabajo. Había que comprar la casa y pagar el dinero que faltaba pidiendo una hipoteca o perder el depósito.

—¡Has malgastado nuestros ahorros de toda la vida!

Papá sufrió, sonriendo tímidamente, durante unas cuantas escenas a la hora de cenar y en otras situaciones. Yo oí cómo ella le hacía recriminaciones en el dormitorio, cosa rara en casa. Pero pronto nos concedieron la hipoteca, compramos la casa y nos mudamos. Fue una perturbación enorme para una familia que no estaba acostumbrada a nada que supusiera un gran desembolso de dinero. Aquella fue la única vez que nos cambiamos de casa, y lo que la hizo memorable fueron las lágrimas de mi madre. Cuando estuvimos instalados, los padres de ella nos hicieron una visita. Su padre, un hombre

sentencioso, enjuto y devoto, un italiano que se había construido una imagen de huérfano, miró la casa, estudió la calle, afirmó que todo era un desastre y dijo: «*Poverina*». No se refería a la casa, sino a madre.

La casa era grande, pero tenía una forma extraña; era flaca, alta, estrecha, como una caja de cereales. El lado más estrecho daba a la calle y el más ancho a una pared llena de ventanas, y todo tenía un aire como inacabado: la cocina no estaba del todo bien, los angostos armarios de madera tenían una capa de barniz demasiado oscuro, las puertas estaban combadas o no cerraban en condiciones o simplemente faltaban, el suelo crujía y era irregular. Pero tenía cuatro dormitorios. Fred y Floyd compartían una habitación con literas.

—Hay sitio para el piano —dijo mi padre con un tono de entusiasmo hueco en la voz.

Probablemente fuera exagerado hablar de los «ahorros de toda la vida», pero no demasiado. Mi padre era dependiente en una zapatería. Se sentía agradecido por tener aquel empleo, pero un hombre que vende zapatos se pasa mucho tiempo de rodillas.

Se tiró sonriendo todo aquel invierno. «Todo va bien», decía su sonrisa. Madre golpeaba los armarios de la cocina para demostrar que los goznes estaban sueltos, que los pestillos estaban rotos. Cuando tenía que cerrar la puerta de la casa, tiraba, exagerando el esfuerzo, y decía que se estaba resfriando debido a las corrientes y suspiraba con fuerza; hacía todos los sonidos y gestos posibles para expresar su insatisfacción.

—Ya lo arreglaré —decía papá.

Era imperturbable. No se mostraba tan amistoso como para resultar ofensivo, pero sí complacientemente amable. «¿Puedo ayudar en algo?». Se trataba de la clase de sumisión que se ve en los nativos de las colonias remotas, con el aspecto lánguido de los trabajadores agrícolas o los criados viejos.

Llegó la primavera. Empezó a haber goteras en el techo, los canalones se pudrieron y las contraventanas, que estaban aseguradas con clavos, resultaron muy difíciles de desmontar. Ahora que estábamos menos limitados por el invierno veíamos que la casa era grande y sencilla y que necesitaba una mano de pintura.

Papá se puso a pintarla, empleando una escalera que había pedido prestada y un bote de cinco litros de pintura amarilla. Un vecino lo vio y le dijo, estupefacto:



—¡No pensaré pintar esa casa de amarillo!

Así que papá devolvió la pintura amarilla y compró unas latas de pintura gris.

—Mucho mejor —dijo el vecino.

Madre le indicó que había manchado de gris las molduras blancas. Él lo arregló volviendo a pintar las molduras.

—Ahora se te ha caído pintura blanca en las tejas —dijo madre.

Papá sonrió y volvió a pintar, sin conseguir nunca dejarlo bien del todo.

Pensando en el calor y los insectos, puso unas mosquiteras. Eran unas mosquiteras oxidadas, que estaban medio flojas y tenían agujeros.

—¿No te fijaste en cómo estaban antes de ponerlas?

Se refería al mes de enero, cuando él había comprado la casa. Ahora estábamos a mediados de marzo.

La cocina no funcionaba bien; el fueloil borboteaba y se salía de la caldera, por lo que tuvo que venir a cambiarla un fontanero llamado Mel Hankey, compañero de papá en el coro. Hizo el trabajo gratis, o casi gratis, soltando unos inarticulados gruñidos de irritación, como quien desprende un olor, mientras se esforzaba.

El nuevo trabajo de mi padre era un problema: un horario amplio, una paga escasa, mi madre en casa con los niños pequeños y esperando un bebé para junio. Estaba gorda y caminaba medio de puntillas y echándose hacia atrás, sujetándose la barriga con una mano, como si tratase de mantener el equilibrio conforme andaba.

—Perdí una hija hace cuatro años. Mi querida Angela.

Era como si estuviera amenazando con perder también este niño.

—Todo va a salir bien —decía papá.

—¿Cómo lo sabes?

Él sonreía pero no tenía respuesta. A modo de penitencia, lavaba los platos, y gritaba:

—¿Quién me ayuda a secarlos?

—¡Yo! ¡Yo! —decíamos todos, debido a la tensión, y nos amontonábamos a su alrededor intentando echar una mano, como los niños aterrorizados de una familia de alcohólicos. Pero ahí no había ningún alcohólico, solo una mujer decepcionada y su marido sonriente.

Dije que no tenía ningún entretenimiento, pero tenía uno, el coro. Era algo legítimo pues guardaba relación con la iglesia. Papá cantaba con tono fuerte y

seguro y bastante desafinado. Su voz era un poco áspera y, aunque hubiera otras treinta personas cantando, yo siempre podía distinguir la de mi padre en «Pange Lingua» o en «O salutaris».

—No pensarás salir de nuevo, ¿verdad?

—Pero si tengo ensayo con el coro.

«Quien canta al Señor reza dos veces», decía en el himnario. Él lo creía. Ensayar con el coro era más que una forma de devoción o una expresión de piedad; era un deber espiritual. Pero papá siempre iba solo, nunca nos llevaba a nosotros para iniciarnos en el coro, y siempre regresaba contento, cosa que se le notaba en la manera en que inclinaba la cabeza, en los movimientos que hacía, en su forma de respirar, en cómo escuchaba, con una sonrisa distinta y en una postura relajada, en el modo en que caminaba. Parecía pesar menos.

Llegó abril.

—La casa está llena de moscas.

—Ya me encargo yo de eso.

Reparó las mosquiteras con retales de otras mosquiteras rotas.

—Y la pintura se está descascarillando.

En lugar de aplicar una primera capa o esperar hasta el verano, había pintado sobre la mugre y la pintura no se había adherido bien.

—El grifo gotea.

—A la salida del coro iré a por unas juntas para ponérselas.

—Es la segunda vez que te lo digo.

Papá se estaba poniendo el sombrero, colocándole bien el ala, y tenía un aspecto un poco chabacano.

—Nunca escuchas lo que te digo.

En realidad no hacía más que escuchar, pero hay un tipo de repetición persistente que te puede ensordecer, y otro que hace que te vuelvas un mentiroso. No nos dábamos cuenta de que habíamos llegado al final de un capítulo, que estábamos empezando uno nuevo. Y cuando terminó, conocíamos mucho mejor a papá o, mejor dicho, conocíamos un aspecto suyo muy distinto.

Las revelaciones más endiabladas pueden tener los comienzos más inocentes. Esta empezó con una canción. Papá llegó a casa con un sobre muy grande con la solapa plegada. Aparentando normalidad, metió los dedos en el

sobre y, con un ademán ostentoso y al mismo tiempo cohibido, sacó una partitura. En la ilustración de la portada se veía un hombre negro con un brillante sombrero de copa, guantes blancos y la boca abierta y sonriente mientras cantaba. Me di cuenta, por sus rasgos, de que se trataba de un hombre blanco maquillado para parecer negro.

—Oye —papá agitó la partitura—, ¿puedes tocar esto, madre?

Siempre le daba vergüenza pedir un favor. A madre, por su parte, que le pidieran un favor siempre la hacía sentirse agotada y poderosa. *Ah, así que ahora quieres algo, ¿verdad?*, parecía responder mientras levantaba la nariz y sonreía con aire triunfal.

Ella miró con cierto disgusto la partitura y la cogió con reticencia, como si estuviera sucia; lo cierto es que estaba bastante asquerosa, desgastada por los bordes y rota por el pliegue por donde se doblaba, en el lado izquierdo. Saltaba a la vista que había pasado por numerosos atriles. Las partituras muy usadas tienen un aspecto blando, como si fueran de tela.

Al cabo de un rato, madre se acercó al piano con su gran barriga. Hizo girar el taburete hasta la altura apropiada, e intentando no perder el equilibrio al sentarse, colocó allí su embarazo como si lo depositara sobre un mostrador. Frunció el ceño al ver la música y aporreó unas notas; por su manera de tocar, me di cuenta de que estaba enfadada. Papá se puso las lentes bifocales.

*Mandy,  
There's a minister handy  
And it sure would be dandy...[3]*

Se atragantó ligeramente, se aclaró la garganta y comenzó de nuevo, en un tono equivocado. Él no sabía leer música, aunque era capaz de cantar una melodía si la había oído lo suficiente. En este primer intento hizo un gran esfuerzo por encontrar el tono.

—No estás escuchando —dijo madre.

—Solo intento... —dijo él, y se centró en la partitura de la canción en vez de terminar la frase.

Empezó a cantar otra vez, leyendo las palabras pero demasiado rápido, y madre aporreaba las teclas y pisaba con fuerza los pedales como si estuviera conduciendo un gran vehículo de madera cuesta abajo por una colina empinada.

*Mandy, is there a minister handy...*

Escuchar las torpes repeticiones de quienes están aprendiendo algo desde cero me resultaba insoportable porque, quizá debido a la exasperación, yo me lo aprendía antes que ellos. Por lo general, ya iba bastante adelantado cuando ellos todavía titubeaban. Siempre deseaba con todas mis fuerzas que terminara.

Salí del cuarto, pero incluso desde la habitación contigua a la de al lado, seguía escuchando:

*So don't you linger.  
Here's the ring for your finger,  
Isn't it a humdinger?*[\[4\]](#)

Estuve escuchando la canción, contra mi voluntad, hasta que se me metió en la cabeza, no como tenía que cantarse, sino en la versión desafinada y titubeante de papá.

Más tarde, durante la cena, en respuesta a una pregunta que no oí, papá dijo:

—Me la dio un tipo. Me la prestó. Luego se la tengo que devolver.

—¿Quién te la prestó?

—John Flaherty.

—¿Por qué?

—A él se la prestó Mel Hankey.

—¿Para qué es?

—Para un *minstrel show*[\[5\]](#).

Madre hizo una mueca. Como si quisiera evitar más preguntas, papá se metió algo en la boca y siguió comiendo con el aspecto distante que adoptaba cuando no quería que lo interrogaran. *Estoy ocupado pensando*, decía su expresión. *Mejor no me interrumpas*.

—¿Me pasas la taza, hijo? —dijo algo después, con la boca llena.

—¿Qué taza?

—¿Qué taza va a ser? La mos-taza.

Nos quedamos mirándolo. Estaba masticando.

—Os diré una comida estupenda —añadió—: Caracoles de Bruselas,

pimiento más que hablo y asado masoquista.

Guiñó un ojo. No entendíamos nada.

Por lo visto, pensaba que lo de «para un *minstrel show*» era una explicación suficiente, y tal vez lo fuera, aunque no para mí. Esas palabras, que yo nunca había oído antes, tenían un significado para él y le proporcionaban una satisfacción privada. Pero ¿a qué venía eso de la mostaza?

A partir de entonces, se dedicó a practicar la canción «Mandy» todas las noches, cantando cada vez con más seguridad y más afinado. Madre tocaba más alto, pateando los pedales con los pies. Él tenía una voz fuerte, más resuelta que melodiosa. Antes de que pasara una semana se quedó ronco, afónico y, desde la habitación de al lado, daba la impresión de que quien cantaba era otro hombre; no se oía la voz de papá, sino la de un desconocido afónico.

Entonces, tras haberse aprendido la canción, reveló su nuevo nombre. Estábamos sentados a la mesa, cenando. Madre estaba en un extremo, papá en el otro, y Fred, Floyd, Rose y yo entre ellos.

—Va un tipo y me dice: «¿No es una canción preciosa? ¿No lo ha tocado en lo más íntimo, señor Bones?»[6]. Y yo le digo: «No, pero el tipo que la estaba cantando sí que me tocó en lo más íntimo, y todavía me debe cinco pavos».

—¿Quién es el señor Bones? —pregunté yo.

—Un servidor —dijo él.

—No, tú no eres —dijo Fred.

—Solo hay una cosa que me impide llamarte mentiroso a cara descubierta —le contestó a Fred.

Todos nos quedamos impresionados por lo inesperado de su respuesta.

—Tu bigote —dijo papá, y movió la cabeza y sonrió.

—Yo no tengo bigote —dijo Fred.

Madre se puso nerviosa solo de oír que alguien contaba un chiste.

—No seas idiota —dijo.

—¿Crees que soy idiota? —dijo papá vigorosamente—. Tendrías que ver a mi hermano. Camina así —y se levantó de la mesa y se inclinó y dio un salto hacia delante.

Sí tenía un hermano, eso era lo que más nos confundía.

—Eres tan guapa y tan inteligente —le dijo a madre, poniéndose en una

extraña postura y con aquella nueva voz tan enérgica que tenía.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti.

Papá soltó una carcajada, como si eso fuera justo lo que deseaba oír.

—Podrías, si estuvieras dispuesta a decir una mentira tan grande como la que he dicho yo —dijo. Entonces me dio un codazo y añadió—: Era demasiado fea para que le hicieran un estiramiento de piel, así que al final le comprimieron la cabeza.

Diciendo esto, se largó de la habitación moviendo las manos en el aire. Durante un momento, pensé que madre se iba a echar a llorar.

Se había vuelto distinto, y había ocurrido de repente, así como así. Ahora se hacía llamar señor Bones y nos tomaba el pelo y le tomaba el pelo a madre. Ella estaba perpleja y disgustada. Tarareaba sin parar la canción que se había aprendido y sus chistes no llegaban a ser chistes; eran más bien burlas.

—Quizá sea su nuevo trabajo —dijo Fred en el dormitorio, ya con la luz apagada.

—Es esta casa —dijo Floyd—. Mamá la odia. Es culpa de papá, que no para de hacer el tonto.

—¿Qué es un *minstrel show*? —pregunté.

No contestó nadie.

Tratando de mostrarse amable, unos días después madre le preguntó a papá por su trabajo.

—Me dijeron que llegaría a ser un entendido, pero fue un malentendido.

Y entonces hizo ese gesto con las manos, meneando los dedos.

—Me dijeron que llegaría a ser un ilustrado, con todos los zapatos que he lustrado. Y que tocaría el cielo, pero en una zapatería lo que se toca es el suelo.

—Hace falta poner linóleo en el suelo del baño de arriba, por cierto —dijo madre con frialdad.

—Y a ti te hace falta ir al podólogo. Quien no tiene cabeza ha de tener pies.

—No seas imbécil.

—Para ti, *señor* Imbécil.

—Ojalá John Flaherty no te hubiera dado esa partitura.

—Rayo Flaherty me dijo que la necesitaría. A él se la dio Tambo[7]. Tócala otra vez para mí, necesito un buen tocólogo.

Madre se puso a recoger la mesa.

—Adoro el trabajo —dijo padre—. Podría pasarme todo el día viéndote trabajar.

Madre se acercó al fregadero y se inclinó hacia delante. Había abierto el grifo, estaba de espaldas y yo asocié el agua que corría con sus lágrimas.

Era un hombre nuevo, lo decían hasta mis hermanos, y eso que, como eran mayores que yo, muchas veces estaban fuera por la noche, cuando papá —el señor Bones— se mostraba más juguetón. Se sentía seguro y se pavoneaba, y si yo intentaba que me hiciera caso o alguien le preguntaba algo, comenzaba a cantar «Mandy». Se había aprendido otras dos canciones, «Rosie, You Are My Posie» y «Rock-a-Bye Your Baby with a Dixie Melody», que eran las canciones de Rayo y de Tambo, según decía.

Yo estaba acostumbrado a oír cantar a mi padre, pero no a estas canciones; estaba acostumbrado a su buen humor, pero había algo de rabia en aquellas bromas. Y él, que no solía salir por la noche salvo para ir a la iglesia a que le dieran la bendición o a ensayar con el coro, ahora estaba fuera casi todas las noches. Dejó de pedirle a madre que lo acompañara al piano, y simplemente se ponía a cantar, arrastrando las palabras y con la boca hacia un lado.

*When you croon, croon a tune,  
from the heart of Dixie...[8]*

Su aspecto no había cambiado. Seguía vistiendo igual, con traje gris y camisa blanca y corbata azul, pero empezó a desdeñar el abrigo por ser «demasiado formal». Un día apareció con una manga colgando, como si le faltara un brazo. La agitó delante de madre y dijo:

—Sé lo que estás pensando: la Segunda Guerra Mundial.

Después sacó el brazo por la manga y añadió:

—Pues no. Es que en Filene's Basement tienen unas tallas muy raras.

Lo que varió aquella noche, y en las noches siguientes, fue que se había hecho con una pandereta. Cuando hacía un chiste o tenía alguna salida, la hacía sonar sacudiéndola en el aire y se la golpeaba contra la rodilla y el codo

y volvía a sacudirla. *Tan-tan-tan*.

—RSVP —dijo una vez, levantando una carta que había llegado—. Regálenme Sus Valiosas Posesiones —e hizo sonar la pandereta en el aire y contra su cuerpo.

Un día, después del colegio, fui a la tienda donde trabajaba. En vez de entrar, bajé la cabeza y me acerqué lentamente hasta un escaparate lateral para observar a papá. Estaba sentado en una de las sillas que había en la sección de zapatos, y su aspecto no era el del señor Bones; se le veía triste y taciturno, como si estuviera tratando de acordarse de algo. Había otros dependientes riéndose, todos juntos, en la parte de atrás de la tienda, pero él estaba solo. ¿Acaso le hacían el vacío? Él no les prestaba ninguna atención. Estaba leyendo; no era muy habitual ver a un vendedor de zapatos leyendo. Yo tampoco conocía a aquel hombre.

Empecé a alegrarme de que se marchara casi todas las noches. Antes de mudarnos, cuando todavía vivíamos en aquella casa tan pequeña, siempre regresaba al salir del trabajo, y en la primera época que pasamos en la casa nueva —la casa grande que madre detestaba— solía instalarse en su sillón, con su pijama de franela y su bata, y se ponía a leer el *Globe* bajo una lámpara que había en un rincón. Pero tras esa primera noche en que cantó «Mandy» y los chistes y la pandereta y todo lo del señor Bones, a veces no venía a cenar, o venía y empezaba con lo de la mos-taza. O cogía el pimentero y decía:

—Así me siento yo, como la pimienta. ¡Estoy molido!

—La caldera se ha vuelto a estropear —decía madre.

En esa época, cualquier mención a un problema doméstico hacía que mi padre pusiera su sonrisa de señor Bones e hiciera gestos con los ojos.

—¿Te imaginas cómo será la del rey de Inglaterra? ¡Esa sí que tiene que ser una caldera real!

—Tendría que venir Mel a echarle un vistazo.

—Pues Tambo es un hombre muy ocupado, la verdad. «¿Cuál es la forma más rápida de llegar al hospital?», me preguntó. «Tambo, basta con que te quedes ahí en medio de la carretera», le dije yo.

Madre no reaccionó; se limitó a decir:

—Suelta un olor muy raro.

—¡Que suelta un olor muy raro! —dijo papá, levantando un dedo de una manera que ya era reconocible como el gesto que hacía el señor Bones



cuando estaba a punto de decir algo y quería que le prestaran atención—. Señor Presentador[9], ¿en qué se parecen un elefante ventoseando y un sitio al que se puede ir a tomar una copa?

—Me parece que no lo entiendes —le dijo madre con un dejo de cansancio en la voz—. Esta casa ha estado dando problemas desde que nos mudamos. Primero fue lo del tejado, luego lo de la pintura, luego las tuberías. Ahora es la calefacción. Nos vamos a quedar sin agua caliente. ¡Nada funciona bien!

Papá se cogió la barbilla, como había visto que lo hacía en la tienda. Pensó durante un momento, después nos miró a todos los que estábamos sentados alrededor de la mesa y dijo:

—Señor Presentador, un elefante ventoseando y un sitio al que se puede ir a tomar una copa se parecen en que uno es un bar..., ¡y el otro hace baaar!

Lo dijo en voz tan alta que pegamos un brinco. Él no se rio. Acercó su silla a la de madre y empezó a cantar:

*Rosie, you are my posie,  
You are my heart's bouquet.  
Come out here in the moonlight,  
There's something sweet, love,  
I want to say[10].*

Madre parecía incómoda y triste. No estaba enfadada. En cierto modo, al hacer el payaso, papá le impedía pensar en los problemas de la casa. Ella no lograba que él le hiciera caso. ¿Quién era él, de todas maneras? Tenía una voz distinta y una actitud más alegre.

Yo no le había oído nunca esa clase de bromas. Su nuevo humor era más bien burlón y agresivo. Siempre llamaba Tambo a Mel Hankey, y Rayo a John Flaherty. Nunca habían sido muy amigos —él siempre tuvo muy pocos amigos—, pero ahora tenía a Tambo y a Rayo y al «señor Presentador».

—Morrie Daigle me dijo que te iba a ayudar a arreglar el tejado.

—El señor Presentador es demasiado célebre para hacer una cosa así. Es tan célebre que solo vendría a casa para alguna celebración.

Así fue como descubrimos quién era el señor Presentador.

—¿Has perdido la cartera? —le dijo papá a Floyd.

—No —dijo Floyd, echándose la mano al bolsillo.

—Muy bien. Entonces dame los cinco dólares que me debes.

Floyd hizo una mueca. Parecía desamparado, incluso un poco apaleado. Era cierto que papá le había dado cinco dólares, pero no lo había mencionado hasta ahora.

—¿Habéis oído lo del indio ese que se quemó tanto con el sol que lo llamaban «piel roja»?

No entendí ese chiste en absoluto. Me imaginaba a un indio tumbado en la playa. No tenía ningún sentido.

Había algo abrupto y elusivo en su humor. Cada vez que hacía un chiste parecía crecerse, dejar de lado los problemas relacionados con la casa y con su empleo. Llevaba seis meses en el nuevo trabajo y nunca había contado nada. Yo lo había visto en la tienda; no estaba trabajando, sino sentado en la silla que se suponía que era para que se sentaran los clientes, y en lugar de atenderlos o hablar con los demás dependientes, se dedicaba a leer.

Madre parecía tenerle miedo. Antes siempre le hacía comentarios, le daba la lata, le echaba cosas en cara. Pero ahora se había ablandado. Lo observaba. Cuando él hacía una broma, ella se quedaba muy callada, mirándolo con incredulidad, como si estuviera preguntándose qué querría decir con eso.

Floyd estaba en el equipo de baloncesto y Fred jugaba al hockey, de modo que pasaban casi todas las tardes fuera, entrenando, según decían. Yo sabía que era una excusa para no estar en casa con el señor Bones. Rose era pequeña, solo tenía siete años, y de hecho consideraba bastante gracioso al señor Bones y le permitía que le hiciera cosquillas.

Pero yo no tenía dónde ir, y no me gustaban sus chistes agresivos ni sus burlas crueles. El señor Bones siempre andaba riéndose o cantando, y nunca escuchaba a los demás salvo cuando estaba tratando de inventar algún nuevo chiste. Para mí era un desconocido, y por primera vez empecé a pensar: ¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres?

El cambio que se produjo en papá fue una sorpresa, pero cuando volvió a cambiar nos pareció monstruoso. ¿Qué será lo siguiente?, nos preguntábamos. Toda la familia estaba asustada, pero quizá yo más que nadie, porque me fui a la cama pensando: ¿Quién eres?

La luz se encendió y tuve la respuesta.

Casi todas las luces de la casa eran bombillas desnudas, sin ninguna pantalla, que colgaban de unos cables negros y raídos que caían del techo —

otra fuente de quejas para madre—, y el brillo de la que había en mi habitación empeoró las cosas. Me habían despertado, por lo que la luz me parecía muy fuerte y me cegaba. Sin embargo, pude ver lo bastante como para sentirme aterrorizado.

Un bellaco desfigurado sacado de un cómic de miedo estaba inclinado sobre mi cama —tardé un poco en darme cuenta de que era papá— con toda la cara negra y pegajosa y un óvalo blanco alrededor de los labios. Llevaba una gorra que ni siquiera más tarde pude imaginarme que era una peluca, una pajarita roja de trapo, un chaleco amarillo con lunares y un abrigo negro, y movía expresivamente las manos, metidas en unos guantes blancos. Bajo esa negrura que brillaba en su rostro estaba sonriendo, y se inclinó hacia mí y me habló soltando una especie de chillido.

—Dame un beso, hijito.

Después se rio y se incorporó y volvió a saludarme con aquellas manos enguantadas y tiró de la cadena de la lámpara, dejando de nuevo la habitación a oscuras.

Su voz ahora combinaba con su rostro. Lo vi tan negro que soñé que seguía ahí en mi habitación, de pie, invisible, con su pajarita de trapo: el señor Bones. No había oído que la puerta se cerrara.

—Papá, ¿estás ahí? —llegué a decir en aquella amenazadora oscuridad.

No hubo respuesta, pero no responder habría sido típico del señor Bones.

—¿Papá? —volví a decir. Y con voz temblorosa—: ¿Señor Bones?

No lo había oído marcharse. No tenía ni idea de si se había quedado ahí para asustarme, pero por la mañana la habitación estaba vacía.

Desayunó avena, como siempre. Tenía una manera muy decorosa de coger la cuchara. Lo miré con atención y vi que en las arrugas del cuello le había quedado un poco de maquillaje negro. Yo eché unas uvas pasas en mi plato de avena.

—Pásame esas moscas muertas, hijito —dijo con su voz de señor Bones.

En esa época, sus comentarios hacían que todo el mundo se quedara en silencio. Todos sentíamos el efecto de su agresivo humor. Yo no sabía hasta qué punto estaba disgustada madre, aunque sabía que lo estaba. Floyd y Fred estaban extrañados, pero a veces simulaban considerarlo divertido, y de vez en cuando le contestaban a sus burlas. Cuando decía lo del podólogo, por ejemplo, Floyd le dijo que a él le convendría ir al psicólogo. En lugar de sentirse insultado, papá sonrió y dijo:

—Eso me ha gustado.

Pero seguía generando preocupaciones en Fred, con el tema de la universidad, y en Floyd, con el de las clases de trompeta. No sabíamos qué sería lo siguiente. No habíamos podido predecir ni lo de las canciones ni lo de los chistes. No habíamos podido anticipar lo de la cara pintada de negro. Tal vez hubiera más cosas.

Tenía la voz ronca de tanto cantar, y ahora todas las noches volvía a casa con la cara pintada de negro y una peluca que parecía un sombrero de lana demasiado grande. Hablaba de Tambo y Rayo y el señor Presentador y hacía siempre los mismos chistes. Al oírlos una y otra vez, acabé entendiendo el del indio que tenía la piel roja. No tenía ni idea de que a los indios se los llamara «pieles rojas».

Me daba vergüenza y miedo. En esa época, no nos atrevíamos a preguntarle por su trabajo en la sección de zapatos. Si madre mencionaba algo de la casa, que había unas goteras que hacía falta arreglar, o algún problema con la caldera, o que había que poner linóleo en el suelo o pintar algo, yo ni me enteraba. Le dedicábamos toda nuestra atención a él, a quien era ahora, el señor Bones. Ante casi cualquier pregunta, comenzaba a cantar:

*A million baby kisses I'll deliver,  
If you will only sing the «Swanee River»*[\[11\]](#).

Había cogido bien el ritmo y arrastraba las palabras lentamente y con mucha confianza, pero tenía la voz cascada de tanto usarla. Levantaba las rodillas y hacía unos pasos de baile mientras cantaba, moviendo los guantes blancos. Y madre se sentaba al piano, con aspecto nervioso, y tocaba la melodía.

Todo aquello parecía tan inadecuado que yo siempre estaba mirando hacia la puerta, temeroso de que alguien —un vecino, un vendedor de la compañía Fuller Brush, el abuelo— entrara y lo viera bamboleándose y cantando con la cara negra y la peluca.

Tenía otra canción:

*When life seems full of clouds and rain  
And I am filled with naught but pain,  
Who soothes my thumpin' bumpin' brain?*[\[12\]](#)

Tras cantar esa parte, siempre hacía una pausa, se agachaba, estiraba el cuello y decía:

—¡Nadie!

Lo decía con una voz gutural que daba la impresión de que estaba enfadado o dolido. Las semanas de ensayo lo habían privado de su verdadera voz y le habían proporcionado una nueva.

*When all day long things go amiss,  
And I go home to find some bliss,  
Who hands to me a glowin' kiss?*[\[13\]](#)

Estaba de pie junto a madre, que tocaba el piano con aire sombrío, y sonreía con malevolencia. Tenía la peluca torcida y un guante en el aire.

—¡Nadie!

La siguiente vez que, después del colegio, fui a espiarlo por el escaparate de la tienda, lo vi sentado en el mismo lugar, en la silla reservada para los clientes, leyendo. No tenía la cara pintada, pero su confianza, su postura, su manera de sentarse, como si fuera el dueño de la tienda, le hacían parecerse al señor Bones más que nunca. Tenía un aspecto pensativo, con la boca apoyada en el puño y un nudillo contra la nariz. Se diría que los demás dependientes y jefes de sección querían evitarlo, y hablaban entre ellos como si supieran que aquel hombre era el señor Bones.

Al salir de la iglesia, un domingo, Eddie Flaherty, uno de los monaguillos, me preguntó:

—¿Vas a ir al *minstrel show*?

—No lo sé —le dije—. ¿Y tú?

—Mi viejo participa. Y el tuyo también.

—Yo ni siquiera sé lo que es eso.

—Es un asco. Un montón de viejos cantando, como si estuvieran en un concurso —dijo Eddie.

Aquel gran acontecimiento para él no era más que un concurso, y su canoso padre, que trabajaba en la compañía de autobuses MTA, no era más que un viejo que cantaba. Sin embargo, en nuestra casa el señor Bones se había hecho con el poder y nos tenía intimidados a todos.

Tenía distintas quejas sobre cada uno de nosotros. Sus objeciones

resultaban más claras cuando llevaba la cara pintada de negro y una peluca que cuando solo era el señor Bones nominalmente. Se había convertido en un enmascarado, en alguien temible, que decía cosas que siempre había evitado decir y que cantaba canciones extrañas. Cuando se ponía su disfraz, podía actuar con tanta temeridad como quisiera.

Era cierto que Fred contaba mentirijillas y no quería ir a la universidad, era cierto que Floyd le debía dinero y odiaba las clases de trompeta. Y era fácil darse cuenta de que la actitud agobiante de madre era lo que le hacía tomarle el pelo y cambiar de tema. Sus chistes eran más que chistes; eran una manera de decir la verdad. Esa mostaza, que venía en grandes botes de un litro, era barata e insípida; tenía sentido reírse de ella. Las pasas rancias que madre compraba tan baratas en la sección de envases estropeados eran como moscas muertas. Pero era sumamente extraño escucharle todo aquello a esa cara negra y brillante con el contorno de la boca blanco, la peluca de lana torcida y haciendo sonar la pandereta cada vez que hablaba.

—Papá —le decíamos, suplicantes.

—Papá murió. «Señor Bones, eso fue antes de su fallecimiento», digo yo. «¿Así que le han fallado los cimientos?».

*Tan-tan-tan*, hacía la pandereta.

No estaba solo sonriente, sino que irradiaba una alegría desafiante, poderosa. Nos hablaba y nos tomaba el pelo de un modo que yo nunca había oído antes. En otros tiempos había sido una persona distante, con una sonrisa amable que hacía que no resultara fácil acercarse a él. Ahora se mostraba cercano y se reía de nosotros y no se marchaba nunca.

Era alguien nuevo, un hombre de verdad, como si le hubieran dado la vuelta y hubiese aparecido el auténtico papá. Alardeando de su papel de esclavo cómico, se había convertido, a nuestros ojos, en un amo aterrador, y se comportaba de una manera tan extraña que no teníamos cómo responder a sus tiránicas burlas.

Otra cosa que descubrí, gracias a que seguí yendo a la tienda para espiarlo a hurtadillas, fue que en vez de sentarse solo y en silencio en la sección de zapatos de la que debía encargarse, ahora tenía compañía: Mel Hankey, John Flaherty, Morrie Daigle y dos hombres que yo no había visto nunca. Todos ellos se sentaban en las sillas destinadas a los clientes y, con las cabezas muy juntas, se ponían a cuchichear como si estuvieran planeando algo. Era muy raro ver aquello en una tienda en la que todos los demás estaban trabajando o

comprando o ruidosamente atareados.

Ese era su secreto, y también el mío. Todo el asunto parecía más serio que unas caras pintadas y canciones y chistes. Esos hombres eran como conspiradores, y si me impresionó tanto verlos fue porque era papá quien estaba al mando. Me di cuenta por su postura, sentado muy erguido, como un músico que sujetara un instrumento, pero el instrumento era su mano. Como si llevara guantes blancos, daba instrucciones, transmitía órdenes vigorosamente. El señor Bones era el líder.

Pensábamos que era un hombre sin amigos más allá de la familia, sin intereses más allá de la casa y la iglesia, pero ahí estaba el señor Bones con sus colegas, Tambo, Rayo, el señor Presentador y los otros cuyos nombres yo no conocía.

Pero esa misma noche, como si quisiera rebatir todo esto, llegó a casa después de cenar con la cara pintada de negro y el abrigo y la peluca y dijo:

—Escuchad al señor Bones.

Fred estaba tratando de sintonizar la radio, madre estaba en el fregadero con Floyd y yo estaba mirando un cómic.

—¡He dicho que escuchéis al señor Bones!

Habló tan alto que pegamos un brinco, y en ese momento empezó a hacer sonar la pandereta. Era como un borracho con quien no se puede hablar, pero no había bebido nada.

*I ain't never done nothin' to nobody,  
I ain't never got nothin' from nobody, no time!  
And until I get somethin' from somebody, sometime,  
I don't intend to do nothin' for nobody, no time!*[\[14\]](#)

Nos buscó con la mirada, negando con la cabeza, y se lamentó:

—Por nadie, ni una vez.

¿Era una canción? ¿Era un poema? ¿Era un discurso? Era demasiado furibundo para tratarse de un espectáculo o un entretenimiento. Nos sentamos, horrorizados por la visión de papá con la cara negra, golpeándose la pandereta contra la rodilla y el codo y después dándose en la cabeza con ella.

Aunque su recitado fuera doloroso de escuchar, le prestamos toda nuestra atención. Teníamos que escucharlo; no podíamos mirar hacia otro lado. Eso

demostraba que él era lo contrario del pobre diablo que estaba describiendo. Era más fuerte que nosotros, y yo reconocí ese «nadie» del que hablaba. No era el señor Bones, era papá.

Cuando acabó, se acercó a Fred y le dijo:

—¿Tú qué vas a hacer por el señor Bones?

—Ir a la universidad —dijo Fred, mirándolo con intensa perplejidad.

—¿Sabes en qué se parecen un profesor universitario y un maquinista?

—No.

—¿No qué?

—No, señor Bones.

—Uno entrena mentes y otro miente en trenes. ¿Cuál de los dos prefieres ser?

—El profesor universitario, señor Bones.

Pero el señor Bones se había vuelto hacia Floyd.

—¿Tú qué vas a hacer por el señor Bones?

—Ir a clases de trompeta, señor Bones.

—Siempre se te dio bien tocarte la trompeta. ¡Ja! —entonces me cogió de la barbilla y me la levantó un poco, cosa que papá no había hecho nunca—. ¿Quién era esa dama con la que me viste anoche?

No pude contestar nada con esa mano metida en un guante blanco cogiéndome la barbilla.

—No era ninguna dama. ¡Era mi esposa!

Madre masculló algo mientras él hacía sonar la pandereta.

—Te vendría bien un poco de sirope Karo para la garganta —dijo madre, y le dio un frasco y una cuchara.

Él tomó un trago directamente de la botella y luego le dijo a Fred:

—Toma, ¿quieres guardarte este frasco donde te quepa?

No supe que era un chiste hasta que movió los hombros y extendió los brazos y aporreó la pandereta.

Temía el momento del *minstrel show*, que era al cabo de solo una semana, y cuando llegó el día, dije:

—No quiero ir. Me duele muchísimo la tripa.

—Vamos a ir todos —dijo madre, temblando con un empeño nervioso que yo ya conocía: si la desafiaba, podía ponerse a gritar.

Aquel lluvioso sábado de mayo, por la noche, fuimos todos juntos al salón de actos del instituto en nuestro viejo coche. Madre conducía. Yo me daba



cuenta de que estaba disgustada por su manera de conducir, pisando a fondo el freno y el embrague y cambiando de marchas con demasiada fuerza. Papá había ido por su cuenta.

—Va a pasar a buscarme Tambo.

Entré a toda prisa en el salón de actos y me acurruqué en mi asiento para que nadie me viera. Cuando empezó a sonar la música y subió el telón, me tapé la cara y me quedé mirando entre los dedos.

Papá —el señor Bones— estaba en el escenario sentado en una silla, formando un semicírculo con todos los demás, que también estaban sentados. El señor Bones parecía seguro de sí mismo y feliz; iba vestido de payaso, pero tenía un aspecto poderoso. Llevaba el traje de trapo, el chaleco brillante, la gran pajarita, los guantes blancos, la peluca ladeada y el rostro pintado de negro. Todos iban pintados de negro salvo Morrie Daigle, que estaba en el centro e iba vestido con traje y sombrero de copa blancos.

—Señor Bones, ¿no le parece preciosa esa música? ¿No le ha tocado en lo más íntimo?

Yo me tapé los oídos con fuerza y cerré los ojos y empecé a gemir para no oír el resto. Quería desaparecer. Estaba tan hundido en mi asiento que no me asomaba la cabeza por encima del respaldo, y aunque me quedé con las manos en los oídos, oí algunas frases conocidas como: «Llegaría a ser un entendido», o: «Eso fue antes de su fallecimiento».

Las canciones que me sabía de memoria penetraron en mí mientras estaba ahí intentando no oír nada. El señor Bones cantó «Mandy». Otros cantaron «Rosie» y «Rock-a-Bye Your Baby». Alguien más cantó «Nobody».

—Tendrías que ver a mi hermano, camina así —oí, y supe que lo había dicho el señor Bones. Oí: «Llamarte mentiroso a cara descubierta». Oí: «Quien no tiene cabeza ha de tener pies».

Hubo muchas más cosas, chistes y canciones. La gente riéndose y aplaudiendo, la música alta, los gritos, las panderetas, las frases que yo ya conocía. Era algo bobo y embarazoso, pero esas mismas bromas y canciones en casa nos habían intimidado. Y el señor Bones también era distinto en casa; no era ese hombre ridículo que hacía el payaso, a lo lejos, sobre el escenario, sino alguien a quien yo no quería considerar mi padre que se burlaba de nosotros y nos tomaba el pelo y nos obligaba a estar de acuerdo con él y a tomar decisiones. Eso es lo que era: papá disfrazado del señor Bones.

Antes de que se encendieran las luces de la sala, mientras en el escenario

hacían reverencias, dije que tenía que ir al baño y salí corriendo y me escondí en el coche.

Más tarde, ya de vuelta en casa, nadie dijo nada sobre el espectáculo. Papá llevaba su ropa normal, aunque tenía unas débiles manchas negras y grasientas en el cuello y detrás de las orejas. Estaba excitado, emocionado, pero guardó silencio. El extraño episodio había concluido, al igual que todo el alboroto provocado por él. Seguí poniéndome nervioso cada vez que tarareaba «Mandy» o «Rosie» mientras se afeitaba, pero ya no hacía más chistes ni le tomaba el pelo a nadie. Cuando fui a observarlo por el escaparate lateral, lo vi de pie, cerca de la caja registradora, sonriendo hacia la puerta de entrada como para darle la bienvenida a algún cliente.

Al año siguiente se habló de *minstrel shows*, pero no ocurrió nada. Para entonces ya teníamos televisión, y las noticias hablaban de unos problemas en Little Rock (Arkansas), de la integración en los colegios, de que la guardia nacional había tenido que proteger a unos niños negros, de una multitud de blancos que insultaba a gritos a los aterrorizados estudiantes negros mientras los guardias los escoltaban para que pudieran salir. El presidente, que era calvo, dio un discurso en la tele. Papá lo vio con nosotros, y tal vez pensara que al señor Bones también le habían permitido salir, o que lo habían prohibido. No esperaba encontrarse con esa noticia y su cara adoptó una expresión ausente; parecía que sentía tanta pena que se había quedado estupefacto, pero antes de que pasara mucho tiempo, papá volvió a sonreír.

Nadie volvió a preguntarle por su trabajo un tanto humillante ni a mencionar los defectos de la casa, jamás.

## 6. Tierra madre

El recuerdo del señor Bones era tan fuerte que aunque nadie lo mencionara, papá siguió siendo fuerte y no nos atrevíamos a desobedecerlo. Pero cuando murió, y su personaje dejó de perseguirnos y madre volvió a ser ella misma, me sorprendió el cambio que se operó en ella. Yo veía la familia de otra manera; algo se había revelado, o mi perspectiva era más amplia —estoy buscando una imagen—. Se había roto cierto equilibrio. Ya no estábamos en fila. Toda la estructura familiar comenzó a tambalearse. ¿Estoy hablando de la entropía? Empezamos a comportarnos de un modo distinto porque papá ya no estaba, y madre se mostraba más demandante que nunca. Una señal fue que se deshizo de todas las cosas que había acumulado papá. Llevó toda su ropa a tiendas de segunda mano o a instituciones benéficas. Purgó la casa de su recuerdo y solo dejó unas pocas fotos. Recuperó el poder en el hogar, apropiándose de todas las habitaciones. Y no se trataba solo de la casa; volvió a dominarnos también a nosotros, a plantear sus demandas y, justo después del funeral de padre, puso a prueba nuestra lealtad hacia ella, echándonos una mirada de ave rapaz y diciéndonos a cada uno: «Esto es lo que quiero que hagas por mí...».

Ser un ciudadano estrechamente vigilado de la tierra madre siempre me ha resultado perturbador. Desde una edad muy temprana, pensé que mi vida solo me pertenecía a mí, y evité compartirla con mi familia. Necesitaba creer esto, porque había muchos familiares dispuestos a interferir en mis cosas, a burlarse de lo que yo escribía o a afirmar que ellos podían hacerlo mejor.

A veces madre encontraba un libro mío —podía ser una novela de Steinbeck con una cubierta un poco subida de tono, como *El autobús perdido*; o una edición de bolsillo de *Yo, el jurado*, de Mickey Spillane; o el *Retrato del artista adolescente*, de Joyce— y me decía:

—¿Por qué lees esto? ¿Es que no tienes nada mejor que hacer?

Se refería a que tendría que estar en el Stop and Shop ganando dinero y sin meterme en problemas. Leer era sinónimo de inactividad y pereza, y verme sentado en un rincón con un libro delante de la cara bastaba para que se enfureciera. Leer era un lujo, pero escribir era impensable; no es de extrañar que se convirtieran en mis pasiones.

El lema de madre era: «Hay que estar ocupado», lo cual significaba que yo tenía que coger trabajos a tiempo parcial y entregarle la mitad de mi paga cada semana.

Ella no tenía ni idea de cómo era yo. Aquel niño al que mangoneaba era un desconocido para ella, un desconocido que la obedecía porque la obediencia era más sencilla y menos conflictiva que la rebeldía. Quizá yo hubiera aprendido eso de papá: cumple las órdenes, no desafíes a la autoridad, no opongas resistencia, y de este modo nadie sabrá nunca quién eres ni qué es lo que sientes. A partir de mi obediencia, me inventarían una personalidad que encajara con su punto de vista y así mi alma me pertenecería solo a mí. Quizá madre sospechara que yo empleaba esta estrategia. Quizá se sintiera insegura y enfadada cuando se dio cuenta. En cualquier caso, yo me volví un experto en el arte de la ocultación.

De niño pensaba que algún día huiría y me iría muy lejos. Y lo hice. En cuanto terminé la carrera, me fui a África y me quedé. Allí me casé, sin que asistiera a la boda ni un solo miembro de mi familia. Tuve hijos. Viajé más. Me divorcié y me volví a casar. Escribí cuarenta libros. Cuando murió padre, regresé a Cape Cod. Madre seguía ahí, más pequeña pero más violenta que nunca.

Tuve que esforzarme para sentir confianza en mí mismo, y eso me ayudó a convertirme en escritor a pesar de todo: de la perplejidad de papá, de la oposición de madre, de la envidia y las burlas de mis hermanos. La experiencia que tuvo Floyd al convertirse en poeta no fue distinta de la mía, aunque él contaba con la respetabilidad que proporciona tener un puesto fijo en Harvard para protegerse contra el filisteísmo. Yo escribía recluido, encantado con mi aislamiento, y sacaba fuerzas de aquel secretismo.

Mi vida era cosa mía. Me resultaba odiosa la idea de que algún familiar, o cualquier otra persona del mundo, intentara contar mi historia. Solo yo tenía el derecho y la capacidad de hacerlo; el único que conocía todos los hechos relacionados conmigo era yo. Sabía que madre estaba en el centro de mi

historia. Y sabía que cuando me pusiera a hacerlo, la escribiría con tanta exhaustividad que nadie podría negarla ni añadirle nada. No habría nada más que decir.

En cualquier autobiografía, los elementos de mojigatería o reserva (que no se han prodigado en mi escritura) no tienen otro fin que animar a los lectores a hacer comentarios o suposiciones para llenar las lagunas, y la franqueza tiende a generar protestas por parte de la familia del autor, que quisiera aparecer bajo una luz más favorable. Yo sabía que madre tenía sus simpatizantes; no podía ser de otro modo, ya que desde el principio trató activamente de que se sumaran a su causa. Tenía sus favoritos, y sus favoritos han defendido su canonización, y solo Dios sabe qué pensarán de mí. Pero a mí me parecía que, si mi historia era exhaustiva y sincera, volvería inútil cualquier otra versión de mi vida. Al fin y al cabo, en *David Copperfield*, la versión que da el protagonista de su infancia y educación es lo que anula las especulaciones de cualquier biógrafo de Dickens; Copperfield, como corresponde, tiene la última palabra.

Yo sabía que no podía impedir que alguien se opusiera a lo que yo escribía sobre la familia, o que publicara su propio retrato de madre. Pero también sabía que la sinceridad de mi relato debilitaría cualquier otro intento de contar mi historia. Cuando la terminara, ya no habría más secretos y no quedaría nada que decir. La verdad de mi narración dejaría fuera de juego a todos los demás.

Justo después de la muerte de padre, madre puso a prueba nuestra lealtad. En primer lugar, era necesario visitarla y llamarla con regularidad. Madre se había colocado en el centro de todo. Insistía en saber qué estábamos haciendo. Exigía el derecho a opinar sobre nuestras cosas. Conmigo, el tema siempre era el matrimonio.

—Quiero que encuentres a alguien —me había dicho por teléfono—. Hazlo por mí.

Yo había sido adiestrado desde la infancia a someterme a sus sugerencias, o al menos a fingir que las aceptaba. Por supuesto, le dije, encontraría a una mujer que me quisiera, pero en el momento de decirlo sonreía amargamente con el teléfono en la mano.

Nunca se mencionaba a papá. Su memoria había quedado desplazada por

los padecimientos de madre, que al principio eran leves y después, como si hubieran atendido a sus súplicas, se convirtieron en motivos reales de queja. Había ansiado tener una enfermedad. Cuando llevábamos cierto tiempo en aquel ambiente fúnebre, a madre le diagnosticaron una clase de artritis. Como buena hipocondríaca, madre podía hablar durante horas sobre sus síntomas y sus medicamentos.

—Se llama polimialgia —decía, y hablaba del dolor y de la inflamación—. Estoy tomando prednisona —decía, y no contaba el alivio que le proporcionaba, sino los efectos secundarios que había leído en el prospecto: náuseas, hinchazón en los pies y en el rostro, vómitos que parecían posos de café, cambios de humor, insomnio, sudores, visión borrosa, dolor de huesos, calambres, retención de líquidos.

Los medicamentos no eran curativos, sino otra carga.

—¿Has encontrado a alguien? —me preguntaba cuando había terminado de describir sus padecimientos.

—Sigo buscando —decía yo.

—El tiempo vuela —decía ella.

No sé lo que les pedía a los demás que hicieran por ella —nunca lo pregunté—, pero me pareció evidente que en torno a ella se renovó el ajetreo y aumentaron las actividades. A algunos nos pedía que fuéramos a visitarla, sobre todo a Franny y a Rose. A otros los instaba a que la llamaran con frecuencia. A todos se nos exigía que le enviáramos regalos: detallitos, recuerdos, cursiladas, y cosas más serias, como joyas, o adornos, lámparas, jarrones, pequeñas piezas de mobiliario.

—A mamá le gustan los regalos.

Franny y Rose hablaban de madre como si fuera una niña caprichosa y su misión consistiese en aplacarla, como a sus alumnos más complicados, o un bebé a quien tuvieran que cuidar eternamente. Hacían gestos con los ojos y sonreían cada vez que mencionaban las demandas de madre, pero se presentaban en su casa todos los domingos. Le llevaban comida y pequeñas alhajas. La llamaban varias veces al día y se pasaban horas hablando con ella.

A mí me alegraba que fueran tan atentas. Eso me liberaba de tener que serlo yo, pues la verdad es que madre se había vuelto muy pesada con el tema de su artritis, muy repetitiva con sus historias y muy perversa con su deseo de recibir malas noticias. Y los efectos secundarios de los medicamentos se dejaban notar. Hablar con ella me producía impaciencia y una ligera

sensación de vergüenza por no rebelarme contra la mezquindad que generaba en mí. Le encantaban las historias de fallos y fracasos ajenos. Disfrutaba de la desgracia. Su tendencia a la protección se exacerbaba cuando le hablaban de las hemorroides de Hubby, de los inestables romances de Floyd o de la muerte del perro de Fred; y sin embargo, le encantaban estas cosas y siempre estaba pidiendo más.

A su manera sutil, sin palabras, encogiéndose de hombros y soltando suspiros y gemidos, madre hizo patente que yo todavía no había demostrado mi lealtad. Para ella resultaba obvio que yo echaba de menos a papá. Yo mencionaba al señor Bones, iba a ver su tumba, me preocupaba por sus flores y arbustos. Quizá gracias a los murmullos, quizá gracias a la intensa vigilancia a la que me sometía cuando estaba con ella, dándose cuenta de que estaba en mi mundo y no le prestaba demasiada atención, madre sospechaba de mi falta de lealtad, y en mi ensimismamiento yo notaba que me miraba de reojo, como si me preguntara acusatoriamente: ¿Dónde estás?

Las severas preguntas que madre nos había estado haciendo desde la infancia —¿Dónde vas? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás pensando? ¿Por qué pones esa cara? ¿Quién te crees que eres?— me habían hecho reticente y mentiroso, evasivo y falso. Nunca perdonamos a quienes nos fuerzan a mentir. Por eso, en ese estado mental, deseando ocultar mi enfado, me mostraba receptivo ante cualquier sugerencia, de modo que ella pudiera tranquilizarse y convencerse, si no de que la quería, al menos de que no era su enemigo.

Poco después de regresar a Cape Cod o, mejor dicho, a la provincia de la tierra madre, Franny se presentó en la casa que yo había alquilado. Respiraba con dificultad, como si su cuerpo fuera algo separado de ella, algo que la estuviera aplastando bajo su peso y que la hubiera agotado hasta tal punto que no podía hablar sin jadear, cogiendo aire con la boca y quejándose todo el tiempo, casi siempre de madre.

—Mamá está tan necesitada. Intenté no venir este fin de semana. Marvin está de entrenador en la liga juvenil, pero mamá insistió mucho. Dijo que quería que la peinara. Después quería que le ayudara a limpiar los cajones de las mesitas del salón. Sigue intentando deshacerse de las cosas de papá. ¿Necesitas corbatas? ¿Y calcetines? Y tiene una colección inmensa de perchas. Le dije: «Mamá, nadie necesita perchas», pero ¿tú crees que escucha?

Franny siguió hablando de esta manera, gimoteando, haciendo gestos con los hombros, con los codos apoyados en las rodillas. Aun así, yo la conocía lo bastante como para suponer que toda esa conversación significaba que quería pedirme algo. Seguía la estrategia, aprendida de madre, de agotar al interlocutor con su cháchara, y cuando al final este estaba deseando que concluyera, iba al grano, siempre con una demanda.

—Mamá necesita un sillón —dijo finalmente.

—¿Es que no tiene un sillón?

—Me refiero a uno cómodo de verdad, donde pueda estar a gusto. De cuero, con cojines, con un buen soporte lumbar para su artritis. Un sillón de buena calidad. Tiene problemas de espalda.

—¿Quieres decir que deberíamos comprarle uno?

—Esperaba que dijeras eso. Sí, entre los siete. Cada uno va a poner su parte. Marvin conoce a un tipo.

Marvin era su marido. Era guardia de seguridad, e iba siempre con una porra, un bote de gas pimienta y un *walkie-talkie* en el cinturón y un donut en cada mano. También era el principal pilar de la liga juvenil local, aunque ninguno de sus hijos había jugado nunca en ella. Le gustaba ponerse en el *home plate* y gritar «¡salvado!» o «¡fuera!» o «¡*strike!*!». Floyd siempre decía que era un pardillo.

—Hay una tienda de muebles en el centro comercial donde trabaja. Puede conseguir que le hagan un buen precio.

El precio resultó ser bastante alto.

—Está hecha en Inglaterra —dijo Franny.

No era cierto, pero no importa. Lo que me llamó la atención de aquel gran sillón de cuero fue lo diferente que era del resto de los sillones que había en la casa de madre. Madre se instaló en él desde el momento en que llegó; se sentaba ahí y se ponía a tejer y a hablar por teléfono, se sentaba ahí para recibir a sus hijos. Digo «recibir» porque el sillón de cuero parecía un trono. Y un día, cuando le dio unas palmaditas y dijo: «Me lo consiguió Franny», no me molesté en corregirla. Me lo habría recriminado argumentando que era una mentira insolente más. Madre detestaba que la contradijeran, sobre todo cuando estaba sentada en su trono, como la monarca de la tierra madre.



## 7. La vida doméstica

Después de eso —y pasaron años—, pocas veces vi a madre lejos de aquel sillón que, con su cuero arrugado, su color crema, sus botones, sus brazos hinchados, su tapizado y sus patas acabadas en una garra de metal, se parecía (o al menos esa impresión tenía yo) un poco a ella cuando era más joven, pero no más feroz. Se sentaba en él, tejía, escuchaba, se movía y chismorreaba, y aunque era poco comunicativa y cauta, incluso en sus momentos más evasivos había perfeccionado una expresión que significaba que no tenía nada que ocultar y un tono de voz solemne y sincero que a mí me parecía indistinguible de uno falso.

Empecé a pensar que la historia tenía que estar plagada de reinas que habían sido ociosas o taciturnas hasta que, tras la muerte del rey, ascendían al trono y se volvían majestuosas; regentes viudas que se aferraban el cetro con sus dedos huesudos, enigmáticas, resueltas, enaltecidas, insufribles, sin que hubieran dado nunca antes señales de cómo cambiarían al detentar el poder. Con sus capas y sus coronas, con la tiara sobre el pelo encrespado y el rostro cetrino, encumbradas en el trono, eran incuestionables e incognoscibles en su arrogante autoritarismo.

Madre era así. Su transformación me resultaba fascinante. Afirmaba que estaba vieja y achacosa, aunque igual podía echar miradas pícaras y afectuosas, fingiendo inocencia, y llamar la atención sobre un chollo que había conseguido, un pato que había trinchado o una bufanda que había tejido. Pero no era menos reina debido a todas estas pequeñeces.

Una de las convenciones de la familia —y, quién sabe, quizá fuera una convención de las cortes medievales— era la necesidad de observar la costumbre de la deslealtad. Se nos exigía que nos ridiculizáramos unos a otros, pero de un modo furtivo. Toda mención a otro miembro de la familia, con contadas excepciones, implicaba siempre un comentario sarcástico: siempre denigrante, siempre por la espalda, siempre traicionero. Defender a

otro resultaba inaceptable; era peor que una descortesía, porque suponía una crítica hacia quien estuviera criticando. Y éramos sumamente leales a madre cuando nos mostrábamos desleales entre nosotros. Por mucho que nos suplicáramos que se mantuviera un secreto, no se respetaba ninguna confidencia. Si alguien era lo bastante incauto como para revelar un secreto, añadiendo, a modo de advertencia: «Pero no se lo cuentes a nadie», entonces nos enterábamos todos, uno por uno. Por supuesto, esto era, además, una forma de conversar: simulando tener un secreto, uno murmuraba precisamente lo que sabía que entusiasmaría a su interlocutor para que este lo repitiera y se lo transmitiera a los consternados rivales de uno. Sin ninguna duda, esta estratagema que empleábamos era un elemento característico de las conspiraciones que tenían lugar antaño en los castillos oscuros.

Guardar secretos no nos volvía más fuertes; solo revelarlos nos daba poder. Contar secretos era nuestra manera de conversar, pero debíamos tener cuidado. El objetivo era molestar, fascinar o ganarse la complicidad de un hermano con una aparente confidencia. Si el secreto se divulgaba en su totalidad y a gran escala, perdíamos todo nuestro poder. El truco consistía en ir revelándolo poco a poco mientras simulábamos contarlo entero, guardarse siempre algo, no ser nunca sinceros del todo.

No servía para nada afirmar que uno sabía un secreto; necesitábamos demostrar nuestro conocimiento. Creíamos que la manipulación de secretos era el ejercicio supremo del poder. Si nos engañábamos así a nosotros mismos era por no haber comprendido la lección de papá: que las personas calladas siempre son las menos fáciles de conocer, las más protegidas y las más fuertes.

No hacíamos nada más que hablar, animados por madre. Una parte de la conversación, por supuesto, era un pretexto, una distracción, alardeos vacuos o pura inercia, pero la parte principal consistía en chismorrear. Se trataba de algo malicioso, agresivo, que iba mucho más allá de la sátira para convertirse en una actividad despiadada, y a madre le encantaba.

Madre se deleitaba con el fracaso. Eso siempre había sido así, y ahora, tras la muerte de papá, nosotros también lo hacíamos. De niños éramos simplemente desagradables y obtusos, pero ahora éramos competitivos y crueles. Lo sorprendente es que se trataba de un intento de complacer a la anciana que tejía en silencio en su sillón de cuero, que fingía ser ignorante y lenta, débil y artrítica.

—Hubby tiene que hacerse una colonoscopia —me decía, mientras intentaba distraerme con un ave que había tallado—. Pensaba que eso era una cosa de viejos, pero no. Por lo visto, si no te cuidas bien, se vuelve imprescindible. ¿Sabes lo que es esto? Un frailecillo.

Y otro día, muy sonriente, afirmaba:

—Creo que Marvin tiene que hacerse una endodoncia. A mí eso nunca me ha hecho falta. Conservo absolutamente todos mis dientes.

O decía, haciendo un ruidito con sus agujas de tejer:

—Parece que Fred tuvo bastantes problemas al volver a casa el otro día. Pobrecillo. No me extraña, con los perros esos. Uno estaba muy enfermo, pero supongo que sobrevivirá —a Fred lo había atacado su pastor alemán—. Él se lo ha buscado.

No le gustaba casi ningún animal, pero de vez en cuando un perro podía proporcionarle algún entretenimiento. Una mañana me sonrió y me dijo:

—Me acaba de llamar Franny muy alterada. Parece que el perrazo de Fred ha mordido a su adorado Max. Estoy segura de que está haciendo una montaña de un grano de arena. «¡Le han dado puntos, mamá!». Le dije que qué me iba a contar a mí de puntos, que me pusieron puntos varias veces, y ella me dijo, no te lo pierdas: «Pero eso significa que Max nunca va a poder ser modelo de manos». Que Dios me perdone, pero no pude evitar echarme a reír. ¡Max, modelo de manos!

Lo decía con su acento de Boston, lo cual le daba a todo un toque más burlón.

Salvo que se dedicaran a morder a sus nietos o a fastidiar a alguien que a ella le cayera mal, odiaba a los animales. No le veía ningún sentido a tener mascotas. Suponían una molestia y un gasto innecesario, y ensuciaban mucho; eran bolas de pelo con unas patas mugrientas y los consideraba prácticamente como alimañas, se tratara de gatos, perros o canarios. Fred tenía un par de perros que desde el punto de vista de madre eran un perfecto ejemplo de su carácter débil y desobediente. De haber hecho caso a madre, se habría deshecho de ellos, pero no siguió sus consejos y como resultado tenía que hacerse cargo de dos chuchos que lo tenían esclavizado y llevarlos de un lado a otro en la parte trasera de su Volvo, donde sembraban el caos.

Los animales mordisqueaban los asientos, cagaban en las alfombrillas, perseguían a otros perros en las áreas de servicio de la autopista y, si no los llevaba atados, solían escaparse. Luego los encontraban y Fred debía pagar

una multa porque no tenían licencia, ni collar, ni una identificación adecuada.

—¡Cincuenta dólares de multa! ¡Que Dios me perdone, pero no puedo evitar reírme! —decía madre, comentando las consecuencias de la falta de disciplina de Fred.

Al mismo tiempo, los estrafalarios hijos de Fred iban en el coche donde los perros lo dejaban todo hecho un desastre. Madre contó que uno de los hijos de Fred —Jake— se había comido un vaso de poliestireno. A veces no era fácil saber si estaba criticando a Fred o disfrutando discretamente de todo ese caos, feliz por el hecho de que los perros tuvieran ese carácter tiránico. La ingesta del vaso se convirtió en lo esencial de la historia de Jake, como el pecado original, y anuló todos los logros que consiguió como adulto.

—Ha venido Floyd —me dijo madre un día, mientras hacía una manta de ganchillo. Tenía unas manos muy delgadas, con unos nudillos que parecían bellotas y las uñas amarillentas, y al tejer daba una impresión macabra y eficaz; el ruidito que hacían sus agujas al chocar era similar al de los dedos de sus manos.

Me había implorado que fuera a visitarla, diciendo que estaba sola todo el tiempo. Ya nadie iba a verla.

—Tenía una cara muy larga.

—Pensaba que tenía una novia y que todo le iba bien. De Nueva Jersey, ¿no? Muy guapa, ¿no? Que trabajaba para una empresa farmacéutica o algo así, ¿no?

Madre sonrió y se pasó la lengua por los finísimos labios como si estuviera disfrutando del sabor de los problemas de Floyd.

—Por lo visto, le ha devuelto el anillo —dijo, y sonrió—. Se lo ha mandado por correo en un sobre acolchado —y volvió a sonreír, y dijo—: No debería reírme —y se rio—. No tiene gracia —y volvió a reírse—. Era su sexto o séptimo amor verdadero, creo —agachó la cabeza hacia el ovillo, hizo sonar las agujas y dijo—: A lo mejor puede escribir otro poema sobre ello.

Para ella, la poesía era una cosa ridícula, que estaba en la misma categoría que las mascotas y la ropa cara y los eventos deportivos y la ciencia cristiana e ir al cine. ¿Qué beneficio proporcionaba? Y sin embargo, madre había fanfarroneado y había recortado la noticia que salió en el *Globe* cuando Floyd obtuvo la beca Guggenheim.

—¿Qué tal Hubby?

Ella sonrió de nuevo.

—Siempre está ocupado. Como papá. Se entretiene. Me ha arreglado los armarios de la cocina. Lo único es que ahora las puertas no cierran bien. Creo que puso mal las bisagras —parecía como si estuviera clavando las agujas en el aire o apuñalando a alguien—. Pero le hice un regalito de todos modos.

Hubby era un personaje irrisorio. Como era tan digno de confianza, y enfermero de urgencias, y podía arreglar cosas que los demás ni siquiera entendíamos, resultaba necesario burlarse de él. En lugar de considerarlo un manitas, hablábamos de él como si fuera un manazas, y solo recordábamos lo que había roto, no lo que había arreglado.

—Hubby me llevó a su casa para que admirara su nuevo lavabo. Y va y me dice: «Mira, mamá». Yo no sabía qué mirar. Estaba ahí en el baño, ya sabes lo grande que es, y él me tenía acorralada contra la ducha. «Mira». Y al final me lo dice: «Tengo un grifo nuevo». No me atreví a decirle que parecía exactamente igual que el antiguo, por mucho que costara setenta y cinco dólares. ¡Imagínate! Y estaba tan orgulloso. «Está goteando», le dije. Él ni se había enterado —madre comenzó a soltar sus carcajadas despiadadas y, sin parar de reír y tapándose la boca, chilló—: ¡Que Dios me perdone!

Yo la miraba fijamente.

—Todavía no come nada bien —dijo.

Este comentario tenía una larga historia. Mucho después de la adolescencia, Hubby seguía teniendo bastante mal aspecto, con la nariz inflamada y la frente llena de forúnculos infectados. Su cara, por lo tanto, era más grande que la de los otros chicos, y más feroz. Debió de sufrir mucho, ya que hay caras que pueden hacer que incluso los jóvenes e inocentes parezcan peligrosos.

—Si comiera de una manera más razonable —decía madre—. Pero no hace ni caso. Es por todo el chocolate.

Sin embargo, de niño Hubby también tenía granos en la cara, y aunque era madre quien le daba de comer, no dejaba de echarle a él la culpa y de quejarse de su glotonería.

Se sentía muy desgraciado. Engordó y se volvió más desgraciado. Se sentía desgraciado porque estaba gordo, y su desgracia le hacía comer más y seguir engordando.

—Se le ha dilatado el estómago —dijo madre. Cincuenta años después, el estómago de Hubby seguía siendo tema de conversación—. Ya sabes, cuando uno come mucho se le agranda el estómago —dejó las agujas de tejer y soltó

unos zarpazos al aire— y tiene que llenarlo.

Mientras ella hablaba sobre su barriga, Hubby —según me contó, refunfuñando, más adelante— estaba en la ferretería comprando unas barandillas galvanizadas que sujetaran bien las macetas que madre tenía en las ventanas y un desatascador para su inodoro y aceite de pata de buey para su trono.

Pero Hubby no se sentía desgraciado solo como consecuencia de su acné y su panza. Había también un motivo familiar. Cuando Gilbert estaba aprendiendo a tocar el violín, tras darle algunas vueltas al asunto, animaron a Hubby a que tocara un instrumento. ¿Por qué no el chelo? Madre dijo que su hermano, el tío Louie, el sacerdote sádico, había tocado el chelo y le había gustado mucho, y que a Hubby también le gustaría. Hubby se opuso y se enfadó y tuvo una gran pataleta y se volvió malo.

—¡Yo quiero aprender a tocar la guitarra!

—La guitarra es de farsantes —dijo madre. Pensaba que la guitarra apenas podía considerarse un instrumento musical. Era un objeto estúpido que algunos analfabetos se colgaban del cuello cuando cantaban, y lo aporreaban de vez en cuando, simulando que estaban tocando música.

—El chelo o nada —dijo papá, incitado por madre.

Y así, en contra de su voluntad, Hubby empezó a ir a clases de chelo a la casa de un profesor de música alcohólico que vivía a un par de calles de nosotros y que lo llamaba «Bubby» y a veces se quedaba dormido en su silla y se ponía a roncar a todo volumen mientras Hubby tocaba. Hubby blasfemaba porque no se le daba bien y porque se veía obligado a tocar para todos nosotros. Entonces comenzaba a rascar su instrumento de mala manera e interpretaba la única canción que se sabía; y todo esto, según decía madre, era porque Hubby tenía baja la autoestima.

La canción era «My Grandfather's Clock». La tocaba de tal modo que sonaba, como dijo Floyd cuchicheando, como un niño resfriado que tocara el cazú. Hubby se inclinaba sobre su chelo y jadeaba, pasando dificultosamente el arco sobre las cuerdas; no sonaba en absoluto como un cazú, sino como si alguien estuviera rasgando unos trapos viejos. Hubby nos miraba con el ceño fruncido, desafiándonos a que nos riéramos y sujetando el arco como si empuñara un arma.

Madre cantaba:

*Ninety years without slumbering,  
Tick, tock, tick, tock,  
His life seconds numbering,  
Tick, tock, tick, tock.  
It stopped short —never to go again—  
When the old man died*[\[15\]](#).

Cuando Hubby hubo pasado el arco sobre las cuerdas por última vez, con un movimiento final de serrucho y un vibrato desgarrador, todos empezamos a aplaudir y a reírnos. Fue terrible. Hubby había quedado como un borrico y lo sabía. Tiró al suelo el arco, le dio una patada al chelo y soltó un graznido dirigiéndose a nosotros.

Una semana más tarde, cuando Gilbert tocó el violín, le insistieron a Hubby para que tocara el chelo. Al principio él se negó, pero madre acabó obligándolo.

—Las clases de música nos han costado un buen dinero.

Gilbert tocó bien, Hubby tocó mal, todos nos reímos y cuando Hubby se enfadó y volvió a graznarnos, recibió una reprimenda.

—No has tocado mal —dijo papá.

—Tienes que aprender a aceptarlo —dijo madre, dando a entender que había tocado mal.

Lo que aprendí de madre es que nadie aprende a aceptarlo.

Nosotros no habíamos aprendido. Íbamos y veníamos y éramos los mismos niños que habíamos sido siempre. Ahí estaba Hubby poniendo las barandillas para las macetas a los cincuenta y tres años y todavía dolido por las risas burlonas que había tenido que aguantar a los diez cuando no había conseguido tocar una melodía con el chelo.

Hubby logró vengarse. Llegó a ser muy creativo en el arte del desprecio y a la hora de encontrar defectos. Se convirtió en un gran experto y triunfó en esta disciplina hasta el punto de quedar en segundo lugar, muy cerca de madre, cosa que no es desdeñable en una familia en la que a todo el mundo se le da tan bien despellejar a los demás y encontrar defectos en todo.

Si en tu nuevo juego de copas alguna tenía una mella en el borde o una finísima grieta, Hubby lo descubría y te lo señalaba. Si en el libro de quinientas páginas que acababas de publicar había una errata, Hubby podía indicarte en qué página y línea estaba. Al entrar en tu casa recién pintada,

echaba un rápido vistazo hacia arriba y encontraba una mancha minúscula que los trabajadores habían dejado en la parte inferior de la repisa de una ventana. Y ese mismo día, al pasar por el acceso de vehículos, de repente se agachaba, metía la mano entre la gravilla, sacaba un clavo oxidado y te lo daba, advirtiéndote de que te podría pinchar un neumático. Si tenías una rueda un poco gastada, una pizca de mayonesa en la mejilla, una caca de mapache en el porche, un tapacubos ligeramente oxidado, una mínima huella de labios en un vaso, Hubby lo veía, y no existía nada más que este defecto. Lo más exasperante era que aquello que él señalaba solía ser algo en lo que llevabas meses pensando, una herida esperando a que Hubby viniera a echarle sal.

Éramos una familia inquieta, y nuestra subversión, por lo general, adoptaba una forma mezquina. Floyd recibió una beca Guggenheim gracias a su poesía. La ceremonia de presentación tuvo lugar en Nueva York. No invitó ni a madre ni a padre.

—Supongo que se me olvidó —dijo.

Pero no se le había olvidado.

—El genio no puede apagarse con un interruptor —solía decir.

Yo no tenía ni idea de cuál era mi lugar. Si alguien me hubiera preguntado, habría dicho que a madre le gustaba por mi buen humor y mi capacidad de trabajo, porque siempre estaba dispuesto a ayudar, por mi independencia y mi lucidez. Mis buenos modales eran una forma de evasión, pero de todos modos eran modales.

«Quiero a todos mis hijos por igual», decía madre, pero lo de «por igual» no era cierto, y lo de que dijera que nos quería me parecía algo ritual: todas las madres tienen que afirmarlo, ya que no les resultaría muy cómodo decir que no quieren a sus hijos. Por lo tanto, esa declaración no significaba nada para mí. Nunca sentí, al oírla, que estuviera en presencia del amor. Era una fórmula, pura palabrería, como cuando la gente dice que ama a Dios. Pero Dios era invisible, ininteligible, de modo que esas palabras me parecían un sinsentido. Cualquier referencia al amor era como una palabra clave secreta, apenas empleada, que uno tenía que decir para salirse con la suya. Diciéndome que me quería, madre me convencía para limpiar el baño o cortar el césped. Gracias a eso aprendí que si le decía a una chica que la quería, podía meterle la mano por debajo de la blusa y acariciarle los pechos. Aunque percibía que era una fórmula manipuladora, no era capaz de decirle a



madre que la quería.

Pero Franny y Rose decían: «Te queremos, mamá». La cuidaban, suspiraban por la carga que suponía, hacían gestos con los ojos, se quejaban de que madre tuviera que llevar una vida tan austera porque ya no le quedaba demasiado dinero.

—Está cada vez peor —decía Franny—. «Esta tónica no tiene gas», le dije. «Acabo de comprarla», me dijo ella. Le faltaba el tapón. Era como de hacía un mes. Se le olvidan muchas cosas. Se deja la comida en el fuego y se le quema. Es un milagro que no se le haya incendiado la casa.

—Cuida mucho el dinero —decía Rose—. Es muy importante que vayamos a visitarla. Si no, probablemente se moriría de hambre. Si esto sigue así, le queda poco tiempo de vida.

«Cada vez peor», «austera», «olvidadiza», «le queda poco tiempo de vida»: iba a oír estas expresiones durante los próximos veinte años. Madre no estaba cada vez peor en absoluto; su memoria seguía casi perfecta, salvo cuando fingía que se había olvidado de algo o cuando se mostraba deliberadamente imprecisa para ponernos a prueba, para sacarnos información o para que no pudiéramos echarle en cara alguna de sus particulares crueldades. Cuando se curó de la artritis, dejó de tomar las pastillas, se libró de sus efectos secundarios y fue ganando fuerzas.

Para Franny y Rose, madre era una ancianita debilucha que estaría perdida sin sus solícitos cuidados. Para madre, Franny y Rose eran personajes irrisorios —innecesariamente paternalistas, siempre entrometiéndose en sus cosas—, pese a lo cual las toleraba y les hacía el favor de aceptar su exagerada preocupación. Madre daba a entender que les seguía la corriente; ellas guiñaban el ojo y querían que los demás supiéramos que le seguían la corriente a ella. Para ambas partes, la otra parte resultaba aburrida y suponía una carga.

Cuando simulaba estar confusa, cosa que hacía empleando todo tipo de extraños aspavientos, madre afirmaba que no sabía nada.

—Ah, ¿no sabías eso? —le preguntábamos, y cada uno le daba su versión de cierta historia, que por lo general no aportaba casi nada al tema sobre el que se estuviera chismorreando.

Hubby («impaciente»), debido a las prisas por colocar las contraventanas, se daba un martillazo en el pulgar y necesitaba que le dieran cuatro puntos. Franny («descuidada»), sin mirar, impactaba contra una boca de riego al

aparcar marcha atrás. A Floyd («ingenuo»), un desconocido le quitaba su nueva novia, que se esfumaba llevándose sus tarjetas de crédito. Los vecinos de Fred habían llamado a la policía («¿cómo no?») a causa de esos grandes perros que lo tenían esclavizado. A Rose («manirrota») le habían cobrado de más por un cambio de aceite.

Al oír esas historias, madre abría mucho los ojos y decía: «¿Sí?», y pedía más.

Pero sabía más que nosotros. Disfrutaba de los chismorreos, comerciaba con ellos, le resultaban muy estimulantes, la ponían en estado de alerta y hacían que le brillaran los ojos y se volviera calculadora; en esos momentos se convertía en una persona ligeramente distinta y no podía ocultar su excitación.

—¡Fíjate cómo rejuvenece cuando se entera de alguna mala noticia! — decía Floyd—. Es asombroso. Parece una criatura de la ciénaga probando la sangre.

No tenía ni idea de lo que decía sobre mí. Tendría que haberlo supuesto, ya que, al margen de Gilbert, jamás hacía un comentario amable sobre nadie. Si hubiera reflexionado un poco sobre cómo trataba a los otros, me habría imaginado lo brutalmente que se debía de burlar de mí. En muchas familias la gente no puede evitar engañarse pensando que es especial, que seguro que recibe un trato distinto al que reciben los demás. Hubiera bastado con plantearse que lo que decíamos sobre el resto también se decía sobre nosotros. No hubo nadie, ni siquiera Gilbert, que escapara del destino familiar de ser objeto de un chiste.

Sin embargo, yo había decidido no discutir. Nunca contradecía a nadie, nunca levantaba la voz y nunca me quejaba. Estas muestras de control no lo son también de mi entereza, sino de mi astucia y mi necesidad de evasión. Cualquiera que discutiera o se quejara revelaba lo que había en su alma. Yo necesitaba conservar mis secretos; apenas tenía nada más, y ya en esa época sabía que guardar un secreto era necesario para sobrevivir, pues mis secretos eran mi único poder.

Y además, ¿de qué me habría servido quejarme? Si le mencionabas a madre que necesitabas que te quitaran un diente, ella respondía contando alguno de sus horribles episodios dentales, como la extracción molar de 1925 en la que se le rompió una parte del diente y tuvieron que hacerle una perforación para sacarle la raíz de las encías sangrantes. ¿Te dolía un brazo?

A madre también, durante el invierno de 1937, cuando estaba embarazada de Fred y se resbaló en el hielo y tuvo un absceso en el codo. ¿Que habías perdido la cartera con dinero y el carné de conducir y las tarjetas de crédito? ¿Qué problema hay? Madre había perdido a Angela en 1946, y un bebé era algo mucho más valioso. Una cartera y algo de dinero podían reemplazarse, pero nunca se podía reemplazar a un niño muerto. Ante cualquier desgracia que uno tuviera que soportar, madre siempre contestaba que a ella le había ocurrido algo mucho peor, así que teníamos que sentirnos afortunados.

En cuanto a tener sobrepeso, o granos, o una erupción cutánea por tocar una hiedra venenosa, o un catarro, ¿de quién era la culpa? Llorar o gemir de dolor era lo más pusilánime y vergonzoso que uno podía hacer.

En esos casos, madre sonreía y decía:

—Cuanto más fuerte llores, más claro está que en realidad no te encuentras mal. Cuando la gente sufre dolores terribles, no llora. Lo dicen los médicos. La gente que se siente mal se queda acostada y no hace ningún ruido.

Por lo tanto, al gemir uno demostraba que se sentía mucho mejor; quizá se sintiera de maravilla. Cualquier problema que tuvieras te lo tiraba a la cara.

¿Se te había perdido algo?

—¡No creo que se haya ido solo!

¿Te habías gastado todo tu dinero?

—Un tonto y su dinero no están mucho tiempo juntos.

¿Le habías prestado un jersey a Fred y querías que te lo devolviera?

—A lo mejor deberías haberlo pensado antes de prestárselo.

¿Te dolía la tripa?

—Tendrías que haberte fijado mejor en lo que te llevabas a la boca.

¿Estabas triste porque habías sacado mala nota en un examen de matemáticas?

—Tendrías que haber estudiado más.

Madre disfrutaba culpándonos de nuestros fracasos, atormentándonos porque éramos débiles. Se regodeaba con ello; nuestras imperfecciones la enaltecían.

Nunca estaba más feliz que cuando se enderezaba en el trono y decía:

—Es tu pajolera culpa.

## 8. Bailes nupciales

A madre le encantaba poder encargarse de rechazar a la gente. Eso le levantaba el ánimo, le hacía sentirse más segura, y entonces se daba la vuelta y decía con voz ronca:

—¿Quién se ha creído esa que es?

Todos lo sufríamos en diversos grados, pero quien más provocaba el menosprecio de madre era Jonty, uno de los hijos de Franny. Por encima de todo, ella detestaba su nombre, que era una contracción de John T. inventada por él mismo a los dos años, cuando ceceaba y pronunciaba fatal.

—¡Qué descarado! —decía madre, y apretaba los dientes.

Franny era una boba por complacer a sus dos hijos varones, Jonty y Max, que eran unos desagradecidos.

—¿Te acuerdas de cuando Jonty se pasó al asiento delantero del Dodge Dart e hizo que se le saliera el parabrisas de una patada?

Madre adoptaba una postura especial cuando estaba indignada. Se ponía muy rígida, enderezaba la espalda como un juez en el estrado y se aferraba a los brazos de su sillón de cuero; entonces sus manos parecían las garras de un águila. Mientras hablaba, se movía hacia delante y hacia atrás y escupía un poco sin querer, con los ojos muy abiertos detrás de las gafas.

—¡Menudo insolente! —continuaba.

Alguien que no fuera de la familia podría haber pensado que Jonty era un adversario de la edad de madre en vez de su nieto adolescente. Pero cualquiera de la familia sabía que Jonty era el rival de madre y, por lo tanto, alguien a quien destruir.

—El principito necesita un esmoquin nuevo para el baile de fin de curso. No, no, no puede alquilar uno en Mr. Tux. Necesita uno que sea el último grito.

¿Cuál era el problema? ¿El esmoquin? ¿El precio exorbitante? ¿O aquel joven, indigno de él, al que desde pequeño le encantaba posar, parpadeando y

meneando la cabeza, mientras preguntaba: «¿Os gustan los pantalones nuevos de Jonty?»?

El sarcasmo de sus invectivas contra el «principito» encajaba con la imagen que yo tenía de madre: era una vieja reina furiosa.

Execraba cualquier cosa extravagante o llamativa que le regalaran a Jonty: unos zapatos nuevos, un reloj, unas zapatillas de moda, accesorios para el gimnasio, un nuevo *walkman*. A madre le parecía espantoso que Franny le prestara tanta atención a Jonty, y hablaba de lo dulce y generosa que era Franny, de lo horrible que era su hijo y de lo injusto que le parecía que aquel codicioso pillastre se estuviera aprovechando de su hija.

Aunque madre a veces pudiera conservar ciertos sentimientos hacia sus hijos, incluso hacia los más descarriados de nosotros, y dichos sentimientos se manifestaran de cuando en cuando, sentía un resentimiento sin reservas hacia sus nietos, con la excepción de aquellos que le manifestaban una sumisión abyecta. Los gemelos de Rose, Bingo y Benno, aprendieron que «Te he traído un regalo precioso, abuelita» era la única manera de ganarse el corazón de esa mujer.

No disimulaba su entusiasta odio hacia Jonty. Como ocurría con la mayor parte de los prejuicios de madre, era la cruel pizca de verdad que había en ellos lo que te llamaba la atención, y cuando madre te preguntaba a gritos si no estabas de acuerdo con su opinión, acababas admitiendo a regañadientes que esta estaba justificada, y contestándole:

—Tienes razón, mamá.

Si se burlaba de Hubby por ser un manazas, o de Floyd por ser voluble, era porque objetivamente algo de eso había. Madre no era lo bastante creativa como para inventar rasgos de personalidad o patrones de conducta, pero estaba tan poseída por un ingenio paranoico que sus exageraciones iban más allá de la sátira y se situaban en el ámbito del surrealismo.

Tenía una vista y un olfato de depredador para detectar el punto débil de la gente, y era implacable a la hora de explotarlo. Las súbitas acusaciones de madre nos dejaban estupefactos, y no solo por su intensidad, sino por su base real. Y tras el ataque nos preguntábamos, muy en serio, quién sería el siguiente.

El desprecio de madre se dirigía a lo que habíamos considerado que era un secreto íntimo. Sabía que hasta cierto punto estábamos de acuerdo con ella. Jonty era una víctima perfecta. Ni siquiera con la mejor voluntad del mundo

era posible cogerle cariño. Incluso Rose, la más cercana a Franny, decía:

—Jonty es muy desagradable y, a veces, también un mal bicho.

Jonty disgustaba a todos, y se le ridiculizaba por su codicia, su tosquedad, su timidez, su miedo a los insectos (cada vez que veía uno, se ponía a gritar) y a los perros que no conocía (se asustaba y llamaba a su madre). A veces, cuando se ponía especialmente nervioso, empezaba a jadear y tenía dificultades para respirar, y daba la impresión de que iba a desmayarse. Aquel con quien estuviera discutiendo —y solía ser su padre, Marvin, que trabajaba de guardia de seguridad en un centro comercial, y que también era tímido, a pesar de sus más de cien kilos y el bote de gas pimienta, la porra lustrosa y el *walkie-talkie* que llevaba en el cinturón— se alarmaba, vacilaba y se ponía a preguntarle si estaba bien y a decirle que respirara hondo. Pero aunque parecía que estaba a punto de ahogarse y que era un desgraciado, Jonty salía victorioso de la disputa, pues despertaba la compasión de los demás.

—Tiene asma —decía Franny, implorando compasión para su hijo—. Igual que papá.

Las enfermedades familiares eran muy prácticas, porque podían emplearse como excusa; no hacía falta explicar nada, bastaba con mencionarlas; por ejemplo, las jaquecas de madre, o nuestros resfriados o torceduras de tobillo. Aunque nadie se las creía realmente. Madre, con su desafiante cinismo, había determinado que si alguien afirmaba estar enfermo, estaba fingiendo o tratando de desviar la atención de algo que había hecho mal.

Nos reíamos de Jonty en secreto, y él se reía en secreto de nosotros. Nos comportábamos peor que nunca cuando estábamos con él, pero nos sentíamos justificados porque no éramos los únicos en considerarlo grosero, quejica, vanidoso, egoísta y mentiroso; madre también lo veía así.

—¿Sabes una cosa? El principito no come perritos calientes —me contó madre—. Le preparé unos y me dijo: «Están hechos con belfos de caballo y con orejas de cerdo y con trozos de cola de vaca» —me miró detenidamente y añadió—: Hay un montón de gente hambrienta en el mundo que estaría muy contenta de comerse esos perritos calientes. Y él los desdeñó levantando la nariz.

La expresión «levantando la nariz» siempre nos hacía pensar en la nariz de Jonty, que era tan ancha que lo único que se le veía eran las ventanas, cada una de las cuales tenía el tamaño de la yema de un dedo, y parecían estar mirándote de frente. Hablábamos de su «ceceo», pero en realidad no era un

ceceo, sino una manera de hablar que no tenía nombre. Jonty hablaba con lengua de trapo y parecía que, en lugar de sonar como un gracioso ceceo, cuando pronunciaba palabras como *chucho* o *chaval* se le hacía un nudo en la lengua e involucraba a toda la boca en un esfuerzo que solía desembocar en una especie de risita sentimentaloides. Si tenía que pronunciar algo como *sangre roja* o *cangrejo al jengibre*, se mordía sus propios labios y soltaba escupitajos. Hasta decir su propio nombre le resultaba complicado.

—El principito, de mayor, quiere trabajar en la radio —dijo madre.

—¡Es perfecto! —dijo Floyd—. Es un hecho demostrable que muchos de los locutores con más éxito tienen problemas de dicción. Cecean, hacen ruidos raros, tienen frenillo, pronuncian mal alguna letra, escupen. ¡Son un desastre!

—El principito tiene novia —dijo otro día—. Por lo visto, la ve casi a diario. Pero a su pobre abuela no la ve nunca. No, claro, está demasiado ocupado.

Me pareció sorprendente que a madre eso le importara, pero sus contradicciones nos ayudaban a mantenernos alerta. Decía que Jonty era egoísta por no ir a visitarla, pero si Jonty la hubiera ido a visitar, madre lo habría criticado burlescamente por fingir que se preocupaba por ella, por tratarla con condescendencia, por decir: «¿Os gustan los pantalones nuevos de Jonty?», incitado por Franny, desde muy pequeño.

—Son marca Daks.

—Damos gracias al Señor por este pavo de doce kilos —dijo Floyd al bendecir la mesa en Acción de Gracias—. Que, curiosamente, tiene el mismo tamaño que el trasero de Jonty.

El placer cruel de aliarse contra alguien débil era algo que yo conocía desde la infancia: burlarse de una persona, despreciarla, hacerle el vacío, desconcertarla y escarnecerla, pero no marginarla del todo, porque es necesario que esté cerca para poder molestarla. El extraño estímulo que suponía el acoso era más intenso por ser verbal, nunca físico; nos entreteníamos con esos monólogos envenenados y curiosamente placenteros porque nos hacía sentir superiores y fuertes. Si alguien comentaba que habíamos dicho algo mezquino, nos reíamos y contestábamos:

—¡De eso se trata!

A veces, cuando nos dedicábamos a intercambiar historias crueles sobre Jonty, yo veía que madre se encogía de hombros y se tapaba la cara con las

manos para ocultar sus lágrimas de júbilo.

—No te vas a creer esto —dijo madre un día, hablando con el tono de voz y los ademanes que reservaba para sus chismorreos predilectos—. El principito se va a casar.

Necesitaba que yo me uniera a su regodeo; no podía burlarse de alguien ella sola. Quería un cómplice, alguien que justificara su desdén y lo magnificara. El hecho de contar con un aliado demostraba que ella tenía razón y la volvía intachable.

Parece que estoy insinuando que madre nos corrompía, pero eso es solo la impresión que tengo desde la distancia. En aquel entonces, yo me sumaba a sus burlas por voluntad propia, y ese momento de crueldad resultaba de lo más hilarante y satisfactorio, e incluso me proporcionaba una sensación de cercanía y calidez, pues tenía a madre de mi lado. Meterse con alguien me parecía el mayor placer del mundo, sobre todo si se trataba de alguien de nuestra familia. De niños, cuando luchábamos en casa o nos tirábamos unos contra otros, decíamos que estábamos haciendo una melé.

Jonty anunció que se casaba y a todos nos pareció que de alguna manera se estaba proponiendo como víctima. Nos enteramos de la noticia y pensamos: ¡Melé! Madre pensaba que Jonty se aprovechaba de Franny, y que ella se veía privada de los cuidados de Franny por culpa de su demandante hijo. Madre siempre se situaba en la posición de rival, y sus comentarios despectivos y burlescos surgían de esa posición y la fijaban en ella.

El tema de nuestros chismorreos era la inutilidad de Jonty y su pretenciosidad. Franny se veía obligada a pagar todo aquello, porque Jonty era un vago y se ponía demasiada gomina, y ¿dónde iban a contratar como locutor de radio a alguien que te rociaba de saliva cuando decía «ocho chavales chinos»?

Madre nos tenía informados sobre el principito. Franny había organizado una cena de pedida. Se habló de una despedida de soltero. Él solicitó regalos, meneó la mano de la novia para presumir de anillo («¿Es perezosa?», aulló Floyd al enterarse de que la novia se llamaba Loris), le tomaron las medidas para hacerle otro esmoquin; «¿Por qué no se puso el mismo que llevó al baile de fin de curso?», preguntó madre. La boda incluiría una misa solemne, una pequeña comitiva de damas y pajes de honor y una recepción en el Club de Campo de Cherry Hill. Su hermano Max sería el padrino.

*Tengo que pedirte algo especial*, me escribió Franny con su caligrafía



grande e infantil. *Quiero que Floyd y tú hagáis de maestros de ceremonias en la boda, y espero que puedas leer algún fragmento de un libro y que Floyd escriba un poema.*

—Pero ¿en qué planeta vive? —dijo Floyd—. Deberían subirle la medicación.

Y a pesar de ello, me di cuenta de que se sentía tentado por la oportunidad de ridiculizarlo todo desde la primera fila por medio de una denuncia que escribiría y declamaría en pareados heroicos.

—Me lo imagino perfectamente con su esmoquin nuevo —dijo Floyd—, y a Loris con ese hocico que tiene asomando por el velo como un árabe que saliera de su tienda a echar un vistazo, y a las damas de honor, y a todos los chiquillos vestidos con demasiada elegancia. Una farsa grotesca. «Si alguien tiene algún motivo para oponerse a la unión de estas dos personas, que hable ahora». Y entonces me levantaré de mi asiento y me pondré a gritar: «¡Engreído! Está podrido hasta la médula. ¡Detened esta pantomima infame!».

Pero dijo que tenía otros planes.

Aunque nos habían presentado a Loris, la novia, casi no la conocíamos, lo cual no nos impidió burlarnos de ella por su tamaño.

—Trabaja en una oficina —dijo madre—. En algo relacionado con los seguros.

—¡Necesitará uno! —dijimos. Era justo la respuesta que madre estaba esperando.

Comentábamos en voz baja los preparativos para la boda y nos mofábamos de ellos. Lo que estaban organizando era demasiado caro, innecesario, pretencioso, carente de sentido.

—Típico de Jonty, lo de llevarse al perro. Y con las mismas, todos empezamos a compadecer a Franny, que iba a pagarlo casi todo (los padres de Loris eran inmigrantes estonios). Sin embargo, cuando comenzamos a simular que sentíamos lástima por ella, Franny rechazó nuestra compasión afirmando que hacía ese gran esfuerzo por amor y que no lo podía ver de otra manera y que estaba muy orgullosa. Resultaba fácil de olvidar, en nuestras chanzas, que Franny era la madre de Jonty, que era diferente de madre, y que quizá no disfrutara de burlarse de su propio hijo.

—Y, por cierto, tú no has contestado a la invitación —me dijo Franny, muy severa.

Tenía una papada temblorosa que adoptaba una expresión propia y, en algunas ocasiones, resultaba intensamente contradictoria con la emoción que expresaba su rostro. Mientras me imploraba con cara seria, la papada temblaba con sarcasmo.

—No me di cuenta de que teníamos que contestar —dije.

—Ponía RSVP.

Me defendí recordando una frase del número del señor Bones:

—Papá decía que eso significaba «Regálenme Sus Valiosas Posesiones».

—Ojalá papá estuviera vivo y pudiera venir —dijo Franny, aquejada por una súbita pena. Se sentó en mi sofá, abrumada, y levantó los brazos y las rodillas mientras su cuerpo se hundía en el cojín—. ¡Necesitamos cartoncitos con los nombres de los invitados! Es una cena formal en Cherry Hill. Hay un *catering*, camareros, cubiertos, servilletas de lino, arreglos florales.

—Esto te debe de estar costando una pequeña fortuna.

—Uno solo se casa una vez —dijo Franny, y después, como si se lo hubiera pensado mejor, me miró tímidamente.

—Sonríes porque yo pasé por la vicaría dos veces.

—No he sonreído. Nunca sonreiría por algo así.

Pero todos los miembros de la familia teníamos una capacidad infalible para detectar una sonrisa, sobre todo si era de regodeo, por muy ligeramente que se dibujara en los labios, por muy leve que fuera el brillo de los ojos.

—Creo que no voy a poder hacerlo.

—Tienes que hacerlo. Eres el maestro de ceremonias.

Aunque la sonrisa no me hubiera disuadido, «tienes que hacerlo» era justo lo que necesitaba para negarme. Yo no tenía la obligación de hacer nada, sobre todo para satisfacer a alguien de la familia. Franny frunció el ceño y se puso seria. Se parecía —como señalaba a veces Floyd— al busto de Voltaire esculpido por Houdon.

—Puedes encontrar otro maestro de ceremonias.

—Floyd también se ha echado atrás —dijo Franny.

Pensaba que iba a empezar a gimotear, a quejarse, a acusarme de fallarle y sabotear la boda. Sin embargo, se limitó a decir:

—Vale. Si de verdad no puedes... Tienes razón, ya encontraré a alguien.

Entonces se echó hacia delante, se balanceó de un lado a otro y se levantó del sofá, sonriendo.

—Me tengo que ir.

Lo aceptó, sin más, o eso parecía. Pero era la estrategia de la familia: fingir que no había ninguna presión, mostrarse relajados. «Vale, como quieras». Sin embargo, detrás de esa imagen de despreocupación había una solemne determinación de ofenderse. Nada se aceptaba así como así; todo se pagaba caro. El silencio de Franny significaba que estaba furiosa, y su sonrisa alegre significaba que estaba dolida.

—Franny ha estado hablando pestes de ti —me contó Hubby al día siguiente—. Tendrías que haberla oído. Floyd y tú la habéis decepcionado. Ya había encargado los esmóquines. Lo que me gustaría saber es de dónde va a sacar tanto dinero.

—No me dijo nada de los esmóquines.

—Nunca te lo perdonará.

Era cierto. Nunca me lo perdonó. Años más tarde, continuaba refiriéndose a mi ausencia en la boda de Jonty como una bofetada. Así funciona la memoria inclemente e infalible de toda la familia.

Hubby asistió a la boda y fue objeto de escarnio porque el esmoquin no le quedaba bien (era el de Floyd) y le daba un aspecto de lo más tonto. Hizo de maestro de ceremonias. Gilbert fue el otro maestro de ceremonias, y no fue objeto de escarnio. Fred también asistió, pero se burlaron de él por llevar a uno de sus hijos pequeños, que se puso a llorar tan fuerte que Fred tuvo que salir de la iglesia justo cuando la novia y el novio estaban pronunciando sus votos. Rose, que también asistió, dijo:

—Era difícil mantener la seriedad. Yo no dejaba de pensar en cuando Jonty hizo que se saliera el parabrisas del Dodge Dart de una patada.

Madre presidió la ceremonia desde el primer banco. Tenía un aspecto enigmático. Llevaba su vestido favorito, uno de color lavanda, y un collar azul verdoso, y guantes blancos y un sombrero blanco. Se mostró muy modesta y aceptó las felicitaciones y los elogios. El sermón del padre Furty mencionó a madre, su posición en la comunidad, los años que había dedicado a la enseñanza, su familia amplia y exitosa y el hecho de que las familias numerosas y felices son el repositorio de la gracia de Dios.

Y cuando todo terminó (según el relato de Gilbert, a quien ella le pareció divertidísima en contra de su voluntad), madre dijo en voz muy baja:

—Esto es una farsa. Este chico es un monstruito espantoso. Compadezco a su esposa —y, sonriendo, añadió—: No les doy más de un año.

## 9. Abnegación

Lo que más me sorprendió de la boda fue la petición que había hecho Franny por escrito: *espero que puedas leer algún fragmento de un libro y que Floyd escriba un poema.*

Era raro que alguno de nosotros pidiera un favor, sobre todo en relación con cualquier cosa que nos importara, porque hacerlo suponía exponerse. Pedir algo te dejaba indefenso, ponía de manifiesto que necesitabas algo, y necesitar algo era una debilidad que podía ser explotada y utilizada en tu contra. Era mejor no pedir.

Nos habíamos negado y no habíamos ido a la boda. Aquello no nos importaba nada.

—¿Voy a leerles un poema a esos filisteos? —dijo Floyd.

Si se hubiera tratado de una petición más sencilla, habríamos cedido. Una de las características familiares consistía en no dar nunca lo que se pedía, pero dar la mitad, o menos, o quejarse ante todos los demás por lo mucho que nos habían importunado. Y lo poco que sí se daba jamás se reconocía, ya que el reconocimiento hubiera sido una evidente muestra de gratitud, y todo agradecimiento supone pasar a la posición débil de quien está en deuda.

Sí, todo esto era una prueba de mezquindad extrema, pero la mezquindad animaba a la familia y la hacía funcionar. La mezquindad —estas cosas insignificantes— nos convertía en un grupo violento, y reaccionábamos ante los desaires o las agresiones o las figuraciones que nos hacíamos, madre más que nadie. Cuando alguien exponía una debilidad ante madre, pasaba a pertenecerle. Ella al principio simulaba no haberse dado cuenta; después, aparentando compasión, nos sacaba todos los detalles que necesitaba para poder chismorrear sobre el tema, y empleaba su conocimiento de la debilidad en cuestión para controlarnos. Finalmente, se adueñaba de nosotros.

Teniendo esto en cuenta, en un momento temprano de mi vida empecé a desarrollar uno de mis rasgos de personalidad más duraderos, la renuencia a

buscar ayuda o a pedir favores. Aprendí a no pedirle nada a madre. Papá era de trato fácil, y en ocasiones nos echaba una mano. Pero era absurdo esperar lo mismo de madre. No sabía dar, o, mejor dicho, su manera de dar era una forma increíble de retener. Lo hacía de un modo que no resultaba obvio sino muy complejo, como si se tratara de la diosa de dieciocho brazos, cada uno retorcido en un gesto peculiar: uno daba, uno cogía, uno dudaba, uno jugaba con una pelota, uno sujetaba un arma o una pieza de fruta, etcétera. Durga necesita todos esos brazos para hacer frente a las fuerzas cósmicas hostiles, y en su encarnación de esta deidad iracunda, madre había adoptado una estrategia similar. En un nivel sentimental y supersticioso, igual que recitaba mis oraciones, me decía a mí mismo que la quería. Incluso rezaba por ella. Le hacía regalos; se la apaciguaba con regalos. En un nivel práctico, era el enemigo, pero un enemigo ignorante y destructivo, egoísta y siniestro, codicioso de poder, que solo nos prestaba atención cuando sentía que su poder estaba disminuyendo.

—¿Qué te pasa? —me preguntaba.

—Nada. Estoy bien.

—¿Estás seguro?

No quería ayudarme; solo quería saber si necesitaba ayuda. No era mala; de hecho, el ejemplo de madre me convenció de que probablemente no exista el mal, entendido como una oscuridad inexplicable. Estaba más allá del bien y del mal, era débil y fatua, y estas características eran más reales y más humanas y estaban más extendidas que lo que la gente tilda de maldad. Para mí, un demonio era solo una broma, pero una mujer con el rostro de una madre y hambre de poder era un verdadero peligro. Madre no era consciente de lo que hacía, no tenía un plan preconcebido, no había emprendido una campaña para hacernos daño; en ella operaba cierto instinto antiguo que Floyd calificaba de tribal.

Tenía todo esto en la cabeza cuando, después de la boda, le comenté a madre lo extravagantemente cara que había salido; había oído cuchicheos sobre lo sofisticado que había sido todo.

—¿Cómo ha podido Franny permitirse una celebración así?

Madre no contestó. Me indicó con una mirada que no tenía la menor intención de hablar del tema; fue una mirada en la que se combinaban la petulancia, cierta timidez y una astuta manera de afirmar al mismo tiempo que tenía un secreto y no me lo iba a contar, lo cual implicaba un profundo

deseo de prolongar aquel mezquino interrogatorio por los gastos de la boda.

—Bueno, eh, ¿de dónde ha sacado el dinero? —volví a preguntar, porque madre me había dejado claro que guardaba secretos.

—Lo único que sé es que el dinero no les sobra —dijo madre—. Marvin no gana demasiado en el centro comercial, pero es muy luchador, ya lo sabes. Y Franny es una santa. Sé que piensa maravillas de ti. Está muy orgullosa de todos vosotros.

Casi todo esto eran tópicos: si querías denigrar a alguien, primero tenías que elogiarlo y dar rienda suelta a la palabrería habitual sobre el hecho de que éramos una gran familia feliz.

—¿Les has dado dinero para la boda? —pregunté con una franqueza que no solía mostrar ante madre.

—¿A ti qué te importa?

—Solo me lo preguntaba.

Entonces soltó una risita y dijo:

—Sí, los ayudé un poco.

Me quedé pasmado. Madre, que no había hecho más que burlarse de Franny por malcriar a Jonty y censurar a Jonty por ser egoísta y vago, que había ridiculizado la idea de celebrar una boda suntuosa y una misa solemne, que había, a veces en voz alta, amenazado con mantenerse al margen de todo el asunto («Podría quedarme en casa viendo *All My Children*»; rara vez se perdía esa serie), había acabado dándole dinero a Franny para la boda de Jonty.

«Los ayudé un poco» podía significar dos cosas en boca de madre: que les hubiera dado una miseria y estuviera alardeando de ello, o una suma importante que prefería ocultar. No quiso decirme cuánto les había regalado, aunque me dio a entender, evadiendo la pregunta y adoptando una ligera expresión de dolor, que era bastante. En el momento pensé que era generosa e indulgente por aportar dinero para la boda de su nieto.

Las noticias inesperadas siempre parecen provocar una serie de impactos que no podemos asumir más que gradualmente. Cuando acabé de asimilar lo de «los ayudé un poco», me di cuenta de que esa noticia también indicaba que madre, que afirmaba ser pobre, tenía dinero.

—Me encantaría ayudarte —solía decir—, pero ¿de dónde voy a sacar el dinero? No tengo nada.

Pero sí que tenía algo. Me pregunté cuánto, pero no le pedí detalles.

Siempre había contado que tenía tan poco dinero que en el súper seguía comprando el pan del día anterior y envases estropeados, empleando cupones. El dinero no era algo para gastar; era una fuerza vital, algo para ahorrar.

Uno de los rasgos esenciales de madre era la austeridad: dosificaba los elogios, el dinero e incluso la mera atención. Solía desviar la mirada si yo mencionaba algo excepcional que había hecho, como escribir un cuento o ganar una medalla al mérito.

—¿Qué estabas diciendo? Ah, ¿de verdad?

Y tenía una manera especial de negarse a ayudar, diciendo con voz burlona y desdeñosa: «¿No eres lo bastante hombre para hacer eso?». O: «Lo que tendrías que hacer es esforzarte en serio». O: «Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos».

Al decir estas cosas, daba un paso atrás, como si quisiera despacharme o buscarse una ubicación mejor desde donde contemplar mi fracaso.

Si me hubiera dado la espalda, me habría apañado, pero ella se quedaba para verme flaquear. Su actitud no me volvía más fuerte; me volvía inseguro y resentido. Su falta de apoyo representaba una falta de interés. Con el tiempo, esta distancia tuvo sus efectos, con el resultado —curioso y triste para mi joven mente— de que dejó de saber cómo era yo.

Pedirle dinero era impensable y podría ser arriesgado, pues yo sabía que no solo me lo negaría —para una bici, una tienda de campaña, un traje de *boy scout* o una navaja—, sino que disfrutaría menospreciando esas cosas tan inútiles. ¿Para qué necesitaba una bici? Podía ir a los sitios andando. Además, ¿dónde iba a guardar una bici, y qué haría cuando necesitara una nueva cadena o una rueda o un inflador? Una bici era solo el comienzo de un montón de gastos.

—¡Las bicis cuestan dinero!

Y gastarse el dinero en algo así no era más que un gesto de vanidad. Coge el autobús.

Ir a una matiné el sábado costaba diez centavos. A los nueve años, yo no tenía diez centavos, y madre se negaba a dárme los.

—Pero no es por el dinero —decía ella, aunque yo sabía que sí lo era—. ¿Quieres ir a meterte en un cine con el día maravilloso que hace hoy? —se mofaba de que fuera tan indulgente conmigo mismo como para dejar pasar la ocasión de disfrutar de un tiempo tan bueno—. Deberías quedarte al aire

libre, bajo el sol de Dios.

Dios había hecho el día con una intención, para trabajar y aprovecharlo, y que hiciera buen tiempo era una bendición, un motivo de júbilo. Habría sido un pecado no mostrarse agradecido y negarse a disfrutarlo.

Ya en el momento en que me estaba hostigando sospeché que madre no se creía esto. En el fondo, no era nada espiritual. Ahorrar dinero era tanto un arte como una ciencia; era una forma de vida. Era suficiente razón como para que no fuéramos al cine, para que no gastáramos nada. Pero además estaba la necesidad de ejercer el control que tenía madre.

Preguntarle por qué resultaba funesto.

—¡Porque lo digo yo!

La desobediencia se castigaba con mucha severidad, pero lo que resultaba curioso de nuestra obediencia era que, una vez que nos habíamos sometido, nos hundíamos, y madre también: no sabía qué hacer con nosotros. Había que controlarnos por controlarnos, como a los niños que vivían en reformatorios. Teníamos que aprender las virtudes: levantarse pronto, trabajar duro, obedecer a los profesores, impresionar a los jefes, no significarse y no quejarse jamás. Madre respetaba más a los chicos que vendían periódicos que a los que se pasaban la vida leyendo o destacaban en algún deporte.

Los modelos de madre me parecían terroríficos. Uno era el chico pálido con un abrigo harapiento y el pelo mal cortado que siempre estaba junto a una pila de periódicos en una esquina, haciendo sonar las monedas en el bolsillo de su delantal mugriento. Otra era la chica que deambulaba arrastrando los pies por una calle llena de nieve con su madre anciana colgada de un brazo y una bolsa de la compra colgada del otro. O el adolescente con un mono blanco que empujaba un carro de platos sucios en un café y servía las mesas. El chico sonriente con el pelo engominado y un traje antiguo que iba puerta por puerta vendiendo algún ungüento o unas tarjetas de felicitación que había recibido mediante un catálogo de venta por correo con esta promesa: *Gane tantos dólares en su tiempo libre*. Así era la gente que admiraba madre, las personas que nos presentaba como ejemplares. Esos jóvenes tristes, saturados de trabajo, carentes de imaginación, que a mí me parecían tan sosos y desgraciados y poco ambiciosos, eran encarnaciones de la virtud para madre, que creía que el tiempo dedicado a un libro era tiempo perdido, que había algo poco productivo, incluso decadente, en el estudio. Ahí no había esfuerzo ni sacrificio. ¡Lo que había que hacer era



remangarse y mancharse las manos!

Una vez, un sábado por la tarde, solté estúpidamente que iba a ir a una matiné con una chica con la que me apetecía mucho estar solo. Yo tendría doce o trece años. Ponían una película que quería ver y estaba lloviendo. ¿Cómo es posible que fuera tan insensato como para comentarle esto a madre? A lo mejor bajé la guardia porque estaba muy contento con el plan.

Madre me miró fijamente, con una sonrisa de lástima, haciéndome sentir apesadumbrado. Había empezado a morderme las uñas.

—¿Por qué? —me preguntó.

No pude contestarle. No fui, y cuando le dije a la chica que mi madre no me había dejado salir, ella se rio de mí por ser tan bobo.

Al año siguiente empecé a trabajar en el Stop and Shop para complacer a madre. Al principio era demasiado pequeño para colocar las cosas en las estanterías, pero tenía la edad perfecta para recoger los carritos que la gente dejaba en el aparcamiento. Así pasé todos los sábados durante los siguientes cuatro años, subiendo la escalera que iba del aparcamiento al supermercado, metiendo en bolsas la compra de la gente junto a la caja, colocando los productos en las estanterías cuando se hacía de noche y, al final, encargándome de barrer y pasar la fregona los fines de semana, después de cerrar. Mientras le indicaba a una señora estresada que las galletitas Ritz estaban en el pasillo cinco o que si buscaba queso Velveeta tenía que ir a la sección de lácteos, mis amigos del colegio estaban en un partido de fútbol o en la biblioteca. Yo no era ni un deportista ni un gran estudiante. Mis compañeros de trabajo eran los lerdos, los fracasados, los listillos, los robustos patanes que veían esos empleos como su única posibilidad de futuro.

Trabaja duro, sé humilde, sé común y corriente, sé agradecido, sé discreto y ahorra. Madre nunca nos dijo por qué. Mortifica tu carne; eso es lo que hacían los santos, como Tarsicio, el chico mártir que prefirió que una turba lo matara de una paliza antes que dejar que profanaran la hostia. A mí no me quedaba claro cómo podía yo seguir el ejemplo de Tarsicio y trasladar lo que él había hecho en Roma a la tierra madre, pero entendí que el mensaje fomentaba el martirio y la abnegación.

Madre nos hacía competir entre nosotros. Fred trabajaba con padre. Floyd, en una papelería. Yo estaba en el supermercado. Hubby y Gilbert eran demasiado pequeños para competir, y Franny y Rose ya eran las doncellas de madre y tenían que aprender a hacer las tareas domésticas. Como era el

mayor, Fred trabajaba más horas y ganaba más dinero. La idea era que, con el tiempo, Fred aprendería el negocio y, al final, también llegaría a ser vendedor de zapatos. Nadie le preguntó a Fred si eso era lo que quería.

El trabajo a tiempo parcial que tenía Floyd en la papelería era bastante extraño. Al propietario del negocio le daban miedo las ratas que habían anidado en el sótano y el almacén y penetrado en el resto del edificio, de modo que quería que Floyd estuviera a su lado todo el tiempo, para asustar a las ratas. La labor principal de Floyd era pisar el suelo con fuerza y hacer que regresaran a su guarida. Como cobraba poquísimo, amenazó con marcharse, pero madre le dijo:

—¿Y qué vas a hacer entonces?

No era capaz de imaginarse la existencia de Floyd sin un trabajo. Estudiar en el instituto, hacer los deberes, ir a la biblioteca, jugar al baloncesto —que se le daba extraordinariamente bien— y distraerse con sus amigos le parecía algo absurdo, impensable.

Yo sabía que esto era injusto —que estaba mal—, pero madre, que en esta cuestión contaba con el apoyo de papá, siempre decía: «Si vives en esta casa, tienes que obedecer nuestras reglas», así que yo las obedecía.

Quizá porque estaba demasiado ocupado y me sentía mediocre e infeliz, el colegio me resultaba muy aburrido, algo que me incomodaba cada vez que lo recordaba. Sencillamente no era estudioso ni participaba en las actividades académicas. Me limitaba a soportarlas sin distinción alguna.

Tras terminar la secundaria, me matriculé en una universidad y me fui de casa, y me pagaba los gastos con lo que había ahorrado de mi trabajo en el supermercado.

—Entonces vas a tener que valerte por ti mismo —dijo madre, encogiéndose de hombros como era su costumbre.

Pero a mí me gustó. Por fin estaba lejos de madre. Me empecé a sentir menos agobiado, menos nervioso; tenía más energía y optimismo. Comencé a hacerme una idea de quién era y qué quería, y cuando tuve un año difícil —ocurrió de repente, poco después de marcharme de casa—, me resultó tan útil para compararlo con todos los demás que siempre lo he considerado como mi mejor año.

## 10. El mejor año de mi vida

Ese, el mejor año de mi vida, comenzó de la peor manera. Fue como una demostración más de que el destino es sádico, y me convenció de que en algún lugar había alguien disfrutando de mi dolor: un conspirador despiadado, quizá un aliado maligno de madre, si no ella misma. Recibí la terrible noticia mientras toda la familia me miraba, mientras comíamos y parloteábamos sentados a la mesa de la cocina, cerca de la pared donde estaba colocado el teléfono. Fue unos días antes de Navidad, por lo que todo el mundo estaba en casa; todo el elenco se encontraba reunido en el centro del escenario. No fue una tragedia lo que se representó, pues los jóvenes rara vez padecen tragedias, sino una farsa cruel. Tenía dieciocho años.

—Es para ti —dijo madre, pasándome el teléfono.

Toda mi vida iba a cambiar. Estaba a punto de sumirme en un pozo y pasar un año en la oscuridad. Normal, pensé, pues la vida, tal como la vivía en esa época —desconcertado, en lucha contra la futilidad y resentido por la pérdida de tiempo, mientras las cosas tenían lugar a mi alrededor, me daban en la cabeza y me hacían perder el hilo de lo que estuviera intentando—, me parecía precaria y carente de argumento: azarosa, rencorosa, al margen de mi control, avanzaba serpenteando entre el desorden y el caos, en dirección al olvido.

Visto desde la distancia, desde el privilegiado punto de vista de la madurez —con su altura y su aire puro, que son tan saludables y suponen uno de los principales consuelos de la edad—, veo (mientras vago entre los recuerdos de la tierra madre) que mi vida tenía un argumento muy claro y relevante, y la sofisticación estructural y los motivos sutiles de una novela victoriana, entrelazados con florituras, subtramas y desvíos, coincidencias que incrementaban la credulidad y sorpresas completamente inesperadas y, sin embargo, inevitables. Mi vida —quizá toda vida— padecía un exceso de planificación: nada quedó al azar, nada supuso un desperdicio, ninguno de

sus tramos resultó lento o tedioso, todo acabó encajando con gran precisión. Todo lo que ocurrió fue importante, y el pozo en el que me metí fue un sendero mágico que me condujo hacia el futuro.

Aunque, como ya he dicho, en el momento todo me parecía gris y sin sentido, todo era arrepentimiento y vergüenza y decisiones equivocadas y esfuerzos inútiles. Y lo que es peor, humillación, y una desgracia concreta.

—¡Es tu pajolera culpa! —gritaba madre cada vez que me sucedía algo, fuera lo que fuera.

Esa culpa estuvo años resonando en mi interior. Pero décadas después, cuando se me presentaban otros problemas, podía decir: «Los he tenido peores». Y era cierto. Mucho peores que tener treinta años, una esposa y dos hijos pequeños y nada de dinero, recién despedido de mi trabajo de profesor en Singapur, con la obligación de buscarme la vida y hacer un esfuerzo para encontrar una casa en la que vivir. Peores que estar hecho una mierda y lejos de casa, en la India, o perdido en China, o a dos velas y enterrado vivo en Londres. Peores que el que te pongan los cuernos. Peores que oír «voy a dejarte» en una cabina de teléfono sofocante y maloliente, con un auricular que no deja de hacer ruidos raros y apesta a tabaco, «y he conocido a otra persona», y que el mezquino pleito tras la sentencia de muerte (eso es lo que parecía) del divorcio, y el horror de separarse y perder la casa que tanto esfuerzo me había costado encontrar. Peores que décadas de «No te va a gustar lo que voy a decirte». Peores que la pérdida de mi padre, ya que la muerte de una persona mayor es algo natural, aunque precipitada por una esposa agobiante y una familia conflictiva. Esa desgracia concreta fue peor que nada de lo que me sucedería después. Fue producto completamente de la estupidez juvenil, como madre me recordaría una y otra vez: todo fue mi pajolera culpa.

Aquel año, mi primer año de universidad, estaba fuera casi todo el tiempo, pero volvía a casa en las vacaciones; seguía formando parte de la familia. Trabajaba para correr con mis gastos y me agobiaban mis responsabilidades: tenía que pagarme los estudios, los viajes, la comida y el alojamiento.

—Es para ti —volvió a decir mi madre, ahora muy enfadada porque en mi amargado ensimismamiento no había cogido el teléfono que me ofrecía.

Aunque uno estuviera más cerca del teléfono, madre era quien contestaba. Las llamadas siempre tenían que pasar por ella, para que pudiera estar al tanto de todo. Madre había insistido en que el cable fuera muy corto, de modo que

se nos viera y oyera cada vez que hablábamos.

—Es una chica —le explicó al resto de la mesa.

Padre, como si le hubieran dado la entrada, se metió en la boca el trozo de carne que había pinchado y dijo:

—Seguro que es rubia.

—¿Jay?

La voz de Mona me sonó plana, desprovista de vitalidad, pero insinuaba algo grave; era como si un desesperado músculo sonoro me hubiera agarrado con fuerza para que la escuchara. Había un matiz en su forma de decir mi nombre que me condenaba, que señalaba mi culpa.

—¿Qué tal? —dije alegremente para despistar a mi familia, porque los ocho estaban escuchando; sujetaban los tenedores y los cuchillos en posición vertical y habían dejado de masticar para no perderse nada.

—No me viene la regla. Ya hace tres semanas. No sé qué hacer. Estoy como un flan —aquí empezó a temblarle la voz—. ¡Y a ti no te importa nada!

—Sí —dije con un tono de voz agudo y falso—. Claro que sí —entonces vi que madre volvía la cabeza para oír mejor—. Por supuesto —solo oía que era culpa mía: se trataba de mi regla, mi retraso, mi problema. Pero seguí sonriendo para la mesa—. Nos vemos en unos días.

—¡No! ¡Mañana! Tiene que ser mañana. Te lo digo en serio.

Mona empezó a llorar, soltando bufidos y gemidos de una manera que me perforaba el tímpano y estallaba contra las frágiles paredes de mi caja craneal.

Ocho personas me clavaban la mirada en la cabeza y me levantaban una ampolla de culpa en el cuello.

Cuando colgué, cortando a Mona en medio de un quejoso alarido, preparé una sonrisa para la mesa y me volví hacia sus rostros silenciosos. Incluso Gilbert, que tenía cuatro años, había dejado de berrear. Me noté los ojos vidriosos. Me encogí de hombros, tratando de aparentar indiferencia.

—¿Quién era? —preguntó madre.

—Nadie que conozcáis —dije—. Nadie especial.

—Claro, claro —dijo Floyd—. Eso seguro. No hay ninguna duda.

—Jay tiene una novia —dijo Hubby con una voz débil y jadeante de niño afónico con la boca llena de comida—. Y yo sé por qué.

—¿Por qué? —dijo Franny, que muchas veces se encargaba de formular las preguntas de madre.

—Para poder mirarle las bragas.

—No seas fresco —dijo Rose.

Madre le sonrió sombríamente a padre.

—¿Vas a dejar que diga una insolencia así y se vaya de rositas?

Padre dejó el tenedor sobre la mesa y se inclinó hacia un lado. Fred y Floyd se echaron hacia atrás para quitarse de en medio y padre le dio a Hubby en la cabeza con el pulpejo de la mano, tirándolo de la silla. En cuanto le dio el golpe, padre, llevado por la pena, cogió a Hubby por el brazo para evitar que se cayera, pero en su torpe frenesí solo consiguió que se chocara contra el radiador. Hubby se quemó el brazo y soltó un aullido.

—Los niños destrozan los matrimonios —dijo padre. Era un mensaje para madre.

—Come —me dijo madre, porque yo me había quedado mirando el brazo enrojecido de Hubby—. Se te va a enfriar la cena.

—Yo siempre le digo a la gente que no me llame a la hora de comer —dijo Fred, poniendo la edificante voz del hermano mayor.

—Así debería ser —dijo madre.

Yo tenía la impresión de que sospechaban algo, de que mi rostro mostraba todo el pánico y la vergüenza que sentía. Pero en realidad era algo demasiado espantoso para que ni siquiera mi familia pudiera imaginarlo.

«Nadie especial», había dicho, y de hecho Mona no era nadie especial. Hasta el momento en que oí su voz, casi me había olvidado de ella. Alrededor de un mes antes la había visto la que yo creía que iba a ser la última vez. Iba dos cursos por delante del mío y tenía una habitación alquilada en una gran casa de madera situada en uno de los extremos del campus, cruzando la carretera que iba a Homestead, donde había vivido Emily Dickinson durante una época. Yo había ido a visitarla para despedirme. Habíamos hecho el amor como si estuviéramos celebrando una triste ceremonia de despedida. Yo era un amante tan inepto que nunca me temí lo peor. Los embarazos eran resultado de la pasión y la experiencia; yo era demasiado vacilante e inseguro como para provocar una cosa así. Siempre me sentía inútil e impaciente cuando Mona se apartaba de mí, frustrada, apenas penetrada; era como si yo solo la hubiera rozado, como si apenas me hubiera aproximado al acto.

Me había fijado en ella por primera vez en la cafetería. Caminaba rápido e iba vestida como una fregona, con un uniforme marrón y una gorra marrón y un delantal. Después la vi detrás de la barra, muy atareada, sirviendo un puré

de patatas con la mano derecha y echándole salsa por encima con la izquierda. Los comensales eran todos alumnos que vivían en la residencia, y yo era uno de ellos. Estaba en primero de carrera. Me encantaron su belleza malhumorada, el rizo suelto de pelo rubio que se le salía de la gorra, su nariz bonita y fina y la expresión de escepticismo de su boca, sus hombros huesudos, sus dedos delgados. Era guapa. Supuse que sería una lugareña no demasiado satisfecha con la vida. Su empleo y su manera de trabajar me hicieron pensar que sería distante e inaccesible; incluso una limpiadora podía mostrarse altiva. Ni se me ocurrió que podía estar en tercero, pero así era: tenía dos años más que yo y sacaba unas notas excelentes. Nunca sonreía. Me resultaba excitante que fuera tan hosca.

Una noche me la encontré en un bar —ella estaba tomando algo con unos amigos— y le hablé. Sus amigos se marcharon. La bebida parecía ponernos al mismo nivel.

—Te crees muy listo —me dijo cuando expresé una opinión. Estaba leyendo *Las flores del mal*, y cité algo. Por aquel entonces, Baudelaire era mi ídolo. Pero le gustó que trabajara los fines de semana en el criadero de pollos de la universidad, recogiendo los desperdicios de las jaulas y limpiándolas con la manguera—. Todos los demás van a ver el fútbol —dijo, compartiendo su desdén conmigo. La bebida la volvía taciturna y sacaba todo su resentimiento, pero me di cuenta de que, a pesar de su severidad, estaba de mi lado; éramos compañeros de trabajo.

Alrededor de una semana más tarde, me coló en su habitación. Nos tumbamos en su cama, nos pusimos a mirar la casa de Emily Dickinson y yo recité: «Wild Nights –Wild Nights!»[\[16\]](#). Hicimos el amor. Se dio cuenta de que era una cosa nueva para mí. Cuando descubrió que yo era mucho menor que ella, me regañó —había estado bebiendo— y dijo que yo la había engañado. A pesar de todo, quedamos unas cuantas veces más en su habitación («*Wild Nights should be / Our luxury!*») antes de decidir dejar de vernos. Eso había sido antes de Acción de Gracias. Ahora era casi Navidad, y por eso su llamada fue tan inesperada.

Vivía en un suburbio de Boston. Para llegar a su casa había que hacer un largo viaje en autobús y después deambular por unas calles llenas de hielo sucio y de nieve cubierta de hollín. Pensé que al verla mejorarían las cosas, pero no.

—No se lo he contado a nadie. No se lo puedo contar a mis padres. Me

matarían. Tú eres el único que lo sabe. Tienes que ayudarme.

Este pequeño discurso desesperado se convirtió en un desagradable estribillo. Cada vez que la veía, esperaba que todo se hubiera arreglado, pero las noticias siempre eran malas e iban a peor. Cuando llamaba, que era casi a diario («Es otra vez ella», decía madre), yo esperaba que me dijera: «¡Por fin!». Pero nunca me lo dijo. Sus frecuentes cartas («Otra para ti», decía madre. «¿Es de ella?») eran largas y sombrías y estaban cargadas de reproches hacia mí y de comentarios que resultaban hirientes para ella misma. *¿Por qué me habré liado con un pipiolo como tú?* Mi precocidad era como un defecto espantoso. Yo seguía siendo un adolescente. Baudelaire se burlaba de mí con sus alardes y su cínico carácter mundano. Cada vez que recibía una carta de Mona, la quemaba.

Pasaron las semanas. Era enero. Mona estaba embarazada de dos meses. Cada vez que me llamaba por teléfono, cada vez que llegaba una carta, renacían mis esperanzas para morir al instante. Me despertaba todas las mañanas aturdido y en ocasiones contento, en mi habitación de la residencia, hasta que me acordaba de que mi problema no era una pesadilla, sino un hecho. Rezaba suplicando que todo se arreglara y descubría, siempre tras un intrigante lapso, que todo seguía igual. Y para Mona era mucho peor con diferencia, aunque solo yo lo sabía. Era su único confidente y tenía que cargar con su desgracia.

Fred estaba estudiando Derecho en Nueva York. Nueva York era el gran mundo; allí la gente disponía de soluciones para un embarazo. Fui a visitarlo en febrero. No le dije por qué había ido. Me quedé en su apartamento y me dediqué a ir a consultas de médicos. Me limitaba a pasar por allí. *¿Tienes una cita?* No tenía ni idea de cómo funcionaban esas cosas; sabía que el aborto era ilegal. Como nunca pedí cita, no llegué a ver a ningún médico, lo cual probablemente fuera lo mejor, porque ¿cómo iba a plantear esa pregunta crucial?

—Ay, Dios —dijo Fred cuando se lo conté—. Ay, Dios —se llevó las manos a la cabeza. Parecía que su corte de pelo se había vuelto frívolo junto a sus dedos emblanquecidos—. Tendrás que contárselo a papá y mamá —me dijo.

—No —dije yo.

Me asusté al ver que Fred no podía contener la ansiedad.

—No me van a poder ayudar —dije—. No sabrían qué hacer. Se pondrían



como locos.

Madre me echaría la culpa y padre se enfurecería. Estaba seguro. Podía oírlos. Podía imaginarme perfectamente todas las acusaciones que me harían.

Fred se quedó inerte. Estaba escandalizado y aterrorizado por lo que sabía, y se sentía cómplice, porque lo sabía todo. Sugirió que me marchara de Nueva York. Aunque aquello me dolió, no me sorprendió. Era un problema mío. Y me resultaba doloroso estar en Nueva York, donde envidiaba y odiaba a los ricos, que podían resolver esta clase de problemas con un sobre de dinero en un abrir y cerrar de ojos.

En algún momento de marzo me fui a vivir con Mona a su pequeña habitación, lejos del campus, en lo alto de la gran casa de madera.

Al estar juntos, comenzó a mostrarse más amable conmigo.

—Ahora te necesito —me dijo—. Por favor, ayúdame. No puedo confiar en nadie más. Ayúdame a salir de esta y nunca más te pediré nada. ¿Me entiendes? No quiero casarme contigo. Solo quiero tener el bebé.

—¿Y después?

—Lo daré en adopción —dijo, y empezó a parpadear cuando se le llenaron los ojos de lágrimas—. Hay instituciones que se dedican a eso.

No me impresionó. Era simple desesperación, como la que lleva a la gente a cometer un delito. El principal desafío que se le planteaba a uno era evitar que lo descubrieran.

Mona se apretó los ojos con los puños y se puso muy seria.

—Si se entera mi familia, me matan.

Y a mí también, pensé yo.

Mona dejó de asistir a las clases. Encontró un trabajo en un invernadero donde cultivaban rosas, en el campo, lejos de la universidad. Así logró que nadie la viera. Yo seguí estudiando, hice todo lo que tenía que hacer. Empecé a odiar a Baudelaire y a tener opiniones propias gracias a nuestro problema. Me pasaba el día preocupado. Mona y yo vivíamos como una pareja muy seria en su pequeña habitación.

Aunque seguí yendo a clase y haciendo trabajos y leyendo los libros obligatorios, lo hacía de manera maquinal, desconectado de mí mismo, como si fuera otra persona, más joven y mucho más simple que aquel tipo que se despertaba consternado día tras día y que consolaba a Mona. Cuando escribía a casa, repitiendo lugares comunes sobre el tiempo y mis estudios, era otra persona más, alguien muy precavido y, sin embargo, un miembro sincero de

la familia.

Eso hacen ya tres personas, pero todavía era una más: la que recogía espárragos. El estudio no daba dinero, y Mona trabajaba en el invernadero, así que yo conseguí un trabajo cosechando espárragos con una cuadrilla. Me habló de él otro estudiante que estaba a dos velas. El granjero me recibió con los brazos abiertos, pues necesitaba hombres. La cosecha se hacía muy temprano y a mí me parecía muy rara. Habían empezado a aparecer unos brotes de veinte o veinticinco centímetros por todos los campos. Los espárragos brotaban en grupos y no tenían hojas; eran solo unos tallos esbeltos y puntiagudos. Yo iba hasta allí con una docena de trabajadores y, en cuclillas, cortaba los brotes metiendo la navaja a unos cinco centímetros de profundidad. Pensé que se trataba de una actividad real y cruda, y que algún día hablaría de aquel extraño trabajo en un libro.

Todos los trabajadores eran hispanohablantes, la mayoría muy jóvenes. Cuchicheaban entre sí mientras cortaban los espárragos, a veces se reían, e iban llenando las cajas para después colocarlas sobre el suelo plano del remolque. No me hablaban salvo cuando subíamos para que nos llevaran a un nuevo campo.

Me contaron que eran de Puerto Rico y que se dedicaban a ese trabajo ocho meses al año. Comenzaban en Florida y Georgia, donde cosechaban lo que hubiera madurado —naranjas, melocotones, arándanos, maíz, tomates— e iban migrando hacia el norte. Se pasaban el día parloteando y se mostraron muy amables y simpáticos conmigo cuando descubrieron que sabía un poco de español.

Puerto Rico me parecía un lugar remoto, exótico y muy soleado. Allí cortaban caña de azúcar y recogían piñas. Decían que echaban de menos a sus esposas y novias. En septiembre u octubre volverían con el dinero que hubieran ganado.

—*Isla bonita* —dije.

—*¡Isla barata!* —contestó un hombre[17]. Y todos comenzaron a darme ejemplos de lo barata que era la vida en Puerto Rico.

Recogí espárragos todas las mañanas durante tres semanas hasta que, a finales de mayo, Mona, que ya tenía una barriga muy evidente, me dijo:

—Mis padres me han estado preguntando cuándo voy a volver a casa. A lo mejor vienen a hacerme una visita. Tenemos que irnos de aquí.

Cogimos un autobús a Nueva York. Cuando llegamos, llamé a Fred. No

me había atrevido a llamarlo antes, para no darle tiempo a que se le ocurriera alguna excusa y nos rechazara. No teníamos ningún otro sitio al que ir. Dos días bastaron para que me diera cuenta de que Fred no nos quería allí. No quería estar tan enterado. Volvió a preocuparse mucho, y me agobiaba con sus temores.

—Mira, lo que necesitáis es un plan —me dijo.

Yo vi el precio de un billete de avión en un escaparate: *San Juan, 49 dólares*. Me pareció una solución fácil. Tenía el dinero necesario. Recordé todos los gritos de *¡isla barata, muy barata!* Fuimos a Puerto Rico y allí nos sentimos a salvo. Pasamos las primeras noches en un hotel barato, y después conseguimos una habitación con terraza en una casa muy alta que había en el Viejo San Juan. Fue una decisión impulsiva, pero pudimos llevarla a cabo. Era como si se nos hubiera presentado en un sueño.

Lejos de Fred y de nuestras familias, lejos de los Estados Unidos, sentíamos que éramos gente que tenía un plan de vida, gente adulta, independiente, que no está sometida a la vigilancia de nadie. Fue mi primera experiencia del modo en que viajar te convierte en una nueva persona. También comprendí que al irnos lejos nos habíamos apartado de una realidad deprimente en la que otros podían inmiscuirse en nuestra vida privada. Cuando la gente te hace preguntas que no puedes contestar, pensé, es el momento de irse y encontrar otra gente que no pregunte nada. En aquella tierra lejana, rodeados de hispanohablantes, estábamos a salvo. Teníamos bastante dinero como para aguantar un mes. Mientras tanto, yo buscaría algún trabajo. Nos sentíamos seguros, casi felices, al encontrarnos tan lejos, entre gente que parecía estar peor que nosotros, en ese lugar caótico que tan bien encajaba con mi estado de ánimo.

*Estoy trabajando en un carguero, escribí a casa. Acabamos de atracar en San Juan.*

Esa era otra persona, el marinero de cubierta. Y madre aceptó aquella explicación tan pobre. Como no le estaba pidiendo nada, se sintió satisfecha, o tal vez un poco preocupada: éramos muchos hijos, pero no sintió curiosidad hacia mí. Probablemente le resultara tranquilizador enterarse de que yo estaba bien y no necesitaba nada.

*Volveré a casa en agosto o septiembre.*

El Caribe Hilton, situado en Puerta de Tierra, era bastante nuevo y necesitaba empleados. Solicité un puesto de socorrista, pero, al oírme hablar

en inglés, el jefe de personal propuso que trabajara en el restaurante, que acababa de abrir. Los clientes eran en su mayoría turistas de habla inglesa. Me dieron el empleo. Trabajaba desde las seis de la tarde hasta medianoche, y luego cogía el autobús de vuelta al Viejo San Juan. Ahora tenía un sueldo. Mona se apuntó a clases de español. Estaba enorme, hacía demasiado calor y se sentía demasiado incómoda como para tratar de hacer ninguna otra cosa.

Los portorriqueños fueron muy amables con nosotros. Tenían dos caras. Una era solícita, solemne y sumisa, para mostrársela a los gringos. *¡Lo que usted diga, jefe!* Yo ya la había visto en los campos de espárragos, y la reconocí. La otra, una cara escandalosa, traviesa, burlona, colaboradora, se la guardaban para ellos. A Mona y a mí nos trataron como si fuéramos de la familia. Acostumbrada a todo tipo de líos y problemas, aquella gente no pedía explicaciones. Yo me sentía agradecido, aunque tardé un tiempo en comprender que la razón por la que se mostraban tan amables era que veían a una mujer joven, pálida, embarazada, con un hombre todavía más joven — con el que probablemente no estuviera casada—, montando en los autobuses, sentados en la plaza, comiendo un helado, subiendo las escaleras del viejo edificio que estaba cerca del restaurante Zaragoza, un sitio carísimo donde nunca comimos, y se compadecían de nosotros.

De todos modos, día tras día, al despertarme, sentía cómo abandonaba la paz del sueño profundo y recordaba nuestro problema. Pensar en él me dejaba embotado. Era como una droga.

Mi familia creía que yo estaba trabajando en un barco. Mona le había contado a la suya que había conseguido un empleo de profesora en una escuela de Nueva York. Nadie podría descubrir la verdad. Estábamos demasiado lejos. Fred, desde Nueva York, se ocupaba del correo de Mona; una vez por semana, hacía un paquete con todo lo que hubiera recibido y se lo enviaba a San Juan.

Y así pasaron dos meses.

Yo estaba bien. Me gustaba apoyar a Mona en esa situación, pero cuando me acordaba de mi familia —madre, padre, mis inquisitivos hermanos— empezaba a preocuparme, porque había mucho que contar y todo estaba oculto y todo era incriminatorio. Sabía lo que dirían todos; me sentía avergonzado y apenado cuando me imaginaba la cara que pondría madre. No tenía más remedio que admitir que era todo mi pajolera culpa.

La extrañeza de San Juan me consolaba y me parecía una forma eficaz de

ocultación. La cruda amabilidad de los portorriqueños nos reconfortaba, ya que confiaban en nosotros porque sí; allí no nos conocía absolutamente nadie. A mí me encantaba el anonimato, que también era una especie de inocencia. Yo era intachable, un chico flaco que vivía en una habitación de la calle San Francisco con una joven embarazada y que todas las tardes, a las cinco, bajaba a la plaza y cogía el autobús rumbo al Caribe Hilton de Puerta de Tierra. Tomábamos sopa de lata en casi todas las comidas. Por la noche, cuando apagábamos la luz, unas cucarachas brillantes y violáceas empezaban a correr por el suelo. El aire estaba lleno de polvo y de ruidos, la calle parecía entrar por las altas ventanas de nuestra elevada habitación, incluso el mar estaba a punto de inundar el cuarto, pero nadie nos conocía, de modo que no había remordimientos ni vergüenza, solo la tediosa lucha por la vida que compartíamos con todos los que nos rodeaban.

De vez en cuando se ponía a llover con fuerza. Eran unos breves aguaceros de verano. Yo llevaba siempre un paraguas y un sombrero Panamá. Lo hacía por pura pose; simulaba que era un personaje sórdido. Había abandonado a Baudelaire y leía a Graham Greene y a Lawrence Durrell. Aprendí suficiente español como para apenas tener que hablar en inglés. Practicaba el acento de Puerto Rico, donde dicen *mihmo* en vez de *mismo* y *musho* en vez de *mucho*, y empecé a llamar *guagua* al autobús y *chavo* al dinero. Tenía la sensación de que nadie me veía hasta que llegaba al restaurante y descubrí que, cuando estaba trabajando allí, también era casi invisible: no era más que la chaqueta y la camisa y la pajarita de mi uniforme. Mi trabajo era apuntar las reservas que la gente hacía por teléfono, llevar a los comensales a sus mesas, entregarles la carta y desearles que tuvieran una velada agradable. Por hacer eso, me pagaban lo suficiente como para cubrir los gastos de alojamiento y comida de Mona y míos y ahorrar un poquito para el billete de vuelta. Comprendí cómo una decisión impulsiva puede condicionar, de un modo irreversible, toda una vida.

Mona estaba cada vez más débil y temblorosa, como si su embarazo fuera una enfermedad, y miraba nuestra pequeña habitación con ojos nostálgicos. Se despertaba en medio de la noche y se ponía a llorar. Se le hincharon los tobillos. Tuvo un sarpullido. De vez en cuando se enfurecía conmigo.

—¿Cómo pude liarme contigo? —me decía. Y también—: Eres lo único que tengo. Por favor, no me dejes. Acompáñame hasta el final.

Eran como frases de una obra de teatro en la que yo me hubiera metido sin

darme cuenta, como en un sueño inquieto y profundo. Tenía la sensación de estar viviendo una vida ajena, llena de cosas imprevisibles y, sin embargo, absurdamente lógicas, como las que ocurren en esa clase de sueños.

Un día llegué tarde al trabajo.

—Llego tarde, lo siento —le dije al encargado del restaurante—. Mi esposa se encontraba mal. Está embarazada.

El encargado era peruano, y su nariz aguileña, su mandíbula prominente y sus ojos caídos le daban el aspecto de un jefe inca. Me miró con una seriedad que me hizo sentir incómodo. Después me dio una palmadita en el hombro.

—No digas «lo siento». Nunca digas «lo siento» —dijo, levantando el dedo índice—. Un hombre no dice «lo siento».

Y unos días después me preguntó:

—¿Cómo está tu esposa? Mejor, espero.

Le di una respuesta, pero no supe lo que estaba diciendo ni quién era el que hablaba. Pensé: Soy quien creas que soy. Estoy viviendo cinco vidas al mismo tiempo y en una de ellas, por supuesto, trabajo en un carguero. Ninguna de esas vidas representaban a la persona que yo sabía que era.

Mona y yo ahorrábamos todo lo que podíamos, de modo que no teníamos para gastos extras. Éramos como el resto de la gente que veíamos en San Juan: íbamos andando o en autobús, comíamos unos pasteles de carne fritos que llaman *pastelillos* y de vez en cuando nos permitíamos uno de esos helados cónicos y medio derretidos que llaman *piraguas*, pasábamos un rato sentados en la plaza y nos íbamos a la cama temprano. No teníamos ni teléfono ni radio. En la televisión del bar de la esquina siempre se veía fútbol, noticias y combates de boxeo. Nunca leíamos el periódico, aunque yo a veces echaba un vistazo a los titulares del diario *El Imparcial*. No teníamos ni idea de lo que sucedía en el mundo, fuera de Puerto Rico, pero un día nuestra casera dijo que el dictador Trujillo había muerto asesinado en Santo Domingo, y esta dramática noticia propició que la plaza que había cerca de nuestra casa se llenara de gente que charlaba en un ambiente festivo.

Yo le cogí cariño al problema que nos había llevado a ocultarnos, al amistoso gentío, a las aceras estrechas, al calor y a la luz del sol, que parecían consolar a la gente y suavizar su estado de ánimo.

Un día vi a un hombre a quien conocí en una conferencia muy provocativa que había dado en Amherst en la época en que Mona y yo compartíamos habitación allí. Era el reverendo William Sloane Coffin, conocido por sus

radicales opiniones políticas, que iba andando junto a otros dos hombres. Nos adelantaron, charlando, y se metieron en el Zaragoza, y como nosotros no podíamos permitirnos comer ahí, dejé de considerarlo un radical. Era un hombre privilegiado y próspero, y pertenecía a otro mundo.

Nuestra única manera de comunicarnos con nuestros familiares era por carta. Yo escribí algunas más, explicando que mi barco, el carguero, estaba fondeado en un puerto. Me presentaba, de un modo bastante novelesco, como un marinero, sacando un montón de detalles de mis lecturas de Jack Kerouac. Mona escribía a su familia con regularidad, y contaba que seguía en Nueva York trabajando de profesora y que vivía en la dirección de Fred. Escribía cartas y se las mandaba a Fred, que las sellaba y las enviaba a los padres de Mona, y a su vez le enviaba a Mona las que recibía de ellos.

Y cada mañana me despertaba con la cara sudada y me acordaba de que vivía con Mona, que estaba embarazada, en una habitación del Viejo San Juan, y que a las cinco y media tenía que estar en mi trabajo, en el restaurante del Hilton. Y me quedaba embotado, pensando: Espera, tranquilízate, el tiempo va pasando, nadie sabe lo que ocurrirá. Había un bebé en el interior de Mona; había oscuridad en mi interior. Sentía una tristeza que me pesaba en el alma. Pensaba en Mona y en mí, pero la tristeza tenía que ver con la posibilidad de que mi familia descubriera aquel asunto endiablado y vergonzoso.

Mona estaba obsesionada por la misma necesidad de mantenerlo en secreto. Esta necesidad hizo que nos volviéramos más callados y más amables el uno con el otro, como si fuéramos un par de criminales que deben ir con sigilo y mantenerse cerca para evitar ser vistos: unos fugitivos de la justicia. Nunca dejamos de sentir que estábamos escondidos, y aunque hablábamos del embarazo, rara vez mencionábamos al bebé, solo como un problema que teníamos que resolver.

Yo me sentía como en casa en el caos de San Juan. Era un lugar caluroso, lleno de basura, pobre; con el estucado amarillo y agrietado de los muros, y las paredes pintarrajeadas. En la barriada, fuera de las murallas de la ciudad y llamada La Perla, la gente estaba mucho peor que nosotros: niños descalzos, mujeres harapientas y hombres borrachos.

Un día, en agosto, Mona recibió una carta de una institución de Boston que llevaba el lamentable nombre de El Hogar de los Pequeños Vagabundos. El mensaje era que aceptaban a Mona, que se ocuparían de organizar el parto

para que todo saliera bien y que después se quedarían con el bebé. Había muchas familias llenas de esperanza que deseaban hacerse cargo de niños así. *Por favor, tenga la seguridad de que encontraremos un hogar donde a su hijo no le va a faltar el cariño.*

Mona lloró al recibir la carta, pero admitió que eso era lo que quería: un alivio, una solución.

Esa noche, se despertó y empezó a lloriquear diciendo que como los dos llevábamos gafas, seguro que el niño tendría muy mala vista. Lloraba por la idea de enviar a un niño miope a recorrer el mundo a tientas.

Compramos unos billetes para Boston. Le dije a mi jefe peruano que me iba.

—Justo cuando me estaba acostumbrando a ti —dijo él.

—*Lo siento* [\[18\]](#) —le dije de broma.

Unos días antes de irnos de San Juan, la casera nos entregó una carta con un sello norteamericano y la dirección de la calle San Francisco. No era una carta reenviada por Fred. Era de la madre de Mona. *Lo sabemos todo*, empezaba. El padre de Mona había ido a Nueva York, al apartamento de Fred. Había exigido ver a su hija. Fred le había contado toda la historia y le había dado nuestra dirección. *Papá está que echa humo*, escribía la madre de Mona, *y la familia de JP también. Tuve una larga conversación con ellos.*

Los siguientes días fueron muy tensos. Pensábamos que el padre de Mona caería sobre nosotros. Pero estábamos demasiado lejos. No podía presentarse en San Juan, era como dar un salto al vacío, y eso fue lo que nos salvó. No vino nadie. Partimos hacia Boston una noche muy calurosa. Antes fuimos a La Perla con todas nuestras propiedades —cacerolas, toallas, sábanas— y se las regalamos a una mujer que se mostró muy agradecida.

Mona iba bastante incómoda en el avión, ya que estaba embarazada de ocho meses. Llegamos a Boston al amanecer. Desayunamos en una cafetería que había en Boylston Street, cerca del Public Garden, y después dimos un paseo por este parque. Yo me había acostumbrado a caminar muy despacio con Mona a mi lado. Mona dijo que se sentía mal. Se sentó en un banco y vomitó en la hierba. Yo la ayudé a mantener el equilibrio mientras ella se limpiaba la boca en mi hombro. Esa calurosa mañana de agosto, mientras estaba apoyada en mí, llena de confianza y resignación, me pareció que éramos como amantes. A las nueve en punto salimos a la calle y paramos un taxi.



—Tú no vengas —me dijo. Quería ahorrarme ese trago. Entró en el coche y le dijo al taxista que la llevara a El Hogar de los Pequeños Vagabundos—. En Joy Street —añadió, la «calle de la alegría».

Esos nombres me llegaron al alma. Llamé a casa desde una cabina que había en Sullivan Square y cogí el autobús rumbo a Cape Cod. Después recorrí el largo trayecto colina arriba hasta que llegué a casa, un poco mareado por el calor y por la noche que había pasado sin dormir en el avión.

Regresaba desde todas mis vidas a la única vida que odiaba, y temía lo que iba a suceder.

Subí con pies de plomo las escaleras del porche y anuncié mi llegada desde allí. La puerta estaba abierta. Nadie salió a recibirme. La mosquitera de la puerta de entrada golpeaba una y otra vez contra el marco. Fui consciente de cada paso que di, primero sobre los escalones de madera y después sobre el suelo de madera del porche, hasta llegar a la puerta de madera. Como arcos sucesivos hacia el día del Juicio Final.

—Aquí dentro —gritó madre desde la cocina. Me había oído.

Estaba sentada con los brazos sobre la mesa y un aspecto de lo más sombrío. Floyd estaba sentado en una silla al otro extremo de la habitación, intentando no sonreír, aunque sonreía, y de una manera horrible, en parte regodeándose y en parte con pena. Entonces se largó de la habitación. Su mirada decía: *Ya verás la que te va a caer*.

La expresión de la cara de madre era feroz, como de halcón; nariz apretada, labios contraídos.

—¡Bueno! —parecía que me estaba estudiando, y por fin dijo, con un chillido triunfante y sarcástico—: Espero que estés orgulloso.

Agaché la cabeza, frustrado y admitiendo lo que había hecho, y ella comenzó a amonestarme:

—Debería darte vergüenza —dijo—. ¿Cómo has podido hacernos esto? Y mira cómo llevas la chaqueta —añadió, frunciendo el ceño ante la mancha de vómito que tenía en el hombro.

Los días y semanas siguientes fueron más fáciles, porque Mona y yo habíamos concebido ocultar nuestro crimen —lo considerábamos un crimen, una fechoría como mínimo, algo mucho peor que un error—. Nadie sabía que ella estaba viviendo con una familia adoptiva. Solo yo sabía dónde estaba. Fui a visitarla en secreto. Estaba impaciente, nos dimos la mano y dijo:

—Creo que ya falta poco.

La familia la llevó al hospital para el parto. Tuvo un niño. Yo fui a verla y cogí al bebé en brazos. Tenía la cara enrojecida y parecía satisfecho. Nadie más vio al bebé nunca.

La segunda vez que fui al hospital, Mona me dijo:

—Las otras madres estuvieron riéndose cuando te marchaste. «¿Qué edad tiene?», preguntaban. «Es solo un niño».

Esa fue la última vez que vi al bebé. Y no volví a ver a Mona hasta que salió del hospital. Para entonces ya estábamos a finales de septiembre y habíamos vuelto a Amherst. Éramos de nuevo dos estudiantes, estábamos de regreso en el mundo, y nos sentíamos indefensos y alterados. Cargábamos con la triste historia de un hijo perdido, una historia que no podíamos contarle a nadie. Yo estaba triste, pero también aliviado. Mona solo estaba triste y parecía más pequeña. Algunas noches me suplicaba que fuera a su habitación, solo para abrazarla mientras sollozaba. Nos tumbábamos vestidos en su estrecha cama y nos quedábamos ahí un rato. Cumplí diecinueve. Mona se graduó antes, en enero, y se marchó y se puso a dar clases. Me escribió algunas veces, y después dejó por completo de escribirme.

Por algún motivo, me imaginé que nunca volvería a sentirme tan desesperado, tan despreciado, tan débil y culpable como me sentí aquel año. Y tenía razón. Esa experiencia no me hizo más fuerte, pero me proporcionó un recuerdo muy vívido del desamparo, un recuerdo que me ha acompañado toda la vida. Siempre comparé esa situación con las adversidades a las que me fue tocando hacer frente. A veces, ante un dilema, sonreía. A veces, alguien me decía: «No te va a gustar lo que voy a contarte». Entonces no sonreía, pero antes de oírlo ya sabía que me había visto en otras peores. Recordar ese año me permitió estar siempre preparado.

En cuanto al niño, estuviera donde estuviera, seguro que le iría mejor que con nosotros. De cuando en cuando soñaba que me había encontrado, que me acorralaba, que me gritaba por el destino que le había adjudicado.

A veces alguien habla de una enfermedad o un accidente terrible que tuvo en la infancia y que lo obligó a pasar una temporada en cama, confinado en una habitación, y dice que entonces leyó muchísimo o aprendió un idioma o desarrolló alguna habilidad. Para mí también fue así. Gracias a esa experiencia, aprendí a buscarme la vida, a sobrevivir, a confiar en mi instinto, a guardar un secreto. Sabía que mi vida estaba en otra parte. Ya sospechaba, mucho antes de la primera llamada telefónica de Mona, que no podía

depender de mi familia, que emplearían en mi contra todo lo que supieran de mí, tratando de hundirme. Tenía razón.

Después nunca entré en detalles con nadie. No podía soportarlo. Aquel año tan duro, sin embargo, hizo que el resto de mi vida fuera más fácil, y algunos episodios horribles me parecieron llevaderos por comparación. Sabía lo que era una etapa difícil: había pasado por una de un año de duración que me había dejado marcas. «El peor año de mi vida», solía decir, quejoso. Pero conforme pasaba el tiempo, aprendí a darme cuenta de que, a pesar de los esfuerzos que tuve que hacer, había sido un buen año, con su principio, su nudo y su desenlace: una verdadera trama que antes había vivido otra gente, pero que yo tuve que vivir para poder comprenderla; mi mejor año.

## 11. Secretos

Pasaron cuarenta años, mis años de escritura, mis años en movimiento, lejos de la tierra madre. Aquel episodio crucial, esa experiencia de la paternidad, me templó el carácter, me dejó preparado para afrontar lo peor y me convirtió en un hombre. Nunca me volvería a poner a prueba algo tan duro.

Esas cuatro décadas fueron los años de mi vida activa; fui viajero, llevado por las corrientes del mundo, vagué por ciudades remotas, residí en repúblicas polvorientas y en alegres islas, me casé, tuve dos hijos más, me divorcié dos veces. Y, tras unos comienzos lentos, llegué a ser un escritor exitoso con lectores fieles, aunque ninguno de mi familia.

Después de todo eso —de esa lucha, en el ámbito de las palabras, por describir mi lucha vital, un tema que se convirtió en una obsesión, y por representar mi vida en la compleja maraña de mi prosa—, pensaba que ya estaba, que mi vida había concluido, que había llegado el momento de..., no de desaparecer, sino de volverme más compacto, de adoptar la estrategia económica de un pequeño animal tembloroso que arruga su hocico húmedo y se hace una bola para mantenerse caliente mientras espera el final, tras haber dejado atrás esposas, hijos, propiedades, libros, una montaña de papeles, ahorros y, al fin, toda esperanza. Por ello, cuando me emplazaron a regresar a Cape Cod porque padre estaba a punto de morir, fui sin dudarlo. No tenía ningún otro sitio al que ir.

Volver a casa para quedarme a vivir allí era una señal segura de derrota. Los fracasos acaban en el punto de partida. Siempre me había parecido que esto era cierto. «Vive con su madre»: no hay manera de estar peor. Pero me dije a mí mismo que era algo temporal. No estaba desesperado, no vivía en la casa de madre, solo cerca de ella, en la tierra madre. Estaría bien. Eso me pareció en el momento.

Poco después de mi vuelta, la salud de padre empeoró, nos llamaron para

que fuéramos al hospital a verlo morir, madre se convirtió en reina y todos volvimos a ser niños y recuperamos nuestros antiguos roles y rivalidades. Al principio, me sentí muy sorprendido. Me había olvidado de lo peligrosos que éramos, de lo mucho que podíamos enfadarnos, de lo crueles que llegábamos a ser.

—Es un pedófilo, un imbécil —dijo Floyd de Fred. Y cuando se mencionó el nombre de Gilbert—: Es un exiliado.

—Mamá dice que los poemas de Floyd son pornográficos —dijo Hubby. Y hablando de Franny—: Es una zorra.

—Mamá piensa que Floyd es insoportable —dijo Franny—. Es por la actitud esa que tiene. «Dame esto, dame lo otro». Tiene muy mala energía y grita al volante. Dice mamá que detesta ir en el coche con él.

—Lo único que hace es preocuparse por sus dos mocosos malcriados —dijo Rose de Franny y sus hijos, Jonty y Max.

—Me da pavor el cumpleaños de Angela —dijo Fred—. Cada año que pasa, el duelo de mamá es más tenebroso.

—Hubby come demasiado —dijo Franny—. Y siempre comida malísima. Sé que es muy hábil con las manos, pero ¿has visto el tamaño que tiene? Floyd dice que parece una carroza.

—He memorizado la mayoría de los poemas de Floyd —dijo Gilbert, y sin un ápice de ironía, añadió—: Una de sus características es que son muy fáciles de memorizar.

¿Qué dirían de mí?

De niño, era muy prudente y reservado, y siempre recelaba cuando alguien mostraba interés por mí. Cuando me preguntaban cosas como: «¿Qué estás haciendo?», o: «¿Dónde has estado?», solía contestar con mentiras. El terror que sentía cuando madre decía: «¡Tengo que ajustar cuentas contigo!», me incitaba a mentir descaradamente. Pocas veces le contaba la verdad o le confesaba algo personal. Estaba seguro de que me traicionaría; de que emplearía mi confianza en mi contra; de que me tendería una trampa. Y madre debía de saber que solía mentirle. Siempre me miraba de soslayo, disgustada, preguntándose qué sentiría yo en realidad, y quizá temerosa de descubrirlo, porque tenía que resultarle evidente que yo era un niño solitario y dado a soñar despierto que anhelaba vivir en otra parte.

El dilema que tenía en la infancia habría sido fácil de explicar, si a alguien le hubiera interesado oírlo, lo que no era el caso. Yo no iba a la deriva; estaba

atascado. Tener quince años era como vivir en el piso inferior de una casa en la que, en el piso de arriba, un hombre le estuviera hablando de cuarto a cuarto a una mujer que no podía oírlo pero también le hablaba a él, aunque él tampoco entendiera lo que ella decía. Ante cada grito, que podía ser una cosa tediosa o reveladora o impactante, que podía suponer un cambio vital o una muestra de sabiduría, los dos bramaban: «¿Qué?». También había otras personas gritándose en las habitaciones superiores, sin que nadie entendiera lo que se decía.

Yo oía cada palabra, aunque ellos no sabían que estaba escuchando. Ni siquiera sabían que existía. Pero ese no era mi dilema. Mi dilema era: ¿Qué hago con todo lo que estoy oyendo?

Fue mi primer indicio, no de que iba a ser un escritor en serio, sino de que escribir lo que oía, o imaginaba, podía proporcionarme algo de alivio.

Cuando me fui de casa por primera vez, con el trauma de mi mejor año, me resultó sencillo inventarme una vida. Era estudiante, de modo que el estudio me impedía volver a casa a menudo, y la necesidad de trabajar implicaba que tenía que viajar y ahorrar. Ese estudioso-viajero era el personaje que describía en las cartas que enviaba a mi familia, aunque aquel joven grave y cauteloso no se parecía a mí en absoluto. Esos años fueron el ocaso de la escritura de cartas, de esas tres o cuatro páginas firmadas y dobladas por la mitad y metidas en un sobre, de esas dos páginas mecanografiadas a doble espacio y que empezaban con un *Querida familia*. A finales de los años ochenta, el correo electrónico acabó con eso mediante cibermensajes y notas telegráficas que no dejan ninguna huella, son imposibles de rastrear, se usan y se tiran y resultan como mínimo cuestionables, parecen conversaciones confusas, a gritos lanzados contra el viento; las pilas de cartas que yo mandaba a casa, en cambio, casi podían constituir una novela epistolar. Mis cartas eran tan abundantes que podía ocultarme en ellas y crear una persona nueva. Me escondía tras mis invenciones, y la ardiente forma en que creaba ficciones en esas cartas me ayudó a convertirme en novelista; supuso un estímulo para mi imaginación y me permitió aprender a contar mentiras con fluidez y verosimilitud.

El recuerdo de mi invasiva familia me hizo elegir una vida lejos de miradas indiscretas. He dicho que trabajé como profesor en África. Esto es solo parcialmente cierto. «Profesor» es un eufemismo heroico, pues mi residencia en África se pareció más a un esforzado sacrificio, si no a un martirio. Estaba

aprendiendo la lengua local, vivía en la sabana, me enteraba de las noticias por medio de una radio de onda corta y el correo siempre llegaba con muchísimo retraso. En mis cartas, África consistía en mi trabajo. Evité incluir en ellas detalles de mi vida real, en la que, al margen de estar con los alumnos y corregir sus deberes, escribía y disfrutaba de las bellezas del lugar y bebía cerveza y hacía largos viajes por carreteras en mal estado: los excesos libertinos y la mitomanía de cualquier expatriado en la sabana africana, consentido y perdonado por un sistema que por lo general falla y casi no espera nada, salvo resultados pobres y demoras extraordinarias.

De toda la gente que conocía en África, no había nadie que fuera tan vago como yo. Me reía, avergonzado, cuando otros extranjeros afirmaban que los africanos eran perezosos. Me horrorizaba tanto la manera en que hacía mi trabajo que supe que debía tener éxito como escritor, porque en la enseñanza, y en cualquier otra cosa que emprendiera, iba a fracasar. Y cuando publicaba poemas o cuentos me sentía justificado y recuperaba la confianza en mí mismo, aunque aún era consciente de que estaba engañando al Ministerio de Educación de Uganda, la institución que me había contratado. Había escrito mis historias en horario de trabajo pagado por el gobierno, y cuando esto se hizo evidente, partí rumbo al sudeste asiático con la excusa de unas revueltas estudiantiles en Kampala, y pasé a engañar al Ministerio de Educación de Singapur. Entonces ya me había casado. Mis hijos, nacidos en hospitales ecuatoriales mohosos y malolientes con lagartos sacando la lengua sobre las repisas de las ventanas de estuco blanco, pasaron su infancia sonrosados y de mal humor por los sarpullidos.

¿Qué mujer iba a soportar una casa minúscula, sin aire acondicionado, junto a una alcantarilla abierta, en una pequeña calle de Singapur, y a un marido egoísta y obstinado que se pasaba el día en el piso de arriba escribiendo historias en su mesa de trabajo, con un ventilador chirriante? Bueno, ella no lo hizo. Mi esposa me dejó. Volví a casarme. La segunda vez fue algo muy impulsivo y duró menos de dos años; no tuvimos hijos. Perdí más de lo que tenía, pero contaba con algunas habilidades que me resultaban útiles. Al ser profesor, podía trabajar en cualquier parte, pero la enseñanza interfería en mi escritura. Abandoné la enseñanza, me instalé en Inglaterra y continué escribiendo.

Y debía de parecer que estaba escribiendo cuentos, reseñas, novelas, libros de viajes, artículos para revistas, ensayos, columnas de periódico, más

novelas, más cuentos, otro libro de viajes. Pero no se trataba de un montón de cosas heterogéneas y revueltas, sino de una especie de edificio de palabras. Lo que estaba haciendo era darle forma a un relato continuo de mi existencia, mis decepciones y obsesiones, mis lecturas, mis secretos; escribía a diario. Todos esos libros y artículos podrían colocarse uno tras otro y estarían conectados y formarían un largo relato de quién era yo, un relato que aportaría un cierto orden a mi vida y la haría pública en miles de páginas impresas que ocuparían tres estantes de una biblioteca y representarían mi intento de dar sentido a mi vida.

Pero nunca había escrito sobre mi familia. No habría podido soportarlo, ni siquiera si lo hubiese hecho de un modo indirecto. Entre esos millones de palabras no aparece una descripción de una gran familia con tantas rivalidades. Hasta que volví a casa para asistir a la muerte de papá, no me di cuenta de que lo que para mí era el gran tema no podía formularse en pretenciosos poemas ni en los imaginativos caprichos de una novela ni en la exploración de un paisaje, sino que tenía que ofrecer un relato sincero de la historia de mi familia, de mi larga experiencia de viajero en la tierra madre.

Durante todo el tiempo que había estado fuera, madre debió de pensar que yo era sobrio y estudioso. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero cuando publiqué mi primer libro, una novela, me escribió una carta muy severa en la que me decía cuánto le había disgustado. El aerograma azul celeste y delgadísimo (en la parte externa decía que no estaba permitido incluir nada más en el sobre) que me envió, con su estrecho borde de galones de color rojo y azul marino, y un sello de once centavos con el retrato de John F. Kennedy, estaba fechado el 6 de mayo de 1967.

Querido Jay:

He leído tu libro. ¡Tu editor me hizo un descuento de 25 centavos y después me cobró un dólar por mandármelo por correo, además del precio del libro! Me apena decirte que no me gustó nada tu libro. Me pareció sin pizca de gracia, sórdido, fácil y vulgar. ¿Pensaste en la gente que iba a leer esa creación tuya? ¿Querías que se lo pasase a Hubby o a Rose para que lo «disfruten»? Piensa sinceramente si podrías dejárselo a alguien como el señor Becker, el vecino, y decirle: «¡Esta es mi primera novela! ¡Espero que la disfrute!». Me pregunto si la disfrutaría. Jay, ¿por qué pierdes el tiempo con tonterías? Algún día tendrás que responder, aunque solo sea



ante tu conciencia, por esas palabras impresas, que permanecen para siempre. Podría decirte muchas más cosas, pero sé que ya te he hecho bastante daño. A mí también me hace daño escribirte esto. Este libro no hace ningún bien a nadie.

Te quiere,  
Tu madre

Conservo la carta desde hace cuarenta años como un talismán, un estímulo y un extraño ejemplo de severa sinceridad por parte de alguien que rara vez decía la verdad.

Al final, todo llegó a su fin y quedó resuelto. Pensé: Dos esposas, listo. Dos hijos, listo. Las viviendas y los objetos que había ido adquiriendo, un montón de muebles, todo lo que había acumulado desde que me fui de casa se había perdido, o casi todo. Había conservado muchos de mis libros; nadie se pelea por los libros. Los libros son una carga: se vuelven pesados, malolientes, polvorientos; se hinchan, las páginas engordan, la encuadernación se raja, las sobrecubiertas se rompen y acaban perdiéndose. Y sin embargo, necesitaba algo a lo que aferrarme. Me parecía muy extraño regresar a casa después de tantos años, pero ya había estado en todas partes y, repito, no tenía ningún otro sitio al que ir.

La salud de padre estaba muy deteriorada, de modo que yo tenía que andar por ahí y echar una mano, lo cual me permitió redescubrir a mis hermanos y hermanas. La muerte de padre creó, si no un lazo, al menos un sentimiento común a toda la familia. Y volver a estar cerca de madre me recordó por qué me había marchado hacía tantos años.

En esa época, justo después de la muerte de padre, cuando madre comenzó a comportarse como una reina, intimé bastante con Floyd. Floyd era muy sarcástico, lo había sido desde niño. Dos años mayor que yo, siempre había ocupado un lugar preponderante, y era al mismo tiempo más divertido y más serio que ningún otro miembro de la familia. Tenía todos los rasgos de las personas irónicas: era gracioso, severo y cruel. Era el más atormentado y el que gozaba de un talento natural. Cuando yo escribía bien, a veces tenía que admitir que estaba imitando inconscientemente la desenvoltura y la gracilidad de Floyd. Él era un escritor demasiado bueno como para no ser una mala

influencia. Quizá él fuera otra de las razones por las que me había ido y no había vuelto en tanto tiempo; necesitaba ser yo mismo.

Debido a su carácter satírico, Floyd resultaba muy útil, quizá imprescindible, para comprender las peculiaridades de la familia: se burlaba de la seriedad de Fred, de las reacciones desproporcionadas de Franny, de lo terca que era Rose, de la torpeza de Hubby, del amor por la ópera de Gilbert y de su propia irracionalidad; e imitaba abiertamente mi tendencia a convertirme en un personaje dramático.

Por desempeñar este rol, Floyd era una figura poderosa. Cuando éramos pequeños, sus temerarias parodias de madre me habían impresionado y entusiasmado: imitaba su voz, sus ambigüedades, sus berrinches, su leve tos, su característica manera de tragar (engullía como un ganso y parecía que los ojos se le iban a salir de sus órbitas). Tenía que admitir que verlo hacer esas cosas me había servido de liberación y había dado voz a algunas de mis emociones.

De niño, Floyd solía estar enfadado y triste. Se había sentido postergado; Fred le había hecho sombra toda la infancia; los juicios en su contra lo habían apesadumbrado.

—¿Cuánto tiempo pasó Charles Dickens trabajando en la fábrica de betún? —solía preguntar, y él mismo contestaba rápidamente—: No mucho.

Era una forma de explicar que, en la infancia —Dickens tenía doce años—, incluso un periodo de tiempo breve podía ser una especie de purgatorio, algo intolerable, y que, en algunas ocasiones, un leve atisbo de crítica podía dejar una herida imposible de curar.

En nuestra familia, no quedaba sin oírse ningún cuchicheo; el hecho de que fuera un cuchicheo lo convertía en una cosa seria e ineludible. Quizá alguien decía «moja la cama» con un volumen de voz que apenas superaba el de la respiración, pero lo oíamos todos. Floyd no podía hacer nada para evitarlo. Años más tarde, seguía hablando de ello con amargura y vergüenza. Primero, se despertaba por la mañana —tendría nueve o diez años— y se sentía horrorizado al darse cuenta de que estaba acostado sobre un charco de su propio pis helado, de que las sábanas estaban empapadas y de que no podría ocultar su error por mucho que mintiera, cosa que lo acongojaba especialmente; después, se sentía aterrorizado al prever el chillido de madre.

—¡Otra vez! ¡Lo has hecho otra vez!

Floyd se tapaba la cara y se ponía a llorar, asustado y humillado. «Mi cara

de ángel caído, sucia por las lágrimas», dice un verso de uno de sus poemas. Lo que recordaba en los poemas que escribió cuando le dieron la beca Guggenheim era que mojaba la cama y era un niño nervioso, y que madre le había gritado:

—Te voy a colgar esa funda impermeable del cuello si te vuelves a hacer pis. Vas a tener que ir al colegio con la funda del colchón colgada al cuello. ¡Y todo el mundo se va a enterar de lo que haces! —y concluyó diciendo—: ¡Yo soy la que tiene que lavar tus sábanas meadas!

Se lo contó a su hermano Louie, el sacerdote, que vino a casa a toda velocidad en su Studebaker morado y exigió que Floyd bajara y salieran a dar una vuelta.

—Ven aquí, hijito.

Cuando estuvieron solos, el tío Louie dejó su vaso de Moxie y le ordenó a Floyd que se pusiera firme. Lo cogió por la barbilla, se la levantó y le dijo:

—Si sigues así, nunca vas a poder casarte. ¿Sabes por qué? Porque le vas a mear encima a tu mujer. ¿Eso es lo que quieres?

Y, por supuesto, Floyd empezó a mojar la cama más que nunca. Estaba enfadado, nervioso, confuso. Se sentía tan desgraciado que probablemente tuviera el deseo secreto de mearle encima a todo el mundo.

—Espero que te sientas orgulloso —le dijo madre, acercándose a Floyd mientras él retrocedía unos pasos con sus delgadísimas piernas, con el pijama de franela mojado y pegado a los muslos y el pelo todo revuelto después de una noche de sueño—. Lo voy a hacer de verdad. Tú crees que lo digo en broma, pero no. Te voy a colgar la funda impermeable del cuello y vas a ir así al colegio.

Madre había sacado las sábanas de la cama y las había tirado al suelo. La funda impermeable era negra y estaba resbaladiza. Tenía un olor peculiar e inhumano, un penetrante olor a goma, un olor ácido que no se iba por mucho que la lavaran. Era más pequeña que las sábanas y tan pesada que emitía un ruido sordo cuando la sacudían.

Yo tenía una imagen muy clara de qué aspecto tendría alguien con eso colgado del cuello, porque Audie Jackson, el carbonero cojo que traía el hielo en verano, sujetando un gran trozo con unas tenazas, llevaba una cosa parecida, una especie de capa mugrienta, en la espalda. Ese aspecto tendría Floyd con la funda negra de goma: el de un niño pordiosero humillado y vestido como el tullido repartidor de hielo.

Incluso de adulto, la funda impermeable siguió siendo la imagen definitoria de Floyd; como los perros que lo esclavizaban en el caso de Fred; el melodioso violín y los tomos de Proust en francés en el de Gilbert; el chelo desafinado y el martillo de bola en el de Hubby; la ensalada de tres legumbres en el de Franny; el robot de cocina («A mamá le encanta el dulce de azúcar») en el de Rose; el halo perpetuo en el caso de Angela; y en el mío, la pequeña tienda de campaña que compré por diez dólares para poder acampar en el jardín trasero de la casa y dormir allí cuando hacía calor, imaginándome que estaba en África, rodeado de animales salvajes y junglas, como había leído en *Traedlos vivos*, de Frank Buck, y *Perdido en la isla de los caníbales o las aventuras de Jerry Ford entre los salvajes*, de Fenworth Moore[19].

Floyd se sentía muy desgraciado. No conseguía evitar hacerse pis en la cama ni una sola noche, y la cosa empeoró tanto que llegó a haber un resentimiento permanente contra él por crearle más trabajo a madre. Cada vez que Floyd hacía algo mal —algo que podía ser tan nimio como derramar un poco de leche en la encimera o mancharse las rodillas con barro u olvidarse de limpiar el suelo tras haber prometido que lo haría—, se le recordaba que mojaba la cama.

—Mira lo que has hecho —le decía padre, instigado por madre—. Y por si esto fuera poco, lo que recibe tu madre son más sábanas meadas.

A los once años, Floyd fue a un psiquiatra, el doctor Younger, que tenía su consulta en Harrison Avenue, en Boston.

—¿Qué es lo que hace? —le pregunté a Floyd.

—Pues habla.

—¿Sobre qué?

—Me dice que haga dibujos y eso.

Me imaginé que el doctor sería muy amable con él y lo animaría con sus dibujos para hacer que se sintiera mejor. Me dio envidia, porque la compasión de un desconocido me habría hecho feliz.

Pero el hecho de ir al psiquiatra no cambió nada, porque madre seguía tan enfurecida que puso el nombre de Floyd en la funda impermeable. Y continuó induciendo a papá a que regañara a Floyd, cosa que él hacía, pero ahora en voz muy baja:

—Vas a matar a tu madre.

No fue hasta bien entrada la adolescencia cuando Floyd se curó por

completo. Irse de casa lo ayudó considerablemente a mejorar, igual que me pasó a mí. Sin embargo, siempre que hablaba de su desgracia transmitía una sensación de dolor reciente, vivo, como si fuera una cosa del día anterior.

Como yo, se mantuvo siempre apartado. Cuando terminó el doctorado, cuando ganó un premio de poesía, la beca Guggenheim, la Fulbright, estuvo solo. Nunca invitó a madre ni a papá, ni a ninguno de nosotros, de hecho.

Como yo, se separó de sus mujeres. Como yo, en la madurez se encontró viviendo de nuevo en la tierra madre, donde estaba más familiarizado con el tiempo y las estaciones y las diversas rutinas. Como yo, se dijo que sería algo temporal, y aun así, los años pasaban y ambos seguíamos instalados a diez minutos de madre.

Recobramos nuestra amistad, Floyd y yo, de un modo áspero y cauteloso, como un par de erizos incompatibles. Los dos éramos lectores apasionados y mediocres aficionados al golf, y los dos volvíamos a estar solteros. Él continuaba siendo el sarcástico de la familia:

—¿Quién es este? —decía, y se retorció la cara y se ponía a imitar a Fred o a Hubby, a Franny o a Rose, a Hubby o a Gilbert, y también a mí, desafiante. Pero yo me sentía halagado, porque que se burlara de mí en mi cara era una prueba de afecto.

Franny y Rose iban a visitarlo con regularidad. Le llevaban regalos para desarmarlo y hacer que se sintiera en deuda con ellas: frutas, dulces, camisetas, tartas o galletas que hubieran cocinado. Cuando volvían de ver a madre, siempre pasaban a verlo y contarle con todo detalle lo mal que estaba ella.

—Está muy deteriorada, se olvida de todo. Se deja las cosas en la cocina con el fuego encendido.

Entonces hacían gestos con los ojos y se lamentaban de la carga que representaba madre, de lo débil y confusa que estaba, de que andaba a dos velas.

Otras veces pasaban por mi casa, aunque con menos frecuencia, y me contaban lo mismo.

—La verdad es que está cada vez peor —me dijo una vez Franny. Se había desplomado en el sillón, con un hombro más alto que el otro y el vestido intensamente brillante debido al sudor. Estaba sentada con las rodillas separadas y no paraba de jadear—. Además, se repite todo el tiempo.

—¿Qué es eso de que está a dos velas?

—Algunas semanas casi no le llega el dinero —dijo Franny entornando los ojos y poniendo acento de Cape Cod, lo cual daba la impresión de que la situación económica de madre era realmente desesperada.

En vez de mencionar que madre me había dicho que la había ayudado a hacer frente a los gastos de la boda de Jonty, me limité a comentar que era muy generoso, por parte de ella y de Rose, que fueran a verla y se aseguraran de que la mujer estuviera bien.

—Sé lo ocupado que estás —dijo Franny, aunque en realidad no era eso lo que yo había querido sugerir; veía a madre bastante a menudo, cada vez que me invitaba. Franny hizo una mueca—. ¿Sabes, Jay? La verdad es que mamá no tiene mucho dinero.

Era un comentario tan extraño como el de «algunas semanas casi no le llega el dinero», porque madre siempre había sido una gran ahorradora, por no decir que era una fanática de la austeridad: compraba el pan del día anterior y envases estropeados, y la mayoría de la ropa que regalaba era de segunda mano o tenía algún defecto de fábrica.

Floyd se reía de Franny por sus historias lúgubres, de Rose por su nerviosismo y su mal humor, de madre por su mojigatería, de Fred («Es un castrato»), de Hubby («Siempre tiene que explicártelo todo»), de Gilbert («Nuestro virtuoso de las cuerdas»). Y, por supuesto, de todos los demás: los niños, los nietos, sus amigos, sus mascotas, «¡el zoo humano!».

Madre estaba menguando.

—Se está convirtiendo en un bastoncillo para los oídos —dijo Floyd.

Me pareció que tenía razón: estaba cada vez más pálida y tenía el pelo muy fino y ralo, como si fuera una telaraña retorcida alrededor de una ramita, de modo que se le veía el cetrino cuero cabelludo. Tenía la piel casi transparente, los ojos acuosos y unas uñas amarillentas, semejantes a garras, en unas manos color ceniza que eran casi reptilianas, como si estuviera involucionando con la edad. Sin embargo, a pesar de su declive físico, seguía pareciendo fuerte, y la mayor parte del tiempo me hacía pensar en una emperatriz china.

—Le encanta la oblicuidad —dijo Floyd—. No te escucha cuando quieres contarle algo. Y cuando le preguntas cómo está, nunca responde de inmediato, sino que carraspea un poco, o se pone a toser —Floyd soltó un par de ladridos que remedaban la tos ensayada de un hipocondríaco. Después gimió, imitando la voz de madre—: Eh, bastante bien. No te preocupes. ¡Cof,

*cof!*

Pero a pesar de todo lo que se burlaba de ella, la complacía, le regalaba libros, la llevaba al supermercado el día que había descuento para la tercera edad y a tomar un helado al Big Scoop. Se sorprendía de que siguiera tan radiante y activa, siempre tejiendo o leyendo o soltando sus monólogos por teléfono.

—¡Todavía se va a pasear!

Casi siempre iba sola, arrastrando los pies con su calzado de enfermera con suela de caucho, y a veces llegaba hasta la playa, y cuando el viento le revolvía el pelo canoso y le levantaba la gran capa, y el frío endurecía la expresión de su rostro, Floyd la veía y decía: «¡Parece la reina Lear!».

—Tu padre detestaba caminar, pero a mí me encanta estar al aire libre; sienta muy bien —decía ella, dando a entender que papá fue un rollo hasta su muerte, y que probablemente la costumbre de quedarse en casa sentado, con un vaso de Wild Turkey en la mano y haciendo crucigramas, redujo su vida.

—Mira, mamá —solía decir Floyd cuando la iba a visitar los domingos—. Aquí llegan tus favoritas.

Por la ventana veían a Franny y Rose que avanzaban desde sus coches hacia la puerta de entrada, ocupando todo el camino, sonriendo de antemano.

Madre hacía gestos con los ojos, como diciendo: *¡Ay, Dios, otra vez esas dos!*

Cuando la veía sola, yo muchas veces pensaba en lo amable que podía ser; me cogía la mano y me decía que me sentara a su lado y me hablaba con una empatía que, pese a mi escepticismo, me llegaba al corazón.

—Quiero que encuentres a una buena mujer. Quiero que seas feliz. Eso me complacería mucho.

Lo que madre no sabía —lo que no sabía nadie— era que yo había encontrado a alguien. Era feliz. Pero, como siempre, no sabía qué contarle a madre de todo aquello, ni si debía contarle algo.

## 12. La revelación

Madre sabía que yo era feliz. Yo me daba cuenta por la manera en que ella parpadeaba, enfocándome tras cada parpadeo. Yo era un niño de cincuenta y seis años encogido en el escabel que tenía delante de su sillón de cuero. Ella percibía mi felicidad del mismo modo en que un depredador percibe una presa lisiada, cuando, agazapada al borde de un río seco, detecta que hay un ciervo que cojea con una de sus patas traseras al final de una manada y concentra su atención en ese animal y se prepara para lanzarse sobre él. Mi felicidad debía de resultar tan evidente como una pata dañada, o quizá la dedujera de mi conspicua sonrisa.

Estaba enamorado. Eso me proporcionaba aquel brillo, hacía que se suavizara mi natural desconfianza y me volvía vulnerable a cualquier ataque; una persona feliz es una víctima en potencia. La madre de otro hombre podría haberse sentido aliviada y contenta, pero mi madre se volvía tenebrosa y vigilante. Para ella, la felicidad siempre ocultaba algún secreto y toda sonrisa sugería sumisión. Yo era su presa.

—Se nota que estás bastante relajado —me dijo—. Es muy importante dormir bien.

Era algo que uno le diría a un niño pequeño mientras se paraba a escrutar sus rasgos en busca de alguna señal de vergüenza. «¿Por qué sonríes? —nos preguntaba, muy enfadada, cuando éramos pequeños, y con frecuencia añadía —: Borra esa sonrisa de la cara».

—Yo he sido un ave nocturna toda la vida —continuó. Su atención siempre se desviaba y volvía a sus costumbres; su ego era un imán muy poderoso—. Pero si duermo seis horas, me encuentro de maravilla —y entonces negaba con la cabeza—. ¿Qué estaba diciendo?

—Que parezco descansado.

—Y eso me hace muy feliz. Verte feliz.

Pero ella no parecía feliz, y como me observaba intensamente, yo me



prevenía para no decir nada más. Sin embargo, en otro nivel, de un modo maravilloso, en mis ensoñaciones, me sentía dichoso por el hecho de que hubiera una mujer en mi vida. Me encontraba en esa etapa inicial del deseo, convencidísimo, rejuvenecido y lleno de esperanza. Después de todo, tenía un futuro, no iba a estar solo, tenía a alguien a quien quería complacer, alguien que quería complacerme a mí. Y también estaban el lado físico romántico, las ganas de acariciarla, y el lado erótico caníbal, alguien a quien me pudiera comer. Se llamaba Melissa Gearhart. Se llamaba a sí misma Missy, y tenía una hija adolescente llamada Madison. Missy vivía en Cape Cod y trabajaba en un banco. También estaba divorciada. Me enamoré de ella.

—Una madre necesita ver a sus hijos felices —dijo madre.

Yo había ido a verla porque Gilbert me había llamado desde Washington para decirme:

—Mamá se siente sola. Nadie la llama. Nadie va a visitarla.

¿Era verdad? A mí me parecía que madre tenía mucha compañía: las llamadas de teléfono, las visitas de costumbre y la gente que siempre le preguntaba cómo estaba.

—Muchos le prometen ir, pero luego no va nadie —dijo Gilbert—. Yo iría, pero tengo un nombramiento. Me voy esta noche, vuelo a las ocho. Mamá me dijo: «¿Y si se estrella el avión? ¿Qué hago yo entonces?». Está muy deprimida.

Fred me había dicho algo parecido.

—Mamá está sola en esa casa tan grande. Yo no puedo ir; uno de los perros está con un cólico y el otro parece que tiene una hernia. Pobre mamá. Casi todos sus antiguos amigos se han muerto. Y ha perdido a su compañero.

La frase «ha perdido a su compañero» hacía que madre pareciera un animal afligido en el zoológico, que ha perdido el apetito y se dedica a espantarse las moscas con la cola. Pero en estos comentarios se oía con claridad la quejosa voz de madre; era justo el lenguaje que emplearía ella. Yo fui, de todos modos.

—Me he quedado sin energía —me dijo.

Uno de sus elogios habituales consistía en decir de alguien que tenía mucha energía. La energía era mejor que el dinero. La energía era algo muy positivo. Alguien con mucha energía siempre haría lo que le pidieras, diciendo: «¡Claro que sí! ¡Encantado de ayudarte!».

Le había llevado a madre una cesta de fruta, que todavía estaba a mis pies.

Era lo que se hacía para tratar de complacer a una persona que está encerrada en algún sitio o, como ocurría en el caso de madre, para tratar de apaciguarla. La cesta, envuelta en un montón de celofán atado con un lazo rojo, seguía dentro de la bolsa del supermercado. Yo estaba tan aturdido por mi autosuficiencia que no se la había dado.

—Sí, sí, estoy bastante bien —dije, recordando su comentario. ¿O había sido una pregunta?

Ella estaba sola y parecía pequeña, acorralada, incomunicada; sin duda, así era como quería que la viéramos. Pero su actuación no me resultó convincente, pues en el fondo de su mirada estaba ese brillo mínimo y penetrante que se ve en los ojos de los acosadores.

—Estaba pensando en lo mucho que te quería papá —dijo. Y añadió—: Tú eras su favorito.

Su comentario me hizo evocar la cara de papá y me emocionó el recuerdo. Sí, era generoso y me había consentido muchas cosas, me había tratado como un amigo, estaba orgulloso de mí y no me demandaba casi nada. Se podía estar a gusto a su lado porque era franco y de buen corazón. Tenía su vanidad, como la tenemos todos, pero no usaba artimañas para conseguir las cosas. Su vida interior era un misterio que el señor Bones había revelado brevemente, pero no había invitado a nadie a seguir examinándolo. Era un individuo extraño, como ese desconocido que te ayuda sin pedir nada a cambio.

—Veo que has traído algo.

Solo entonces me acordé de la cesta de fruta. Madre sonreía. Sabía que era un regalo, y probablemente había estado mirando la bolsa desde el momento en que yo había entrado en su casa.

—Un poco de fruta —dije, sacando la cesta de la bolsa de la compra.

—Me gusta mucho la fruta —dijo madre, que se había alterado ante la idea de que le hubiera llevado un regalo—. Como fruta fresca todas las mañanas —entonces sonrió apenas—. No me encuentro muy bien últimamente. Gilbert y Fred están preocupados por mí.

Tenía la cesta cogida por las asas y parecía estar admirando las manzanas, las naranjas, las ciruelas, las mandarinas, los racimos de uvas y de dátiles, las galletas rellenas de higo, las dos pequeñas cajas de pasas; todas estas cosas iban acomodadas en un nido de abundantes cintas de color verde oscuro.

Con aire de preocupación, madre dijo:

—Bueno, ¿y dónde está el pomelo?

Eso me abrió los ojos. Una gran cesta de fruta no era lo bastante buena, no lo suficiente. Faltaba el pomelo.

—Pensaba que habría un pomelo dentro —dije.

—Pues no —dijo madre—. Si hubiera uno, lo verías —hizo un agujero en el celofán y empezó a rasgarlo—. Me tomo uno todas las mañanas para desayunar.

La cesta estaba en su regazo, pero era tan grande que tenía que poner los brazos alrededor.

—Pero manzanas sí hay —dije.

—Deben de haberse equivocado —dijo ella, todavía pensando en el pomelo.

—Te traeré un par de pomelos la próxima vez.

—No, por favor, no te molestes. No quiero que andes preocupándote por tonterías así.

Pero no era una tontería si lo había mencionado en primer lugar. Ahora estaba tratando de mostrarse fuerte, aunque había un leve dolor en su tono de voz.

—Desde luego, me acordaré de traerte pomelos la próxima vez.

—Eres muy atento, Jay —dijo madre—. Papá siempre lo decía.

Le había fallado, el regalo de madre era imperfecto y yo era el favorito de otra persona, no de ella.

—¿Ibas a decirme algo? —me preguntó.

Pero ahora ya estaba en guardia. Su egoísmo me había servido de advertencia, era una especie de rescate, aunque ya no me sentía tan feliz como al entrar en la casa.

—No —le dije—. Nada.

Por supuesto, seguí yendo a visitar a madre, pero mantuve mi amor en secreto. Compartir con ella la noticia, o contárselo a cualquier otra persona, lo alteraría. Yo quería que no cambiara. Ser amado era como sufrir un encantamiento, como recibir una inyección de buena salud, de fuerza y optimismo, como una sensación irracional de estar bien y de amar a alguien desinteresadamente. Siempre estaba deseando ver a Missy. Me olvidé muy pronto del episodio de la cesta de frutas. Tenía ganas de ver a madre tan feliz

como estaba yo, pero ella siempre estaba demasiado ojo avizor para ser feliz.

Cada vez que iba a verla, madre notaba mi buen humor, mi bienestar, y lo interpretaba como una debilidad o una distracción. Y cuando no me veía como una oportunidad clara, un animal herido, me miraba de soslayo como si me considerara una posibilidad, del mismo modo en que un atracador ve a un borracho y se da cuenta de lo fácil que le resultaría robarle, pero se pregunta si vale la pena.

Todo esto es retrospectivo. En aquel momento, yo estaba sonriendo con una bolsa enorme llena de pomelos.

—No tendrías que haberte molestado —dijo madre, regodeándose ante las frutas que hacían crujir el papel de la bolsa al moverse.

Empezó a escrutarme, pues se dio cuenta de que yo estaba más inquieto que otras veces. Había quedado en recoger a Missy en el banco donde trabajaba para llevarla a un restaurante que había en Woods Hole, desde donde se veía toda la bahía de Buzzards. Entonces, cuando saliera la luna llena, haciendo que bajara la marea y mostrándonos el camino, caminaríamos sobre las piedras de la playa hasta llegar a un banco de arena que todavía estaría mojada. Allí, en esa zona plana y repleta de almejas, junto a la burbujeante espuma del mar, le ofrecería un anillo.

Un anillo de noviazgo; un concepto nuevo para mí. Esa expresión me hacía sonreír, pero había sido Missy la primera en usarla, diciendo aquellas palabras con una confianza de lo más solemne. Una de sus compañeras de trabajo, cuando su pareja le había dado un anillo de noviazgo, se había empezado a sentir más segura y feliz. Mi anillo serviría para mostrarle a Missy que yo iba en serio y al mismo tiempo me proporcionaría tiempo para valorar nuestra situación. El anillo no fijaba una fecha; era una promesa solemne y labrada en oro. Yo sabía que a Missy le gustaría, y esperaba que a Madison también.

Sin dejar de observarme, madre me preguntó:

—¿Tienes que ir a alguna parte?

La intuición de esa mujer era asombrosa. También exasperante. Cada vez que madre adivinaba lo que tenía en la cabeza, yo lo negaba automáticamente y con una voz aguda y poco convincente.

—¿Has quedado con alguien?

—No, con nadie —dije, y mi negativa fue tan apresurada, y en cierto modo tan absurda, que no pude evitar reírme.

La risa, muchas veces, es una reacción nerviosa que indica que uno no dice la verdad.

—Espero que sea una chica agradable —dijo madre.

Lo vio todo, lo supo antes de que yo dijera nada. Podía ocultarle un secreto si estaba a diez mil kilómetros, pero con ella tan cerca, ahí sentada con cara de concentración, yo no tenía nada que hacer. Además, estaba enamorado; le deseaba lo mejor al mundo; necesitaba que el mundo me deseara lo mejor.

—Muy agradable.

—¿Es alguien especial?

—Muy especial.

—¿Voy a poder conocerla alguna vez?

—Estoy seguro de que a ella le encantaría conocerte.

—¿Vive en Cape Cod?

Aquello iba más rápido de lo que mi mente podía procesar. Me pareció que me había abierto demasiado, que le había dicho más de lo que había pensado decirle; mucho más, ya que no había pensado decirle nada, y madre ya sabía que esa mujer era importante para mí, que estaba enamorado.

—Quiero verte feliz.

—Estoy feliz.

—A largo plazo, quiero decir.

Volví a sonreír. No me atreví a decir nada.

—Algo me dice que estás pensando en hacerle la pregunta.

Dudé, creyendo que estaba siendo eficazmente ambiguo, y le dije:

—Tengo algo para darle.

—¿Un anillo?

Todo esto sucedió en el espacio de un minuto o dos; las preguntas de madre venían una tras otra, y sus ojos penetrantes tenían en mí el efecto de unas tenazas.

—En realidad no es un anillo de los que tú estás pensando —dije.

—¿No?

Con el tono de voz más indiferente que pude fingir, añadí:

—Se llama anillo de noviazgo.

—¿Sí?

Estaba deseosa de saber más, con los ojos expectantes y los labios apretados, concentrada al máximo. Quería que yo le explicara, y lo hice, preguntándome, un tanto afligido, cómo había llegado al punto de pronunciar

las palabras *anillo de noviazgo* cuando mi intención inicial se limitaba a llevar una bolsa de pomelos. Pero madre se había quejado por su pérdida de energía —la energía era muy importante, la energía era la fuerza vital del mundo— y cuando estaba con alguien que no se encontraba bien, yo siempre me volvía complaciente y bajaba la guardia, porque los enfermos tienen la guardia baja.

Antes de saber lo que había ocurrido, le estaba explicando la diferencia entre un anillo de noviazgo y un anillo de compromiso.

—Debo de estar volviéndome vieja y boba —sonrió—, porque no veo la diferencia —se inclinó hacia delante, aplastando los pomelos que tenía sobre el regazo—. Creo que me vas a sorprender, y eso me hace muy feliz.

Cuando me iba, me acompañó hasta la puerta y me dio un beso. Al contacto con ella me pareció frágil, como si la cálida bolsa de su vestido contuviera un montón de ramitas muy finas.

—Me encuentro mejor —me dijo.

Curiosamente, yo también me encontraba mejor, como si al llegar la hubiera visto enferma y la hubiese curado. Sin embargo, en cuanto me metí en el coche y comencé a alejarme, sentí que había cometido un error terrible.

Después de dos noviazgos y dos matrimonios y dos hijos y dos divorcios, me resultaba difícil no pensar que un tercer intento era como volver a subirse a una cuerda floja de la que ya me había caído antes. No era la caída lo que me preocupaba; era que no hubiese red. Por lo que a mi corazón respectaba, lo importante era mantener el equilibrio. En lugar de mirar el extremo de la cuerda y tratar de alegrarme pensando en que pronto llegaría a la plataforma, no dejaba de mirar hacia abajo para asegurarme de que la red estuviera en su sitio. Pero la red siempre parecía estar muy abajo, demasiado lejos como para verla, de modo que solo al caer me daba cuenta de que no había red, y me estrellaba contra el suelo.

Eso era lo que representaba el anillo para mí: una escapatoria. Si para Missy era un sueño, una promesa de futuro, para mí era una prueba evidente de mi indecisión, una estrategia de aplazamiento. Por mucho que la quisiera, por muy feliz que estuviera, me sentía cansado. Ya había recorrido esa cuerda floja con anterioridad, poniendo un pie delante del otro, avanzando y retrocediendo como un idiota, y había sufrido una grave caída. Dos veces.

Quería a Missy, pero no deseaba volver a caerme. Y tras los primeros meses de pasión, de un deseo sin palabras que nos consumía en la oscuridad, Missy había empezado a hablar de todos esos temas de los que resulta necesario y sensato hablar, pero que van adormeciendo la pasión: el trabajo, el dinero, una casa, el futuro. Y la primera vez que vio mi casa hizo algo muy raro que, sin que yo fuera del todo consciente, me molestó. Fue andando rápidamente hasta el porche, y entonces se detuvo delante de un geranio que había en una maceta y empezó a arreglarlo, quitándole las hojas amarillas, arrancando las flores que se habían marchitado, ocupándose de mi planta, dándole unos golpecitos y haciendo que cayeran al suelo las partes mustias.

—Le he enseñado a Madison a hacer esto.

Madison no era un nombre que yo pudiera pronunciar fácilmente sin sonreír. Era un nombre que podía emplearse para ambos géneros, el nombre de una ciudad universitaria, el de una famosa avenida, el de un presidente norteamericano y el de una marca. No hacía pensar en una chica «muy crecida para su edad», con ropa de *hip hop*, hablando a gritos por el móvil o escribiendo mensajes sin parar. Madison acababa de cumplir catorce años y físicamente era una mujer, aunque emocionalmente siguiera siendo una niña. No leía nada. Era una chica rebelde, muy vaga para los estudios y que, como tantos otros chicos vagos para los estudios, tendía a mentir y a poner excusas: una artista de los pretextos. Pero ante su madre yo no decía que fuera «vaga» ni que se dedicara a «poner excusas», sino que la llamaba «indolente» y decía que contaba las cosas de un modo «un poco sesgado».

—No me puedo creer que seas tan crítico —me dijo Missy—. En vez de hablarle todo el tiempo, ¿por qué no la escuchas?

Había dos buenas razones para no querer escucharla. Una era que Madison solía estar taciturna y apenas decía nada, y la otra era que, cuando hablaba, entre gruñidos, empleando lo que los lingüistas llaman lenguaje de contacto o fático —«O sea, ¿qué pasa? O sea, a ver, ¿estás intentando fastidiarme?»—, no tenía nada que decir. Había berrinches, chicos, noches que no aparecía sin decir dónde estaba, cambios de humor, malas notas, pereza y arrogancia. Con frecuencia, tal vez con una grosería calculada, tal vez debido a pura indiferencia, bostezaba delante de mis narices.

—¿No ves que necesita una figura paterna? —preguntaba Missy.

—Lo que necesita es aprender que hay que taparse la boca cuando se bosteza.

Durante la cena, aparecieron los problemas de Madison, se inmiscuyeron las preocupaciones.

—Tengo miedo de que esté empezando a tomar drogas. O a experimentar con el sexo —dijo Missy.

—Pero eso es lo que estamos haciendo nosotros, ¿no?

—Te odio por decir eso.

Una nueva etapa en cualquier relación comienza cuando se pronuncian, aunque sea medio de broma o durante un ataque de nervios, las inolvidables palabras «te odio».

Tuve ganas de contarle que una vez, en África, me fui con una mujer a su casa. Había un niño durmiendo en su habitación. Ella lo despertó, él soltó un graznido y se marchó tambaleándose, y después no pude consumar. Pero no se lo dije. También se me ocurrió decirle que hay tres estados en los que la edad de consentimiento sexual era catorce años. Pero me pareció una falta de tacto comentarle a la madre de una adolescente: «En Carolina del Sur podría estar casada, o dedicarse a follar todas las noches».

—Nunca ha tenido un verdadero padre. Buzz Gearhart me dejó cuando ella tenía seis años.

—¿Nunca has pensado que a veces puede ser mejor no tener padre que tener un mal padre? ¿O una mala madre?

No estuvo de acuerdo. Cuando se ponía a hablar de dinero y trabajo y el futuro y su hija, Missy perdía todo su atractivo, se estresaba, se volvía hosca y exigente, se ponía nerviosa y necesitaba soluciones y respuestas inmediatas. En fin, estaba preocupada, como es natural, porque quería a su hija, a quien yo apenas conocía.

Pero aquella noche, en Woods Hole, después de la cena, que fue como una hora después de ver a madre, me di cuenta de hasta qué punto madre había ido moldeando mis miedos y me había convertido en una persona que vivía poniendo excusas; me di cuenta de que, en ciertos estados de ánimo, todas las mujeres me parecían iguales que madre, lo cual me daba ganas de salir corriendo. Lo que madre era todo el tiempo lo eran mis amigas de vez en cuando, y eso me aterrorizaba.

—Pobrecita, está sola, no tiene hermanos —dijo Missy, hablando sobre lo duro que resulta ser hijo único.

—Menuda estupidez —dije yo, casi sin darme cuenta, pero sorprendido ante mi propia rabia—. Yo me crié en una familia de siete hijos. ¿Tienes idea



de lo horrible que es eso? Nos odiábamos. Nos peleábamos constantemente por nada, porque no teníamos nada. Yo siempre estaba equivocado, siempre me tomaban el pelo, y nunca recibía una recompensa o un elogio. Nunca pude complacer a mi madre, y eso que lo intentaba. Trabajaba. Recogía las hojas secas con el rastrillo. Si le pides a Madison que recoja las hojas secas, dice: «Ay, mamá», y no lo hace. Manipula como manipulan los niños, infundiéndote miedo. A mí me habrían dado una bofetada si me hubiera comportado así, pero nunca me atreví a hacerlo. Nunca dije: «Ay, mamá». Obedecía. Era un alumno mediocre porque mi madre me exigió que me pusiera a trabajar. Mi madre tenía favoritos y yo no era uno de ellos. Se esperaba de mí que compartiera todo lo que tenía, que negociara, que pidiera permiso para todo. Éramos como un montón de cangrejos metidos en un cubo. Éramos demasiados. ¿Y tú estás ahí diciéndome que es muy duro ser hijo único? ¿Estás de broma? ¡Ser hijo único es una maravilla!

—Estás gritando —dijo Missy. Había dejado de escucharme. Estaba avergonzada, más atenta a la gente que había en las demás mesas que a mí.

—Estoy hablando con vehemencia.

El enfado y la indignación me hacían resoplar. Tuve la sensación de que en aquel estallido, tratando de hablar de su hija, lo que había hecho era contarle por primera vez quién era yo y de dónde venía.

—Nunca me habías gritado.

—Solo estoy pasando al siguiente nivel, como dice Madison.

Me sonrió con compasión, y con un deje triunfal, me dijo:

—Las cosas que se dicen no se pueden borrar.

Así que todo lo que yo había dicho estaba registrado de manera indeleble en el libro de contabilidad, era imborrable, nunca podría olvidarse.

—No es ninguna estupidez —continuó—. Madison lo está pasando mal. No es que sea manipuladora, es que tiene problemas. Su padre bebía mucho. Me temo que pueda haber heredado su personalidad adictiva. Está dando muestras de ello. Además, tiene un conflicto con su imagen corporal.

Mientras Missy hablaba, yo no la escuchaba, sino que me estaba preguntando si alguien alguna vez había pensado en mí de ese modo, si alguien alguna vez se había preocupado de que yo pudiera no sentirme feliz o tener un conflicto con mi imagen corporal, si alguien alguna vez se había tomado la molestia de hacer algo para complacerme. A los catorce años yo ya era un salvaje curtido: estaba convencido de que no le importaba a nadie y de

que tenía que mantener muchas cosas en secreto y buscarme la vida como un cazador-recolector.

—Estoy de acuerdo con todo lo que has dicho —le dije, porque no la había escuchado. Esa respuesta resultó suficiente. Missy se emocionó. Otra lección que había aprendido de niño: si te sometes, todo va bien.

—Todavía es pronto —dijo Missy.

—Eso es parte del plan —había ido a recogerla al trabajo y habíamos ido al restaurante a toda prisa, mientras bajaba la marea. Pedí la cuenta—. Quiero enseñarte una cosa.

Salimos y paseamos por el puerto y por un sendero que había junto a la costa, desde donde se bajaba a la playa por unas escaleras. La luna acababa de salir sobre Vineyard Sound e iluminaba el mar y la orilla, las algas enredadas que marcaban hasta dónde había llegado la marea, las conchas rotas, los mejillones barbudos y brillantes que se arracimaban sobre las rocas erosionadas.

—¿Dónde me llevas? —preguntó, pero no estaba protestando; estaba contenta de que yo tomara la iniciativa.

—Allí.

Señalé el final del muelle, cuyos pilares estaban tachonados de percebes y bígaros que parecían joyas a la azulada luz de la luna.

—No veo nada.

Cuando atravesamos la zona plana y repleta de almejas, con los zapatos llenos de arena y barro, me saqué la cajita del bolsillo, extraje el anillo de la cajita y se lo puse en el dedo.

Las mujeres que había conocido antes creían firmemente en los símbolos, eran devotas de la religión del corazón. Yo confiaba en esas experiencias previas, en que los símbolos eran algo real para ellas, en que el símbolo de una promesa o de una emoción equivalía a la promesa o la emoción en sí misma.

Missy empezó a llorar. Justo cuando pensé que estaba parando, se lanzó a llorar más, y tuve que abrazarla. Sus primeras lágrimas me habían hecho sentir feliz, pero ahora sus sollozos eran cada vez más fuertes y comencé a preocuparme.

No le dije que se trataba de un anillo de noviazgo. Ella ya sabía lo que era. Sabía lo que significaba, pero estaba tan conmovida que sospeché que a lo mejor se había confundido.

—Por lo que respecta a Madison, y también a mi ámbito laboral, esto debe quedar en secreto —dijo—. Por ahora, quiero decir. Más adelante, quiero que todo el mundo sepa lo feliz que me has hecho. Pero, por el momento, necesito que me sigas queriendo y que tengas muchísima paciencia con Maddy.

Mi única reacción fue asentir con la cabeza. Oculté lo que sentía. Aunque a mí me pareciera evidente que estaba ocultando algo, en esa clase de situaciones siempre se puede engañar a la gente sincera, que no tiene ningún motivo para la desconfianza. Pero como habían hecho todos los miembros de mi familia, al primer indicio de que le podían estar mintiendo, Missy se puso alerta y empezó a sospechar que mis insípidas promesas podían ser una maniobra evasiva.

—¿Se lo has contado a alguien? —preguntó con rapidez, tras interpretar la sonrisa vacía que le estaba dedicando.

—Solo a mi madre.

Entonces me abrazó. Ella era madre y comprendía: una madre era una amiga.

## 13. Visitas

Cuando todavía era un niño pequeño y llevaba la cara manchada de tiza y me mordía las uñas y tenía las rodillas siempre embarradas, al meterme en la tienda de campaña que montaba en el jardín trasero para dormir en verano, suspirando por saber qué sería de mí, y con el temor de que todo saldría mal, solía pensar: Esta familia me va a engullir.

Para salvarme, tenía la costumbre de desplazarme mentalmente un par de pasos hacia la derecha para situarme fuera del campo de fuerzas creado por el poder de madre y el clamor de mis hermanos y hermanas, en un extremo de la jungla de la tierra madre. Por lo general, lograba verlos con mayor claridad cuando me encontraba a una distancia de seguridad. También me veía a mí mismo como un fingidor, un soñador, un fabulador: era como si representara un papel —que yo mismo había concebido— en una obra de teatro *amateur*, donde se me veía desprotegido y ligeramente ridículo, actuando sin pensar, guiado solo por mis ensoñaciones.

Así fue como pude comprobar lo que había hecho en las borrosas semanas de octubre que siguieron a aquella ceremonia torpemente improvisada en la que le había entregado el anillo a Missy en la costa embarrada e iluminada por la luna de la bahía de Buzzards. Empecé a respirar más tranquilo. Su confianza me había hecho sentir más libre. Estaba más contento, más relajado; ella me transmitía paz.

—Dice Madison que le gusta tu camisa azul —me contó un día.

Aquel comentario cordial tuvo un efecto estimulante en mí. Parecía que teníamos un futuro, de modo que disponíamos de más tiempo. Yo también tenía más momentos de soledad, lo cual era bueno, pues antes de que le diera el anillo, Missy había ejercido una presión sutil pero firme; era como si me estuvieran atornillando el alma. Ahora había menos prisa. Ella, por el momento, tenía lo que deseaba.

Esto me venía muy bien, pues desde hacía un tiempo me veía interrumpido

de una manera azarosa por distintos miembros de la familia que pasaban a verme y por las visitas que me hacían Franny y Rose casi todas las semanas, generalmente los domingos, cuando volvían hacia sus casas tras ir a ver a madre.

Aquellas visitas, que a mí me parecían un tanto hostiles —la hostilidad siempre era un componente de sus atenciones y regalos—, eran como esas cuñas radiofónicas que se emplean para identificar las emisoras y cuya única función es decir: *Aquí estamos, ¿nos recuerdas?* Gilbert no venía a verme, pero llamaba por teléfono, casi siempre desde el aeropuerto cuando el vuelo que tenía que tomar se retrasaba. Se iba a Londres, o lo habían convocado inesperadamente en Venezuela. ¿Quería que me trajera algo? Y volvía a llamar, en cuanto regresaba, y me decía que tenía la blusa estampada Liberty o el paquete de café que yo le había pedido (aunque sin hablarle de Missy). Y Hubby también se dejaba caer de vez en cuando para preguntarme si necesitaba que me echara una mano con algún arreglo. Sí, había un grifo que goteaba; o una puerta corredera que se había salido de su riel; o un interruptor que hacía falta cambiar; o un sofá muy pesado que quería mover. Nunca había visto a Hubby tan alegre, tan locuaz, tan servicial ni interesado por mis cosas.

—Bueno, ¿qué estabas diciendo?

—Nada, tú me estabas contando lo de tu aniversario de boda.

Eso fue el día del interruptor que había empezado a dar problemas. El aire salino había corroído los puntos metálicos, según Hubby. Solía perder el hilo de la conversación cuando estaba concentrado en alguna tarea. Al coger una herramienta especial, como los alicates del tamaño adecuado, se centraba en lo que estaba haciendo y dejaba de escuchar.

—Es verdad.

Arrancó el interruptor como un dentista saca una muela y lo sujetó entre las quijadas de los alicates, examinando, con mirada de dentista, los contactos que se habían puesto verdes.

—Casarme con Moneen es una de las cosas más inteligentes que he hecho en mi vida. Eso y aislar el sótano de mi casa contra el aire del mar, algo que tú no has hecho. Mira el cardenillo —dijo, y tiró el interruptor en su caja de herramientas.

—Me parece que olvidas que esta casa no es mía —le dije, recordando mi penuria y el hecho de que ni siquiera en la madurez me sentía muy ligado a

Cape Cod.

—A lo mejor deberías pensar en mudarte.

Fred vino con sus tres hijos y sus dos perros, y todos ellos, niños y canes, empezaron a comportarse como perros raposeros, persiguiéndose unos a otros y correteando alrededor de los árboles y por todo el jardín como si le estuvieran siguiendo la pista a un zorro.

—Me encanta este sitio —dijo Fred—. Es estupendo que haya una verja alrededor de la casa.

—Es alquilado.

—Deberías comprarlo. Tendrías que meterte de nuevo en la espiral de la vivienda. Hazle una oferta al propietario, al contado. Es un sitio estupendo para los niños. Se está de maravilla. Mira qué árboles.

Con los pies apoyados en la barandilla del porche, mientras escuchábamos los gritos de los niños y los ladridos de los perros —los estridentes ruidos de la alegría—, me contó la suerte que yo había tenido en la vida: dos hijos maravillosos, unos cuantos libros publicados, montones de viajes por el extranjero. La gente le preguntaba todo el tiempo, según me dijo, si era pariente mío.

—Yo he desperdiciado mi vida —dijo él, con una franqueza tan temeraria que sonó como si se estuviera jactando de ello.

Tuve la sensación de que me estaba tomando el pelo, o quizá tratando con condescendencia, y miré atentamente a Fred. Parecía que hablaba en serio. Sin embargo, mi vida, desde mi punto de vista, era un fracaso. Si en aquel momento me hubiera dado un síncope ahí en el porche, me habrían hecho un panegírico lleno de compasión, diciendo que todavía no había desarrollado todo mi potencial, que podría haber hecho muchas más cosas de haber vivido más. «Estaba en la flor de la vida», habría dicho mi familia.

—Tú eres el único que ha llegado a ser alguien —dijo Fred—. Has tenido el valor de asumir riesgos. Ojalá yo fuera tan optimista como tú.

—Fue todo resultado de la desesperación. Nunca he sentido que estuviera tomando una decisión. Siempre me ha parecido que solo podía hacer una cosa, que solo había un camino, que no había alternativas. Y con mucha frecuencia, casi siempre, me he equivocado.

—Tú ni siquiera ves tus puntos fuertes —dijo Fred—. A lo mejor esa es tu principal cualidad. Floyd es irracional, Hubby es un quejica, Gilbert es un misterio, ¿por qué se ha ido a Kuwait esta semana? Franny y Rose son un par

de albóndigas. Pero tú, en cambio, siempre tienes muy claro lo que estás haciendo.

Los elogios siempre me han hecho desconfiar, ponerme en guardia, pues muchas veces es evidente que se emplean como estrategia. Floyd lo llamaba «oblicuidad». Yo observaba atentamente a Fred, tratando de detectar trazas de la influencia de madre.

La gente suele buscar una especie de apuntalamiento cuando miente. Madre, si estaba contando alguna mentirijilla, solía adoptar una postura característica y abrir mucho los ojos. Se inclinaba y movía la cabeza de una manera peculiar. Hacía gestos de mentirosa con las manos y movimientos de mentirosa con los dedos; al apretarse la mejilla o tocarse un ojo o dar unos golpecitos con los pies, lo hacía de un modo enfático, percusivo, como si estuviera exigiendo que la creyeras.

Fred no hacía nada de esto. Estaba mirándome fijamente, sin pestañear, diciendo la pura verdad. ¿O no?

—Tendría que haber seguido mi intuición y haberme dedicado a la pintura —dijo—. Tenía algo de talento, ¿te acuerdas? Podría haber ido por el camino de Edward Hopper: faros, dunas, porches como este. Tú te tiraste a la piscina y la verdad —dijo de forma enfática, cogiéndome por los hombros— es que todavía tienes mucho que ofrecer.

Cuando se puso a silbar para llamar a sus niños y a sus perros, me pregunté por qué me habría dicho todo eso.

Y todos los domingos, cuando Franny y Rose pasaban a verme, Franny atravesaba el jardín caminando con dificultad por el sendero con una bolsa de la compra en cada mano, escoltada por Rose y los gemelos de Rose, y todos traían regalos. Eran como tributos u ofrendas: se trataba de obsequios que a veces podían ser baratos y hostiles y otras veces eran cosas que yo me imaginaba que les habría gustado quedarse.

—¿Te acuerdas? ¡Mira estas galletitas Bull's Eye, estos Tootsie Rolls, estas gominolas!

Franny me trajo golosinas.

—¡Chuches variadas! —un montón de chocolatinas, Almond Roca, bombones envueltos en un papelito como si fueran caramelos, dulces de mantequilla de cacahuete, botes de palomitas recubiertas de caramelo marca Moose Munch—. ¿Te gustan?

Franny, como buena maestra de jardín de infancia, tenía la costumbre —o

quizá sería mejor decir que era una técnica— de tratar a todo el mundo como si fuera un niño. Me ayudó a comer, desenvolviendo los Tootsie Rolls mientras hablaba. Y aunque Rose rara vez traía regalos, también se comió unos cuantos Tootsie Rolls y también estuvo hablando.

—¿No te parece que mis gemelos están muy mayores?

Estaban muy mayores, pero nunca hablaban. Siempre los mencionaba en tercera persona, como si no estuvieran ahí delante.

Franny y Rose iban de un sitio a otro como campesinas, siempre con sus hijos menores, siempre con comida auestas, siempre sin sus maridos. Los hombres se mantenían al margen, ejerciendo su poder silencioso; eran figuras de autoridad. Marvin, el marido de Franny, y Walter, el de Rose, eran hombres enigmáticos que parecían convencidos de que uno debía adivinar lo que tenían en la cabeza. Yo sabía que siempre estaban pensando en el baloncesto, en ordenadores y en cerveza, aunque por medio de sus ausencias y sus silencios ellos daban a entender que se trataba de cosas más importantes. Yo comprendía a las agobiadas esposas y a los maridos distantes: era el modelo de familia de las sociedades agrarias de la Uganda rural que había llegado a conocer muy bien. Había visto esa clase de cosas junto a la frontera con el Congo, en el remoto distrito de Bundibugyo.

Incluso en su adolescencia, los gemelos de Rose la acompañaban a la casa de la abuela, y a la mía cuando iban de regreso. Se quedaban allí en silencio salvo que los pincharan, con la cabeza hundida entre los minúsculos hombros, las rodillas juntas, la boca cerrada y la mirada vidriosa.

—Tienen una relación buenísima con mamá —dijo Rose—. Benno, muéstrale al tío Jay tu boletín de calificaciones.

—Eztá en el coche.

Benno parecía tener mucho menos de catorce años debido a su ceceo. O quizá yo lo estuviera comparando con Madison Gearhart, que podría haberlo subyugado fácilmente, amenazándolo a gritos. Madison también podría haber subyugado a su hermana gemela, Bingo, que también era pequeña para su edad. Era aniñada, delgada, tímida, pero muy buena con la abuela. Bing y Ben.

—Mamá no podía creérselo. Todo sobresalientes. Bing, tócale algo al tío Jay con la armónica.

Bingo soltó un gemido de terror y pareció protegerse encogiéndose y acurrucándose en el sillón.



—¿No son adorables? —dijo Franny.

Sonreí, pensando que yo también tenía dos hijos y que nunca me preguntaban por ellos. Por orgullo, no contesté nada. Si hubiera mencionado a mis hijos, Franny y Rose habrían empezado a hablarme con condescendencia.

—Pero mamá comenzó a hablar de su boletín de calificaciones —dijo Rose—. ¡De 1921! «Tenía una letra preciosa. Y sabía tocar el piano». Mamá es muy competitiva.

—No echa de menos a papá en absoluto —dijo Franny—. Es impresionante. Quizá sea porque la hemos apoyado mucho. Es como una niña pequeña.

Reírse ligeramente de madre, como estaban haciendo aquel día, era otra de las costumbres de esas visitas, ya que siempre venían de una larga comida de domingo en su casa y necesitaban airear sus sentimientos.

Franny solía asentir con la cabeza cuando me contaba algo con lo que quería que yo estuviera de acuerdo; también lo hacía cuando se hablaba de algo triste. Ahora estaba asintiendo.

—Jonty y Loris están intentando tener un hijo —dijo. Su atolondrada mente la hacía decir incongruencias, que, por ser una persona con tantas carencias, siempre tenían algo que ver con ella. Traté de no sonreír por lo de «intentando tener un hijo»—. Llevan como tres meses intentándolo.

Y entonces sí que sonreí ante la idea de dos personas desnudas en una cama, moviéndose y jadeando en la posición procreativa, «intentando».

—Creo que es estupendo —dije, sin embargo. Me puse muy serio, empalagosamente solemne, porque quería disimular la sonrisa.

Franny me miró, como si estuviera comparando la levedad de mi sonrisa con la fuerza de mi afirmación, evaluando el grado de contradicción. ¿Me estaba burlando de ella? Eso era lo que parecía pensar. Todos éramos muy sensibles a los vilipendios. Nuestra historia familiar consistía en una serie de desaires y pullas. Yo estaba seguro de que Franny sabía que sonreía por lo de «intentando tener un hijo», pero no tenía la suficiente sutileza mental como para darse cuenta de que era la frase lo que a mí me resultaba divertido, no la idea.

En lugar de seguir hablando, asintió y cogió un bombón y se puso a quitarle el papel encerado en que estaba envuelto. Sus dedos rasguñaron los ajustados pliegues y dobleces con impaciencia, y después hizo una bola con

el envoltorio mientras masticaba el bombón con uno de los lados de la boca. Me miró con su cara grande y sus ojos saltones. Me di cuenta, por la forma en que mascaba, de que tenía algo en la cabeza.

—Qué bonita fue su boda —dijo Rose—. Benno fue el portador de los anillos, ¿verdad, Ben?

Advertí que la conversación estaba tomando un rumbo peligroso. Yo me había negado a asistir a la boda, había puesto una excusa muy pobre, y Franny me había denunciado ante el resto de la familia.

—Pero fue terriblemente cara —dijo, haciendo sonar el chocolate entre los labios y pasándose la lengua sobre los dientes—. Solo el esmoquin costó una fortuna. Y luego hubo que pagar el ensayo de la boda, la recepción, la limusina, el fotógrafo, los arreglos florales, los centros de mesa. Las propinas. El padre Furty de repente se me quedó mirando, como preguntándome dónde estaba su propina. Le dimos cien dólares. Pensaba que los sacerdotes hacían voto de pobreza.

No era nada fácil saber si Franny estaba alardeando o quejándose. Parecía que las dos cosas; aquello era una jactancia quejosa, un lamento petulante. «Este coche chupa una cantidad de gasolina increíble», había dicho Gilbert de su estiloso todoterreno. «No os podéis imaginar lo que cuesta calentar esta casa —había dicho Fred de su mansión de Osterville y, por supuesto, aunque ganaba una fortuna como abogado—: He desperdiciado mi vida».

Al oír esa clase de comentarios, empatizabas con quien lo hubiera hecho hasta que te dabas cuenta de que quería parecer superior por tener algo que tú no tenías.

Sin embargo, cuando vi a Franny asintiendo delante de mí por lo de la boda, me acordé de que yo no había ido, de que había pasado la tarde con Floyd, en un bar, burlándonos de Jonty, rememorando su comportamiento de mocoso malcriado y riéndonos de la farsa que suponía celebrar una gran boda y una misa solemne. Según madre, Franny había dicho: «Nunca los perdonaré». Y madre, al contárnoslo, había sonreído antes de añadir: «Creo que Franny estaba un poco molesta».

Desde luego, Franny no me había perdonado, porque éramos una familia en la que nunca se perdonaba nada. Y en general exagerábamos cualquier fallo, de modo que la mínima herida se volvía imposible de disculpar.

Y aun así, ahí estaba, asintiendo con la cabeza, sonriendo, hablando de Jonty: una madre orgullosa que recordaba la gloriosa boda de su hijo sin el

menor asomo de resentimiento hacia sus poco colaboradores hermanos.

—Parecía una estrella de cine, con ese esmoquin. «Se parece a mi hermano Louie», dijo mamá.

Franny cuchicheaba como si quisiera dar a entender que me había escogido para contarme un secreto que nadie más conocía.

—Jonty es un hombre. Un hombre casado. Algún día será padre. Tendrá una familia. Mamá no podía creérselo, y no pudo evitar echarse a llorar.

Yo casi nunca había visto llorar a madre salvo cuando alguien la desafiaba o cuando no lograba salirse con la suya. No era muy probable que una visión ineludible o resplandeciente de la potencial paternidad de Jonty fuera motivo de llanto; en principio, eso solo podía hacer que sintiera envidia o que se enfadara. Ella lloraba como lloran los niños, por frustración o por rencor.

A mi manera, también yo era incapaz de perdonar, y recordé la sátira de madre, y cómo había soltado, con una sonrisa muy calculada, que había ayudado a pagar la boda, para echarle una mano a Franny, que nunca lo había reconocido.

—Lo que descubrimos, por las malas —dijo Franny, cuya pedantería resultaba ridícula—, es que hay que organizarse con tiempo.

Toda esa conversación sobre la boda de Jonty me estaba irritando bastante, pero cuando me acordé de que me habían traído chocolate y fruta y una caja de galletas, me avergoncé de mí mismo y me quedé en silencio.

—Coge la armónica, Bing —dijo Rose.

Mientras Bingo sufría un ataque de vergüenza y soltaba una especie de maullido, Franny dijo:

—Tocó «The hills are alive with the sound of music» para mamá.

—Mamá se identificaba con Maria von Trapp —dije yo, recordando que una vez madre había dicho que quería ir al chalé que la familia Trapp tenía en Vermont y presentarse ante aquella otra matriarca, para ver si la austríaca estaba a su altura.

—Tendrías que verla con la armónica. Es increíble —dijo Franny. No me había oído, lo cual era otro rasgo familiar: avasallar a los demás con una historia—. Y Benno hizo malabarismos, ¿verdad, Ben? Mamá estaba alucinada.

No me costó mucho imaginarme a los niños en plena actuación, mientras Franny y Rose gritaban: «Vamos, haz malabarismos para la abuela». «¡Tócale una canción a la abuela! ¡Vamos! ¡Vamos!».

Y yo sabía que si algún otro hermano le preguntara a madre en el momento adecuado, ella se pondría a reírse a carcajadas como una bruja y a decir lo horrible que había sido. *Pero ¿qué podía hacer yo? No podía hacer que pararan. Pobrecito, quería que lo viera haciendo malabarismos.*

—Siempre hemos sido una familia muy musical —dije yo.

—¡Salvo Hubby con su chelo! —dijo Franny, echándose a reír. «My Grandfather's Clock». Eso sí que fue duro.

—Hubby es un gilipollas —dijo Rose.

Tuve ganas de decirle que Hubby me había ayudado a mover el sofá en el que estaba sentada.

—Fred era bastante bueno con el trombón —dijo Franny.

—Sí, tocaba de muerte.

—Ojalá hubiera tocado de muerte de verdad —dije yo.

Pero Rose estaba vociferando y no escuchó mi chiste.

—¡Y Floyd! Mamá solía decir que había pasado una vergüenza terrible cuando Floyd intentó tocar la trompeta. Empezó a soplar, se puso todo rojo y no consiguió que sonara nada.

—Tú siempre has tenido una voz bonita, Jay. Tendrías que haber seguido cantando. Podrías haber llegado lejos.

Se fueron poco más tarde. Fue una visita típica: hubo pavoneos, quejas, burlas, elogios, chismorreos, una bolsa llena de golosinas y unas frutas magulladas. En nuestra familia se sospechaba que hacer un regalo era una forma cínica de deshacerse de algo, que los regalos siempre eran cosas que no quería quien los hacía.

Regresaron a la semana siguiente, con más golosinas. Estuvieron lamentándose por la penuria de madre.

—No quería que nos marcháramos. Creo que echa de menos a papá —dijo Franny, asintiendo con la cabeza—. Todos necesitamos tener a alguien que nos acompañe.

—Tiene un aspecto muy frágil —dijo Rose.

La siguiente vez que fui a visitar a madre, me pareció robusta, feroz, despierta como un zorro.

—Me mantengo activa. Tejo. Sigo las noticias. Ese pobre niño que se quedó atrapado en un pozo de..., ¿dónde fue, en Texas? —dijo madre—. Salgo a caminar. Estoy leyendo una biografía de Madame Curie. Era polaca. Descubrió el radio. Brilla en la oscuridad. Murió por su culpa. De cáncer. Es

irónico, ¿no? Si no lo hubiera descubierto, habría vivido un montón de tiempo. Cuido mi alimentación. Tienes buen aspecto. Seguro que tu amiga se está ocupando muy bien de ti.

## 14. Cuchicheos

Las visitas de Floyd eran inesperadas y repentinas, como si cayera desde el cielo en picado, aterrizara mientras hablaba a toda velocidad y me llevara consigo a las alturas por medio de su conversación. Pero eran las apariciones abruptas de un amigo: no empleaba artimañas ni estratagemas e iba directo al grano; por lo general, estaba nervioso o preocupado por algo, o necesitaba alguna cosa, y su petición siempre resultaba un tanto descortés debido a la impaciencia característica de la familia. ¿Tenía una llave de tubo de veintiséis milímetros con un mango de trinquete? ¿Podía prestarle un ejemplar de *Religio Medici*? ¿Cuál era el número de teléfono de Saul Bellow? ¿Estaba embarazada Loris? ¿Me había fijado en la evidente anomalía de que Willie Nelson, para parecer más macho, se había hecho unas trenzas en el pelo?

Floyd no me elogiaba, sino todo lo contrario: me insultaba, pero yo me tomaba sus improperios como una forma de camaradería, así que me alegraban el ánimo. Se burlaba de mí en mi cara, pero en nuestra familia esas burlas eran amistosas, incluso halagadoras, a veces punzantes, aunque curiosamente nos hacían sentir más unidos gracias a su cruel sinceridad y su desafiante franqueza. *Estás engordando. Esa camisa es espantosa. Tu coche está hecho un asco.* Las alabanzas y los regalos eran difíciles de leer y aún más difíciles de interpretar, pero la burla era una forma de discurso basada en la igualdad. Burlarse de alguien inferior era sencillamente cruel, y en nuestra familia equivalía a un sadismo recreativo. Pero burlarse de un igual era una manera de pelearse; requería valor y, al final —si se graduaba de modo que no acabara por completo con la amistad— hacía que la amistad se fortaleciera. En la familia, burlarse de alguien en su cara era una señal inequívoca de amistad.

—¡Odio cuando la gente hace esto! —dijo Floyd, al ver una invitación impresa sobre la repisa de la chimenea. La cogió e hizo como si escupiera sobre ella—. ¿Es una costumbre inglesa, esto de alardear de vida social? ¡Qué

cosa tan afectada! —se pasó la mano por el pelo, cada vez más ralo, y leyó la tarjeta—: «Se llevará a cabo una actuación». ¡Qué cosa tan pomposa! —después me la pasó—: ¡No la pongas ahí arriba!

Era la invitación a la actuación de baile de Madison. Missy había apuntado a su hija a unas clases de baile. La idea original era que hiciera claqué, pero la niña rebelde había optado por hacer *break dance*. Esta asignatura era parte del plan de estudios de *hip hop*.

—No pensarás ir a ese puto rigodón, ¿verdad? —dijo Floyd.

—Va a actuar la hija de una amiga mía.

—Si estás intentando complacer a una amiga de ese modo, solo puede ser porque te la quieres tirar —dijo Floyd, entusiasmándose mientras esbozaba, más o menos correctamente, mi situación—. Y eso significa que es una madre soltera que vive con su conflictiva hija en una casa alquilada en la zona de Cape Cod y que ve en ti, por muy ridículo que parezca, a su próximo marido y una figura paterna.

Metí la invitación entre las páginas de un libro, pensando que si Floyd no la veía, era menos probable que se exasperara tanto al burlarse.

—Te equivocas —le dije—. Te equivocas por completo. Pero si estuvieras más o menos en lo cierto, ¿qué tiene de malo verme como una figura paterna? Tengo dos hijos.

—Has estado casado dos veces, y las dos fueron un fracaso. Eres un perdedor por partida doble —dijo Floyd—. Y tus hijos te odian. ¡Vaya figura paterna!

—No como tú, que eres el marido ideal.

—Yo me casé con una zorra pérfida —dijo Floyd, sin encono pero con firmeza—. Era una persona espantosa, una desalmada, una loba retromingente, y podrías haber empleado su orina para grabar cristales. Tus esposas eran fantásticas. Evidentemente, luego consiguieron algo mejor, como quien canjea una cosa por otra de mayor valor. Necesito una cinta métrica y un rotulador. Y date prisa, no tengo todo el día.

La cinta métrica y el rotulador estaban en el mismo cajón, debajo de la encimera de la cocina. Abrí el cajón, los saqué y se los di a Floyd.

—De estos no —dijo Floyd, tirando el metro sobre la encimera—. Esto es para sastres. Yo quiero un metro de carpintero, de esos que se desenrollan de una carcasa de metal y se pueden extender como cinco o diez metros.

—Has dicho «cinta métrica». Esto es una cinta métrica. ¿No ves que es una

cinta?

—Las otras también se llaman cintas métricas, cretino.

—Creo que vas a acabar descubriendo —este latiguillo también era un elemento fundamental en nuestras burlas— que lo que tú necesitas es un flexómetro.

—Creo que vas a acabar descubriendo que se llama cinta métrica —dijo Floyd, y mientras hablaba, le quitó la tapa al rotulador y trató de escribirse algo en la mano—. Ha muerto. Está seco como la mierda de rata. Seguro que lo has dejado destapado —añadió, y lo tiró por ahí.

—¿Porque no escribe en tu piel grasienta?

—«Escribe sobre todas las superficies». Eso es lo que pone. La epidermis —el epitelio escamoso estratificado— es una superficie, ¿no? —Mientras hablaba, echó un rápido vistazo a mi biblioteca para ver si encontraba algún libro que pudiera pedirme prestado, y por lo visto no vio ninguno, porque puso rumbo a la salida, sin dejar de hablar—. Me tengo que ir. Ha sido un viaje en vano. Estás ganando peso. Te vas a poner como Franny, si no te andas con cuidado. Se ha convertido en una esfera perfecta. Había un músico cuyo segundo nombre era «Sphere». ¿Sabes quién? No te pongas en ridículo tratando de adivinarlo. Era Thelonious Monk. El sábado hay un partido de los Celtics. Vente y pedimos una pizza y lo vemos.

—Esa noche es el recital de baile.

—Ah, perdona. Se me había olvidado que estás intentando tirarte a la madre soltera esa. Es una dura prueba de aburrimiento: aguantar el recital de la hija para echarle el lazo a la madre. Pero deberías preguntarte si vale la pena tanto esfuerzo por un culito, teniendo en cuenta (y aquí el sabio levanta un dedo admonitorio) —Floyd levantó el suyo delante de mis narices— que una madre soltera es como una empresa a punto de quebrar y tú eres un fondo buitre.

Ofenderse ante una pulla semejante habría supuesto poner en riesgo su amistad. La única respuesta adecuada consistía en devolvérsela en un tono similar.

—Tienes toda la razón. Debería seguir tu ejemplo. Estaría mucho mejor viendo la tele con una lata de cerveza en una mano y la polla en la otra. María Palma nunca falla, y tu fidelidad al onanismo siempre ha sido absoluta.

Él respondió al agravio con una carcajada. Estábamos empatados; ya podíamos parar.



—Acompáñame al coche —me dijo.

Cuando estuvimos fuera, me contó que había visto a madre el día anterior. Ella le había dicho que Fred estaba en Chicago en viaje de negocios, que Gilbert había recibido una mención honorífica del Departamento de Estado por sus servicios ejemplares, que Hubby se había hecho daño en la espalda levantando un saco de tierra para macetas.

—Papá solía decir que ella «se cernía». Cuando llovía mucho, decía que era un «bombardeo». Es curioso que hablara francés de una forma tan coloquial. Y es sorprendente que se sometiera a mamá de ese modo. Lo echo de menos.

—Él se daba cuenta de que ella era débil. Tenía mucho tacto.

—Ella siempre tenía que ganar en las discusiones. ¿A ti no te resulta irritante? A veces pienso que me gustaría darle con un tubo de hierro. Ponerme a darle y no parar —volvió a reírse y dijo—: Sigue conversando con Angela, que por lo visto está en mucho mejor estado que el resto de nosotros. Joder, eso es tan espeluznante que no se puede ni pensar. ¿Quién es ese investigador que explica que los pueblos primitivos se dejan guiar por los muertos?

—Creo que vas a acabar descubriendo que es Bronisław Malinowski, y lo mismo afirman todos los antropólogos que hicieron trabajo de campo inspirados por él —dije yo.

—La respuesta que buscaba era Lévi-Strauss; no el de los pantalones, sino el que estudiaba las distintas culturas. Es la idea del muerto agradecido. Me pregunto si Jerry Garcia estaba al tanto de eso[20].

—Por cierto, las desagradecidas Franny y Rose pasaron por aquí el domingo.

—¿Te trajeron golosinas? ¿Te hablaron como si tuvieras seis años? ¿Lo harán porque se pasan el día hablando con sus niños? Todos ellos deberían ir a un colegio para discapacitados.

—Benno hace malabares. Bingo toca la armónica. Jonty hizo añicos un parabrisas cuando era un enano. Jake se comió un vaso de poliestireno. No te pases con ellos.

—Sí, son talentos muy especiales que les vendrán muy bien cuando sean mayores. «¿Sabrías explicar la decisión táctica clave de la carga de Pickett que determinó el resultado de la batalla de Gettysburg?». «No, pero sé hacer malabares». ¿Alguna vez te has fijado...?

Ya estaba al volante de su coche, un Mercedes destartalado con una pegatina que decía *Harvard* en el cristal trasero, un pase de estacionamiento en el parabrisas y una calcomanía en el parachoques donde podía leerse *Cuestiona a la autoridad*. Floyd frunció el ceño y parpadeó como si se hubiera olvidado de lo que iba a decir. Revolucionó el motor, un diésel que parecía quejarse, y sacó la cabeza por la ventana.

—Ah, sí. ¿Alguna vez te has fijado? Cuando te divorcias, miras a tu alrededor y todo el mundo parece felizmente casado. Y te dan ganas de ponerte a llorar y a compadecerte de ti mismo al ver a todas esas familias felices o parejas de ancianos que se dan la mano con mucha solemnidad — Floyd estiró el cuello y, tomándose su tiempo, frunció los labios como si fuera a ponerse a cantar, pero lo que hizo fue soltar un gran escupitajo en el acceso para coches de mi casa—. Y después conoces a alguien y la cosa va en serio y empiezas a hacer planes. Y miras a tu alrededor, y toda la gente casada que conoces te parece infeliz.

Las burlas de Floyd me estuvieron resonando en los oídos la noche de la actuación. El evento se llevó a cabo en el centro para la tercera edad, el único salón de actos que se podía alquilar de toda la zona. Fue la primera vez que entré, una especie de ceremonia de iniciación, ya que muchas veces había pasado a su lado cuando había actuaciones (*Alicia en el país de las maravillas, solo dos noches* o *Sesión de contradanza, para todos los públicos*). Nunca había sentido la tentación de meterme allí, aunque me había preguntado quién iría. Ahora lo sabía: gente como yo, tipos que cortejaban a madres solteras con hijos que tocaban música y cantaban y bailaban. Pasó un coche con un hombre en su interior, el hombre que yo había sido, que salía a tomar una copa en soledad.

Eso suponía una nueva etapa en mi relación con Missy: conocer a otros padres y que ella me presentara a sus amigas, que eran todas las madres solteras de las amigas de Madison. Se esforzaron tanto en fingir que no me estaban estudiando que me resultó evidente que eso era justo lo que estaban haciendo: escrutar mis zapatos, mi chaqueta, mi pelo cada vez más ralo. ¿Qué perspectivas ofrecía yo? Me parecieron una hermandad de divorciadas que trataban de mostrarse alegres aunque estuvieran agotadas, agobiadas por lo que llamarían «cuestiones»: sus hijos, los pagos de su manutención, el coste

de la vida, los gastos de escolarización, los exmaridos (como Buzz Gearhart) que habían encontrado un nuevo amor y se habían vuelto a casar, mientras estas hermanas estaban exhaustas a causa del trabajo y desmoralizadas por hacerse mayores. Madres solas, solteras a su pesar, observando cómo sus hijas seducían y ligaban.

Una madre le dio unas palmaditas a su cámara de vídeo y dijo:

—Ya os haré una copia.

Ver todo aquello con la escéptica mirada de Floyd hizo que me pusiera triste; y más triste aún cuando Madison salió al escenario caminando con lentitud, arrastrando los pies, con su *troupe* de colegas de *break dance*. Llevaban sudaderas con capucha, pantalones cortos muy holgados, zapatillas demasiado grandes y gorras de béisbol con la visera para atrás: la vestimenta rebelde de los chicos callejeros. Hacían cabriolas y daban volteretas y hacían gestos propios de pandilleros con las manos y los dedos, asintiendo con la cabeza al oír la música: chicas con caritas de lo más dulce que pronunciaban palabras feas y malsonantes.

*Ain't listenin' to ya, ain't listenin'*. «No te hago caso, no te hago caso».

—¿Qué música es esta? —pregunté, intrigado por lo que diría Missy.

—*Gangsta rap* —cuchicheó ella.

Bailaban muy bien: los niños caían al suelo, las piernas levantadas giraban, estimuladas por esa música tan iracunda. Pero la precisión, la habilidad, lo volvía más horrible porque era malísimo con total exactitud; era una imitación de algo demasiado mediocre como para resultar peligroso. Cuando se ponían a dar volteretas, los bailarines, que se dejaban caer de manera salvaje, parecían pilluelos furiosos.

Cuando hicieron una reverencia —muy ufanos, mientras la gente aplaudía—, Missy se inclinó para mirarme, como si quisiera evaluar el vigor de mis aplausos.

Después de eso, unas chicas semejantes a sílfides y unos chicos pálidos y con los labios pintados subieron al escenario y comenzaron a pavonearse; bailaban ballet, moviendo las piernas como si fueran tijeras. Uno de ellos se parecía a Max, el hijo de Franny. Intenté imaginarme a Madison con un tutú y me pregunté cómo habría reaccionado yo en ese caso. ¿Acaso ella había escogido la música rap porque era una persona desafiante? Yo sabía por qué odiaba el rap: era ignorante y grosero; al carecer de armonía, no era en absoluto música, sino una sucesión de toscos insultos. Durante la siguiente

actuación, un conjunto que interpretaba a Mozart, vi a Bingo en primera línea, junto al borde del escenario, tocando la armónica, y a Franny y Rose sentadas en primera fila.

—Me muero de hambre. ¿Os apetece una pizza? —dije cuando concluyó la actuación.

Tenía miedo de que me vieran Franny y Rose, así que inventé una disculpa para marcharme («Voy a ir calentando el motor del coche») y esperé a Missy y Madison junto a la entrada lateral del edificio. Madison todavía llevaba puesto su disfraz: la capucha, los pantalones holgados. Parecía enfurruñada; seguía, supuse, en el estado de ánimo desafiante de la canción.

«Tienes que hacer un esfuerzo mayor para llegar a conocerla», solía decir Missy. O: «Tenemos que hacer un esfuerzo por nuestra relación. Tienes rabia. Tienes mucha hostilidad. Tienes que esforzarte por superarla».

Aquello no era una historia de amor, era un esfuerzo, un trabajo. Yo nunca había concebido el amor en esos términos, aunque sabía muy bien que había que llegar a acuerdos y adaptarse. En mi familia, nadie se esforzaba por las relaciones. Todos sonreían, contaban mentiras, chismorreaban, se apuñalaban por la espalda unos a otros, decían siempre que sí a todo y nunca lo decían de verdad. Nadie se esforzaba, nadie cambiaba. ¿Podría hacerlo yo?

—Odio el borde —dijo Madison en la pizzería cuando el camarero, un joven con un sombrero de papel, depositó el gran disco cubierto de queso sobre la mesa.

—¿Quiere que le traiga alguna otra cosa? —le preguntó el camarero—. ¿Señorita?

Pero Madison no le hacía caso.

—Sabe a madera.

—¿Señorita? ¿Quiere algo de beber? —estaba siendo demasiado educado; se inclinaba para hablarle—. Tenemos una limonada deliciosa y muy fría.

—Odio la limonada.

—Nada más, gracias —dijo Missy, sonriéndole al camarero.

De repente me sentí muy enfadado con esa chica de catorce años que ignoraba al camarero y resoplaba con desprecio, y consternado ante la sonrisa forzada del camarero, que se había tragado su exasperación con la esperanza de recibir una propina.

—No hace falta que te comas el borde, cariño —dijo Missy—. ¿Por qué sonríes, Jay?

Sonreía por lo horrible que me parecía la situación, y por el recuerdo de madre diciendo: «Cómetelo. Es la mejor parte. Tirar la comida es pecado. En China hay gente que...».

Missy le acariciaba la mejilla a Madison y me di cuenta de que no llevaba el anillo de noviazgo.

—Cariño, ve a quitarte el maquillaje, porfa.

—¿Por qué?

—Hazlo por mí, cielo.

Los gruñidos de Madison, con aquel maquillaje macabro, eran particularmente amenazadores. Pero fue a quitárselo, quejándose en voz baja mientras arrastraba los pies. Missy se quedó mirándola mientras se iba, con una sonrisa de orgullo en los labios.

—Se está haciendo muy mayor —dijo, y añadió, todavía con aprobación—: Realmente tiene sus propias ideas.

Era el momento de decir que quizá le vendría bien aprender un poco de educación, pero tenía otra cosa en la cabeza. Le cogí la mano a Missy y se la apreté.

—¿Qué le ha pasado al anillo?

—Está en lugar seguro. Me encanta ese anillo. Escucha, estoy contenta de que me quieras y te comprometas conmigo y con Maddy, pero por ahora eso tiene que seguir siendo nuestro secreto. Todavía no estoy preparada para que lo sepa otra gente.

—¿Y Madison?

—Ella tampoco está preparada —levantó la vista y, al ver que Madison volvía a la mesa, nuevamente con la cara limpia y aniñada, cuchicheó—: Dile algo positivo de su actuación. Ha bailado con mucha pasión. Necesita un reconocimiento.

—Eh, ni la habéis tocado —dijo Madison, y cogió un trozo de pizza, lo dobló por la mitad y le dio un mordisco.

—Me ha gustado mucho tu conjunto —dije yo.

—¿Qué se supone que es un conjunto?

Tenía la boca llena de pizza, y manchas de tomate en las mejillas. Masticaba y me miraba arrugando la nariz.

—Tu grupo de rap.

—¿Mi pandilla?

—Sí. Ha estado genial.

—Genial.

Me citó imitando mi voz y se enfurruñó.

—A ver, tenía muchísimo ritmo. Y os movíais muy bien.

—Vale —echó la cabeza a un lado—. Creo que lo que quieres decir es que nuestra mierda es flipante.

—¡Maddy! —chilló Missy, aunque me pareció que lo hacía con aprobación.

Yo me quedé en silencio. Quizá Maddy supiera que tenía ganas de darle una bofetada. «Los niños siempre se dan cuenta cuando alguien siente hostilidad hacia ellos» era uno de los dichos de Missy. Sí, yo sentía hostilidad hacia Madison, pero también quería apaciguar a Missy. No tenía ni idea de cómo lograrlo. No me gustó nada pensar que estaba haciendo un *casting* para otro fracaso matrimonial.

Una familia, en una mesa cercana, discutía ante una pizza a medio acabar. La madre, el padre, tres niños pequeños, todos de distintos tamaños, una tropa de seres humanos. La madre estaba muy nerviosa; se sujetaba la melena, muy despeinada, con una mano y se la cepillaba con la otra. El padre estaba mohíno, y devoraba una porción de pizza sin hacerle caso a nadie. Los niños se alimentaban cada uno a su modo: uno se chupaba los dedos, otro masticaba con la boca abierta y el más joven tenía la cara apoyada en la mesa y comía su porción de pizza como un perro, a lengüetazos, sin usar las manos.

Una vez más, los vi como veía a la mayoría de la gente en esa época. No como a personas comunes y corrientes que, aunque tengan hambre, siempre comen despacio; he conocido a esa clase de gente, que por lo general parece la esencia misma de la educación y tiene los buenos modales de quien sabe que es funesto tener malos modales. No, en esa época veía a la mayoría de las personas como si fueran monos, que comen con las manos sucias y sin dejar de parlotear. El marido y padre con la mirada fija, comiendo y haciendo ruidos con la boca llena: ese sería yo. El *casting* me había salido de maravilla. Me habían aceptado para representar el papel de Gran Mono e iba a empezar a ensayar muy pronto.

«Conoces a alguien y la cosa va en serio y empiezas a hacer planes. Y miras a tu alrededor, y toda la gente casada que conoces te parece infeliz», había dicho Floyd.

—Odio tirar la comida —dije cuando nos marchamos dejando media pizza

sobre la mesa.

Estaba repitiendo lo que siempre decía madre, desde luego, y me odié por ello. Pero nadie me oyó, a nadie le importaba. ¿A quién le iba a importar?

—Muchas gracias, señor —dijo el camarero mientras nos sujetaba la puerta, agradecido por la generosa propina que le di para compensar la grosería de Madison.

Esa noche no hubo sexo. Un «te quiero» sofocado y un beso casto, por Madison. Missy me recordó que Madison tenía entrenamiento de fútbol al día siguiente y que el banco estaba abierto los sábados por la mañana.

La siguiente vez que vi a madre, una semana después, me dijo:

—Debes de estar muy ocupado haciendo planes.

Cuando la miré entornando los ojos, extrañado por la palabra *planes*, me explicó:

—Campanas de boda.

—No me voy a casar. Es un anillo de noviazgo, no de compromiso.

—Me dijiste que era de compromiso. ¿Un compromiso no significa que uno se va a casar?

—No. Yo me siento comprometido. Es diferente. Significa que es una relación sólida.

—¿Comprometido con qué? ¿Con quién?

—Con la, eh, con la señorita.

—Pero ¿estar comprometido no significa comprometido a casarte con ella?

—En último término, supongo que sí. Si todo va bien.

—Eso es lo que estaba diciendo. Así que debes de estar haciendo planes.

—No hay ningún plan por el momento, mamá.

—¿Eh?

Cuando madre decía «¿eh?», parecía que me estaba interrogando en una mazmorra. Su «¿eh?» significaba: Voy a volver a hacerte las mismas preguntas, y ahora necesito que me des más detalles. Madre siempre había tenido personalidad de fiscal.

Pero no había más detalles que yo pudiera darle. De hecho, al pensarlo me di cuenta de que había menos detalles que la última vez que madre y yo habíamos hablado del tema, hacía unas cuantas semanas. Y hablar de Missy de esa manera tan poco afectuosa, casi con rechazo, me hizo darme cuenta de

que no habíamos hablado desde la actuación, un lapso de cinco días, lo cual no era nada habitual. Yo la había llamado, pero había saltado el contestador con la voz de Madison pidiéndome que dejara un mensaje. Había dejado una serie de mensajes que, a medida que pasaban los días, se habían vuelto cada vez más torpes y pesarosos.

Llegó el domingo y un coche hizo crujir la gravilla de la entrada de vehículos. Deseé que fuera Missy. No, un Subaru Forester, Franny al volante, Rose a su lado y los gemelos —el malabarista y la armonicista— en el asiento de atrás. Más golosinas, más fruta, un queso muenster y más chismorreos. Qué destino melancólico es recibir una visita de gente que te cae mal cuando quieres que te visite alguien a quien amas.

—Hubby tiene hemorroides, así que creo que deberíamos dejar de mandarlo a tomar por culo —dijo Rose.

—Uno de los perros de Fred tiene una hernia —dijo Franny, entre risas, y continuó—: Que Dios me perdone, pero Floyd habla de operarse la nariz. Dice que tiene problemas respiratorios, pero nosotras pensamos que es cuestión de tamaño.

—Creo que a mamá se le está yendo la cabeza —dijo Rose—. Tú eres el único sensato de la familia.

Una visita suponía repasar a toda la tribu, con la pretensión de hacerme sentir mejor. Pero yo me sentía peor. Cuando se fueron, me quedé inquieto, ansioso. Desde que la conocí, no había pasado ni una semana sin tener noticias de Missy. Volví a llamarla, y entonces, a primera hora de la tarde de un domingo, contestó el teléfono.

—He estado tratando de encontrarte —le dije.

—Estoy destrozada —dijo Missy en voz baja y torturada—. Maddy está fatal. ¿Cómo has podido hacernos esto? Pensaba que podía confiar en ti.

—No lo entiendo. ¿Qué es lo que...?

—No me interrumpas. No he terminado. Madison está hecha polvo. Volvió a casa llorando. Se siente humillada. Lo sabe todo.

—¿Lo nuestro?

—Sí, lo nuestro —dijo ferozmente con esa voz de víctima traicionada—. Lo del anillo. Lo de que nos íbamos a casar. Ya te dije que no estaba preparada para esto —continuó, acallando mis protestas—. Dice que la voy a abandonar. Ya te dije que tiene miedo al rechazo. Habla de tomar drogas, de «automedicarse».



—¿Cómo se ha enterado?

—¿Por qué no me preguntas por su estado mental? ¿Por qué solo te importa cómo se ha enterado? ¡Está muy mal! Los chicos de su colegio lo saben. Las otras madres lo saben. Todo el mundo lo sabe. Se suponía que era nuestro secreto. Los otros chicos le tomaban el pelo por lo de la boda.

—¿Por qué le tomaban el pelo?

—Pues supongo que porque tú eres mayor.

—Yo no soy mayor —dije.

—Mírate en el espejo.

A estas alturas de la conversación, yo veía a una nueva Missy, a un Gearhart distinto, como en los momentos más turbulentos uno descubre aspectos sorprendentes y a veces impactantes de su propia amante. Yo conocía su lado sobreprotector y su lado pragmático. Pero este era un lado impulsivo, insultante, implacable, y me daba cuenta de que, al creer que había traicionado su confianza, pensaba que yo le había fallado; quizá por estar buscando más un padre para su hija que un compañero para sí misma, había llegado a la conclusión de que yo no era el hombre adecuado. Mientras meditaba sobre estas cosas, me colgó, y dejé de oír su voz atormentada.

La semana siguiente recibí por correo ordinario, en un pequeño sobre acolchado, el anillo de noviazgo.

Llamé a Floyd, en busca de consuelo. No estaba en casa. Lo intenté algunas veces más, siempre dejando mensajes ocurrentes o graciosos.

Una mañana me encontré una notita metida debajo del limpiaparabrisas de mi coche. Era un texto minúsculo y acusatorio: *Hipócrita de mierda. Mantente alejado de mí. No quiero veros ni a ti ni a tu esposa.*

## 15. Marginado

El lector atento que haya llegado hasta aquí sabrá desde hace algún tiempo —desde mucho antes de que yo me diera cuenta— que madre, de alguna manera, me había traicionado. Me había estafado, me había utilizado, me había vendido al resto de la familia, había desvelado mi secreto, probablemente a plazos, quizá incluso había profundizado en el tema, comentando mi estado de ánimo, mi estado físico, el estado de mi ropa, sin que ninguno de sus relatos fuera elogioso. Así era ella. Tú lo viste. Yo no.

¿Cómo había podido caer en su trampa? La culpa era de mi felicidad. A pesar de que siempre me mostraba precavido con aquella mujer tan peligrosa, había sonreído y había bajado la guardia. Siempre es un error compartir la alegría con alguien insatisfecho o envidioso. La regla de la familia era: vigilancia, no te relajes nunca. Pero madre, hiperalerta en su trono, sabía que una persona feliz es menos cautelosa que una persona frustrada, que resulta bastante fácil difamar a alguien que está en paz con el mundo.

Sin embargo, la conducta de madre no me sorprendió demasiado. Nunca había estado convencido del carácter sagrado de la maternidad. Había muchas heroínas que nunca habían tenido hijos, y para mí eran más heroicas en su papel de solteras porque los rencorosos adoradores de las madres, madre entre ellos, siempre las denigraban.

—¡Yo te traje al mundo! —solía aullar.

Esa frase le servía tanto para jactarse como para terminar la discusión, pero más allá de su obvia veracidad, ¿qué quería decir exactamente?

Por el mismo motivo por el que una madre podía ser poderosa, también podía ser irresponsable, y fría, distraída, retorcida, corrupta, manipuladora, testaruda, vanidosa, materialista y dictatorial. Podía ser una narcisista y una estranguladora. Los peores tiranos empezaban siendo sibilinos seductores de voz melosa, que se iban haciendo con el poder por medio de las emociones de la gente.

La crueldad de madre surgió como un germen. Al principio de su vida, ella fue una mentirosilla, una oportunista, una niña con muchas carencias y dos padres infelices, y ahora, en su vejez, tenía todos los atributos de una reina loca y anciana. Era sentimental para cuestiones insignificantes pero despiadada para las que de verdad importaban. De algún modo, había perdido incluso el cariño animal que antes sentía hacia mí.

¿Por qué no me había acordado yo de esto? Ah, sí, porque estaba enamorado.

Madre estaba insatisfecha; la alegría de los demás le resultaba irritante. Y por encima de todo, le molestaba la felicidad de sus hijos. Si madre hubiera sido feliz, nuestras vidas habrían sido muy distintas.

Fui a visitarla. La primera vez, el Subaru de Franny estaba en la entrada, lo cual era muy raro, porque estábamos a mitad de la semana y ese día había clase. Me marché. La segunda vez, no había nadie: madre estaba sola en su sillón.

—¿Qué has contado de mí? —le pregunté.

De repente, desaparecieron de su rostro todas las arrugas y toda la astucia. Adoptó una agradable expresión de inocencia: esa era la cara de madre cuando la pillaban con las manos en la masa. Me miraba con los ojos como platos, negándolo todo, y parecía una niña. Tenía las mejillas suaves y agarraba con fuerza un chal que llevaba ceñido sobre los hombros estrechos y huesudos. Se volvió más pequeña, y tenía un aspecto al mismo tiempo inocente y desafiante.

—Nunca he contado nada —afirmó, un tanto envarada, como si estuviera diciendo una frase de una obra de teatro.

Lo que le había preguntado era una afrenta, un insulto, e hizo una mueca de dolor; estaba ofendida. Yo conocía bien todos esos cambios de humor: lo altanera que se ponía cuando la descubrían, lo mucho que se indignaba cuando había hecho algo malo.

Pero yo estaba tranquilo. Creía que lo tenía todo a mi favor: la lógica, la verdad, la razón, la moral. Yo era la víctima. Había perdido a mi amante, la única amiga que tenía, mi futuro, por culpa de su traición. Necesitaba que madre se diera cuenta del daño que me había causado.

—Eres la única persona a la que se lo conté —dije.

Ella me miró con los ojos brillantes. No dijo ni una palabra.

—Y ahora lo sabe todo el mundo.

Un estridente deje de súplica hizo que se me quebrara la voz, aunque me estaba esforzando por mostrarme razonable y sereno.

La mirada de madre era de mentirosa, sus dedos eran de mentirosa y su postura era de mentirosa, toda encorvada. Era una mole de falsedad posada sobre su gran sillón de cuero.

—¿Por qué se lo contaste? —dije en voz alta, porque no me contestaba—. ¿Mamá?

Ante mi tono suplicante, su reacción fue entornar los ojos, en parte con desdén y en parte con sufrimiento, como si mi acusación le hiciera daño.

—¿Era un secreto! ¡Te dije que era un secreto!

Ahora estaba gritando. Noté un dolor en la garganta a causa del esfuerzo.

—¿Tienes idea del disgusto que me estás dando? —dijo ella con aspereza.

—¿Y yo, qué? Piensa en lo disgustado que estoy yo, sabiendo que todo el mundo conoce mi secreto. Les has contado todo, y se están riendo de mí.

—¿Te crees tan importante?

—¿Qué quieres decir, mamá?

—¿Por qué le iba a interesar a alguien reírse de ti?

¿Y por qué no? La respuesta era porque había fracasado. Ya me había casado dos veces, en la época en que creía que los miembros de mi familia deseaban lo mejor para mí, cuando en realidad lo que deseaban era que fracasara, y había fracasado. Pero no podía decirle eso a madre, ni en aquel momento ni en ningún otro, porque lo usaría en mi contra.

—¿Ves? Todo va a salir bien —dijo.

—No —dije yo, cuchicheando con vehemencia—. Y es culpa tuya.

Madre se apoyó las yemas de los dedos en las sienes para indicar que estaba sufriendo.

—Me va a estallar la cabeza. Espero que estés contento. Esta noche no voy a poder pegar ojo.

Entonces sonó el teléfono al lado de su codo. Ella lo cogió con dedos atormentados, exagerando el esfuerzo que tenía que hacer para levantarlo, y dijo con voz débil, de persona acosada:

—¿Sí?

Era Franny. Oí su graznido condescendiente aunque estaba a dos metros del teléfono. *¿Estás bien, mamá?*

—Sí, muy bien —dijo madre, con un tono de voz calculado para transmitir que no estaba bien en absoluto—. Hablamos luego.

Eso significaba que volvería a traicionarme. Sin embargo, mientras estaba al teléfono, yo había recuperado la compostura. Lograba mantener mi enfado a raya, pero eso me hacía temblar. Esperé a que colgara y después le dije:

—Solo hay una manera de que se enterara el resto de la familia.

Ella se ajustó el chal aún más, me miró con lástima y dijo:

—No pensé que te fuera a molestar.

—¿Te acuerdas de que te dije que era un secreto?

—Pensé que estarías orgulloso.

Era exasperante. Ahora, indirectamente, estaba admitiendo que había revelado el secreto y chismorreado con los demás. Me estaba acusando de no darme cuenta de que todo había sido un acto de caridad.

—La mayoría de la gente se sentiría orgullosa de estar enamorada. Orgullosa de estar comprometida. Me acuerdo de que cuando papá me pidió que me casara con él, no veía el momento de contárselo a todo el mundo. ¿De qué te avergüenzas tú exactamente?

¿Cómo podía contarle las consecuencias de su traición, que Missy me había rechazado, que todo había concluido, que estaba solo? Estos, ahora, eran mis secretos humillantes. Si se los contaba, también los revelaría.

Volvió a sonar el teléfono y ella contestó. Era Franny de nuevo. Me marché, maldiciendo.

Estaba enfadado con madre, pero también conmigo mismo; estaba frustrado por mi lamentable situación, que era responsabilidad mía. Lo que más me abochornaba de haber perdido a Missy era que yo había tenido poco entusiasmo desde el principio. Me resultaba desesperante pensar que podía tener éxito con una mujer mucho más joven, que además tenía una hija adolescente que a mí me irritaba. Había fracasado dos veces; sospechaba que volvería a fracasar. Y Missy era de esa clase de mujeres a las que yo temía: la temía por su determinación, la temía porque nunca era espontánea, la temía por su intensidad. Recordaba cómo, la primera vez, en mi casa, se había levantado y se había puesto a arrancarle las hojas amarillentas a un geranio que tenía en una maceta, tirando de ellas con impaciencia, arreglando la planta, creyendo que estaba mejorándola, pero dejándome con el presentimiento de que a mí también me iba a arrancar todo lo que considerara marchito.

No podía culparla; en cierto modo, admiraba su pasión. Tenía la firme resolución de buscarse un marido y buscarle un padre a su hija. ¡*Cúídanos!* Semejantes mujeres tienen una moral práctica y poco tiempo que perder. Su agudo sentido para detectar qué hombres van en serio y cuáles no son de fiar les proporciona una impresionante velocidad para realizar sus investigaciones, una gran astucia para evaluar a sus potenciales parejas y una capacidad increíble para clasificarlas y rechazarlas. Missy no confiaba mucho en mí, y había localizado mi problema y descubierto que yo simplemente no tenía valor —no tenía estómago— para criar a otra adolescente. Había estado buscando una ocasión para rechazarme y yo estaba esperando el momento para retirarme con dignidad. Le había contado demasiadas cosas de madre y de mí.

Missy era una madre con una misión. Yo tenía buenas razones para alejarme de ella y evitar decepcionarla. Le apasionaba mucho más ser madre que ser esposa.

Empecé a dudar de si yo mismo había sido tan inocente al compartir la noticia con madre. ¿Le había contado mi secreto porque estaba seguro de que ella sería mi perdición? Quizá.

Al día siguiente estaba muy nervioso. No me gustaba nada tener tanto tiempo libre ahora que Floyd me había abandonado. Los demás parecían estar disfrutando de mi vergüenza. De repente, sonó el teléfono. Deseé que fuera Missy. Quería que ocurriese un milagro: *Olvidemos todo esto. Sigamos como si no hubiera pasado nada. Te quiero.*

Pero se trataba de la fantasía de un hombre débil. La vida real es implacable, azarosa, y en ella no caben los milagros ni los atajos ni las casualidades felices. A partir de cierta edad —y yo ya la había superado— ya no hay buenas noticias.

Era Fred. Me saludó con frialdad. Saltaba a la vista que tenía algo que decirme.

—Acabo de hablar con Franny. Dice que has disgustado mucho a mamá. ¿Por qué sigues haciendo esas cosas?

—¿De qué estás hablando?

—Esta no es la primera vez —dijo Fred—. Mamá es una mujer mayor. ¿No puedes hablar con ella sin gritarle ni acusarla de nada?

Estaba enfadado conmigo en nombre de madre; también lo estaba Franny, y Rose, y Gilbert. Hubby estaba en New Hampshire. Madre se lo había

contado a todos. Fred, el mayor, había tomado la iniciativa de echarme una reprimenda.

—¿No ves que hace las cosas lo mejor que puede? Se merece algo mejor que el que sus hijos la vilipendien. Tendríamos que mostrarle respeto y gratitud. Ella nos trajo al mundo.

El lema de madre. Yo estaba alucinado. La mujer que había traicionado mi secreto ahora estaba difundiendo la historia de que yo la había tratado mal. Los había incitado a ponerse en mi contra y a defenderla. ¿Y qué había hecho yo? Había protestado por el hecho de que me hubiera utilizado para chismorrear.

—¿Qué es lo que te ha contado Franny exactamente?

—Que llamó a mamá después de que te fueras. Que mamá estaba tan disgustada que no pudo comer. Estuvo llorando. Se quedó destrozada. Y todo por lo que tú le habías dicho. Franny la ha vuelto a llamar hoy. Mamá no ha dormido en toda la noche, así que Franny me llamó a mí. ¿Por qué le gritaste?

—¿Por qué no me preguntas lo que pasó en realidad, en vez de acusarme y tratar de que me ponga a la defensiva?

—Porque ya sé lo que pasó. Mamá se lo contó todo a Franny.

Al detectar la terquedad y la certidumbre de madre en su tono de voz, volví a enfurecerme.

—Mamá miente.

—No pienso escuchar eso.

—Está intentando que os pongáis en mi contra.

—Tú eres siempre el protagonista de todo, ¿verdad?

—Y además, lo está consiguiendo. Pensáis que soy una mierda.

—Gritarle a una mujer de ochenta y siete años.

—No le grité.

—Deja de negarlo. Demuéstrale que estás preocupado. Llámala y pídele perdón. La mujer está disgustada de veras.

En lugar de contestar a esto, le pregunté:

—¿Alguien te contó que me iba a casar?

—Algo oí, sí.

—¿Quién te lo dijo?

—No me acuerdo. No es una gran noticia. Lo sabe todo el mundo.

Lo aceptó con indiferencia y arrogancia; al fin y al cabo, era el consejero y confidente de mamá.

—No me dijiste nada. ¿Por qué no me contaste que lo sabías?

—No me lo preguntaste.

—Podrías haberme felicitado.

—Quería hablarlo contigo.

—¡No hay nada de que hablar!

—Podrías estar cometiendo un gran error.

Tan típico de Fred, que solía hacer de hermano mayor, no interesarse en absoluto por mi vida salvo para entrometerse en mis secretos, limitarse a recopilar datos, y a pesar de todo pretendía darme consejo. Podía llegar a reprenderme y agobiarme tanto como madre; de hecho, muchas veces actuaba como su portavoz.

—Se suponía que era un secreto. Mamá me juró que no se lo iba a contar a nadie. Por eso se lo conté. Pero se lo dijo a todo el mundo. Me traicionó.

—Olvídalo. Tendrías que estar feliz. Tendrías que estar orgulloso.

Justo lo que había dicho madre.

—Bueno, ¿cuándo es el gran día?

Me deshice de él apretando la horquilla del teléfono y acto seguido llamé a madre.

—Mamá, ¿qué le has contado a Franny?

—Nada. ¿Quién es?

—Soy Jay. ¿Le has contado a Franny que te hice enfadar?

—Claro que no, tengo mejores cosas que hacer. Esta mañana he hecho una mermelada de manzanas silvestres. Luego fui a dar un paseo. Ahora estoy preparando una tarta.

—Fred me ha dicho que Franny le contó que tú decías que no podías comer.

—Acabo de comer. Sopa de fideos con carne. Franny me trajo una olla enorme. Y de postre, gelatina.

—Me refiero a ayer. Eso es lo que me han dicho.

—No me acuerdo. Me estás confundiendo.

—Y que no pudiste dormir.

—¿Hoy? Son las cuatro. Acabo de ver las noticias. Tengo una tarta en el horno. Normalmente no me acuesto hasta las diez o las once.

—Anoche, digo. Y que estás disgustada. Y que es todo culpa mía.

—Por favor, deja de gritar. Ahora sí que me estás dando un disgusto.

—Y que estás enfadada conmigo.



—¿Por qué iba a estar enfadada contigo?

—Eso mismo me pregunto yo. A ver, mamá, ¿qué es lo que has dicho de mí exactamente?

Me sobresaltó una especie de chasquido, un tono suplicante que se coló en mi voz, distorsionándola y haciendo que sonara infantil y desgraciada.

—Me está empezando a doler la cabeza. ¿Para eso me has llamado? ¿Para conseguir que me duela la cabeza?

—¡Mamá! ¿Qué le has contado a Franny?

—¿Disfrutas dándome disgustos? ¿Por qué quieres discutir?

Respiré hondo; la cosa no iba bien. Estaba claro que madre nunca admitiría que se había quejado de mí.

—No quiero discutir —le dije.

—Muy bien —soltó un bufido—. ¿Qué tal tiempo hace?

—Está nublado —contesté, y colgué.

Yo ya no era un hombre camino de los sesenta años y que ya había consumido la mayor parte de la vida. Era un niño de diez que se sentía atrapado en casa un sábado nevoso y rogaba que lo dejaran salir. Madre estaba de pie, delante de la puerta, con los brazos cruzados, y me cerraba el paso.

—Pero ¿por qué no puedo ir a dar un paseo?

—Porque lo digo yo.

—Quería hacer un poco de ejercicio.

—Entonces limpia el baño. Ese es un buen ejercicio. Coge la fregona y el cubo. Coge el Ajax. Sácale brillo a todo y pasa la fregona por el suelo y luego encéralo. Usa el aceite de pata de buey.

—Me dijiste que podía ir a dar un paseo. Me lo prometiste.

—¿Me estás llamando mentirosa?

Entonces aparece Franny detrás de madre.

—Quiere ir a hacer el tonto con sus amigos. Le contó a Fred que disparan a las ardillas con sus escopetas de aire comprimido. Y encienden hogueras.

—Jay es un pirómano —grita Rose desde la habitación de al lado—. ¡Pirómano!

—Vosotras no os metáis en esto —dice madre, pero con una sonrisa, porque están de su lado.

Franny trae la fregona y el cubo. Se los da a madre, que me los da a mí.

—Quiero poder mirarme en los azulejos como en un espejo —dice madre.

Este recuerdo me hizo coger el teléfono de nuevo y marcar el número de Franny. Estaba tan alterado que me costaba respirar.

—¿Qué le has contado a Fred?

—Nada.

—Que me iba a casar. Se lo contaste tú.

—Ah, eso. Me alegré por ti. Estaba orgullosísima. Y mamá también. ¿Es la mujer que llevaste al recital de baile? Parecía muy agradable.

—Tú le contaste a Fred que mamá estaba disgustada por mi culpa.

—Debe de haberme entendido mal.

—Le dijiste que mamá no podía comer ni dormir porque yo le había dado un disgusto.

Por la forma en que respiraba me di cuenta de que Franny estaba inquieta. Jadeaba y cogía mucho aire.

—Ya sabes cómo es mamá —dijo al fin—. Exagera cualquier cosita. Es como una niña pequeña. Bueno, ¿quién es la afortunada?

—Y a Floyd —dije, ignorando su pregunta; Franny seguía resollando, y sus palabras sonaban como si me hablara a través de uno de los tubos estrechos de un órgano, pero era en vano, ya que ahora no había ninguna mujer en mi vida—. Floyd no me contesta el teléfono. Me ha escrito una nota terrible. Está muy enfadado conmigo.

—¡Floyd es peor que mamá! —exclamó Franny—. Mamá solía decir que fue el que más problemas dio de bebé. Siempre estaba llorando. Siempre quería que lo cogieran en brazos. ¡Y acuérdate de cómo mojaba la cama!

Franny continuó hablando. Habíamos retrocedido décadas. Estábamos en el mundo de los pañales y las demandas, las fundas impermeables y las pataletas, la nube de reproches; madre se cernía sobre nosotros, y si no se salía con la suya, se ponía histérica. *¡Me estás dando un disgusto!*

No había apenas distancia entre el mundo de la infancia y la confusión que sentía ahora; Fred me reprendía, Floyd me despreciaba, Franny me trataba a la ligera, Hubby y Rose hablaban sobre mí en voz baja, madre me traicionaba y me acusaba de causarle dolores de cabeza. No me costaba ver a la niña pequeña que había en la enorme Franny. Oía al niño autoritario que había en Fred, y la infelicidad en el silencio ofendido de Floyd. Éramos otra vez niños compitiendo, estableciendo alianzas y poniéndolas a prueba. En cada encuentro familiar había un anhelo tácito y desesperado: *Por favor, sé mi amigo. Apóyame contra todos los demás.*

Hubby regresó de New Hampshire. Pasó por casa para echarme una mano con un problema de fontanería. Se había estropeado la bomba de la caldera (un reborde, un cojinete, una junta combada). Mientras lo arreglaba, me contó que lo habían llamado para que participara en una operación de trasplante de hígado que había durado catorce horas. Me describió cada sutura, cada dificultad.

—Acabo de hablar con mamá —dijo finalmente—. Está furiosa contigo. Dice que eres demasiado susceptible —y entonces, imitando a la perfección la voz de mamá, añadió—: Pero siempre ha sido así, irritable. Parece que no puedo hacer nada bien.

## 16. El maldito loco

No había manera de encontrar a Floyd. Me di cuenta de que en nuestra familia, estar ausente tenía mucho más significado que estar presente. Floyd no cogía el teléfono cuando lo llamaba, no abría la puerta ni respondía a mis cartas y notas. Un día de invierno, entre la fría y húmeda niebla marina, me pareció ver su silueta nariguda mirando desde una de las ventanas superiores de su antigua y alta casa cuando me di la vuelta para echar un vistazo después de haber estado llamando a la puerta en vano. Esa fue la sensación más extraña de todas: la de que él observaba mi fracaso como un espíritu maligno, procedente de otro mundo, que se jactara del hecho de que yo no pudiera encontrarlo.

Solté un suspiro al reconocer uno de los rasgos más exasperantes de nuestra familia. Teníamos una costumbre, una técnica —en realidad era un don—, que consistía en desaparecer en los momentos críticos, desvaneciéndonos en medio de la indignación. La ausencia era evidente y la indignación, invisible. El propósito de esto era convertir la indignación que uno sentía en un misterio. Era nuestra manera indirecta de ser complejos: planificar nuestra propia desaparición. Desaparecer, que nos echaran en falta, que nos necesitaran eran formas evidentes de no colaborar, si no de colocarnos en una posición antagónica.

Los poderosos indicios de hostilidad que alimentaban estas retiradas no se planteaban de manera explícita. Nos escabullíamos sigilosamente, no nos íbamos dando un portazo. Desvanecerse era una afirmación. La afirmación era: Ya no me gustas. No conocí la expresión «pasivo-agresivo» hasta muchos años después; en nuestro caso, más bien habría que hablar de un carácter «ausente-agresivo». No huíamos; desaparecíamos de la vista. Irse era una contestación, una respuesta definitiva, porque no hay nada que resulte más exasperante que una persona que se queda callada.

Mis casi cuarenta años viajando por el mundo y escribiendo mis

experiencias, lejos de madre y de la familia, eran un ejemplo de esta conducta. Fueron mis años de cabeza de familia, mis años creativos, años de explotar mi imaginación y de construir mi vida. Madre no tenía lugar en esos años productivos salvo como una influencia negativa, alguien que no aprobaba lo que yo estaba haciendo. Fueron los años en que escribí mis libros, mis años de estabilidad y felicidad. No se parecían en lo más mínimo a los años de mi infancia o a los que pasaría, más adelante, cerca de madre: los años de estar junto a la familia, en los que, al margen de la edad que tuviéramos, éramos niños.

Ahora estábamos todos enredados en torno a madre, que no paraba de emitir noticias sobre lo que cada uno estaba haciendo en cada momento: lo que le hubiéramos contado, comentarios espontáneos y poco meditados, angustias, esperanzas y, a menudo, información errónea. Madre estaba siempre al tanto de las noticias de última hora y controlaba el flujo de información. La desaparición de cualquiera se notaba de inmediato, como en las sociedades agrarias, donde se sospecha que los ausentes están escuchando a escondidas desde su privilegiado punto de observación en una dimensión desconocida, donde nadie se marcha nunca del todo y los muertos están más presentes y proporcionan más seguridad que los vivos; así era Angela para madre.

La ausencia también podía ser figurada, teórica, una mentalidad. En todo momento había algunos de nosotros que no nos hablábamos, pero igual nos encontrábamos y actuábamos como personas civilizadas. Pero desaparecer era otra cosa. Al desvanecernos, nos volvíamos invisibles, enigmáticos, indescifrables, y sin embargo conspicuos, como un olor fétido que quedara en el vacío que había ocupado el ausente.

El proceso rara vez era teórico y rara vez tenía nada que ver con el estado de ánimo de quien se dedica a vagabundear. Por lo general, se trataba de un acto físico, y a veces era extremo. Cada uno tenía su propia forma de desaparecer. Fred viajaba regularmente a China y a la India. Eran viajes de negocios, pero también eran enigmas deliberados. Decía que quería ayudarnos, pero no podía.

—Lo que pasa es que estoy en China.

Gilbert pasaba mucho tiempo en Europa, o en Yemen, o en Baréin. Hubby desaparecía en New Hampshire para desempeñar su trabajo de enfermero, pero también para comprar madera y aparatos libres de impuestos.

De niño, me distraía yendo a pasear. Me metí en los *boy scouts* con el fin de tener permiso para desaparecer de ese modo; las caminatas se convirtieron en acampadas en las que al principio pasaba una noche fuera, y después todo el fin de semana. Cuando madre intentó atraparme de nuevo entre sus garras, protesté:

—Tengo que ir. Estoy tratando de cumplir los requisitos para que me den una medalla al mérito.

Entonces me soltó, porque los chicos que estaban en los *boy scouts* no se metían en líos. Pero en los *scouts* aprendí a maldecir, tuve mi primera pelea a puñetazos y presencié por primera vez un caso de discriminación racial: en Camp Fellsland, un *scout* blanco se metió con un *scout* negro de otra tropa por el color de su piel; este le dio un puñetazo en la cara, haciendo que le empezara a sangrar la nariz, y lo mandaron a casa por pelearse. Como *boy scout*, llevaba un cuchillo de caza, encendía hogueras y, a los trece años, cambié mi escopeta de aire comprimido por mi primer rifle mortífero, un Mossberg calibre 22. Mis amigos tenían pistolas y rifles. Éramos los que nunca hacían deporte, los ratones de biblioteca, los empollones, los flojuchos. Una verdadera cohorte de niños afeminados. Todos necesitábamos irnos lejos. Éramos chicos ñoños con armas de fuego.

Este deseo de marcharme de la casa, esa búsqueda de privacidad y anonimato, estableció una pauta en mi vida, convirtiéndome en un viajero. No fue por casualidad por lo que viví años en África y más años en Gran Bretaña. Tenía miedo de que mi familia me avasallara, y si hubiera tomado las decisiones acertadas, me habría quedado lejos; me habría ido tras el funeral de padre. Pero me quedé viviendo cerca de madre, y lo que siempre había temido que me ocurriera me estaba ocurriendo, pues ahora estábamos todos en casa, éramos otra vez niños y yo me sentía tan solo que los años que había pasado viajando me parecían idílicos, ya que estar aislado en casa es la clase más dura de exilio.

Las desapariciones de Franny y Rose adoptaban la forma de excusas pobres y de silencios complejos. Madre sabía dónde estaban, en cualquier caso, y podía sacarlas de allí cada vez que quisiera.

Los silencios de la propia madre iban precedidos por una quejumbrosa declaración:

—Tengo un dolor de cabeza terrible.

Floyd era el que se ausentaba con mayor eficacia. Cada vez que estaba

presente, era incansablemente conspicuo; demandaba que lo vieran, exigía respuestas:

—¡Te estoy hablando! ¿Has oído lo que he dicho? ¿Acaso ceceo?

Pero ante cualquier palabra que le pareciera equivocada, una opinión que considerara poco fundada, el más leve asomo de crítica, algo que sonara a discrepancia, o si se enteraba de algún secreto más tarde que los demás, desaparecía. Y era capaz de mantenerse lejos durante mucho tiempo, para reaparecer cuando menos lo esperabas. Podían ser meses, años. Cada vez que yo veía cerca de la costa un cormorán o un somormujo que se asustaba por un ruido y se sumergía en el agua y no emergía hasta mucho tiempo después, y nunca lo hacía en el mismo sitio, y huía atemorizado, pensaba en Floyd.

Nadie admitió haberle contado a Floyd que me iba a casar, cosa que no era cierta, pero alguien tenía que haberlo hecho. Y Floyd estaba ofendido. Su razonamiento era el siguiente: si yo de verdad hubiera sido amigo suyo, le habría contado todo. Pero no lo había hecho. Le había ocultado cosas cruciales y, mucho peor aún, le había confiado mi historia de amor a otros miembros de la familia. Eso demostraba que me sentía más cerca de ellos que de él. Yo lo había rechazado. Su reacción consistía en rechazarme.

A veces, la desaparición de alguien de la familia significaba: *Buscadme, encontradme, si de verdad os importo.*

Las ausencias de Floyd no solían ser de esa clase. Esta fue un eclipse total. No quería que lo encontrarán ni le hablaran ni lo importunaran. Quizá no se hubiera negado a recibir visitas de otros miembros de la familia, pero era evidente que quería que yo me mantuviera a distancia.

Después de haber estado hablando con él casi a diario, pasé a no hablar con él en absoluto. Transcurrieron varias semanas. Un mes, dos meses. Yo insistía, pero no lograba nada.

Quería contarle que comprendía el problema. No le había hablado de Missy, de lo que ella significaba para mí. No le había comentado nada del anillo de noviazgo; sabía que se hubiera reído de esa expresión, pues incluso a mí me parecía fatua. Bueno, pero ¿a quién se lo había contado? Solo a madre. Sin embargo, Floyd esperaba que yo confiara en él. Sentía que estábamos cerca, que éramos aliados, nos burlábamos de los demás. Al contárselo a madre —debía de saber que ella era la fuente de toda esa historia—, había cometido un acto de deslealtad hacia él.

Yo se lo hubiera contado, por supuesto, pero había muy poco que contar.

Lo que había relatado madre era casi todo falso, o suposiciones, o adornos. Aunque sin duda había hablado de compromiso y de boda, yo no tenía tales planes.

Había perdido a Missy, había perdido a Floyd y también había perdido a madre, que seguía contando a toda la familia que yo la había tratado mal. Estaba solo, y tenía la fuerte sospecha de que los demás se habrían deleitado con la noticia de que Missy me había rechazado. Las malas noticias siempre eran bienvenidas; hacían que sus vidas parecieran mucho más ricas.

Necesitaba un amigo. En tanto cínico sonriente que había padecido muchas de las desgracias que había padecido yo, Floyd habría sido justo el amigo que necesitaba. De niños, habíamos establecido una gran alianza, y por ello, claro está, era capaz de convertirse en mi peor enemigo: era una lección familiar que yo había aprendido muy pronto. Podía ser más encarnizado que nadie. Pero también sabía que, al rechazarme, empezaría a depender más del apoyo de los demás.

Floyd era la figura esencial que hay en cualquier familia numerosa, el niño aterrador e imperturbable al que todos quieren aplacar y con el que todos quieren llevarse bien. Es peligroso; se le teme por sus cambios de humor y sus crueles comentarios irónicos, por su excéntrica inteligencia, por ser temerario e impredecible. Es irritable y desleal. Es el más impaciente, el más ansioso. Es capaz de escucharte confesar cosas completamente íntimas y después volverse en tu contra. Era el que, de niño, se destrozó los pantalones columpiándose en la rama de un árbol mientras gritaba: «¡Ancagua! ¡Tarmangani! ¡Soy Tarzán de los Monos!», y después se hizo un corte en el pie por andar descalzo. Se cortó la base del pulgar y dijo: «¡Voy a coger el tétanos!». El que siempre iba con las manos sucias, el pelo revuelto, una mancha en la mejilla y una sonrisa torcida.

—Tu hermano es un maldito loco —me decían mis amigos, y lo decían como un gran elogio.

Obtuve su admiración un día cuando le dije que había conseguido la gasolina para mi motocicleta (era una que había rescatado de un desguace; tenía quince años) sacándola del depósito de un coche aparcado en el hospital de Falmouth. Le encantó que lo hiciera por lo absurdo que resultaba tomarse tantas molestias y asumir el riesgo de que te pillaran robando para ahorrar diez centavos.

—Bravo —me dijo, imaginándome cometiendo aquella torpe fechoría de



rodillas, junto al coche de un desconocido, metiendo una manguera de goma en el depósito de gasolina y aspirando por ella—. ¡Es brutal!

Respetábamos la ley, aunque nos permitíamos algún delito excepcionalmente. Nuestros principales logros fueron construir una pistola (con una antena de coche robada unida con cinta adhesiva a un mango de madera, con unas gomas para el pelo conectadas a un improvisado percutor) o hacerle un puente a un coche, o la venganza más sencilla de todas: meter una patata en un tubo de escape, o azúcar en un depósito de gasolina, para inutilizar un vehículo. Nos parecía más heroico dominar estas artes descarriadas que destacar en el colegio, porque vivir en la tierra madre nos había convertido en forajidos.

Floyd era el que hacía las bromas más pesadas y el más cruel a la hora de burlarse. A veces se ponía detrás de madre sin que esta lo viera y empezaba a seguirla por todas partes, imitando sus movimientos. Cuando ella se daba la vuelta para ver qué estaba haciendo, él gritaba: «¡Soy Sacajawea, la mujer pájaro!». Era despiadado en sus imitaciones, un verdadero comediante con el lado oscuro de todos los comediantes.

Él también fue blanco de muchas burlas y objeto de mucho desprecio, por mojar la cama, por su temperamento, por sus logros académicos, por sus poemas, por su cátedra en Harvard; era el más peligroso de los hombres, el que no tiene nada que perder. Había sufrido el rechazo en la infancia, de modo que en la edad adulta se cobró venganza dedicándose a rechazar a los demás. Si lo hacías enfadar, dudabas de él, lo sermoneabas o lo tratabas a la ligera —si no te lo tomabas en serio, fuera como fuera—, él intentaba destruirte por medio de un escrito anónimo difamatorio, de un poema en el que te maldecía, como una especie de vudú literario, o en alguna de sus humoradas, dirigiendo todo su humor y su inteligencia contra el objeto de su desdén con la intención de incitar a toda la familia a hacerte callar a gritos. En una familia en la que todos practicábamos la huida, él prefería la confrontación.

Muchas de sus caracterizaciones procedían de sus clases de literatura. Al ver a Fred, podía fruncir los labios y decir: «Demos la bienvenida a Eugene Wrayburn», o clavarles la mirada a Franny y su marido, Marvin, y saludarlos llamándolos «los Veneering». Rose era la señorita Piggy, Gilbert era Filbert o Gerald Emerald, Hubby era Giant Haystacks, yo era Plastic Man, madre era la reina Lear o «Addie Bundren, ¡maldiciendo desde el catafalco!». No

*permitiré que una víbora bufadora de ciento cincuenta kilos se entrometa en mi vida*, le escribió a una vecina suya que estaba muy preocupada por su peso. *Tienes todas las virtudes de un perro salvo la fidelidad*, le espetó a Moneen, la esposa de Hubby, y cuando la pobre mujer le envió a Floyd un regalo de Navidad a modo de ofrenda de paz, él se lo devolvió sin abrir, con una nota garrapateada que decía: *No se puede ser policía y también ladrón*.

Como era un enemigo tan terrible, había que procurar obtener su amistad, y para ello era necesario ablandarlo. Todos le regalábamos dulces y fruta, libros que pudieran gustarle, objetos para sus diversas colecciones. Coleccionaba cucharillas de helado, huchas mecánicas de hierro fundido, libros sobre vampiros, cualquier cosa antigua relacionada con la Coca-Cola, pelotas de béisbol firmadas, cualquier cosa que tuviera relación con Marilyn Monroe, viejos fusiles de chispa, postales exóticas, *netsukes* de marfil y muchas otras cosas. Un regalo adecuado podía apaciguarlo.

A veces se mofaba de nosotros cuando madre estaba delante.

—Te voy a quitar esos aires —decía con desdén, simulando el restallido de un látigo.

El blanco de sus bromas solía ser Hubby, por su peso, su manera de bambolearse, la solemnidad con que hablaba de herramientas y su particular gusto por llamarlas por su nombre: una raedera, un martillo de bola, una llave de tubo, una cuña. Y aunque Hubby estuviera muriéndose de vergüenza, madre se reía, tapándose la boca, sacudiendo los hombros, disfrutando de la situación mientras chillaba:

—¡Que Dios me perdone!

Y Floyd, mirando con el rabillo del ojo, se daba cuenta de que había triunfado cuando veía a madre sin aliento y rebosante de júbilo, regodeándose en el espectáculo que suponían esas peleas entre sus chicos y que le proporcionaban tanto placer como poder.

—Camina así —decía de alguien conocido, e imitaba su manera de andar, echando los pies hacia fuera, agarrotando las piernas, dando grandes zancadas o como si fuera patizambo.

Imitaba la forma de caminar de Franny, que arrastraba los pies, y de Marvin, que los tenía planos y movía los hombros al desplazarse al tiempo que se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Imitaba el zarandeo de Hubby, el deslizarse de Gilbert, los andares decididos de Fred y el modo en que movía los codos. Imitaba el paso de madre, que iba siempre encorvada

«como una *geisha* estreñida o un pájaro en una playa».

Después de que Floyd dejara de hablarme, seguí recibiendo visitas de Franny y Rose. Me traían los regalos habituales, fruta y golosinas, y un día se presentaron con una vela aromática. Cada vez que las veía, me acordaba de cómo Floyd se burlaba de ellas. «Franny se parece a Ethel Rosenberg. Los ojos de Rose son como los de George Metesky. ¿Lo recuerdas? ¿El loco de las bombas?».

—¿Estás bien? —me preguntaron mis hermanas.

Estaban tratando de sonsacarme alguna noticia sobre mi boda. Yo había decidido ocultar mi fracaso. No les conté que había terminado una novela que se publicaría pronto. Esperaba que vendiera bien, para poder largarme de allí. Tenía la sensación de que mencionar la posibilidad de tener éxito, e incluso desearlo, me daría mala suerte, de modo que aguardaba silenciosamente que se produjera un milagro.

—Floyd no me habla —dije.

—Ya sabes cómo es —dijo Franny, e hizo una mueca.

—Está como una cabra —dijo Rose. Desde luego, tenía los mismos ojos que el loco de las bombas—. Si Bingo apareciera con alguien como él, creo que me daría un ataque.

Me animaron a olvidarme de él; era un chalado y un resentido. Yo no necesitaba muchos ánimos, pues estaba dolido, me sentía solo y no había nadie en la familia a quien Floyd no hubiera ofendido.

—No debería pensar más en él —dije—. Por lo menos ya no viene a pedirme favores.

—La verdad es que dependía mucho de ti —dijo Franny.

—Siempre me estaba pidiendo que le prestara el coche, los palos de golf, la escopeta... Todavía no me ha devuelto un rastrillo que le dejé el año pasado. No es que me importe mucho. Que se lo quede. ¿Todavía tiene tres gatos?

—Uno de ellos murió.

Me reí.

—Pero ha tenido más suerte con los gatos que con las mujeres.

—¿Te acuerdas de la chica esa que iba a llevar al baile de fin de curso, y al final no se atrevió? —dijo Rose.

—Es probable que en el fondo les tenga miedo a las mujeres —dijo Franny—. Está celoso porque tú te vas a casar.

Estuve a punto de confesar, pero dije: «¿Quién sabe?», tan enigmáticamente como pude, porque toda esa conversación sobre el fracaso de Floyd con las mujeres me había puesto en alerta. Al igual que él, yo había tenido dos esposas, dos divorcios, unas cuantas relaciones más y unos pocos compromisos fantasma.

Me subió la moral hablar mal de los intentos de Floyd de sacar adelante un matrimonio y de sus divorcios.

—Y no tiene hijos —dije—. Seguro que dispara balas de fogueo.

Necesitaba cariño. No podía contarle a nadie que mi historia de amor con Missy se había terminado. Si revelaba eso, me quedaría sin nada. Mi secreto era triste, pero por lo menos era mi secreto; era algo a lo que me podía aferrar. Hablar sobre el fracaso de Floyd me proporcionó valor y una especie de gozo impío.

—Los otros niños siempre decían que era un maldito loco.

Ahora Franny se reía, y ya no se parecía a Ethel Rosenberg. Miraba a Rose y asentía con la cabeza. Rose también se reía, abriendo mucho sus ojos semejantes a los del loco de las bombas.

Ocurrió lo inevitable. De nuevo es posible que tú lo vieras venir antes que yo. Floyd me envió una carta rebosante de cólera en la que me atacaba por hablar de él y citaba al pie de la letra todo lo que yo les había dicho a Franny y Rose. ¡*Chalado!* ¡*Gato muerto!* ¡*Resentido!* ¡*Maldito loco!*

Franny y Rose le habían contado lo que yo había dicho de él porque él les había relatado todo lo que yo había dicho de ellas. Y así, sin decir ni una palabra, ellas también desaparecieron de mi vida, a causa de la indignación, de la vergüenza, del miedo. Yo ya no me relacionaba con nadie de la familia salvo con madre, que me contaba que todo iba bien. Empecé a rezar por el éxito de mi novela. Necesitaba huir.

Seguía llamando a madre, pero tenía mucho cuidado con lo que le decía. El tema principal de nuestras conversaciones era el tiempo, aunque con madre uno casi nunca necesitaba proponer un tema. Como siempre, ella hablaba y yo escuchaba. Un día que estaba de buen humor, me dijo:

—Estoy agotada. Acabo de llegar de un cumpleaños.

—¿De quién?

—De Floyd y Jake. Ya sabes que cumplen el mismo día. Ha sido todo un

despliegue. Estaba todo el mundo. Fred es tan extravagante. Ojalá no hubiera..., la verdad es que es un desperdicio.

Jake era el hijo mayor de Fred. El que, hacía mucho tiempo, se había convertido en una leyenda cuando contó que acababa de comerse un vaso de poliestireno. Como alguien no se lo creyó, lo vomitó sobre los zapatos del escéptico.

—A mí no me invitaron.

—Bueno, fue una cosa pequeña, solo había tarta y un poco de helado —dijo madre, reculando—. Yo no comí mucho.

De repente estaba cohibida, y empezó a toser como tosía siempre Floyd cuando la imitaba, intentando tragarse su error.

—Supongo que no les apetecía que fuera.

—Claro que les apetecía.

—Habría sido incómodo encontrarme con Floyd —le dije—. Pero ¿no te preguntaste dónde estaba yo?

—Solo fue una pequeña reunión en el porche de la casa de Fred. Estoy segura de que tenías cosas más importantes que hacer.

No tenía nada que hacer.

—Estar con tu amada —dijo.

—Es verdad. Se me había olvidado.

En cuanto colgué el teléfono, llamé a Fred. Le dije que estaba dolido. ¿Cómo podía hacer una fiesta en su casa, que estaba apenas a unos kilómetros de la mía, e invitar a todo el mundo menos a mí?

—No pensé que quisieras venir —dijo.

Era demasiado débil para admitir que había elegido a Floyd y no a mí. Toda la familia había estado allí, y madre había ocupado el lugar de honor en la cabecera de la mesa, donde sus hijos e hijas la habían cuidado como a la reina que era.

Pronto descubrí por qué me habían dejado de lado.

## 17. Deportividad

Floyd había salido de mi vida y había reaparecido entre ellos; seguro que hacía sus imitaciones y se ponía a caminar de distintas maneras y a gritar: «¿Quién soy?», hasta que alguien lo adivinaba. Todo el mundo estaba aliviado. Él era nuevamente parte del grupo y los hacía reír, como en los viejos tiempos. Lo necesitaban, necesitaban su complicada amistad y necesitaban sobre todo su protección: la seguridad de que no les haría daño con su ingenio cruel. Era como un gato agresivo al que ellos hubieran dejado sin uñas. En sus ausencias y silencios siempre había habido un toque amenazador. Ahora que habían conseguido llevarlo a su terreno, él se burlaba en nombre de todos, en vez de burlarse de ellos.

Le habían suplicado que los tratara con cordialidad, le habían llevado regalos propiciatorios, le habían enviado invitaciones. Ya no tenían que estar siempre vigilantes, y podían abrir las cartas de Floyd sin ponerse a temblar, pues así era como él comunicaba siempre sus devastadoras opiniones: por medio de cartas escritas a máquina con una letra muy apretada. Pero sus regalos no habían funcionado. Él estaba de su lado porque me consideraba un traidor. *¡Tu esposa!*

Yo no le había hablado de mi cariño por Missy. De hecho, ni siquiera había mencionado su nombre, sabiendo que él se burlaría, sobre todo del irrisorio apellido «Gearhart». Y ahora no podía contarle que todo había terminado. Todo lo que él «sabía» pertenecía al área de los chismorreos, las especulaciones y las medias verdades creativas, pues así eran las noticias de la familia.

Como Floyd ahora era un invitado habitual en la casa de Fred, en la de Franny, en la de Rose —no tanto en las de Hubby y Gilbert—, yo era un lastre. No podían invitarme, ya que mi presencia lo espantaría. No podían recibirnos a los dos sin perderlo a él, de modo que lo eligieron a él. Él era más irónico, más divertido, más irritable, más eminente, más peligroso.

¿Cómo había podido tener lugar una transición tan suave y con resultados tan satisfactorios? La clave había sido madre: desde la primera fiesta a la que no me invitaron, madre había estado siempre muy presente. No me había mencionado; nadie lo había hecho. Madre había dado la bienvenida a Floyd como si fuera un guerrero que acabara de regresar de la jungla al claro donde vivía la familia. En su papel de matriarca, le dio su bendición a Floyd, y como era ella quien dominaba las fiestas, estaba en posición de sancionar la lista de invitados. Oí a Franny decir entre dientes que a Jonty lo habían borrado de la lista.

—Mamá dice que probablemente sería lo mejor.

Franny pensaba que se trataba de un sacrificio que había que hacer por Floyd, pero en realidad era algo que madre planeaba en su propio beneficio.

No me quejé. En mi familia, cualquier queja suponía exponerse. Pero pregunté por las fiestas, aclarando que lo hacía solo por curiosidad. Madre ya había perdido la oblicuidad y la ironía, y sin embargo, era lo bastante astuta como para sospechar que yo estaba dolido, de modo que se puso a la defensiva.

—Tómalo con deportividad —dijo.

Madre contaba con que yo era tranquilo, y eso le parecía muy bien; lo consideraba una debilidad. Yo era fácil, Floyd era difícil, de modo que fue el elegido. En esa época, madre era siempre la invitada de honor y Floyd se sentaba a su derecha, domesticado y atento. Como habitualmente era un cascarrabias y se había vuelto leal, su presencia confería aún más poder a madre.

Desesperado por saber más, los llamé a todos para descubrir en qué posición me encontraba. Gilbert se mostró bastante vago; estaba preparando un viaje a Siria. Hubby estaba muy ocupado en el hospital, pero admitió que había ido a varias barbacoas en la casa de Fred y también a una cena que había organizado Franny, en la que cada uno tenía que llevar algo. Me dijo que la comida era muy grasienta, la cerveza estaba caliente y las hamburguesas se les habían quemado; su queja era una forma de transmitirme que no me había perdido nada.

—Floyd estuvo haciendo bromas sobre la ensalada de tres legumbres de Franny y juegos de palabras con cosas de comer.

Cuando llamé a Franny, porque lo de esa cena era nuevo para mí, se quejó de Floyd —«Siempre ha requerido mucha atención»— para que yo no me

sintiera mal por haber sido excluido.

—En realidad no fue gran cosa —me dijo—. ¿Quién te lo ha contado?

—Hubby.

—Hubby se comió como sesenta hamburguesas, una montaña de patatas fritas y una tonelada de tarta —dijo Franny—. Los perros de Fred se metieron en la piscina. El pequeño Benno trató de entrar atravesando la tela metálica de la puerta y hubo que darle puntos. Bingo se metió entre la hiedra venenosa y tuvo una erupción.

Me contó todo eso para hacerme sentir que tenía suerte de no haber ido.

Y ¿por qué iba a querer ir? Porque Missy me había rechazado. Porque había acabado mi novela y quería contárselo a alguien. Porque estaba deprimido por vivir cerca de madre y no sabía cómo huir.

Llamé a Missy. Me interrumpió en cuanto oyó mi voz.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer? —me preguntó.

—No. ¿Qué?

—Has marcado mi número —dijo—. No vuelvas a hacerlo jamás.

—He comprado unas langostas. Se me ha ocurrido que podría llevártelas. Te quiero.

—Yo no como langosta. ¿Ves? Dices que me quieres y ni siquiera conoces ese detalle tan sencillo.

Estuve con el teléfono pegado a la oreja durante tanto tiempo, estupefacto ante su rechazo, que una voz grabada comenzó a decir una y otra vez: *Si quiere hacer una llamada, por favor cuelgue e inténtelo de nuevo.*

Cuando llegaron las galeradas de mi libro, estuve ocupado. Pero en la soledad, incluso en la más apacible, hay algunos momentos del día, sobre todo cuando empieza a atardecer, en los que aparece un tipo de tristeza, una quietud imprecisa y sombría que te recuerda que podrías estar en otra parte, un vacío; hay algo que falta. Las sombras preguntan: ¿Qué estás haciendo?

Salía, me iba a dar una vuelta en el coche, me metía en bares. En los bares se veía a la legua que era forastero, porque todo el mundo se conocía; yo era un intruso. Los clientes de los bares forman una especie de familia, pero rara vez se trata de una familia feliz. No pintaba nada entre ellos.

¿Acaso yo no tenía una familia? Le había llevado un chal a madre.

—Es bonito —dijo, y supe, por ese débil elogio, que probablemente se lo



daría a alguien; sería solo otro de sus numerosos regalos reciclados.

—¿Cómo estás, mamá?

—Acaba de llegarme la factura de la electricidad. Es astronómica. Y nunca me dejo las luces encendidas.

Uno de sus temas favoritos, el elevado coste de la vida.

—Recuerdo cuando un dólar era un montón de dinero.

—Hasta yo me acuerdo de eso —dije.

Le ofrecí ayudarla económicamente, aunque no estaba muy convencido, en parte porque no se había mostrado lo bastante agradecida cuando le regalé el chal, pero también porque yo tenía poquísimo dinero. Pero quizá mi libro fuera un éxito.

—No, ya me apañaré —dijo madre con voz de mártir.

Para cambiar de tema, comenté que tenía muchos libros sobre la mesita del salón.

—Me encanta leer un buen libro —dijo madre—. Me gusta cultivar la mente. Nunca pierdo el tiempo.

—He terminado mi novela —le dije—. Va a salir dentro de muy poco.

—¿Sí?

Lo dijo ladeando la cabeza, como si quisiera que le contara algo más sobre el tema, pero yo me abstuve de hacerlo. No quería que se pusiera a hablar por ahí de mí ni de mi nuevo libro. Sabía que acogerían la noticia con burlas. Y mis secretos eran lo único que tenía.

—¿Y estos? ¿Están bien? —le pregunté, toqueteando los libros.

—Me los trae Floyd. Sabe que leo mucho —los empujó y vi una biografía de Amelia Earhart, una novela y un libro ilustrado sobre los italianos que construyeron Estados Unidos.

—Me odia.

—Nadie te odia.

—Me odia todo el mundo.

—Eso es muy injusto —dijo, y para que quedase bien claro, añadió—: por tu parte.

—Cuando invitan a Floyd a una reunión familiar, yo siempre quedo excluido —dije. Madre no reaccionó—. Se niega a hablar conmigo.

—A lo mejor tiene algún motivo.

Eso significaba que la culpa era mía.

—No tengo ni idea de cuál puede ser el motivo —dije—. Me ha escrito

unas cartas muy crueles.

—Eso es algo entre vosotros dos —dijo madre.

—A lo mejor podrías hablar con él.

Madre hizo un gesto de dolor y se apretó las sienes.

—Tengo un dolor de cabeza terrible.

Madre tenía lo que quería. Necesitaba un contacto habitual con Floyd. Yo importaba menos, porque mi lealtad nunca se puso en tela de juicio y me tomaba las cosas con deportividad. Pero Floyd era voluble, Floyd era burlón, Floyd era peligroso; era una figura de poder que podía afectar a los demás con sus ironías y sus sátiras. Eso perturbaba a madre. Que él la llamara y fuera a visitarla, que le llevara libros, asistiera a las fiestas y le presentara sus respetos era muy importante para ella. A veces también le llevaba comida, como Franny y Rose: medio kilo de vieiras, un par de langostas, una lata de galletas, una cesta de frutas del bosque, una bandeja de quesos con una nota manuscrita: *Me encantan los quesos fuertes*.

A madre no le importaba lo que hiciera Floyd el resto del tiempo. Si cuchicheaba sobre mí o me imitaba, era mi problema. Madre se habría sentido molesta si se hubiera enterado de que Floyd se burlaba de ella, pero nadie cuchicheaba sobre esto. Floyd inspiraba miedo al chismoso en potencia.

Madre estaba feliz. Floyd iba a verla, le llevaba regalos, se comportaba como un hijo agradecido. Yo, en medio de mi confusión, actuaba como un hijo descarriado, no solía hacerle regalos ni la visitaba con regularidad. Era hosco, egoísta, desconfiado, desconsiderado y —según madre, que siempre culpaba de todo a los demás— tenía tendencia a culpar a los demás de todo. «Deja de sentir pena por ti mismo», llevaba escuchando eso toda la vida. No se nos permitía estar tristes, llorar, tener dudas ni ser introspectivos, de modo que teníamos que encontrar otras maneras para expresar nuestro abatimiento.

A madre no le interesaban mis problemas, ni los de nadie, salvo como materia para chismorrear, porque cualquier drama le restaba protagonismo al suyo. No estaba dispuesta a escuchar. Decirle «Me odia» había sido un error por mi parte. No sentía ninguna clase de compasión. Nadie podía estar más dolido que ella. Si creía que nadie estaba tan enfermo como decía, seguramente era debido a que ella de manera inconsciente sabía que era una hipocondríaca, a que de algún modo notaba que nunca decía la verdad sobre su salud.

El egocentrismo y la indiferencia de madre podían resultar exasperantes, pero le evitaban tener que preocuparse por nosotros. Nunca se mostraba más regia o distante que cuando tenía lugar una crisis entre sus hijos. Entonces su único consejo era: *Tómatelo con deportividad*, que significaba: *Cierra la boca*.

La principal preocupación de madre era que fuéramos leales con ella. Le gustaba un poco que nos enfrentáramos entre nosotros. No es que quisiera conocer todos los pormenores de cada conflicto —no quería—, pero la reconfortaba la certeza de que éramos más fáciles de dominar si estábamos enfrentados y un tanto confusos y necesitados de sus consejos.

«Maquiavelo para principiantes», solía decir Floyd. Pero yo pensaba: Maquiavelo, sí, pero no para principiantes. Madre era una auténtica experta en el manejo del poder.

La crisis comenzó cuando recibí por correo una revista literaria, una de esas publicaciones trimestrales sobrias y académicas que llevan el índice en la cubierta. No era una revista a la que estuviera suscrito. Mientras abría el sobre, pensé que me habrían metido en su lista de correo, y estaba a punto de tirarla a la basura cuando vi que incluía un texto de Floyd. Era un relato que tenía un título típico de él, llamativo y arcano, «Envenenar a un hijo».

Durian Staines [así comenzaba el relato], que siempre había envidiado a su hermano Jack y con el tiempo llegó a odiarlo completamente, y que se había ido volviendo más irascible y hostil con el paso de los años, estaba tratando de intimidar a su hijo mayor, Blore, que ya tenía treinta y cuatro años, para que escribiese algo ponzoñoso sobre su tío, y para que la idea fuese más tentadora, prometió regalarle su viejo Jaguar XK120 si la llevaba a cabo.

—Pero, como ya te he dicho, tiene que ser una obra de ficción —advirtió el padre sobriamente, haciendo un mohín estimativo, seguido de un guiño—. De lo contrario, te podría denunciar por calumnias.

El hijo, que siempre vivió a la sombra de esa antipatía vigorosa e incesante que había mantenido enfadado durante décadas a su célebremente intolerante padre, lo escuchó al fin hablar con una franqueza que parecía, *parecía* —vivía con dudas, tenía ansiedad— hacer que todo

valiese la pena.

Pero los Staines eran escépticos, la oblicuidad era su método, la falsedad era su estilo y no se tomaban las sugerencias como incitaciones, sino como órdenes. El padre llevaba años insistiéndole al hijo para que escribiera esa novela.

El menudo padre y el hijo, más alto, solían sentarse a tomar bebidas ecológicas bajo el baldaquín de la veranda de su casa, situada en la exuberante zona de Hidden Hills, en Los Ángeles. Desde allí contemplaban, por encima de una fila de ruidosos aspersores, las casetas para hurones que el grosero y con frecuencia cascarrabias director de cine había comprado con los beneficios de su última película, sorprendentemente exitosa, habida cuenta de que, por lo general, sus documentales reportaban exiguos ingresos en taquilla...

Lo de las «bebidas ecológicas» y las «casetas para hurones» estaba muy bien. En cualquier caso, lo leí con la boca abierta, sin poder creer que Floyd hubiera escrito una cosa tan ridícula y, la verdad, tan pomposa. Su furia había alcanzado tal extremo que no quiso arriesgarse a ser sutil. Durian Staines era yo, que conspiraba con mi hijo mayor, Blore, y la víctima, Jack, era indiscutiblemente Floyd. Jack no solo era escritor, sino que «Jack también escribía como un ángel, con una prosa directa y original que atravesaba la página refulgiendo como un relámpago difuso y, aunque Durian era más conocido y tenía un reconocimiento mayor, Jack, para quienes realmente tenían un criterio, para quienes tenían buen gusto, era más original con diferencia».

En esta obra no había lugar para la ambigüedad, y tampoco para el humor feroz de Floyd; todo rebosaba rabia y recriminaciones, formando un estridente pastiche. Yo era un escritorzuelo envidioso en connivencia con mi hijo para mancillar —así lo decía— la reputación de mi talentoso hermano. Había plagiado un poema inédito de mi hermano y, por si eso fuera poco, había solicitado la ayuda de mi hijo, que apenas sabía juntar palabras, para concluir la tarea. Ese chico al que yo había lavado el cerebro, al que había «envenenado», había publicado un relato en el que ridiculizaba a aquel hombre tan meritorio, el hermano difamado. Jack, el personaje de Floyd, era un genio solitario; Durian Staines era un trepa sin talento; Blore era un mono.

Lo curioso era que eso de lo que me acusaba era precisamente lo que había

hecho él. Yo no había publicado nada sobre Floyd, pero el relato que aparecía en aquella revista era sobre mí.

—No le hagas ningún caso —me dijo Fred cuando hablé con él sobre el asunto—. ¿Quién lee esas cosas?

No quería implicarse, y me dio la impresión de que veía una pizca de verdad en el retrato que Floyd había hecho de mí.

—¿«Una prosa directa y original que atravesaba la página refulgiendo como un relámpago difuso»? —Gilbert se encogió de hombros—. Yo no diría tanto.

—¿Se supone que ese eres tú? —preguntó Hubby.

Madre sonrió tristemente cuando yo saqué el tema.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —dijo.

El rechazo público que Floyd había elaborado de manera tan compleja tuvo el efecto deseado. A mí me perturbó, en parte por la cantidad de tiempo que debió de invertir en escribirlo y publicarlo. No era meramente malicioso, era meticuloso en su malicia. Pero, por supuesto, Fred tenía razón al preguntarse quién leía esas cosas. Era una revista literaria con una repercusión insignificante, y tras pasar unas semanas encolerizado, me di cuenta de que lo que había escrito no tendría ningún efecto. El ataque era algo tan reconcentrado, tan resueltamente violento, que al final resultaba tosco, ingenuo, un simple aullido de rabia y su débil eco. Su objetivo principal había sido hacerme sentir mal. Tras la irritación inicial, lo dejé correr y, con gran deportividad, me olvidé del tema.

También Floyd debió de notar que había errado el tiro con el relato. Me había enviado la revista con la intención de hacerme daño, y lo había conseguido; pero necesitaba que el texto circulara. Quería que yo sufriera la desaprobación colectiva de todo un coro, mas casi nadie había escuchado su voz solitaria.

Me satisfizo comprobar que la revista pasaba inadvertida. Si hubiera funcionado, si hubiera creado un gran revuelo, si me hubiera puesto en ridículo, si me hubiera afectado de verdad, la cosa podría haber terminado ahí. Pero él se dio cuenta de que no me había dado; yo no estaba dañado y no hubo ninguna reacción. Si el objeto de una sátira es generar desdén y escarnio, Floyd había fallado. Tal vez le hubiera salido el tiro por la culata, pues era él quien había sufrido un fracaso, no yo.

Entretanto, mientras todo esto iba sucediendo poco a poco y en voz baja, se

publicó mi novela. Yo había empezado a escribirla antes del empeoramiento final de padre, y el trauma que me causó su muerte había acelerado el proceso de escritura y había convertido el libro en un denso ensueño lleno de sufrimiento. La muerte de padre no aparecía en la novela, pero mi dolor se evidenciaba en cada línea. El tema era la pérdida; era una versión novelada del final de mi segundo matrimonio. Se titulaba *Mi otra vida*, y en ella contaba la espeluznante sensación de amputación que había experimentado tras mi doloroso divorcio.

Las reseñas fueron respetuosas, y algunas incluso elogiosas. El libro era divertido; en él no me compadecía de mí mismo, sino que me burlaba de mí mismo. No aparecía ningún personaje malvado y el tono era imparcial; estos fueron los aspectos que destacó la prensa.

Me parecía que me hallaba a las puertas de un gran éxito —de ventas, que me aseguraría un buen contrato para el siguiente libro— cuando Floyd reseñó el libro para la revista *Boston*.

Esta popular publicación incluía una mención a la reseña de Floyd en la cubierta. «Nuevos libros: Una reyerta familiar», decía el provocador titular. El texto no tenía precedentes. ¿Alguna vez el hermano de un autor había reseñado un nuevo libro suyo y —pues este parecía el único motivo— lo había destrozado? Esa es, sin duda, la peor reseña que me han hecho en toda mi carrera, pues no solo condenaba mi libro, sino que también suponía un ataque de lo más amargo contra mi vida.

Ya me habían hecho críticas negativas con anterioridad, pero incluso en las peores, los reseñistas moderaban la violencia de sus comentarios, o me reprobaban por medio de elogios muy flojos, o dejaban constancia de su decepción, o decían que había escrito cosas mejores en el pasado. Nunca, hasta la reseña de Floyd, me habían tildado de impostor, escritorzuelo, puta, cerdo, rimbombante gacetillero. «Como mucho, una lectura de playa, un ladrillo para gente de nivel cultural medio que apenas está un poco por encima de Judith Krantz o Belva Plain», escribió. Ofrecía un breve resumen, burlón e inexacto, del contenido de la novela, y dedicaba la mayor parte de la reseña (que ocupaba ocho páginas) a hablar de mí, diciendo cosas de las que solo podía haberse enterado a través de madre, Fred, Gilbert, Franny, Rose o Hubby. Todo estaba allí: las anomalías de mi vida, lo que había en mi casa, el coche que conducía, la comida que comía, mis entretenimientos, los ejercicios que solía hacer y mi relación con Missy, incluida una mención al

anillo de noviazgo.

Solo Floyd podía haber descrito mi libro como «un estrambótico quiasmo, una broma infantil y estrafalaria, sin más hilos conductores que lo venal, lo descuidado, lo complicado, lo autopromocional, lo egocéntrico, la hidra literaria que es el propio autor, que se nos muestra al mismo tiempo como un hombre penitente y escurridizo, un sinvergüenza, un patán, un cobarde, un matón y un petulante en un novelístico callejón sin salida, un mero truco barato con un sinfín de gestos taimados, una mierda propia de un auténtico canalla que recuerda a la paradoja del gato de Schrödinger, en la que un acontecimiento sucede y no sucede. Lleno de culpa y artimañas y resentimiento, relata una y otra vez todos los detalles de su divorcio».

Pero eso no era todo: «En esta desgraciada novela se retrata a sí mismo como un escritor espantoso, un siniestro gilipollas que se las da de listo y se atreve a exponer sus costumbres ruidosas y sus trapos sucios, los caprichosos delirios que él toma por hechos reales y que se presentan de una manera tan enloquecida como estúpida, en un intento de explicar, por omisión, todo lo que él piensa que no es pero brutalmente podría ser, un adulator hiperbólico». Y, por último: «Es una novela de contricción, montada a partir de los ardides de un escritor que al fin dedica un momento a ironizar sobre sí mismo, aunque sin sutileza (...) y para surgir —aunque sea solo durante el tiempo que dura el relato— de entre las tinieblas crueles y llenas de oquedades que, como un cangrejo, ha decidido habitar durante tanto tiempo».

Esto sobre la novela. ¿Y sobre el novelista? Pasé la página.

«Es un hombre pequeño y arisco y malicioso. Ha ridiculizado por escrito todo lo que ha conocido en su vida, y con exageradas ansias de venganza ha considerado que a la mitad del mundo le faltan bondad y gracia, inteligencia y valor, limpieza y carácter. Es famoso por presentarse como un cascarrabias en sus libros de viajes, en los que su carácter avinagrado ocupa un lugar tan importante como la celebración de lo que se va encontrando en su camino, y cuando no está viajando, suele dedicarse a calumniar a su primera mujer. Donde otros escritores se entregan, él se limita a prestarse; André Gide ya dijo que la gente que sonrío en lugar de reír se contiene para poder considerarse superior».

Ese era solo el principio. Me imaginaba perfectamente los dedos de Floyd tecleando con furia.

«Es débil, frío en el plano emocional y se siente culpable en relación con la

sexualidad; es hipócrita, celoso, desleal y miedoso. Escribe con malevolencia sobre gatos, gente sobrealimentada, colegios privados, el comité de selección de la beca Guggenheim, los viajes organizados, el catolicismo, los modales de los británicos, las vírgenes, los zapatos malos, el clima de Nueva Inglaterra, todo tipo de atletas, el patrocinio, los dónuts, la vulgaridad de los irlandeses, su ciudad natal, los soldados, las llamadas telefónicas inoportunas, los armenios, la familia y las mujeres».

¿Ha dicho «dónuts»?

«Nosotros, en la familia —continuaba Floyd, que parecía estar instalándose en su nuevo papel de sicario de madre—, no hacemos caso de su afectada finura, de su engreimiento y de sus aires de grandeza, de su desesperada insistencia de lameculos en que tiene muchos amigos aristócratas, y simplemente nos reímos de la fama que corteja y persigue. Pero ¿qué puedo decir de su famoso acento británico? Es una mezcla de Cape Cod con Cheltenham. Por no hablar de las expresiones que usa. “Telefonéame”, dice, o “¿Te relleno la copa?”, o “¿Puedes depositar en el maletero estos cojines para el barco?”. Todo esto puede parecer inofensivo, aunque desde hace mucho tiempo siento un dolor tácito y vergonzoso, una mortificación, al descubrir que a él le resulta estimulante. Su conducta justifica a una persona que hace poco me dijo: “Tu hermano es envidioso, pequeño, mujeriego, mezquino, testarudo y cascarrabias”. Toda la familia se ríe de él».

Había bastantes páginas más, sobre mi patética casa, mis inútiles exmujeres, mis desgraciados hijos, mi esnobismo. Había frases que solo Floyd podía haber escrito: «Es un diligente abanderado de la autopromoción de sus cargas ontológicas». También era un plagiario y un canalla.

«Tiene problemas intestinales y come ciruelas para desayunar y una vez me hizo unas preguntas sobre zapatos de plataforma», escribió, delirando alegremente pero ya lanzado. «No he conocido nunca a nadie con menos capacidad para escuchar a los demás; su falta de empatía llega a niveles patológicos. Escribe unas cartas venenosas, se comporta como una urraca empedernida, lleva siempre la ropa arrugada, y es egocéntrico, inestable, excéntrico, ocasionalmente divertido y sabihondo siempre».

Alexander Pope, Mark Twain y Ludwig Wittgenstein fueron convocados para criticar mi vida y mi obra, mi «espantoso lado ilegal» y, al final, en la octava página, Floyd opinaba que yo solo había tenido éxito en «el triunfo



perverso y nimio que supone lograr revelarse por medio de un libro fracasado».

Y aunque para la familia no era ninguna novedad, para el mundo fue una revelación que mencionara a mi «hijo ilegítimo» como si yo hubiera abandonado por ahí a un niño tonto y tullido. «¡Ahora, dioses, proteged a los bastardos!», concluía.

Ese era su veredicto: yo era un fracasado. «El mundo académico lo ignora, y el *establishment* literario, en su mayor parte, lo desdeña. No conozco a nadie que haya escrito tantos libros y haya obtenido un reconocimiento crítico tan pequeño. Ninguna de sus obras se lee en la universidad, ni ha alcanzado un estatus de culto, ni ha generado, por lo que yo sé, un solo artículo académico, y casi todas están descatalogadas».

Me estaba acercando al final y tenía la boca seca y los ojos irritados, pero seguía volviendo atrás, a la parte de «toda la familia se ríe de él» y a las mentiras; el veneno que contiene una mentira le proporciona una intensidad muy amarga. Era una diatriba impresionante. Justo había acabado de leerla cuando sonó el teléfono. Era un columnista del *Boston Globe*.

—Me gustaría saber...

Me preguntó si había visto el texto, si lo había leído, qué opinaba.

—Evidentemente, es un homenaje —dije.

En cuanto colgué el teléfono, volvió a sonar. Otro periódico.

Las preguntas seguían ahí. ¿Cómo no? Había una larga historia de hermanos escritores, pero el ataque que yo había sufrido no tenía precedentes. Muchos hermanos que se dedicaban a escribir se peleaban; de hecho, los hermanos que escribían casi siempre se peleaban. Thomas Mann tenía un hermano, Heinrich, que estaba muy enfadado con él. Henry James tenía a William. Chéjov tenía a Nikolai. Wilde tenía a Willie. Joyce tenía a Stanislaus. Lawrence Durrell tenía a Gerald. William Faulkner tenía a John. Hemingway tenía a Leicester. Naipaul tenía a Shiva. Todos ellos eran más o menos rivales. El hermano que parece más agradable no tiene por qué ser el mejor escritor de los dos, y tampoco tiene por qué ser de verdad el más agradable. Todos ellos habían hecho comentarios denigrantes sobre sus hermanos, pero ninguno había reseñado una obra del otro afirmando que el libro era un fracaso y su hermano, un impostor. Floyd era el primero.

Una vez, escribiendo sobre Vidia y Shiva Naipaul, a quienes conocía, había mencionado que los hermanos son versiones el uno del otro, algo implícito en la propia palabra[21]. La desdichada historia de los hermanos escritores estaba llena de conflictos. No podía haber igualdad intelectual entre hermanos, pues, al ser escritores, ambos son unos tarados. Los hermanos escritores con frecuencia son fraticidas de nacimiento y se pelean de una manera muy inmadura, ya que en su relación de rivalidad perdura un elemento infantil. Cuando los hermanos pelean, se revelan los secretos familiares y esas vergonzosas revelaciones suelen hacer que el perdón resulte irrelevante. Es la historia de Shem y Shaun.

Pero el daño estaba hecho, y mi libro estaba hundido. La gente dice que toda publicidad es buena publicidad. Que todo golpe supone un estímulo. Pero no. Yo era un ejemplo viviente de que una publicidad demasiado violenta puede acabar enterrándote. Eso fue lo que me sucedió, porque el hecho de que la gente leyera las medias verdades que Floyd había escrito sobre mí hizo que sintiera que ya no tenía ningún motivo para leer mi libro. Me sorprendió que durante esa época llegué a ser muy conocido y ampliamente comentado y, sin embargo, no dejé de ser insignificante.

«Toda la familia se ríe de él» era lo que más me irritaba, aunque lo de mi «hijo ilegítimo» también me hacía mucho daño. Llamé a madre y la insté a que reaccionara.

—¿Un artículo de una revista? —dijo ella—. No tengo ni idea de lo que hablas. He estado haciendo tartas. Estoy tallando una garza. Voy a dar paseos. No pierdo ni un minuto con revistas.

Me odié por mi indefensión y fui a visitar a madre. Aparqué en la entrada de su casa y me quedé en el coche temblando, asombrado por ser tan débil y miedoso.

Madre estaba de pie junto a la puerta. ¿Cuánto tiempo habría pasado ahí? Reprimía una sonrisa triunfal. Le encantaba que la fuera a visitar alguien que necesitaba su ayuda. Se dio cuenta de que yo estaba fatal. Lo noté en la manera en que le brillaban los ojos, en cómo apretó la mandíbula: *Está peor de lo que pensaba.*

Ya dentro, me dejé caer en una silla. Ella se sentó en su gran trono de cuero y entrelazó las manos, estudiándome.

—Es por el artículo de la revista.

—¿Sí?

Madre se mostró cruelmente imperturbable, se hizo la tonta, fingió que estaba preocupada con cosas más importantes y me hizo contarle toda la reseña que había escrito Floyd. Cogí la revista y empecé a leer. Al citar algunas partes, me ponía a tartamudear; otras hacían que me enfureciera. Madre había afirmado que no tenía ni idea sobre el tema, pero cuando le enseñé las páginas, se dio la vuelta e hizo un gesto de indiferencia con su mano huesuda.

—Bueno, ya sabes cómo es. Siempre está intentando crear problemas.

—¡Mamá! Nadie había hecho nada parecido.

—Pues tienes suerte —dijo madre—. A mí me ha criticado muchísima gente.

—Quiero decir, en toda la historia. Nadie ha escrito que un libro de su hermano es una mierda. Ni siquiera el hermano de Hemingway hizo algo parecido.

—Quizá debiera haberlo hecho —dijo madre, y soltó una carcajada—. Hemingway nunca me ha parecido gran cosa. Pensaba que era muy importante por matar un montón de animales. Y después se mató él.

No tendría que haber mencionado a Hemingway. Era un típico ejemplo de la clase de persona que madre ridiculizaba, pues él era el responsable de sus parrandas, de su autocompasión y de su muerte. *Ay, se ha suicidado*, podría decir madre. *¿De quién es la culpa?*

—Floyd dice que tengo problemas intestinales. Que llevo zapatos de plataforma. Que mis hijos me odian.

—Yo a veces me pregunto qué pensarán mis hijos de mí en realidad —dijo madre.

—Escucha: «Toda la familia se ríe de él». Eso no es verdad. Tú sabes que no es verdad.

—Claro que no. Te queremos. Admiramos todo lo que has escrito.

Su elogio, como siempre, me llenó de pesadumbre y minó mi confianza.

—Podrías decir eso, mamá. Podrías poner eso en una carta al director. Que me admiráis.

Madre sonrió.

—Pero, dime, ¿de qué serviría?

—Sería de mucha ayuda.

—¿Sí?

Ella hizo una mueca de dolor y se tocó la cabeza, llevándose las yemas de

los dedos a las sienes, al principio con suavidad, como si estuviera consolando a un pequeño animal, y después como si estuviera comprobando si una fruta ya está madura. Al cabo de un momento se tocó con más fuerza y dijo que tenía un dolor de cabeza terrible. Era exactamente como la imitación que Floyd hacía de ella. A pesar del dolor, sonrió.

—Déjalo correr —hizo de nuevo una mueca de dolor, invitándome a compadecerla—. Tómatelo con deportividad.

Miré la revista que tenía en la mano y pensé que había un montón de ejemplares en todos los puestos de prensa del estado.

—Hazlo por mí —dijo.

¿Por qué no quería ayudarme ni un poco? Yo estaba seguro de que era porque, desde que se había apartado de mí, Floyd se había acercado mucho a ella —se había vuelto valioso para ella— y los demás habían hecho piña a su alrededor. Esa cercanía era una victoria para ella.

—Hazlo por mí —me repitió cuando me marchaba—. Hazlo por tu madre.

El artículo de Floyd hizo que se intensificara el miedo que le tenía la familia. Todos estaban contentos de que el tema fuera yo en vez de alguno de ellos. No estaban furiosos, sino aliviados.

De todos modos, le pregunté a Fred si estaría dispuesto a escribir una carta al director para poner las cosas en su sitio.

—¿Qué puedo hacer yo? —dijo, dando a entender que no iba a hacer nada.

—Floyd dice que toda la familia se ríe de mí. Podrías decir que tú no.

—Eso solo serviría para agitar las cosas.

—No, serviría para aclararlas.

Fred me sonrió. Sonrió ante la impotencia de mi furia. Era Floyd sonriéndome; madre también había sido Floyd. Ahora todos mis detractores se parecían a Floyd, tenían su mismo pelo, su mirada severa, su sonrisa irónica. Incluso hablaban como él, adoptando su tono de voz.

—Está loco, ya lo sabes —dijo Fred.

—Podrías decir eso en tu carta al director.

La sombra de una duda se proyectó sobre el rostro de Fred. Hizo un leve gesto de cautela, pues ¿qué pasaría si yo le contaba a Floyd lo que acababa de decirme? Se dio cuenta de que había hablado demasiado.

Fred debió de alertar a Franny, porque cuando la llamé, estaba muy bien preparada para rechazarme. Rose no dijo casi nada, e incluso me pareció que daba a entender que era culpa mía que Floyd hubiera escrito aquel texto.

Gilbert y Hubby tampoco fueron de mucha ayuda. Tuve la sensación de que todos pensaban que yo me lo merecía, que todas las mentiras y las afirmaciones delirantes que había escrito Floyd eran esencialmente ciertas. Y, por lo tanto, era verdad que toda la familia se estaba riendo de mí.

Por desgracia, todo eso afectó a las ventas del libro. En todas las entrevistas de todas las paradas de la gira promocional aparecía la misma pregunta:

—¿Por qué su hermano escribió ese artículo sobre usted?

—¿Por qué no le pregunta a él? —decía yo, y le daba al entrevistador el teléfono de Floyd, y seguía sonriendo y diciendo que su texto había sido un homenaje.

Y me di cuenta de que madre no era fuerte en absoluto. Era débil y estaba muy necesitada. No soportaba la disensión, no se le daba bien detentar la autoridad, era demasiado narcisista como para ejercer un control absoluto. Le hacía falta la complicidad de los demás, su sumisión y su respeto, pero nunca estaba segura de cómo conseguir que le mostraran obediencia. Floyd le venía muy bien para lograrlo. En aquel momento, quería que yo saliera de su órbita; quería a Floyd en ella a cualquier precio, porque con Floyd sentía que tenía más poder y que, por muy débil que fuera, estaba al mando. Así lograba que la obedecieran.

Recordé demasiado tarde que en nuestra familia nos habían condicionado para no pedir nunca un favor.

## 18. Una segunda infancia

«*Plaquoteurs!*», habría gritado padre ante aquel lío de haber estado vivo. ¡Metepatas! En la tormenta familiar que se había desatado después de su muerte, cuatro años de madre y a punto de entrar en el quinto, yo me había hecho mayor, y no solo por la edad. Estaba más débil, y mi declive me causaba una gran impresión. Siempre había imaginado —como la mayoría de la gente, supongo— que mi vida sería una larga ascensión, con una prosperidad cada vez mayor, con unas vistas cada vez mejores, con un cielo cada vez más claro, más allá de los riscos, revitalizado y estimulado por el aire fresco y puro: una serie incesante de logros, cada vez más comodidades, cada vez más dinero. Y con un alma gemela a mi lado.

Nunca había concebido mi vida como un descenso complicado, a trompicones por el glaciar del rechazo; nunca me había imaginado con esta soledad agotadora, a dos velas, encorvado sobre un escritorio mal iluminado en una habitación helada, escribiendo frases autocompasivas como esta.

Mi libro fracasó. Culpé a Floyd. Culpé a todos los indiferentes miembros de la familia que, si se enteraron de algo, debieron de sentirse orgullosos y complacidos. Tenía pruebas de que estaban molestos conmigo. Había vivido años de fama y prosperidad a los treinta y a los cuarenta, e incluso entrados los cincuenta; lo que un biógrafo habría llamado la etapa intermedia de la vida. Ahora que tenía sesenta años, vi todo ese tiempo transcurrido desde una perspectiva aterradora, como quien mirara desde una cumbre desolada e inhóspita; la verdad era que a partir de allí solo podía ir cuesta abajo. Me había ido bien hasta aquel fracaso, que me recordó todos mis otros fracasos. La reseña de ocho páginas que había escrito Floyd —su valoración de mi despreciable existencia— me destrozó.

*Bueno, ¿qué piensa sobre el artículo de su hermano?*

Ya tenía una respuesta.

Si llegas a vivir lo bastante, desde el aire límpido de las alturas de la edad

lo ves todo. Con el tiempo, comprendes que se llega a un momento en la vida en el que no hay nada más para ti, nada más que una decreciente repetición, el eco moribundo de las cosas pasadas. La ascensión, que en su día resultó tan difícil, ahora parece espantosamente breve; las satisfacciones, escasas; la intensidad, mitigada por todas las demás molestias. Me impactó darme cuenta de que mi tiempo había pasado. Lo que estaba viviendo ahora era una especie de segunda infancia. Para reforzar esta impresión contaba con la acechante figura de madre, todavía viva, todavía feroz, todavía enigmática, todavía dominante, todavía difícil de complacer, y que nunca se ponía del lado de nadie.

De modo que, con el fracaso de ese libro, la etapa intermedia de mi vida, la parte activa, había concluido. Era algo horrible de contemplar con madre mirando. Ahora yo sabía que no había nada más para mí. Ya había vivido lo peor, y ahora que los acontecimientos comenzaban a repetirse —y esa repetición era como una burla—, estaba asustado, porque el mensaje era que no volvería a vivir nada nuevo. Ahora le tocaba el turno a otro, el turno de los premios, de la fama, de los placeres y gratificaciones, del dinero caído del cielo. Comprendí, de un modo en que los jóvenes no suelen comprender, que yo no podía hacer que todo eso volviera a suceder. Lo que me resultaba más difícil era disfrazar mi decepción mientras me aproximaba a los sesenta y un años. Se podría explicar esa sensación empleando la palabra *impotencia*, pero era mucho peor que eso, pues yo era impotente en todos los sentidos salvo en aquel al que se supone que alude esa palabra.

Había disfrutado de años de trabajo productivo y ciertos logros, cosa que no todo el mundo puede decir. Años de popularidad, años de viajes y desafíos, de gratificaciones inesperadas, años de los que podría hacerse una crónica feliz, años llenos de buenas noticias. Años de aprovechar el tiempo y conocer el amor, y también el fracaso, pero una clase de fracaso que me fortaleció y me hizo mejorar como persona y como escritor. Era una cara que resultaba familiar, y como mis pensamientos íntimos se publicaban con mi propia voz, se me conocía bien. Durante esos años, tuve pocos secretos. Viví mi vida, y viví mis crisis, a la vista de los espectadores que eran mis lectores. Convertí mis crisis en obras de ficción, y así pude soportarlas, y en última instancia aprendí a valorarlas.

Esos años, cuando mi vida era pública, en las entrevistas me hacían preguntas directas sobre mi matrimonio y mi divorcio, mis hijos y mi dinero,

sobre qué había desayunado y qué estaba escribiendo. Incluso un biógrafo perezoso que tuviera una beca de investigación y contara con unos cuantos estudiantes de posgrado para hacer la parte más pesada y rutinaria del trabajo sería capaz de hacer justicia a aquellos años; probablemente podría contarlos tan bien como yo. Mis éxitos eran públicos y mis fracasos tenían lugar a la vista de todos, y quizá parecieran mayores a la luz del sol. A veces me daba la impresión, en esa época, de que pertenecía al público, a mis lectores, a la gente deseosa de enterarse de los pequeños escándalos que yo les proporcionaba: mis dos esposas, mis dos hijos, las casas, los viajes, la fortuna despilfarrada, el colorido y las emociones de mi vida de escritor. Había vivido en un tiempo en que un escritor era una figura mágica, una persona influyente y poderosa, alguien que los otros observaban con atención y que despertaba su admiración y su envidia.

Quizá la forma en que viví, compartiendo mi vida con el mundo, fuera la razón por la que todo acabó. Fui popular durante treinta años y después perdí el favor del público y quedé oculto. Me convertí en esa clase de personaje cuya cara alguna gente recuerda, pero cuyo nombre todos han olvidado. Tal vez hubiera muerto. Pero estaba vivo y muy despierto, y me preguntaba, en medio de esa nueva oscuridad, qué vendría después, y lo único que veía era a madre.

Todo lo que hubo antes de esos años de popularidad era anhelo: fantasías, dolores y preparativos, el desdén de madre, reponer las estanterías de un supermercado. Todo lo que ocurrió después de esos años fue decadencia y hundimiento. Todo lo que había hecho concluyó súbitamente. Empecé a entender a las personas mayores que había conocido en otros momentos de la vida, a los hombres y mujeres a los que había mirado con cierta superioridad, sin tomármelos en serio porque ellos no me tomaban en serio a mí. Su decepción, su escepticismo, su humor amargo, su viejo estribillo: «Ya verás, yo una vez fui como tú». Recordaba cómo ellos se habían burlado de mis esperanzas, cómo se habían mofado de mis ambiciones. «¿De qué vas a escribir tú? ¿Quién va a querer publicarlo? ¿Tienes algo que decir? ¿A quién le puede interesar?»: esos eran los retos que me había planteado madre y que habían estado todos esos años resonando en mi interior.

En cierto momento de la vida te das cuenta de que no vas a conseguir casi nada de lo que esperabas. ¡No va a pasar! Yo me consolaba con la idea de que había tenido más suerte que la mayoría. Había disfrutado y cumplido mis



sueños durante décadas. Pero quería más. No me había imaginado que todo concluiría, no estaba preparado para ello, y el hecho de que todo concluyera hizo que esos años anteriores empezaran a parecerme irreales, como si todo lo que había ocurrido en ellos le hubiera ocurrido a otra persona, a alguien que no se parecía a mí, pues yo no tenía nada como resultado de mi esfuerzo. ¡Lo había perdido todo! Estaba de vuelta en el punto de partida, literalmente, con madre, Fred y Floyd, Franny y Rose, Hubby y Gilbert y el fantasma de Angela. De vuelta en la tierra madre.

Nunca había escrito sobre eso, sobre mi familia, mis primeros años llenos de esperanzas y ambiciones y anhelos. En ninguno de mis libros aparecía una familia numerosa, y las madres que retrataba en ellos estaban desenfocadas pero eran bondadosas. Aquello sobre lo que yo escribía, sobre lo que la gente suele escribir, los años que uno pasa muy ocupado, los bulliciosos años que uno pasa bajo los focos, cuando se lleva bien con el mundo, son mucho menos importantes que los años que uno pasa oculto, lleno de dudas y de conflictos, porque están sembrados de caos y de vergüenza. Aunque sigan una trama rigurosamente orquestada, como mi «mejor año», en el momento parece que no hay en ellos ningún orden. De niño, cuando soñaba con ser escritor, me sentía como una hormiga: pensaba que tenía las mismas posibilidades de tener éxito que una hormiga. Veía muy poco y nadie podía verme. Era indistinguible, insignificante.

Lo que más me importaba era cómo había sobrevivido en la familia, cómo había luchado por estar a la altura de los demás, cómo había conservado mis secretos y mis sueños intactos, y lo que había sucedido después. Desarrollé el hábito de ocultar las cosas hasta llegar a un punto tan solemne que no era capaz de escribir sobre las circunstancias que me habían llevado a ser quien era. Y sabía que lo que estaba ocultando era demasiado triste como para pensarlo.

Los años que había pasado tratando de conservar mis sueños intactos mientras vivía con mi entrometida familia fueron años formativos, dolorosos, humillantes, y el origen de mi discreción y mi energía creativa. No fueron años románticos, ni siquiera originales; estuvieron llenos de dolor y vergüenza y comentarios denigrantes y gritos de madre, que decía una y otra vez: «¡Es tu pajolera culpa!» y «¿Quién te crees que eres?». Pero ese dolor me impulsó en la etapa intermedia de mi vida y me hizo escribir la obra por la que se me conoce. Ahora, lo que más había temido había pasado: estaba de

vuelta en casa, con madre.

Había venido de ninguna parte y no iba a ninguna parte. Sin embargo, la etapa intermedia de mi vida no era ni la mitad de humana, de auténtica por su precariedad, que la situación en la que me encontraba ahora. Esa etapa intermedia estaba en mis libros. Había publicado esa parte de mi vida, y ahora me di cuenta de que estaba en otro sujetalibros.

Ahora, en aquella oscuridad, de vuelta en casa, vi que había fracasado como había temido, y que mi vida iba a terminar como había empezado, entre las burlas desdeñosas de mis hermanos y hermanas, con madre entronizada en el medio de nuestra patria, que le pertenecía.

Odiaba lo que ahora consideraba que había sido mi vida. Me había estado engañando, como hacen muchos hombres, al respecto de volver a casarme. Había engañado a Missy y a la boba de su hija. Nunca tendría otra esposa ni otro hijo. Y quién sabe si volvería a escribir otro libro.

—¿Eres uno de esos escritores que se levantan temprano y hacen todo su trabajo antes de desayunar? —le había preguntado un amigo mío al gran novelista de Chicago Nelson Algren unos años antes de su muerte. Algren sabía mucho sobre el amargo final.

—No —contestó—. Soy uno de esos escritores que ya no escriben nada nunca.

Mi juventud, con madre diciéndome que quizá no pudiese hacer carrera como escritor, había sido un tormento; era igual de malo haber llegado a la madurez con madre recordándome que mi carrera había terminado. Iba cuesta abajo, todo había concluido salvo esa cosa irrisoria que era lo que me quedaba de vida, y madre nunca me había parecido más fuerte. Daba la sensación de que seguía viviendo solo para mostrarme que tenía décadas de decepción por delante.

Fui a visitarla. Quería regalos. Necesitaba que yo le dijera que tenía muy buen aspecto. Quería halagos.

—Adivina qué día es mañana —me preguntó con una mezcla de timidez y coquetería—. Es mi aniversario de boda. Habríamos cumplido sesenta y seis años.

¿Y qué pasaba con mis dos aniversarios de boda que nadie recordaba, ni siquiera yo?

—Mira lo que me ha traído Franny. Es de cachemir.

Un chal. Se lo echó sobre los hombros y posó.

—Esto es de Fred.

Un trozo de piedra amarilla y porosa, metida en un cubo de plástico transparente que tenía una etiqueta donde decía: *Trozo de la Gran Muralla de China*, con dos banderas, la estadounidense y la china. *Certificado de autenticidad*.

—Gilbert y Rose me han hecho un regalo conjunto.

Era un escabel tapizado en cuero con tachuelas metálicas en los bordes y unas patas de lo más recio.

—Y estos son de Floyd.

Más libros, que olían —como huelen siempre los libros viejos— a caca de ratón y a moho pegajoso y a humedad y descomposición. Yo había llegado a odiar la mera imagen de los libros.

—Ya nunca lo veo.

—¿Sí?

La forma en que echó la cabeza a un lado, como un testigo de un accidente de tren, me hizo darme cuenta de que no asumía ninguna responsabilidad ni me daría ninguna información. Madre siempre estaba posando, siempre representando algún papel, y ahora se estaba haciendo la tonta.

—Por lo que escribió. Hizo una reseña monstruosa de mi libro. ¡Mi propio hermano!

—¿Sí?

—¡Floyd escribió una reseña de mi libro!

—¿Por qué gritas?

—«Toda la familia se ríe de él». Eso fue lo que dijo.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

Volvió a juntar las manos y se encogió levemente, protegiéndose en su nuevo chal de cachemir.

—Lo sabes de sobra. Salió en una revista.

Madre soltó un resoplido burlón que hizo que se le abrieran las ventanas de la nariz.

—¿Sigues dándole vueltas a eso?

—La gente sigue preguntándome por ese tema.

—¿Sí?

Su tono de voz era compasivo y denigrante, pero tenía razón; yo tendría que haberlo dejado correr. En cualquier caso, ese tono de *Es tu pajolera culpa* me pareció odioso.

—A lo mejor hiciste algo que lo ofendió —dijo.

—Nunca ha habido un escritor al que su hermano le hiciera esto, mamá. Ni a Hemingway, ni a Henry James, ni a ninguno de los otros les pasó nada parecido. Ya te lo he dicho. Sus hermanos nunca les hicieron una cosa así. Es la primera vez que pasa, mamá. La verdad es que sería muy interesante si no me hubiera ocurrido a mí.

Madre había dejado de escucharme. Advertí, por la inclinación de su cabeza y la expresión de sus ojos, que estaba pensando en otra cosa. Su expresión indicaba que estaba esperando que yo acabara; tenía aspecto de estar aburrida, irritada e impaciente. *¿Sigues parloteando?* Cuando acabé —lo hice de golpe; empecé a titubear y me encogí de hombros y me quedé callado—, madre me sonrió.

—Esta mañana he ido andando hasta la playa pública.

Quería un halago, *Dios, eres única; no sé cómo lo haces*, pero sentía demasiada hostilidad, así que le dije:

—Deberías tener cuidado. Te puedes caer. ¿Te acuerdas siempre de llevar el bastón? A tu edad, mucha gente se tropieza y se rompe la cadera.

Ella sonrió, pero, por su manera de arrugar la nariz, supe que la había ofendido.

—Siempre se me ha dado muy bien andar. He andado un montón, muchísimo, y nunca me he quejado.

—Si menciono lo de la cadera es porque las prótesis son carísimas. No creo que quieras vaciar tu cuenta.

Era todo una reprimenda mutua. Yo había ido allí dolido, con la esperanza de que madre me escuchara, y ahora estaba más dolido. Ella no me había consolado en absoluto, y su obstinación me había vuelto obstinado: no quise elogiarla por lo de las caminatas.

Al día siguiente, me llamó Gilbert. Parecía tener prisa, pero también estaba alterado; odiaba el enfrentamiento, y había un enfrentamiento en el horizonte. Advertí que no se trataba de una llamada amistosa.

—¿No ibas a estar en Riad?

—La semana que viene —dijo—. Escucha, acabo de hablar con Franny. Ha estado hablando con mamá esta mañana. Mamá estaba muy disgustada por lo que le dijiste.

—¿Qué le dije?

—No entremos en eso, ¿vale? Parece que no te das cuenta de que dar un

paseo hasta la playa es una de las distracciones de mamá. Dijo que tenías la intención de meterle miedo... Espera... —yo había tratado de interrumpirlo—. No la desanimas, y por el amor de Dios, deja de meterle miedo. No se va a caer. Tiene mucha vitalidad. Se quedó tan disgustada que no pudo dormir.

Hubby me llamó y me dijo:

—He visto a mamá. Me habló de ti. Incluso mencionó tu libro —y con la voz de madre, añadió—: ¡Más porno!

Después me llamó Fred.

—Supongo que ya sabes por qué te llamo —dijo—. Mamá está hecha polvo. ¿Por qué intentas preocuparla? Déjala en paz. Está mayor.

A mí no me parecía que madre estuviera mayor. Me parecía una mujer sin edad, feroz, más poderosa que nunca, rodeada por cortesanos y damas de compañía y aduladores y protectores, que exigía obediencia a sus súbditos, de entre los cuales yo era uno de los más bajos. Me daba la impresión de que mi debilidad la fortalecía, y empecé a sentirme de nuevo como una hormiga, como un niño humillado, amonestado por los esbirros de madre. Me sentía muy desgraciado. Madre estaba contentísima. Conservaba su alegría acusándome de ser culpable de mi propia desgracia. Y probablemente me acusaba con razón. Mi libro había fracasado. *¿De quién es la culpa?*

## 19. Los efectos secundarios de la melancolía

Cuando llamaron mis hijos, como hacían una vez al mes, más o menos — otro ejemplo de cuña radiofónica—, intenté tranquilizarlos y les aseguré que estaba muy bien. Los había soltado al mundo. Quería evitar hacerles lo que madre me había hecho a mí. Los había dejado a su aire. No les exigía nada. Pensaba en ellos todos los días y siempre deseaba verlos, pero apenas los veía.

—Estoy bien —repetía, aunque sabía que mi tono de voz tenía esa intensidad medio estrangulada de cuando uno se esfuerza demasiado por resultar convincente.

Me dijeron que vendrían a visitarme. Aunque no los presioné, me lo prometieron una y otra vez. Cuando eran pequeños, me adoraban. Al hacerse mayores, habían empezado a mantener cierta distancia para que yo no les hiciera sombra, para poder vivir su propia vida. Mi temprano éxito los había perturbado; les dio miedo que yo los avasallara, que mi vida los engullera, perder sus propias ambiciones creativas y pasar a formar parte del negocio familiar.

Ahora estaban embarcados en sus carreras. El mayor, Julian, era guionista. El pequeño, Harry, hacía documentales para televisión. Ninguno se había casado. Quizá la experiencia del matrimonio que habían tenido de niños los había vuelto precavidos a la hora de entregarse al amor. Los dos vivían en Londres. El hecho de que estuvieran tan lejos les proporcionaba una buena excusa para no venir, pero yo sabía que el verdadero motivo era que tenían miedo de verse envueltos en mis cosas. ¿Cómo iba a culparlos por ello?

Sin embargo, me encantaban sus visitas. Quizá eso también les produjera cierto rechazo: lo asfixiante de mis atenciones, lo ansioso de mis preguntas sobre su vida. Necesitaban distancia para poder ser ellos mismos. No me había parecido mal que quisieran quedarse al margen de mi éxito, y los instaba enérgicamente a que se mantuvieran apartados de mi fracaso. Ahora

estaba en un punto intermedio, en una especie de crepúsculo creativo. Acababa de empezar el otoño, y esa estación encajaba con mi estado de ánimo. Mi libro había fracasado; yo pensaba que su declive había comenzado la semana en que apareció la grotesca reseña de Floyd. En su ataque al libro y a mí, Floyd se había erigido en el portavoz de la familia.

Abandoné toda esperanza con respecto al libro; siempre había tenido la intuición de que por mucho que quisiera dejar huella como escritor, eso nunca ocurriría. Cuando garrapateaba mis primeras líneas en la época del instituto y llevaba una edición de bolsillo de *En el camino* y soñaba con ser escritor, me daba vergüenza contar estas cosas y no podía hablarlas con nadie. De puertas para adentro creía que era uno de los subterráneos de Kerouac, pero la idea de convertirme en escritor era demasiado extravagante. Yo no estaba a la altura, no tenía talento; el mensaje de madre era: *No eres lo bastante bueno*. Así era como me había sentido entonces. Así era como me sentía ahora.

Los últimos días de septiembre, con su alegre luz y sus noches frescas, me llenaron de ganas de trabajar, de tener un proyecto para los meses que se avecinaban, meses que pasaría sobre todo dentro de casa. Pero no tenía nada que hacer. Me alegraba de poder fingir que estaba ocupado durante lo que quedara de aquel tiempo de temperaturas agradables y suave brisa. Me iba a navegar, solo, en mi bote velero, y salía de la bahía de Lewis y llegaba más allá de la escollera de Hyannis Port, y me decía a mí mismo que tenía suerte por poder prolongar el verano mientras todo el mundo estaba trabajando, sin atreverme a admitir ante mí mismo que habría preferido estar escribiendo.

Eso también me había pasado en la infancia: hacía viajes solitarios en un bote de remos y me iba a pasear yo solo, aprovechando cualquier excusa para salir de casa, para alejarme de las quejas y las acusaciones de madre, de los cuchicheos familiares. Nadie debía saber dónde estaba ni qué estaba haciendo. Protegía mi privacidad, ante el temor de que los demás se burlasen de mí. Una bandada de gansos, cuando algún ganso viejo tropieza y cae, lo ataca sin piedad; todos empiezan a picotearle la cabeza y a golpearlo con las alas.

La misma soledad cohibida que había conocido cuando era un niño lleno de secretos me envolvía ahora, por lo que me ponía en alerta máxima cada vez que sonaba el teléfono. Ponía una voz especial para contestar, un tono falso con el que trataba de hacer creer a quien me llamara que me encontraba

bien.

—¡Papá! —era Julian. Llamaba desde el aeropuerto—. Acabamos de llegar. Harry está alquilando un coche.

—¡Qué sorpresa!

¿Acaso sospechaban que yo no estaba en condiciones de ir a buscarlos? Ellos eran dinámicos y capaces.

—¿Quieres algo? —me preguntó Julian.

—Solo a vosotros.

—Ahora nos vemos.

Llegaron tarde, y al entrar en la casa iluminada desde la oscuridad, me parecieron altos y seguros de sí mismos. Supuse, por su afabilidad, que estaban preocupados por mí.

—Tienes una pinta estupenda, papá. Has estado navegando. Tienes la nariz un poco quemada.

Todos los buenos padres se preocupan por sus hijos, pero solo los padres más irresponsables exigen a sus hijos que se preocupen por ellos. Yo no quería que ellos se angustiaran por mí, y sin embargo, ahí estaban. Quizá tuvieran motivos para angustiarse.

Me abrazaron, apretándome con fuerza y haciéndome sentir frágil. Con la mejor intención, empezaron a preguntarme cosas, pensando que las respuestas me levantarían el ánimo. Pero no había una manera sencilla de contestar a: «¿Esta casa es alquilada?», o: «¿Dónde están todos los muebles maravillosos que tenías?», o: «¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí?», o: «¿Cómo va el libro?», o: «¿Qué tal la familia?».

Insistieron en llevarme a un restaurante japonés de Yarmouth Port para comer sushi.

—Pareces muy en forma, papá —dijo Harry—. Has adelgazado.

—No como mucho.

—¿Estás haciendo régimen?

—Más o menos.

Uno de los efectos secundarios de la melancolía era que uno perdía interés por el sabor de la comida.

—Venga, papá —me dijo Julian, acercándose la fuente de sushi. Entonces, como vacilé, me preguntó—: ¿Qué te pasa?

Era la pregunta que me habían querido hacer desde que llegaron. Llevaba grabado en el rostro todo lo que me había sucedido desde la muerte de padre;



no se trataba de pena ni de dolor, sino de la mucho más compleja máscara de la experiencia, esa clase de cara curtida que uno ve en un montañero que ha sobrevivido a un descenso horroroso en el que ha perdido a algunos de sus compañeros y tal vez también algunos dedos de los pies a causa de la congelación.

—Nada —dije. Se quedaron mirándome—. Mi familia.

—El tío Floyd es rarísimo —dijo Harry—. ¿Por qué habrá escrito esa locura?

El texto de Floyd era tan famoso por su vitriolo como por resultar inexplicable. Había eclipsado mi libro de un modo que a él mismo le habría sorprendido.

—Creo que se ofendió porque lo mantuve al margen de mis asuntos.

Mis hijos no sabían que yo había pensado en casarme por tercera vez. No había querido contárselo porque sospechaba que no era buena idea, que podría salir mal, que no había nada que contar.

—Creo que a Floyd le pareció que le ocultaba cosas.

Son chicos listos y compasivos. Aquella noche no me preguntaron nada más. La tarde siguiente, cuando me estaban ayudando a rastrillar el jardín, Julian dijo:

—¿Qué clase de cosas le ocultabas?

—Nada importante. Pero ya sabéis cómo es mi familia. Tienen que saberlo todo, o si no...

—¿O si no, qué? —preguntó Harry.

—Te ponen la cruz y empiezan a excluirte. Te retiran la palabra.

—¿Y tus amigos?

No podía contarles que no tenía a nadie, que había perdido a Missy, que mi familia me había abandonado, aunque de alguna manera, debido a su insistencia, todos seguíamos alrededor de madre.

—En algunos periódicos de Londres mencionaron el artículo del tío Floyd. Citaban algunas partes —dijo Julian—. Era espeluznante.

—Me alegro de que también penséis que fue una cosa muy rara. Hay quien me ha preguntado por el tema y no he sido capaz de explicarlo. Yo quería que alguien de la familia saliera a defenderme, pero nadie quiso.

Julian me miraba con una ternura y una preocupación que se mezclaban con la angustia y la incredulidad.

—¿Qué querías que dijeran?

—Cualquier cosa —dije, y me di la vuelta.

El chirrido del rastrillo al arañar los guijarros y las hojas secas llenó el aire.

—Eso que dices te hace parecer muy joven.

—Fui a ver a mi madre. No quiso ayudarme.

—Ahora pareces más joven todavía.

—No me hizo ni caso —dije.

—¿Qué tiene que ver esto con la abuela?

—Creo que ella está detrás de todo —dije—. Yo nunca le he gustado.

Por la manera en que empezaron a sonar sus rastrillos, me di cuenta de que Julian y Harry estaban intercambiando miradas de preocupación a mis espaldas.

—Mi madre le cuenta a Franny que le he dado un disgusto. Luego Franny se lo cuenta a Fred y a Gilbert. Luego ellos me llaman y me acusan de causar problemas.

—¿Fred sigue viviendo por aquí? —dijo Harry.

—Vivimos por aquí todos, porque mi madre está muy mayor. Es como si nunca nos hubiéramos ido —no pude evitar que se me quebrara un poco la voz cuando dije—: Están diciendo cosas horribles sobre mí.

Volvieron a mirarse, me di cuenta. Estaba haciendo que se avergonzaran y, lo que es peor, que me tuvieran lástima. En cualquier caso, yo me sentía maltratado.

—No puedo convencer a mi madre de que me tome en serio.

—¿Cómo es posible que, a tu edad, te importe lo que piensa tu madre? —preguntó Julian.

No supe qué contestarle. Incluso me desconcertó un poco la pregunta. Mi ofuscación se notó en que empecé a rastrillar de una manera mucho más resuelta.

—Tengo mi amor propio —dije.

—¿Y qué pasa con la tía Franny y la tía Rose?

—Me traen fruta y golosinas. Tengo un montón. Y galletas. Franny se cree que me encantan las bolitas de queso.

Hablando de comida, les propuse que dejáramos de rastrillar y comiéramos algo. En septiembre no caen tantas hojas, no es como el diluvio de noviembre. Entramos en casa e hicimos café. Saqué la caja de galletas, los dulces y las bolitas de queso que me había traído Franny.

Los chicos siguieron actuando con mucho tacto. Su actitud dejaba traslucir

lo preocupados que estaban. Se mostraron muy atentos; trataban de conseguir información de una manera indirecta, para que yo no me pusiera a la defensiva.

—Podrías llamar a Floyd —dijo Julian—. Dile cómo te sientes.

—Ya lo he intentado. No quiere hablar conmigo. Y les dice a los demás que no hablen conmigo —los chicos me miraban fijamente—. Organizan fiestas y no me invitan, y después fingen que no ha habido ninguna fiesta.

Ahora no se miraban a los ojos; los dos se tomaron el café con la cabeza agachada.

—La verdad es que me tratan fatal —dije—. Bueno, Hubby todavía me habla. Parece que mi madre disfruta volviéndolos contra mí.

El sonido que hacían al beber el café me impulsó a seguir hablando.

—Pueden llegar a ser muy desagradables. Siempre están hablando de mí a mis espaldas.

Cuando no me contestaban nada, yo repetía para mí lo que acababa de decir. Seguía sintiéndome maltratado.

—¡Es todo por culpa de mi madre!

Los chicos levantaron la mirada y clavaron los ojos en mí. Parecían sabios y tristes. No sabían por dónde empezar.

—Sé lo que estáis pensando —les dije.

Yo era un niño resentido y ellos —más altos que yo y educados hasta el extremo de no manifestar su compasión— eran los adultos. Tenían trabajo y fechas de entrega y novias; tenían placeres e ingresos. Eran autosuficientes, razonables y rectos, y me contemplaban desde las alturas y se mostraban fuertes, intentando levantarme el ánimo y, con la mejor intención del mundo, actuando con cierta condescendencia.

Me di cuenta de que les resultaba sorprendente hallarme en unas condiciones tan humildes: en un húmedo bungalow de alquiler, sentado entre muebles ajenos, *Selecciones del Reader's Digest* y cosas compradas en mercadillos, y quejándome de que mi familia me trataba mal.

—El motivo por el que hemos venido —dijo Julian— es que los dos tenemos reuniones en Nueva York. Cosas de trabajo.

—Diversos proyectos —dijo Harry—. No podemos quedarnos mucho más.

Habían decidido no contarme nunca en qué estaban trabajando. Yo entendía esa reticencia en un niño. Se alegraban de tener una excusa para marcharse. A mí también me alivió que no se quedaran. Su escrutinio había

hecho que me sintiera cohibido. Sabía que no me faltaba razón, pero ellos me hacían sentir ridículo: venían del mundo exterior, habían perdido el contacto con la familia y nunca habían llegado a entender por qué a mí me hacía tan desgraciado.

Esa noche, durante la cena —habían traído langostas y maíz—, Julian dijo:

—Tenemos que irnos mañana a primera hora.

—Me va a dar pena que os marchéis.

Me pregunté si detectaron la falta de franqueza de esa frase.

Los desconocidos nunca habían sido bienvenidos en la familia. Por ser sinceros, maduros y equilibrados, aquellos jóvenes eran como desconocidos. La familia estaba a mi alrededor: en mi casa, en esa habitación, a la mesa, dentro de mi cabeza.

A la mañana siguiente se levantaron temprano y se pusieron a trajinar en la cocina, impacientes por irse. Yo me quedé en la cama, despierto, esperando que remitieran los ruidos que hacían mientras ultimaban los preparativos para su marcha. Y mi cansancio era otro efecto secundario de la melancolía.

Cuando bajé, bostezando, todavía con la bata puesta, descalzo y rascándome la cabeza despeinada, ellos estaban desayunando, ya vestidos, y tenían el equipaje listo junto a la puerta.

—Justo estábamos hablando de dinero —dijo Harry—. No me había dado cuenta de que la tasa de cambio era tan favorable. Hemos cambiado más libras de las que necesitamos.

—Tenemos toda esta pasta de sobra —dijo Julian.

Sus dulces ojos rebosaban preocupación. Harry lo miró, quizá preguntándose qué iba a ocurrir. Julian me dio un grueso fajo de dólares, doblados como un sándwich.

—Ahora tenéis que volver y ayudarme a gastármela —les dije.

Demasiado educados para insistir en el tema, se disculparon por tener que marcharse tan pronto y me dejaron sintiéndome como un niño perdido.

---

## **Segunda parte**

## 20. Vacaciones

Después de aquello, cada vez que recogía las hojas secas para quemarlas, sujetando el palo del rastrillo en un ángulo adecuado con el suelo con la cabeza gacha, sintiendo un tirón entumecedor en las lumbares e incapaz de coger nunca tantas hojas como quisiera, recordaba la visita de mis dos hijos, inocentes y adultos.

La sensación de malestar y las ganas de llorar me hacían trabajar con más fuerza; pasaba el rastrillo como si quisiera desmentir algo. Veía las caras avergonzadas de mis hijos: el horror que trataron de exteriorizar como leve sorpresa, la incredulidad que disfrazaron de entretenimiento, la conmoción que se esforzaron en convertir en un gesto de ligera preocupación. Habían sentido lástima por mí. Pensaban que no me había dado cuenta, y al principio así fue. Mi vergüenza fue apareciendo lentamente. Notaba cómo me iba inundando. Seguía creciendo semanas más tarde, cuando llegó Acción de Gracias, otra fiesta que iba a pasar solo.

¿Qué tenían las hojas secas y aplastadas y el trabajo en el jardín que me hacían recordar? Se trataba de una actividad mecánica y rutinaria que funcionaba como una cura de humildad, y en aquel estado de ánimo me volvía reflexivo y rencoroso; estaba solo, no había nadie que me ayudara. No se me daba nada bien rastrillar. Aquel trabajo monótono —cualquier trabajo monótono— me hacía sentir insignificante.

¡Claro que parecía infantil! Estaba de vuelta en casa y era un fracasado entre mis envidiosos hermanos. No disfruto saldando cuentas, pero necesitaba llegar a la verdad de quién era realmente, de quién había sido. *Quien yo era*: un título que tenía pensado usar para mi autobiografía. El resto de mi vida, la etapa intermedia en la que había sido marido, padre y esforzado escritor, no me parecía más que un brillante interludio entre la confusión de mis primeros años y el naufragio que era ahora. Al lado de esto, las historias que había imaginado parecían carecer de sentido y de realidad, eran un mero producto

del deseo de hablar por hablar, y sin embargo, el drama de mi familia resultaba tan extravagante y complicado que había en él algo ficticio, lo cual me atraía a meterme ahí en profundidad.

Unas semanas después de ese día en que estuve rastrillando, me encontraba en el jardín quitando la nieve, o empujándola con una pala. La postura que tuve que adoptar me provocó los mismos pensamientos, las mismas justificaciones, el mismo estado de ánimo. Faltaba una semana para el Día de Acción de Gracias. Después, amenazante, la Navidad.

Mis hijos, aquellos dos chicos, fueron los únicos adultos que vi en una larga temporada. Se escandalizaron por cómo me vieron. Quería que me entendieran, pero no pude explicarles adecuadamente lo que sentía ni por qué seguía viviendo ahí, cerca de madre y todos mis infantiles y competitivos hermanos. Aunque habían sido unos días bastante incómodos, me había encantado estar con mis chicos.

Ya se les había agotado la compasión que sentían hacia mí; de lo contrario, los habría mantenido informados sobre cómo era mi vida. Por pura costumbre, a veces lo intentaba.

—Mi madre hablaba constantemente de que su padre era un santo.

—A mí no me lo cuentes.

—Quiere que le lleve regalos.

—Por favor, papá. No me importa.

—No para de hablar de su testamento.

—¿Qué dice?

—Pregunta cómo habría que repartir el dinero.

—Mucha gente mayor hace eso.

—No como lo está haciendo ella.

Madre mencionaba el testamento todo el tiempo. Antes de la muerte de padre, nunca había surgido el tema. En los años que habían pasado desde entonces, se había convertido en un tema de conversación bastante habitual. La primera vez que me dijo algo al respecto, me quedé muy sorprendido.

—Tendrías que hacer lo que quisieras con tu dinero —le dije, asombrado de que tuviera suficiente como para que valiera la pena hablar de esta cuestión.

—Pero quiero que me aconsejes, Jay —dijo—. ¿Cuál crees que es la mejor manera de repartirlo?

—Si lo planteas así, solo hay una manera: en siete partes iguales.

Esto pareció sobresaltarla, como si esa respuesta obvia nunca se le hubiera ocurrido, como si la idea de dividir su dinero en partes iguales fuera para ella una gran novedad.

—Tendré que pensarlo.

Se colocó las gafas y se quedó mirándome. Parecía estar haciendo mentalmente unos complejos cálculos matemáticos.

Yo sonreí y le dije:

—Los que no necesiten su parte, pueden ponerla de nuevo en el fondo común.

—Pero también hay una propiedad —dijo—. Eso lo complica mucho.

—La propiedad puede venderse, y dividirse el dinero en siete partes.

—¿Y por qué dices que en siete partes?

Durante un instante, con los ojos brillantes tras las grandes lentes, me pareció que estaba loca.

—Porque somos siete.

—¿Y Angela?

—¿Qué íbamos a hacer con su parte? —y le dije, en voz muy baja—: Mamá, está muerta.

—Algo bonito para ponerle en su tumba —dijo madre de su hija muerta, hablando como una aborígen supersticiosa en un claro de la selva—. Estoy segura de que eso le gustaría.

—Bueno, pues entonces divide el dinero en ocho partes —le dije—. Pero que sean iguales.

—Tendré que pensarlo.

De nuevo, esto le pareció una idea estrafalaria.

Yo no les conté esta conversación a mis hijos, ni las que siguieron, ni los acontecimientos que tuvieron lugar, todo en baja frecuencia, como chismorreos. Esto era un relato que se iba desarrollando; cada día ocurría algo nuevo, siempre algo sorprendente, que me hacía pensar que solo podía suceder en mi familia. Y el tema era el dinero.

Siempre habíamos hablado —mucho, incluso demasiado— sobre la generosidad. Pero no había nadie que fuera generoso. Esa conversación era un truco para hacernos dar. A falta de generosidad, teníamos que aprender a coger, a robar de una manera habilidosa, a resultar verosímiles, a parecer respetables durante el hurto, a buscarnos la vida y a sobrevivir.

El dinero era la medida de la generosidad. Pero madre nunca nos lo dio, ya



que si lo hubiera hecho, se habría puesto de manifiesto que tenía dinero, y su mantra era que no. El dinero no existía en nuestra familia como un hecho, solo como una abstracción; era algo sobre lo que se cuchicheaba, algo que resultaba tan difícil de ganar que era casi inalcanzable. Yo a veces veía unos dólares en una billetera, o unas monedas en un bolso, pero nunca más que eso. El grueso fajo de billetes y el montón de calderilla eran cosas fantásticas y absurdas. Y como nunca se había visto, el dinero quedó asociado con la magia, pero con la magia negra, con una especie de maldición. No pensábamos que mereciéramos tener dinero, y si por casualidad recibíamos un poco, no podíamos gastárnoslo, porque gastarlo era despilfarrarlo. El dinero en el bolsillo podía hacer que perdieras la cabeza. Era mejor no tener nada. Se trataba de una cosa oscura; siempre estaba apartado. Había que ahorrar —amontonar el dinero, acumularlo, reservarlo para los malos tiempos, pero siempre en pilas pequeñas, del mismo modo que padre hacía una bola con sus serpenteantes y larguísimas cuerdas—, pero ¿por qué? No lo preguntábamos.

Del dinero no se hablaba abiertamente, sino entre cuchicheos, porque era algo contaminado. Otra gente tenía dinero; nosotros no, y nunca lo tendríamos. No sabíamos de dónde venía. No conocíamos a nadie que lo tuviera. La forma en que otra gente lo conseguía era un misterio para nosotros. Nadie tenía dinero en la tierra madre.

El dinero no crecía en los árboles. El dinero era el origen de todo el mal. El dinero era el vil metal. Un tonto y su dinero no estaban mucho tiempo juntos. La mayoría de la gente tenía más dinero que cabeza, y se gastaba el dinero como un marinero borracho, y conocía el precio de todo y no conocía el valor de nada.

Los ricos nos intimidaban tanto que teníamos prohibido emplear esa palabra. En lugar de «ricos», teníamos que decir «acomodados». Las familias ricas eran como de otra especie, de una peligrosa que teníamos que propiciar mostrándonos sumisos. Los veíamos como a una tribu de conquistadores: el mundo les pertenecía. Ellos estaban cómodos, todos los demás ibais tirando y nosotros estábamos constreñidos y a dos velas. Carecíamos de dinero, por lo que carecíamos de poder.

Al principio, cuando madre afirmaba que no tenía dinero, nos lo tomábamos al pie de la letra y sentíamos lástima por ella. Teníamos trabajos a tiempo parcial y le dábamos la mitad de nuestra paga semanal.

—Esto irá para la factura de la luz —decía madre—. Con esto compraremos algo de comida.

Esa era su manera de decir que nunca sería bastante. Continuamos dándole dinero, en un incesante ciclo en el que nos veíamos condenados a pagar nuestra deuda por medio del trabajo forzado, convirtiéndonos en sus esclavos.

Más adelante, gracias a ciertos indicios vagos y comentarios fortuitos, comenzamos a sospechar que madre tenía algo de dinero en algún lugar. Tal vez su sombría insistencia en que era pobre la traicionó.

—Llevo el vestido de una muerta —decía a veces, para resaltar su pobreza.

Solía usar macabras prendas de segunda mano que todavía conservaban el hedor del ataúd o del cuarto de la enferma. Eso nos impresionaba mucho. Si alguno de nosotros le pedía algo y ella nos lo compraba, se quejaba de tal modo y nos hacía sentir tan mal que ya nunca volvíamos a pedirle nada. No tenía chequera; nunca pagaba a crédito. Pagaba en efectivo, aunque siempre nos ocultaba esas transacciones para mantener la ficción de que no tenía un centavo. Comprar algo, intercambiar dinero, probablemente fuera la más solemne y encubierta de todas sus ceremonias secretas.

Papá no tenía ninguna relación con el dinero. Le daba toda su paga a madre al terminar la semana. No era mucho, como decía ella con frecuencia, para vergüenza de papá, al que aplastaba bajo su pulgar huesudo. Él nunca hablaba de dinero.

Ella criticaba con dureza a sus nietos por generar muchos gastos, sobre todo a Jonty, el hijo mayor de Franny, con su largo historial de pataletas y numeritos. No solo le había sacado el parabrisas al Dart; también había que pagar sus diversas actividades escolares. El otro hijo de Franny iba a clases de ballet.

—Max hace de una carta de la baraja —dijo Franny— en *Alicia en el país de las maravillas*.

Madre consideraba que estas clases eran un gasto absurdo y también a ella le pareció gracioso lo de la «carta de la baraja».

—Me pregunto qué carta será —dijo.

Como chismorrear era fundamental para madre, me interrogaba con mucha astucia para ver si yo me había enterado de algo, fingiendo que no sabía nada para comparar mi versión de alguna historia con la versión que ya le habían contado, siempre ansiosa por conocer al detalle cualquier debilidad

relacionada con el dinero, cualquier despilfarro. Un buen cotilleo podía hacer que le brillara la mirada del placer, y si se enteraba de una auténtica desgracia, nunca podía evitar soltar una carcajada, mostrando sus dientes amarillentos y lobunos hasta las raíces.

Mi recompensa por ir a visitarla era que me confiaba esas desgracias. Y a veces, al hacerlo, cometía unas traiciones impresionantes. Se burlaba de sus hijos por sus pretensiones, y de sus parejas por su incompetencia o su codicia. Sus comentarios más duros siempre iban dirigidos a los miembros de su familia, con la excepción de Angela. Gastar dinero era la mayor estupidez que uno podía hacer, y era lo que más avivaba su desdén.

Cada vez oscurecía más temprano; el otoño se había tensado a mi alrededor y me envolvía. Intenté ponerme a trabajar, pero me sentía demasiado pequeño, demasiado vencido, como para superar mi tristeza y escribir bien, o al menos escribir. Como aquella vez, en mi primera infancia, los días estaban llenos de indecisiones e interrupciones y salidas en falso.

Desempleado y sin la voluntad de escribir, busqué consuelo en mi pasado y me apunté a una reunión de antiguos alumnos de mi instituto. Habían pasado cuarenta años desde que salimos de allí. Los había visto por última vez cuando celebramos los veinte años. Aquella fiesta me resultó reconfortante, ya que me recordó que había tenido amigos a los que estuve mucho más unido que a mi propia familia: John Brodie y otros chicos que conocía desde la primaria; algunas antiguas novias; George Davis, mi colega del instituto, mi primer amigo negro.

La reunión se celebró en la sala de baile de un hotel de Falmouth, y fue un placer ver a George en el pórtico, acabándose un cigarrillo mientras yo me acercaba.

—Para darme ánimos —me dijo en un susurro ronco, conteniendo el aliento y apretando el cigarrillo entre los dedos. Entonces me di cuenta de que era un porro, lo que en el instituto él habría llamado un peta. Tragó el humo, me dio un abrazo y me dijo—: Qué bien verte.

—He estado a punto de no venir.

—Creo que sé por qué —dijo, y empezó a reírse con la risa entrecortada del fumeta.

—¿A qué te refieres?

—Tienes una diana en la espalda, tío —asintió, le dio una calada más al porro y lo tiró—. Por la cosa esa que escribiste.

—¿Qué cosa?

—Sobre la última reunión.

—Pero si fue hace veinte años.

Volvió a reírse y me cogió del brazo. Entramos en el vestíbulo y recogimos unas pegatinas con nuestros nombres. Yo me quedé al lado de la mesa, tratando de reconocer a las dos mujeres canosas que había sentadas al otro lado.

—Busco a John Brodie.

—Murió —dijo una de las mujeres—. Hace años.

Extendí la mano para saludarla.

—Jay Justus.

Ella se cruzó de brazos y se apartó un poco.

—Ya sé quién eres.

En la sala de baile había mucho ruido; estaba llena de hombres y mujeres mayores que se gritaban unos a otros, mientras bebían vino en vasos de plástico. Lo primero que pensé fue que me había equivocado de sitio, pero después me di cuenta de que mi aspecto era igual que el de los demás. Solo George seguía siendo atildado, y con esa cabeza afeitada, brillante como una castaña, parecía el más joven de todos.

—Ahí está Tony, que venía con nosotros a la clase de química de Trebino —dijo, y señaló hacia un hombre fornido y con el rostro enrojecido que llevaba un traje con chaleco y estaba charlando con otro hombre corpulento, dándole unos golpecitos en la solapa con su voluminoso dedo.

—Tony —dije, acercándome a él.

Él levantó los brazos, fingiendo que estaba horrorizado.

—¡No te conozco!

Al ver esto, el hombre que estaba a su lado se rio y los dos se dieron la vuelta y se alejaron. Alguien murmuró con aprobación, como si fuera el eco de una broma:

—¡No te conozco!

Me fui a buscar refugio junto a una pared, lejos de todos, y me quedé allí, sintiéndome inútil, mirando a la gente. Se habían vuelto más escandalosos, más seguros de sí mismos, más felices, y muchos se estaban abrazando. George se apoyó en la pared, a mi lado, y soltó un suspiro. Estuvo un rato

callado, asintiendo con la cabeza mientras observaba a nuestros antiguos compañeros.

—Todos están bebiendo —dijo—. Dentro de un rato, van a estar cocidos —me apretó el brazo—. Es mejor que no te quedes aquí, tío.

Me fui a casa, muy triste, encorvado en mi asiento. Tenía tan poca confianza en mí mismo que no me atreví a conducir deprisa.

Llamó Fred.

—Acabo de hablar con mamá. Dice que se siente sola. ¿Puedes ir a visitarla y levantarle el ánimo?

—¿Por qué no vas tú?

—Estoy en China. He venido a ver a unos clientes.

Llamé a Franny. Últimamente ella y Floyd se habían acercado mucho y eso me molestaba, así que fui directo al grano.

—Fred dice que mamá se siente sola. Tienes que ir a visitarla.

—Marvin tiene ardor de estómago. Desde hace días. Podría ser una úlcera. No puedo dejarlo solo.

—Le explicaré eso a mamá.

—Alguien tendrá que ir. ¿No sabes qué día es?

No tenía ni idea. La melancolía hace que el tiempo se vuelva borroso.

—Es 4 de enero.

—¿Qué dices?

—Dentro de cuatro días es el cumpleaños de Angela. Es un mes muy duro para ella.

De modo que ya no sufría durante un solo día, sino que dedicaba todo un mes a lamentarse, pasaba toda una temporada de luto.

—Bueno, iré —dije.

De camino a la casa de madre, pasé a ver a Hubby. Estaba haciendo una obra en el sótano. Para tener más espacio, me dijo. Le conté dónde iba y por qué.

—Mamá está bien. La vi ayer.

—Fred me ha llamado hoy.

Solapándose a mis palabras, dijo:

—Me estuvo contando historias sobre su madre. Trabajaba en una fábrica de corsés en Boston. A ver si adivinas lo que le dio de regalo de bodas a

mamá cuando se casó.

—Un corsé —dije—. Esa me la conozco.

Seguí mi camino rumbo a casa de madre. Estaba sentada en el gran trono de cuero. Me dijo que se alegraba de verme. Tratándose de madre, la franqueza parecía una especie de evasión. Sus ojos, agrandados por las gafas, me seguían por todo el salón.

—Fred me dijo que te sentías sola.

—Pues no es así —contestó con tal seguridad que me pareció insegura.

—Fue lo que me dijo.

—No sé de dónde habrá sacado esa idea.

—Me dijo que se lo dijiste tú.

—Fred está en China.

Aquello no tenía nada que ver con el tema, pero madre solía dar esa clase de respuestas indirectas cuando no quería contestar con sinceridad.

—Estoy bien —dijo.

Me miraba con sus ojos grandes e imperiosos. Sonrió, o más bien enseñó los dientes, de manera que no era una sonrisa; en realidad parecía un animal mostrando los colmillos delante de algo comestible.

—Ya sabes cómo exagera Fred.

Sospeché que ocultaba su sentimiento de soledad porque no quería confiar en mí, porque en realidad no quería que fuera a visitarla. Estaba decepcionada porque ninguno de sus hijos favoritos, Franny, Fred o Gilbert, estaba allí.

—Hubby me ha dicho que vino ayer.

—Todo entero —dijo madre, abriendo mucho los ojos—. Menudo tamaño tiene. Por supuesto, tenía hambre. No hizo nada más que hablar sobre los arreglos que está haciendo en el sótano. Creo que me estaba dando a entender que quería un poco de ayuda económica. Pero ¿qué puedo hacer? No me sobra; no tengo casi nada. ¿Te pasa algo?

Me estaba tocando la boca. Se me había roto un empaste. No tenía la intención de decirle nada a madre, pero al final le expliqué lo que me había pasado.

Madre hizo una mueca y después negó lentamente con la cabeza y dijo:

—Una vez, cuando tenía nueve años, me desperté con dolor de muelas. Era como si me estuvieran clavando un cuchillo en la boca. Mi madre me dijo: «Si tienes suficiente fuerza para llorar, es que no te duele tanto. Cuando algo duele de verdad, no puedes llorar». Me dio un clavo de olor para que lo

mordiera y me mandó al colegio. Unos días después, el dentista me perforó la muela sin anestesia. En esa época no había novocaína. Me pasé una semana con la boca hinchada.

Madre se tocó la boca en el sitio donde el dentista había hecho su trabajo ochenta años antes. Cuando hizo un mohín, al recordarlo, la muela me dolió más que nunca.

—Angela se libró del dolor de muelas —dijo madre—. Se libró de muchos sufrimientos.

Cierto, un bebé que muere casi al nacer logra evitar una gran parte de los padecimientos de la vida.

—¿Sabes qué día es el lunes que viene? —me preguntó madre.

—El cumpleaños de Angela.

Me alegré de que Franny me hubiera recordado aquel día sagrado del calendario familiar.

—Cumpliría cincuenta y cuatro.

Me imaginé un gran ángel barrigón con el pelo canoso, la cara regordeta y un vestido del estilo de los que se ponía Franny —demasiado amplios, todos deformados—, batiendo sus alas raídas, intentando mantenerse en el aire.

Esa noche me llamó Rose.

—Franny ha estado hablando por teléfono con mamá desde que te fuiste. ¿Puedes dejar de hablar de tus problemas dentales cuando estés con ella, por favor? Este es un mes duro. El lunes que viene es un día muy triste. Mamá tiene razón, no piensas más que en ti mismo.

Las festividades, cuando uno forma parte de una familia numerosa y fragmentada, son una pesadilla, un examen de lealtades y voluntades, una ocasión para interactuar; y en la clase de interacción que se daba en mi familia, cada gesto parecía provocado por un sentimiento de hostilidad. Que te invitaran a una celebración con frecuencia era peor que el hecho de que te excluyeran. Fred me contó que Franny y Rose habían organizado una cena de Acción de Gracias para madre en la casa de Franny. Iba a estar Floyd, así que yo no podía ir. Fred también estaba invitado, pero había hecho otros planes. Gilbert estaba en Kuwait toda la semana. Hubby huyó a New Hampshire con su mujer y su hija porque esas cenas le resultaban estresantes. Yo me pasé el día solo, como casi todos los días, y mi solitaria cena consistió en un chile

con carne recalentado en el microondas y unas cervezas. Acción de Gracias es uno de esos días en que uno recuerda lo que come, sobre todo si no es pavo. Las festividades pueden ser un infierno para las familias, pero son un purgatorio para la gente que está sola.

La Navidad, otro recordatorio de mi soledad, acechaba. Hubby pasó a verme y me preguntó qué planes tenía. También comentó que había pasado a ver a madre y había visto a Franny y Rose quitando la nieve medio derretida del sendero que llevaba hasta su casa a través del jardín.

—«Alguien tiene que hacerlo», dijo Rose —la imitación que hacía Hubby de su irritante voz nasal era muy precisa: no hay mejor imitador que un hermano enfadado—. Era su manera de decirnos que somos unos vagos, que Franny y ella siempre están cuidando a mamá. Pero yo acabo de llevar un montón de porquerías que guardaba mamá al vertedero. Y ¿quién le arregló el grifo del baño?

Madre decía *banio*, y toda la familia había adoptado el término.

—¿Qué vas a hacer en las Navidades? —le pregunté a Hubby.

—Mamá y Gil van a venir a casa en Nochebuena. Y Fred la ha invitado a comer el día de Navidad.

—¿Y Floyd qué va a hacer?

—Se quedará rascándose los huevos, como siempre.

Pero en el último instante, en lo que a mí me pareció un movimiento hostil ejecutado en el momento perfecto, Fred canceló la comida y se fue a Florida con su familia. Madre pasó el día de Navidad en la casa de Franny, y Rose se apuntó con sus gemelos, Bingo y Benno. Walter, el marido de Rose, a quien Floyd una vez calificó como «una criatura de una insipidez extraordinaria», se quedó sentado delante del ordenador; Marvin vio el partido de fútbol mientras daba sorbos a una medicina para la acidez de estómago. Gilbert llevó a madre a la casa de Franny, y para llegar allí tuvieron que pasar cerca de la casa de Hubby, de la de Floyd y de la mía. Yo no sabía si Floyd estaba invitado. Nadie quiso contármelo, pues el hecho de contármelo lo hubiera señalado como mi cómplice ante la campaña que Floyd había orquestado contra mí.

Mientras papá estuvo vivo, pasábamos la Navidad en una de nuestras casas. Entonces todos los demás echaban una mano al anfitrión, llevando algo de postre, fruta o vino. Papá y madre se sentaban en el lugar de honor y servíamos la comida mientras charlábamos alegremente o cantábamos. Y



después, abríamos los regalos. Cualquier desconocido que nos hubiera visto por la ventana habría contemplado un momento feliz y habría afirmado: «Qué familia tan feliz. Este es el sentido de la Navidad».

Pero si dicho desconocido hubiera mirado con más atención, habría visto una sala llena de encono y de gente quejica, protestona y maledicente: el anfitrión se sentiría explotado por haber tenido que comprar toda la comida y recibir a todo el mundo; la pareja del anfitrión se habría puesto de mal humor ante la visión de aquella conflictiva familia y la idea de tener que recoger y limpiar la casa al acabar la velada; Fred estaría mascullando que podría haberse ido a Florida a pasar unos días con su familia al tiempo que hacía negocios; Franny estaría repartiendo albóndigas suecas, ofendida porque nadie se las comía; Jonty se dedicaría a fanfarronear, Bingo estaría con la armónica en la mano pero no la tocaría, Benno habría sacado sus tres bolsas llenas de legumbres pero no estaría haciendo malabares con ellas; Hubby se estaría quejando de Floyd, Rose haría gestos con los ojos delante de Franny, Gilbert contaría entre suspiros que tenía que irse a Israel al día siguiente muy temprano; y los cuchicheos circularían sin cesar, cada niño menospreciando a otro niño, y al final Floyd propondría un brindis escandaloso y grosero por quien fuera el anfitrión, y diría:

—Llenad vuestras copas y alzadlas por Fezziwig...

Todos metidos en la misma habitación, dándonos empujones, deseándonos feliz Navidad y riéndonos unos de otros a nuestras espaldas. Hubby siempre era el blanco de las bromas sobre comer mucho, Fred era el blanco de las bromas sobre la pomposidad, y en cuanto al pelo despeinado de Floyd, la susceptibilidad de Gilbert, la manera de cocinar de Franny, el temperamento de Rose y la mala educación de los niños, todo se notaba y comentaba. De mí también se burlaban, por supuesto, pero sin que yo supiera lo que decían. En eso consistía el tormento de formar parte de una familia grande y revoltosa: en que nunca estabas del todo seguro de si no habías dado la talla o de cuál se consideraba tu principal defecto.

Y presidiéndolo todo estaban nuestro sentimental y agradecido papá, y nuestra sentimental y codiciosa madre.

«¡Menuda familia tienes!», me decía después Diana, mi primera mujer. Y unos años más tarde, después de que Diana me abandonara y me volviera a casar, Heather, mi segunda mujer, me decía lo mismo: «¡Menuda familia tienes!». Este es el motivo por el que, al margen de las festividades, pasé la

etapa intermedia de mi vida, la etapa productiva, lejos de la tierra madre.

Durante unos años, después de la muerte de padre, intentamos seguir celebrando así la Navidad, pero fue un fracaso. No podíamos estar todos en la misma habitación. Éramos demasiados y estábamos demasiado enfadados. Ahora la Navidad era otra cosa: madre y Gilbert en la casa de Franny, con Rose y sus hijos. Quizá Floyd también se pasara un rato. Yo no tenía cómo saberlo. Ya nadie me hablaba nunca de Floyd.

## 21. Traidores

Ahora veía claramente lo que había sospechado toda la vida. Pero casi llegué a viejo antes de lograr poner en palabras lo que había sentido en mis entrañas desde la infancia. Éramos traidores. Estábamos mareados por el vértigo de los paranoicos que carecen de principios, sabiendo que éramos traidores. Yo lo había sabido sin poder concretarlo en una palabra. En el pasado, cuando Floyd había chillado: «¡Somos unos salvajes!», yo me lo había tomado como una de sus hipérboles habituales. Quería decir anárquicos, despiadados, amorales, oportunistas, criaturas sencillas que viven en una choza de barro y emplean el arco y la flecha; y, por supuesto, todo eso era cierto. Pero nos habían enseñado mil maneras de ser desleales, además de habernos inculcado el motivo para serlo: entrégate por completo a alguien y te abandonará, te hará daño, te defraudará, te destruirá. Ese era el resultado de la entrega, de la generosidad, del amor. Era mucho mejor abstenerse y practicar la traición. El acto de traicionar, el don de Judas, era una manera segura de hallar aliados.

Por supuesto, no entregarse, no confiar y no comprometerse del todo era un modo de garantizar que nuestras relaciones amorosas nunca funcionaran y nuestras amistades acabaran siempre en fracaso.

Nada de esto se ponía en palabras. En nuestra tradición oral, había más sutileza en nuestros actos que en nuestra capacidad para explicarlos, como si fuéramos analfabetos de la selva, muy sofisticados a la hora de entender los matices de los gestos y las expresiones faciales. Como resultado, éramos atentos observadores de la naturaleza humana; no éramos estudiosos, pero sí intensamente sociales, muy sensibles a los estados de ánimo de los demás, a la naturaleza de sus reacciones, a los distintos modos de gratitud y las diversas clases de disculpas y los numerosos tipos de risa, y en especial a las reveladoras tonalidades de la falsedad. Habíamos sido muy demandantes ya desde la cuna —madre nos agasajó durante años con historias sobre lo mucho

que llorábamos de niños—, pero también éramos desconfiados, difíciles de consolar, imposibles de tranquilizar. Todo esto, esta infalible receta para la infelicidad, es también, en la persona adecuada, una receta para la intensa creatividad, pues puede proporcionar una mirada rebelde, cierta audacia a la hora de expresarse, la capacidad de asumir riesgos y un determinado ingenio para urdir engaños. Formar parte de mi familia también nos sirvió para desarrollar cualidades buenas —cualidades magníficas—, como una gran memoria y una imaginación violenta, que nos convirtieron en fanáticos, cada uno a su manera.

La primera lección de madre, más implícita que expresada abiertamente, fue que nuestro afecto por los otros era una señal de debilidad. La lealtad era peligrosa, como una oscura forma del engaño. Nuestro amor por los demás nos volvía poco fiables, pues interfería en nuestra primera y más importante obligación: la obediencia a madre.

Con astucia y malicia supremas, empleando su oblicuidad para confundirnos, madre predicaba contra la falta de amabilidad. Nos convenció de las virtudes de la deslealtad diciéndonos lo contrario. Nos enseñó la traición de una manera muy poco habitual, por medio de un sistema de lemas piadosos: «Quiero que mis hijos se quieran»; «Quiero que haya armonía en la familia»; «Tenéis que ayudaros los unos a los otros»; «Detesto que mis hijos se peleen»; «Tenéis que aprender a llevaros bien»; «Tratad a los demás como os gustaría que os traten a vosotros».

Pero para gobernarnos necesitaba que no hubiera armonía, y se dio cuenta de que, si desarrollaba su capacidad para la hipocresía, podía ejercer el control. Nos hacía pelear, nos incitaba a que discutiéramos. Después de hablar con ella, Fred me llamaba y se ponía a gritarme. O lloraba durante sus suplicantes llamadas a Floyd.

—¿No ves que está mayor y débil?

Y Floyd le aullaba a Hubby:

—Tragón de mierda, te has comido todas las magdalenas que había hecho mamá.

Mientras sostenía que quería la paz y nos obligaba a escuchar sus lugares comunes, iba cuchicheando contra nosotros, uno por uno, hasta que estábamos tan furiosos todos con todos que acudíamos a ella con espíritu infantil.

—¡Me ha pegado!

—¡Empezó él!

Madre nos culpaba por mostrarnos hostiles, pero era ella quien creaba esos sentimientos de hostilidad. ¿Por qué lo hacía? Stalin lo hubiera sabido, al igual que el presidente Mao o Pol Pot —el Hermano Número Uno—, o el camarada Hoxha, de Albania: para que la obedeciéramos solo a ella.

«No os peleéis» significaba «peleaos». «Ayudaos los unos a los otros» significaba «haceos daño los unos a los otros». La armonía y la paz significaban sus opuestos. Y si alguno de nosotros le tomaba la palabra y ayudaba a un hermano o a una hermana de manera desinteresada —tomando el consejo de madre al pie de la letra— el resultado era inesperado y horrible, ya que muy pronto nos enterábamos de que la persona a la que habíamos ayudado se estaba riendo de nosotros, espoleada por madre, de modo que habíamos hecho un esfuerzo en vano. Quien ayudaba a los demás era un ingenuo. Y, siguiendo el razonamiento de madre, ¿por qué íbamos a perder tiempo y dinero ayudándonos entre nosotros cuando nuestra obligación era ayudarla a ella? Cada esfuerzo que dedicábamos a echarnos una mano era un esfuerzo que le negábamos a ella.

¿Estabas en casa quitando el polvo a las estanterías? Madre decía:

—Aquí hay unas estanterías a las que habría que quitarles el polvo.

¿Estabas preparando una comida para Hubby? Madre decía:

—Es un pozo sin fondo. ¿Dónde mete tanta comida? Un día de estos va a reventar.

¿Te ibas a ir a Boston con Floyd? Madre decía:

—Hace años que no voy a Boston.

¿Ibas a llevar a Gilbert al aeropuerto de Hyannis? Madre decía:

—No sé cómo voy a ir al dentista la semana que viene.

¿Ibas a invitar a Franny y Marvin a cenar vieiras? Madre decía:

—Me encantan las vieiras. Ya ni me acuerdo de la última vez que comí vieiras.

Todo esto fue al principio, cuando éramos mucho más jóvenes, cuando acabábamos de empezar a vivir. Fue antes de que yo tuviera una idea clara de lo que éramos, antes de que comprendiera la palabra *traidor*.

Tras la muerte de padre y mi regreso, madre nos aferró con más fuerza. Y ahora, después de todos esos años intermedios, al fin me daba cuenta de en qué nos habíamos convertido: en salvajes, en pillos, en espías, en ratas.

Por pura costumbre y para poder vivir en paz, traté de complacerla.

Durante los años que siguieron a la muerte de padre, cuando me quedé a vivir en Cape Cod, visitaba a madre con frecuencia. Tal vez también influyera el hecho de estar soltero. Había que rastrillar las hojas y quitar la nieve, y yo lo hacía en mi jardín y en el de madre. Cuando Floyd se convirtió en mi enemigo, me di cuenta de que no podía luchar contra él. No tenía aliados; me tendría que tragar lo que había sucedido. Ya había intentado obtener la compasión de madre y un poco de apoyo ante el ataque público de Floyd. «Detesto que mis hijos se peleen», había dicho madre, y al día siguiente se había ido a cenar a la casa de Floyd. Floyd podía ser despiadado conmigo, pero con madre se mostraba de lo más solícito, a pesar de que ella casi nunca reconocía su generosidad.

Pero es que casi nunca reconocía la generosidad de nadie. Cuando te tenía delante, era ambigua, e incluso podía agradecerte con profusión algo que hubieras hecho. Pero nunca recordaba los regalos que había recibido, o el regalo se iba haciendo cada vez más pequeño hasta convertirse en una cosita patética que le habían obligado a aceptar, que en realidad ella nunca había necesitado.

Que madre te diera las gracias significaba que importabas, que lo que habías hecho tenía un valor. No se prodigaba con los elogios. Después de todo, era muy poco lo que habías hecho, y tendrías que seguir intentándolo porque habías fracasado. No nos decía abiertamente que hubiéramos fracasado. De hecho, podía decir que estaba satisfecha, pero transmitía el mensaje con una ironía artificiosa que sugería que no estaba satisfecha en absoluto.

—¿De verdad te gusta? —le preguntaba yo.

—Por supuesto —contestaba ella, y yo sabía, por cierta cualidad hueca de su tono de voz, que en realidad no le gustaba.

Con el tiempo, todos nos volvimos expertos en traducir el idioma de su malvada tiranía, que funcionaba como un espejo, de modo que cuando decía, o más bien predicaba, levantando un dedo huesudo, que había que tratar a los demás como nos gustaría que nos trataran a nosotros, sabíamos que en el fondo se refería a lo contrario.

Madre me generó mucha confusión cuando era un niño. Estuve dando tumbos y haciéndolo todo mal hasta que, al terminar el instituto, por fin pude

marcharme de casa y más o menos mantenerme a distancia. Pasaron los años. Ahora entendía lo que había ocurrido exactamente, y aunque el proceso me parecía horrible, sus complejas dinámicas y su efectividad me resultaban muy interesantes.

No era tan fácil perturbar a toda una familia —madre siempre estaba en ello—, pero gracias a sus artimañas había conseguido dividirnos. Discutíamos y cuchicheábamos, lo cual significaba que había triunfado, ya que toda nuestra atención estaba dirigida a ella: regalos, flores, fruta, compasión, apoyo. Habíamos tomado buena nota de todas sus lecciones sobre las diversas estrategias de la deslealtad y la hipocresía. Nos caíamos mal y nos juntábamos de manera selectiva, porque habíamos formado camarillas. Pero todos le decíamos a madre que la queríamos.

Pasó el invierno. Llegó la primavera, y con ella la Pascua, otra festividad, otra comida en una casa, con exclusiones significativas. Floyd, en esa época, nunca quedaba excluido. Se le invitaba el primero y se esperaba que fuera, porque si no iba, lo más probable es que se estuviera burlando de ti, como constantemente se burlaba de mí.

Ahora, cinco años después de la muerte de papá, madre y Floyd se sentían muy cerca. Su cercanía suponía que madre tuviera mucha información sobre él. Se reía de él delante de Fred y de Gilbert, aunque cuando estaba con Franny y con Rose no tenía nada que decir sobre Floyd. Fred era el que más miedo le tenía a Floyd; cuando estaba con él, lo trataba con condescendencia, pero cuando estaba conmigo se reía de él. Hubby odiaba a Floyd, y Fred le caía mal por invitarlo a su casa, pero a Hubby le encantaban las invitaciones de Fred, y no era capaz de resistirse a sus barbacoas. Gilbert, que siempre era muy circunspecto con Floyd, se quedaba en casa de madre cuando venía a Cape Cod, de modo que podía mostrarse esquivo con el resto de nosotros. Hubby me hablaba fatal de Fred, pero no dejaba de ir a comer con él. A Franny y a Rose les caía mal Hubby porque siempre les estaba echando una mano a ellas y a madre, y les molestaba necesitarlo.

Fred parecía cordial conmigo, pero estaba encantado con mi ruina. Gilbert era muy atento, y a veces realmente cordial, pero estaba demasiado ocupado como para preocuparse mucho por la vida de nadie. Franny me había considerado útil, en cierto momento, porque era alguien conocido. Pero no me había perdonado que no asistiera a la boda de Jonty. Franny, que al igual que madre expresaba todo siempre de manera indirecta, me transmitía su

hostilidad llevándome montones de regalos baratos pero abrumadores: chocolate malo, bolsas de manzanas magulladas, camisetas de las rebajas, calcetines desparejados. Rose me mostraba su hostilidad de un modo más directo: no me regalaba nada e incluso me evitaba, porque sus hijos y ella ahora estaban muy unidos a Floyd.

—El tío Floyd nos ha incluido en su testamento —me había dicho el pequeño Benno durante una de sus escasas visitas. Y la pequeña Bingo había confirmado:

—Nos quedaremos sus cosas cuando se muera.

Emplear tu última voluntad y tu testamento para obtener el cariño de alguien significaba que exigirías su fidelidad hasta la muerte. Esta técnica estaba calcada del manual de estrategias de madre.

Franny y Rose actuaban con prudencia cuando estaban conmigo, solían ocultar el hecho de que tenían una relación cordial con Floyd.

—No lo vemos mucho.

Yo sabía que no era así, y que cualquier cosa que les contara se emplearía como un pequeño regalo para él: le contarían a Floyd cualquier cosa que vieran u oyeran en mi casa, para congraciarse con él. Esos chismorreos eran una especie de ofrenda, que demostraba al mismo tiempo su lealtad hacia él y su deslealtad hacia mí. Para descolocarme, ridiculizaban a Floyd cuando estaban conmigo, pero de un modo delicado, sutil, para que yo no tuviera nada que esgrimir en contra de ellas. La traición es complicada si uno también quiere tener aliados.

Cuando estábamos con ella, madre, en su juicioso estilo, nos decía que nos quería y nos agradecía nuestras atenciones. Pero cuando no estábamos delante, le contaba a quienquiera que la escuchara que no éramos de fiar, ni generosos ni serviciales. A mí siempre me elogiaba cuando iba a verla, y después Fred o Franny o algún otro me contaba que había dicho:

—Jay me ha dado un disgusto. No sé qué he hecho para merecer esto.

El odio de Floyd, digno de un perro de presa, ya duraba tanto que inspiraba miedo en los demás. No se me ocurría ninguna manera de hacer las paces con él, pero a medida que pasaba el tiempo, me fui dando cuenta de que mi posición era mejor que la del resto. Debido al peculiar temperamento de Floyd y a la clase de demandas que hacía, era mucho más agobiante ser su amigo que su enemigo. Al ser su enemigo, yo tenía un montón de tiempo para mí mismo, mientras que sus amigos y el resto de la familia debían tratar



con él a diario. Había hecho lo peor que podía hacer: escribir aquella maliciosa reseña de mi libro. Pero aunque mi libro fracasó, la reseña era tan estrambótica, caprichosa e incoherente que Floyd había llamado la atención quedando como un payaso, y empezó a verse acosado por preguntas indeseadas y miradas perplejas.

Al ser su enemigo, yo no tenía que complacerlo. Era independiente y no necesitaba propiciarlo, como hacían los demás, con regalos y tributos que en general consistían en algo para sus colecciones: cosas relacionadas con la Coca-Cola, antiguas cucharillas de helado y todo eso. Los demás vivían aterrorizados ante la posibilidad de ofenderlo. Yo tenía más suerte, pues vivía fuera de su órbita.

Me daba mucha pena Fred, que iba a la casa de Floyd y le regalaba un *netsuke* de marfil y después venía a verme a mí y se burlaba de su codicia.

—¡Es compulsivo!

Era una manifestación de la retorcida lealtad que nos había inculcado madre: Fred creía que al burlarse de Floyd, me complacía a mí, cuando yo sabía perfectamente que cuando se marchara de mi casa cogería el teléfono y llamaría a algún otro hermano para burlarse de mí. Y Fred no era el único que actuaba de esta manera. Todos lo hacíamos. Yo me burlaba de todos ellos a sus espaldas.

Éramos traidores en nombre de madre. Y, aunque resulte extraño decirlo, el sistema era un éxito. No éramos felices, pero madre sí, y eso era lo único que importaba.

## 22. A diez minutos de madre

Así es hacerse viejo, pensaba yo a veces, extrañado ante mi pasividad, que me generaba angustia, la sensación de ahogo: vivir cerca del mar en una casa alquilada, en una calle en la que el viento hace volar la arena y unos pinos deformes y artríticos van cambiando sus agujas. Ahora ya no ocurriría ningún milagro. Vivía en un estado vegetativo, de jubilación parcial, con cada vez menos dinero, como el resto de la familia. Me daba miedo la jubilación total porque necesitaba algún sitio al que ir todas las mañanas. Pero eso era solo parte del problema: al jubilarnos de un trabajo activo, también nos habíamos jubilado de nuestros sueños y ambiciones. Teníamos más tiempo que nunca, y toda la soledad que necesitaríamos para rememorar nuestros antiguos resentimientos. Habíamos dejado atrás los anhelos y esperanzas. Los éxitos y las alegrías que nos fuera a deparar la vida ya habían tenido lugar; lo que no había ocurrido ya no ocurriría nunca. Mi destino estaba a mi espalda. Los hados eran irrelevantes. Solo la muerte era segura. Entonces piensas: Esto ha sido todo.

Yo había conocido una modesta fama que ya había desaparecido, salvo por una ambigua luminiscencia, como una vez que fui a pagar con un cheque y un desconocido me dijo que le sonaba un poco mi nombre; estaba desconcertado, porque no recordaba dónde lo había oído.

—¿Usted no escribió un libro?

Era el dependiente de una ferretería de Osterville. Apoyó, sin demasiada cortesía, la yema del dedo en la parte del cheque donde estaba impreso mi nombre.

Yo estaba entrando en una región gris y monótona, semejante a un desierto: la madurez. Me imaginaba un paisaje lleno de dunas, como el de Truro: un paisaje pobre y estéril, sin caminos claros, sin mucha vegetación, incómodo y despoblado. Todo esto está oculto para los jóvenes, esta región yerma en la que cualquier esfuerzo parece inútil y da la impresión de que solo

un estúpido puede sentir alguna clase de entusiasmo o albergar esperanzas. En esta etapa de la vida, de la que la mala suerte es una parte esencial, lo único que ocurre son desgraciados accidentes. Pero yo no era cínico; estaba casi sereno. Los desconocidos no me veían o, si me veían, su mirada no se detenía en mí.

Aun así, cuando pensaba en madre, o iba a visitarla y me hallaba en presencia de su furia o su astucia o la energía de sus evasivas, me daba cuenta de que la imagen que tenía de mí mismo era errónea. La miraba y pensaba: Yo no soy viejo en absoluto. Soy su hijo, soy mucho más joven que ella, su tercer hijo; todavía nado y monto en bicicleta, tengo aguante con la bebida, de vez en cuando cocino y, si la longevidad de madre es hereditaria, todavía me quedan treinta y tantos años. ¡Treinta años más así!

La idea de tener aún tanto tiempo por delante, como una sentencia de cárcel, me perturbó y obsesionó. ¿Qué iba a hacer tantos años? Me puse muy melancólico al pensar que me esperaba una vida como la de madre: sola en su casa, al lado del teléfono, haciendo que sus hijos se pelearan y recibiendo sus visitas, soltando indirectas para despertar su envidia o recordándoles sus obligaciones entre cuchicheos.

Madre había perdido peso, lo bastante como para que, aunque ya era muy mayor, pareciera satisfecha y estable, un tanto estática pero alegre. Ahora había quedado reducida a su esencia: esquelética y pálida, con la piel amarillenta y suelta, como los cadáveres de los pollos recién desplumados. Llevaba un chal que había tejido ella misma, o un jersey, incluso en verano, y no se quitaba nunca el calzado de enfermera que Hubby le había conseguido a precio de mayorista gracias a que conocía al proveedor del hospital.

—¿Has oído lo que ha dicho Floyd de mamá? —me preguntó Hubby un día, durante una inesperada llamada telefónica.

—No hablo nunca con él —no soportaba oír su nombre—. ¿Cómo lo iba a saber?

—De la manera habitual.

Era cierto: los rumores seguían circulando. A veces incluso participaban en su difusión algunas personas a las que llevábamos sin ver años.

—Dice que se parece a Bertrand Russell.

En contra de mi voluntad, solté una carcajada.

—¿Te resulta divertido? —Hubby estaba indignado.

—No —dije yo, aunque la comparación era perfecta: el cráneo al juntarse

con el escuálido cuello, los mechones de pelo blanco, la androginia. Bertrand Russell se parecía a un montón de abuelas.

—Floyd es un payaso. ¿Qué estás haciendo?

—Trabajando un poco.

En realidad no estaba haciendo nada. Me faltaba valor para empezar otro libro. En vez de eso, escribía artículos para revistas, cosas rutinarias y sin importancia que me obligaban a salir de casa y me ayudaban a pagar el alquiler: un texto de mil palabras sobre las sendas ciclistas de Cape Cod, uno de mil quinientas sobre Martha's Vineyard fuera de temporada, uno para acompañar un reportaje fotográfico sobre faros, remembranzas del viajero que había sido, viñetas sobre la talla de marfil, sobre la pesca de langostas, sobre la navegación a vela, sobre la pesca de lubinas. Los lugares comunes de Cape Cod se repetían para los nuevos lectores, y ocupaban espacio en revistas cuyo objetivo era ganar dinero con las páginas destinadas a la publicidad.

Comparado con madre, yo era un hombre joven. En su presencia me sentía como un niño. Dejé de estar obsesionado con mi edad. Había cambiado de opinión y quería vivir. Fui a visitarla para renovar mi sensación de juventud.

Quizá recordar que era relativamente joven me ayudó a quedarme en Cape Cod, a vivir a diez minutos de madre. Cuando me ponía a pensar en alguna manera de alejarme de allí, empezaba a sentirme inseguro y confuso, y acababa decidiendo que no importaba, que era temporal.

Y además, del modo extrañamente tribal que ya he descrito, aquel era mi mundo: mi familia, mi cultura. Yo hablaba el idioma especial de ese pequeño grupo de personas cuyas vidas formaban parte de la mía, y aunque me quejara, sus hábitos y creencias eran los míos, incluso su dieta, incluso sus secretos.

Con el tiempo —este era el tabú tácito— madre moriría y entonces yo sería viejo. Su muerte me volvería viejo.

Madre había dejado de hablar sobre su defunción, había dejado de hablar sobre su testamento. Le había preguntado a todo el mundo su opinión al respecto. ¿Cómo debía repartirse su herencia? Yo estaba seguro de que no habría mucho que repartir, pero madre seguía viva y llena de energía, seguía necesitando nuestros cuidados, de modo que cada uno de nosotros le servía para algo. Ya no tenía ambiciones vitales y mi carrera de escritor había concluido. Ya no tenía por qué esforzarme más. Ya no tenía aspiraciones. Saber esto me resultaba tranquilizador y me permitía estar centrado.

El hecho de que madre siguiera viva y lúcida me mantenía joven. Por muy débil u olvidadiza o enferma que la viera, su sola existencia me convertía en un niño. Éramos madre e hijo, la Virgen y el niño, y el contraste que había entre nosotros era la prueba visible de mi juventud. Cuando empecé a notar esto, aumentaron mis ganas de verla. Como un campesino que, en la ladera de una colina en un país extranjero, se sometiera a una emperatriz que gobernase desde su lejano castillo, yo había aprendido a vivir con su tiranía y a ver algunas ventajas en ella. Y ella no reparaba en mí casi nunca, como la emperatriz no tendría por qué reparar en cada uno de sus súbditos. Ya no tenía importancia si ella estaba de mi lado o no, si sembraba la confusión, si me creaba problemas, si contaba mentiras sobre mí, si continuaba con sus cuchicheos y sus burlas. Lo único que me importaba era que aguantara, que durase eternamente, su valor simbólico, totémico, de cabeza de familia. Deseaba que viviera para siempre. Quería que fuera perpetua. No quería ni imaginarme su muerte, pues mientras ella siguiera viva, yo no podría morir. Y no solo eso: seguiría siendo siempre un niño.

Esa reconfortante idea (que a mí me parecía lógica aun cuando falsa) era otro motivo para vivir a diez minutos de madre.

Madre seguía conservando su carácter astuto y evasivo, aunque quizá estos rasgos parecieran más pronunciados ahora que estaba más delgada y su personalidad se había acentuado. Si le llevaba un regalo, decía algo como:

—A Franny le gustan mucho estos bombones. Mañana va a venir a verme con Rose —y le daba unos golpecitos a la caja con sus manos huesudas. Y, a modo de pulla contra ellas, añadía—: No sé para qué se molestan. Puedo apañármelas perfectamente yo sola —entonces una expresión de fastidio y lástima se dibujaba en su rostro, dándole la apariencia de una mujer coqueta con acidez de estómago—. Pero si así se sienten mejor... —concluía, soltando un suspiro.

Eso era típico de madre: denigrar a alguien por hacer precisamente lo que ella quería que hiciera.

Me imaginaba, de todos modos, que Franny y Rose iban a visitar a madre por la misma razón que yo; que veneraban a aquella anciana como a un ídolo pagano, que la santificaban en vida, que al satisfacerla y aplacarla, también alimentaban su propia vanidad, ya que estar en la misma habitación que su madre de ochenta y ocho años hacía que se sintieran más jóvenes.

Me gustaba oír alardear a madre: «Hoy he ido a dar un paseo», decía. O:

«He estado arrancando malas hierbas en el jardín». O: «Me he ido hasta la playa».

Cuando la llamaba y tardaba en contestar más de lo que yo esperaba, su casa me parecía más vacía y hueca cada vez que sonaba el teléfono. Temía que estuviera tirada boca abajo, moribunda, clavando las uñas en la moqueta. Me daba un vuelco el corazón cuando el teléfono dejaba de sonar y ella decía «hola» a su manera habitual, con un tono distinto para cada sílaba:

—¿Ho-la?

Siempre hablaba con un deje de incertidumbre, como si se estuviera colando en una habitación a oscuras. Esa mezcla de asombro, de estupidez y de duda era producto de su desconocimiento de quién estaba al otro lado del cable; no disponía de una voz de verdad hasta que no sabía con quién estaba hablando. Tenía una voz distinta para cada uno de nosotros, una forma diferente de saludarnos, y todas eran verdaderas, y todas eran falsas.

—Soy yo.

—¿Gilbert? —decía alegremente, poniendo voz de embelesada.

—No, soy yo.

Ahora yo ya estaba tomándole el pelo, por supuesto.

—¿Hubby? —decía, desalentada.

—Está en el hospital.

—¿Freddy? —preguntaba, con tono de esperanza.

—JP —decía yo, sacándola del misterio.

—¿Sí?

Entonces soltaba un suspiro, decepcionada, pero a mí no me importaba. Me alegraba de que estuviera viva.

Yo quería colgar tan pronto como había comprobado tal hecho. Sin embargo, permanecía al teléfono y me enteraba de sus achaques, sus compras recientes («los melocotones están a sesenta y nueve centavos la bolsa de medio kilo»), los próximos cumpleaños («Bingo cumple este mes»), el tiempo que hacía (aunque yo vivía muy cerca y la misma lluvia que caía sobre su casa caía sobre la mía) y algunas cosas que hubiera recordado: que una profesora había elogiado su caligrafía en 1927 y lo que había dicho siempre su padre. Citaba sin cesar a su padre: sus esfuerzos, sus sueños, su sensibilidad, lo mucho que la había querido. No parecía darse cuenta de que, de niño, yo había conocido a un patriarca anciano y sentencioso que exigía revisar mi boletín de calificaciones. Madre también citaba con frecuencia a

Angela, con quien se comunicaba regularmente; ella canalizaba la sabiduría de la niña muerta.

—Noto cómo me mira desde lo alto —decía, como si se encontrara en un banco de iglesia, a ras de suelo, y su padre y Angela estuvieran de pie en una galería dorada, agarrados a un pasamanos muy ornamentado, mientras unas esponjosas nubes, como las de Tiepolo, pasaban flotando a su lado y ellos asentían con aprobación.

Al hablar por teléfono era frecuente que madre hiciera comentarios denigrantes; la calumnia era, para ella, una de las bellas artes.

«Veo que Hubby tiene un coche nuevo. No sé de dónde habrá sacado el dinero».

«Han ascendido a Gilbert. Eso significa que tendrá que viajar más, pobrecillo. Estoy preocupada por su salud».

«Franny y Rose me han barrido el garaje. Supongo que piensan que su anciana madre está demasiado débil o es demasiado perezosa para hacerlo».

—Hacía tiempo que no sabía nada de ti. Me imagino que estarás muy ocupado con tu novia.

Pero yo no mordí el anzuelo.

—Nunca estoy demasiado ocupado para llamarte —le dije—. Hablamos ayer.

—No lo creo.

No lo dijo como si estuviera insegura, sino como si yo estuviera mintiendo.

—Me dijiste que habías ido caminando hasta la playa.

—Eso no fue ayer.

Me colocaba en el banquillo de los acusados, y buscaba incongruencias en mi testimonio mientras yo tartamudeaba deseando que me creyera.

—No importa —dije yo.

—Sí que importa, si no es verdad —dijo ella, negándose a ceder.

—Pues supongo que entonces no te llamaría ayer —dije, consciente de que no podría ganar.

—Sí —dijo ella, triunfante al fin. Y después, con la voz neutra que empleaba para dar noticias, añadió—: Hoy ha venido a verme Floyd.

Oír su nombre era como recibir un latigazo. Cuando algún desconocido oía el mío, no era raro que se animara a mencionar la manera en que Floyd nos había atacado a mi libro y a mí; algunos incluso eran capaces de citar las partes más memorables y salvajes de su reseña. A veces, las frases que Floyd

había escrito solo para molestarme aparecían en ensayos sobre mi obra, convertidas en dictámenes sobre mí: «obsesionado con sus intestinos», «fetichista de los hechos», «falso acento inglés», «solipsista de una pomposidad monstruosa», «su familia lo considera ridículo».

—¿Hola? —dijo madre, como desde el fondo de un pozo de silencio.

—Sigo aquí.

—Pensaba que se había cortado. Te estaba hablando de Floyd.

—Mamá, no me dirige la palabra.

—No tenía ni idea.

—No sé nada de Floyd desde hace dos años. Parece que me odia.

—Nadie te odia. No cometas el pecado del orgullo. ¿De verdad crees que eres lo bastante importante como para que alguien te odie?

En cuanto pronunció esas palabras, evoqué varios rostros que me miraban con odio, el de Melissa Gearhart entre ellos, y detrás otras personas que me odiaban, como un montón de nubarrones.

—Floyd escribió una reseña horrible. Tú la viste.

Madre se puso altiva, hizo gala de su piedad ostentosamente y protestó, defendiendo su inocencia.

—Nunca he visto tal cosa.

—No importa.

Si había mencionado a Floyd —con ese «Hoy ha venido a verme»—, era para hacerme sentir avergonzado y débil, para reforzar mi sensación de víctima y recordarme que tenía un enemigo despiadado. Su malicia me parecía más clara y me afectaba de un modo más inequívoco por teléfono que si hubiera estado con ella, porque por teléfono fingía una vibrante santidad, una especie de sufrimiento resuelto y firme, una mojigatería de lo más intensa, sobre todo cuando se mostraba maliciosa.

Chismorreaba sobre mí. Todos lo hacían. Muchas veces Hubby pasaba a verme, siempre con algo de lo que quejarse, en ocasiones para contarme alguna historia que hubiera ocurrido en el hospital. Desde que había conocido la derrota, yo escuchaba mejor. Además, Hubby vivía en el mundo real, en el mundo de la vida y la muerte, del orden, de los horarios regulares; fichaba al entrar al trabajo, fichaba al salir, recogía su cheque todas las semanas. Tenía colegas, tenía jefes, tenía empleados y ayudantes. Tenía pacientes. En su mundo, la responsabilidad era algo compartido, al igual que las bromas. Tenía vacaciones pagadas y días libres. Yo estaba muy lejos de todo eso en



mi vida desordenada e improvisada, y muchas veces Hubby me daba envidia, no por su trabajo, sino por la sociabilidad de su vida cotidiana, sus amistades, su pertenencia al mundo de la enfermedad, que también era el mundo de la curación.

Hubby había ido a Vietnam como estudiante de Medicina, y cuando lo licenciaron, se dedicó a la enfermería. Era corpulento y tenía unos hombros poderosos, el cuello grueso y manos grandes y rosadas. «Soy enfermero», bramaba a veces, y parecía disfrutar de la cara de incredulidad que se le quedaba a la gente que lo oía.

—Hoy han traído a una mujer a urgencias —me dijo Hubby una noche, en esa época; en nuestra familia, iniciar una historia era el modo de decir hola—. Por la mañana, temprano. Yo me estaba tomando un café. Había tomado una sobredosis de codeína. Busqué su historial y vi que era la tercera vez que intentaba matarse. La atamos y empezamos a hacerle un lavado de estómago, y ella no paraba de gritar y de quejarse. «A ver, señora», le dije, «en lugar de hacernos perder el tiempo, ¿por qué la próxima vez no se suicida como es debido? Le explicaré gustosamente cómo tiene que matarse para que se mate de verdad».

—¿Y cómo se lo tomó?

—Consiguió soltarse un poco y me dio una bofetada. «¡Vete a tomar por culo!», me dijo —Hubby se echó a reír al recordarlo—. Me quedé conmocionado. Me dieron ganas de devolvérsela. El otro enfermero le gritó: «¡Compórtese, señora!». Y entonces le dio a él. Y siguió mandándonos a tomar por culo a los dos, hasta que empezó a vomitar.

La aventura de Hubby me dio envidia. Eso era lo que yo me estaba perdiendo: la vida real. Pensé que Hubby pocas veces se sentiría innecesario, como solía sentirme yo.

—La semana pasada vino un tipo... «Me duele muchísimo el estómago». Lo dijo de una manera afeminada, ¿sabes? En la radiografía se veía un objeto extraño. Le sacamos un vibrador de quince centímetros que no sé cómo le había entrado en el culo. La verdad es que podría habernos dicho algo antes, ¿no te parece? Pues lo único que decía era: «La cosa esa no es mía. No sé de dónde habrá salido».

Así era su calentamiento habitual. Yo estaba seguro de que, después de unas cuantas historias de este tipo, Hubby volvería a nuestro tema obsesivo, los demás miembros de la familia. Últimamente se quejaba con más

intensidad que yo.

Se tapó la cara con sus manazas y se la apretó, deformándosela un poco; parecía un gesto de cordialidad, pero también era su forma de indicar que iba a cambiar de tema.

—Mamá está haciendo cosas raras estos últimos tiempos.

—Menuda noticia.

—No, en serio. «Haz esto, haz esto otro». Está muy exigente.

Estuve a punto de contarle que Franny y Rose habían dicho lo mismo, porque el domingo de la semana anterior habían pasado por mi casa para quejarse de madre. Estuvieron una hora entera lamentándose y haciendo muchísimo drama por lo tirana que era.

Hubby me miró entornando los ojos. ¿Acaso yo sabía algo? Pero me limité a encogerme de hombros. En la familia, proporcionar información siempre era un error. Si alguien lo hacía, el oyente —Hubby era un experto en esto— fingía no haber oído nada o interrumpía de vez en cuando, elevando mucho la voz, pero tomaba buena nota de todos los detalles de la indiscreción y los recordaba para repetirlos más tarde, con todos los adornos que considerara necesarios.

Yo no le di nada a cambio de sus chismorreos, de modo que bostezó, protestó por las tareas que madre le había encomendado y me dijo que tenía que irse.

En el pasado, Franny y Rose solían quejarse de las intromisiones y las necesidades de madre («Es como una niña pequeña»); decían que se regocijaba de una manera infantil cada vez que recibía algún regalo. Pero ahora parecían amargadas y oprimidas, cosa que nunca había sucedido antes.

—No voy a poder soportarlo mucho más —había dicho Franny.

Era un comentario muy extremo, tratándose de ella, puesto que se sentía muy orgullosa de su capacidad para aguantar el sufrimiento.

Rose le echó la culpa a Fred:

—Dijo que iba a ir a visitar a mamá. Nunca cumple su palabra. Como se sentía culpable, le envió una cesta de fruta.

—Mamá no está cómoda con Hubby —dijo Franny.

Tenían claro que era mejor no mencionar a Floyd delante de mí. Hubby había dicho que él se estaba encargando de todo el mantenimiento de la casa de madre: había limpiado los canalones, había sustituido las tejas caídas, había reparado las puertas de tela metálica y les había puesto abrazaderas

nuevas a las mangueras. Madre, según decía, no era razonable, nunca estaba satisfecha, era la persona más mezquina que había visto nunca.

Esa semana fui a visitar a madre. Me dijo que no se acordaba de si Hubby había ido a verla.

—¿No estuvo arreglando algunas cosas de la casa?

—Un par de cosillas —dijo madre de manera despectiva—. Las podría haber hecho yo misma. Tendría que haberlas hecho yo; habría acabado antes.

—¿Cómo te encuentras?

—Bueno, bien —dijo, con un tono de voz lastimero y poco convincente.

—¿Puedo echarle una mano con algo?

—Tú estás muy ocupado —dijo madre para que me sintiera culpable, y con una mueca de autocompasión. Después, observándome a través de sus grandes lentes, añadió, dramática—: Mi equipaje ya está listo.

Aquella expresión era nueva en ella. ¿Dónde la habría aprendido? Tenía que habérsela oído a alguien de su edad, tal vez a alguien en la sala de espera del médico, o a alguno de los ancianos que asistían a sus clases de talla de aves. Yo no habría entendido a qué se refería si Franny no me hubiera prevenido. Era la forma que tenía madre de decirnos que estaba preparada para morir.

Hubby también la había oído decir eso. Y también Floyd, según Hubby.

—¿Y qué dijo Floyd?

—Citó a Winston Churchill. Vaya gilipollas está hecho.

—¿Cómo era la cita?

—Algo así: «Si recibiera un telegrama diciendo que Stalin ha muerto, me preguntaría qué quiere decir con eso».

## 23. El Acre

Un caluroso día de verano en que el cielo estaba muy azul, una ligera brisa traía desde el océano las fragancias del escaramujo y el ciruelo marítimo y la temperatura del mediodía intensificaba y concentraba los aromas, fui a la casa de madre para llevarle una caja de arándanos. Estaba sentada bajo el arce que tenía en el jardín trasero, tomando un té helado. Cuando me acerqué, torció los hombros y las rodillas de modo que quedaran apuntándome y, sin dejar de dar sorbos a su té, colocó el vaso como un instrumento de medida, evaluándome mientras avanzaba hacia ella. Incluso en el exterior madre tenía un aspecto imperioso. Allá donde ella se sentara era un trono, incluyendo aquella vieja silla. Expuesto a su penetrante mirada y a su sonrisa inquisitiva, me sentí torpe y me tambaleé. Para compensarlo, empecé a caminar con exagerado cuidado, como una gallina o un monaguillo observado por toda la congregación. Me di cuenta, por los monótonos golpecitos que daba madre a su vaso y el ruido que hacían los hielos, de que seguía observándome.

—Estás cojeando —me dijo.

No dejó de estudiarme mientras yo corregí mi forma de andar y me giré un poco para alinear mi dolorido pie, intentando disimular. La vigilancia de madre no era empática ni compasiva; era como el estado de alerta de una leona que contempla, desde la distancia y sin pestañear, un antílope, en busca de alguna señal de debilidad. ¿Cómo lo habría notado? Pero yo era su presa, de modo que lo notaba todo. Su vigilancia también era como la de un tirano, y se me ocurrió de nuevo que los tiranos suelen ser paranoicos.

—No es nada grave.

—Si no es grave, ¿por qué lo haces?

Las cosas ilógicas siempre la hacían esbozar una sonrisa de lástima.

—Me duele el pie.

—¿Te has roto algo? —me preguntó. Parecía esperanzada.

—Tengo gota —le dije.

—Mi padre, descanse en paz, tenía gota. Sufría muchísimo. Debía tomar unas pastillas.

—Yo estoy tomando unas pastillas.

Madre sonrió y, cuando lo hizo, me di cuenta, por su aspecto satisfecho, de que estaba pensando en sí misma.

—Yo no tomo nada —dijo—. El otro día estuve en clase de talla, y todos se pusieron a hablar de las medicinas que toman. Jim Gaffey toma un fluidificante sanguíneo. Irene toma prednisona. Walter toma Vioxx. ¿Quién tomaba reblandecedores fecales? No me acuerdo. Zyloprim. Se me quedaron mirando porque yo no había dicho nada. «¿Tú qué tomas?», me preguntaron. Y yo sonreí —al decir esto, se deleitó en la misma sonrisa, petulante y tensa bajo su nariz de ave rapaz—. Y entonces les dije: «Yo no tomo nada».

Dio otro sorbo al té. El vaso ya no parecía un matraz; era de nuevo solo un vaso. Cuando bebía, se volvía egocéntrica. Su forma de tragar y de quedarse con los ojos vidriosos era una clase de egoísmo.

Entonces, para producir un efecto más dramático, repitió:

—Yo no tomo nada.

—El problema es tener que acordarse de tomar las pastillas tres veces al día, en cada comida —dije yo—. Eso es una pesadez, una cosa aburridísima.

—Yo nunca me aburro —dijo madre.

Esa mañana me había sentido mejor. Lo peor había pasado. Me parecía que la indometacina comenzaba a hacer efecto y que el dolor que sentía en la articulación del dedo gordo del pie se me estaba empezando a pasar. Pero al ver a madre, me volvió a doler. Me sentía mucho peor —más enfermo, más dolorido, más desmoralizado y desconsolado— por haber ido a visitarla.

—Tampoco importa que no me aburra nunca —dijo, mientras seguía dando sorbos al té—. No me queda mucho tiempo.

—No digas tonterías, mamá. Estás estupenda. Mira, te he traído unos arándanos.

Los dejé en la mesita y ella se quedó mirándolos.

—Mi equipaje ya está listo.

Lo dije como si no fuera a llevarse los arándanos.

—¿No has tenido noticias de nadie? —me preguntó.

—He venido por la ruta panorámica, para pasar por el puesto de la granja y comprar los arándanos —le dije—. Y he visto una retroexcavadora en el Acre.

—No tengo ni idea de lo que es eso.

—Es como una excavadora. Se usa para hacer un agujero en el suelo y poner los cimientos.

—¿Sí?

Hacía muchos años, madre y papá habían comprado un descampado, que ellos llamaban el Acre, a un hombre que necesitaba dinero tan desesperadamente que lo había vendido muy por debajo de su precio de mercado. Algunos días, madre recorría el medio kilómetro que había desde su casa para mirarlo, como si esperara que empezasen a crecer árboles frutales en el suelo, y a brotar fuentes, y a aparecer flores. Lo miraba de un modo muy absorbente y demandante y esperanzado.

—¿Estás pensando en construir algo ahí?

—No —dijo ella, dando a entender, con el tono de esa única palabra, que mi pregunta era estúpida e indiscreta, y haciéndome sentir como un niño malcriado que está dando la lata.

Así que nos pusimos a hablar del tiempo, y ella quiso saber por qué en la caja de arándanos había hojas y ramitas. Después me marché, cojeando un montón; el pie me dolía mucho más que cuando había llegado.

Unos días después, me llamó Franny. Noté, por su tono de voz, que estaba agitada y llorosa.

—¿Te has enterado? Hubby se ha quedado con el Acre —se echó a llorar. Sus bufidos se oían a la perfección—. ¡Ya ha empezado a cavar!

—¿El Acre? ¿Cómo lo ha conseguido?

—Adivínalo. Tienes tres intentos —tenía que hacer un esfuerzo para que se le entendiera algo entre tantos sollozos—. No sé por qué estoy tan disgustada. No se lo merece. Nunca ha hecho nada.

—Mamá debe de habérselo vendido.

—La ha engañado. Ya sabes cómo es —se sorbía los mocos y las lágrimas. Parecía que estuviera revolcándose en el oleaje—. ¡Papá no quería que se vendiera el Acre!

Pero yo estaba pensando en madre. No me había dicho ni una palabra de aquello, aunque tampoco me había contado una sola mentira.

Pronto toda la familia lo supo, y todo el mundo, incluido Hubby, estaba enfadado.

- ¿Por cuánto lo has comprado? —le pregunté.  
—¡Todos me hacéis esa misma pregunta estúpida!  
—Bueno, y ¿cuál es la respuesta?  
—Un precio justo —dijo, malhumorado.

Me sorprendió lo mucho que se indignaron los demás. Era como si les hubiesen robado algo. A mí me parecía que el Acre era de madre y que ella podía disponer de su terreno como quisiera. Resultaba extraño, en cualquier caso, que se lo vendiera a Hubby, de quien tantas veces se burlaba a sus espaldas.

«A él le ha tocado más», solíamos decir cuando madre servía la cena. «El trozo de ella es más grande», o: «¿Él puede repetir?». Estuvimos años así. Y el hecho de que Hubby se hubiera quedado con el Acre era otra versión de aquello.

A madre le entusiasmaba esa crispada interacción; la controversia le aportaba vitalidad. Su fascinación era vívida y palpable y parecía fortalecerla. Se diría que la indignación le había quitado años de encima.

- Hay que tener valor para preguntarme por lo del Acre —me dijo.  
—Supongo que es una curiosidad natural —dije, para ver qué contestaba.  
—No tiene nada de natural. ¡Haré lo que me dé la gana!

Solo fingía estar enfadada. Le encantaba la impotente furia de nuestras ignorantes preguntas; eso le permitía mostrarse desafiante. Quería que el trato al que había llegado con Hubby no pasara inadvertido, fuera cual fuera ese trato. Cuanto más oscuro y encubierto pareciera, mejor, ya que todo era para provocarnos. Quería decirnos: *¿Acaso yo os pregunto lo que hacéis con vuestro dinero y vuestras propiedades?* Estaba encantada de que nos sintiéramos confusos, de que hubiera preguntas sin contestar. Le sacaba todo el jugo a nuestra perplejidad.

Gracias a esa maniobra, se convirtió en el centro de atención hasta tal punto que dejó de decir «mi equipaje ya está listo». La tormenta que había provocado, hecha de curiosidad, chismorreos y envidia, le devolvió las ganas de vivir.

Y nuestras objeciones le mostraron lo débiles que éramos, lo fáciles de manipular que resultábamos.

Otra cosa que me parecía interesante es que le hubiera vendido el Acre precisamente a Hubby. Como él se esforzaba por ayudar y nunca nadie le daba las gracias, era el criticón, el quejica, el gruñón, al menos a ojos de los

demás, que desdeñaban sus esfuerzos. Hubby proporcionaba consejo médico, muestras de medicamentos y vendajes, y además era el manitas, la persona esencial en un hogar grande y frágil: el enfermero Arreglalotodo. Todo el mundo se burlaba de él, pero cuando alguien tenía algún dolor o alguna hinchazón, un desagüe que hubiera que desatascar o un canalón que necesitara una limpieza o un cortacésped que reparar, algo que vendar o pegar, la solución siempre era Hubby.

Era un experto en su trabajo de auxiliar de enfermería. Por lo general se dedicaba al triaje en el servicio de urgencias del hospital de Hyannis, pero nadie hablaba de él en estos términos; era el sirviente de la familia, especializado en reparaciones sin importancia.

Una de las características más crueles de la familia era el cinismo: no podías reconocer jamás que alguien te hubiera echado una mano. Al minimizar la generosidad de los demás, no tenías ninguna deuda. Cuanto más grande fuera el favor que le hicieras a alguien, más se burlaban de ti por haber cometido la estupidez de ofrecerte. Pero todavía era peor cuando te ignoraban. Por ejemplo, alguien me pedía que le prestara dinero. Podía tratarse de diez mil dólares. Yo accedía —demasiado fácilmente— y, entonces, la suma se duplicaba, y pronto la cifra era de veintiséis mil dólares. El que me había solicitado el préstamo acababa de sufrir una crisis y estaba a punto de arruinarse. Yo disfrutaba del éxito literario: los buenos tiempos. Que un hermano acudiera a mí, como quien pide limosna, para suplicarme que le prestara dinero me parecía más conmovedor que halagador, de modo que le decía que sí.

Cuando alguien consigue lo que quiere de ti, se apodera de él una alegría frenética que a mí me parece de muy mal agüero; esta alegría despierta la sospecha de que nunca te va a devolver lo que le hayas prestado o el favor que le hayas hecho. Está demasiado feliz, demasiado aliviado; de repente, no tiene ninguna preocupación, se ha librado de su carga. Padece una histeria irracional y casi indefinible.

—Ya te lo devolveré.

Esta frase, pronunciada con mucha insistencia, me hacía sospechar. ¿Por qué no me lo iba a devolver?

—Insisto en pagarte intereses. Es lo que me exigiría un banco. Es lo justo.

En algunos casos, firmábamos un documento y el prestatario sonreía al darse cuenta de que nuestras firmas eran similares. Alarmado por este ritual,



yo repetía que en algún momento me tendría que devolver el dinero prestado.

Pasaban los años, mi suerte empezaba a flaquear, me iba a divorciar, y nuestras posiciones se habían invertido: ahora al prestatario le iba fenomenal y yo necesitaba el dinero.

—¿Qué dinero?

Yo mencionaba la cantidad y el otro se me quedaba mirando fijamente, como si hubiera perdido el juicio, como si no solo estuviera delirando, sino que además lo hiciese por incordiar. Entonces yo repetía la cantidad con voz temblorosa.

—¿Estás seguro?

El prestatario sonreía al verme tan confuso y, con un aspecto semejante al de madre, parecía considerar que mi petición era absurda, que lo quería timar. Era yo el estafador. Eso pasa muy a menudo con los préstamos: se considera que el prestamista es un malvado y el que ha recibido el préstamo es una víctima.

Cualquier recuerdo del préstamo se había desvanecido, y la indiferente simpatía del prestamista me ponía muy nervioso.

—Hicimos un contrato —decía yo.

—Pues yo no lo tengo en mis archivos.

Después de pasar años viviendo en el extranjero, me había acostumbrado a guardar toda clase de papeles: un expatriado existe en documentos. Al final, encontraba el contrato, que demostraba que el prestatario no tenía razón. El préstamo, que ya era un hecho indiscutible, se convertía en un enorme fastidio; no era algo que agradecerme, sino algo que negociar.

—La verdad es que no tengo tanto dinero.

Entonces yo me convertía en el mendigo, y al cabo de un tiempo recibía un cheque con una notita fría y neutra. Haber sacado ese tema tan incómodo era una descortesía por mi parte, y toda la familia empezaría a chismorrear que yo era un pesado y hacía perder el tiempo a los demás. Alguien más noble jamás habría pedido que le devolvieran el dinero. Yo era un miserable por haberlo reclamado.

Estas experiencias también me proporcionaban cierta felicidad. Cuando pasaba el primer momento de amargura, sentía un arrebató de luminosa satisfacción, por la sensación liberadora de que otro miembro de la familia se había revelado como poco digno de confianza. Tales muestras de deslealtad e ingratitud me hacían sentir extrañamente contento, pues me descargaban para

siempre de la obligación de preocuparme por quien las hubiera dado.

Sentía esa certidumbre moral cada vez que me engañaban, cada vez que descubría que alguien me había mentido, cuando una mujer me era infiel, cuando me timaban. Tras la primera ráfaga de indignación, se apoderaba de mí una exaltada sensación de justicia, una especie de éxtasis cínico. Saber que me habían defraudado me liberaba de cualquier responsabilidad hacia el agravante. Aunque sentía un placer abominable al sonreír ante quien me hubiera mentido, nunca volvía a tomármelo en serio. Ya no tenía que esforzarme en dedicarles ni una pizca de compasión.

Pero la familia se mostró inmisericorde con Hubby. No merecía nada, y desde luego, no merecía el Acre. Y, siguiendo la tradición familiar, Hubby afirmaba que lo que había obtenido de madre no era nada sustancioso.

—El Acre estaba ahí sin que nadie le hiciera caso —me dijo una de las veces que vino a verme—. No había más que un montón de hierbajos, hiedra venenosa, zumaques y vides enmarañadas. Cualquiera de vosotros lo podría haber pedido. Nadie hizo nada en años. Mamá me lo vende y os volvéis todos locos. No sabes cómo me han gritado.

En vez de estar agradecido, estaba indignado, y daba a entender que había tenido que pagar un alto precio por el terreno.

Nuestras especulaciones sobre el Acre nos hacían enfadarnos los unos con los otros y discutir a gritos. Durante un tiempo, esas discusiones nos sirvieron para sentirnos más unidos.

—¿Has visto qué desfachatez? —me dijo Fred—. Ha conseguido un acre de un terreno de primera, con vistas al mar, y pretende que le ha tocado por derecho divino. Ni siquiera le ha dado las gracias a mamá.

Me acordé de una vez que le había prestado dinero a uno de los miembros de la familia, que no me lo había devuelto hasta que encontré el contrato. Pero dije:

—Hubby la ha ayudado mucho con la casa.

—Ha hecho unos trabajillos muy simples. Ha cambiado un par de bombillas. ¡Ese terreno vale por lo menos ochenta mil dólares!

Esta cifra se repetía una y otra vez. Todos suponían que Hubby le había comprado a madre el terreno por un dinero que ni se acercaba al precio de mercado. Lo había adquirido en secreto, nos lo había quitado —por decirlo así— y había timado a madre. Nadie sugirió que madre hubiera conspirado con él. Desde nuestro punto de vista, ella era la damnificada.

Franny y Rose eran las que se lamentaban más alto.

—Mira cómo estás tú —me dijo Franny—. Tú no tienes casa. Vives de alquiler. Te habría venido bien ese terreno.

—Pero yo no hubiera podido comprarlo, Franny. No tengo dinero.

—Tu prometida podría haber aportado algo.

Así de desfasada estaba; lo estaban todos. Habían pasado años desde que Missy me había dejado, y no había conocido a nadie más. Pero por lo menos había entendido que un secreto es algo que no se cuenta, de modo que era un poco más sabio.

—Hubby es un sinvergüenza —dijo Rose—. Y también es un bravucón. Mamá le tiene miedo. Por eso aceptó venderle el Acre. De haberlo sabido, habría hecho algo para impedirlo.

—No se merece ese terreno —dijo Franny—. Se va a construir una casa estupenda, mientras que todos los demás vivimos en tugurios.

—Espero que tenga problemas para conseguir un permiso de obra —dijo Rose.

Hubby tuvo problemas para conseguir el permiso. La prueba de percolación no salió bien. Tuvo que llamar a un ingeniero para que hiciera un montículo en el terreno e instalara allí el sistema séptico, y después pasó por la dura experiencia de someterse a una audiencia pública. Como la audiencia se celebró en invierno, cuando sus vecinos de Cape Cod no tenían nada mejor que hacer que asistir a cosas como esa e impedir que se concedieran permisos de construcción, el acontecimiento despertó bastante interés. Franny y Rose fueron, y también fue Fred. Aquella tarde hacía mucho frío. Parecía que la principal oposición al permiso procedía de la esquina de la habitación donde estaban ellos. Al final se señaló que no eran propietarios de terrenos colindantes y se concedió el permiso a pesar de sus objeciones.

Durante un tiempo, no se emprendió ninguna obra, pero cuando se inició el deshielo, a principios de la primavera, el tamaño del montículo comenzó a aumentar.

—He pagado un dineral por esto —me dijo Hubby cuando vino a visitarme para quejarse de que algunos hermanos habían asistido a la audiencia para intentar que le denegaran el permiso.

—Floyd está enfadado conmigo —me dijo madre—. «¡Le has dado el Acre a Hubby!». ¿Quién le ha dado derecho a cuestionarme?

Su manera de ponerme en mi sitio era poner a otro en su sitio a gritos. Pero

yo no tenía ninguna queja. No tenía dinero para haberme construido nada, por lo que esa cuestión no me importaba. Además, Hubby siempre se había encargado de todas las desagradables tareas que yo no era capaz de hacer. Lo recuerdo arreglando un desagüe que se había atascado; tuvo que meter la mano en la tubería y sacar una húmeda bola de pelo que, aunque era de madre, tenía un aspecto liso y brillante como el de un hurón.

—Si papá estuviera vivo, nunca habría aceptado esto.

Nuestro querido papá representaba el sentido de la justicia del que carecía nuestra familia.

—¿Cómo ha podido mamá hacer algo así? —me dijo Franny, entre sollozos, cuando hablamos por teléfono.

Rose simplemente estaba furiosa, pero no lloró.

Gilbert se puso del lado de madre:

—A lo mejor hizo lo que le apetecía hacer.

Fred estaba furioso con Hubby y le veía todos los defectos que yo veía en Fred: arrogancia, tacañería, amnesia.

Hablábamos, discutíamos, y madre nunca había estado más contenta. No tenía ninguna intención de explicar por qué había vendido el Acre, ni por cuánto. Se negaba a contestar cualquier pregunta, con lo cual generaba más confusión y más preguntas. Desde el punto de vista de madre, eso era perfecto. Nosotros no teníamos ni idea de qué estaba pensando, mientras que ella sabía perfectamente lo que pensábamos nosotros.

La confusión continuó a lo largo de la primavera y el verano, durante el cual Hubby puso los cimientos, instaló un sistema séptico, extendió una capa de hormigón y comenzó a levantar una modesta vivienda. Y así podría haber concluido esta historia; podría haber pasado a ser uno de los numerosos enigmas familiares; podríamos haberlo visto como el resultado de un trato que hizo que aumentara el poder de madre y su aire de misterio, dejándonos con una sensación de injusticia. Pero abofeteado por las críticas y sintiéndose maltratado, Hubby empezó de nuevo a quejarse por todas las tareas para las que madre le pedía ayuda: los quehaceres propios del verano, todo lo relacionado con las macetas de las ventanas, los canalones y las tejas.

—Tengo gente muriéndose en el hospital, estoy intentando terminar mi casa y me toca ir corriendo a casa de mamá para arreglarle la tela metálica de la puerta —dijo Hubby—. Estoy haciendo el triaje, tengo una víctima de un accidente de moto con traumatismo craneal múltiple, veo que tiene el córtex

afectado y de repente me llama mamá: «Se me ha atascado el fregadero. ¿Puedes venir un momento a arreglarlo?».

Hubby, al escenificar su trabajo, muchas veces se presentaba como si fuera neurocirujano.

Madre continuó mostrándose evasiva y defendiendo a Hubby hasta que se enteró por Franny de que Hubby nos había estado diciendo que se merecía quedarse con el Acre, que se lo había ganado.

—No ha hecho nada para merecérselo —dijo madre inesperadamente.

Esta afirmación llegó a todos los miembros de la familia. Le pedimos que la repitiera. Lo hizo, con los ojos encendidos, y dejó de defender a Hubby. Comenzó a criticar su ingratitud. Todo lo que Hubby decía parecía algo calculado para desautorizar a madre y demostrar que no tenía razón. Ella había dicho que los términos de la venta eran secretos, pero Hubby seguía chismorreando.

Cuando se reveló la verdad, fue imposible saber quién se había enterado primero, porque de repente todos la sabíamos.

—¿Sabes cuánto me pagó por el Acre? —preguntó madre.

Quizá nos lo contara a todos, uno a uno. Si fue así, ocurrió muy deprisa. El día que me lo contó a mí, yo había empezado la conversación comentando lo mucho que trabajaba Hubby, en un intento de defenderlo. Tenía muchas habilidades y siempre estaba dispuesto a ayudar, así que debíamos estarle muy agradecidos por hacer de manitas cuando estaba tan ocupado con su trabajo en el hospital. Madre me miró con dureza y me hizo la pregunta.

—Ni idea —dije yo.

—Un dólar —dijo ella—. Un miserable dólar.

Pronunció la palabra *dólar* de tal modo que hizo que pareciera aún más miserable. Es la cantidad mínima que estipula la ley para la adquisición de un terreno.

Entonces todos nos enteramos y maldijimos a Hubby por aprovecharse de ella. Pero si eso era cierto, madre nos resultaba más indescifrable que nunca.

## 24. La casita de campo

Madre salió reforzada, porque nos había ocultado su motivo secreto para regalar un terreno valioso; el hecho de que lo hubiera vendido por un dólar la volvía más enigmática. El hecho de que Hubby hubiera obtenido la parcela de esa mujer obsesivamente austera por un pavo era mucho más grave que si la hubiera conseguido gratis. Al comparar el valor de un acre de terreno con el de un dólar, se apoderaban de nosotros el enfado y el resentimiento y la confusión. Tenía que haber trampa, seguro. Si madre había hecho eso, ¿qué sería lo próximo? Aquel trato tan extravagante, tan poco típico de ella, nos decía: No deis nada por hecho; soy capaz de cualquier cosa.

Por lo tanto, había triunfado. Su actuación había sido brillante. Se reveló como una persona misteriosa, poco cordial, distante y desleal, incluso con Hubby, pese a que él había recibido el terreno, porque, desde luego, madre lo había traicionado.

—Mamá me prometió que no se lo diría a nadie —decía, compungido.

De un solo golpe, madre había hecho una demostración de lo irracional y veleidoso de su carácter y, debido a esto, de su poder. Como no podíamos comprender sus motivos, nos sentíamos perplejos y débiles, por lo que ella tenía más poder.

La tierra y el poder y el dinero eran los temas que estaban en juego, y sin embargo, cuando fui a visitar a madre después de este episodio y me dijo que tenía algo especial para mí, no pude evitar sonreír, lleno de esperanza.

Entró en la cocina, se puso a trajinar y sacó una bandeja de metal. Cogió un cuchillo y empezó a apuñalar algo que había en la bandeja. Madre tenía un aspecto de lo más peligroso con un cuchillo en la mano.

—Son galletas de pasas y nueces —dijo—. Las he hecho especialmente para ti.

Puse en la balanza un plato de cartón con unas galletas desmigajadas y troceadas con un cuchillo, y un acre de terreno con vistas al mar.

Quizá adivinara que yo estaba comparando ambas cosas, porque me dijo:  
—Les he puesto toda una taza de pasas.

Franny pasó a verme como una semana después. Cuando tomó asiento, el sofá habló, emitiendo desde su interior unos sonidos de madera y metal tensados que yo nunca había oído antes. En la hamaca formada por las dos rodillas separadas de Franny había una bolsa marrón. Abrió la bolsa desanudando la parte superior y se echó a llorar.

—Bizcocho de plátano —dijo, sollozando—. ¡Me lo ha dado mamá!

Fred, según me contó, había recibido una talla de un somormujo. Rose, un par de mitones tejidos a mano. Gilbert, un bote de mermelada de manzanas silvestres, y Floyd, si es que recibió algo, habrá sido una cosa semejante.

—A mí me hizo unas galletas —le dijo yo.

Todo lo que hacía madre parecía comida para gatos, incluyendo los mitones que tejía, de modo que sus regalos eran una especie de burla. Teníamos que mostrarnos agradecidos, decirle que lo que nos había dado era justo lo que queríamos, metérselo debajo del brazo e irnos a casa pensando en que Hubby había recibido un terreno con vistas al océano valorado en ochenta mil dólares que se revalorizaba a una tasa del doce por ciento anual.

—Yo la perdono —dijo Franny. Hizo un gesto de lástima, entrecerrando un ojo—. Es como una niña pequeña —después me miró a la cara—. Pero tendríamos que hacer algo.

—¿Y Floyd? —pregunté—. ¿Lo has visto?

Puso cara de ofendida e indignada.

—Ya nunca lo veo —dijo. Yo me quedé mirándola fijamente, y entonces añadió—: Creo que Rose lo ve de vez en cuando. Bingo y Benno lo adoran. Por lo visto, los ha incluido en su testamento.

Cada vez que las veía, Franny y Rose se quejaban de Hubby, diciendo que había timado a madre. Y Hubby se quejaba del terreno.

—Es imposible construir ahí. Necesité conseguir un permiso especial. No pasó la prueba de percolación. Tengo que poner un sistema séptico que me va a costar una fortuna.

Sugería que lo habían estafado. El terreno no le daba más que quebraderos de cabeza, y además era la víctima de una campaña de cuchicheos.

—Los demás no paran de comentar que conseguiste el terreno por un dólar —le dije.

—Te conté que lo había comprado por un precio justo, y no era mentira.

—Lo compraste por un dólar, Hubby.

—Mamá dijo que no había nadie más interesado.

—¿Por un dólar?

—Eso fue lo que me dijo.

—Te lo compro por dos dólares, y así duplicas tu inversión.

—Te parecerá gracioso.

No, no me parecía gracioso en absoluto. Estaba confuso y enfadado y lleno de envidia, como todos los demás miembros de la familia, salvo madre, que, lejos de haber sido objeto de un timo, se había salido con la suya.

Fred me llamó y empezó a quejarse.

—Si mamá me hubiera preguntado, le habría aconsejado que vendiera el terreno y repartiera las ganancias en siete partes —dijo—. No entiendo por qué no me preguntó.

—Evidentemente, porque no quiso.

—El terreno es suyo —dijo Gilbert—. Puede hacer lo que quiera con él.

Como Gilbert no dejaba de defender a madre, todos estaban convencidos de que ella le había dado alguna recompensa en secreto. Pero a mí me pareció que eso habría sido demasiado directo. Algo tan lógico y sencillo no podía ser verdad. Con madre, solo las transacciones más complejas e irracionales se daban en la realidad.

Esto se demostró muy pronto. Franny y Rose dejaron de culpar a Hubby y empezaron a culpar a madre, y la propia madre —cuando la visitaba para que me diera más galletas desmigajadas— empezó a burlarse de nuevo de Franny y de Rose, siempre con la mayor cordialidad.

—Franny se quedó sin resuello solo con el paseíto desde su coche hasta la puerta de mi casa. Y tuve que volver a ponerle cola a la pata del sillón después de que se sentara. Pero no me importó nada que devorara cuatro galletas de pasas y nueces. ¡Me sentí halagada! Ojalá Rose me contara lo que tiene en la cabeza. Tendría que consultar a Angela, que siempre es un rayo de sol, bendita sea. Franny y Rose dicen que quieren ayudarme, pero Dios sabe que soy capaz de apañármelas sola. La verdad es que pienso que el único motivo por el que vienen aquí es porque les gusta cambiar un poco de aires y les sienta fenomenal darse una vuelta. No me quiero ni imaginar cómo será estar casada con un hombre que lo único que hace es ver la tele. Papá nunca fue así. Creo que eso se nota en los niños: la gente vaga tiene hijos vagos. No estoy llamando vago a nadie. Sé que tienen muy buena intención...



De este modo, hablando con un tono monótono e incansable, fue dándoles un repaso a todos, y cuando yo llevaba una hora escuchándola, o más, ya me había convertido en su cómplice, así que no podía llevarle la contraria. Llevarle la contraria cuando se ponía a hacer comentarios desdeñosos, por muy paradójico que parezca, se consideraba el colmo de los malos modales.

En cualquier caso, aquella conversación era una artimaña, pues un par de días más tarde, Hubby se presentó en mi casa y me contó, muy indignado, que casi en el mismo momento en que madre había estado hablando pestes de Franny y Rose y bendiciendo el alma de Angela, les había transferido toda una propiedad a nuestras dos hermanas, la casita de campo de Weathervane Lane. Se trataba de un sitio encantador donde mi madre tenía una casa en alquiler, que era para ella una fuente de ingresos y un motivo de orgullo.

—¿Estás seguro de que se la ha dado?

—¿Acaso los osos cagan en el bosque? —dijo Hubby.

En esa ocasión también tuve ganas de llamar a mis hijos y decirles a gritos: «¡Mirad lo que me ha hecho!».

Por lo tanto, la obsesión de Franny y Rose con el terreno de Hubby, su manera de burlarse de madre y la manera de madre de burlarse de ellas tenían una causa muy evidente: les habían regalado una casa. ¿Cómo es posible que yo no lo hubiera visto? Tendría que haberme dado cuenta mucho antes de que si Hubby hablaba mal de madre, era porque había obtenido de ella algo sustancioso, y que las quejas y la envidia de Franny y Rose eran su taimada e ingrata forma de asumir el hecho de que les habían regalado una casita de campo.

Cuando uno recibía un regalo, siempre era una buena ocasión para actuar de un modo falso y oblicuo, y la mejor manera de hacerlo era quejarse. En nuestra familia, el método más eficaz para ocultar la gratitud no era simplemente fingir que no te habían dado nada, sino afirmar que quien te hubiera dado algo era un tacaño.

—Papá siempre quiso que me lo quedara yo —dijo Rose.

Así que, a fin de cuentas, no era un regalo, sino una propiedad que desde hacía mucho tiempo ella tenía derecho a obtener.

—Estamos pensando en arreglarla y alquilarla —dijo Franny.

Rose se quedó con la mirada fija al escuchar esta sugerencia, aunque dijo:

—Necesita un montón de trabajo.

—Está hecha un desastre —dijo Franny.

La casita de campo se hallaba en muy mal estado, así que no podía considerarse un regalo generoso. Como el acre con vistas al mar de Hubby, que necesitaba que pusieran un sistema séptico y que concedieran un permiso para poder edificar, era más bien una carga.

—Es increíble —dijo Fred—, porque no es algo que se hayan ganado. Nos lo están quitando a los demás. Yo pensaba que esa casita era de todos.

—Mamá estaba muy disgustada —me contó Gilbert por teléfono. Se encontraba en Yemen, pero estaba en contacto con madre—. Floyd fue a verla y le dijo: «¡Ja! Ahora sí que te has lucido. Los maridos de Franny y Rose van a dormir en esas camas y a tirarse pedos en el sofá. Gracias a ti, van a pasarse el día sentados en el porche bebiendo cerveza. Espero que estés orgullosa. ¡Se van a meter en la casa esos dos vagos detestables, que ni siquiera te aprecian!». ¿Te lo puedes creer?

Le dije que sí, que podía creérmelo, ya que por mucho que madre hiciera muecas de dolor al escuchar los comentarios sarcásticos de Floyd, había creado aquella situación con muchísimo esmero. Otra vez estábamos perplejos y enfadados; madre había regalado una casa sin dar explicación ni justificación alguna. Hubby decía que le habían encasquetado un trozo de terreno; Franny y Rose decían que la casita de campo estaba hecha una pena; Floyd y Fred se dedicaban a aullar como locas; Gilbert estaba molesto por todo el lío que se había armado. Nadie se sentía satisfecho, salvo madre, que estaba encantada.

—¿Por qué están todos tan disgustados? —dijo ella, a pesar de que de sobra sabía cuál era el problema—. Me alegro de que por lo menos Angela esté de mi parte.

Los muertos siempre estaban dispuestos a ofrecer el consuelo que los vivos le negaban. Madre ponía cara de mártir, pero debido a su sutil estrategia, se había vuelto todavía más enigmática y poderosa. Madre, en su estado más dominante, era indescifrable. Los verdaderamente poderosos son impredecibles. No se la podía cuestionar ni predecir lo que haría después, y no existía mayor señal de peligro que la sonrisa que esbozaban sus labios aquellos días.

La casita de campo de Weathervane Lane era una construcción baja, con el tejado de madera de cedro y las proporciones de una caja de puros que

tuviera la tapa medio abierta y ligeramente levantada, lo que le daba al techo una leve inclinación. Tenía un dormitorio en cada esquina, de modo que podía alojar bastante gente, y eso le otorgaba un gran valor, pues se podía alquilar muy bien en verano: cabían ocho camas gemelas y un par de cunas. Contaba con una pequeña cocina, un porche que papá había adosado a la parte de atrás una de tantas veces que le daba por ponerse a hacer reformas, una parrilla oxidada que en origen había sido un barril de petróleo y una mesa para pícnic en el jardín. En un primer momento la habíamos empleado para escaparnos a pasar unos días junto al mar, y todos los miembros de la familia habíamos aportado algo para comprarla. Yo había dedicado una parte del adelanto que cobré por mi primer libro, hacía casi cuarenta años, para ayudar a pagar la señal. Solíamos turnarnos para mantenerla en buen estado; de vez en cuando había que pintarla, cambiar las tejas, arreglar las vallas y plantar hortensias. La casita estaba rodeada por unos pinos raquíuticos y unos enebros azulados y unas espinosas *Rosa rugosa*: las plantas indestructibles de Cape Cod.

En esa sencilla casita, con su ácido hedor a ropa húmeda y a mar —los olores que habían quedado atrapados ahí dentro— yo había pasado algunos de los mejores momentos de mi vida cuando era joven, en mi condición de esposo y padre, o de hijo y hermano. Harry y Julian podrían decir lo mismo, pues fue el escenario de muchas de nuestras vacaciones de verano, de esos días que pasábamos descalzos sobre la arena caliente y hacíamos pícnicos en la mesa del jardín.

Los tablones avejentados, la pintura descascarillada, la moqueta deshilachada y las cortinas descoloridas le proporcionaban un gran encanto. Uno tenía la sensación de que miles de personas habían disfrutado de aquel lugar a lo largo de los años, y probablemente así fuera, ya que cuando la poníamos en alquiler —para que se fuese pagando, o como fuente de ingresos — siempre se ocupaba.

Cuando acababa de casarme y era excesivamente entusiasta e ingenuo, había ido allí con mi primera mujer, y después con ella y los niños, deseando recuperar la felicidad de los veranos que había pasado en Cape Cod y ofrecerles a esos extranjeros, mi mujer y nuestros hijos, una buena imagen de la región y del país. Me encantaba que pudieran disfrutar de ese clima cálido que yo tanto había disfrutado junto al mar: los densos olores de la hierba alta y las flores silvestres que inundaban el aire realzados por el sol; la

deslumbrante luz sobre el océano; el aliento del verano perfumado de roble blanco y pino y las dunas cubiertas de polvo y de sal...; el viento las fustigaba con tanta fuerza con los largos y afilados tallos de hierba, que estos, en el movimiento de sus hojas, dejaban una marca circular a su alrededor. Las frías aguas de Cape Cod cubrían y suavizaban las piedras de la playa, dándoles unas formas perfectas para que las pisáramos o para que jugáramos a lanzarlas y practicáramos nuestra puntería, como me había enseñado a hacer mi padre.

Tras pasar la primera infancia en África y Singapur, a mis hijos les parecía que los sencillos placeres de Estados Unidos eran fantásticos, la felicidad, el éxtasis; no solo el vaivén de las olas, la temperatura cálida, las hamacas y la tranquilidad del verano en Cape Cod, sino también la comida: las langostas y las almejas al vapor, las hamburguesas, las fuentes llenas de espaguetis, las jarras de limonada, los helados, las tartas de manzana y los pasteles y los alfajores de la tienda de la esquina. Y todo en abundancia.

Por la noche, el sonido de los grillos nos relajaba cuando nos sentábamos a tomar algo y a divertirnos. Todo el mundo era bienvenido. Aquella fue la época más feliz para la familia, quizá; solo Fred y yo estábamos casados entonces. El primer año, Fred había alquilado una gran casa, con su mujer y sus tres hijos, cerca de Weathervane Lane, y nosotros estábamos en la casita. Hubby seguía en el colegio, al igual que Gilbert. Rose aún no se había casado. Franny tenía un novio. Se instalaron en la casita de campo y se dedicaban a cotorrear por teléfono, y nos íbamos todos juntos a South Village Beach y nos sentábamos al sol y pasábamos el día charlando y nadando. Por la noche hacíamos una barbacoa en el jardín, o un pícnic en la playa, o preparábamos una fuente de espaguetis y albóndigas.

Nuestras incesantes burlas perturbaban a mi esposa inglesa, que no podía entender por qué Floyd imitaba a Hubby a sus espaldas. Hubby se burlaba de la novia de Floyd y todos hacíamos gestos con los ojos, en cuanto Fred se daba la vuelta, por la manera en que se sometía a la gruñona de su mujer; Fred, el mayor, a quien veíamos como a una figura de autoridad, mangoneado por aquella esnob, Erma, procedente de otro estado.

—Me parece una vulgaridad —decía mi esposa—. Tal vez algún día lo entienda.

Algunas noches, madre y papá cogían el coche y venían a vernos desde su casa, que estaba a algo menos de un kilómetro, para cenar todos juntos.

Cuando se iban, todos nos reíamos de las cosas que había dicho madre, sus frases recurrentes: «Mi padre era un santo», «Me juego lo que quieras», «Ríe y el mundo reirá contigo; llora y llorarás solo», «A cada cerdo le llega su San Martín». O comentábamos cómo padre se había quedado mirando fijamente el mar por la ventana de la casita, con una sonrisa de desaprobación en el rostro, y había dicho con cierto dramatismo y su peculiar acento: «¡Nunca!».

Allí pasé épocas felices, y la más feliz fue ese primer verano en que estuve fuera tanto tiempo. El último día, madre vino sola. Yo pensé que querría darme las gracias por haber acogido a la familia en la casita durante todo un mes, o para decirme que estaba muy contenta de verme después de todos los años que había pasado en el extranjero. Sin embargo, me dijo:

—Tengo que comentarte algo importante. La próxima vez que vengas, si es que vuelves el año que viene, ven a partir del Día del Trabajo, por favor.

Yo la miré sonriendo, incapaz de comprender.

—Pero en septiembre el agua está fría —le dije—. Y los niños tienen colegio.

—Entonces quizá deberías hacer otros planes.

—No lo entiendo —dije, sonriendo más. Me daba pena irme de Cape Cod y no tenía ninguna gana de despedirme, ni de hacer el largo viaje en coche hasta Boston, ni de meterme en un incómodo avión rumbo al sur de la fría y húmeda Londres, donde vivíamos entonces.

—Has estado aquí un mes entero —dijo madre. Ahora era ella la que me sonreía a mí, enseñando los dientes con expresión de enfado, como acostumbraba hacer—. Podríamos haber alquilado la casita durante este tiempo. Como te has quedado tanto, hemos perdido un montón de dinero.

La miré fijamente sin dejar de sonreír.

—¿Te acuerdas de que contribuí al pago de la señal de esta casa?

Madre volvió a sonreírme, entornando los ojos, desafiante.

—Es temporada alta —dijo.

Hacía años que no pasaba unas vacaciones en casa. Tenía una mujer y dos niños pequeños. Estas vacaciones había sido la primera vez que madre y padre pasaban algo de tiempo con ellos. Era la segunda vez que mi mujer viajaba a los Estados Unidos. Se había mostrado reticente; prefería ir de vacaciones a Francia, que estaba más cerca de Londres, y donde el tiempo y la comida eran mejores. Para los ingleses, la vida en Francia era maravillosa. Alguien le había hablado de la Dordoña. Sabía francés. Pero yo le había

insistido mucho, porque echaba de menos mi hogar. Le había prometido buen tiempo y langostas y gente hospitalaria y amable.

«Hay una casita cerca del océano —le había dicho—. En parte, es mía. Y mi familia está deseando que vayamos». Era cierto: la casa siempre estaba llena de mis familiares, que no se perdían casi ni una comida. Pero ahora se habían ido, habíamos hecho las maletas y estábamos metiéndolas en el coche de alquiler y madre había venido a importunarme, y seguía sonriendo, mostrando abiertamente su decepción, mientras establecía las reglas para las vacaciones del año siguiente.

Para que se callara, y para provocarla, le dije:

—Estaría encantado de pagarte algo.

Su sonrisa se desvaneció. Apretó las manos y dijo:

—Sería lo justo.

—¿Qué tal cien por semana? Te doy cuatrocientos.

Ahora madre parecía herida y me miró con condescendencia.

—Eso es la mitad de lo que solemos cobrar.

—Es todo el dinero que tengo —le dije, tratando de despertar su compasión.

Un ligero resoplido por la nariz y un murmullo inaudible me dieron a entender que no me creía. Tenía la opinión de que la gente siempre mentía en cuestiones de dinero, porque era lo que hacía ella. Pero yo le había dicho la horrible verdad.

Le hice un cheque, allí en el sendero de entrada a la casa, apoyado en el techo de mi coche de alquiler. Madre se lo guardó y dijo:

—Los Marrotta me habrían pagado el doble.

Entonces madre era más joven, y aunque era más rolliza, ya tenía aspecto de ave rapaz, con su nariz aguileña, sus largas garras y su manera de quedarse de pie, sujetando el cheque, como si estuviera protegiendo una presa recién atrapada. Yo no era su hijo. Era solo un inquilino.

Aunque me sentía triste y enfadado, en un pequeño rincón de mi alma percibí con satisfacción un cinismo que podía salvarme: el conocimiento de que estaba ante la versión más mezquina de madre, desprovista de toda compasión. Fue otra lección familiar que yo me llevaría al mundo, y mi satisfacción surgía de la sensación de que quedaba exonerado de cualquier responsabilidad futura. Al tratarme mal, ella había contraído una deuda conmigo, y yo era libre de hacer lo que quisiera. Creía que la tacañería de

madre resultaba contraproducente, pues aunque ella pedía todo lo que quería, era tan estrecha de miras que no pedía mucho. Me había perdido por cuatrocientos dólares.

—¡Menuda familia tienes! —dijo mi mujer—. Por el amor de Dios, y tú que jurabas que tenían ganas de vernos.

—Eso dijeron.

—Y tú los creíste —contestó ella—. Mira que eres bobo.

—Me han gustado mucho los cangrejos ermitaños —dijo Harry al oír esto—. Me encanta cómo se van arrastrando con sus pequeñas conchas. Esas conchas son sus casas.

La palabra *casas* hizo recordar a mi esposa:

—Me dijiste que una parte de la casita de campo era tuya.

Nadie recordaba mi aportación para pagar la señal. Esa fue otra herida que me ayudó a ser más libre. Prometí no volver a la casita nunca más. Probablemente no nos lo habrían permitido en cualquier caso. El alquiler, en temporada alta, había subido hasta los mil dólares por mes.

Vinieron buenos tiempos, publiqué libros que tuvieron éxito y cobré cuantiosos adelantos en dólares que fueron engrosando mi cuenta bancaria en los Estados Unidos. Cuando tuve bastante dinero, unos años después de aquel primer viaje, me compré una casa a unos treinta kilómetros de allí, en la parte norte de Cape Cod, y allí empezamos a pasar el verano habitualmente. Durante los meses que estábamos allí, mi familia iba a visitarnos, incluyendo a madre y a papá, que disfrutaban de nuestra hospitalidad y sobre todo del hecho de que no estuviéramos en la casita de campo. Esta se alquilaba a desconocidos y madre se embolsaba el dinero. Cuando hizo falta pintarla, todos aportamos algo. Arreglamos el tejado, limpiamos los canalones, plantamos más árboles, pusimos flores en las macetas de las ventanas y Hubby renovó la instalación eléctrica. A la hora de contribuir, madre nos recordaba que la casita nos pertenecía a todos; era parte de la herencia familiar, algo para compartir. Incluso en el *boom* inmobiliario de los años ochenta, cuando podría haberse vendido por una enorme cantidad de dinero, madre dijo que papá no quería desprenderse de la casita, aunque estaba claro que era ella quien la quería para alquilarla.

Esta era la casita que, un día, madre les regaló a Franny y Rose. Una de las consecuencias de recibir la casita fue que estas dos hermanas, que siempre habían tenido una relación íntima, comenzaron a pelearse. Continuaron

criticando a madre y empezaron a exigirnos a los demás que tomáramos partido.

Por lo tanto, madre había conseguido crear una disputa familiar que la situaba en el centro de todo y le garantizaba una posición de predominio. Algunos hermanos se metieron en la refriega, pues el problema no era entre Franny y Rose, sino entre sus maridos —a quienes nunca veíamos—, cada uno de los cuales trataba de restringir el derecho del otro a usar la casa. Meses duró este pequeño espectáculo, que los demás contemplamos del mismo modo en que la gente, sudorosa y harapienta, contempla una pelea de gallos en un claro de la selva y anima los emplumados chillidos y los picotazos frenéticos, la sangre, la lucha, y que madre observaba con una media sonrisa que solo he visto en un lugar más, esbozada en los labios de las monumentales cabezas de dioses y reyes de Angkor Wat, una media sonrisa que en un determinado momento resulta desafiante y al siguiente se convierte en triste, y después pasa a expresar sadismo, desdén, compasión, poder..., todo menos placer.



## 25. Peleas

Nuestras peleas y nuestras malévolas burlas nos diferenciaban de cualquier otra familia que yo hubiera conocido. La rivalidad latía en nuestra sangre. No había posibilidad de paz, y nadie obtenía nunca la victoria definitiva; la nuestra era una guerra de pequeñas escaramuzas, una creciente ola de rencor. Sin embargo, madre era la primera en deplorar, o en compadecer solemnemente, las familias que se rompían, los desagradables divorcios, los conmovedores abandonos del hogar, los niños separados de sus padres, las familias que no iban a la iglesia, o las que iban pero se sentaban en bancos distintos, las rupturas, los hogares partidos.

«Recemos una oración por ellos», solía decir madre. O: «Imaginaos a una madre abandonando a sus hijos así», o, si se trataba de una familia con un padre adúltero o un hijo delincuente, decía: «Que Dios los ayude. Sois muy afortunados. Deberíais estar agradecidos».

Atrapados en la batalla, nos manteníamos juntos. Estábamos enredados en una contienda perpetua. Lo que parecía una tregua, a la ajetreteada hora de la cena, entre los pocos de nosotros que todavía nos dirigíamos la palabra, era algo falso y forzado; fingíamos solo por madre, para que se sintiera bondadosa. Ella se deleitaba con la idea de presidir la mesa acompañada por algunos de sus hijos, pero nunca por todos al mismo tiempo. Podían estar Fred y Gilbert, o podíamos estar Hubby y yo, pero en esa época era muy improbable que estuvieran las chicas, ya que estaban tratando de ocultar el hecho de que les habían regalado una casa. Floyd prefería estar solo, aunque todos lo veían salvo yo. A veces me enfurecía con él, o con la familia, y en alguna ocasión me ponía a gritar al teléfono y lo colgaba con tanta fuerza que me sentía cegado por la ira. Y al día siguiente de estas pataletas, sentía una especie de náusea y un asco hacia mí mismo, por haberme puesto tan rabioso la noche anterior, que me hacían sentir fatal y exageradamente sensible; era como una resaca, pero mucho peor.

Cuando me hacían una entrevista, solían emplear, a modo de estímulo o desafío, el malévolos retrato que me había hecho Floyd. Esto era un recordatorio de que debía tener cuidado con lo que escribía y lo que les decía —o gritaba— a los demás. Floyd había quedado como un idiota al publicar su diatriba, pero sus pullas sobre mi «hijo ilegítimo» seguían doliéndome. Ese niño que había perdido era mi más vergonzoso secreto. Yo lo había abandonado, y estaba tan consternado por haberlo hecho, que no les había revelado su existencia a mis ex ni a mis hijos. Descubrieron el secreto de la peor manera posible, es decir, de la manera característica de mi familia: por medio de chismorreos. Fred, que por supuesto ya lo sabía, se lo había contado a su esposa, y ella se lo había contado a sus tres hijos, para denigrarme. Dos de los hijos de Fred tenían las mismas edades que Julian y Harry, y un día, Jake, el mayor, había dicho:

—¿Queréis saber un secreto? Tenéis un hermano en alguna parte. Vuestro padre se lo dio a otra familia cuando era pequeño.

Mis hijos vinieron a mí indignados, enfadadísimos, diciendo que los habían insultado, que les habían dicho una mentira terrible. Tenían ocho y diez años. Les conté la verdad, y ellos me escucharon respirando con dificultad en medio de un silencio de lo más triste. Y desde que se enteraron no empezaron a parecer más mayores, pero sí más tristes; era como si llevaran una pesada carga. Nunca se les olvidó que yo los había engañado ocultándoles aquel secreto hasta que se lo reveló su primo de diez años. Hicieron un esfuerzo para contener su decepción, pero tenían muy claro que habían sido traicionados, que yo tenía otra familia en alguna parte, una mujer en la sombra, un hijo fantasma más mayor que ellos, un pasado desordenado y caprichoso. Y ahí estaba yo, como un capataz, esperando que fueran perfectos.

¿Es tan raro que nunca volviera a confiar en madre, ni en ninguno de mis hermanos?

—Yo no fui —me dijo Fred—. Se lo dijo Erma, no sé por qué.

Yo sí lo sabía. Contar secretos ajenos y burlarse de los demás, imitarlos y soltarles pullas, hacerles regalos a unos pero no a otros; todo formaba parte de un extravagante sistema de recompensas y castigos, de una pelea interminable a base de golpes bajos, semejante a un zumbido que nunca dejara de sonar. Siempre sabías que en cuanto salieras de la habitación, alguien iba a deleitar a los demás burlándose de lo que acabaras de decir, o de

la ropa que llevaras puesta, o de los defectos de tus hijos, o de algún comentario trivial de tu pareja. Y si le habías hecho un regalo a madre, el regalo se convertiría en objeto de mofas, porque nada era nunca suficiente, y la propia madre podía ser quien iniciara las mofas haciendo gestos con los ojos o con su sonrisa ambigua mientras sopesaba el regalo en sus manos huesudas.

Sin embargo, todo eso me parecía normal. Esa lucha me parecía, en cierto modo, más verdadera, más real, que la sumisa felicidad de las otras familias que conocía. Nunca llegué a creerme su alegría: tenían que estar ocultando algo. Cuando me hice adulto, esto me pareció indudable, pero ya de niño desconfiaba del lugar común de la familia feliz. No podía existir tal cosa.

La mayor parte de las familias (pensaba yo) probablemente fueran tan odiosas como la nuestra; la diferencia era que nosotros lo admitíamos y ellos no. Yo me alegraba de saber hasta qué nivel de profundidad podía llegar la deslealtad en nuestra familia y de conocer nuestra capacidad para burlarnos los unos de los otros; eso me permitía ser más libre y fortalecía mi cinismo. De lo contrario, me habría sentido indefenso. Pero ahora, al escribir esto, me doy cuenta de que me estoy engañando, pues pese a saber lo desleales que éramos, me sorprendía continuamente el hecho de que las traiciones eran cada vez mayores. Ni siquiera el más intenso de los cinismos te prepara para las peores cosas que puede hacerte tu familia.

Fui a visitar a madre en busca de información.

—Ay, Dios —dijo ella—. Ni me preguntes —su formulación me tentaba a seguir preguntándole—. Franny y Rose se están despedazando.

Madre estaba casi exultante. Al regalarles la casita de campo a Franny y Rose, había provocado envidia, enojo y resentimiento entre nosotros, y un grave conflicto entre ellas. El regalo era una especie de bomba, como si hubiese caído un rayo y nos hubiera dividido y dispersado. Madre estaba en el centro de todo, en paz, contemplando las escenas de discordia con mirada vigilante; era la única beneficiaria de lo que estaba pasando.

—Les he escrito una carta —dijo madre—. Es muy corta, solo tiene tres palabras: «Haced las paces».

Cualquier idiota sabe que no es posible que dos familias, y en especial las de Franny y Rose, compartan una casa. Y era igualmente obvio que una carta como esa, una orden como esa, solo serviría para que las hermanas se enfadaran aún más.

Cogió la carta de la mesa que tenía junto a su trono y me la pasó; las tres palabras estaban escritas en grandes letras mayúsculas en el centro y debajo de ellas decía: *Os quiere, vuestra madre*.

Como no se me ocurría nada que comentar sobre aquella carta tan hipócrita y provocadora, dije:

—Tienes una letra preciosa, mamá.

—Cuando estudiaba para maestra en Lowell, era la mejor de la clase en caligrafía —dijo madre—. Un día, el señor Stoner quiso distinguirme. Me pidió que me levantara y se puso a elogiar mi letra. Método Palmer. Y mencionó que yo, que me había incorporado a la facultad en el segundo semestre, había perdido meses de trabajo, pero que me esforcé tanto que logré ponerme al nivel de los demás.

Yo ya conocía la historia de la caligrafía, pero lo de que había empezado más tarde era nuevo para mí.

—¿Por qué te perdiste el primer semestre? ¿Estabas enferma?

—No, no. Estaba trabajando.

—¿Dónde?

—En Gilchrist's.

—¿Y eso cuándo fue?

—Cuando acabé el instituto.

Gilchrist's eran unos grandes almacenes que había en Main Street, en Medford, donde madre se había criado y donde había ido al instituto. Intenté que no se diera cuenta de lo impactado que estaba.

—¿Y ahí de qué trabajabas?

—En la sección de mujeres. Lencería moldeadora —dijo madre—. Corsés, fajas, sujetadores.

—¿Vendías esas cosas?

—Sí, esa era mi caja.

—Pero acababas de terminar el instituto —le dije—. Y eras muy buena estudiante. ¿Por qué no fuiste directamente a la universidad?

—Fui, pero un poco después.

—¿Y cómo te apuntaste?

En el mismo momento en que planteaba la pregunta, me imaginé a madre en medio de un montón de pololos de satén rosa.

—Un día, en octubre, estaba volviendo a casa y me encontré con una amiga. Acababa de salir de la estación de tren. Me contó que iba a la

universidad. Se iba hasta Lowell todos los días. Llevaba sin verla desde la ceremonia de graduación del instituto. Me estuvo contando algunas cosas de la universidad. «Tendrías que apuntarte», me dijo, así que me apunté. Pero ya no podía empezar hasta el segundo semestre.

—Te lo dijo tu amiga, vale. Pero lo que no entiendo es por qué tu familia no te animó para que siguieras estudiando.

En ese momento madre se convirtió en una niña pequeña y perpleja. Parecía perdida, apretaba los labios, tenía las manos entrelazadas e inclinaba ligeramente la cabeza, de modo que su cuello, sobre el que caían algunos mechones de pelo, parecía delgado y frágil.

—No lo sé.

—¿Te pusieron a trabajar?

—No es que me pusieran. La verdad es que no sabía qué hacer. No está mal tener un trabajo.

—Pero esa amiga tuya te animó a que fueras a la universidad.

—Agnes Doherty, se llamaba —dijo madre.

—¿Por qué no le preguntaste a tu familia si podías ir a la universidad?

—No quería causar problemas —dijo—. Y a ellos no se les ocurrió.

Todas las historias que había oído antes hablaban sobre lo protectora que era su familia, lo piadoso que era su padre, lo leal que era su madre y lo educados que eran sus hermanos. Por primera vez oía que a ella, la única chica, la habían mandado a buscarse la vida por el mundo, a vender ropa interior femenina en Gilchrist's. Ese dato indicaba que había cierta perturbación en su familia, además de que la habían tratado de un modo negligente o, al menos, con indiferencia. Una compasiva amiga del colegio la había rescatado de la sección de fajas. Había bastante de azar en el hecho de que recibiera una educación y consiguiera un trabajo de maestra digno de su inteligencia. Yo no sabía nada de eso. Me entristeció pensar en madre, después de terminar el instituto, dejándose la piel en unos grandes almacenes.

—Me puse al nivel de los demás en todo. El señor Stoner me elogió. Me hizo levantarme.

Aquello también era una parábola del esfuerzo. Madre transformó la historia sobre la indiferencia de su familia en una historia sobre la superación de obstáculos: tenía que estudiar de noche, dedicaba mucho tiempo a hacerlo y logró mejorar su caligrafía. Era un cuento con una moraleja muy clara: el trabajo duro tiene recompensa.

Qué poco sabía yo del pasado de madre. Eso se debía a su costumbre de ocultarlo todo para que creyéramos en su virtud, en sus artículos de fe, en la santidad de su familia, en todos los detalles ficticios que le proporcionaban su autoridad y la fortalecían. En todos los sentidos, madre se había hecho a sí misma. A mí me parecía que esa era una de las características de los tiranos; al ser su propia creación, resultaba enigmática, si no incognoscible.

Las cuestiones pedestres de la vida privada de los tiranos los empequeñecen, o eso creen ellos. El empeño es algo épico y un tanto vago. Necesitan que los ensalcen, requieren un toque de misterio. Como madre, surgen de la nada y deben someterse a una serie de duras pruebas. Siempre hay una versión oficial de su lucha. Yo había oído hablar de la pobreza que conoció madre en la infancia, de cómo ayudaba a su padre en el trabajo, de que sus compañeros de colegio se reían de ella por su ropa pasada de moda. Nunca tenía citas con chicos. Sacaba unas notas buenísimas, ahorraba dinero y adoraba a sus padres. Pero los detalles del relato de su incorporación tardía a la universidad contradecían la versión oficial.

La primera etapa de la vida de madre había estado sometida al azar. Evidentemente, su familia no le había prestado demasiada atención. Terminó el instituto un mes de mayo y empezó a trabajar de dependienta. Unos meses después, en octubre, seguía ordenando fajas y manejando la caja registradora. La idea de ir a la universidad no se le ocurrió hasta que se encontró por casualidad con una amiga suya que, al ver lo absurdo que era que una mujer inteligente como ella desperdiciara su vida en unos grandes almacenes, le sugirió que fuese a la universidad. La familia de madre, hasta entonces, no había dicho nada al respecto.

—¿Qué te dijeron tus padres cuando les contaste que ibas a ir a la universidad?

—Se sintieron muy orgullosos de mí. Conocían la importancia que tiene una buena educación.

Eso era mentira, desde luego; era la versión más extendida. Pero lo que yo no me podía quitar de la cabeza era la aceptación de madre, su pasividad. Sus hermanos se habían matriculado en la universidad después del instituto, pero ella no creyó que fuera lo bastante buena como para recibir una educación superior hasta que su amiga se lo dijo.

Me fascinaba hasta qué punto su formación había dependido de la casualidad, pues años más tarde ella se definiría como educadora: una madre

tenía que ser una profesora. Pero todo había sido producto de un encuentro azaroso.

Por lo general, después de visitar a madre me sentía mal: más pequeño, más débil, indigno, derrotado, resentido. Me parecía que ella me trataba a la ligera y a veces tenía ganas de morirme. Pero aquel día en que me enteré de cómo fue su entrada en la universidad no me sentí así. Esa imagen del pasado hizo que madre me diera pena, por lo que decidí quedarme en su casa un rato más.

—¿Qué ibas a contarme de Franny y Rose?

—Creo que andan a la gresca —dijo madre. Frunció los labios y tragó saliva complacida, como si hubiera engullido un bocado de algo delicioso.

—¿Por la casita de campo?

Madre sonrió y volvió a tragar saliva.

—Lo único que yo quería era que fueran felices.

Entonces me explicó que todo el lío había empezado cuando les tenía que entregar la llave. Solo había una. ¿Quién se la quedaría? Discutieron sobre la posibilidad de hacer copias.

—Pero ¿para qué necesita una Walter, si tú ya tienes una? —había dicho Franny.

—Walter es mi marido —contestó Rose. Pareció algo ominoso, como siempre sucede con las afirmaciones superfluas.

Walter era un hombre lento, tedioso y poco comunicativo. No resultaba desagradable, pero sus labios temblorosos y su mirada fría hacían pensar en una persona piadosa que estuviera tratando de resistir la llamada del mal. Su mandíbula prominente, su barbilla huesuda y sus ojos inexpresivos y hundidos le daban el aspecto derrotado de alguien que buscara un compañero de penurias.

Franny no tardó mucho en dar con un colega profesor que quería alquilar la casita de campo todo el mes de julio, en temporada alta. Rose se mostró ambigua, y cuando Franny le insistió para que diera alguna respuesta —eso fue a finales de abril, cuando había que hacer planes para el verano—, Walter llamó a Franny.

—Hemos decidido no alquilar la casa. Seguro que los inquilinos la dejan hecha una pena.

—Son unos amigos muy queridos. Tratarían la casita muy bien —dijo Franny y, como no hubo respuesta, añadió—: Además, se lo he prometido.

—Lo siento —dijo Walter.

El tono neutro de su voz asustó a Franny. Quería contestar —como le contó a madre—: «¿Acaso yo no tengo nada que decir sobre este tema?». Sin embargo, dijo que de acuerdo y trató de pensar en cómo darles la noticia a sus amigos.

—Yo me voy a mantener al margen —me dijo madre, pero apenas podía ocultar su deleite.

*¡Hemos decidido no alquilar la casa!*

Franny se sintió humillada y abatida. La casita de campo no sería una fuente de ingresos, como ella había esperado, y la culpa de ello no era de Rose —a quien Franny ahora veía con otros ojos y apenas reconocía—, sino de Walter, que no le caía nada bien a madre. Walter nunca iba a las reuniones familiares. Nunca enviaba regalos ni tarjetas de cumpleaños. Podría haberse ofrecido alguna vez para arreglar las puertas de tela metálica o para cortar el césped, pero no lo había hecho jamás. Lo más extraño de Walter, quizá su mejor cualidad, era que parecía, a su manera egoísta y silenciosa, más pasivo-agresivo que cualquiera de nosotros.

—Podríamos haberla alquilado todo el verano —se lamentó Franny ante madre.

—Yo no quiero involucrarme —le dijo madre a Fred, que afirmaba que Walter estaba siendo poco razonable y preguntó qué clase de acuerdo de propiedad conjunta tenían. Gilbert le aseguró a madre que lo peor todavía estaba por venir. Hubby se burló de ellas, ridiculizándolas por la crisis que habían generado. Floyd reprendió a madre por haberles regalado la casita de campo. Según Fred, Floyd había gritado:

—¡Es nuestra herencia!

Gilbert tenía razón. La pelea se volvió mucho más intensa.

Durante un mes, estuvieron turnándose para ir a la casita. Rose iba con su familia una semana, más o menos, y después iba Franny con la suya. Al acabar el mes, Franny llamó a Rose para decirle que Jonty y su esposa Loris querían ir a pasar allí unas semanas.

—Voy a tener que preguntarle a Walter si le parece bien —dijo Rose.

Franny tuvo que esperar tres días mientras se debatía su petición. Al final, la respuesta fue que no: no era adecuado que la familia de Jonty se instalara en la casita. Estaban pintándola por dentro.

—No entiendo por qué la están pintando —le dijo Franny a Rose—. Es



solo una casa para alquilar.

—No se puede poner una moqueta nueva en una casa hasta que se haya pintado, o se corre el riesgo de que se llene de gotas y manchas de pintura.

—¿Qué moqueta nueva?

—Walter quiere poner una bereber en el vestíbulo.

—¿Y esa bereber nos va a alquilar la casa?

Madre le dijo a Franny:

—Cuidar la casita es buena idea. Considéralo una inversión.

Rose había hablado con madre y se había quejado de que Franny no quería restaurar la casita. Pero ¿qué era eso del «vestíbulo»? Allí nunca había habido un vestíbulo.

—Acaba de llegar la factura de la nueva moqueta y la pintura de la casita —le dijo Franny a madre—. ¡Más de mil doscientos dólares! Podríamos haber ganado más que eso alquilándola. La moqueta ni siquiera me gusta. ¿Qué es una bereber? Marvin está hecho polvo.

A nadie de la familia le interesaba el afligido relato de Franny. Al fin y al cabo, había recibido la casita de campo sin merecerla en absoluto.

—Walter quería una nevera nueva. Una Amana, nada menos. Parece que no sabe que no es feliz quien mucho tiene, sino quien con poco se conforma —dijo madre, que siempre usaba refranes de ese tipo, como «el candil no aprovecha si no tiene mecha» o «querer sanar es media salud»—. Pues no lo consultó primero ni nada. Fue y la compró.

Y después, Walter le pidió a Franny que pagara su parte de la factura. E hizo lo mismo con un nuevo microondas y una tostadora; compró productos muy caros y le envió las facturas a Franny. Y una nueva aspiradora para la nueva moqueta.

—¿Y qué dice Rose? —le pregunté a madre.

—Que Franny no valora todo el esfuerzo que está haciendo Walter para mejorar la casita.

Me pareció una táctica muy ingeniosa para hacer que Franny se rindiera. Veía con mucha claridad lo que habían planeado Walter y Rose. Querían la casita de campo para ellos solos, eso era evidente —Rose repetía que papá siempre había querido que se la quedara ella—, pero ¿cómo quitarse de en medio a Franny y Marvin? La solución consistía en hacer que a Franny le resultara tan gravoso ser copropietaria que al final suplicara que quitasen su nombre de la escritura.

Tuberías nuevas, luces nuevas, un camino de entrada asfaltado y lo que Rose llamaba «la siembra». Franny estaba muy disgustada, pero no había nada que pudiera hacer.

Madre me contó todo esto con un tono de voz bastante triste, pero yo sabía, precisamente por el tono de su voz, que estaba encantada. Consideraba que era una victoria haber conseguido, por medio de un calculado acto de generosidad, distanciar a sus hijas y enfrentar a sus maridos. Si hubiera habido armonía, madre se habría sentido amenazada. Si se hubieran mostrado cercanas y conciliadoras, madre se las habría imaginado chismorreando sobre ella, manteniéndose alejadas, tal vez conspirando. La discordia entre nosotros permitía que madre ejerciera un control mayor.

Antes de que madre les regalara la casita de campo, Franny y Rose habían comenzado a ir a verla juntas, en el mismo coche. Era demasiada intimidad, y así tenían más oportunidades de chismorrear y comparar. Madre quería que fueran en coches distintos.

Lo que parecía una política oscura, algo calculado por una reina conspiradora, era en realidad una reacción instintiva surgida de su carácter, retorcido por naturaleza. Gracias a ella, me di cuenta de que los tiranos no llegaban a ser lo que eran siguiendo una doctrina o un plan estudiado o una estrategia proyectada con todo detalle, sino improvisando de un modo circunstancial y nervioso en los momentos de crisis y siguiendo los impulsos de sus corazones débiles y ansiosos.

—¿Qué habrías hecho tú? —me preguntó madre.

—Yo habría vendido la casita y dividido el dinero en siete partes. Así, siendo escrupulosamente justo, habría hecho felices a mis siete hijos.

Empezó a reírse de un modo burlón, y pensé que iba a ridiculizarme y a decirme que no me pasara de listo, pero dejó de reírse y afirmó:

—Detesto que mis hijos no se lleven bien.

—Supongo que Franny tendrá que darle su parte a Rose —dije yo.

—¿De verdad?

Madre tenía los ojos como platos; toda su cara grande, desabrida e inocente expresaba que no podía creerse lo que para mí saltaba a la vista. Pero, por supuesto, ella lo sabía, estaba preparada para ello, tal vez incluso lo hubiera esperado desde el principio.

Y eso fue lo que sucedió. Ya había ocurrido hacía unos días, y madre seguía diciendo que no sabía nada al respecto. Fingir que estaba al margen

era su manera de echar leña al fuego.

—Que Rose y Walter se queden con la casita —me dijo Franny—. No hay problema.

Aquello sonaba como un acto de generosidad, pero solo era un modo de ocultar lo que había pasado. Poco después, madre incluyó el nombre de Franny en la escritura de su propia casa, la casa familiar, la ubicación de su trono, donde tejía y tenía un estante lleno de aves talladas a mano. Afirmaba que lo había hecho porque Franny le daba pena, pero todos sabíamos que su intención era fomentar el conflicto.

En la familia, siempre era así. Cada regalo que nos hiciera madre generaba un hijo desagradecido y seis frustrados.

## 26. Recordatorios

Cuando llegué a la edad madura, y vivía salpicado por todos estos conflictos familiares, empecé a recordar constantemente por qué me había ido de casa cuando era joven. También recordaba muchas otras cosas. La muerte de padre me había llevado de nuevo allí, y a la sombra de su fallecimiento y de la toma del poder por parte de madre, mi carrera había comenzado a tambalearse. Me había quedado demasiado tiempo, aunque sabía que era un error, y me había visto atrapado por no actuar de un modo más decidido.

Viajar siempre había sido mi salvación, aunque quizá yo no fuera tanto un viajero como un refugiado. Me había marchado con la misma actitud con la que otra persona se habría metido entre las sábanas para quedarse allí hecho una bola. Necesitaba el alivio físico que solo podría proporcionarme salir al mundo, perderme en todos los sentidos, desaparecer sin dejar rastro.

Irme de casa, tal como lo veía yo entonces, era también un acto de hostilidad. Me largo de aquí, pensaba. Cada viaje que emprendía, por muy atractivo que fuera el destino, mi motivación fundamental era darle la espalda al hogar: el viaje era una forma de refutación. Allá donde iba, me encontraba con desconocidos más amables y más civilizados que los miembros de mi familia.

Años después, cuando vivía en una casa alquilada en Cape Cod, seguía viajando, seguía buscando alivio lejos de la familia. Acababa de regresar de Uganda, donde había estado reuniendo material para uno de esos artículos que me pedían las revistas en esa época. Pero también había hecho otros viajes, algunos de meses de duración, para los que escogía un itinerario largo pero muy concreto. El año anterior, mientras madre se dedicaba a repartir sus propiedades, había recorrido las costas del Mediterráneo, y al volver, había escrito un libro sobre ello y saldado la mayor parte de mis deudas.

La semana antes de irme a Uganda, Gilbert había venido a visitarme. Me había llamado desde el aeropuerto. ¿Podía ir a recogerlo? Accedí muy

contento, porque, al ser el menor y no haberse casado nunca, era el más racional de los hermanos. Disfruté mucho del viaje de hora y media desde Boston, muy despacio, bajo la lluvia, mientras él me hablaba del cargo diplomático en Yemen que le habían asignado recientemente; de sus viajes a Moca, de la casa de Rimbaud en Adén, de las dagas tribales con el mango hecho de cuerno de rinoceronte que se vendían en el bazar, de los fanáticos que surgían de la marginación en las ciudades, de los sentenciosos mulás, de la cultura de esos hombres que mascan *khat* y cuecen las cáscaras del café.

Seguía hablando cuando llegamos a la casa de madre. Ella estaba esperándonos junto a la puerta, mirando hacia fuera, y desde el final del camino de entrada distinguí sus ojos ansiosos y agrandados por las gafas.

—¡Gil-bert! —gritó, cantando su nombre con dos notas distintas. Lo abrazó con sus brazos huesudos, lo agarró del cuello y lo llevó al interior de la casa—. ¿Tienes hambre? Te he hecho una sopa de pescado, tu comida favorita. ¿Quieres un zumo? ¿O prefieres algo de fruta?

Yo seguía de pie delante de la puerta, bajo la lluvia.

—Bueno, me voy —dije.

—Adiós —oí, pero no supe cuál de los dos lo había dicho.

Unos días después, vino a visitarme Fred. Me dijo que tenía que decirme una cosa. Por lo visto, Floyd quería ver a Gilbert, así que Fred no me había invitado a la reunión familiar que celebró en su casa. Este fue el mensaje que me transmitió:

—No fue gran cosa. No creo que hubieras querido estar.

Franny pasó a verme para quejarse de la fiesta a la que no me habían invitado.

—Me estoy comiendo un puré de patatas —dijo, empleando el presente histórico, como suele hacer para esta clase de relatos— y Floyd me hace una mueca y grita: «¡La muerte en un tenedor!». Los hijos de Fred son incontrolables. No sé cómo logran dejar huellas de pies en las paredes. Me dan tanta pena. No tienen límites. Hubby está cada vez más gordo, es terrible. Pero me alegro de que Rose esté contenta con la casa. Es curioso, la verdad. Siempre dice que papá quería que se la quedara ella, pero ¿qué pasa con Walter, que nunca le echa una mano a mamá en nada y ahora ha recibido una casa? Muy bien, ojalá se les atragante. No creo que mamá se lo pasara muy bien en la fiesta. Me di cuenta de que quería estar a solas con Gilbert.

—Supongo que no me perdí gran cosa —dije, para ver cómo reaccionaba.

—Tuviste suerte de no ir —dijo Franny—. No quiero ni pensar en el cumpleaños de mamá.

Me dio un *tupper* lleno de albóndigas suecas, una caja de galletas de menta y chocolate, un bote de crema de malvavisco, dos *brownies* y medio litro de Coca-Cola. Para ella eran manjares, por lo que pensó que para mí también lo serían.

Cosas como esa fiesta a la que no me invitaron eran lo que me hacía viajar muy feliz. Los viajes a lugares remotos eran mi modo de afirmar que no tenía familia, que no asumía ninguna responsabilidad, que no quería estar en contacto con ellos. Viajar puede ser un gesto tan poco ambiguo como un corte de mangas dirigido a la gente que uno deja en casa; en mi caso, era así. Nunca sufrí nostalgia del hogar. Para mí, como había escrito en alguna parte, viajar era en la misma medida una huida y una búsqueda. Cuando estaba lejos de los miembros de mi familia, me olvidaba de ellos y de su malevolencia. En un lugar nuevo, entre desconocidos, yo era quien quería ser: un alma solitaria y en movimiento.

Siempre me decía a mí mismo que en los viajes iba buscando material para escribir y nuevas experiencias. Viéndolo desde la distancia, me di cuenta de que se trataba de una búsqueda de la inocencia, de un mundo más sencillo, quizá de la infancia feliz que no había podido tener debido a que había demasiada gente a mi alrededor. Y muchas veces encontré lo que buscaba. En mis viajes, casi siempre daba con alguien dispuesto a echarme una mano y tenía suerte con la gente que encontraba. Tuve que soportar ciertas molestias, y a veces superar tragos muy duros, pero nunca me pasó nada realmente grave.

En los lugares remotos a los que iba seguían existiendo familias numerosas cuyos miembros tenían relaciones cordiales: en África, en las zonas rurales de la India, en Sudamérica y en las islas del Pacífico. Una curiosa excepción era la familia china, formada por los dos acosados progenitores y un único hijo, metidos en un vertiginoso edificio de apartamentos. En cualquier caso, nunca vi —ni en los bosques tropicales, ni en la jungla, ni en la sabana, ni en los umbríos bosques de Australia con sus complejos sistemas fluviales, ni en los desiertos del interior de este país— un grupo de personas tan enzarzadas, tan rencorosas, como las que constituían mi propia familia. Me resultaba fascinante la serenidad y la cohesión de algunos clanes. Este descubrimiento me animó a continuar viajando y a que me diera cuenta de que me habría

dedicado a viajar aunque no me hubiera dedicado a escribir; necesitaba ir en busca del aire fresco y la libertad de la carretera para recordarme que el mundo era mucho más amplio que mi familia.

Escribí sobre estos viajes. Los libros tienen que hablar por sí mismos. Lo único que digo es que son un registro preciso de lo que me iba pasando día tras día —de todas las cosas que decía y hacía, de todo lo que veía y oía— durante el viaje; la experiencia de cinco o seis meses, y a veces de un año, o más, impresa y encuadernada. Ese es el motivo por el que mis viajes no se parecían en absoluto a los viajes de nadie más, lo cual fue una causa de irritación para algunos críticos.

La escritura de obras de ficción era algo muy distinto, una pasión, y me preocupaba un poco cuando examinaba con atención lo que había creado, ya que aunque en mis novelas y cuentos representaba ciertos aspectos de mi vida o de mis fantasías, no proporcionaba ningún contexto. En vez de escribir sobre familias numerosas, elegía como tema la ambigüedad de algunos lugares lejanos. Escribía sobre hombres inquietos e insatisfechos que se parecían mucho a mí, salvo por el hecho de que casi siempre se encontraban solos. Yo, en cambio, pertenecía a una comunidad salvaje que practicaba el endocanibalismo: nos alimentábamos de los miembros de nuestra propia tribu. Quería escribir sobre mi familia, pero no me atrevía, no lo soportaba, no sabía cómo.

Regresar a casa, al ambiente marcado por la muerte y la codicia y el fracaso, me había permitido clarificar mi posición al volver a entrar en contacto con el rencor, pero también me había generado problemas. Ese retorno fue un modo extremo de viaje; era la primera vez, después de tantos kilómetros recorridos, que me enfrentaba a dificultades exageradas, a una soledad corrosiva, al peligro, al riesgo, a la frustración y al acoso. Fue peor que nada de lo que hubiera conocido viajando por el mundo. Mis experiencias de viajero, que desde luego habían sido numerosas y difíciles, no me habían preparado para nada de eso, pero todo era un recordatorio de mi vida anterior, de mi infancia, de la historia desgarrada y agitada de mi familia.

Por lo tanto, una vez más, hui. Siempre era una alegría huir de la tierra madre. Hacerlo me suponía tal alivio que incluso los peores lugares me

parecían fáciles de soportar. En los penosos cuchitriles, sonreía ante la idea de que todo podía ser peor, ¡podía estar en casa! Siempre fui un forastero paciente y agradecido. Elegía los itinerarios que pudieran ofrecerme los encuentros más vívidos y lo observaba todo con mucha atención, haciendo frente a los entornos nuevos, fijándome en mis reacciones e impresiones y pensando que debía registrar lo que era cada lugar en cada momento concreto, que yo era el único que lo estaba viendo de esa manera extraña y radical y que, como era un testigo muy riguroso, tal vez lo que escribiera tuviese algún valor en el futuro, como documento histórico. Y si no era así, como mínimo me habría entretenido y habría logrado estar lejos de casa. He sido feliz viajando.

Sin embargo, siempre tenía que regresar. Mi hogar podía parecerme lúgubre y desagradable, podía suponer una lucha y representar el carácter eterno de madre, pero no tenía ningún otro sitio al que ir.

Aquella vez, al volver de Uganda, entre la pila de correo que se había acumulado —facturas impagadas, amenazas de cortarme la luz, severos recordatorios de mi casero relacionados con cuestiones triviales, alguna carta conmovedora de algún lector, publicidad y boletines informativos— encontré una carta que llevaba casi toda la vida temiendo recibir.

Al recibir las cartas que más tememos, nos quedamos con ellas en la mano, sin abrirlas; son cartas que podemos recitar de memoria antes de rasgar el sobre; llevamos años murmurando a ciegas su contenido, con la clarividente ansiedad de las premoniciones.

Esta fue una de esas. Vi que decía *Mona* en el remite. No conocía el apellido que figuraba allí, pero sabía que era ella y que me iba a dar una mala noticia, porque se trataba de una escena que se había repetido en mi cabeza durante años. El auténtico miedo no es producto de algo inesperado; es un hecho doloroso que uno se ha imaginado con todo detalle. Y entonces sucede, y resulta tan espantoso como uno había supuesto. ¿Qué otra razón podría tener *Mona* para escribirme? Tras aquel año terrible que calificué como el mejor año de mi vida —por la forma en que me había preparado, infundiéndome valor, para los horrores del futuro—, *Mona* y yo apenas habíamos hablado; la cuestión que obviamente teníamos en común era demasiado dolorosa como para comentarla. Era material para las pesadillas.



No éramos amigos, éramos recuerdos infelices. Yo no había recibido una carta suya en casi cuarenta años. Por eso, cogí un cuchillo y, con mano temblorosa, abrí el sobre.

*¿Sabes qué?*

Pero yo ya lo sabía. La carta palpitaba en mi mano.

*¡He encontrado a nuestro hijo! Ha sido increíble. Casi no puedo escribir de lo entusiasmada que estoy.*

Me dio un vuelco el corazón. Yo ya había previsto esas palabras y también lo que venía a continuación; eran dolorosos recordatorios de lo que ya sabía.

Mi mente iba mucho más rápido que la carta. Lo vi todo, lo entendí todo, no a través de una serie de palabras consecutivas, sino de un *collage* hecho con imágenes aterradoras y dispares. El niño se había criado en un sitio pequeño, no en una de esas casas grandes y destartaladas en las que había vivido yo, sino en un hogar miserable e incómodo en el que se sentía fuera de lugar; en una casa que al mismo tiempo lo confinaba y lo empujaba hacia la calle. Estaba lleno de furia. Me culpaba por haberlo rechazado; me odiaba; quería de mí algo que yo nunca podría darle: quería que le devolviera su infancia. Durante años había vivido con esa indignación, desamparado porque no pertenecía al mundo en el que le había tocado vivir y desconocía quién era su padre. No sabíamos nada el uno del otro, y eso era bueno, porque nunca tendríamos ni idea de hasta qué punto éramos desgraciados. El peligro era que algún día descubriese que yo existía, y dónde vivía. Hasta entonces, no había nadie con quien pudiera dar rienda suelta a su rabia. Yo era el culpable de su situación, pero ¿dónde estaba?

Este conjunto de ideas estaba todo roto, revuelto, desmembrado: rostros, manos, ropas al viento, formas vagas. Sin embargo, él era real y rotundo, era alguien de carne y hueso, alguien que tenía un nombre. En las imágenes con que yo me fustigaba, lo veía muy activo, maníaco, como suelen parecernos las personas vengativas; sus padres adoptivos eran pálidos, pequeños, muy diferentes de él; quizá tuviera unos hermanos que parecían monigotes, y vivieran todos juntos en aquella endeble casa similar a una caja de cartón, que uno hubiera podido derribar de una patada.

Pero eso era lo que yo me imaginaba, no lo que decía la carta. Era lo que yo veía, paranoico como si me hubieran embrujado. Me senté y reuní el valor necesario para leer la carta.

## 27. La carta

Embutido en el sobre había un montón de papel de escribir doblado por la mitad. Alisé las numerosas hojitas. Veía la cara de Mona, sus labios, sus dedos, su impaciente caligrafía; las curvas y las formas de sus palabras, todos los recordatorios de su aspecto en la manera en que su bolígrafo hacía presión sobre el papel, lo deformaba como si se tratara de Braille, y en aquella letra inclinada que yo asociaba con la tristeza y la desesperación de hacía cuarenta años. La tinta revelaba muchas cosas. Hoy en día, la gente rara vez se toma la molestia de escribir una carta sobre los tenues renglones de una hoja de papel, pero esa carta me ayudó a recordar, y cada uno de sus garabatos me daba miedo.

La peculiar inclinación de su letra era como el tono de voz ansioso que yo recordaba con mucha facilidad, y su forma, producto de las prisas y el descuido, me hizo pensar en lo desordenada que era Mona. Todo se reflejaba en su caligrafía: sus miedos, sus súplicas, el revoltijo de ropa a los pies de la cama deshecha, los mechones de pelo rubio que caían a los lados de su cara. Sí, todavía era rubia; esa letra que me resultaba tan familiar no daba ninguna señal de envejecimiento. Tuve que recordarme que Mona era mayor que yo.

Me parecía que todo me iba mal. Mi hija iba a casarse. No sé por qué, pero necesitaba averiguar si podía encontrar a nuestro hijo. Estaba preparada para el fracaso, pero pensé: ¿Por qué no intentarlo? Así que lo intenté. Hice los deberes. Descubrí que las dos partes tenían que estar de acuerdo, el padre o la madre biológicos y el hijo. No iba a poder encontrarlo si él no quería. Por suerte, su nombre estaba en la lista. Había firmado el formulario porque su hermana (que también era adoptada) quería encontrar a sus padres biológicos y él la estaba animando. Tuve que hacer un montón de trámites, pero te prometo que valió la pena. En cuanto empecé la búsqueda, apareció su nombre y nos pusieron en contacto.

Lo llamé y estuvimos hablando durante más de una hora. Y después hemos hablado varias veces. ¡Es un chico estupendo! Está casado y tiene un niño pequeño, de dos años. Creo que el nacimiento de su hijo fue otra razón para interesarse por quiénes eran sus padres biológicos, además de lo de su hermana. Es muy listo. Le gusta leer. Tiene un negocio que va muy bien. Está felizmente casado, y tuvo una infancia maravillosa, mucho mejor de la que le podríamos haber ofrecido nosotros. Espero conocerlo pronto. Sabía que a ti también te entusiasmaría y quería compartir estas noticias increíbles contigo.

A primera vista, parecía una carta asombrosa. Al examinarla más a fondo, se veía que estaba llena de lagunas y simplificaciones apresuradas y una especie de dificultad respiratoria que me dejaron preguntándome muchas cosas. Abajo solo aparecía su nombre —Mona—, y no figuraba ninguna explicación sobre su apellido de casada ni sus circunstancias vitales. ¿Tenía una hija? La dirección de New Hampshire en el remite evocaba un lugar rural, duro, con agujas de pino por todas partes. Me imaginé un sendero largo y bacheado hasta una casa de madera situada junto a una carretera secundaria, el humo saliendo de la chimenea, una pradera con huellas de ruedas, unos árboles enormes que hacían que la casa pareciera más pequeña, un césped que estaba pidiendo que lo cortaran. A través de la ventana (una hiedra polvorienta colgaba de una maceta) vi la mesa de caballete sobre la que me había escrito la carta, un montón de facturas, una libreta de direcciones, un teléfono, algunos lápices, una lámpara con la bombilla amarilla.

Me dieron ganas de llorar. Aquella carta supuso mi primera experiencia con la expresión «padres biológicos». De todas las cuestiones que había que asimilar, esa era la más complicada y espinosa, la que más pena producía. Una cosa era encontrar a nuestro hijo, pero ¿qué venía luego? Y también había que tener en cuenta todo lo que yo no sabía: ¿Dónde estaba él?, ¿cómo era su vida?, ¿cómo se sentía?, ¿qué sabía de mí?

Me odiaba, de eso estaba seguro. Y, por cierto, ¿qué le había contado Mona de mí? La carta no decía nada de esto. Faltaban muchos detalles. ¿Dónde vivía? ¿A qué se dedicaba? El apresuramiento con que estaba escrita me resultaba muy irritante, en mi faceta de escritor. Y en mi faceta de padre, empecé a sentirme muy inquieto.

Llamé a información y, empleando su apellido de casada y el nombre de la

localidad que aparecía en el remite, conseguí el número de teléfono de Mona y lo marqué.

La voz que me contestó parecía sospechar algo raro; me dio la impresión de que deseaba huir, esconderse.

—¿Mona?

—Sí —dijo, aunque sin demasiada certeza.

—Soy Jay.

—No es buen momento —me dijo bruscamente con su voz nasal. Parecía intimidada y supuse que alguien la estaba escuchando.

—Me alegro de oír tu voz después de tantos años —le dije, para ponerla a prueba.

—Yo también —dijo ella, suspendiendo la prueba. La respuesta correcta habría sido: «Yo también me alegro de oírte». Un hombre la estaría mirando mal, haciendo un gesto de desaprobación, en esa incómoda cocina de New Hampshire, donde seguro que había corriente y olía a estofado y a pan integral y a queroseno.

—Supongo que sabes por qué te llamo.

—Lo siento, no puedo hablar —dijo ella, y colgó antes de que pudiera decirle ni una cosa más.

Entonces me quedé un rato sin hacer nada, con las hojas de papel de escribir en la mano. Sabía algo, pero no lo suficiente, y estaba lleno de preguntas. Leí la carta y se me ocurrieron aún más preguntas.

Dejé que pasaran dos días. Acababa de volver de un largo viaje por África y tenía que escribir un artículo. Durante ese tiempo, estuve reflexionando sobre lo que había pasado, sobre la reaparición casi impensable del hijo que habíamos perdido al entregarlo en adopción, cuyo nombre yo no conocía y del que solo sabía su edad, que tenía que ser cuarenta y un años. Era de locos. A su manera impulsiva, Mona me había contado justo lo suficiente para preocuparme, pero no lo bastante como para transmitirme esperanza o tranquilidad, y sin embargo, ella estaba entusiasmada.

Yo me imaginaba a un hombre grande y enfadado, haciéndome un gesto admonitorio con el índice extendido y exigiéndome... ¿Qué? ¿Una compensación por haberlo abandonado?

Afligido y temeroso, recordé aquel año cargado de ansiedad, hacía tanto tiempo, en el que tuve que ocultar a mi familia a Mona y el error que habíamos cometido; la vergüenza que había sentido; y después de haber

pasado meses reclusos, la temporada que habíamos estado en Puerto Rico, en la que yo trabajaba en aquel restaurante y tenía la sensación de ser despreciable y pobre y culpable, y que seguía considerando como el año más determinante de mi vida. También recordé que, al volver a casa un día de septiembre, madre me había dicho: «Espero que estés orgulloso». Y que, tras hacer una pausa de lo más deprimente, con los puños apoyados en la mesa de la cocina como si fueran dos instrumentos de tortura, había añadido: «Debería darte vergüenza. ¿Cómo has podido hacernos esto?».

En aquel momento, no pude contarle —y tampoco pude hacerlo después— que me sentía orgulloso, que había acompañado a Mona a pasar por todo eso. Lo único que me avergonzaba era que nos hubieran descubierto, después de conseguir solucionar el problema, cuando lo único que podían aportarnos era una sensación de culpabilidad. Y años más tarde, me imaginaba a Floyd sentado en la cocina, ese día caluroso, con madre, mirándome con cara de: *Ya verás la que te va a caer*.

Llamé a Mona por primera vez un sábado por la tarde. No estaba sola. Después pensé que su marido estaría en casa porque ese día no era laborable. Dejé que pasaran el domingo y el lunes, mientras me acordaba de todo. Volví a llamarla el martes. En esta ocasión, su tono de voz era reservado, pero cuando la saludé me pareció que se ponía contenta.

—¿Estás sola? —le pregunté.

—Sí. Jay, me alegro tanto de que hayas vuelto a llamar.

—He estado a punto de no hacerlo.

—Ahora mismo, las cosas están un poco difíciles por aquí —dijo; eso podría haber significado cualquier cosa.

Justo en ese momento, llamaron a la puerta. Miré por la ventana y vi el cuerpo grande y osuro de Hubby, con una bata verde, moviendo los brazos para indicarme que la puerta estaba cerrada con llave y pedirme que le abriera, aunque veía claramente que yo estaba al teléfono. Puso una curiosa cara de payaso y me sacó una lengua asquerosa.

—Mona, están llamando a la puerta. Voy a tener que llamarte luego.

—No, por favor —me dijo—. Dame tu teléfono y te llamaré yo desde el colegio.

De modo que, después de cuarenta años, seguíamos escondiéndonos, ocultando cosas, cuchicheando, viviendo en los escondrijos y en las sombras de las vidas de otras personas. ¿De quién se ocultaba ella ahora?

Probablemente de su marido. Yo me ocultaba de Hubby, y de todos los demás, ya que no podía permitir que se enteraran de nada relacionado con ese tema. Le di mi teléfono y colgué y fui a abrir la puerta.

—¿Qué haces, gilipollas? —me preguntó Hubby—. ¿Con quién hablabas?

—Con nadie —dije yo.

—Sí, claro —le molestó que me mostrara evasivo. Tenía la brusquedad dolida de quien sospecha que están chismorreando sobre él y que sabe que nunca descubrirá lo que están diciendo. Esa sospecha perpetua de Hubby hacía que él chismoreara más—. Claro, tenías el teléfono en la oreja pero no hablabas con nadie.

Probablemente Hubby pensaría —lo sé porque conozco a mi familia— que estaba hablando con Fred o con Gilbert, y que estaba criticándolo por estar tan gordo, o por llevar la bata debajo de una chaqueta de lana, o por haber engatusado a madre en el tema del Acre. Esos eran los asuntos que tenía siempre en la cabeza. Nunca se le podría haber ocurrido que estaba hablando con la madre del hijo que había abandonado hacía tanto tiempo sobre la reaparición de ese chico. Esa parte de la historia de la familia era tan antigua y tan vergonzosa que ya había quedado enterrada, junto a los peores fracasos que habíamos soportado: la quiebra de la empresa de papá, el año que papá había pasado en el paro, la Navidad en que no recibimos regalos, nuestros divorcios.

—Nadie importante.

Me resultaba muy molesto que me forzara a decir eso, y mi resentimiento reavivó el recuerdo de que nadie nos había ayudado ni a mí ni a Mona y aquel lamentable episodio había consistido en una sucesión de intromisiones coronada con un fuerte sentimiento de culpa.

—Bueno, ¿alguna novedad?

—No, ninguna.

Estaba tratando de encontrar algo. Quería charlar. Había ocurrido algo; de lo contrario, no se habría mostrado tan circunspecto. Echó un vistazo al teléfono, quizá deseando que sonara, para poder pillarme en un renuncio.

Con el pulgar y el índice, se sacó una bola de bardana que se le había quedado pegada a la manga de la chaqueta. La levantó, la miró con atención y después la dejó caer cuidadosamente sobre la mesita, junto al teléfono, donde se quedó inmóvil, como un pájaro herido.

—No digas que nunca te regalo nada.

Esa ambigua expresión era como un saludo familiar; siempre se empleaba cuando uno se libraba de alguna cosa insignificante.

—¿Tienes algo de beber?

—Solo agua. He estado fuera —se quedó mirándome. En sus labios se insinuó levemente una sonrisa—. En Turkana. En Lodwar, para ser más precisos. No me ha dado tiempo a comprar nada.

Me fascinaba cómo él había conseguido que me pusiera a la defensiva, pero al mismo tiempo me molestaba.

—Vale, agua

—Vamos a la cocina.

Él entró primero.

—¿Qué te gustaría saber sobre Lodwar, o sobre Turkana?

—Nada —dijo—. ¿Te has enterado de lo de Weathervane Lane? Rose se ha quedado con la casita de campo para ella sola. Walter y ella la han arreglado. Han puesto una moqueta bereber. ¿Tienes idea de lo que cuesta eso? Como mínimo, doscientos pavos el metro cuadrado —se quedó con los brazos en jarras—. Bueno, ¿dónde están los vasos?

Saqué uno del armario y se lo di.

—¿Cuál es el del agua fría? —me preguntó, retrocediendo ante los tres grifos, como si yo quisiera hacerle alguna jugarreta.

Irritado, abrí uno de ellos. Hubby llenó el vaso, pero no bebió. Hizo una ceremonia consistente en sujetarlo delante de él mientras volvía al salón. El hecho de que fuera de un lado a otro me recordaba cuánto odiaba yo esa casa alquilada. Sus zapatos de hospital, de suela de caucho y talla cuarenta y cinco, hacían que el suelo temblara y que la casa pareciera pequeña y provisional.

—¡No hay donde sentarse!

Yo me había sentado. Había libros y papeles sobre dos de las sillas restantes.

—Deja esos libros en el suelo.

Soltó un suspiro y, teatralmente, puso el vaso en un estante de la biblioteca y después quitó los libros de la silla. Esa era la forma que tenía Hubby de decirme que lo estaba incomodando, lo cual hizo que me pusiera de nuevo a la defensiva. Era, por encima de todo, la manera que tenía madre de hacerte sentir mal. Cada vez que me encontraba con alguno de mis hermanos, madre también se hacía presente.

Hizo una mueca de dolor —la mueca de dolor de madre— y se sentó. Empezó a moverse en el asiento, aplastándolo un poco, y me dijo:

—¿Sabes lo que es un cojín?

Entonces me limité a mirarlo fijamente, para hacerle ver que se había pasado.

—¿Qué se supone que es eso?

La carta de Mona estaba sobre la mesita, al lado del teléfono y de la vaina de bardana seca.

—Nada.

—Parece una carta. ¿Todavía queda gente que escribe cartas?

—Mamá, por ejemplo.

—Esa no es la letra de mamá. Mamá tiene una letra preciosa, como bien sabes. Esos garabatos están hechos a toda prisa.

Hubby andaba siempre vigilante, como suele estar la gente suspicaz y necesitada; también había algo animal en su manera de fijarse en todo, de mantenerse alerta, y en su habilidad para acorralarme. Sin embargo, como una mascota sobrealimentada, era meramente instintivo y carecía de ingenio. Sus reacciones eran consecuencia de la codicia, el hambre, la costumbre y la ansiedad.

—Bueno, ¿qué te parece?

—¿El qué?

Yo estaba pensando en la carta de Mona, en la resurrección de nuestro hijo.

—Lo de Rose y la casita.

—Que se la quede —dije yo—. Pero Franny estará que trina.

—No es eso lo que me han dicho.

—¿Qué te han dicho?

Dio un sorbo al agua mientras me miraba fijamente por encima del borde del vaso.

—Que mamá ha decidido cuidarla.

—Sí, ha puesto la casa también a su nombre, ¿no? Ya me lo habían dicho.

—Bueno, más bien le ha regalado la casa, joder.

—¿Y qué importa?

—¿Y nosotros, qué?

Como ambos sabíamos, a él madre le había dado un terreno estupendo de un acre de extensión por un dólar.

—¿Tienes alguna queja, Hubby?



—No, ¿y sabes por qué? Porque mamá no puede darle nada a Marvin para curarle las úlceras. A veces viene gente con una úlcera a urgencias. Se pasan la noche soltando gemidos. Una úlcera sangrante, eso es lo que le vendría bien a Floyd —me sonrió tristemente, con los ojos húmedos, y continuó—: El otro día fui a verle a su casa. Entro en el jardín. Él estaba en el porche, y entonces empieza a gritarme: «¡Discúlpate o vete! ¡Discúlpate o vete!».

—¿Por qué quería que te disculparas?

—No te imaginas la paliza que me dio. Es un tarado.

—No hablo con Floyd desde hace casi cuatro años.

—Está como una cabra, mucho peor que Franny y Rose. ¿Estás molesto por algo?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces cabreado.

Otra reacción típica de la familia: los que están enfadados acusan a los demás de estar enfadados. Madre, cuando se sentía acosada, decía secamente: «Deja de lamentarte o te voy a dar motivos para que te lamentes».

—No, es que estoy ocupado.

—¿Qué, hablando por teléfono?

Sabía que me había interrumpido, sabía que yo había colgado apresuradamente, suponía que era una llamada importante y que quizá tuviera relación con la carta que había al lado del teléfono. No era Sherlock Holmes, pero era astuto.

—Acabo de volver de Kenia.

—Tarzán de los Monos —dijo Hubby—, ¿sabes quién cumple años dentro de poco?

—Mamá —dije yo.

—Y cumple noventa. No es cualquier cosa. Tenemos que hacer algo especial.

—Me da bastante miedo.

—Será estupendo; todos metidos en la misma habitación, la gran familia feliz.

—Seguro que Fred organiza algo y Gilbert le echa una mano.

—¿Irás?

—Supongo que sí.

Hubby miró hacia otra parte.

—Va a ser una locura, joder. Piénsalo.

Pero yo solo podía pensar en la carta de Mona y en las llamadas telefónicas que habían quedado interrumpidas.

## 28. Charlie

Con su tono de voz indolente y perezoso y un tanto burlón, que hacía pensar en un niño no muy listo frustrado por un desconocido que lo tratara con frialdad —incluso por teléfono parecía haber girado la cabeza hacia mí y estar mirándome con los ojos entornados—, Mona dijo:

—No puedo hablar mucho rato. Estoy en el trabajo. Espero a una persona. ¿Tú dónde estás?

—En mi casa.

En el mundo de mis obras de ficción, estar en casa no era nada habitual: nadie estaba nunca en casa. En el mundo de mis viajes, mi casa estaba siempre muy lejos, era un lugar del que había huido. Y sin embargo, ahí estaba, en la tierra madre, donde había nacido, entre las dunas y los cerezos y los robles y los pinos, en la atestada morrena terminal de Cape Cod, de donde había partido y adonde había regresado.

—Ah —dijo Mona, porque de todos los lugares en que uno podía estar, su casa era el que menos explicaciones requería.

Tenía la impresión de que Mona era parecida a madre: una mujer «difícil», menuda, espectral, con un corazón de acero, incomprensible, que se quejaba por ser frágil. Me la imaginaba con el teléfono apretado contra su delgado cráneo. Si yo elevaba la voz, se quedaría callada, se asustaría, se pondría a temblar y se escaparía, convertida en apenas un par de alitas, y seguiría el rastro del polvo y las partículas que flotan en el aire hasta desaparecer por la ventana. Ahora había unos árboles oscuros cerniéndose sobre el lugar en que se encontraba ella, en New Hampshire, donde el suelo está cubierto de agujas de pino.

Su voz débil y furtiva me hizo recordar su cuerpo pálido y sus pechos desafiantes y que, durante el año en que nació nuestro hijo, casi no nos habíamos reído. El tiempo que pasamos juntos, todos esos meses llenos de ansiedad, habían quedado marcados por su embarazo. Yo había sido

capturado y aprisionado junto a ella, que, a medida que iba engordando, se iba volviendo más lenta y más triste. Pero, por supuesto, cada uno de nosotros había estado prisionero del otro, y al fin y al cabo, ella había sufrido mucho más que yo.

—¿Jay?

—Estoy aquí —dije. Me había perdido entre tantos recuerdos.

Me la imaginé en el aula de un colegio; con esa clase de eco tan particular, con paredes desangeladas, sin moqueta ni cortinas. O en un despacho compartido. *Tengo que hacer una llamada personal. No tardaré mucho.*

—Pensaba que me habías colgado —esa era la Mona de siempre, la que siempre se temía lo peor.

—¿Eres profesora? ¿Dónde das clases?

—No te llamo para hablar de mí, sino de nuestro hijo.

Parecía disgustada.

—Mona, ¿qué pasa?

—Mi marido —dudó. Oí un leve rechinar de dientes detrás de su respiración—. No se siente cómodo si hablo contigo.

Conseguí no ponerme a gritar a causa de la frustración, lanzar un aullido de mono tan fuerte que habría hinchado el cable del teléfono. Pero Mona era una persona frágil, confusa, que siempre estaba echando miraditas hacia los lados y apartándose el pelo de los ojos con el dorso de su delgada mano.

—Se siente un poco intimidado porque eres un escritor famoso. ¿Qué has dicho?

—Me estaba riendo —dije, pero en realidad había empezado a aullar—. Estoy en la ruina —la odiosa rotundidad de esa expresión, su desnudez, me enfureció—. Mi último libro fue un fracaso. Vivo solo en una casa alquilada. Mi mujer, mi segunda mujer, me dejó hace ocho años. Mis hijos sienten lástima de mí, pero casi nunca me llaman. Acabo de volver de una zona remota de Kenia. Estoy tratando de ahorrar un poco para financiar un libro sobre África. Hoy para comer me he calentado en el microondas un chili con carne de lata. No soy famoso.

Al escucharme mientras hablaba, me pareció que estaba contando una historia de exitosa supervivencia contra viento y marea.

—La mayoría de la gente piensa que estoy muerto o que he dejado de escribir.

—Deja de quejarte —dijo Mona, susurrando intensamente, casi sin voz.

Reconocí al instante ese tono lastimero y desesperado, ese *Por favor, no me abandones*, esa forma en que me había suplicado hacía cuarenta años, pero ahora parecía estar diciéndome: *Sal de mi vida*.

—No me estoy quejando —le dije, y me tranquilicé respirando hondo tres veces y recordando por qué me había llamado. Su miedo y su desamparo despertaron mi compasión—. Debes de estar contentísima de haber encontrado al chico.

—Sí, estoy encantada —dijo tristemente, y su enfado remitió—. No te puedo contar lo feliz que estoy. Es listísimo. Fue capitán del equipo de *cross*. Tiene una empresa muy grande. Esquía. Corre maratones.

Sonreí con incredulidad. ¿Quién era ese chico? Yo no conocía a nadie que se pareciera a él. Mis hijos se parecían a mí: eran solitarios y estudiosos, les gustaba leer y hacer rompecabezas, tendían a mantener cosas en secreto, trabajaban por cuenta propia, eran viajeros innatos. Pero yo los había criado para que fueran así.

—¿Cómo se llama?

—Charlie —dijo Mona—. Como su padre.

—Pensaba que su padre era yo.

—¿Te estás haciendo el gracioso?

—¿El gracioso? Estoy aterrorizado.

—Muy bien. Siempre hablando de ti mismo.

—No sé qué decir.

—¿Por qué no pruebas a escuchar a los demás? Me acabo de dar cuenta de por qué estoy tan feliz. Porque es normal.

—¿Y yo no lo soy?

—Ya no sé cómo eres. No puedo leer tus libros. Solo con ver tu nombre en una cubierta me pongo triste.

—Por favor, cuéntame cosas de Charlie.

—Escucha.

Empezó a hablar, y según lo hacía, la imagen de Charlie se fue formando en mi cabeza. Cobró vida, detalle tras detalle. Fue ganando volumen, sonrió, se hizo más alto, adquirió un sentido del humor y una cuenta bancaria y un par de piernas muy ágiles, consiguió una titulación en la Universidad de Dartmouth y un par de padres que lo adoraban y que le habían dedicado los mejores años de su vida. A medida que la imagen de Charlie se fue volviendo más nítida, y me enteré de que tenía un carácter alegre y seguro de sí mismo,

de que era un joven muy bien educado, un astuto hombre de negocios y tenaz competidor, un atleta, un excelente marido, un hombre culto —lector, cinéfilo, amante de la música—, él me empezó a resultar cada vez menos familiar, y al final me di cuenta de que no lo conocía en absoluto.

—Se parece muchísimo a ti —dijo Mona al fin—. Tiene tus ojos y tu nariz, e incluso tu extraña postura.

—¿Así que lo has visto?

—Un día comimos en su casa. Me autoinvité, me estaba muriendo por verlo. Fue muy cariñoso. Su esposa es encantadora. Tienen un hijo guapísimo.

—Que vendría a ser nuestro nieto.

—No tenemos ningún derecho —dijo Mona—. Lo dimos en adopción.

Empezó a llorar, y su llanto sonaba muy raro por teléfono, como si tosiera e hiciera unas largas pausas entre una y otra tos. Eso fue todo lo que oí, un son formado por la emisión de aire interrumpida con paradas súbitas y los ruidos de su garganta rasposa; nada que ver con la pena.

—Tengo que irme —dijo, bajando mucho la voz.

—Me gustaría saber más acerca de Charlie. ¡Cuéntame algo más, por favor!

—Quiere conocerte.

—¿Qué le has dicho de mí?

—Todo lo que sabía.

—Seguro que quiere pedirme algo. No lo culpo. No le dimos nada.

—No, Jay. No lo has entendido. Le va muy bien. Es rico, realmente rico. He visto su casa.

—¿Le contaste que yo era escritor?

—Lo supo desde el principio. Ya te conocía. Su madre tiene muchos libros tuyos.

—¿Y sabe que soy de Cape Cod?

—Sí, sabe cuáles son tus orígenes. Eso viene en todas las solapas de tus libros.

—¿Qué le contaste sobre mi familia? —dije, molesto ante su suposición, ya que nadie, fuera de la familia, sabía nada de nosotros, la tribu de matones inadaptados.

—Que es una gran familia y... No sé, que es una familia interesante.

—Mona, no es interesante. Es grande, sí, pero es una cosa monstruosa.

¿No te acuerdas de cómo nos acusaron? ¿No te acuerdas de que no nos ayudaron nada? ¿De lo horrible que fue?

—Eso ahora no importa.

—¡Sí que importa!

—Por favor, no levantes la voz.

Nunca me había podido olvidar de cuando Floyd mencionó a mi «hijo ilegítimo» en su muy citado artículo. Ni un solo miembro de mi familia, tan grande e interesante, se había pronunciado en contra de aquella frase inaceptable, ni siquiera madre, cuyo propio padre había sido huérfano y que se echaba a llorar cada vez que surgía el tema de su bastardía.

—Sí, claro que importa —dije yo—. Mi familia no ha cambiado ni un ápice. Es exactamente igual o tal vez peor. Recuerdo cómo reaccionó mi madre cuando volví de Puerto Rico, cuando tú te metiste en ese sitio y yo volví a casa. Me trató de una manera espantosa. «Debería darte vergüenza», me dijo.

—¿Te acuerdas de eso?

—Me acuerdo de todo.

—Por lo menos tienes una familia. Yo no tengo a nadie. Por eso estoy tan contenta de que Charlie ahora forme parte de mi vida.

—Esa idea de que todo el mundo necesita una familia... La verdad es que no la entiendo. La mía es destructiva, egoísta, mezquina, competitiva, desleal. Siempre se han regodeado con mis desgracias. Incluso con lo de Charlie. Es sangre de su sangre, pero lo consideran un gran error y ya está.

—Pensaba que en tu familia estabais muy unidos —murmuró Mona, perpleja.

—Mi familia es una pesadilla.

—Entonces míralo de este modo. Quizá esto que ha pasado sea algo bueno. Me refiero a lo de Charlie. Quizá puedas tener una buena relación con él. Es un gran tipo.

—¿Qué se supone que debo hacer?

—Está deseando tener noticias tuyas. Te voy a dar su dirección. Ahora me tengo que ir. Pero una cosa más. ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Creo que lo mejor sería que no habláramos más.

Y así, al tiempo que me dictaba la dirección de Charlie y me animaba a que me pusiera en contacto con él, me prohibió que la llamara.

En todas las despedidas atisbo algo del pasado, de una página anterior de la relación, de un momento en que las cosas eran diferentes. Mona me había despachado, y al decirme adiós con tan poco cariño y tanta indiferencia, la vi claramente: una chica delgada, con el pelo rubio y lacio, volviendo del baño a la mesa del bar donde estábamos con unos amigos. Cuando se sentó a mi lado, se acercó mucho a mí y me metió algo a hurtadillas en el bolsillo de la chaqueta. Hundí la mano y reconocí la seda cálida y húmeda de sus bragas, y después la miré a los ojos. Le brillaban con picardía. Entonces me sacó la lengua, como una niña traviesa. Ahora, al teléfono, me estaba diciendo fríamente: «Vale, adiós».

Era como vivir en una obra de ficción, llena de acontecimientos y coincidencias y sorpresas, como la inesperada carta de Mona y la aparición de Charlie, un personaje nuevo que surgía de la nada, pero de una manera completamente lógica, porque había aparecido, como personaje secundario, en una subtrama anterior. Charlie me parecía irreal, y sin embargo ahí tenía su nombre completo y su dirección. Era un hecho incontestable. Y lo sabía todo sobre mí.

No podía pensar en él sin recordar la actitud que había tenido mi familia años atrás, que no nos había apoyado en absoluto, que me acusaron de descarriado, que su nacimiento había sido un secreto terrible, la vergüenza de la familia. ¿Cómo podría darles una noticia semejante?

Hay gente retorcida a la que le gustan las malas noticias. Anhelan enterarse de que alguien ha sido víctima de un robo, o ha perdido algo valioso, o se ha divorciado. Para quienes se sienten rechazados, esto es un modo de sentirse mejor. Y, dada su patología, supongo que una persona infeliz que no recibe un flujo regular de esta clase de información puede ponerse a cometer delitos, ya que sembrar el caos, traer violencia a un mundo que se percibe como estable, puede ser una manera de generar malas noticias y sentirse mejor. Tal vez el asesinato sea una forma extrema del sentimiento de rechazo.

Cualquier biografía de Stalin o de Mao Tse-Tung resultaba útil para entender la mente de madre. Aprendí más sobre madre leyendo *La vida privada del presidente Mao*, del doctor Li Zhisui, el médico personal de Mao, que leyendo los libros del doctor Spock. Por dichos libros supe que, por medio de las prohibiciones y la manipulación, los tiranos tratan de reescribir



la historia, pues los fantasmas del pasado les causan muchos inconvenientes.

Pero ese fantasma, ese niño perdido, había reaparecido. *Quiere conocerte*. ¿Qué más querría? Yo no tenía un centavo. Estaba instalado en esa casa de alquiler con la esperanza de reunir suficiente dinero para hacer otro viaje por África y quizá escribir otro libro.

Mi escritura y mis publicaciones existían en una dimensión que no tenía nada que ver con mi familia. Era «trabajo», una cosa tan oscura, incognoscible, insignificante y desdeñable como lo que hacían Marvin, con su uniforme de guardia de seguridad en el centro comercial de Cape Cod, o Hubby, con su bata verde en el hospital de Hyannis, o Fred, cuando decía: «Me voy a China en viaje de negocios», o Gilbert en los Emiratos, o Franny y Rose cuando daban clases, o Floyd en su cátedra de poesía. Yo no tenía ni idea de lo que implicaba su trabajo, y nadie sabía lo que hacía yo; nadie me preguntaba nunca nada. Desconocía por completo si alguien de mi familia, al margen de Floyd, había leído algo de lo que yo había escrito. Y habían pasado tanto tiempo ignorándolo que la verdad es que no quería que lo leyeran, y me molestaba cuando surgía el tema de mi escritura, en general bajo la forma de: «Hay un tipo en mi trabajo que me ha preguntado si soy de tu familia. Dice que ha leído tus cosas».

Y ahora la familia tenía un nuevo miembro. ¿Por qué debería importarle?

En vez de llamar a Charlie, le escribí una carta. Necesitaba tener un registro escrito de nuestra interacción, pero también quería ver su caligrafía. La letra de la gente dice mucho de ella. En mi carta, le explicaba que le escribía muy nervioso, que nunca había pensado que fuera a conocerlo, que estaba francamente confuso. Sentía que debía disculparme, de alguna manera, por haberlo abandonado hacía tantos años; le dije que Mona y yo lo habíamos dejado a la deriva, y que siempre me lo había imaginado en un cesto que se mecía, llevado por la corriente, como a Moisés en su cuna hecha de juncos.

Un día en que el cielo estaba lleno de nubes de tormenta, bajas y oscuras, metí la carta en el buzón con el corazón encogido y pensé: ¡Que caiga!<sup>[22]</sup>

*Es estupendo tener noticias tuyas, me contestó. Eso es exactamente lo que solía decirme mi madre: «Te encontramos como a Moisés. Fuiste nuestro regalo de Navidad».* Y continuaba: *No tienes que disculparte. Tengo una familia extraordinaria. Mi infancia y mi educación han sido una maravilla. No podría haber tenido una vida mejor.* Entonces me hablaba de las cosas que le proporcionaban más placer, y en la lista figuraban la pesca, la música,

la lectura y «pasar tiempo con mi familia». Como había supuesto Mona, Charlie había empezado a interesarse por quiénes eran sus padres biológicos —por sus tendencias naturales, su carácter, su salud— tras el nacimiento de su hijo. *Y mira, seguía escribiendo a su entusiasta manera, ¿no es increíble? Después de esa infancia estupenda y de todas las cosas buenas que me han pasado, resulta que mi padre eres tú. ¿Ves la suerte que tengo? ¿No es impresionante?*

Yo no me sentía tranquilo del todo. El buen ánimo de los demás siempre hacía que me pusiera en guardia y me comportara con cautela; otro rasgo familiar. Supuse que su entusiasmo era algo forzado o exagerado, si no falso; presentándose como alguien entusiasta y feliz seguro que estaba intentando colármela. En una familia de cínicos introspectivos y egoístas, la alegría nunca era altruista, ni siquiera sana; nadie era sincero. La supuesta felicidad era una estrategia para distraer tu atención de la esencial mala voluntad de los demás. El buen rollo no existía en la familia, del mismo modo que no existía en un cubo lleno de cangrejos.

Sin embargo, confiaba en Charlie. Él se había criado en otra parte. Se había librado de la lucha constante que yo había tenido que soportar. Incluso me parecía que hablaba de otra forma, a juzgar por el tono de su carta; tenía una voz clara, despreocupada, deseosa de que la escucharan. Y además, daba la impresión de ser paciente a la hora de escuchar. Esa simplicidad, esa presteza y esa gratitud eran desconocidas para mí.

Volví a escribirle. Le agradecí su franqueza. Acercarme a él implicaba que Mona, que aparecía desde un pasado tan remoto, permanecería como poco más que una presencia fantasmal. Ahora yo temía a cualquier familia, y no quería que ella formara parte de aquel discurso, ni de una probable relación cordial. No podía imaginarnos a los tres constituyendo una familia. Recelaba de una posible intromisión de Mona, ya que la gente que aparenta ser amable y dulce también puede, sin previo aviso, mostrar una gran ferocidad. Y todo lo que había conocido en relación con la vida familiar era desastroso: un naufragio que generaba carroñeros y heridos, gente aterrorizada y potenciales caníbales, todos luchando por la supervivencia en las yermas costas de la isla de Boon.

En su siguiente carta, Charlie contestó algunas preguntas más. Sí, tenía una hermana, también adoptada. No, no había viajado mucho. En Dartmouth se había titulado en Historia, no en Economía ni en Empresariales. *Todavía leo*

*muchos libros de historia y biografías. Todo lo que caiga en mis manos sobre Teddy Roosevelt, las batallas de la guerra civil, la expedición de Lewis y Clark. Incluía algunas fotos de su mujer, Julie, de su hijo, Patrick, y de él mismo. En una de ellas aparecía sujetando un pez plateado, una lubina rayada con el vientre muy hinchado y la enorme boca abierta.*

Esa foto me llamó la atención. Como había dicho Mona, se parecía a mí: la nariz, los ojos, la forma de la cara, el estado de alerta, la expresión de la boca. Pero todo eso eran detalles que vi de pasada. Lo que observé más claramente fue que estaba al borde de un pantano, junto a un riachuelo, con un puente a su espalda por donde una pequeña carretera cruzaba el riachuelo.

Conocía el pantano, el riachuelo, el puente y la carretera. Le escribí: *El pez es una belleza, y sé dónde lo pescaste: en Scorton Creek, junto al puente de la carretera 6A, donde termina el pantano. El motivo por el que lo sé es que, hasta hace unos diez años, viví a unos diez metros de allí, subiendo por esa carretera.*

Estaba demasiado impaciente como para esperar hasta que llegara su respuesta, así que le di mi número de teléfono. Me llamó desde su oficina unos días después, a media mañana. Su tono de voz era tan cordial como lo habían sido sus cartas. Era un tono que expresaba entusiasmo y placer, y un estado de relajación y buen humor que en mi familia no era nada habitual.

—Es increíble. Estabas viviendo ahí en el momento en que yo fui de pesca. ¡Siempre aparcaba en esa carretera!

—A lo mejor me viste en el riachuelo. Tenía un bote de remos. Era el único que había en la zona.

—¡Sí, te vi! Con unos remos muy largos: palas de cuchara. Me encantaba ese bote. Hice un poco de remo en Dartmouth.

—Ese era yo.

—Pues yo estaba ahí en la orilla, echando la caña y deseando poder subirme a pescar en ese bote.

—Sin saber que el tipo que estaba remando era tu padre.

—Es increíble.

Charlie se había criado a unos quince kilómetros de allí, en Barnstable, en una gran casa que yo conocía de vista. En realidad la conocía casi todo el mundo, porque era muy elegante y estaba en un sitio de lo más llamativo, al lado de una curva, justo antes de llegar al juzgado del condado. Allí había hecho la primaria. Después había ido a un colegio de secundaria privado que

estaba cerca. Su padre era un conocido filántropo que había hecho su fortuna importando contrachapado de la Unión Soviética en una época en la que poca gente hacía negocios al otro lado del Telón de Acero. Era un hombre hecho a sí mismo que se había dedicado en cuerpo y alma a sus hijos y se había mostrado muy receloso cuando apareció Mona, la madre biológica en busca de su niño.

—Cuando le dije a mi padre que iba a verla, me dijo —y aquí Charlie se puso un poco hosco—: «No le des dinero».

—¿Cuándo nos vemos? —le pregunté yo.

—Voy a viajar a Cape Cod la semana que viene. ¿Quedamos para comer?

Al ver a Charlie entrar en el Friendly's Grille de Sagamore, tuve la impresión de verme a mí mismo cuando era joven. Era de mi misma estatura y se movía con mucha vitalidad. Examinó el local con la sonrisa preparada y sonrió ampliamente cuando me reconoció. Le estreché la mano, él me abrazó y nos instalamos en el reservado. Yo no podía parar de sonreír.

Se parecía a mí; parecía uno más de la familia. Pero lo que me encantaba era que lo habían criado unos absolutos desconocidos, que evidentemente lo adoraban y que no le habían escatimado nada. En esa primera conversación telefónica, Charlie me dijo que la principal ambición de su padre en la vida era hacerlo feliz, y que él, a cambio, había tratado de complacerlo esforzándose en los estudios, destacando en los deportes y haciendo que el viejo se sintiera orgulloso. «Y mi madre es una mujer extraordinaria —añadió—: Todo lo hace bien».

—Julie quería venir, pero tenía que llevar a Patrick a la guardería. Se muere de ganas de conocerte. ¿Y tus hijos? ¿Viven en Cape Cod?

—No, en Londres. Todavía no les he hablado de ti, pero estoy seguro de que se alegrarán cuando se enteren.

—¡Tengo hermanos! Siempre he querido tener hermanos. Mona me dijo que tu familia era muy grande.

—Enorme —dije yo, dudando si profundizar en el tema—. Ni te lo imaginas.

Pedimos unos sándwiches. Lo dejé hablar para poder mirarlo bien, y me di cuenta de que era más feliz de lo que había sido en años. No paraba de hacerme preguntas, ávido de respuestas.

—Tengo una abuela —dijo—. Seguro que es estupenda. ¡Qué flipe!

## 29. Tarjetas de cumpleaños

No existía una tarjeta de cumpleaños que expresara mis auténticos sentimientos hacia madre, porque se trataba de unos sentimientos atroces. Eché un vistazo a las tarjetas que había en un anaquel de la farmacia de Centerville, para atormentarme con aquella irritante poesía barata. *La madre es la persona más cercana, / muy dentro siempre va, ayer y mañana* probablemente contuviera algo de verdad, pero el siguiente verso era de lo más idiota: *Y la adoramos de muy buena gana. Adorar* es un verbo que me repugna. Otra tarjeta, adornada con un lazo rosa, tenía la petulancia de una carta de cócteles; consistía en una lista de los recursos de madre: *Una sonrisa para cuando estás triste, una mano para cuando caes, unas palabras para cuando tienes dudas, y diez más, concluyendo con: Una amiga sin par, gracias por ser una madre ejemplar.*

Una mujer con los carrillos caídos que estaba cerca de mí hizo una extraña mueca cuando expresé mi desacuerdo por medio de una tos seca.

El mensaje que yo buscaba era algo así:

*Madre, siempre malpensada,  
llena de codicia e ira,  
mujer amarga, frustrada,  
me enseñaste la mentira...*

Cuando le cité estos versos a Hubby, se atragantó en medio de convulsiones de verdadero alborozo. Después, con una compasión muy poco convincente, me dijo:

—Déjala en paz, Jay. Va a cumplir noventa años. Ya pasó el plazo para protestarle por ser una bruja.

—Feliz cumpleaños, madre, me mutilaste desde el principio. Tengo, desde tu vientre, un corazón de fanático —dije—. Mis disculpas a W. B. Yeats.

—¡Me voy a chivar! —dijo, riéndose y rascándose el antebrazo peludo, muy excitado, y con el acento de madre.

—En todas las tarjetas aparece la palabra *adorar*. Yo la cambiaría por *temer*.

—Pobre mamá. Ya es muy mayor.

—Está más sana que tú, Hubby.

Pensé que una tarjeta de cumpleaños en realidad no era un mensaje; era solo un gesto, un símbolo, pura función fática, por decirlo así.

—Que te den, marica.

—Chúpamela.

—¡Es un fósil viviente!

Pero madre no parecía mayor que la mañana en que volví a casa, mientras Mona abandonaba a nuestro hijo, y se sentó, con una expresión terrible en la cara, a la mesa de la cocina, y le dio unos golpecitos con su mano huesuda y me dijo: «Espero que estés orgulloso».

Entonces parecía bastante mayor, pero ahora no aparentaba serlo más. Y yo no había envejecido en absoluto.

Me había sentido muy orgulloso al apoyar a Mona durante su embarazo, pero me quedé triste por todos esos meses de lucha y por el día en que me había separado de Mona, que nunca había dejado de lamentarse por haber dado al niño en adopción.

Yo entonces también era un niño, un niño enfadado y humillado, y madre era una mujer feroz e insatisfecha. Lo peor de todo era que en la familia el tiempo se había detenido. Yo seguía siendo ese niño, y ella todavía era esa mujer malhumorada.

Llamó Franny para hablar del cumpleaños. Probé a recitarle uno de mis poemas satíricos. «Sé cómo te sientes», me dijo ella, pero era mentira. Las llamadas eran constantes porque el día se acercaba. Se estaba organizando un evento que parecía imposible: una comida a la que asistiríamos todos, incluido Fred, que solía estar en China; Gilbert, que debería estar en Baréin; las dos hermanas maestras, que tendrían que pedirse un día libre, ya que el del cumpleaños era laborable; todos los cónyuges, que nunca se sentían bienvenidos; y, lo más complicado de todo, Floyd, que me odiaba.

La última vez que habíamos estado todos juntos había sido hacía siete años, alrededor del lecho de muerte de padre, y después en su funeral.

*Pensamos que lo mejor es quitarle el respirador.*

*¡Pero entonces morirá!*

*Deberíamos respetar el deseo de mamá.*

Para poner a prueba a madre, fui a visitarla y le dije que quizá tuviera que viajar el día de su cumpleaños. «Un viaje de trabajo», dije. Ella se inclinó ligeramente hacia delante en su asiento, mientras la escasa luz del atardecer que entraba por la ventana resaltaba su pequeñez y su ferocidad al caer sobre su perfil de mujer pájaro.

—¿Sí?

—Tengo que conseguir dinero para un libro que quiero escribir —le expliqué.

Cualquier mención al dinero siempre la hacía detenerse un momento, como un pájaro que se pusiera tieso al oír el crujido de una ramita.

—Me acuerdo de cuando era joven —dijo—. Tenía que dejarme la piel para llegar a fin de mes.

Yo pensaba que quizá se ofreciera a ayudarme con alguna cantidad ridícula, pero ni siquiera eso.

—Aun así siempre me las apañé y encontré tiempo para estar con mis padres —añadió—. Pasara lo que pasara.

—Ando un poco corto de dinero.

Contarle que estaba a dos velas y muy ocupado era una manera de dramatizar, de hacer hincapié en el sacrificio que suponía para mí asistir a su fiesta de cumpleaños. Estaba tratando de ver si le importaba. No se conmovió nada ante la mención de mi dilema. Con una media sonrisa que parecía de serenidad, pero también podría haber sido sádica, se quedó observándome mientras titubeaba.

—Bueno, haré todo lo que pueda.

—Eso es lo único que espero.

Se cruzó de brazos y, en esa postura compacta, parecía una de sus pequeñas tallas.

—De todas maneras, hay mucha hostilidad en el ambiente —le dije—. Sentimientos negativos.

Se le tensaron los rasgos y me miró con su cara de ave rapaz, de la que se borró el débil rastro de color que solía tener. Me di cuenta de que un ave desplumada podía parecerse a un reptil.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Hablo de tus hijos.



—¿De mis hijos?

Este brote de indignación era puro teatro.

—Algunos se odian.

—Eso no es cierto —dijo, empleando los hombros para expresar lo ofendida que estaba—. Sabes perfectamente que eso no es cierto, maldita sea. ¿Quieres darme un disgusto?

—Floyd me odia.

—Nadie te odia —me miró con desprecio, mientras su nariz se alargaba, asemejándose a la de un lagarto—. ¿De verdad te crees tan importante, maldita sea?

Lo de «maldita sea» significaba que estaba enfadada de verdad, y también que estaba equivocada. Justo cuando iba a decir algo, sonó el teléfono. Lo cogió, exagerando el esfuerzo. Oí unos graznidos procedentes del aparato.

—Hola... Ah, muy bien... Sí, claro que sí —sonaba muy poco convincente y dolida—. Ahora no puedo hablar, te llamo más tarde.

Cuando colgó, me quedé mirando el teléfono, perplejo.

—Era Franny —dijo madre—. Cree que soy una inválida.

No le había contado a Franny que yo estaba allí, pero yo sabía desde hace años cómo conseguía que sus hijos estuvieran distanciados. Y esa pulla a Franny significaba que cuando hablara con ella me criticaría.

—Y Fred odia a Floyd —dije, recuperando el hilo de la conversación.

—Fred es un chico muy amable y generoso —dijo, y me miró entornando los ojos en señal de compasión—. Pobrecillo, siempre está trabajando. Casi no duerme, con tanto viaje.

—Yo también viajo.

—¿A China? —sonrió, jugando su mejor carta—. Y tiene hijos en edad escolar.

Aquella tarde me fui de la casa de madre, como tantas otras veces, sintiéndome derrotado, minado, denigrado, cuestionado. Y sabía, por la manera en que había hablado por teléfono, que lo único que recordaría de mi visita era que la había disgustado; desde luego, no la noticia de que había cancelado mis planes para poder ir a su fiesta de cumpleaños.

Esa misma noche me llamó Rose. Su tono de voz era duro, intimidatorio, y transmitía a las claras que no iba a permitir interrupciones.

—¿Qué coño te pasa? Dentro de dos semanas es el cumpleaños de mamá y tú te presentas en su casa para darle un disgusto. ¡Eres gilipollas!

Esperé un poco antes de contestar.

—¿Eso te lo ha contado ella?

—Se lo contó a Franny, que se lo contó a Fred.

—Pensaba que no tenías buena relación con Fred.

—Se supone que estamos organizando una fiesta de cumpleaños, cretino.

—Chismorreos, chismorreos.

—Tenemos suerte de que mamá siga viva.

—Tú tienes suerte porque te regaló una casa. Yo ayudé a pagar esa casa. Y ahora tú y tu marido estáis ahí apoltronados.

Pero un zumbido me informó de que Rose ya había colgado.

También me llamó Hubby, y me dejó un mensaje en el contestador.

—Imbécil.

—Creo que no te das cuenta de lo sensible que es mamá —me dijo Gilbert, entre diversos chisporroteos, cuando me llamó desde Qatar—. Se quedó muy dolida por lo que le dijiste.

—¿Qué le dije?

—La acusaste de ser una madre desatenta —me dijo. Yo lo escuchaba perplejo por la mendacidad de aquella mujer—. Y ya sabes que se esfuerza muchísimo.

Parecía que yo era el único que no aportaba nada a ese flujo de buenos sentimientos hacia madre, que aumentaba a medida que se acercaba su cumpleaños. Yo era el que menos la quería. Incluso tal vez no la quisiera en absoluto. La consideraba cruel y egoísta, y ¿cómo era posible que fuera el único de sus hijos que la viera así? En nuestra gran familia, yo era el único escéptico. Me pregunté por qué, aunque no tenía ninguna duda sobre mis sentimientos. Sospechaba cuáles eran las motivaciones de los demás, a los que madre corrompía con sus regalos y manipulaba con sus chismorreos. Yo no tenía ni un aliado.

O tal vez tuviera uno.

Una de las perversiones de la familia era ver esta clase de ocasiones, un cumpleaños, una boda, cualquier celebración, como una oportunidad para saldar cuentas. Como a simple vista se trataba de un evento agradable y nos incluía a todos, una reunión familiar era un momento perfecto para infligir dolor y vengarse de la mayor cantidad de gente posible en un solo día.

Recuerdo que en las comidas familiares, a las que todo el mundo llegaba con la guardia baja, había salidas de tono, palabras agresivas, cuchicheos implacables, patadas bajo la mesa, partidas súbitas, llantos y portazos.

—¡No estoy enfadado! —se oía gritar a alguien.

En la guerra interminable, interna y contenida, de esta familia furiosa y trastornada, un cumpleaños o una boda eran como batallas aisladas. Yo temía las escaramuzas que tendrían lugar en la celebración de los noventa años de madre.

Fred me invitó a su casa de Barnstable para tomar un trago. Estos gestos hospitalarios a mí siempre me parecían hostiles.

Me sirvió un vasito de un licor claro y viscoso y me dijo:

—Es una especie de ginebra china. Se llama *baijiu*. La he traído de Shanghái. Vamos, dale un trago.

—Es como tragarse una cuchilla de afeitar —dije yo.

—Pues es de primera calidad. Moutai —me dijo, haciendo sonar su vasito contra el mío—. *Ganbei!* —le dio un trago—. Escucha, quiero que vengas a la fiesta.

Ese prólogo superfluo significaba una cosa, y los dos lo sabíamos: que no quería que fuera a la fiesta. En el aire se cernía un *pero* en cursiva.

—Pero mamá ha dicho que ibas a estar de viaje, que tenías algo que hacer. Así que lo único que te digo, y de verdad que quiero que vengas, es que no tienes por qué asistir. Lo entenderemos.

Parecía inquieto. Se sirvió otro trago. No le gustaba nada verse obligado a mantener esa conversación. Quería que yo dijera que tenía otros planes para poder quedar libre de culpa.

—Quiero ir —dije yo.

Intentó ocultar su decepción con otro vasito, y guiñó los ojos al tragar el licor.

—Va a ser solo un almuerzo en La Almeja Feliz. No es una fiesta, en realidad. Estaremos una hora como mucho. No pasa nada si falta alguien. Mis hijos tienen fútbol. Si tenías planes, puedes invitar a comer a mamá otro día. Eso seguro que le encanta.

—Fred, da la impresión de que no quieres que vaya.

—No he dicho nada de eso —soltó un suspiro. Teatralmente, se sirvió otro vaso y tapó la botella muy despacio, para poder darme la espalda—. Te he dicho que quiero que vengas a la fiesta.

—No tengo ningún otro plan. Cumplir noventa es muy importante para mamá. Voy a ir.

Fred me sonrió. Su sonrisa era una versión de la sonrisa compasiva que madre había perfeccionado. Cuando hablaba con Fred, muchas veces tenía la sensación de que estaba hablando con madre.

—Floyd va a venir —dijo con los labios húmedos.

—¿Y?

—Solo te lo digo. Floyd se ha apuntado.

En la familia, el nombre de Floyd era un arma, y durante años dicha arma se había usado contra mí; se blandía delante de mis narices con ademanes ostentosos, y brillaba al sol como la hoja de una navaja.

—Mamá dijo que quería que fuéramos todos.

—Claro, claro —dijo Fred, que ahora parecía alarmado—. Por eso va a venir Floyd.

—Y por eso yo también voy a ir.

Fred empezó a sonreír y me di cuenta de que lo peor estaba por llegar.

—Puede ponerse muy difícil —siguió sonriendo—. Está loco, ya lo sabes.

—Tú puedes manejarlo —le dije yo, devolviéndole la sonrisa.

Pero el propósito de esa sonrisa era amenazarme.

—Puede ponerse violento —dijo Fred—. ¿Y si se le cruzan los cables?

Me di cuenta de que disfrutaba chafándole los planes a Fred, viéndolo retorcerse, y ahora yo sabía que él tenía miedo de que hubiera problemas, de que Floyd se pusiera a despotricar contra mí, de que yo reaccionara gritando, de que madre se tapara los ojos («¡Me vais a matar!»), de que las chicas sollozaran («¡Mami! ¡Mami!»). Platos sin terminar, bebidas sin probar, moratones en las espinillas, dolor y rencor, portazos.

—Voy a ir —dije.

La hipocresía brilló en el rostro de Fred, con un débil toque de miedo, mientras él se ponía a cloquear y a frotarse las manos.

—Como ya te he dicho, quiero que vengas. Y mamá quiere que vayamos todos. Es un gran día.

## 30. Una tarta de piña

Un cumpleaños puede ser una clase de funeral. Pero yo lo vi como una oportunidad y me organicé y estaba deseando que llegara el día. El ambiente que había en el salón para fiestas privadas de La Almeja Feliz era, en efecto, fúnebre, lleno de ramos de flores y de caras largas: Rose le daba la espalda a todo el mundo; Gilbert y Fred deliberaban; Franny agobiaba a su hijo Jonty; Jonty incordiaba a su hija Jilly. Nadie quiso sentarse a mi lado. Estábamos todos ahí con la boca abierta y los ojos vidriosos, como si fuéramos a enterrar a alguien.

Yo había llegado pronto para no perderme nada. Los cónyuges estaban alterados: Marvin se sentía muy incómodo sin el uniforme de guardia de seguridad; Erma, la mujer de Fred, no paraba de suspirar y de toquetearse el pelo; Walter hacía el tonto con una cámara, y de ese modo podía ignorar a los demás. Jilly era el centro de atención, y todos los adultos le gritaban mientras ella corría de un lado para otro.

—¡Ve con la abuela! ¡Ve con la abuela! —gritaba Jonty—. ¡Jilly, hazme caso!

Madre se estremeció al ver acercarse a la niña. Tenía una manera característica de retroceder cuando la atacaban. Sonrió ligeramente cuando Jilly se tropezó y se cayó al suelo y empezó a llorar a gritos. Madre la miró con los ojos entornados. Jonty cogió a Jilly en brazos.

—Yo tenía una niña que se llamaba Angela —dijo madre—. Se murió. Está en el cielo.

—Creo que la agencia de noticias nacional de Cuba se llama Granma —dijo alguien en voz muy alta. Era Floyd. Llevaba un sombrero Fedora negro y se apoyaba en su paraguas, que estaba muy bien plegado—. Eso siempre me ha parecido terriblemente irónico[23]. La llamaron así por el yate en el que fueron los guerrilleros en 1956 a combatir por la Revolución cubana.

—Pero ¿por qué ese barco se llamaba *Granma*? —preguntó Rose.

—Pues porque el propietario, que era un gringo, le había puesto ese nombre en recuerdo de su abuela. Es curioso, ¿verdad? Pero seguro que ya lo sabíais.

—Jilly, dime dónde te duele, cariño —le suplicó Jonty a su hija, que no dejaba de aullar.

—¿Quién solía decir que si uno tiene suficiente fuerza para llorar es que no le duele tanto? —preguntó Floyd, guiñándole un ojo a madre mientras pasaba a mi lado para darle un beso—. ¿No eras tú, madre?

Ese era el Floyd que yo recordaba de días más felices, el hombre que quemaba el aire de la habitación y dejaba a la gente jadeando en el vacío.

—Estamos esperando a Hubby. Ah, ahí está —dijo Fred, y Hubby y Moneen entraron en el salón.

—Resoplando como un calderón —dijo Floyd. Se inclinó su sombrero de ala ancha e hizo una mueca—. Es decir, un cetáceo de los mares del norte. Pero eso ya lo sabíais, ¿verdad?

Hubby frunció el ceño —la primera estocada del día— y no le hizo ningún caso a Floyd. Moneen se reunió con rapidez con los demás cónyuges —la segunda división—, que estaban sentados en unas sillas baratas.

El triunfo, en esta clase de reuniones familiares, consistía en ocultar tus verdaderos sentimientos. Pero estos ya estaban comenzando a revelarse. Hubby se sentía dolido, Rose se encogió de hombros y se negó a saludarme, madre seguía molesta por Jilly. Todos, salvo Jonty y Loris, habían dejado a sus niños pequeños en casa. Franny le dio a Floyd una bolsa de plástico.

—Tus favoritos —dijo.

Floyd metió la mano en la bolsa, rebuscó entre distintas frutas y golosinas y sacó una caja metálica y rosa de Almond Roca.

—El problema de estos turrónes es que no consigo abrirlos lo bastante rápido —dijo Franny.

—Nadie lo diría, al verte —dijo Floyd. Encontró otra cosa, una bolsa de celofán—. Nueces variadas. Esto es muy apropiado para un gran día como hoy[24].

—Ya podríamos ir sentándonos —dijo Fred, levantando los brazos—. Ya estamos todos.

Floyd empezó a hacer sonar unas nueces en la mano.

—¿Por qué será que la gente siempre hace esto cuando come nueces? —dijo, agitando las nueces como dados en el interior del puño y metiéndoselas

en la boca.

—No pienso sentarme a su lado —dijo Hubby, y cambió la tarjeta con su nombre a otra parte de la mesa, lejos de la de Floyd.

—Bonita camisa, Hubby —dijo Floyd, al ver lo que había hecho—. Siempre he pensado que ese estilo volvería a ponerse de moda algún día.

—Gilipollas —dijo Hubby.

—Gilbert acaba de volver de Kuwait, creo —dijo Fred mientras Gilbert saludaba a todo el mundo—. Y no va a volver allí nunca, *inshallah*.

—Este *lugar* —dijo Floyd, pronunciando la palabra *lugar* con acento francés y señalando las tarjetas con los nombres de los comensales— es digno de la corte de Versalles. «Sé cuál es mi sitio». «¿Quién tiene más prestigio en este momento?». «No pienso sentarme a tu lado».

—Pero hay un sitio de sobra —dijo Marvin.

Madre lo miró fijamente. Él tartamudeó algo y se agarró el cinturón, como sin duda hacía en el centro comercial, con una mano en la cachiporra y la otra en el bote de gas pimienta.

—Mar-vin —dijo Franny.

Después de tantos años, Marvin seguía siendo un extraño, no formaba parte del grupo, de modo que no se dio cuenta de su error ni siquiera cuando su mujer se lo señaló; el sitio que parecía de sobra era, por supuesto, el de Angela, que había estado con nosotros, aconsejando a madre, durante cincuenta años, tras haber muerto al nacer.

Fred y Gilbert se sentaron a ambos lados de madre, Franny y Rose junto a ellos, después Hubby, Jonty (con Jilly en su regazo) y los cónyuges, Marvin, Moneen, Erma, Loris y los demás. Walter continuaba sacando fotos. Floyd ocupó su asiento y yo me senté a su lado en la única silla que quedaba libre.

Floyd empezó a tirarme de la camisa.

—¿Qué es esto? ¿Seda fruncida? ¿Raso? Me gusta que sea tan desenfadadamente afeminada. Y su caída. Y su corte —retorcó la tela y la soltó—. Espero que lleves ropa interior limpia. No podría soportarlo de lo contrario. ¡Madre, por ti! —dijo, apoderándose de mi vaso de agua y levantándolo hacia donde estaba ella—. Me encanta el vino añejo y afrutado. Necesito un queso con personalidad.

Madre resplandecía en medio de aquel grupo tan variopinto. Siete años después del funeral de padre, éramos una familia más numerosa pero más mustia, las mismas personas pero con unas máscaras más extrañas y más

viejas; todos éramos niños grandes y deformes.

—Es una maravilla tener a toda la familia aquí reunida —dijo madre—. Soy muy afortunada.

—Los afortunados somos nosotros, mami —dijo Franny.

—Mamá, estábamos deseando que llegara este día —dijo Rose.

—¿Alguien me puede pasar el pan? —dijo Hubby.

Floyd jugueteó un poco con un colín y le dijo:

—¿Quieres que te metan uno de estos por detrás?

Hubby frunció el ceño y respiró con dificultad, nervioso.

—¿Podemos escoger entre varios menús? —preguntó.

—Menu, desde luego, es el nieto de Brahma, y sus reglas han de observarse —dijo Floyd—. Supongo que ya lo sabías. Una regla muy pertinente, relativa a la moderación, dice: «Se debe comer sin distracciones mentales».

—No hay menús. Fred eligió la comida —dijo madre—. Así es más sencillo. Pensamos que os parecería mejor así.

Madre dijo que se sentía feliz, y por una vez, parecía estar diciendo la verdad. Pero su felicidad solo era posible porque todos los demás nos sentíamos fatal. Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de lo avergonzados que estábamos. Nos habíamos traicionado demasiadas veces como para estar cómodos sentados a la misma mesa. Estábamos ahí porque éramos unos fracasados; seguíamos viviendo en la tierra madre, a diez minutos de madre, nos habíamos quedado sin dinero y sin familias y necesitábamos a madre, además de esa otra distorsión: teníamos que estar juntos para poder darnos cuenta de lo distintos que éramos, lo cual es lo contrario de lo que ocurre en una familia de verdad.

En realidad, nadie tenía ganas de ir a esa comida. Nos caíamos tan mal que la idea de reconciliación que implicaba comer juntos nos hacía sentirnos todavía más enfadados. El hecho de que estuviéramos allí demostraba que éramos unos fracasados. Necesitábamos estar separados para poder funcionar bien; teníamos que guardar secretos para sobrevivir. Pero madre se había impuesto. Había insistido en que fuéramos y había dado a entender —como hacía con frecuencia— que si colaborábamos, habría alguna recompensa para nosotros en su testamento. Siempre estaba jugando con la perspectiva de su muerte, y a pesar de ello, era la única persona feliz sentada a la mesa, la única que, pequeña y fibrosa, tenía un aspecto saludable. Madre, pues, había hecho



su voluntad y se sentía satisfecha en todas las cuestiones importantes: había celebrado su fiesta de cumpleaños, había recibido regalos y, por medio de esa enorme reunión, había logrado separarnos haciéndonos sentir más confusos.

—¿Puedo pedir algo de beber? —dijo Floyd.

—Quítate el sombrero —le dijo Fred.

—Si dices la palabra mágica —dijo Floyd. Lo miró entornando los ojos, se quitó el sombrero e hizo que empezara a girar sobre su dedo—. «¡Ah, una copa llena del cálido sur!» —se inclinó hacia Jonty—. «Con el mismísimo Hipocrene sonrojado, y sus burbujas entrelazadas borboteando junto al borde». ¿Autor?

Jonty se dio la vuelta. Hubby miró a Floyd fijamente. Franny y Rose se encogieron de hombros.

—Pues Johnny Keats —dijo Floyd, y levantó un dedo y continuó recitando—: «Los zopencos peyéndose, con la cara salpicada de comida». ¿Autor, por favor?

—Coca-Cola light —le dijo Hubby al camarero.

—Creo que descubriréis que fui yo quien escribió esas palabras —dijo Floyd, echándose hacia donde estaba Hubby y cruzando las piernas—. ¿Por qué será que las supuestas bebidas *light* son las preferidas de rollizos y rechonchos, como si cierta magia arcana contenida...?

—Cállate —dijo Hubby.

Trajeron las bebidas, brindamos de nuevo por madre y nos sirvieron el primer plato, crema de almejas y galletas de soda.

—Ten cuidado, cariño. No lo sazones —le dijo Franny a Marvin, y explicó para el resto de la mesa—: Tiene una acidez de estómago terrible. Está tomando Zantac.

—Por los IBP —dijo Marvin, con la pedantería del paciente crónico—. Inhibidores de la bomba de protones.

—Me sonaba que tomaba reblandecedores fecales —dijo Floyd—. Dos palabras que resultan cautivadoras cuando se juntan. Como «toallitas femeninas».

Cuando Marvin levantó la vista, echando la barbilla hacia delante como un martillo de carpintero, Rose dijo:

—No tiene gracia. Mamá, yo tengo EIO, estreñimiento producido por opioides.

Madre sonrió como un gato y se lamió la crema de almejas que se le había

quedado en los pelillos del bigote.

—¿Alguien ha probado el Ambien? —preguntó Gilbert—. Es lo que me ha permitido, por fin, dormir toda la noche. Es mi droga de cabecera.

—Walter toma Paxil —dijo Rose—. Parece que lo tranquiliza, ¿verdad, cariño? Y lo ayuda a dormir.

—Yo tomo como una tonelada de potasio —dijo Jonty—. Tengo un problema con los electrolitos.

—A mí me encantan los que tienen nombres caballerescos —dijo Floyd—. Como Ceedrex, para el hígado y los pulmones. Me tomo esas pastillas como si fueran caramelos.

—Yo lo único que tomo es un fluidificante sanguíneo —dijo Hubby.

—¿Y la cosa esa para bajarte el colesterol? —dijo Moneen.

—Y eso, sí. Lipitor.

—¿Y tú qué tomas, mamá? —preguntó Franny, levantando la voz, como hacíamos todos cuando nos dirigíamos a ella.

—Y esa gente que toma nitroglicerina para el corazón —dijo Floyd—. ¿Por qué no explota? Y por cierto, ¿en qué novela aparece un personaje que muere de combustión espontánea?

—*Casa desolada* —dije yo—. Kroon, el ropavejero. «Congénita, innata, engendrada en los humores corruptos del propio cuerpo viciado».

—La educación es una cosa maravillosa, ¿no? —dijo Floyd.

—¿Que qué tomo yo? —dijo mamá, con su peculiar acento, y no siguió hablando hasta que todas las miradas se hubieron dirigido a ella, que a su vez estaba mirando fríamente a Rose—. ¿Que qué tomo yo? —volvió a decir en voz alta y con tono de indignación cuando todos nos callamos. Temblaba como una niña, pero era una cosa estudiada, teatral; movía los hombros debajo del chal—. Yo no tomo nada.

Por mucho que nos sorprendiera que madre no necesitara medicación, a mí me pareció que intentaba llamar la atención sobre su hipocondría. Al afirmar que no tomaba nada, sus dolencias derrotaban a las nuestras.

—No hay ninguna medicina para lo que yo tengo —dijo madre, y se acarició la piel que le colgaba del delgadísimo cuello.

—¡Mami! —gritó Franny, como si la estuviera regañando.

—La vejez es incurable —madre entrecerró los ojos—. Mi equipaje ya está listo.

—Por favor, no digas eso, mami —dijo Rose, y soltó un leve relincho.

Franny vomitó un sollozo mientras Gilbert trataba de consolar a madre pasándole un brazo por encima de los hombros. Ella puso una expresión de sufrimiento silencioso, trágico y sereno.

Marvin le dijo en voz baja a su hijo Jonty:

—¿No te vas a acabar la crema de almejas?

Los cónyuges estaban confusos y nerviosos. Walter daba vueltas alrededor de la larga mesa, con la cabeza sobre el visor de su cámara, sacándonos fotos.

—Podríamos turnarnos para contar nuestros recuerdos más felices de mamá —dijo Fred—. De cuando éramos pequeños.

Madre cerró los ojos completamente. Era como si la estuviéramos velando, como si la comida se hubiese convertido en un funeral de verdad, con palabras de despedida y recuerdos, con madre ocupando el lugar de honor con esa expresión embalsamada y desbaratada, semejante a la de un muñeco, que siempre tienen los muertos, y con los dedos huesudos enredados en el chal verde.

—Como cuando tomábamos esas gachas tan cremosas —dijo Hubby—. Sin un solo grumo. ¡Mmm!

—A mí lo que más me gustaba era la pasta al dente con salsa boloñesa —dijo Rose.

—Ambos platos eran potentes y farináceos —dijo Floyd, partiendo un trozo de pan—. Y qué decir del engrudo ese que tomábamos los sábados por la noche, con cebolla crujiente y medio cruda. Y la carne toda grasienta. Eso era lo mejor.

—Lo que yo recuerdo son las frutas magulladas —dije—. Y los bocadillos de carne que se deshacían por el ketchup.

—Y la sopa de guisantes —dijo Franny—. Y el estofado de riñones.

—El plato favorito de papá —dijo madre. No captaba la ironía. Creyendo que estábamos alabando sus platos, se echó a llorar—. Me esforzaba muchísimo para complacerlos —dijo, frotándose los ojos.

—Y la carne a la olla. Y el pollo asado, siempre tiernísimo —dijo Floyd.

—Lo que a mí me gustaba era la forma en que ponías las patatas fritas trituradas en la cazuela de pescado —dijo Rose—. Siempre se lo hago igual a mi Walter.

Madre sonreía mientras lloraba, sintiéndose venerada, pero sin dejar de parecer una niña muerta.

—Mamá hacía sus propios panecillos —dijo Hubby—. Eso ya no lo hace

nadie. Horneados en casa y muy esponjosos.

—Yo sí —dijo Moneen.

—Pero no son como los de mamá.

—Panecillos Parker House —dijo madre.

—Y tu tarta de chocolate —dijo Gilbert, dándole un abrazo a madre.

—Y el *boeuf en daube* —dijo Floyd—. En la olla hay que echar un toque de brandi y un buen Côtes du Rhone, y después se le añaden las zanahorias baby, las colmenillas ligeramente salteadas, un poco de panceta, hierbas provenzales, trufas blancas y una pizca de estragón.

—No seas idiota —dijo Fred. Estaba bastante incómodo mientras nos burlábamos de cómo cocinaba mamá.

—Yo tengo todas las recetas de mamá —dijo Franny.

—Eso seguro —dijo Hubby. Las manchas de crema de almejas en las comisuras de los labios le daban un aspecto aún más amenazador.

Los sarcasmos sobre la comida que hacía madre cargaron el ambiente de una franca hostilidad. La manera en que nos estábamos comportando nos parecía mal; éramos infantiles e hipócritas. Ninguno de nosotros quería estar en esa fiesta, así que nos dedicamos a estropearla, y mientras lo hacíamos, trajeron el plato principal: vieiras asadas, puré de patatas, ensalada de col y una mazorca de maíz para cada comensal. Los platos parecían abrevaderos, por la forma que tenían.

—No puedo comer —dijo madre. Tenía un aspecto muy débil y la expresión de su rostro era demasiado relajada, casi cadavérica.

—¿Estás disgustada, mamá? —dijo Franny.

—Un bocado por papá —le dijo Jonty a su hija, acercándole una cucharada de puré a la cara.

—Son vieiras de la bahía —dijo Marvin con un acento que lo delataba como forastero en Cape Cod, y todos nos quedamos mirándolo.

—En estos casos, la gente siempre se pregunta: ¿A qué bahía se refiere? —dijo Floyd—. Pero resulta que yo lo sé. Se trata de una especie, y no de una bahía concreta —de repente, giró la cabeza hacia Jonty y le dijo—: Estoy convencido de que tú ya lo sabías.

A nuestras espaldas, Walter seguía arrastrando los pies alrededor de la mesa y sacando fotos. Su cámara hacía un ruido de succión cada vez que disparaba. Era una de esas personas que han resuelto impresionarte exagerando el movimiento y el ruido de sus actividades.

—Los antropólogos afirman que las comidas comunales son una gran manifestación de armonía —dijo Floyd—. Compartimos algo, participamos en algo, de modo que estamos de acuerdo, y dejamos atrás toda nuestra mala voluntad, nuestra, ¿me atreveré a decirlo?, inmotivada malignidad.

Madre tenía los ojos cerrados y una expresión meditativa. Estaba un tanto hundida, como si se encontrara dentro de un ataúd. Nadie le había contestado a Floyd. Seguimos comiendo. No queríamos estar allí, y a medida que esta sensación se iba apoderando de nosotros, la conversación se volvió más afable, pero también más crispada debido a la cortesía forzada. Cuanto más correctos éramos, más evidente se hacía la hostilidad que sentíamos.

—¿Me podrías pasar un trozo de pan?

—Desde luego que sí.

Estuvimos así un rato, y después las camareras, unas adolescentes con el pelo desordenado que parecían agobiadas e incompetentes, recogieron la mesa, trajeron la tarta y la dejaron delante de madre.

—Disfrutar —dijo una de ellas.

—Una expresión que deploro por ser una incorrección gramatical —dijo Floyd. Y, dirigiéndose a Jonty, añadió—: Un solecismo, como dirías tú.

Madre sonrió al ver aquella tarta pastosa y medio hundida, coronada con ocho espeluznantes rodajas de piña. Seis llevaban una guinda en el centro y dos llevaban velas. En la inclinada parte frontal habían escrito la palabra MADRE con unas temblorosas letras glaseadas y rodeadas por volutas y rosas.

—Pide un deseo, mamá —dijo Franny—. Tarta de piña, tu favorita.

Pero madre estaba mirando más allá de nosotros.

—¿Hola? —dijo, como si contestara al teléfono.

Miré hacia donde miraba ella y vi, justo entrando por la puerta, a Charlie, a Julie y al pequeño Patrick, que venía dormido en los brazos de su madre. En cuanto entraron, descendió la temperatura en la habitación, y el silencio y la quietud proyectaron la sombra de un escalofrío.

Me puse de pie y dije:

—Os voy a presentar.

Cuando me giré y miré hacia la mesa, vi rostros perplejos y hostiles, rostros de salvajes que miraban fijamente a los forasteros que habían invadido su festín.

—Este es Charlie y esta es su esposa, Julie. Y Patrick.

—Duerme como un tronco —dijo Charlie—. ¡Ha sido un viaje larguísimo!

Nadie dijo nada. Madre se enderezó en su silla. Parecía resentida debido a que ya no era el centro de atención. Hubby y los demás se acomodaron en sus sillas, nerviosos. Como si hubiera percibido el desconcierto generalizado, Jilly, la hija de Jonty, empezó a chillar. Al oírla, el pequeño Patrick entreabrió un poco los ojos; parecía que había reconocido la queja de la niña, como si hablaran un idioma común.

—Espera, que os traigo unas sillas —dije.

—¿Y esta? —preguntó Charlie, apoyando la mano en el respaldo de una. Alguien soltó un resoplido.

—No, no —dije yo—. Esa es la de Angela.

—¿Está en el baño? —preguntó Charlie.

—Está en el cielo —dijo madre.

Encontré unas sillas plegables en un rincón. Charlie me ayudó a colocarlas detrás de la mía, formando una segunda fila. Nadie se movió ni dijo una palabra.

—Sopla las velas, mami —dijo Rose.

Las velas se habían derretido y habían chamuscado las piñas de la tarta, pero las llamas anaranjadas seguían temblando.

—Voy —dijo madre.

—Cumple noventa —le explicó Marvin a Charlie, que había acercado su silla a la mesa para ver mejor. Julie seguía con su hijo dormido en brazos. Yo estaba encantado con la confusión y el desequilibrio que había provocado su presencia.

Todo el mundo se había quedado callado, sin saber qué hacer ante la abrupta aparición de esos desconocidos. Y como yo los había presentado, todos dirigieron su hostilidad contra mí. La familia era suspicaz por naturaleza, pero la llegada inesperada de aquellas tres personas sonrientes a la fiesta de cumpleaños de madre los colocaba en la posición de unos intrusos. Se habían colado en nuestro ritual secreto y quizá hubieran oído algo de nuestras murmuraciones y nuestros cánticos. Para una familia descontrolada cuyos miembros siempre están de malas, todos los extraños eran enemigos, incluidos los cónyuges. Yo era, en cierto modo, responsable, de modo que me miraban más que a Charlie.

—Saca una foto del grupo, Walter —dije.

—¿Y Angela? —dijo Charlie, señalando la silla vacía.

Madre cerró los ojos y sufrió un poco. Franny y Rose miraron sombríamente a Charlie. Él debió de entender mal a madre cuando le dijo que Angela estaba en el cielo; quizá pensara que estaba en otra habitación.

Cuando cortaron y repartieron la tarta, Walter tuvo el detalle de sacar otra foto de familia.

—¡La casa de Atreo! —gritó Floyd, que se había colocado en la parte de atrás del grupo, justo antes de que Walter disparara. Y después le dijo a Charlie—: Jay es bastante vanidoso, pero le perdonamos su petulancia. Él es el correlato objetivo por medio del cual evaluamos nuestra credibilidad. Ha tomado algunas decisiones cuestionables, hay que asumirlo —añadió, mientras seguíamos posando y Walter continuaba sacando fotos—. Sin embargo, en su cabeza, él es el que está cuerdo y los demás somos inconcebiblemente grotescos.

—Para ya —dijo Fred—. A mamá le duele la cabeza.

Pero las burlas familiares eran una prueba de cordialidad, y Floyd estaba siendo cordial. Yo me tomé sus tonterías como un gesto de reconciliación. Picarnos era una forma de diálogo.

—Las decisiones de Floyd, en cambio, siempre han sido irreprochables —dije yo, y Floyd se rio.

—Habéis sido muy amables al recibirnos —dijo Charlie, mirando a madre—. Sobre todo en un día tan importante.

—De nada —dijo Rose en voz baja.

—¿Alguien quiere repetir tarta? —dijo Fred, ignorando a Charlie y Julie.

Las camareras agobiadas sirvieron el café, pero para entonces los miembros de la familia ya se habían puesto en pie, bostezaban, soltaban gruñidos a modo de despedida, murmuraban algo a modo de disculpa, comenzaban a prepararse para partir. Con la llegada de Charlie, el cumpleaños se había desbaratado, y solo quedaba un débil eco de la comida. La reunión familiar se había visto interrumpida por la llegada de unos intrusos, pero la hostilidad se había ido desvaneciendo, dando paso a... ¿qué? A una sensación confusa, al final de la fiesta, ya que la mala voluntad nos había mantenido unidos, y ahora no había más que mera indiferencia.

—Quedaos —dije yo—. Podemos charlar un rato.

Pero no se quedó nadie, nadie le echó un segundo vistazo a Charlie.

—Charlie tiene una empresa de *software* en Boston —dije—. Mamá, Charlie estaba deseando conocerte.

Pero madre ya se estaba marchando, ayudada por Gilbert, y Fred se volvió hacia mí, se señaló la cabeza con un dedo e hizo una mueca. Eso significaba que a madre le dolía la cabeza.

Cuando nos quedamos solos en el salón, Charlie me preguntó:

—Lo siento. ¿Hemos estropeado la fiesta?

—No, claro que no —dije yo.

Desde luego, la habían estropeado, y más rápido de lo que yo había pensado, pero, mientras le contestaba, me dio un abrazo y el pequeño Patrick dijo:

—¿Quién es ese señor?



## 31. Picar está en mi naturaleza

Todos los miembros de mi gran, porosa y permeable familia se quejaron del cumpleaños de madre, cuchicheando intensamente por teléfono, incluida madre —la invitada de honor, la receptora de los regalos—, que se lo había pasado muy bien. Pero madre tenía un motivo.

—No me puedo creer que Jonty tuviera el atrevimiento de llevar a esa hija suya —me dijo madre, cuando fui a visitarla con más bombones—. ¿Quién le dio permiso para hacerlo? ¿Y dónde estaba Loris?

Me sorprendió la ferocidad de madre, que era excesiva incluso para ella. Cuando se enfadaba, se ponía de pie y pateaba el suelo con sus minúsculos pies, y se le marcaban los tendones en el cuello, y se quedaba ronca de la indignación y se ahogaba ligeramente —*¡glup!*, *¡glup!*— como si se estuviera atragantando con un hueso de pollo, lo cual siempre me llamaba la atención, aunque yo ya había perdido toda esperanza con respecto a sus fastidiosas y enfáticas actuaciones teatrales de aficionada.

—Jonty tendría que haber sido más sensato. Lo dije claramente: sin niños.

Su rechazo a los niños no era una pose, el resultado de la exasperación y el cansancio de esas madres sentimentales que hablan de ellos llamándolos mocosos y repitiendo que son una carga; a madre le disgustaban de verdad, pero yo no me di cuenta de esto hasta que tuve hijos. Madre ya había criado ocho, incluyendo el fantasma de Angela, y no tenía ninguna razón para querer más. Los niños la aburrían, la irritaban, siempre estaban en medio; y, sobre todo, le quitaban el protagonismo. Cuando había un niño en la misma habitación donde estaba ella, sabía que por lo menos dos personas no la estaban escuchando —el niño y el padre o la madre del niño—, y tal vez muchas más.

—Y que fuera solo la familia cercana.

Entonces supe de qué estaba hablando. En ese arrebató crítico, madre me estaba regañando por haber invitado a Charlie, Julie y el pequeño Patrick a la

celebración familiar. Así era como actuaba ella: las críticas siempre eran indirectas. Al acusar a Jonty de tomarse las mismas libertades que me había tomado yo, me estaba diciendo que yo había cometido una falta. Después de casi cuarenta años, Charlie seguía sin ser bienvenido, y su hijo —mi nieto, el otro bisnieto de madre— no era más que una fuente de irritación.

En cierto momento, mientras cortaban la tarta, yo había sentido ganas de decir: «Prestadme todos atención, por favor». Quería anunciar que Charlie era mi hijo. Me abstuve de hacerlo, pero me encantaba esa fantasía de apostrofar a mi familia, e incluso ahora, al escuchar a madre quejarse, tenía muchas ganas de decirle: «¡Ese era mi hijo!».

—¿Quién pensaba Jonty que iba a pagar la fiesta? —dijo madre.

—Me olvidé de preguntarlo. ¿No vamos a compartir los gastos?

—La he pagado con mi dinero —dijo madre, chillando como una niña y poniéndose a agitar una hucha con forma de cerdito vacía.

Me quedé mirándola un momento y después dije:

—Quizá no tendría que haber llevado a mis amigos.

La indiferencia con la que madre se encogió de hombros fue más expresiva que sus palabras. Los hombros decían: *¿Por qué me haces pasar por esto con ese comentario?* Madre dijo:

—Parecían muy simpáticos. No me molestó que fueran. Siento no haber podido hablar con ellos.

Uno de sus huesudos hombros se echó hacia atrás. Parecía estar diciendo: *¡No me importan nada!*

—Nadie les dijo gran cosa.

—Estamos todos muy ocupados —dijo madre, aprovechando la oportunidad para soltar una carcajada desdeñosa—. No puedes presentarte ahí y esperar que todo el mundo esté a tu entera disposición.

—Pero se lo pasaron muy bien. Les gustó conocer a la familia.

Madre sonrió de un modo desagradable.

—El pequeño repitió tarta.

Se había fijado en todo. Los consideraba unos intrusos, unos parásitos que habían ido a zampar.

Al día siguiente, Franny confirmó mis sospechas sobre lo que había dicho madre, y cuando digo «sospechas» me refiero a la traducción que yo había hecho de sus palabras, del dialecto de la familia que siempre había que interpretar al revés. «No me molestó que fueran» significaba que sí le había

molestado.

—Mamá estaba un poco ofendida por lo de tus amigos —me dijo Franny.

—No comieron mucho.

—Tomaron muchísima tarta. Repitieron.

—¿Y qué?

—Pues que eso no se hace.

Quejarse de que un niño de tres años se coma un trocito de tarta me pareció tan ridículo que no se me ocurrió qué responder. Pensé que mi silencio haría que Franny se sintiera avergonzada, pero ella insistió.

—Y Hubby repitió crema de almejas. Y se tomó tres porciones de tarta enormes.

—¿Y cuál es el problema?

—Solo lo digo. Estoy preocupada por su salud. No está bien. Y siempre ha tenido sobrepeso.

Otra ironía de la familia era que el blanco de la crítica de alguien siempre lo criticaba a este, y el motivo del comentario solía ser idéntico. Franny decía que Hubby era gordo y codicioso, y lo disimulaba un poco con un comentario hipócrita sobre su salud; y Hubby le devolvía el cumplido. Parecía que sabíamos instintivamente quién nos estaba observando y por qué.

—Franny comió como una descosida —me dijo Hubby al día siguiente—. Y está hecha un tonel.

Cuando, unos días más tarde, Rose empezó a enumerar los defectos de Fred —«capullo mandón y retorcido, jugando a ser Dios con el menú»—, supe que Fred tendría algo que responder, y así fue:

—Me tiré toda la comida con la cámara de su marido delante de las narices. Y ella se está volviendo cada vez más manipuladora.

Mi teléfono no paraba de sonar, y era siempre uno de mis hermanos que llamaba para criticar a otro.

—Por lo menos mamá se lo pasó bien —dije yo.

—Estaba disgustada con tantos niños pequeños.

Habían ido dos niños, y uno era mi invitado. Nadie se atrevía a criticarme a la cara, lo cual significaba que estaban chismorreando a mis espaldas, todos enfadados conmigo. Y yo sabía por qué. El hecho de que Charlie se hubiera presentado con su mujer y su hijo —unos desconocidos que se habían atrevido a meterse en una reunión familiar— violaba una de las reglas de la familia, que probablemente fuera un antiguo tabú del mundo de los salvajes;

ningún extraño tiene permiso para observarnos durante nuestros rituales privados. El tabú había sido transgredido. Pero la posdata de cuchicheos también era un ejemplo de cuánto le gustaba a la familia lamentarse. La queja era un método para evaluar afinidades y establecer alianzas.

—Sé que mamá está enfadada conmigo —le dije a Franny, que hablaba por teléfono con madre cuatro veces al día.

—Pues estaba un poco mosqueada.

En la *lingua franca* de la tierra madre, «un poco mosqueada» significaba «furiosa».

—¿Qué ha dicho?

Desde luego, Franny estaba dispuesta a contármelo, porque era una manera intachable de ponerme en mi sitio.

—Dijo que lo de llevar a esos amigos había sido un atrevimiento por tu parte.

Quizá yo lo esperara desde el principio. Quizá era algo más que una mera osadía. Yo sospechaba que mi motivo para invitar a mi hijo, al que había perdido hacía tanto tiempo, a una reunión familiar —de una familia que no se había interesado en absoluto por él— era una forma muy clara de agresión. Los había desafiado, sabiendo que les parecería mal, sabiendo que yo acabaría dolido. Charlie se había convertido en la expresión de mi desafío. Y lo que ellos no sabían, cuando lo consideraban un intruso, era que Charlie era un miembro de la familia.

Lo único que me dijo después fue:

—Gracias por invitarnos. Es una familia increíble, aunque da un poco de miedo. Pero estoy muy contento de tener una abuela.

En medio de tanto rencor, había una voz generosa.

Lo que más me sorprendió de la fiesta de cumpleaños de madre fue Floyd; que se presentara fue una especie de milagro, pero eso no había sido todo. Su pesimismo y su pedantería eran aspectos inmutables de su personalidad, pero la energía y la creatividad de sus constantes burlas fueron algo inesperado para mí.

Como ya he dicho, las burlas en la familia siempre fueron importantes, pero hacía falta interpretarlas. A veces eran simplemente una tomadura de pelo, a veces eran una manifestación de crueldad e indiferencia, a veces eran una expresión de aburrimiento —como enchufar a un cachorrito con una manguera— y, en su forma más sádica, podían ser un modo de entretener a

los testigos ridiculizando a la persona más débil que hubiera en la habitación. También podían ser afectuosas, una especie de competición que consistía en darle un golpe a alguien y esperar a ver cómo golpeaba él. Así había actuado Floyd en el reservado de La Almeja Feliz. Sus burlas habían sido amistosas; en ellas se combinaban la simpatía y la aspereza. Sobre todo se había dedicado a actuar, a representar un papel, dándoles codazos a los demás y lanzándome pullas a mí. Yo se las había devuelto. Aunque tenías que haberte criado en la familia para poder apreciar todos los matices que había en ellas, sus burlas habían sido una especie de elogio, lo más parecido a un abrazo que había en la familia.

Me di cuenta, por sus burlas, de que Floyd quería olvidar el pasado. Estaba actuando de un modo muy complejo para ocultar su vergüenza. Había sido todo tan sutil que yo estaba seguro de que ninguno de los presentes lo había notado. Resultaba asombroso que ese secreto, su propuesta de una tregua, hubiera tenido lugar delante de toda la familia y que, sin embargo, solo él y yo comprendiéramos su verdadero alcance. Quería ser mi amigo.

Los detalles de la reseña con que me había atacado todavía me irritaban, y por eso lo había estado evitando. Y me sorprendía enormemente que nadie de la familia se hubiera puesto de mi parte en esa cuestión. Desde el principio hubo gente que no entendía cómo había podido decir cosas tan terribles sobre mí.

—La verdad es que es todo un personaje —solía decir yo—. Hay quien opina que nuestra relación se parece a la de Caín y Abel. Yo la veo más bien como la de Tom y Jerry.

Floyd siempre me recordó a esa historia sufí sobre un escorpión que necesitaba cruzar un río y una tortuga que aceptó ayudarlo. Cuando la tortuga lo está llevando por el agua, el escorpión le pica. «¿Por qué te portas así conmigo? En mi naturaleza está ser servicial. Te he ayudado y ahora tú me picas», dice la tortuga. «Es que picar está en mi naturaleza —contesta el escorpión—. ¿Por qué quieres convertir tu naturaleza en algo virtuoso y la mía en algo malvado?».

En la naturaleza de Floyd estaba picar. Lo que yo no podía decirle a nadie era cómo su ataque había servido para revelar la hostilidad de la familia hacia mí.

En el cumpleaños, lo había visto como al hermano mayor que en otro tiempo tanto había querido. Era divertido e irónico, esquivo, estafalario,

impredicible, y siempre estaba parloteando e imitando a los demás, salvo cuando se enfurruñaba.

Era un gran lector. Nadie más de la familia leía libros. Él me respetaba porque yo también leía, y consideraba a los demás ignorantes o perezosos intelectualmente.

La gente que lee mucho y con fervor aprende un idioma y habita un mundo que es diferente del mundo de los que no leen. No me refiero a los analfabetos, que, como tantos que conocí en África, desarrollan unas habilidades de observación especiales. Los no lectores son meramente vagos y arrogantes y obtusos. Y cuando hablo de «lectores», no estoy pensando en los que están siempre buscando la última novedad, sino a los que vagan por todo el ámbito de la literatura, a los que se meten entre sus matorrales y en sus cavernas, a los que recorren los caminos poco transitados por los que solo los genios descarriados se aventuran. Los nombres famosos, desde luego: Shakespeare, Dickens (el Shakespeare de la novela), Flaubert, Joyce, Twain y Melville. Incluso quienes no leen conocen estos nombres, y aunque nunca abran un libro, han oído lo de «ser o no ser» y lo de «por favor, señor, quiero un poco más» y que el capitán Ahab tenía una pata de palo y que la ballena era blanca. Pero nunca han oído los nombres de Barón Corvo, Mervyn Peake, Trollope, Turguénev, George Gissing, Zora Neale Hurston o Ford Madox Ford. Floyd era una autoridad sobre la obra de Edward Gorey, que era su vecino en Cape Cod y también su amigo. Había traducido *Mort à crédit*, de Céline, al inglés, y *His Monkey wife*, de Collier, al francés. Se sabía *Los perros de abajo*, de Dahlberg, casi de memoria. Había leído toda la obra de Samuel Beckett, y también de Yeats y de Faulkner.

Floyd había hecho peregrinajes literarios a Pola y a Tirana y a Burwash, «por motivos obvios». Alardeaba de tener una tirada extraña de la New York Edition, de Henry James, había conocido a Beckett en París y se había puesto a despotricar contra él, era capaz de leer en griego y conocía el lenguaje de signos por los años en que había sido monje trapense, y debido a que después había pasado una temporada en un monasterio franciscano, sabía hablar latín con fluidez. Estos conocimientos formaban parte de su lenguaje, de sus referencias, de sus bromas. Cuando hablaba, con frecuencia se burlaba de los presentes, que no tenían ni idea de lo que estaba diciendo, exactamente como esos inmigrantes recién llegados que se sienten muy tranquilos hablando entre sí y burlándose de las personas que los rodean, que no tienen ni idea de

que están siendo el blanco de una broma.

Cuando aparentaba dirigirse a Jonty y a Franny, Floyd me estaba hablando a mí. Lo que en la comida parecían ser pullas lanzadas al azar y tonterías sin importancia, era una conversación: Floyd y yo nos habíamos instalado en una antigua forma de discurso. Nos entendíamos mutuamente; nadie más nos entendía. Y eso era un gran alivio: el placer de poder hablar con alguien en el idioma propio de uno sin necesidad de editar ni simplificar ni explicar nada.

Yo sabía que cuando Floyd había fruncido el ceño para decir: «¡La casa de Atreo!», estaba haciendo referencia a la *Orestíada*, y que identificaba a madre con Clitemnestra. En su momento, padre había sido Agamenón. Pero madre también era la reina Lear, y cuando hablaba sobre su testamento se convertía en Volpone. Floyd llamaba a la esposa de Fred «la hija de Rappaccini»; bromeaba diciendo que él era Peer Gynt y madre era Åse; llamaba Claggart al marido de Franny; Pecksniff, a Fred; y se refería a la familia de Rose como «los Veneering».

Yo era el único presente que lo entendía y podía contestarle, y por eso sabía que él me respetaba; sentía cierto alivio debido al hecho de que alguien apreciara sus conocimientos.

«He estado buscando alguna manera de bajarle los humos, esnob afectado», dijo, citando a Charles Laughton en el papel del capitán Bligh mientras hacía como si blandiera un látigo. Con respecto a Walter y a sus fotos, había dicho, citando a Flem Snopes: «No puede ser cierto; no es lo bastante complicado».

Sus lecturas reflejaban su enorme odio por Harvard y sus colegas profesores, a quienes acusaba de estrechez de miras.

—¡Fetichistas de los hechos! ¡Fanáticos de las explicaciones!

Floyd era obsesivo, adicto a los libros, lector voraz, más interesado por el funcionamiento de una metáfora sofisticada que por su función, porque su propósito era deslumbrar, no hacer que avance una narración. Odiaba las frases sucintas y enunciativas como esta. Su definición de salvaje era una persona que no leyera; no un analfabeto, sino alguien que supiera leer y no lo hiciera. En la comida, recordé que era un alma gemela, que hablábamos el mismo idioma, que era un hermano en el sentido más profundo del término. Me entristecían todos esos años de silencio y recriminaciones, pero sabía que había lugar para la esperanza de que vinieran tiempos mejores, ya que, lamentablemente, no teníamos a nadie más.

La celebración del cumpleaños de madre había sido uno de esos eventos importantes para la familia, un hito, como el funeral de padre (al que asistió todo el mundo), la boda de Jonty (de la que algunos nos habíamos escaqueado), mi romance fallido con Missy y el enloquecido ensayo que Floyd había escrito criticándome: un acontecimiento crucial, incómodo, revelador.

Walter nos envió a todos una serie de fotos. Casi todas eran imágenes generales en las que salíamos comiendo —caras desencajadas, brazos ocupados— o de madre posando con Fred y Gilbert, y luego con Franny y Rose. Hubby aparecía hurtando una segunda porción de tarta; Jilly, la hija de Jonty, parecía un gnomo furioso procedente de alguna leyenda popular, con la cara toda llena de chocolate. Una foto de madre —es increíble cómo la cámara no miente— la mostraba como si fuera una matriarca romana, una de esas envenenadoras y conspiradoras. Las imágenes captaban claramente la tensión de la familia, la expresión de amargura de las bocas, la expresión de codicia de los ojos, las mejillas con manchas de comida. Todos estábamos sentados con posturas rígidas que revelaban hasta qué punto detestábamos estar a la misma mesa. Nos mostraban encorvados, tristes, con una expresión inalterable en la cara. Solo madre parecía exultante.

Los ceños fruncidos y los ojos rojos debido al flash de la cámara de Walter hacían que el grupo pareciera aún más lúgubre. Éramos como huérfanos cascarrabias y deformes agrupados en torno a la demoníaca encargada de su hospicio.

En la mejor foto, una que yo había deseado que saliera bien y que me encantó, aparecíamos todos, con Charlie y Julie en primera fila y el pequeño Patrick sobre la rodilla de Charlie. Yo estaba en cuclillas a su lado. Madre estaba justo detrás de ellos, reculando ligeramente y adoptando una pose de superioridad en su manera de echarse hacia atrás para que se la viera mejor.

Ese era mi premio. Hice unas cuantas copias de aquella imagen de grupo, ampliada para darle el aspecto formal de un retrato. Después me senté y escribí una notita, e hice varias copias de ella:

Os envío una foto tomada en la fiesta de cumpleaños de madre en la que aparecen mi hijo Charlie, su esposa Julie y mi nieto Patrick. Quizá



recordéis que Charlie nació en 1961. Ha aparecido en mi vida y es parte de mi familia. Omití el mencionarlo ese día.

Envié una copia de este texto, junto con la fotografía, a todo el mundo. Era una pulla, por supuesto. No se merecían que los presentara. Me habían criticado cuando nació Charlie, nunca habían preguntado nada sobre él, lo habían olvidado. En la fiesta, a la que acudió en calidad de desconocido anónimo —aunque muy alegre—, lo habían ignorado. Sin embargo, aquí tenía un nombre, era sangre de mi sangre, y se notaba que era un hombre próspero y feliz y saltaba a la vista que tenía rasgos característicos de la familia. Me pregunté cómo reaccionarían.

Madre fue la primera en llamar. Estaba al mismo tiempo combativa y ofendida por haber quedado eclipsada.

—¿Por qué no me lo dijiste? —me preguntó.

Se trataba de una acusación. Como desconocido, Charlie no había despertado ningún interés. Al revelarse que era mi hijo, su cotización había subido.

—Nadie le dirigió la palabra —dije.

—No lo conocíamos.

—Estabas enfadada porque lo había llevado.

—¿Cómo iba a saber que era tu hijo?

—De eso se trata. Era un invitado, alguien próximo a mí. Tú pensaste que había comido demasiado. Después, cuando te lo mencioné, dijiste: «No puedes presentarte ahí y esperar que todo el mundo esté a tu entera disposición».

—Yo no dije eso.

—Lo dijiste con esas mismas palabras.

—Soy una mujer cálida y hospitalaria que nunca echaría a una persona indefensa de mi hogar.

—Charlie tiene una casa estupenda. Es el dueño de una gran empresa.

—¿Dónde vive?

—Prefiero no decírtelo.

—Quiero escribirle.

—Tiene cuarenta y dos años. ¿No es un poco tarde para mandarle una carta?

—¡Soy su abuela!

Aun hablando por teléfono, podía asegurar que madre subrayaba estas palabras dando unos golpecitos con el puño en el brazo de su sillón mientras las pronunciaba.

—Te enfadaste cuando nació. Dijiste que debería darme vergüenza. Nunca fuiste a verlo al hospital.

Unos bufidos me indicaron que madre se había echado a llorar.

—¿Quieres que te cuente la parte divertida? —le pregunté.

Los sollozos de madre me sonaban como si estuviera tragando sopa, engulléndola; sus resoplidos y los ruidos que hacía con la garganta eran como si estuviera comiendo algo que le encantase.

—Quiero enviarle alguna cosita —se relamió madre.

—Esa es la parte divertida —le dije—. Es multimillonario.

—Jay —dijo madre, soltando un gemido de arrepentimiento al pronunciar mi nombre—. No puedes ser tan cruel.

Llamó Fred.

—Me has hecho sentir como un idiota —dijo—. No me habías contado nada sobre él.

—Lo dejé a tu criterio. Era una especie de examen, para ver si alguien tomaba la iniciativa. Tú suspendiste, Freddy. Suspendió todo el mundo. Mamá también suspendió.

—Mamá me ha llamado. Me ha dicho que la insultaste. Está hecha polvo.

Colgué violentamente y de inmediato llamó Franny.

—Yo ya intuía algo —me dijo—. Pensé que se parecía a ti. Lo supe desde el principio, pero no quise decir nada.

Rose no llamó. Gilbert me envió una postal desde Baréin. Hubby me dijo:

—Yo era un niño pequeño cuando nació. Como diría papá, es historia antigua.

Floyd me envió una postal con una imagen enigmática, una obra de Goya titulada *Perro semihundido*, un oscuro estudio de un pequeño chucho enterrado hasta las orejas, levantando el hocico y con ojos implorantes bajo un gran cielo amarillento y difuso. El mensaje de Floyd decía: *Creo que esto es un buen resumen.*

No quise dejar que tuviera la última palabra, de modo que le contesté enviándole yo también una postal. Se trataba de una más esperanzada, en la que se veía un cuadro de Poussin con Moisés rescatado de las aguas. Y yo había escrito: *O esto.*

Esa era la única manera de tratar el tema, indirectamente, puesto que yo había sido indirecto. Pero todo el mundo entendió el mensaje: que estaba enfadado por algo que había ocurrido hacía casi cuarenta años (en nuestra familia, eso era como si hubiera sucedido ayer) y que invitar a Charlie a la fiesta de madre y no presentarlo como mi hijo era un acto de rechazo, de pura hostilidad.

## 32. Cuñas radiofónicas

Durante años, no pasaba nada. Después, en cuestión de días, pasaba todo. Al esfuerzo largo y sostenido hacia una gran reunión familiar —un funeral, una boda, un cumpleaños— siempre lo seguía un periodo de sorpresas, repentinas y a veces impactantes. Lográbamos llegar al punto álgido del evento en cuestión y entonces comenzaba la caída, e íbamos cogiendo velocidad cuesta abajo, adoptando todas las estúpidas posturas de los payasos al caer, y se manifestaban todas nuestras debilidades, una revelación tras otra, bum, bum, bum.

Madre me suplicó que le diera la dirección de Charlie. Yo me negué. Demasiado tarde, le dije. Rose me acusó de fastidiar voluntariamente a madre.

—Jonty quería que lo pusieras en contacto con Charlie —me dijo Franny—. Jilly podría jugar con Patrick.

Jonty se había enterado de que Charlie tenía dinero, y podía ser una buena fuente de contactos. Su esposa era agente de seguros, con lo que siempre andaba buscando nuevos clientes con posibles.

—Por favor, dejadlo en paz —dije.

Hubby me preguntó si a Charlie le gustaba pescar. A Hubby le encantaba.

—Está muy ocupado —dije yo.

Rechazar sus propuestas me animaba y me hacía sentir tan seguro de mí mismo como un agente de tráfico. Sobre todo disfrutaba de decir que no a la petición de madre. Su reacción consistió en contarle a todo el mundo que yo era cruel.

Charlie y yo seguimos en contacto. Quedamos para comer en Baxter's, en el Hyannis Harbor, y me contó la historia de su infancia. Aquella alegre narración me convenció de que Mona había hecho lo correcto al darlo en adopción a gente más capaz de cuidarlo; se habían mostrado agradecidos, lo habían querido, lo habían criado en una familia pequeña y sencilla, en la que

no había rivalidades.

—Me gustaría conocer a tus padres adoptivos —le dije.

—No están preparados para eso.

Entonces supe cómo era que te negaran una petición. Fue un recordatorio de que no tenía ningún derecho.

—Debió de ser muy duro para Mona y para ti —me dijo otro día, mientras comíamos en Centerville Pizza.

—Fue el peor año de mi vida —le dije—. También fue el mejor. ¿Entiendes? Ese año me moldeó el carácter.

—Creo que lo entiendo, sí.

Pero ¿cómo iba a entenderlo? Él se había criado en un hogar generoso. No tuvo que aprender nada sobre las luchas y el salvajismo, sobre las quejas y las contraquejas que constituían el diálogo de la tierra madre.

—¿Qué le pareció a tu padre que encontraras a tus padres biológicos?

—Lo que te dije: «¡No les des dinero!».

Y Charlie se echó a reír al recordarlo.

Estar con Charlie, que era tan poco receloso y tan dado a reconocer las virtudes de los demás, tan positivo y respetuoso, tenía un efecto balsámico sobre mí. No me chupaba la energía, como hacía mi familia. Me levantaba el ánimo; yo siempre me sentía más fuerte después de pasar un rato con él. Era muy consciente de esto porque después, cuando veía a alguien de mi familia, me sentía mermado y agotado a causa de todos sus ardides.

Fred vino a verme. Él también quería que lo pusiera en contacto con Charlie.

—Vamos a abrir una oficina en Boston. Podríamos hacerle ganar un poco de dinero. La instalación de toda la parte informática todavía no ha salido a concurso. A lo mejor le interesa el negocio.

—Parece que le va bien. No creo que te necesite.

Nadie de la familia decía nunca lo que realmente quería decir. Yo tenía que traducir.

«No puedo darle dinero. Ya sabes que no tengo mucho. Pero podría tejerle un jersey al pequeño Patrick», había dicho madre, cuando lo que necesitaba en realidad era expiar su culpa, que él la perdonara por haberlo ignorado desde que nació. Franny quería tratarlo con paternalismo, Jonty quería un amigo rico, todo el mundo quería algo de él. Ninguno de nosotros tenía nada que ofrecerle; él no nos necesitaba. Se había criado satisfecho, mientras que a

nosotros nos habían criado como a lobos.

—Ya tiene muchos negocios —le dije a Fred.

—Solo intentaba ayudar.

En la tierra madre, eso significaba justo lo contrario: quería que Charlie lo ayudara, quizá que le consiguiera clientes. ¿Es posible ser abogado y no comportarse como un depredador?

Fred y yo estábamos en el jardín de mi casa. Yo estaba barriendo la arena del camino de entrada cuando él llegó. Seguí barriendo, comportándome de un modo pasivo-agresivo. Años atrás, lo habría invitado a entrar y le habría ofrecido una cerveza. Pero ya no.

—Disculpa —dije, dándole en los zapatos con la escoba.

—Perdón.

Se hizo a un lado, y yo barrí el sitio donde hacía un momento habían estado sus pies. Era una técnica que me había enseñado madre. Ese choque con la escoba significaba: *Eres un vago y estás estorbando*.

—Vengo de la casa de mamá —me dijo. Sacó un papel y lo desdobló. Era un sobre usado que tenía algo escrito con tinta azul—. Va y me dice: «Freddy, ¿puedes comprobar si he pagado la factura del agua? Esa gentuza me ha mandado un recordatorio y me ha cobrado cincuenta centavos de intereses por falta de pago».

—No te rías. Para mamá, medio dólar es un montón de dinero.

—Eso es lo que pensaba yo antes —dijo, y me miró con una expresión ladina.

—¿Quieres decir que medio dólar no es un montón de dinero para mamá? —le pregunté.

—Si habláramos de dieciséis mil dólares, me lo creería más. Es lo que le ha dado a Franny.

Dejé la escoba, me crucé de brazos y le dediqué toda mi atención. Él sostenía el sobre arrugado ahuecando la palma de la mano, y lo consultaba de vez en cuando como un conferenciante echa un vistazo a sus notas.

—¿Dices que le ha dado dieciséis mil pavos?

—Para reformar la cocina. He visto la matriz del cheque. Y —bajó nuevamente la mirada— le ha dado once mil a Rose, para poner un nuevo sistema séptico en la casita de campo. Y te acordarás de que la casita fue un regalo —se acercó la mano a la cara, examinó el papel y continuó—: Ocho mil para un coche nuevo para Franny. Cinco mil para la matrícula de la

universidad de Bingo. Dos mil también para Franny, para una cosa llamada «trabajo dental». Ah, y a Hubby le ha dado unos cuantos miles para pintar.

—Pero a ellos ya les había dado el terreno y la casa —dije yo.

—Exacto. Y ahora dinero. Son cifras aproximadas —al darse cuenta de que yo había dejado la escoba y estaba estirando el cuello para echar un vistazo a ese sobre lleno de garabatos, lo dobló y se lo metió en el bolsillo—. He estado mirando las cuentas de madre, como ya te he dicho —sonreía porque había despertado mi interés—. Estas son las cifras que más me llamaron la atención. Unos cuarenta mil durante el pasado año, más o menos.

—Es injusto.

—Pero, oye, el dinero es suyo —dijo, jugando conmigo.

—¿Mamá les ha regalado más de cuarenta mil pavos?

—Probablemente más. No tuve tiempo para examinar los libros a fondo.

Fred hablaba con indiferencia. Podía permitírselo, porque yo ya estaba muy impresionado con esa revelación.

—¡La están desplumando!

—En realidad, no. Tiene derecho a hacer lo que quiera con su dinero —y entonces, tras haber captado toda mi atención, Fred dijo—: Me tengo que ir.

Por lo tanto, su venganza por no haberlo puesto en contacto con Charlie era soltarme esa bomba y luego desaparecer. Era el método de madre: te decía algo retorcido al oído y después se largaba, e incluso podía llegar a negar haberte dicho nunca nada.

—Casi se me olvida —dijo Fred—. Walter cobró cincuenta dólares por hacer las fotos de la fiesta de cumpleaños.

—Y ni siquiera eran buenas.

Fred continuó andando hacia su coche y yo lo seguí, recogiendo la escoba por el camino. Entró, encendió el motor y bajó la ventanilla.

—Oye, lo que te acabo de contar es confidencial —me dijo—. No se lo cuentes a nadie.

También eso significaba lo contrario. Me estaba diciendo que se lo contara a todo el mundo. Pero yo no sabía a quién contárselo.

La aparición de Fred con esa escandalosa noticia me perturbó bastante, como era su intención. Todos los miembros de la familia tenían la costumbre de dejarse caer sin previo aviso. *¿Te acuerdas de mí?*, parecían decir.

Llegaban buscando algún chismorreo y se iban tras haberte contado algún chismorreo. *¿Qué dicen de mí?*, se preguntaban. Todo ese proceso de presentarse en mi casa y tratar de sonsacarme algo me dejaba muy revuelto. Era, ya lo he dicho, como esas cuñas radiofónicas que se emplean para identificar las emisoras.

Incluso mis hijos lo hacían, aunque de un modo benigno, para asegurarse de que me encontraba bien, pues como ya habían señalado unos años atrás, ellos eran los adultos y nosotros éramos los niños.

Habían llamado por teléfono desde Londres para decir que lamentaban haberse perdido el cumpleaños de madre. No tenían ni idea de que no estaban invitados. No les conté que Jonty había sido objeto de muchas críticas por llevar a Jilly, ni que todos se habían burlado de mí por invitar a Charlie (aunque solo hasta que se enteraron de que era mi hijo y de que era millonario). Pero yo les había hablado de la existencia de Charlie y les había contado que los había invitado, a él y a su familia, a la fiesta. Tenía la sensación de que cada vez que les mencionaba a Charlie, les ayudaba a ir asumiendo que tenían un hermano.

Julian llegó el primero, tras llamar desde Boston.

—Tenía que hacer unas cosas de trabajo en Nueva York.

No tenía nada de trabajo en Nueva York. Estaba intentando no ser condescendiente ni hacerme sentir en deuda por su visita, que era muy repentina y, sin duda, fruto de la preocupación.

—No sé nada de ti desde hace siglos —me dijo—. Y además quería traerle un regalo de cumpleaños a la abuela. Es increíble que tenga noventa años.

—¿Qué le has traído?

—Plátanos verdes. Y un libro muy largo —dijo—. Va a vivir eternamente.

Me encantaban sus visitas, a pesar de que sabía que, en cierto modo, eran como las cuñas radiofónicas. Me gustaba el brillo de su mirada inteligente y escrutadora. No podía ocultarle nada. Y me sentí incluso mejor cuando apareció Harry unos días más tarde. Juntos estaban más relajados, y su forma de mirarme era menos intensa. Disfrutaban de la compañía del otro, y también de la mía. Como eran de las pocas personas con las que hablaba que sentían un interés auténtico por mi obra, les hablé de mi libro sobre África.

—Pasé un montón de tiempo en autobuses y camiones destartados.

—Papá es el hombre adecuado si buscas la forma más lenta de atravesar África —dijo Julian.



Y Harry dijo, fingiendo hablar muy en serio:

—Debes de haberte cruzado con un montón de chavales ingleses. Se toman un año sabático y se dedican a viajar así, recorriendo repúblicas bananeras en autobús.

Estábamos almorzando en un sitio de sushi de Yarmouth Port. Para aprovechar bien su visita, me había cogido unas vacaciones y había dejado mi libro aparcado durante unos días.

—Me da pena haberme perdido el cumpleaños de la abuela —dijo Julian—. Me dijo que me habría encantado ir.

Ahora que la fiesta había terminado, ella podía lamentar su ausencia sin correr ningún riesgo.

—La abuela se lo pasó muy bien —dije yo—. Fue la única.

—Charlie me dijo que a él le había gustado ir —dijo Harry—. Me mandó un correo electrónico con algunas fotos.

—Yo le mandé a todo el mundo la foto esa con una notita —dije, y les conté lo que había escrito.

—Eso es pura hostilidad —dijo Harry.

—¿Qué pasa, que no sabes divertirte?

—Esta familia nunca cambia —dijo Julian.

—Sí que cambia —dije yo—. A peor.

—Yo me alegro de no haber ido. Floyd y tú en la misma habitación —dijo Julian. Se estremeció—. El doctor Mangosta y el señor Cobra.

—Floyd estuvo bien —les conté—. Está en plena forma. Hicimos el tonto un rato.

Se miraron a los ojos. No podía culparlos. Era imposible pensar en Floyd y en mí sin imaginarnos insultándonos a gritos o guardando un incómodo y embarazoso silencio.

—Podríamos pasar por su casa después de comer —les dije, ahora que tenía toda su atención—. Está de camino.

—No, no —dijo Harry.

—Quiero ir, de verdad. Tengo que decirle algo.

Lo que quería, sobre todo, era demostrarles que era una persona adulta, que al fin había superado el infantilismo de los años de peleas.

Mis hijos estaban preocupados y nerviosos, pero también fascinados. Para ellos, el tío Floyd era un personaje casi mítico, famoso por sus ataques de ira, celebrado por su erudición, un poeta de renombre, un profesor cascarrabias

de Harvard, un autor con numerosas publicaciones, un hombre que llevaba una capa negra y había conocido a Samuel Beckett y que, en cierto sentido, había sido ungido por él, como Beckett había sido ungido por Joyce, prolongando una tradición literaria. Floyd formaba parte de ese linaje.

Salimos del restaurante de sushi, subimos al coche y cogimos la carretera 6A. Disminuí la velocidad al llegar a Willow Street.

—Esto no me apetece nada —dijo Julian.

Pero yo sabía que lo que yo mismo pretendía hacer era otra clase de cuña radiofónica.

Cuando nos acercamos con el coche al camino de entrada de la casa de Floyd, lo vimos podando un arbusto que se parecía vagamente a un ser humano en cuclillas. Llevaba un sombrero Panamá, un traje de lino blanco y unas alpargatas.

—Tengo una gran debilidad por la poda ornamental —dijo.

—¿Es un mono? —preguntó Harry.

—Ni te has acercado —dijo Floyd, sin dejar de podar—. Es el babuino de Thot. Fijaos en su semblante prognático. Pregunta: ¿Qué satanista de medio pelo llamaba a su amante el Babuino de Thot?

—Estás pensando en Aleister Crowley —dije.

—Como sabe cualquier escolar —dijo Floyd—. Crowley la consagró Mujer Escarlata, y ella fue la iniciatriz que lo ayudó a convertirse en Ipsissimus. La Novia del Caos, como la llamaba él. Pero ¿cómo la conocía el mundo en general? Tenía un nombre sencillo y un poco loco: Leah Hirsig, la que gustaba de la caca en un mundo lleno de mierda y que, se podría añadir, no solo era norteamericana, sino que tenía ocho hermanos, de modo que podemos decir sin temor a equivocarnos que era de los nuestros.

—Me alegro de verte, tío Floyd —dijo Julian.

Floyd dejó la podadera y se colocó el sombrero Panamá de manera que le daba un aspecto más afectado y vanidoso. Miró a mis hijos entornando los ojos y dijo:

—Ahora habládme de Inglaterra, un lugar tan querido por mí, y de esa reina con cara de magdalena que es la cabeza de la Iglesia, Dios la ayude.

—Es capaz de curar la escrófula con solo tocar a alguien —dijo Harry—. La monarca inglesa tiene poderes mágicos.

—¡Chan chan chan! —dijo Floyd—. Menudo reino de gente crédula y clasista. Pero echo de menos Fitzrovia, por supuesto, y «tomar una tostada y

un té». ¿A quién estoy citando?

—¿A Henry James? —dijo Julian.

—A Toilets, que es un anagrama de T. S. Eliot —dijo Floyd—. ¿Qué me habéis traído? Nada. ¿Qué le habéis traído a vuestra anciana abuela? Nada.

Íbamos siguiéndolo por el césped donde, debajo de un árbol, había una mesa llena de papeles garabateados, con una calavera humana que hacía de pisapapeles.

—Esto es una obra maestra —dijo Floyd, dando unos golpecitos sobre el papel—. Y esto, por supuesto, es la calavera de un antepasado, empleada por el pueblo Asmat, de Nueva Guinea, como reposacabezas o almohada. Fijaos en la pátina y en las incrustaciones de nácar y en cómo está modelada. ¿Queríais algo? ¿Llevo puesto algo vuestro? ¿Os debo dinero?

—Mamá te manda recuerdos —le dijo Julian.

—Una buena mujer. Tiene los pies en el suelo, además de calzados con muy buen gusto —dijo Floyd—. Vuestro padre no la cuidó como se merecía y lo pagó muy caro, si no me equivoco —echó un vistazo al papel en el que había estado escribiendo—. Ah, estoy casi seguro de que esto va a ser un *capolavoro*.

Los chicos se reían. Se habían relajado al reconocer al Floyd de siempre, burlón y agradable y sobreactuado. Estaban tranquilos, y yo también. Habían pasado más de diez años desde la última vez que yo había ido a su casa. En lugar de comentarlo directamente, nos dio la bienvenida con un estallido de agresividad contra la familia, que era su sinuosa manera de mostrarnos que estaba contento con nuestra visita.

—La fiesta de cumpleaños fue un fiasco —dijo—. ¿Por qué estaba Hubby tan enfurruñado? ¿Acaso sufría un ataque de histeria? El marido de Franny parece un pingüino. Walter tiene cara de sartén y la hija de Jonty es como un mono, pero bueno, ¿hay algún niño de cinco años que no sea la fiel imagen de un bonobo? Y, *entre nous*, ¿sabíais que los bonobos son fogosos masturbadores? La comida era terrible. En ese tipo de sitios siempre debería haber un *vomitorium*. ¿Habéis visto a Fred? Yo quiero encargarme del panegírico en su funeral. Me pondré de pie sobre el ataúd y diré: «Nunca conocí realmente a este hombre».

—La abuela me contó que se lo había pasado bien —dijo Julian.

—Porque es la casa de Atreo. Se alimenta del caos —dijo Floyd—. Sentaos. Os daré algo de beber.

—No te preocupes —dije yo.

—Está decidido. Asúmelo —dijo Floyd—. ¿Queréis un zumo de naranja? ¿Una Ribena? ¿Un Lucozade? ¿Un vino de jengibre Stone's? ¿De dónde sacan los ingleses esas bebidas? ¿De un libro para niños? Les encanta la comida infantil, a los ingleses, sobre todo a los de clase alta. «¡Quiero galletas! ¡Quiero *pudding!*».

Los chicos sabían que no había que llevarle la contraria.

—Tienes razón —dijo Julian—. Son patéticos.

—¿He dicho yo eso? No importa. Tomemos una limonada. Es una bebida de hombres.

Sin dejar de hablar, se dirigió a su casa y volvió unos minutos más tarde con una jarra de limonada y cuatro vasos.

—Queréis la calavera, pero no os la voy a dar —dijo, dándole unos golpecitos al cráneo—. ¿Qué poeta veía la calavera debajo del cráneo? —preguntó, y como dudábamos, dijo—: La respuesta es Webster, pero también es sensato decir que Toilets, que fue un malvado antisemita y, creo yo, conoció la sodomía. Su mujer fue una mártir de la dismenorrea, pobrecilla. Buscó consuelo en Bertrand Russell, que la volvió loca. Bebamos.

—Fred vino a verme el otro día —dije.

—El felpudo humano —dijo Floyd—. El señor M'Choakumchild. ¿Qué les pasa a los abogados? Carecen de alma.

—Acababa de volver de la casa de mamá —dije—. Estuvo mirando sus cuentas. Por lo visto, le ha estado dando dinero a Franny y a Rose. Un montón de dinero.

—Buscar pistas en las cuentas de mamá —les dijo Floyd a Julian y Harry. Luego, volviéndose hacia mí, hizo un gesto con las manos como para embujarme y puso una cara extraña—. Es el cuarto paso, Auguste Dupin.

—Dieciséis mil dólares, diez mil dólares, una cocina nueva, un coche nuevo.

—No me sorprende nada —dijo Floyd.

Pero estaba sorprendido. Hizo sonar los hielos en su vaso y miró hacia lo lejos, por encima del césped de su jardín y del cenador de caliza.

—Hace unos años le pedí un préstamo —dijo con una voz nueva y reflexiva: la suya—. Me contestó que el dinero no crecía en los árboles. Es curioso, pero yo ya lo sabía —se volvió hacia mí—. ¿Por qué te contó Fred lo del dinero?

—Para joderme, evidentemente —contesté—. Él dice que no le importa, lo cual significa que le importa. La cuestión es que solo había apuntado las cifras grandes. Por lo visto, mamá ha regalado muchísimo dinero.

—La reina Lear —dijo Floyd—. Con dos hijas que la adoran. «¡Te queremos mucho, mami!». Me gustaría saber cuánto les habrá dado en total.

—Podemos averiguarlo, basta con mirar las cuentas. Pero no sé cómo hacerlo.

Aunque al principio no dijo nada, advertí por su gesto que Floyd se estaba animando cada vez más. Mentalmente, había salido a toda prisa rumbo a la casa de madre, había forzado la cerradura, se había puesto un par de guantes e iba de un lado para otro, en puntas de pie, con sus alpargatas puestas.

—Hay que entrar ahí sin que nadie se entere —dijo—. En silencio, y sin llevarnos nada. Solo para descubrir la verdad. Esto es traición —levantó una ceja y me clavó la mirada—. ¿Más limonada, Watson?

### 33. Sigilo total

Ahí estábamos, Floyd y yo, en mi viejo Jeep Renegade, que en cierto momento había sido estiloso, después fue una cafetera, después fue antiguo y ahora era un clásico, rumbo a la casa de madre. Teníamos la intención de entrar sin que ella se diera cuenta.

—Odio esta clase de coches —dijo Floyd—. ¿Qué le falta a tu vida para necesitar una cosa así?

—Es muy resistente.

—Para todos tus viajes a campo través, ¿verdad? Y para todas tus expediciones por el Mato Grosso.

Mientras hablaba, trataba de colocar bien el asiento. Resoplaba, frustrado, moviendo el cuerpo hacia atrás y hacia delante, peleándose con la palanca que había junto a su asiento, como si bajara a trompicones por una colina de nieve húmeda en un trineo viejo.

—Chupa muchísima gasolina. ¿Cuántas veces has usado la tracción a las cuatro ruedas, eh, Indy?

—Cada vez que tengo que conducir por tu culo, que está lleno de baches.

—Los bienes de consumo se están orientando hacia la supervivencia. Gafas de sol de titanio. Bicicletas de montaña indestructibles. Llantas enormes. Cuchillos de caza. Pantalones de camuflaje. He escrito un poema sobre ello. Hay ejecutivos de lo más afeminado que llevan relojes de submarinista que siguen funcionando a doscientos metros de profundidad. Los coches Hummer. Podrías invadir Somalia con ellos, pero los *yuppies* los usan para ir a buscar el sushi.

—Este no es un Hummer.

—Es igual. Es una exageración.

—Yo quiero tener un coche como el tuyo —le dije—. Un Mercedes de hace veinte años con la pintura descascarillada y una pegatina de Harvard en el cristal trasero que ponga *Veritas*.

—Te gustaría tener uno así de chulo, en vez de esta cosa *yuppy*, frívola y pasada de moda.

—Pero el tuyo es una inmundicia.

Floyd soltó una carcajada y empezó a sacudirse en su asiento.

—Me encanta esa expresión —graznó.

Era como si no hubiese pasado el tiempo. Hacía sol, padre seguía vivo, nosotros seguíamos en el instituto. Íbamos a dar una vuelta, nos metíamos el uno con el otro, gritábamos a los otros coches. Floyd tenía la costumbre de saludar con la mano a las chicas guapas —que iban en coche o andando por la acera—, animándolas a que nos saludaran. El mundo era grande y extraño, y por lo tanto nosotros nos burlábamos de él y lo recreábamos como si fuera una obra de ficción. No teníamos dinero, pero teníamos secretos, teníamos esperanzas, estábamos fuera de la ley, nos regodeábamos imaginando que éramos personajes dramáticos.

—Hay restos de lefa en el asiento de atrás —dijo Floyd.

Al ver un semáforo en amarillo, pisé a fondo el acelerador y lo pasé en rojo.

—Que te folle un pez —dijo Floyd.

Estábamos solos. Mis hijos habían vuelto a Londres pensando que mi familia era incorregible. Y Floyd se metía conmigo cariñosamente, como había hecho tiempo atrás. No había dicho ni una palabra sobre el hecho de que nos habíamos tirado ocho años enemistados. Nunca mencionaba que me había denigrado por medio de una serie de extravagantes mentiras y había destrozado mi libro en una reseña rebosante de bilis. El tema no surgió. Yo supuse que sus bromas y burlas eran su manera de pasar página.

Éramos dos chicos felices en el coche, recorriendo Cape Cod a toda velocidad. La perspectiva del acto criminal que estábamos a punto de cometer nos llenaba de gozo, como adolescentes muy orgullosos de algún delito insignificante. Recordé la excitación que me producía, hacía mucho tiempo, romper las bombillas de las farolas y correr a esconderme, o quitarle la gasolina a los coches aspirando por un tubito, o construir una pistola casera, o meter una patata en un tubo de escape.

—He traído un destornillador y una palanca.

—¡Una palanca! —dijo Floyd—. Se está metiendo en la mente de un criminal. Es una bomba de relojería andante. Es Raskólnikov, y una culpa ambivalente asoma a su rostro. Ved, de veras desea que alguien lo pille

robándole a su madre.

—Y tú estás montado en una montaña rusa emocional.

Nada hacía más feliz a Floyd que los clichés y las expresiones sensibleras.

—Tienes problemas —me dijo—. Y Fred es un sentimental. Es Edward Ashburnham en *El buen soldado*, y anda buscando a su Flory Hurlbird. «¡Una pluma de bádminton!». Espía las cuentas de mamá y escribe unas cifras en un sobre. ¿Tú contratarías a un tipo así? ¡No como abogado, desde luego! ¿Contratarías a un tipo así para que te recargue la pluma? No es serio. Es un picapleitos que nos está buscando las cosquillas, así que no nos ha dejado alternativa. ¡Ja!

—Nos acercamos a la escena del crimen.

—Y si resulta que mamá ha estado dándoles dinero a Franny y a Rose, voy a escribirles una nota. Una postal con unas pocas palabras. «Alguien debería pegaros un tiro» —volvió a sacudirse en el asiento, muy impaciente—. A lo mejor mamá ha cerrado todo con llave.

—Mira esto —dije, y le mostré el destornillador.

—Escucha, Arthur Flegenheimer, también conocido como «el holandés Schultz» —me dijo Floyd—. Hazme el favor de no ponerte a alardear de antemano. Me daría mucha pena que mordieras el polvo.

—Fred no lo habría comentado si no fuera cierto, al menos en parte.

—Franny y Rose, las Extrañas Hermanas Tambaleantes. ¿Cómo es posible que mamá las favorezca de ese modo? —dijo Floyd—. ¿Y yo, qué? Yo puedo encargarme de muchas cosas. Yo soy listo —añadió, imitando a Fredo, de *El padrino*.

—Ya veremos.

—Mamá es muy astuta —Floyd se puso cómodo, echándose hacia atrás en el asiento, y comenzó a recordar—. Estamos en 1957, justo antes de la graduación. Yo he ganado la medalla de la Legión Americana por mi rendimiento en los estudios. Nos piden que salgamos en una foto de grupo que va a sacar Dwight Davis, el rengo. Tenemos que estar todos los que hemos ganado el premio, todos los alumnos que hemos obtenido la beca, pero yo no aparezco en la foto. ¿Dónde estoy? Búscame en el sótano de la papelería Murray's, en Riverside Avenue, y me encontrarás apilando resmas de papel, porque mamá quiere que trabaje. Porque el dinero no crece en los árboles —se incorporó y gritó—: ¡Voy a tirar la puerta abajo y saquear sus carpetas!



Se le quebró la voz como a un adolescente. Nos estábamos divirtiendo. Era como en los viejos tiempos. Los únicos placeres que yo había experimentado en la familia eran las mentiras rebeldes de la infancia, que Floyd y yo estábamos reviviendo: ser más listos que madre, traicionar a Franny y a Rose, burlarnos de Fred, despotricar contra las injusticias de la familia, «un estudio sobre los celos y la envidia».

Bajando por la carretera 28 hacia la casa de madre, Floyd dijo:

—Louie, el pérfido hermano de madre, era un mojigato de lo más cabrón, y siempre me llevaba aparte y me decía: «Vas a matar a tu madre, mojando la cama. ¿Te das cuenta del daño que eso le hace? ¿Cuándo vas a parar? Cuando te cases, le vas a mear encima a tu mujer». Y era sacerdote, así que no podíamos contestarle. Parece un personaje sacado de Boccaccio. Es como esos sacerdotes pervertidos que se follan a los monaguillos en Dorchester. ¡Yo tenía diez años! No, no, métete a la derecha por aquí...

Salí de la carretera principal, avancé por una bocacalle durante casi un kilómetro y después, siguiendo las apremiantes indicaciones de Floyd, me metí por un callejón que llevaba a la casa de madre.

—Hoy tiene clase de talla en el centro de mayores. Estoy al tanto de esta clase de cosas —dijo Floyd—. Pero nunca se sabe. Quizá no haya ido. O quizá haya vuelto antes. Quizá ya haya terminado el somormujo lavanco que estaba haciendo. Ay, mierda.

Habíamos llegado a la intersección de la calle de madre. Su casa era la cuarta, y vimos un gran todoterreno aparcado en el camino de entrada.

—¿Quién es?

—Es el coche de Fred.

—Dios, cómo no.

Floyd soltó un suspiro mientras espiaba por la ventanilla.

—A lo mejor ha venido a visitarla.

—Claro que ha venido a visitarla. Mamá habrá decidido no ir a clase de talla para poder pasar un rato a solas con Fred.

Entonces se echó a reír; el día que decidimos entrar en secreto en la casa de madre, aparece Fred y nos estropea el plan, el muy atrevido.

—Voy a entrar —dije.

—Yo no quiero que me vea —dijo Floyd—. Me voy a quedar esperando aquí. No, voy a dar una vuelta a la manzana. Nos vemos al final de la calle.

Salió del coche, maldiciendo. Yo conduje hasta la puerta de la casa de

madre y aparqué cerca del gran Land Cruiser de Fred.

—Hola —grité a través de la rejilla metálica de la puerta.

—Estoy aquí dentro —me contestó una voz femenina. Era Erma, la mujer de Fred—. Hola, Jay. ¿Buscas a tu madre?

—Sí. ¿Dónde está?

—En la clase de talla. Me ha abierto y se ha ido. Estoy esperando una llamada de Fred.

—¿Dónde está Fred?

—De camino a Hong Kong.

—¿Y te va a llamar aquí?

—Nuestro teléfono no funciona. Creo que se ha estropeado la batería.

Se quedó mirándome fijamente. Uno hubiera pensado que estaba sonriendo, pero en realidad su rostro había adoptado una expresión de perplejidad semejante a una sonrisa. Se sentía apabullada ante cualquier objeto mecánico. Siempre desconectaba todos los electrodomésticos cuando salía, porque tenía miedo de que, si los dejaba enchufados, alguno podría provocar un incendio.

—¿No habrás dejado desenchufado el teléfono?

Esta pregunta despertó su recelo. No me contestó. Actuaba como si la estuviera criticando, y supongo que eso era lo que estaba haciendo.

—¿A qué hora va a llamar Fred?

—A las once.

—Son y media.

—Supongo que debería quedarme esperando.

Yo quería que me dijera que se iba o que sonara el teléfono. Pero se quedó ahí sentada. Era un obstáculo enorme y desconcertante que nos iba a aguar la fiesta.

—Le diré a tu madre que has venido. Llegará sobre la una.

—Se me había olvidado lo de la clase de talla.

—Es todos los viernes —dijo Erma.

—Vale. Hasta luego.

—Le diré a Fred que has preguntado por él.

—Muy bien.

Encontré a Floyd esperando debajo de un arce. Parecía un criminal huido de la cárcel.

—¿La palabra *dentífrico* te resulta tan irritante como a mí? —me preguntó.

Había estado ocupado con ese problema, probablemente apretando los dientes. Le conté lo que me había encontrado en la casa de madre y la explicación que me había dado Erma.

—¿Esperando una llamada? —dijo—. Esa mujer es una lerda. Menuda pérdida de tiempo. Venir hasta aquí y quedarse esperando, y todo para que esa loca de mierda esté ahí sentada en el sillón de mamá. Ella no tiene nada que hacer. Yo tengo que terminar un poema. Tengo que cortar el césped. Estoy corrigiendo pruebas. Me gustaría entrar ahí y sacarla de la casa a patadas.

Estaba furioso de nuevo, y culpaba a Erma de haber desbaratado nuestros planes.

—¡Es el día más desaprovechado de mi vida!

Pero el intento de entrar en secreto en casa de madre (tal vez como todos los intentos de este tipo) fue una experiencia que nos unió mucho. Floyd y yo nos habíamos reconciliado. Y a partir de entonces, todos nos evitaron. Floyd les daba miedo y, desde luego, sabían, o al menos suponían, que Floyd me había contado todas las cosas desagradables sobre mí que ellos le habían dicho a mis espaldas en la época en que estaban cerca de Floyd y me evitaban.

Por lo tanto, ocurrió lo peor que puede sucederle a una gran familia polarizada, que los dos enemigos más acérrimos se hicieran amigos, o al menos se aliaran. Las facciones de los hijos, entonces, se veían obligadas a buscar nuevas alianzas; todo el mundo quedaba expuesto, tenía miedo, desconfiaba del resto y sabía que los antiguos enemigos, que antaño eran sus aliados y, en cierto sentido, también sus protectores, estaban intercambiando impresiones sobre ellos.

Pero yo no podía bajar la guardia con Floyd. Era divertido e inteligente y podía mostrarse encantador, pero también era capaz de ser letal. Si decías una palabra inadecuada, podía pasar de ser un encanto a ser un demonio en cuestión de segundos. Yo siempre actuaba con precaución cuando estaba con él, recordando la historia de la tortuga y el escorpión. *Picar está en mi naturaleza...*

Volvimos a vernos a la semana siguiente, el día que madre tenía clase de talla, que era el único día que pasaba fuera de casa. Floyd estaba un poco

apagado. No se burló de mi Jeep (yo tenía preparadas algunas réplicas). Me contó que había pasado la semana en Cambridge, dando su seminario sobre Milton.

Floyd tenía la curiosa voz ronca de quien ha visto algo. Tenía la tendencia a «ver» cosas. «Lo veía», solía decir, refiriéndose a sus premoniciones.

—Hay un tipo judío que está haciendo la carrera de Literatura —me dijo—. Cree que le vendrá bien para su trabajo de psiquiatra. Trabaja en Newton. Quiere ser el próximo Harry Stack Sullivan. Como probablemente no sepas, Sullivan empleaba la literatura clásica para ilustrar ciertos rasgos y tendencias psicológicos.

—A diferencia de Freud, claro, que nunca escribió sobre Edipo ni Dostoievski y que por lo general no sentía ningún interés por las descripciones literarias de las distintas patologías.

—Es bien conocido —dijo Floyd—. Y ahora, ¿puedes cerrar el pico mientras te cuento lo que te quiero contar? Este tal Silverstone, fíjate qué nombre tan apropiado tiene [\[25\]](#), estaba en mi despacho comentando algunos pasajes de *El paraíso perdido* y de repente me dice: «Tengo algunos problemas para tratar a pacientes judíos, porque no perdonan. Se niegan a pasar página». Solo para que siguiera, porque, a ver, ¿de qué estaba hablando?, le pregunté: «¿Cómo lo sabes?». «Míreme a mí, por ejemplo», me dijo, «odio a mi madre». Ni que decir tiene que eso me resultó interesante. Le interrogué un poco y me dijo que su hermano y él querían unos chaquetones más abrigados para el invierno; se habían criado en Brooklyn. Su madre se negó a comprarles chaquetones abrigados. ¿Por qué razón? «Los perderíais, o se os olvidarían en cualquier sitio».

—Está muy bien.

—Ve por aquí a la izquierda —dijo Floyd—. Pequod Lane. ¿Tú crees que alguien de esta calle de analfabetos de mierda tiene la más remota idea de que ese nombre tiene un origen literario? Bueno, pues por la noche, esa arpía dominante les calentaba un bol de sopa de fideos de lata. O les descongelaba un perrito caliente kósher. Y después, cuando regresaba su marido, el padre de ellos, le hacía un redondo de ternera o un estofado de cocochas de pescado. Te haces una idea, ¿verdad? Y cuando el pequeño Silverstone se queja porque le parece injusto, la madre le dice: «Yo te lo haría a ti también, pero no lo apreciarías».

—Me encanta —dije yo.

—Y luego me dice: «Era la persona más egoísta que he conocido en mi vida». Es médico, acuérdate, y creo que está claro que la gente enferma no solo da muchísimo el coñazo, sino que es increíblemente narcisista.

—¿O sea que a lo mejor lo de mamá no es tan terrible después de todo? ¿Piensas que hay madres peores?

—Ya lo veremos —dijo, levantando el destornillador.

Continuamos rumbo a la casa de madre. Reduje la velocidad en la esquina de su calle. No había ningún coche aparcado cerca de su casa. Floyd se inclinó hacia delante, observó con atención y dijo que el camino estaba expedito.

—Aparca cerca de la casa. Si entra alguien, diremos que hemos ido a visitarla. Mira, le he traído un regalo.

Me mostró una bolsa de manzanas.

Aparqué. Salimos, fuimos a la parte de atrás de la casa y nos subimos al porche. Floyd iba delante. Hizo girar el pomo de la puerta.

—Abierta —dijo, blandiendo el destornillador—. Entraremos por la puerta trasera, así no tenemos que vérnoslas con la compuerta de rejas.

Nos metimos en la casa. Notamos todos los peculiares olores de madre: el olor a tostadas y café, a talco, a diversas esforzadas plantas de interior, incluyendo un narciso marchito, y a grasa quemada, y el punzante aroma de las moquetas a las que no se les ha pasado la aspiradora en mucho tiempo y de los libros polvorientos, y el fuerte hedor de la orina.

—En esta casa no hay nada que valga la pena robar —dijo Floyd.

—Salvo esto —dije yo, y me metí un pato de porcelana en el bolsillo, un objeto en el que llevaba fijándome toda la vida. Era un regalo del tío Louie, al que tanto odiaba Floyd.

—Qué cabrón —me dijo Floyd con admiración. Olisqueó el aire y añadió —: En cuanto pones un pie en la casa de determinadas ancianas, te das cuenta de que son incontinentes.

—No me hagas pensar en eso.

Floyd entró en el estudio y se puso a revolver el escritorio de madre y a investigar sus carpetas.

—Esto es lo que ha visto Fred. Ah —dijo Floyd—, aquí está el registro de cheques.

Abrió con fuerza un archivador negro de espiral y empezó a pasar las páginas.

—Por el amor de Dios, mira esto —dijo—. Cinco mil para Franny, tres mil para Rose, cincuenta pavos para su yerno. Esto es..., mira, hay más.

Iba pasando las páginas a toda velocidad, examinando las cuentas. Después levantó la mirada y se agarró el pelo con fuerza.

—Esto parece irreal. Es una estafa.

Eché un vistazo al registro de cheques y vi, escrita con la pulcra caligrafía de madre, la lista de pagos: pequeñas sumas para comida y electricidad, grandes sumas para Franny y Rose, muchas de ellas recientes.

—Fred escribió unos cuantos números en un sobre y con eso se cree que ha resuelto el caso —dijo Floyd—. ¡Vaya abogado, joder!

—Tendríamos que hacer copias de esto —dije yo.

—Hay un Kinko's en Dennis Port. Tenemos tiempo para ir a hacer fotocopias y dejarlas en su sitio.

—¿Y qué fotocopiamos?

—Todo. Todo lo que figura desde que murió papá. Hasta la última página. Sopesó el registro de cheques y me lo entregó.

—Ve a hacerlo. Date prisa. Yo te espero aquí.

—¿Y si mamá hoy vuelve antes?

Floyd sonrió.

—Tengo mi regalo. Las manzanas. Ahora vete.

El Kinko's no estaba lejos, y la fotocopidora estaba disponible. El problema fue que tuve que hacer cada hoja por separado, moviendo el archivador de un lado al otro porque el registro de cheques estaba encuadernado con espiral. En total eran como ochenta páginas de especificaciones sobre todos los cheques, y con bastante poco espacio entre línea y línea. Madre era muy meticulosa, y anotaba el número de cada cheque, el beneficiario, el concepto y la cantidad. Decenas de miles de dólares para sus hijas, y muy poco para nadie más; unos cuantos dólares gastados en algún cumpleaños o aniversario, el pago de alguna factura, y aquí y allá una suma ridícula para alguna organización benéfica. Destacaban algunas entradas, las que había apuntado Fred: *Rose, sistema séptico nuevo, 11.000 dólares*, o *Franny, para un coche nuevo, 8.000 dólares*.

Tardé casi una hora en hacer las fotocopias y ordenarlas. Después las metí en mi bolsa, junto al registro de cheques, y me dirigí a la casa de madre. El viaje de regreso fue más lento. Había caravana en dirección a Hyannis. Me di cuenta, mientras avanzaba lentamente, de que ya eran las once y media. Se

suponía que madre llegaba a su casa a mediodía. Empecé a echar humo y a sudar mientras refunfunaba contra la larga fila de coches que tenía delante. Cuando por fin doblé la esquina de la calle de madre, pensé que lo había logrado.

Me equivocaba. Floyd y madre se hallaban en el jardín delantero. Floyd parecía estar interrogándola y madre señalaba el parterre.

—Ahí estás —dijo madre—. Qué agradable sorpresa. Y mira lo que me ha traído Floyd —me enseñó una manzana mordida—. Me encanta que me traigan fruta.

—Jay, ¿me haces un favor? —dijo Floyd—. Me he dejado las llaves dentro. ¿Me las puedes traer?

—Está cerrada con llave —dijo madre.

—No —dijo Floyd—. Se te debió de olvidar cerrarla. Por eso estaba yo aquí fuera, para vigilarla.

Entré en la casa y dejé el registro de cheques en el cajón del escritorio donde lo había encontrado Floyd. Vi sus llaves sobre la mesa baja del salón. Se le había ocurrido esa jugada maestra.

—Gracias —me dijo cuando le lancé las llaves.

—No os vayáis —dijo madre—. Tengo unas albóndigas suecas que me trajo Franny ayer. Os las puedo calentar.

—No te preocupes —dijo Floyd—. Tenemos que irnos.

—Me alegro de que os llevéis bien de nuevo —dijo madre.

Pero parecía decepcionada. Floyd y yo juntos y por lo visto tratándonos con cordialidad, éramos un problema. Podíamos intercambiar impresiones, podíamos conspirar. Nos dedicó una débil sonrisa y dijo:

—Hay tantas cosas que podéis hacer juntos.

—Pensaremos en algunas —dijo Floyd.

—La vida es muy corta —dijo madre.

En el coche, Floyd comentó:

—¡Tiene noventa años y dice que la vida es corta! ¿Qué querrá decir con eso? Y mira —dijo, mientras hojeaba las fotocopias—, Franny estuvo ahí ayer. Fue a llevarle las albóndigas. Ayer fue día 15. Aquí está, 15 de julio. Cheque cuatro cero seis. «Franny, para sus vacaciones, mil quinientos dólares». Esto es atroz. Es un latrocinio. ¡Joder con las hermanas, con su labia y sus zalamerías!

Siguió examinando las fotocopias del registro de cheques mientras

cruzábamos Cape Cod, y se pasó todo el viaje furioso.

—¿Quién coño es esta mujer? —dijo, golpeando los papeles—. ¿Quién coño es?



## 34. Premios

La pregunta de Floyd no se me iba de la cabeza, pero mientras inspeccionaba las cuentas de madre, me di cuenta de quién era realmente. Todo era mucho peor de lo que yo me había imaginado, peor de lo que Fred me había dado a entender, peor de lo que podría pensarse por cómo había despotricado y vociferado Floyd. Con su propio código, con el número de cada cheque, el beneficiario, la fecha, el concepto —madre no era nada imaginativa ni siquiera en las más secretas de sus actividades— y la cantidad, vi, expresado con números, cómo era realmente el cariño de madre.

Los números también permitían atisbar su vida interior. Al ver esas cuentas, entendí algo de ella y me puse triste; me sentía decepcionado, enfadado, confuso. Ahora tenía una justificación para esa reprimida sensación de rechazo que a veces asomaba en el fondo de mi conciencia.

En cualquier página de aquel libro de cuentas, yo veía cómo madre —para quien el dinero era sentimiento—, expresaba su amor, sus preferencias, sus rechazos; todas las emociones, muy matizadas, estaban ahí registradas empleando dólares y centavos. Y se me reveló algo: en esos términos, yo no era el menos querido; esa posición era para Floyd. Yo estaba cerca del final de la lista. Franny era la primera. Había recibido muchos miles de dólares, a los que había que sumarle la casa —la casa en la que madre todavía vivía—, y el total se acercaba al medio millón. Después iba Rose, que también había recibido miles de dólares en efectivo y la casita de campo: unos trescientos mil largos. Los regalos que habían recibido Fred y Hubby elevaban el desembolso total de madre hasta casi un millón de dólares. No era de extrañar que Floyd, sentado junto a mí en el coche, se hubiera puesto a aporrear las fotocopias, dando gritos y citando frases de *El rey Lear*. A mí me había dado menos de mil dólares, y a Floyd una cifra ligeramente inferior.

Floyd llamó a Franny y se puso a aullar.

—Yo no le he quitado ni un centavo a mamá —dijo Franny.

También llamó a Rose, que le dijo:

—Después de todo lo que he hecho por ti.

Y colgó.

Furioso, le escribió a Fred una de sus cartas lapidarias, una especie de bula papal en la que lo acusaba de permitir que hubiera ocurrido eso. Floyd pensaba que Fred era el albacea de madre, y que tendría que haber cuidado de su dinero.

—¡Es dinero que me han quitado a mí!

Pero Fred había estado al margen. Madre era especialmente reservada en lo tocante al dinero. Como no confiaba en nadie lo suficiente como para que fuera su albacea, siempre había controlado su capital y se había aferrado con todas sus fuerzas a su talonario de cheques, empleándolo para establecer alianzas.

Los pagos habían comenzado poco después del funeral de padre, cuando yo había notado un extraño cambio del estado de ánimo de madre, que se había vuelto tan expansionista y megalómana como Mao, e incluso más dominante y exigente que él; me decía que me casara, comerciaba con toda clase de chismorreos y cuchicheaba contra nosotros, tratando de enemistarnos y de aislar a los que le parecieran culpables de deslealtad, lo cual en su mente equivalía a no elogiarla lo bastante.

Esa etapa coincidió con las visitas frecuentes de Franny y Rose, una vez por semana, casi siempre los domingos, y ahora sabíamos por qué. Iban a contarle sus males, a llevarle algo de comida, a lamentarse por su destino; iban, relamiéndose, a decirle a madre lo mucho que la querían y a recibir un cheque. Su recaudación también había sido regular y siempre encubierta, y los motivos que esgrimían eran ingeniosos y variados (problemas dentales, reparaciones domésticas, gastos derivados de la educación de los niños, comida). Mientras madre me daba una bandeja de galletas de pasas y nueces, o a Fred un somormujo que había tallado, Franny se estaba embolsando un cheque por valor de seis mil dólares, que figuraba en el libro de cuentas como *Para una cocina nueva*.

Ninguno de los hermanos era pobre de solemnidad. Éramos todos razonablemente solventes, y todos tenían una casa en propiedad menos yo, que conservaba la esperanza de poder comprarme una algún día. Los que más dinero habían recibido de madre tenían familias con dos fuentes de ingresos.

—Todo esto está en *El rey Lear* —me dijo Floyd por teléfono—. Van a la

casa de mamá y le dicen: «Te quiero más de lo que pueden expresar las palabras; más que a la vista, al espacio y a la libertad... y te he traído albóndigas suecas».

—Pero, por otra parte —dije yo—, «mejor una digna decadencia con amistad comprada que sin ninguna».

—«Prepárate, prepárate» —dijo Floyd—. El poema cínico de un hombre deteriorado que además era un vejstorio.

Llamé a Fred. Le dije que había visto las cuentas, aunque no le conté cómo ni que las había fotocopiado.

—Ha regalado mucho más dinero del que me dijiste.

—Está en su derecho —dijo Fred—. Puede hacer lo que quiera.

—Decenas de miles.

—Ese dinero es suyo, Jay.

—A mí no me ha tocado nada.

—¿Tú necesitas dinero?

—¿Alguno de nosotros realmente necesita dinero? —dije, y mi voz pasó de estridente a infantil—. No, Fred, esto es solo codicia y oportunismo.

—Tendríamos que alegrarnos de que mamá siga con vida. Tiene más de noventa años. Tiene salud. Ha pasado por un montón de cosas. Es nuestra madre.

Siguió hablando y poco a poco fue adoptando la forma de hacerlo de madre, sus imágenes, su lógica, su tono de voz.

—Entiendo tu punto de vista —le dije cuando concluyó.

Pero en realidad no lo entendía. Floyd tenía razón: Fred estaba del lado de madre, con Gilbert. Ambos insinuaban que era injusto criticar a madre por sus cheques, incluso en el caso de que los firmara con mano temblorosa y tuviese problemas de memoria. Por lo tanto, Franny y Rose estaban libres de deudas y, según mostraba el registro de cheques, continuaban recaudando.

Yo ya no tenía ningún sentimiento de lealtad hacia ella. Mi compasión desapareció. Siempre había sabido que era astuta, pero no me había dado cuenta de que podía llegar a ser tan traicionera. No era una anciana maternal, sino una persona deshonesto y extraña que a todas luces no me quería mucho, que tenía miedo de Floyd, que era muy ingeniosa a la hora de llevar a cabo sus múltiples engaños.

Sabía que mentía con frecuencia, pero había pensado que lo hacía con imparcialidad. No me había imaginado que era sincera con sus hijas, con las

que compartía sus secretos, en las que confiaba y a las que regalaba su dinero. Era más complicada de lo que yo había supuesto. Nunca se me había ocurrido que pudiera ser generosa. Sin embargo, se mostraba muy altruista con sus niñas, e incluso amable, y les entregaba su tiempo. Todo eso significaba que madre no era, como yo creía, un espíritu taimado que tenía momentos de amabilidad, sino una persona torturada y hermética. Se parecía a una vieja reina conspiradora incluso más de lo que yo me había imaginado.

En la tormenta de recriminaciones mutuas que siguió al descubrimiento de las cuentas de madre, yo traté de mantener la calma. Me pregunté por qué me molestaba que les diera dinero a mis hermanas. Murmurando «ese dinero es suyo», decidí que no tenía ninguna justificación para protestar y tampoco el menor derecho a esperar que me regalara nada. En cualquier caso, al margen de lo que yo opinara, madre estaba quedándose sin ahorros.

¿Y si necesitaba dinero para atención médica, para una enfermera o para una residencia de ancianos? ¿Quién se encargaría de pagar eso? No dejaba de dar vueltas a estas preguntas, pues estaba preocupado por su seguridad y su bienestar, pero cuando examiné mis sentimientos me di cuenta de que, al fin y al cabo, me sentía insultado porque ella no me había tenido en cuenta. Me molestaba la reserva de madre y me enfurecía pensar que cuando se presentaban en mi triste casita con manzanas y galletas de pasas y nueces y cuñas de queso, Franny y Rose llevaban cheques por valor de miles de dólares en el bolsillo.

---

## **Tercera parte**

## 35. El álgebra del amor

Ahora sabía la verdad, y la verdad me hizo sentir una amarga alegría. Yo era cínico, como toda la familia —un rasgo de personalidad muy desagradable— y me deleitaba en la contemplación de los peores aspectos de los demás, pues me permitía confirmar que todos éramos ruines. Me quejaba ante Floyd, lo animaba a que despotricara, le decía que estaba furioso, le enseñaba las fotocopias del registro de cheques de madre —una gran pila de hojas que eran un símbolo de la traición— y no dejaba de vociferar. Pero de un modo lúgubre y profundamente satisfactorio, me sentía feliz; tener la verdad en la mano me proporcionaba un morboso placer.

¿Cuántas veces en la vida estás seguro de que algo es verdad, sin adornos? ¿Cuántas veces puedes ver ante ti, meticulosamente llevada, la contabilidad del cariño, el álgebra del amor? Ahí estaba, en todas aquellas columnas de cifras y explicaciones. *Para la cocina de Franny, 16.000 dólares, y Rose, sistema séptico nuevo, 11.000 dólares, y Hubby, pago de la compra, 80 dólares, y cumpleaños de Jay, 10 dólares, y cumpleaños de Gilbert, 500 dólares, y Franny, para un coche nuevo, 8.000 dólares, y para la gente de África, 20 dólares, y para las matrículas de los hijos de Fred, 1.500 dólares.* Fred era multimillonario.

El dinero era amor. A partir del libro de cuentas de madre, se deducía el heptagrama de su amor, y también quiénes le resultaban indiferentes, quiénes eran sus favoritos, por quiénes sentía debilidad, quiénes le resultaban desagradables y muchas más cosas: sus tendencias y propensiones en todos los sentidos. Ella había escrito aquella hoja de balance y, al hacerlo, había reconfigurado la familia, representando la familia real por medio de una serie de números. Franny estaba la primera con sumas de cinco cifras, Rose era la segunda, después iban Hubby y Fred, y Gilbert había recibido unas cantidades bastante menores.

Floyd y yo estábamos los últimos, detrás de Angela, que estaba muerta

pero había sido agasajada con velas y flores y misas conmemorativas y donativos a organizaciones benéficas —misiones en la India y en África y en Sudamérica— en su nombre: un hospital en Angola, un querubín con su rostro en un vitral en Perú, unas cabras regaladas a una aldea de Etiopía. Lo que me parecía bonito era que Floyd y yo apareciéramos unidos en la parte inferior de la hoja de balance, ya que, tras tantos años de puñaladas por la espalda y recriminaciones y *¡Mira lo que me ha hecho!* y *¡Él me ha pegado primero!*, nos habíamos convertido en aliados; más que en aliados, en amigos íntimos, como en nuestra primera infancia, cuando él me protegía y consolaba contándome historias a la hora de dormir. «Cuéntame lo del circo», le suplicaba yo en la sofocante oscuridad de nuestra buhardilla.

En la familia real, la que mostraba esas cuentas, padre no importaba demasiado, más allá de *Geranios, 2,99 dólares* y *Misa conmemorativa, 25 dólares*. Y Floyd y yo éramos insignificantes. Daba la impresión de que nos hubieran castigado, aunque solo Dios sabía por qué. No figurábamos en las cuentas de madre, lo cual mostraba que no ocupábamos apenas espacio en su mente, que apenas se acordaba de nosotros. No habíamos recibido nada, así que nos hallábamos al margen, y en el centro estaban todos los premiados en formación: Gilbert, beneficiario de algunos cheques; Fred, que había obtenido dinero para pagarles los estudios a sus hijos; Hubby, receptor de un gran terreno a cambio de un dólar. Franny y Rose, entre las dos, habían cosechado una fortuna en dinero y propiedades.

Floyd los había llamado a todos y los había insultado, de modo que estaban sobre aviso. Madre no tenía ni idea de lo que sabíamos. Todos sus hijos seguíamos yendo a visitarla y le llevábamos plantas y fruta y baratijas de regalo, pero lo hacíamos por separado. Solo Floyd y yo nos veíamos. Dejó de haber cenas familiares, pícnicos y fiestas de cumpleaños; se acabaron todas las antiguas actividades familiares rutinarias. Ahora sabíamos demasiadas cosas sobre madre, y ya no nos veíamos igual.

La familia real estaba formada por cabilderos y cotillas, y Franny y Rose eran las más activas. Ahora sabíamos que ellas eran las siervas y herederas de madre, y como siempre ocurre en las relaciones oportunistas, era difícil discernir si madre las poseía por medio de su patrocinio o si ellas la poseían por medio de sus lisonjas.

Su deseo de recibir cosas de madre no se había atenuado. Si acaso, Franny y Rose se habían vuelto más competitivas. ¿Habría sido esa la intención de

madre? Las hermanas odiaban especialmente a Hubby; consideraban que no merecía nada.

—¿Te acuerdas del numerito espantoso que montó Franny cuando mamá le regaló el Acre a Hubby? —preguntó Floyd.

Era cierto. Franny se había echado a llorar y había acudido a nosotros en busca de apoyo.

—Lo quería para ella.

Hubby nunca mencionaba el regalo del terreno ni las diversas sumas de dinero que madre le había dado —el registro de cheques lo revelaba todo—, pero maldecía a gritos a sus hermanas por su codicia y su cara dura, y cuando le plantaron cara, afirmó que el terreno que había recibido era inútil, que no se podía construir en él si no ponía un sistema séptico que le iba a salir carísimo.

Fred, el mayor, y Gilbert, el menor, eran aliados. Floyd los odiaba a ambos.

—¡Irresolutos! ¡Nos han delatado!

Al cabo de unos meses, madre percibió la hostilidad y pidió que la visitáramos con mayor frecuencia. Floyd me informó de que las alianzas se habían alterado siguiendo sus directrices. Desde el punto de vista de Floyd, el mayor delito de Fred y Gilbert era que ahora se hablaban con Franny y Rose y que iban a almorzar los domingos con madre y con ellas. Cada uno llevaba algo, y esas comidas consistían en ensalada de patatas, salami, albóndigas suecas, ensalada de col y las galletas de pasas y nueces que hacía madre.

—De verdad comen esas cosas —dijo Floyd—. No es un almuerzo, es más bien una novatada, un rito de iniciación tribal. Consumen lo innombrable. ¿Y para qué? ¿Para conseguir más dinero?

¿Sería verdad?

Esperamos a otro viernes, a otra clase de talla de aves. Fuimos a la casa de madre y nos acercamos con prudencia. Aparcamos a dos calles de distancia, como habíamos hecho la primera vez, pensando, a nuestro estilo pueril, que éramos soldados de asalto. Madre había echado el pestillo en la puerta delantera, pero la trasera no estaba cerrada con llave.

—Mira, mamá sigue guardando los botes de mermelada —dijo Floyd.

Fuimos a toda prisa a su escritorio y abrimos el registro de cheques encuadernado con espiral.

—¿Qué te había dicho?



*Franny, feliz aniversario, 500 dólares. Rose, seguro del coche, 700 dólares. Benno, por sus buenas notas, 50 dólares. Franny, billete de avión para ir a visitar a Max, 1.200 dólares. Para las matrículas de los hijos de Fred, 1.500 dólares. Hubby, por las jardineras, 200 dólares.*

—Esto es una hemorragia de dinero —dijo Floyd, cerrando la carpeta de un golpe—. Y a mí no me da nada. ¿Qué pasa conmigo? Soy listo y exijo un respeto.

Estaba haciendo el payaso; empezó a ir de una habitación a otra dando patadas en el suelo. Al final se detuvo frente a un armario lleno de bagatelas.

—¡Quiero esto! —abrió la puerta del armario y sacó una figura Hummel de porcelana—. Chica de los gansos, eres mía —después la dejó en su sitio—. Esto es caca de rata. Por cierto, ¿sabías que estos muñequitos son obra de una monja alemana de lo más materialista?

Yo estaba sentado en el trono de madre, viendo cómo hacía el tonto.

—El verdadero problema de esta casa es que ya no queda nada que robar. Eso debe de ocurrir en muchísimas familias —se acercó a la estantería y se puso a examinar los lomos de algunos libros—. Nada de valor. Pero ¿qué me dices de esos álbumes?

En uno de los estantes se apretaban unos cuantos álbumes muy gordos. Los sacamos y nos pusimos a mirar las fotos. Algunas eran muy antiguas. Encontramos imágenes de los años veinte, de la familia de madre y de la de padre. Y de los años treinta, de su boda. Y de los cuarenta, en las que salíamos nosotros de bebés y de niños. Y las distintas casas en las que habíamos vivido. Y el padre de madre, con aspecto de magnate, con una pesada cadena de reloj colgando delante del chaleco y un puro en la mano regordeta.

—La historia de la familia —dijo Floyd—. Esto es oro. Estas fotos tienen un valor incalculable.

—¿Nos las llevamos?

—¿Por qué no?

Apilamos los álbumes con las fotos más raras y dejamos los demás. Floyd regresó al escritorio de madre, levantó el cristal que lo cubría, sacó una foto en la que aparecía Franny sonriente, escribió *Gorda* en la parte de atrás y la volvió a dejar en su sitio.

—Algún día Franny se la encontrará cuando esté quitando el polvo.

Nos comimos una manzana y medio bocadillo de jamón que encontramos

en la nevera.

—¿Te acuerdas del tipo ese que violó y asesinó a una mujer en la caravana de ella? Se la encontró comiéndose una hamburguesa, y después de estrangularla, se la terminó.

Masticaba con el bocadillo en una mano y los álbumes familiares debajo del brazo.

—Acabó en la silla eléctrica. No lo condenaron por el asesinato, que era mala cosa, sino por lo de la hamburguesa, que era mucho peor —hizo una mueca y después se limpió la boca—. ¿Por qué mamá pondrá tanta mayonesa?

Salimos cautelosamente de la casa de madre y, mirando a derecha e izquierda, nos colamos en sucesivos jardines traseros hasta llegar a mi Jeep.

Nos quejábamos, nos parecía todo fatal, Floyd vociferaba, pero estábamos felices. El placer que nos proporcionaba aquello era casi indescriptible. Superaba a casi todos los demás placeres que había conocido en la vida. ¿Por qué sería?

Entrar en la casa de madre fue una diversión infantil de lo más intensa con la que disfrutamos de adultos. El placer de ser jóvenes, cuando nos íbamos a dar una vuelta por el barrio o por los bosques cercanos, consistía en incumplir las reglas sin que nadie nos observara, desbaratando, de ese modo, el orden natural: destrozábamos ventanas, robábamos fruslerías, escribíamos palabrotas en un muro, le rajábamos las ruedas a un coche o le arrancábamos la antena y utilizábamos un trozo para hacer una pistola. Parte de la emoción que nos reportaban esas travesuras era que, aunque nosotros fuéramos invisibles, el resultado de nuestras fechorías era claramente apreciable: lográbamos hacer que alguien se enfadara. Siempre estábamos tan cerca de la escena del crimen que nadie sospechaba de nosotros.

Lo que nos resultaba placentero radicaba ahora en el secreto, en el trabajo en equipo —formábamos una pequeña banda— y en que había un elemento de riesgo, un toque absurdo y una recompensa consistente en descubrir cuál era nuestro lugar en la familia. El hecho de que los delitos que estábamos cometiendo fueran menores —allanamiento de morada y hurto— lo volvía todo aún más placentero.

Ir en el coche con Floyd rumbo a la casa de madre para entrar sin ser vistos resultaba tan excitante que me producía una especie de vértigo. Era la más feliz de las excursiones. Floyd estaba exultante, bromeaba mientras yo

conducía, imitando a madre («¿Alguien ha visto mis álbumes de fotos?») y a Franny («¿Quieres unas albóndigas, madre? Te las dejo por diez mil dólares») y a Rose (que esperaba una limosna).

—En este momento, mientras nos acercamos a nuestro objetivo —había dicho Floyd—, hay alguien jugando al golf y pensando que se lo está pasando bien. Pero la verdad es que no hay nada más divertido que esto.

—Estoy de acuerdo, el crimen es mejor que el golf.

—Hace unos años le pedí que me prestara dinero. Me dijo que no tenía —me contó Floyd—. Y mira.

La misma semana en que le había negado el préstamo a Floyd, madre le había entregado a Rose un cheque que había consignado como *Tratamientos para ventanas*. Deberíamos habernos sentido desolados, pero estábamos contentos. Entre los papeles que encontramos había uno, escrito por madre de su puño y letra, en el que se especificaba que, tras su muerte, todo el contenido de la casa pasaría a ser propiedad de Franny. Evidentemente, aquello era producto de una de las tretas de Franny, que ya había recibido la casa.

—Mamá, ¿me puedo quedar con el carillón? —dijo Floyd, imitando la voz porcina de Franny—. Mamá, ¿y el sofá y el escritorio? ¿Y cuándo me vas a dar la alfombra?

—¿Tú realmente quieres esas cosas? —le pregunté.

—No, pero ¿por qué se las va a quedar ella?

La irracionalidad era otra de nuestras alegrías, la placentera perversidad del puro rencor, el hecho de molestar sin ningún propósito. Porque en todo aquello —al entrar en secreto en su casa, al burlarnos, al sentir enfado e indignación— éramos niños; habíamos vuelto a la infancia.

Y me reí muchísimo al final de aquella aventura cuando Floyd me dio los álbumes robados, miró su reloj, y dijo:

—Tengo que ponerme en marcha. Debo estar en Harvard a las siete para mi seminario sobre la *Opus Posthumous* de Wallace Stevens.

Floyd les escribió una carta condenatoria a Franny y Rose, en la que las acusaba y reprendía a su manera característica: *Vuestro desvergonzado oportunismo, vuestra brutal codicia; os habéis apoderado de todo lo que habéis hallado y después os habéis largado a toda prisa correteando como gorrinas.*

Y presentaba a madre como víctima: *Vuestra pobre y humilde madre, a la*

*que habéis desvalijado.*

Los demás también estaban implicados: *Mientras vuestros hermanos, cobardes y faltos de carácter, miraban con indiferencia este atroz acto de traición...*

Floyd, que era famoso por sus cartas acusatorias, daba otro curso en Harvard llamado «La tradición epistolar en la literatura, de Richardson a Bellow». Esta carta en particular, que envió a toda la familia, contenía dos hojas llenas de recriminaciones escritas con una letra muy apretada y, como otras cartas que nos había mandado en el pasado, era tan feroz y ofensiva que resultaba imposible de contestar.

Era una carta poco habitual porque retrataba a madre como si fuera la víctima de una conspiración: parecía débil e indefensa, y daba la impresión de que la trataban como a una niña. Yo no comenté nada de esto, pero me pareció extraño, ya que siempre había visto a madre como una manipuladora, y el registro de cheques, para mí, confirmaba esta impresión. Sin embargo, desde el punto de vista de Floyd, Franny y Rose eran las malas de la película.

En la carta, madre no era la reina Lear, como Floyd la había llamado algunas veces. Era una mujer anciana e incauta a la que habían embaucado sus hijas.

Floyd me declamó la carta en el porche de mi casa de Centerville. Iba de un lado a otro, daba golpes a las hojas, cortaba el aire con el dedo índice. Pensé, como tantas otras veces, que habría sido un actor extraordinario, aunque esa representación fuera, en gran medida, melodramática, si no paródica.

—¡Nos han estafado! —gritó—. Somos unos pobres pardillos estafados por unas trileras. Y no somos los únicos. Hay una vieja arpía perpleja, farfullando en su sillón, con los hombros temblorosos debajo de un fino chal, murmurando: «¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí?».

Concluyó, claramente satisfecho de sí mismo, doblando las hojas y metiéndoselas en el bolsillo de su chaqueta de cloqué.

—¿Vas a mandarle una copia a mamá?

—Todo el mundo recibirá una —dijo—. Así no habrá ningún malentendido.

—¿Y qué crees que va a decir?

—¿Mamá? Se dará cuenta de que estamos de su parte. De que la han timado. Eso es lo que ha sucedido. Nosotros somos los únicos que

entendemos lo que ha pasado de verdad. Mamá es una víctima.

## 36. Cheques y saldos

Yo no veía a madre como la veía Floyd, y tal vez eso fuera otro de sus triunfos. Con sus oportunos regalos, madre había reconfigurado la familia para que se ajustara a sus necesidades. Confiaba en algunos y los premiaba por ser dignos de confianza; otros no eran tan de fiar. Floyd y yo éramos completamente inaceptables. Yo rechazaba esta idea hasta que comprendí la lógica cristalina de madre; tenía razón al no confiar en mí.

El rimbombante documento enviado por Floyd era al mismo tiempo una advertencia y una acusación. Tendía a la grandilocuencia, pero entre numerosas expresiones como «en tanto en cuanto» y «estamos dispuestos a conceder» y «brujas ambiciosas y charlatanas moralizantes con vestidos hawaianos», el mensaje estaba claro: *Os estamos vigilando*.

Madre ya tenía noventa y un años. Casi todos sus antiguos amigos habían muerto. Se estaba haciendo amigos nuevos. A estos les encantaba que fuera sabia y brillante, y admiraban su salud y su fuerza. «Hago lo que puedo», decía ella, y bajaba los ojos; su pose de modesta era muy eficaz. Sabía que era quien gozaba de mejor salud en su clase de talla, a la que concurrían octogenarios decrepitos, septuagenarios con principio de Alzheimer. Ella era delgada como un palo pero tenía el mismo rostro feroz que yo llevaba viendo toda la vida, la nariz aguileña, la mirada dura, la lengua afilada. Oía a la perfección. «No hace falta que grites» se convirtió en una de sus frases habituales. La hipertensión de Marvin había empeorado desde la jubilación de su trabajo de guardia de seguridad en un centro comercial. «Es su pajolera culpa», dijo madre. Erma, la mujer de Fred, se había caído y se había magullado un brazo. «Cuando estaba embarazada de Gilbert, me resbalé en el hielo y me astillé un codo. Pensaron que iba a tener un aborto. ¿Acaso me quejé?», dijo madre. Loris se quedó embarazada de nuevo. «Se ha puesto como una morsa —dijo madre, y añadió, risueña—: Que Dios me perdone».

Parecía más mezquina, malintencionada y caprichosa que nunca. No

aceptaba que la corrigieran. Al hablar con ella, me olvidaba de la edad que tenía. Era más ingeniosa y rápida que yo, y siempre iba un paso por delante. Todas sus facultades estaban intactas. Sus cuentas eran complejas pero reveladoras; uno podía comprender su estado mental a partir de los movimientos de su dinero, de sus pequeños y grandes donativos y del melancólico hecho de que ahora tenía mucho menos capital en el banco y no le quedaban propiedades de las que deshacerse. Al margen de ese dinero restante, tenía muy pocos activos. Cada uno de los objetos que había en su casa llevaba el nombre de alguien, y la casa era de Franny. Comía en una vajilla que legalmente pertenecía a Rose, y se ponía unas joyas que le había legado a Fred.

Pero los regalos de madre solo eran una parte de mis preocupaciones. La cuestión principal era cómo podría seguir viviendo, cómo podría mantenerse, si empezaba a fallarle la salud. No podría vivir sola mucho más tiempo. Pronto tendría que instalarse en una residencia de ancianos. Esos lugares eran caros, y en algún momento necesitaría atención las veinticuatro horas del día, dinero para pagar la residencia, las medicinas, los cuidados. Para cubrir todo eso hacían falta más de cien mil dólares. La siguiente vez que fui a verla, saqué el tema.

—Estoy asegurada —dijo madre. El balanceo de su cuerpo indicaba que la cuestión le resultaba irritante.

—¿Tienes un seguro de salud a largo plazo?

—El seguro me cubre, sí. Yo era profesora, ¿sabes? Tengo una buena póliza.

—No cubren las residencias de ancianos.

—No estoy en una residencia de ancianos, por si no te habías dado cuenta.

—Puede que algún día necesites dinero.

La carta de Floyd también estaba llena de ansiedad. Por eso me había dicho que madre acabaría agradeciéndonos lo que habíamos hecho.

—Tengo dinero —dijo madre.

—Puede que necesites más.

—Tengo suficiente.

Como yo sabía muchas cosas, tenía que ir con cuidado. No quería revelar hasta qué punto estaba informado, por miedo a que ella me preguntara cómo había obtenido la información.

—Pero si te pones a regalarlo, puede que no te llegue.

Madre se echó hacia atrás en su sillón y sonrió ante mi estupidez.

—¿Regalarlo? —soltó una carcajada que en realidad era un resoplido poco convincente—. ¿A quién?

—A tus hijos, por ejemplo.

—No le he dado ni un centavo a nadie —dijo, y al pronunciar esta frase (la negación total que nunca fue cierta) me miró fijamente, instalándose en su postura mendaz.

Como si me dirigiera a una niña que está mintiendo, le dije con dulzura:

—A lo mejor algo sí que les has dado.

—Nada —dijo ella, recordándome lo desafiante que podía llegar a ponerse cuando la pillaban mintiendo. En eso también era como una niña.

—¿Ni siquiera un poquito?

—¿No me has oído? He dicho que nada.

Me di cuenta de que así no podía ir a ninguna parte. De todas maneras, ella no había acabado conmigo; se inclinó hacia delante en su trono y, subrayando sus palabras con patadas en la alfombra, me dijo:

—¿Me estás llamando mentirosa?

—Nunca haría eso.

—Otra vez estás intentando darme un disgusto.

Mirándome fijamente, me dejó claro que ya era hora de que me fuera. Cuando me marché, llamó a Franny, a Rose y a Fred. Dijo que la había acusado de mentir, y que era una crueldad que un hijo le dijera eso a su madre. Los tres me llamaron y me reprendieron por mi maldad.

Madre lo negó todo. No asumía la responsabilidad por nada que hubiera dicho o hecho. Me dolió tanto que me dijeran que yo era malo que la llamé por teléfono.

—Yo no te acusé de mentir —le dije.

—Nunca he dicho que lo hicieras.

—Me lo ha contado Fred.

—Ah, Fred. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Fred había dicho: «Ese dinero es suyo», y tenía razón, y yo no. No teníamos ningún derecho a cuestionarla. Se lo dije a Floyd.

—Fred dejó que ocurriera todo esto. ¡Es como cuando Ariel Sharon permitió que los cristianos de la Falange Libanesa entraran en Chatila para matar a los refugiados palestinos!

Al oír esto, empecé a recelar. Floyd estaba enfurecido por el libro de



cuentas de madre, y durante unos momentos la rabia lo dejó sin palabras; se humedecía los labios, intentaba tragar saliva, asentía con la cabeza tratando de recuperarse.

—Fred no es el albacea de mamá —le dije—. ¿No te das cuenta? Ella es Ariel Sharon.

—Dos cosas —dijo él, intentando tranquilizarse—. La primera es que las hermanas tienen el dinero. La segunda es que cuando mamá necesite irse a que la cuiden en una de esas residencias, vamos a tener que pagársela nosotros. Es una monstruosidad.

Lo que no le conté sobre mi conversación con madre fue que, cuando me hizo frente y se mostró desafiante y obstinada y lo negó todo, cuando se puso a patear el suelo, actuó como una niña petulante, insolente y despiadada mientras me mentía a la cara. «Es como una niña pequeña», me había dicho Franny muchas veces. Franny conocía muy bien a madre, y esa niña pequeña que había en ella era muy sensible a los cuidados maternos de Franny y a las lisonjas de Rose. Madre quería recibir halagos, necesitaba que le hicieran caso, ansiaba llamar la atención y causar admiración y, como una niña de dos años con tendencia a los berrinches, quería ser independiente. A mí no se me daba bien esa clase de manipulación, y Floyd era todavía peor que yo.

Comencé a ver a todos los tiranos del mundo como niños caprichosos y retorcidos. Un rey malvado era un niño pequeño sentado en un trono, la reina maligna era una niña pequeña, el dictador era un niño mimado un tanto extraño, obsesivo y obstinado como todos los niños mimados, y también vengativo. La historia de la tiranía era la historia de niños malcriados, de niños con poder, de niños rencorosos acostumbrados a cometer excesos estúpidos; así se podía explicar su irracionalidad y su violencia. Las atrocidades políticas y las purgas comenzaban como pataletas y terminaban como decretos. La vanidad y la codicia de los tiranos eran rasgos esencialmente infantiles, pero a gran escala.

El teléfono era el arma natural de madre. Nos instaba a todos a llamarla a diario. Franny y Rose la llamaban dos o tres veces al día. En total, eran como cien llamadas a la semana. Ninguna de esas llamadas era sincera, ninguna era honesta, pero todas eran necesarias para que madre tuviera la seguridad de que seguía siendo nuestra madre y de que estaba a cargo, ella sola, de toda la familia. Las llamadas también le transmitían que la queríamos, aunque el concepto de «querer», en ese contexto, carecía de sentido.

—Franny dice que ha recibido una carta espantosa —me contó madre durante una de estas llamadas.

—Quizá fuera la que mandó Floyd —dije yo.

Madre, como mujer astuta que era, no admitió que ella también la había recibido.

—¿Y para qué iba a hacer una cosa así?

—Creo que piensa que les das dinero a Franny y a Rose.

—Nunca les he dado ni un centavo.

—Y que ellas se aprovechan de ti.

—Franny y Rose son de las que más quiero de entre todos mis hijos. Son cariñosas y atentas. Franny me llama todos los días, a la hora de dormir, para desearme buenas noches.

Yo no sabía que para madre fuera tan importante que le dieran las buenas noches. Nunca se me había ocurrido llamarla a la hora de dormir, porque ella nunca me había dado las buenas noches. La hora de dormir siempre consistió en un chillido: «¡Apaga esa maldita luz!». Pero Franny lo tenía bien claro.

—Las adoro. Ojalá pudiera decir lo mismo de mis otros hijos.

—Algunos de tus otros hijos están preocupados por si en algún momento necesitas ese dinero. Quizá para atención sanitaria.

—Tengo una salud de hierro. No tomo medicinas. Por supuesto, tengo los achaques y los dolores habituales —entonces se detuvo y, mientras reflexionaba sobre lo que había dicho, tosió levemente.

—Estoy pensando en el futuro.

—Tengo todo lo que necesito. No te preocupes por mí. A mí me preocupa esa pobre gente de África. De vez en cuando les envío alguna cosilla.

—Lo inesperado, eso es lo que me preocupa.

—He tomado medidas —dijo madre.

¿Qué significaba eso? Supuse que el proceso de infantilización de madre llevado a cabo por Franny y Rose ya estaba completo: tras haberle quitado la mayor parte de su fortuna, le habían transmitido la impresión de que se ocuparían de ella en el caso de que hubiera alguna emergencia médica. Quizá eso significaba que se la llevarían a vivir con ellas cuando ya no fuera capaz de valerse por sí misma.

Para terminar la conversación de un modo más elegante, le dije:

—No te he dado mi último libro, ¿sabes? Te voy a llevar un ejemplar.

—No te molestes. Sería un desperdicio —dijo madre—. Últimamente solo

puedo leer libros con la letra muy grande, y creo que los tuyos no son así. Los únicos que hacen con esa letra son los *best sellers*.

Le conté a Floyd que madre me comentó que había tomado medidas, y él me dijo:

—¿Qué van a hacer si se le va la cabeza y no se le entiende lo que dice y se hace pis encima, como un viejo que conozco en Chatham? Necesita atención veinticuatro horas al día. Tiene que llevar pañales. Se alimenta a través de una sonda.

—Mamá no quiere pensar en eso.

—Acabará en un hospital, y nosotros tendremos que pagar la cuenta.

—Supongo que será a escote.

Pegó un grito, un aullido desafiante, sin palabras. Luego dijo:

—¡Esas gordas se han gastado todo el dinero que les dio!

Hablé con Gilbert.

—Evidentemente, tendríamos que hacer algo, pero sin darle un disgusto —dijo.

Hablé con Hubby.

—Yo no voy a pagar nada —dijo.

Hablé con Fred.

—Hay tres maneras de considerar este asunto —dijo, adoptando su tono de jurista. Pero lo que implicaba su retorcida respuesta era: Por favor, no saques este tema. Y con voz sonriente, añadió—: Jay, lo que parece que tú no aceptas es que mamá puede hacer lo que quiera con su dinero.

—Incluso enemistarnos.

—Eso es un poco duro.

—Nos odiamos, Fred. ¿Cuántos seguimos dirigiéndonos la palabra?

—Yo hablé ayer mismo con Gilbert. Y hoy he hablado con mamá.

—Ya te estás poniendo a la defensiva, como siempre.

—Escucha, ¿no te das cuenta de que lo que más importa es mamá? Tenemos suerte de que siga viva, de que siga con nosotros. Tiene salud. No tenemos derecho a darle un disgusto.

Siguió diciendo cosas por el estilo. Era madre la que hablaba a través de él, desde luego.

Esa era otra característica de los tiranos. Creaban otros tiranos más pequeños, unos suplentes, que, a cambio de ciertas prerrogativas, hablaban por ellos, defendían sus mentiras y los ayudaban a conservar el poder.

Detrás de toda esa confusión yo notaba la presencia desafiante de madre, que sospechaba que algunos de sus hijos cuestionaban la sensatez de sus decisiones. La carta de Floyd le había hecho daño. A mí me vilipendió por hablar de ello. Les dijo a Franny y a Rose que las quería. Les contó a todos que yo le había dado un disgusto.

La pesadilla de un tirano es que todos los agentes que emplea para generar malestar estén en una misma habitación. Madre temía que nos juntáramos y le hiciéramos frente. Necesitaba que estuviéramos separados, porque nos trataba de maneras distintas, y le resultaba útil que no nos lleváramos bien. Unidos, podríamos plantarle cara; pero si estábamos separados, peleándonos, inseguros y en posiciones muy desiguales, la necesitábamos. Así había sido durante años. Pero ahora ella era más reservada y veleidosa de lo que había sido nunca, más fría, más indescifrable y más contradictoria.

Yo notaba que madre estaba enfadada, que sabía que Floyd y yo la estábamos cuestionando. Madre detestaba eso; se tomaba como un desafío incluso la más simple de las preguntas.

—Los hechos están de nuestra parte —dijo Floyd—. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué es lo que estamos intentando conseguir realmente? —le pregunté—. Tú no quieres dinero. Yo tampoco.

—Por muy raro que parezca, dada la hostilidad que siente hacia nosotros, tenemos que protegerla.

—¿De qué?

—De los depredadores. Tenemos que evitar que regale todo el dinero que le queda.

Propuso enviar las fotocopias encuadernadas de las cien páginas del registro de cheques a todos los miembros de la familia.

—En un espíritu de transparencia e imparcialidad —dijo, pero se estaba riendo. Él también era como madre. Se imaginaba la tormenta que desataría semejante movimiento.

—¿Y si mandamos una única página, a modo de muestra? —dije yo—. Eso les cerrará la boca.

—Tenemos que hacer algo más. Estoy harto de que lo nieguen todo una y otra vez.

Llegamos a un acuerdo. Fotocopiamos unas páginas escogidas, en las que aparecían los pagos más cuantiosos, los cheques que habían cobrado Franny

y Rose, y en especial los de sumas de cuatro y cinco cifras. Esas páginas eran una historia selectiva de una mujer comprándoles favores a algunos de sus hijos mientras dejaba a otros completamente de lado, mostraban siete versiones distintas de una madre, presentaban una crónica de su favoritismo.

—Conozco a un tipo en Dayton, Ohio —dijo Floyd—. Yo prepararé los sobres y se los enviaré para que él los mande por correo.

—¿Y eso para qué sirve?

—Nadie tendrá la menor idea de quién los ha enviado.

Era una muestra de inteligencia de la clase que madre habría aprobado.

—Pero sabrán que ha sido uno de nosotros —dije—. Podemos mandar las cartas desde Boston. No sabrán cuál de los dos.

Eso fue lo que hicimos, y el efecto fue inmediato. A Franny le faltó tiempo para presentarse en la casa de madre con un álbum lleno de notas de agradecimiento de madre. Se puso a pasar las páginas mientras lloraba, sin parar de preguntarle:

—¿Soy una ladrona? ¿Te he robado, mamá?

Rose hizo lo mismo, pero otro día.

Madre nos lo contó a todos cuando la llamamos. No pretendía burlarse de sus hijas, sino defenderlas. Justificaba los regalos que le había hecho a Fred, a Hubby, a Gilbert. ¿Cómo nos atrevíamos a cuestionar eso?

Llamó Fred. Me dijo que habíamos cometido un grave error al enviar las fotocopias. Yo le dije que no tenía ni idea de quién lo había hecho, pero que me habían parecido muy interesantes.

—¿Cómo está mamá? —le pregunté.

Yo había dado por hecho que sacar a la luz todos esos cheques era un gesto de advertencia, que madre se daría cuenta de la injusticia que suponían sus regalos, que se arrepentiría.

—Está en pie de guerra —me dijo Fred.

La siguiente vez que fui a visitarla, me di cuenta de que era cierto. Había estado leyendo un libro, pero lo dejó junto a su trono para prestarme toda su atención. La última vez que habíamos hablado, cuando yo le había comentado que quería llevarle uno de mis libros, me había dicho que no me molestara, que solo podía leer libros con la letra muy grande. Puesto que había rechazado mi ofrecimiento, tenía curiosidad por saber qué leía, pero

como estaba al otro lado de su gran sillón, no veía la cubierta. En cualquier caso, ella tenía otras cosas en la cabeza.

No mencionó el hecho de que uno de sus hijos hubiera entrado furtivamente en su casa y hubiera fotocopiado su registro de cheques. Esto parecía un delito predecible, algo que se puede esperar en una tiranía. Como su conducta también era turbia, no le había impactado mucho.

Había visto las fotocopias. Franny se las había enseñado en un intento de defenderse. Pero la forma en que se cuestionara a madre no tenía ninguna importancia. Lo que la indignaba era que se la cuestionase.

—¿Sabes algo de esto? —me preguntó, mirándome mientras comenzaba a mecerse en el sillón de un modo que me hizo pensar que quería acorralarme.

Le dije que había visto las cuentas. Alguien misterioso me las había enviado. Siguió mirándome fijamente.

—No sabía nada de eso —le dije—. No tenía ni idea de que hubieras regalado medio millón de dólares.

Sus dedos se cerraron sobre los extremos de los brazos del sillón. Los apretó con más fuerza y se inclinó hacia delante.

—¿De quién es ese dinero? —preguntó. La rabia hizo que le saliera un tono de voz gutural que me hizo avergonzarme.

—Tuyo, desde luego.

—¿Acaso yo te pregunto lo que tú haces con tu dinero?

—Yo no tengo nada de dinero.

—¿Y de quién es la culpa?

—¡Es mi pajolera culpa! —dije yo, con la voz de madre.

—Si quiero echarle una mano a alguien con un regalito, es solo asunto mío —dijo ella.

—¿Una casa es un regalito? —pregunté—. ¿Treinta mil dólares son un regalito?

—Eso lo tengo que decidir yo —dijo madre.

—¿Te acuerdas de que una vez, hace tiempo, me preguntaste cómo redactar tu testamento? Me preguntaste cómo repartir la herencia. Yo te dije que en partes iguales.

La lógica siempre la enfurecía, pero en lugar de enfadarse conmigo, sonrió ante mi simpleza.

—No todo el mundo es igual —dijo—. Hay gente que es más amable y cariñosa que otra. Hay gente que tiene necesidades. Hay gente que me quiere.

Hasta que no habló de amor, no mostró nada de rabia, pero, en cuanto dijo «me quiere», se quedó mirándome sin parpadear, apretando los dientes.

—A lo mejor hay gente que se pregunta por qué decides regalar una parte tan grande de tu dinero y tus propiedades a algunos de tus hijos.

Se enderezó en su sillón y, aunque era pequeña y delgada, parecía erizarse y mostrar así su ferocidad.

—¿Quién eres tú para cuestionarme? Yo puedo hacer lo que quiera con mi dinero. Y ahora mira lo que has hecho —empezó a masajearse la cabeza—. Me has provocado un dolor de cabeza terrible.

Como gesto de cortesía, cogí el libro que había en el suelo, junto a su sillón, y se lo puse en el regazo. Era muy pesado, y no tenía una letra muy grande. *Eleanor: The Years Alone*, de Joseph P. Lash. Hablaba sobre la señora Roosevelt.

Al cabo de unas horas, como solía hacer, habló por teléfono con los demás y les contó que yo la había atacado.

—Eres tonto —me dijo Fred—. Me lo temía.

—¿Qué es lo que te temías?

—Todavía tiene dinero —dijo—. Y está enfadada. Y tiene muy claro con quién puede contar y con quién no.

—Por cierto —le dije—. ¿Tú sabías que Franny la llama todas las noches, a la hora de dormir, para darle las buenas noches?

—No. Que Dios la bendiga.

## 37. El desafío

Fred, el hijo abogado, era un hombre seguro de sí mismo. Había sido un niño seguro de sí mismo. Había aprendido, en la infancia, qué había que hacer para ser un ciudadano modélico de la tierra madre. De niño, era distinto del resto de nosotros. Era el que más cerca estaba de madre, y debido a esta proximidad, la veía de una manera diferente a como la veíamos los demás.

Como era el mayor, se le consideraba especial. Durante sus primeros años, los años de formación, había sido hijo único; había pasado dos años a solas con madre, hasta que había llegado Floyd, que no se sintió bien recibido. Comenzó entonces una rivalidad que duraría toda la vida, pese a lo cual Fred nunca modificó su creencia en su propio poder; era el único de todos los hermanos que nunca sintió la necesidad de negociar ni de integrarse. La integración era uno de los modos de conducta más comunes en nuestra gran familia. Quizá lo sea en toda gran familia; es una forma de fingir sumisión para complacer y aplacar a algún hermano cuando hay que pedirle un favor. Se trataba del arte del servilismo y la hipocresía, una forma de la sátira cínica, un tipo de baile. Fred era cualquier cosa menos sincero, y sin embargo, nunca practicó este arte. Fred era especial.

Se lo había dicho madre. Sus orgullosos padres hicieron que le pasaran un test de inteligencia cuando tenía diez años. Su coeficiente intelectual resultó ser de ciento cuarenta. Más que superior. «Bordeando el genio», dijo madre. Todos conocíamos el número de Fred. La suya era una puntuación ganadora; ninguno de los demás podía superarla. No tenía sentido hacernos el test a nosotros. Madre confiaba en Fred. Él era su consejero, su defensor, su intermediario, y nos veía a través de los ojos de madre. Le decía a Hubby que era un desagradecido. A mí me decía que era difícil, y a Floyd, que estaba loco. Les daba las gracias a Franny y a Rose por ir a ver a madre, porque así no tenía que ir él. Siempre estaba fuera, muy ocupado con su trabajo de abogado, y a veces pasaba unos cuantos meses seguidos en China,



negociando contratos.

—Pobrecillo —decía madre—. Trabaja demasiado.

Una vez le pregunté por qué, si en China había tantos abogados, ninguno de ellos defendía a los pobres diablos que iban a la cárcel por manifestar su desacuerdo con el gobierno. «¿Tú sabes lo próspera que es China?». Las respuestas de Fred nunca respondían nada. Siempre se salía por la tangente.

—Franny y Rose van a ir a casa de mamá a sacarle más cosas —le dije.

—Para ellas, es un viaje bastante largo —dijo Fred.

—¡Lo hacen por dinero!

—A mamá le gusta. ¿Qué hacemos nosotros por ella?

—Yo voy a verla. Le llevo libros —dije—. No los míos. No le interesan.

—Le encanta lo que escribes —dijo él—. A todos nos encanta.

—Pues no me dijiste nada de mi último libro.

—Prefiero tus libros de no ficción —dijo Fred. Su respuesta me hizo sonreír; era típica de él—. Mamá está orgullosa de ti —continuó—. Ya sabes que le encanta leer. Nos criaron en la palabra escrita.

Yo seguía sonriendo. Ese era el mito de la familia, que nos habían criado para que fuéramos estudiosos y buenos lectores: padre nos leía *La isla del tesoro*, mamá nos recitaba poemas, no veíamos la televisión, no íbamos al cine. Vivíamos en un invernadero cultural, entusiasmados por diversos relatos de aventuras. Y después, gracias a nuestras lecturas, habíamos logrado tener una vida intelectual. Fred había ido a la facultad de Derecho, Floyd se había doctorado en Literatura y había hecho carrera como poeta, yo había llegado a ser un novelista viajero, como Melville, a quien padre nos había leído, declamando el sermón del padre Mapple en la capilla de los marineros.

Pues no. No había sido así en absoluto. Solo nos había leído algunos fragmentos de John Silver el Largo, ya entrada la noche, que nos hicieron llamar a nuestra buhardilla «La posada del Almirante Benbow». En realidad, después del colegio nos dedicábamos a nuestros trabajos a tiempo parcial y a leer *The Saturday Evening Post*, la revista *Life* y el *Reader's Digest*, a Frances Parkinson Keyes y los libros de *Don Camilo*. Una vez leí *Lloraré mañana*, sobre el alcoholismo de la actriz Lillian Roth, pero lo que me atrajo del libro fueron las descripciones de su dominante madre, que la llevó a darse a la bebida. En su vida monástica, Floyd leía a Thomas Merton y un ejemplar que tenía madre de una novela de Ethel Mannin sobre un ateo que llega a ser sacerdote. Yo leía libros sobre acampadas, sobre la supervivencia en la

jungla, sobre viajes lejanos. Un verano me leí *Generation of Vipers* y me fascinó el término *mamaísmo*. El verano siguiente le tocó al *Infierno* de Dante. Después vinieron *Peyton Place* y Henry Miller. Al final compramos una televisión y papá descubrió que le gustaban *Bonanza*, *The Jackie Gleason Show* y los concursos que resultaron estar amañados. Ese fue nuestro invernadero cultural, junto con la iglesia: los himnos, los sermones, las excursiones, los ayunos, las penitencias y las confesiones. Y es que éramos pecadores. Casi todos nuestros pecados eran veniales, pero algunos eran mortales, de los que te condenan al infierno, y por eso yo leí el *Infierno* de Dante, considerándolo una guía para el más allá.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Fred.

Pero no le habría gustado nada saberlo, de modo que le contesté:

—Mamá sigue dándoles dinero.

—Por supuesto —dijo Fred—. Está tratando de darnos una lección: que puede hacer lo que le parezca. Nos lo merecemos.

La airada carta que había escrito Floyd y las fotocopias de los libros de cuentas habían sido la causa de eso. Al acusar a madre de regalarles dinero y propiedades a sus hijas, Floyd la había ofendido. A modo de desafío (según me dijo Fred), les regalaría mucho más —quizá sumas ridículas— para demostrar que podía hacer lo que le diera la gana. Un niño malcriado al que se regaña por meter el dedo en la cobertura de una tarta reacciona ante la reprimenda metiéndolo de nuevo y chupándose el dedo con insolencia. Un tirano al que se critica por matar a gente inocente reacciona ordenando una nueva masacre que incluya a sus críticos. ¡No me digas lo que tengo que hacer!

Después de esta conversación con Fred, cogí el coche y me fui a llevarle una tarta a madre. Vi dos coches nuevos en el camino de entrada, de modo que pasé de largo, pensando que habrían ido a visitarla personas a las que yo no conocía.

Un par de días más tarde, llamó Fred muy disgustado y, con un tono de voz acusatorio, me dijo:

—Les ha comprado unos coches nuevos a Franny y a Rose. ¿Ves lo que habéis conseguido?

Su predicción había sido correcta.

—¿De dónde saca el dinero?

—Tiene más de lo que crees —dijo Fred.

Para comprobarlo, Hubby le pidió un préstamo. Ella le dijo que no podía permitírselo, pero que le tejería una funda para un almohadón.

Yo le transmití toda esta información a Floyd. Como no hablaba con nadie más, yo era su única fuente de información sobre todo lo concerniente a la familia.

—Voy a volver —dijo, y se metió una vez más en la casa de madre para examinar sus cuentas.

No faltaba mucho dinero. Los cien mil dólares estaban intactos. Les había dado unos cheques a Fred y a Gilbert, le había comprado un regalo de cumpleaños a Jonty y había pagado una misa conmemorativa para Angela. Eso era todo.

—Pero yo sabía que tenía que haber una reserva oculta en algún sitio —me contó Floyd—. Unos fondos reservados.

Esa vez encontró, al fondo de uno de los cajones, escondido del mismo modo en que un niño escondería una chocolatina, la cuenta de Merrill-Lynch, un archivador de espiral lleno de extractos mensuales.

—¿Cuánto tiene en esa cuenta? —pregunté.

—Una suma que parece un número de teléfono —dijo Floyd—. Y saca un montón de dinero cada mes. Si hubieras venido conmigo, podríamos haber fotocopiado todas esas páginas. Pero no, te remordía la conciencia y te quedaste en casa, como un pelele. ¡Se están llevando la cubertería de plata!

Le pregunté a Fred si sabía que mamá tenía una cartera de valores en Merrill-Lynch.

—Claro, pero no sabía cuántos rendimientos le daba.

Por lo visto, le daba bastantes, porque los regalos de madre eran espléndidos.

En esa época, admitieron a Bingo en el Smith College. Rose fue con ella a ver a madre y le dio la noticia. También mencionó que la matrícula del primer año costaría cuarenta mil dólares.

—Tócale algo a la abuela —dijo Rose.

Bingo tocó «Climb Every Mountain» con la armónica y se volvió a casa con un cheque.

¿Cómo lo supe? Porque madre le contó a Fred que Bingo tocaba fatal la armónica, que ella —madre— tuvo que contener la risa ante aquella farsa y que Rose estaba muy orgullosa de la desafinada interpretación de su hija. Madre se burló de la seriedad de Bingo y se mofó del elevado coste del Smith

College. Y, haciendo un aparte, pero con la intención de que se enterara todo el mundo, mencionó que le había dado «una cosita» a Bingo que, por lo que farfulló, parecía consistir en unos cuantos miles de dólares. ¡Chupaos esa!

Por lo tanto, incluso en su papel de matriarca generosa, madre se mostraba desleal. Su deslealtad también la afectaba a ella misma, pues era austera por naturaleza, por no decir tacaña. Seguía recortando cupones para conseguir descuentos, y no había perdido el hábito de comprar pan del día anterior y fruta magullada y envases estropeados, o las misteriosas latas —a diez centavos cada una— que veía, brillantes, sin etiqueta, en la sección de productos rebajados. Se abalanzaba sobre las cajas de cereales rotas, los paquetes de pasta cerrados con celo, las bandejas de chuletas de cerdo caducadas. La búsqueda de chollos estaba en su naturaleza, y no le importaba correr el riesgo de comer algo en mal estado. Regalar dinero se oponía a su naturaleza, pues creía firmemente que estaba mal darle algo a alguien a cambio de nada.

Era una mujer astuta y reservada. En su faceta de madre, pasaba una gran parte del tiempo en solitarias reuniones con un hijo tras otro; para entenderla, había que dedicarse a estudiarla en serio. A veces me parecía —y debe de parecer eso en este relato— que lo único que yo hacía era observar los movimientos, las estratagemas, las agresiones pasivas de mi competitiva familia.

Pero no, también vivía mi vida, esa parte productiva que no tenía nada que ver con mi familia: libros, embarcaciones, viajes y mi papel de padre con mis hijos, incluido Charlie. Si estaba más atento a madre que de costumbre era porque pensaba que se podía morir en cualquier momento. Cualquiera de mis visitas podía ser la última. Pero ella se habría reído si se lo hubiera dicho. Aunque nunca me transmitió esta impresión explícitamente, y siempre daba por hecho que yo volvería pronto, e incluso comentaba, soltando un suspiro se despedida, que tenía el equipaje hecho («Estoy preparada para marcharme»), parecía insistir en que seguiría aquí mucho después de que hubiéramos desaparecido todos los demás.

De vez en cuando, yo huía de la tierra madre. Necesitaba insertarme en el mundo de la gente razonable y el trabajo estimulante. Para alejarme de la familia, había estado diez meses recorriendo África de norte a sur.

Escribí un libro sobre este viaje. Cuando se publicó, mucha gente pensó que yo iba a contracorriente por mi visión escéptica de los cooperantes y las organizaciones benéficas, de la industria de la virtud, que no es altruista en absoluto, sino muy interesada, y en muchos casos perjudicial. Alguien que va a contracorriente resulta muy útil en el espectáculo de las embestidas mediáticas. El libro se vendió bien y me encargaron que escribiera otro, lo cual suponía viajar más. Esto volvió a apartarme del furioso zumbido de la familia. Fui a ver a mis hijos a Londres y descubrí el placer de ser su invitado, de cenar con ellos y jugar una partida de Scrabble o de *whist*.

En una biblioteca, una librería, un restaurante o una tierra lejana —Zambia o Sudáfrica, o incluso el Londres de mi primer matrimonio—, siempre recordaba por qué me había marchado de casa. Era feliz en esos sitios. Allí no tenía pasado. La gente hablaba con cariño de sus padres o hijos, hablaba de política, comentaba libros u obras de teatro o discos.

Me había olvidado de que podía ser lúcido, de que había otra gente en el mundo además de mi madre narcisista y mis depredadores hermanos. De vez en cuando me cruzaba con alguna familia problemática: un africano que se quejaba de que tenía que casarse con la esposa de su hermano, porque este había muerto y no tenía ganado; o alguien que me hablaba de unas hijas que se habían convertido en las sirvientas de su madre y se dedicaban a sisarle, cosa bastante común. Pero en ningún sitio, fuera donde fuera, me encontré con una madre que se pareciera a la mía por su ferocidad, su vulnerabilidad, su megalomanía, ni por su calculada parcialidad y las injusticias que cometía deliberadamente.

—La deslealtad de mamá es algo único, más allá de las páginas de la *Orestíada* —decía Floyd con frecuencia, y parecía cierto.

Durante un tiempo, tuve una relación con una mujer, aunque supe desde el principio que nuestro amor estaba condenado al fracaso. Ella todavía estaba en edad de tener hijos, y yo fui sincero y le dije que ya no iba a volver a ser padre. Pero también pesó mucho el hecho de que no era capaz de imaginarme presentándole a mi familia a una persona tan joven e inocente. Así que nos separamos, y ella encontró un padre para el hijo que quería tener, y nunca volví a saber nada de ella. Se había convertido en una madre.

Tiempo atrás, había descubierto que al viajar me convertía en otro, en alguien que conocía bien y que me gustaba más; se trataba de la persona que era yo realmente. Entre gente desconocida, bajo otros cielos, en tierras

remotas, era yo mismo; los viajes me condujeron hasta la edad adulta. Viajar solo me proporcionaba placer. En aquellos años de opresión familiar, hui y escribí sobre la remota región oriental de Ecuador, descendí el Zambeze en kayak, recorrí Escocia en bicicleta, investigué el *Ayurveda* de la India y planifiqué un segundo viaje largo para escribir otro libro. Y durante todo ese tiempo, conocí a algunos de mis lectores en salas de conferencias y librerías.

Una vez, en uno de esos viajes, me puse a hablar con un abogado. Fue en Ohio. Me contó que venía de una familia numerosa. «Ocho hermanos, nada menos», me dijo, casi pidiendo disculpas, sintiendo que de algún modo tenía que justificar que sus padres hubieran tenido tantos hijos, defenderlos, darle algo de color a su historia. Yo conocía bien esa sensación. Era como decir que venías de otro país, que pertenecías a otra cultura, a una que requería una pequeña explicación, porque se trataba de la tierra madre. Por lo general, en esos viajes, mi familia quedaba lejos y olvidada, pero aquel hombre despertó mi interés.

—¿Cuántos os habláis? —le pregunté.

—Veo a uno de mis hermanos pequeños —me dijo—. Los demás... —su voz se fue apagando, pero yo podría haber concluido su frase.

—Entiendo —le dije, y le hablé un poco de mi familia.

—Es terrible cuando hay dinero de por medio —dijo—. Nosotros tuvimos muchos problemas por eso.

Yo le hablé de madre, pero conteniéndome. Me limité a mencionar sus contradicciones, la manera en que manipulaba, los ejemplos más leves de sus traiciones.

—Eso es muy mediterráneo —dijo él—. Mi madre era exactamente igual. Imposible.

—Mi madre sigue firmando cheques.

—¿De verdad? —preguntó, echando la cabeza hacia atrás y soltando un aullido.

Me dieron ganas de contarle más cosas, porque era un desconocido, porque procedía de una familia similar, porque la personalidad de madre le resultaba conocida y no la juzgaba, ni tampoco a mí. Pero no había tiempo para profundizar en detalles.

—Eso no se puede contar en una conversación —dijo, comprendiendo la situación y mi estado de ánimo. Al fin y al cabo, era abogado—. Hay demasiado que decir para una charla informal.

—Quizá haya que contarlo en un libro.

—Hay que contarlo en un libro, sí —dijo—. Y puede que ahora pienses que estás viviendo un momento difícil, pero tu madre sigue viva. Todavía sois sus niños. No puedes imaginarte cómo va a ser la vida sin ella.

En efecto, eso era algo que yo no podía concebir, porque me hacía sentir muy confuso. Una reacción normal habría sido pensar que era horrible, y sin embargo a veces fantaseaba con la idea y lo veía como una liberación. Él parecía adivinar mis pensamientos.

—Cuando tu madre se muera, ya no vas a sentirte como un niño. Tus hermanos no serán niños. Os quedaréis desconcertados. Tendréis que reorganizar toda la familia de nuevo. Pero ella ya no estará con vosotros. De repente, seréis huérfanos. Tu madre no puede reemplazarse.

Tal vez se diera cuenta de que yo estaba sonriendo. Para disimular, le dije:

—¿Y entonces?

—Tratarás de establecer alianzas dentro de la familia, pero puede que no lo consigas. Puede que no encuentres a nadie. En estas situaciones, las familias a veces se desintegran. Eso fue lo que le pasó a la mía.

—Tengo hijos. Esa es mi familia.

Pasé por Londres de camino hacia Escocia, donde tenía un asunto de trabajo. Invité a mis chicos a cenar en el restaurante Rules, en Maiden Lane. Asociaba ese lugar con la felicidad, con celebraciones, con momentos en los que me parecía que estaba forrado. Mientras dábamos cuenta de un bistec y una tarta de urogallo y una botella de Merlot, charlamos de sus proyectos. Julian estaba escribiendo un libro y Harry estaba haciendo un documental. ¿Y qué estaba haciendo yo?

—Voy a recorrer las Highlands en bicicleta —les dije—. Saliendo de Inverness.

—Me acuerdo de que hice eso cuando estábamos en el colegio —dijo Julian—. Es genial.

Su comentario me dio vergüenza. Me veía reducido a eso: un hombre mayor montando en bici, pedaleando por las colinas escocesas, arriba y abajo, buscando algo sobre lo que escribir.

—En realidad, se ven más cosas desde una bici —dijo Harry, saliendo en mi defensa.

—No fue idea mía. Me lo pidieron los de una revista. Consiguen publicidad de la Oficina de Turismo de Escocia. Estas cosas funcionan así.

—Tendrías que escribir otra novela —dijo Julian.

—No me atrevo —dije—. Hace falta valor. Y de todas maneras, todas las buenas historias que conozco son ciertas.

—Dentro de poco tendrás que escribir tu autobiografía. Siempre decías que ibas a escribir algo como las *Confesiones* de Rousseau, contándolo todo, toda la verdad.

—Según Orwell, la única autobiografía fiable es la que revela algo ignominioso —dijo Harry.

—Estoy de acuerdo, pero he cambiado de idea. No quiero escribir mi autobiografía.

—¿Por qué, papá? —dijo Harry. Parecía realmente decepcionado—. Has tenido una vida muy aventurera. Has visto muchas cosas. ¡En los años sesenta tú estabas por ahí! Eras el quinto Beatle.

—Creo que me voy a guardar todo eso para mí. No estoy seguro de que quiera que nadie analice o reseñe mi vida.

—¿Entonces no tienes ninguna idea? —dijo Julian.

—A lo mejor escribo algo sobre mi familia, si encuentro un modo de novelarla. Nunca he escrito sobre eso.

—Me encantaría leer ese libro —dijo Harry.

—Pero no tengo tiempo. Estoy intentando terminar otro libro de viajes. Y en este momento me siento demasiado cerca de mi familia —pensé en los acontecimientos que habían tenido lugar el año anterior y sonreí—. Es curioso, nunca pensé que volvería a tener una relación amistosa con Floyd, ni que conspiraría con él para cometer delitos menores.

Los chicos levantaron la mirada, vacilantes, sin soltar los cubiertos, como hace la gente que cree que acaba de enterarse de una mala noticia, pero no está del todo segura, y espera que no, y entorna ligeramente los ojos mientras espera nuevas revelaciones.

—¿Delitos? —preguntó Julian en cuanto oyó esa palabra inesperada—. ¿De qué tipo?

—Allanamiento de morada.

—Eso es grave.

—No —les dije, riéndome—. Fue en la casa de la abuela. El año pasado. Y la mayoría de las veces, ni siquiera nos llevamos nada. Simplemente entramos.

—¿Lo hicisteis más de una vez?



—Un par de veces. El tío Floyd volvió algunas más. ¿Qué pasa?

Habían agachado la cabeza. Parecían impactados, avergonzados. No sonrieron, como yo esperaba, ni me animaron. Yo sentía que les había contado una broma buenísima que no les había hecho ninguna gracia. Incluso tenían cierta actitud de desaprobación, como si la broma fuera de mal gusto.

—No nos llevamos nada —les dije—. Solo entramos a hurtadillas en su casa cuando ella estaba en esa clase de talla a la que va todas las semanas.

—Pero ¿para qué entrasteis? —preguntó Harry.

—Para encontrar su registro de cheques. Para ver a quién le había estado dando dinero. Un día entré y me lo llevé a Kinko's e hice fotocopias. ¡Cien páginas! Solo por divertirnos —su aspecto era todavía más triste—. ¿Qué tiene de malo? Nos metimos ahí y empezamos a ir de un lado para otro sigilosamente, como si fuéramos ladrones, hablando en susurros. Fue una sensación estupenda: entrometerse en la intimidad de mi madre, para variar, y descubrir sus mentiras y engaños. Ha regalado un montón de dinero, sobre todo a Franny y a Rose. Tengo todas las pruebas, todas las justificaciones, escritas de su puño y letra. Ahora lo sabemos todo.

Nos vi a Floyd y a mí colándonos por la puerta trasera, desatornillando la falleba, levantando la cadena y entrando de puntillas en la casa silenciosa. Una travesura infantil que nos provocaba una excitación infantil, sin duda, pero ¿había algo más intenso y satisfactorio que una excitación infantil? Los olores de la horrible comida de madre y el jabón amarillo y las cortinas polvorientas; Floyd hablando de huellas dactilares, poniéndose unos guantes, cogiendo una flor al pasar junto a un jarrón, caminando de un modo teatral, como una araña, conteniendo todo el tiempo la risa por lo emocionante y absurdo de la situación, y Floyd diciendo finalmente: «¡Mira lo que nos obliga a hacer! ¡Es todo culpa suya!».

Julian parecía irritado. Negó con la cabeza.

—No quiero oír nada más —dijo.

—¿De verdad os colasteis en su casa? —preguntó Harry.

—Tuvimos que hacerlo —le dije—. Queríamos averiguar a quién le daba dinero.

—¿Para qué?

—Quizá lo necesite en el futuro. La están estafando. Velamos por sus intereses.

—Ese no es el motivo —dijo Julian—. Lo hacéis porque os divierte.

—Por supuesto —pero su desaprobación era inflexible—. No lo entendéis.

—Yo no quiero entenderlo —dijo Harry.

Era imposible explicarles por qué eso era tan importante para mí, por qué a los sesenta años entrar a escondidas en la casa de mi madre me proporcionaba un placer supremo, por qué lo había considerado una victoria... y lo cerca que me había sentido de Floyd, lo feliz que había sido cuando nos colamos en la casa de madre.

—Es muy infantil —dijo Julian.

—Sí —dije yo—. Por eso es tan placentero. Y he descubierto los verdaderos sentimientos de mi madre al ver entre quién reparte el dinero.

—¿Y cuáles son sus verdaderos sentimientos?

—Yo no le caigo bien. Tengo la prueba.

—¿Para qué la necesitas?

—A mí tampoco me cae bien ella, y esta prueba quizá me absuelva.

No quisieron saber más. Había sido un error contarles tantas cosas, pero el tema me resultaba irresistible.

—Nosotros te queremos, papá —dijo Harry—. ¿Podemos dejarlo aquí?

Tras viajar por Escocia y escribir el artículo, regresé a Cape Cod y descendí de nuevo a la infancia. Floyd me había dejado un mensaje en el contestador. *Llámame. Tengo noticias.*

Había ido a la casa de madre mientras yo estaba fuera y había descubierto que en todas las cuentas faltaba dinero. Incluso había descubierto una cuenta nueva, un fondo del mercado monetario que podía emplearse para emitir cheques. Había descubierto dos sobres con joyas en su interior; en uno estaba escrito el nombre de Franny y en el otro, el de Rose.

—El allanamiento supremo —me dijo Floyd cuando lo vi—: Robamos algo valioso, tal vez unas joyas.

Parecía tan acostumbrado a entrar en la casa y salir de ella que sentía que podía reivindicar cualquier cosa, porque había visto lo que hacían los demás.

Volvimos a la casa de madre y llevamos unos abrigos con grandes bolsillos. Pensábamos llevarnos algo de valor. La casa estaba cerrada con llave. La puerta tenía dos cadenas y dos pestillos.

—Debe de sospechar algo —dijo Floyd.

Pero estábamos decididos. Entramos por una ventana del piso de arriba,

empleando la escalera que guardaba papá en su cobertizo. Después, yendo lentamente de una habitación a otra, inspeccionamos el escritorio de madre, su cómoda, su joyero. No encontramos nada. Los sobres habían desaparecido. El registro de cheques y los demás registros financieros estaban en nuevos escondites.

—¡Zorras! —dijo Floyd—. Lo han cogido todo. No han dejado nada que robar.

## 38. Cenas calientes

Cuando iba en el coche por la carretera vacía rumbo a la casa de madre — me había llamado y me había convocado de un modo más bien ambiguo, diciendo: «Por supuesto, si prefieres no venir...»—, me maravilló la desnudez de Cape Cod en febrero. Los neumáticos silbaban, lamiendo la gravilla y el cieno del invierno. Las ramas se veían más torcidas ahora que estaban despojadas de hojas, y los árboles parecían brujas. El clima helado me hacía sentir mayor y frágil; la criatura invernal, confinada, encogida por el frío.

En cambio, el verano en Cape Cod era un mundo verdoso, íntimo y soleado, con esos bosques densos, moteados y umbríos, con esos frondosos árboles que transmitían una impresión de amplitud y salud y protegían nuestra casa y nos impedían ver a los vecinos. Lo realmente bello de Cape Cod era el follaje, más bello incluso que las dunas inclinadas y las playas de suavísimas piedras. Los árboles de Cape Cod parecían indestructibles: plantones exuberantes llenos de hermosas hojas de roble se elevaban entre las hortensias y era necesario arrancarlos como si fueran malas hierbas. Los pinos y los cedros brotaban con fuerza en los márgenes del jardín y a veces había que segarlos. No importaba que la tierra fuera mala. Si cavabas quince centímetros, encontrabas una arena demasiado ácida, pero los árboles oriundos de la zona estaban adaptados a ella; eran grandes y poderosos, al igual que las rosas locales, pequeñas y flexibles, que aparecían entre las enmarañadas zarzas.

Los días de invierno como ese, quedaba claro cuál era el verdadero tamaño de los árboles. Sin sus hojas, los robles, los algarrobos y los tupelos eran larguiruchos y caídos de hombros, tenían un aspecto famélico y ojeroso y mostraban todas sus protuberancias. Los pinos se revelaban como frágiles; los vientos marinos los mataban con su sal, les hacían perder la mitad de sus agujas. Solo los cedros y los enebros se mantenían erguidos, pero no eran lo

bastante frondosos como para que no viéramos a los vecinos. Las rosas habían pasado, los geranios se habían quedado negros con la primera helada y, debido a las características del suelo, ningún árbol alcanzaba demasiada altura.

Cuando era pequeño, ya había disfrutado de los veranos de Cape Cod. Me encantaban, de esos meses soleados, el zumbido de los insectos, el fuerte olor de las burbujas de alquitrán cuando el calor ablandaba las carreteras, la forma en que planeaban los gavilanes rastrosos. Ya de mayor, observando las estaciones, me di cuenta de la verdad: Cape Cod solo tenía encanto en verano. Los nativos odiaban a los turistas, por lo que anhelaban la llegada de los meses fríos, pero los meses fríos eran deprimentes y con frecuencia podían ser nueve por año. Los colores del otoño eran demasiado breves como para considerarlos un acontecimiento; las hojas bermejas y doradas se veían abatidas por la lluvia. El invierno, por su parte, era muy riguroso; Cape Cod parecía un cadáver bajo una luz enfermiza, el césped se volvía gris, los árboles se quedaban negros, el moho gangrenaba las hojas y había demasiadas casas. Muy poca gente acudía a las tiendas y los restaurantes, con lo que las ciudades parecían abandonadas. Las carreteras siempre estaban mojadas y particularmente sucias en invierno; los arcenes se llenaban de cuerdas enredadas en la arena y la gravilla que se habían ido acumulando. Las hojas, llevadas por el viento, formaban montones contra los muros de piedra y las vallas oxidadas, y se adherían a las carreteras rotas, pues en invierno la escarcha provocaba grietas en el asfalto y la nieve, con su erosión, las volvía más anchas y profundas. La lluvia era marrón, y caía de un cielo marrón, o golpeaba con fuerza desde el noreste, causando estragos, azotando las tejas. *Me gusta que esté oscuro*, alardeaban hipócritamente algunos habitantes de la zona. Pero sus palabras significaban otra cosa: *No tenemos ningún otro sitio donde ir. Este lugar nos está matando.*

Cape Cod, en invierno, me hacía pensar mucho en la muerte. Detestaba la eterna vanidad de madre. Odiaba la vejez.

Por muchos recursos que pudiera tener al moverme por el mundo —como cuando viajaba solo por la sabana africana—, en Cape Cod me convertía en un niño, en un hijo, en una especie de carga, en un hermano irritante. Esto también implicaba que, allí, me resultaba difícil relacionarme con mis propios hijos, que no eran niños, sino hombres: Charlie, en Boston, y Julian y Harry, en Londres. Tenía noticias suyas todo el tiempo; estaban ocupados, más

ocupados que yo. Apenas los veía. Madre tiraba poderosamente de mí, me atraía con la fuerza de gravedad del sufrimiento acumulado.

Se publicó mi libro sobre África, un relato del viaje que hice desde El Cairo hasta Ciudad del Cabo —desplazándome en trenes, camiones, autobuses, barcos y taxis, además de a pie—, que obtuvo las reseñas habituales: algunos elogios por ser veraz y apropiado, algunas descalificaciones por ser crítico. El ejemplo de madre me había convencido de que la mayoría de los elogios suenan como vilipendios. Le dediqué el libro a ella. Y aquel día gris iba a visitarla con un ejemplar envuelto para regalo sobre el asiento del copiloto.

—Quiero que mires una cosa —dijo madre, a modo de saludo.

Me cogió de la muñeca y me condujo a través del jardín delantero, donde la hierba estaba demasiado alta, aquella tarde de finales del invierno, y se estaba pudriendo a causa de la humedad; la tierra estaba blanda como una tarta. Madre me aferraba con fuerza. Yo notaba los dedos de sus huesos que me atenazaban como pinzas para ensalada: el mismo tirón frío, el mismo chasquido.

Yo no veía nada. Se lo dije.

—¡Porque no estás mirando! —contestó ella.

Madre siempre hablaba como si hubiera otra persona escuchando. Mejor dicho, como si la escuchara mucha gente.

Lo que quería que yo viera era un bebedero para pájaros, un platito de cemento apoyado sobre un pie estriado también de cemento, con un poco de hielo y escarcha donde empezaba a abombarse.

—Qué bonito —le dije. Desde donde yo estaba, parecía una seta venenosa bastante tosca y sin vida bajo la luz del temprano crepúsculo.

—Mira mejor.

Había una inscripción tallada en torno al borde, o más bien impresa en el cemento (esas cosas se compraban en el Centro de Jardinería de Wally, en South Yarmouth), que decía: *Para la madre más amada del mundo*. Un pájaro había cagado sobre la palabra fundamental, haciendo que pareciera que ponía *timada*.

—Es precioso, mamá.

—Fue idea de Rose —me dijo—. ¿Qué es eso?

Estaba mirando el paquete envuelto que yo llevaba bajo el brazo.

—Un libro.

—¿Sí?

—Uno mío.

—Ah.

Pareció decepcionada.

—Sobre África.

—Pobre gente —dijo—. Todas las Navidades les mando alguna cosilla.

—Es para ti. Mira.

Lo desenvolví y lo abrí por la página donde estaba la dedicatoria: *Para mi madre, en su 92 cumpleaños.*

Lo cogió, se lo puso debajo del brazo y me dijo:

—Me gustaría dárselo a Rose. Es tan generosa. ¿No es el bebedero más bonito que has visto en tu vida? Rose sabe que me encantan los pájaros.

En ese momento, casi sin ningún esfuerzo, estaba consiguiendo ofenderme, hacer que Rose se enfadara —pues recibiría el libro de segunda mano— y mantener el control sobre nosotros. La situación era especialmente irritante porque desde el principio yo tenía pocas ganas de regalarle un ejemplar del libro a madre.

—Siempre supe que ibas a ser escritor —dijo madre, mientras echaba a andar hacia la casa—. Siempre estabas tirado en el suelo del salón con un lápiz y un papel.

Me senté y madre empezó a hablar de lo orgullosa que estaba de la familia. Se la veía triunfal. Todos estábamos en guerra con todos. La complejidad de las relaciones, los cuchicheos y los celos que venían de antiguo, las sediciones y los ataques, los explosivos recuerdos familiares y el inveterado sadismo, todo esto hacía que me resultara imposible determinar cuándo había comenzado la guerra. Al nacer, probablemente; nunca habíamos estado en paz.

No había demasiado amor, pero de algún modo madre nos había enseñado que el amor y el dinero eran equivalentes, que el dinero podía emplearse como medida del amor. Madre tenía una manera brillante de llevar a la práctica su favoritismo; todos sus regalos tenían un valor desigual. Era una persona competitiva y resentida, y por lo tanto contaba con un gran instinto para evaluar y comparar, para enseñarnos las sutilezas del déficit, el azote de la escasez. Padre había ejercido una influencia moderadora sobre ella; empleaba sus suaves dotes de persuasión para que madre tomara conciencia de lo imparcial que era. «Calibra bien las cosas» era uno de sus lemas. Más

adelante, yo aprendería que con una persona que calibra las cosas compulsivamente siempre fracasas.

Todo esto se me pasaba por la cabeza cuando estábamos sentados en la casa de madre aquel día frío. Madre hablaba del bebedero para pájaros que le había regalado Rose y sobre lo atenta que era Franny con ella.

—¿Me puedes hacer un favor? Te lo agradecería mucho —dijo madre, todavía con un tono de voz que sugería que pensaba que había mucha gente escuchándola.

—Por supuesto.

—Hay una toalla en el tendedero. ¿Puedes ir a traérmela? Ya debe de estar seca. La puse a secar esta mañana. ¡El suelo estaba muy resbaladizo! Me pareció que podía caermé y romperme la cadera. Pero tenía que salir a tenderla, porque estaba chorreando.

Parecía una explicación de lo más extravagante para tratarse simplemente de una toalla mojada. Supuse que habría alguna historia detrás; en caso contrario, no habría tenido que escuchar ese prólogo. Madre nunca hablaba del esfuerzo sin pasar después a hablar de la culpa.

Cogí la toalla. Seguía húmeda y gris, como húmedo y gris era el día. Madre, demasiado austera para comprarse una secadora, quizá fuera la única persona de Cape Cod que todavía empleaba pinzas de madera.

—Es de Floyd —dijo.

—¿Esta toalla es de Floyd?

—Es la que usó —ladeó la cabeza—. Vino ayer.

Hablaba con cansancio, como si contar la visita de Floyd fuera un calvario.

—¿En serio vino ayer?

—Al amanecer —dijo madre—. Yo todavía estaba en bata, haciendo café —por su tono de voz, me di cuenta de que había sido víctima de un asedio a primera hora. Me imaginé a Floyd aporreando su puerta. Puso cara de mártir—. Me trajo una pizza que había hecho él mismo. «Cómetela en la cena con una botella de vino», me dijo —imitaba las oclusiones glotales de Floyd con gran exactitud.

Me contó lo que resultaría ser una historia que ejemplificaba la fase triunfal de su faceta de madre.

Pero, pese a todo, me sorprendió, porque yo conocía la historia que había detrás. Otras Navidades habían llegado y pasado, y con su llegada se habían producido otras separaciones. Hacía seis semanas, alrededor de Nochevieja,



Floyd se había quejado delante de mí de que madre se había mostrado muy generosa con Franny y Rose, pues les había dado unos cuantiosos cheques antes de las fiestas (Floyd seguía supervisando el flujo de dinero). Él había recibido una almohada y yo, un bote de mermelada de uva («Hecha por monjes trapenses»). Entre todos habíamos hecho un fondo común, por sugerencia de Fred, y le habíamos comprado a madre una mecedora. Floyd se enfureció.

—Qué bien, les hemos comprado una silla nueva a Franny y Marvin.

Me recordó las cartas que habíamos encontrado entre los papeles de madre en las que se estipulaba que todos los muebles de la casa pertenecían a quien la heredara: Franny.

Floyd se sentía especialmente agraviado porque las bajas temperaturas del invierno habían hecho que se le congelaran las tuberías. Se le había estropeado la caldera. Aparte de una estufa de queroseno que soltaba un humo nocivo, Floyd no tenía calefacción ni agua.

—¡Vivo como un roedor! ¡Me alimento de queso! Me gotea constantemente la nariz. Y Franny tiene una mecedora nueva. ¡Es la propietaria de la casa de mamá!

Floyd no se comunicó con madre en seis semanas. Normalmente, la llamaba, como yo, una o dos veces por semana, para preguntarle si necesitaba algo y, desde luego, como hacíamos todos, para ver si seguía con vida.

Una de las veces que la llamé, madre me preguntó:

—¿Floyd está enfadado conmigo?

—No lo sé.

Uno de los rasgos característicos de la familia era que todos evitábamos ejercer de abogado de los demás, porque hacerlo parecía indicar que había algún tipo de alianza.

—¿Estás seguro de que no está enfadado conmigo? Hace tiempo que no sé nada de él.

A los noventa y dos años, madre seguía siendo lo bastante perspicaz como para evaluar las atenciones que le dedicaban sus distintos hijos. Su estado de alerta estaba a la altura de su necesidad de control; nadie quedaba a salvo de su mirada, e incluso a los hijos que despreciaba los vigilaba de cerca, tal vez incluso más de cerca que a los demás.

—¿Por qué no lo llamas y ves si le pasa algo? —le pregunté.

Parecía dudar. Hubo un largo silencio al teléfono, oí un suspiro que me

resultó familiar, un vibrato procedente del cielo de su paladar.

—No sé, eres su madre —añadí.

Este comentario me llegó de vuelta al día siguiente, cuando Hubby me llamó para contarme un cotilleo. Madre se había burlado de mis palabras (y las había mejorado un poco): «Al fin y al cabo, tú eres su madre, ¿no?», le había dicho, convirtiéndolas en una acusación.

Sin embargo, al parecer siguiendo mi consejo, llamó a Floyd. Lo invitó a su casa. Y, superando su ira navideña, Floyd fue a verla. Ahora sabía que le había llevado una pizza hecha por él. También se había duchado allí —la toalla era la prueba—, porque las tuberías de su casa estaban congeladas.

Madre consiguió lo que deseaba, que su hijo la visitara. Y después, se dedicó a mofarse de él, riéndose de su pizza y lamentando lo temprano que había ido.

—Y me dejó un regalito: una toalla mojada para que la lavara.

Floyd le había proporcionado lo que ella quería más que nada: un agravio.

Pasaron lentamente dos fríos meses más. Llegó la Pascua. Floyd se fue a Pensilvania. Tenía una nueva novia y también ganas de huir de las fiestas. Muy pocos de los hermanos seguían yendo a la iglesia. Por lo visto, Franny y Rose tenían planes. Solo Hubby y yo estábamos en Cape Cod. Yo opté por no manifestarme. Hubby no era el favorito de madre, pero quería hacer algunas mejoras en la casa que se había construido en el Acre, y tenía la idea de ablandar a madre para que le hiciera un préstamo. Él lo llamaba un préstamo, pero cuando el prestamista tiene noventa y dos años, cualquier préstamo puede considerarse un regalo.

Al darse cuenta de que iba a pasar el día de Pascua sola, madre animó a Hubby para que fuera a visitarla. Si no podía estar con alguno de sus hijos predilectos, se conformaría con él. Antes de concretar la visita, Hubby le dijo que necesitaba algo de dinero.

—Es solo un préstamo. Te lo devolveré.

Deseosa de su compañía y de la comida que llevaría, aliviada porque no tendría que estar sola, madre aceptó, en principio, hacerle el préstamo.

—Llevaré langostas —dijo Hubby.

—Me encantan las langostas —dijo madre.

Pero, en cuanto colgó, Fred llamó de manera inesperada y lleno de

entusiasmo para decir que acababa de llegar de China. Estaba en Cape Cod, y quería invitar a madre a la cena de Pascua.

—Hubby insistió en que quería venir a casa —le dijo madre a Fred—. Ya sabes cómo es. Parece que no se da cuenta de que sé cuidar de mí misma.

La visita de Hubby había pasado a ser una carga, y particularmente irritante porque implicaba que ella tendría que rechazar la invitación a cenar de Fred.

El día de Pascua, Hubby y Moneen fueron a la casa de madre. Se sentaron a su lado a ver la misa de Pascua por televisión. Le llevaron flores. Moneen sofrió las langostas y las sirvió sobre un lecho de cabello de ángel. Hubby obsequió a madre con una tarta de chocolate. Después apartó un poco la silla de la mesa y se llevó las manos a la cabeza y le contó su triste historia. Madre lo despachó con un cheque.

—Pero acuérdate de que es un préstamo —le dijo Hubby—. Te lo voy a devolver.

Madre creía con tanta firmeza que era indestructible que le dijo:

—Puedo esperar unos años, Hubbard, pero no más.

Esa noche, llamó a Franny y a Rose, llamó a Fred y a Gilbert, le rezó a Angela e incluso me llamó a mí. Llena de rabia, acusó a Hubby ante todos. Hubby y Moneen habían llegado tarde, con medio kilo de langostas («Sé a ciencia cierta que estaban rebajadas») y «una tarta comprada». Después, él le había pedido dinero. «¿Cómo iba a negarme?». Le había extendido un cheque, y en vez de darle las gracias, Hubby había empezado a decir teatralmente que se lo iba a devolver. Había sido todo una pesadez. Y el día de Pascua, el más sagrado del año.

—Se llevaron las sobras —dijo—. Y me dejaron los platos para que los lavara yo.

Para complacer a madre, la apoyamos hablando mal de Hubby y compadeciéndola por esa cena tan insatisfactoria, el día que había desperdiciado, semejante muestra de ingratitud.

Después, la sacamos a cenar fuera, siempre temprano y a restaurantes próximos, pero como todos los hermanos nos llevábamos mal, la invitamos por separado.

—A Franny y a Rose les habría encantado venir —me dijo madre en su restaurante favorito, La Almeja Feliz, la noche en que la llevé a cenar. Ella sabía que no se habrían sumado por nada del mundo, pero hacer ese

comentario era otra manera de culparme y de justificar su papel de dictadora benévola.

—Me odian —dije.

—Nadie te odia —dijo ella.

—Claro que sí. Pero no pasa nada.

—Es muy triste que la gente no aprenda a llevarse bien —dijo madre con la boca llena.

Las cenas se sucedían. Madre era la única de todos que estaba realmente feliz, pero ocultaba su felicidad para que nadie pudiera sentirse satisfecho consigo mismo. Era patológicamente indirecta, por no decir perversa, y cada vez se mostraba más reservada. Decía lo contrario de lo que sentía o se iba por las ramas. Era famosa por sus silencios.

«Léeme la mente», parecía decir, y sonreía cada vez que intentábamos realizar tal proeza. Siempre lo hacíamos todo mal. Por mucho que lo intentáramos, no lográbamos que admitiera que se sentía feliz. Se negaba a expresar satisfacción, porque admitir esto habría supuesto admitir también que habíamos hecho algo bien. Consideraba que su papel de madre consistía en insistir en que le habíamos fallado. Solo así podría triunfar. Cada cena era una celebración de nuestro fracaso. Angela era perfecta, pero Angela estaba muerta y solo resultaba útil como guía espiritual. Angela no podía pagar la cuenta de La Almeja Feliz.

En una de esas cenas, le pedí perdón, solo por ver qué decía.

—Tendrás que esforzarte más —me contestó.

Comprendí que todos estábamos solos. Todos fingíamos que teníamos a madre, pero no era así. Y tampoco teníamos a nadie más. Madre nos tenía a todos. Madre lo tenía todo.

## 39. Un nido de víboras

Después de pasar años trabajando sin descanso, con una rutina diaria que consistía en escribir toda la mañana, dar un paseo después de comer y trabajar más por la tarde hasta las seis o las siete, la hora del vino, había comenzado a bajar el ritmo. Y, desde mi soledad, empecé a observar a la familia con cierta fascinación. Ahora veía lo que antes se me escapaba. Las batallas me habían dejado agotado, pero no me habían hecho huir. Me había quedado absorto en la disputa; los combates familiares eran una sulfúrea forma de vitalidad. Incluso los incorporé a mi trabajo, tomando notas como había hecho, de joven, en África central, en los distritos donde había clanes enfrentados o en las aldeas particularmente dadas a las peleas. Me di cuenta de que lo que antes me parecía un grupo de hermanos querulantes y una madre vanidosa y manipuladora era, en realidad, algo mucho más venenoso, perturbador y peligroso: un nido de víboras. Mi familia, deprimente y monótona, ahora me resultaba extraordinaria por las cotas de crueldad y de egoísmo que alcanzaba. Esta revelación me liberó y me permitió ser más paciente, además de fascinarme.

Viví mi nueva costumbre de no hacer nada, o de hacer muy poco, como algo natural, un periodo de descanso después del trabajo. Escribía menos y leía más. Me di cuenta de que los libros de memorias que estaba relejendo (*Una especie de vida*, de Greene; *Crónica personal*, de Conrad; y *Algo de mí mismo*, de Kipling) fueron publicados cuando sus autores tenían sesenta y tantos años. Waugh escribió *Una educación incompleta* a los cincuenta y muchos. Esos libros esquivos me convencieron de que yo nunca haría nada parecido. Había estado dándole vueltas al tema desde el almuerzo en Rules, cuando Julian me había dicho: «Dentro de poco tendrás que escribir tu autobiografía». Pero nunca escribiría una autobiografía, con todos los hechos difíciles de interpretar correctamente, las medias verdades y los secretos que había en una vida tan poco común como la mía. Un libro de memorias con

grandes lagunas me parecía peor que uno en el que su autor se sometiera a un autoexamen exhaustivo.

Me imaginé la aparición del libro. Mi vida reseñada por gacetilleros envidiosos, profesores amargados y jóvenes escritores ambiciosos. Lo sabía con certeza; había estado en su posición en distintos momentos de mi carrera. El resumen de mi vida: «Algunas partes son buenas, muchas son aburridas, una pérdida de tiempo; en términos generales, una vida mediocre. Una lectura no recomendable».

Cuando los autores terminan de escribir su autobiografía, esta se le pasa a un lector editorial para que la califique teniendo en cuenta su legibilidad y fluidez, así como su veracidad y su valor. Esto, a muchos de ellos, debe de parecerles un augurio de lo más lúgubre. Con la idea de que mi vida aprobaría este examen por los pelos, comencé a entender que las autobiografías omitan cosas importantes y a los numerosos escritores que se habían negado a escribir la suya.

Además, yo ya había desnudado mi alma en algunas ocasiones. ¿Hay algo más autobiográfico que el tipo de libros de viaje del que yo había escrito una docena a lo largo de cuarenta años? En todo los sentidos, ese terreno genera franqueza. Y consignar detalles personales puede suponer una experiencia devastadora desde el punto de vista emocional. La idea de que una autobiografía marca el final de la carrera de un escritor también me hacía dudar. Aquí está, con un redoble de tambor, el volumen final, antes de que el autor caiga en el olvido a causa del silencio y la muerte; una autobiografía es una especie de despedida y una señal inconfundible de que uno ya ha dicho todo lo que tenía que decir.

¿Y sobre qué se puede escribir? En el segundo volumen de su autobiografía, V. S. Pritchett comenta que «el escritor profesional que se pasa todo el tiempo convertido en otras personas y en otros lugares, reales o imaginarios, descubre que ha escrito su vida y se ha convertido en algo casi insignificante». Y Pritchett continúa: «La verdadera autobiografía de este narcisista se expone, hasta el más íntimo de sus detalles, en su obra».

Cuanto más reflexionaba yo sobre mi vida, más me atraía la novela autobiográfica. La familia cercana es, típicamente, el primer tema que considera un escritor norteamericano. Nunca me pareció que mi vida fuera lo bastante sustanciosa como para producir esas anécdotas narrativas que enriquecen las autobiografías. Nunca había pensado en escribir sobre una

familia numerosa y locuaz como la mía, y enseguida adquirí la provechosa costumbre de tomarme las libertades que tienen los escritores de ficción, y empecé a emplear exageraciones y adornos, a dejar cosas sin decir e inventarme otras, a dar cuenta de acciones heroicas y fomentar la mitomanía, a hacer gala de un revisionismo compulsivo y a usar todos los demás recursos que resultan tan valiosos para este género.

Me acordé de una frase de la novela *Books Do Furnish a Room*, de Anthony Powell. El narrador, Nicholas Jenkins, reflexionando sobre un montón de libros de memorias que tiene que reseñar, escribe: «La historia de todo individuo tiene algún aspecto cautivador, aunque casi todos los autores de autobiografías tienden a omitir o velar el eje fundamental de su vida».

¿El eje fundamental de mi vida era madre?

La decisión de no escribir un relato de mi vida me hizo feliz. Suponía aplazar una tarea que temía, y me permitía tener más tiempo para pensar en mi familia y hacer una crónica de otra clase, nada relacionado con la escritura, sino una reflexión sobre el poder, un estudio de la mezquindad.

Me puse a observar con atención. Era como si me hubiese quedado en paro, como si hubiese sufrido un accidente grave —como si me hubiese roto la columna, tal vez— y, durante el proceso de curación, hubiera engordado y perdido toda mi pasión, para no recuperar jamás el deseo de hacer ningún esfuerzo. «Ya no tengo ninguna ambición, no siento el fuego en mis entrañas», dicen a veces las personas mayores tratando de explicar por qué se jubilan; personas que antes eran burócratas, funcionarios diplomáticos, hombres competitivos. Cada vez que he oído decir eso, he bajado la mirada sin querer y he visto una panza grande y complaciente.

Ese era mi estado; vivía en la tierra madre y mi familia me resultaba más interesante que toda esa gente que había conocido a lo largo de toda una vida recorriendo el mundo, entre personas hambrientas que luchaban por sobrevivir. Los miembros de mi familia ahora me parecían idénticos a esos esforzados carroñeros y buscavidas, solo que nosotros llevábamos zapatos. Y mientras tanto, en mis momentos de ocio, descubrí otras cosas que me gustaban. Aprendí, como hace uno cuando está desocupado, a evitar encuentros con los demás cuando estuvieran trabajando, haciendo un esfuerzo por un salario. Necesitaba estar con otra gente ociosa, con personas

que se hubieran quedado rezagadas como yo. No tuve que buscar más allá de mi familia.

Las luchas familiares me proporcionaban un disfrute horrible; las batallas entre mis hermanos me hacían sentir un deleite similar al del transeúnte que se detiene a mirar cómo se pelean dos desconocidos. Los que habían recibido un poco de dinero de madre combatían contra los que habían recibido mucho.

—Es muy deprimente —dijo Floyd—. Didi no lo puede entender.

Didi era su nueva pareja. Por el momento, yo solo la conocía de nombre. En cualquier caso, la lucha me parecía un proceso vital, la historia más antigua del mundo; la reina haciendo que sus súbditos se enemistaran, animándolos con regalos muy desiguales para ponerlos a prueba y asegurar su dominio. Contemplar este proceso me permitía pensar al mismo tiempo sobre el origen de la guerra y la clave del poder: cuanto más se pelearan sus súbditos entre ellos, menos se veía amenazada la reina.

¿Se imaginaba madre lo violento que iba a ser dicho proceso a la hora de ponerlo en marcha? No lo creo. Madre era vanidosa, pero no era mala, y en un nivel muy básico, nos necesitaba. No habría querido que nos destruyéramos los unos a los otros. Le habría impactado mucho enterarse de hasta qué punto eran feroces nuestras peleas —los insultos, las pullas—, de lo cerca que estábamos de destrozarnos la vida y de lo infelices que nos hacía sentir todo esto.

Y sin embargo, así estaban las cosas. Lo peor de nuestra rivalidad era que, a pesar de ser ya adultos bastante maduros, nos comportábamos de un modo más infantil que nunca. Parecíamos resueltos a devorarnos los unos a los otros, con ese endocanibalismo que se encuentra en los rituales más autodestructivos de algunos pueblos remotos. Podíamos dedicarnos de lleno a ello. Teníamos tiempo; nuestras carreras habían llegado a su fin, ya no trabajábamos a jornada completa. No había mucho que hacer, además de pelear; no éramos ambiciosos, pero seguíamos estando llenos de codicia y rabia.

Madre estaba más viva y activa de lo que yo podía recordar, y también se mostraba más susceptible y demandante que nunca, al teléfono durante todo el día y la mitad de la noche, deseando que la visitáramos, ansiosa por recibir regalos y por seguir siendo el centro de nuestro mundo. Tenía buena salud, así que se burlaba de los males de los demás: de la hipocondría de Marvin, de los lloriqueos de Jonty, de las preocupaciones de Franny. Sobre los



problemas de espalda de Walter, comentó:

—A mí nunca me ha pasado nada malo en la espalda.

Y sobre la reducción de jornada de Rose en el colegio:

—Solo trabaja dos días a la semana.

Siempre comparaba a los demás consigo misma y con su vida de duro trabajo. Burlarse de sus hijas era una artimaña, y ahora yo lo sabía. Era su manera de disimular el hecho de que seguía dándoles cheques por pequeñas y grandes sumas. El razonamiento de madre —que a mí me parecía transparente— era: *Si hablo mal de ellas, nadie sospechará que les estoy dando dinero por ocuparse de mí.* Yo sabía que Franny y Rose tenían asegurada la posición de visitantes preferidas de madre.

Pero había otra cuestión, bastante sutil: en realidad no estaba seguro de si madre de verdad ocultaba sus regalos o si solo fingía ocultarlos. Era tan astuta que las dos opciones eran posibles. Me tenía muy despistado, y también a Floyd, que había seguido atento al flujo de dinero, pero, como estaba felizmente enamorado de Didi —fuera quien fuera—, el asunto ya no le preocupaba en absoluto.

El domingo era de Franny y Rose. Nadie quería toparse con ellas, de modo que nos manteníamos a distancia. Hubby solía ir a ver a madre el sábado. Gilbert se instalaba en su casa unos días cada vez que volvía a los Estados Unidos. A Fred le parecía importante sacar a madre a cenar; era algo que a ella le encantaba, y no tanto por lo que comía en el restaurante como por las sobras que se llevaba después a casa. Floyd iba a verla de cuando en cuando, unas cuantas veces al mes. Yo pasaba por su casa cuando iba a visitar la tumba de padre, pues el cementerio de Oak Grove no quedaba lejos. Digo «su casa», pero, por supuesto, la casa había sido transferida a Franny y Marvin.

Me acordaba de que la casa estaba a nombre de Franny cuando madre señalaba que había encargado que cambiaran la moqueta, que pusieran una nueva caldera y un tragaluz en el techo y que hicieran un nuevo camino de entrada de ladrillo: todas las mejoras que Franny la había alentado a hacer para poder disfrutarlas cuando madre también reposara en Oak Grove.

Yo, que tan orgulloso me había sentido de mi lucidez, estaba confuso. Nunca me quedó del todo claro si madre estaba manipulando a aquellos a los que les daba dinero o si eran ellos los que la manipulaban. Yo quería que hubiera alguien a quien culpar; deseaba poder asignar el rol de malo de la película. Pero madre, gracias a su talento, podía parecer al mismo tiempo

tirana y víctima, opresora y oprimida.

Esa confusión, ese fuerte olor a sangre en el ambiente, era lo que nos convertía en víboras. En el pasado habíamos permanecido encubiertos, y recurriamos solo a las ofensas y los cuchicheos ocasionales, felices de que lo que dijéramos le llegara a todo el mundo, como cuando me contaban que Fred pensaba que yo era pomposo, o que Franny había dicho que era tan tacaño que solo comía fideos japoneses, o que Hubby había comentado que cada vez que lo veía lo ponía a arreglarme algo y que estaba harto de ser mi manitas, o que Floyd opinaba que yo era muy competitivo, o que Rose había asegurado que estaba ofendido; esa clase de cosas (estas eran las que decían de mí), todas ellas indirectas y engañosas y fáciles de negar.

—Nunca he dicho tal cosa —protestaba Franny—. Tú eres el más generoso de la familia —añadía, mintiendo cada vez más.

Pero habíamos cambiado. Ya estábamos mayores. No teníamos nada que ganar tratándonos con educación. Pasamos de ser una familia de hipócritas que se dedican a cuchichear a insultarnos abiertamente.

—¿Sabes por qué no voy a entrar en esta casa? —gritó Floyd a través de la puerta al ver a Fred sentado en una silla al lado de madre—. Porque te desprecio. No siento ningún cariño por ti. Porque eres un pesado sentencioso.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó madre. Finalmente empezaba a fallarle el oído.

Hubby se tomó la molestia de recordarles a los hijos de Rose que a su perro lo había atropellado una furgoneta de FedEx.

—¿Dónde está Wags? —preguntó, y los ojos se les llenaron de lágrimas—. Ah, sí. En alguna cuneta.

Esto sucedió en el Stop and Shop. Rose se volvió hacia él y le gritó:

—¡Qué gilipollas eres!

Nos convertimos en esa clase de gente que a veces uno ve en lugares públicos poniéndose en ridículo unos a otros; de pronto, un grito, o el choque de unos carritos de supermercado, o las caras rojas en medio de la calle, o un portazo. Nuestras exhibiciones públicas se volvieron más frecuentes, en esa época, porque solo nos veíamos en sitios públicos, cuando nos encontrábamos en el cine, en la playa, en el vertedero o delante de la tumba de padre.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté a Franny en Oak Grove, y me burlé de ella por las patéticas caléndulas medio marchitas y malolientes que había

llevado en un tiesto.

Rose me vio cruzando la calle principal de Osterville cuando iba con el coche. Aceleró, y al pasar a mi lado me dijo:

—¿Qué coño haces?

—Que te den —le contesté cuando vi quién era.

—Vaya con más cuidado, hombre —me dijo un anciano, mirándome con el ceño fruncido.

—Ha estado a punto de atropellarme —le dije—. Estaba en verde.

Aquel simpático anciano no podía imaginarse que los dos malhablados de la escena que acababa de presenciar no eran una conductora impaciente y un peatón imprudente, sino hermano y hermana. Y más impactante aún era que al principio yo no la había reconocido. La persona que vi me pareció ser una señora mayor, de pelo cano, con la cabeza hundida entre los hombros, que me gritaba enseñándome unos dientes amarillentos. ¡Rose!

Franny me escribió un mensaje en la parte de atrás de una tarjeta de felicitación en la que decía: *Me acuerdo de ti*. Las letras grandes y sinuosas, características de una profesora de primero de primaria, decían: *Rezo por ti porque tu alma es negra. Si murieras ahora, en estado de pecado mortal, irías al infierno.*

Las dos hermanas acosaban a Hubby y, como suelen hacer los que tienen la costumbre de quedarse con todo, se quejaban de su codicia.

Fred hizo una barbacoa para unos clientes e invitó a madre. Empleando lo que parecía ser una nueva estrategia para fastidiarlo, madre le dijo:

—¿Puede ir Rose? Hoy iba a venir a visitarme.

Entonces Fred invitó a Rose y, a mitad de la comida, esta lo acusó de ser mandón y agresivo. Rose era una persona malhumorada cuya manera de comunicar su malestar era mirar a alguien poniendo una expresión furiosa y decirle:

—Estás muy enfadado.

Se trataba de algo calculado para encolerizar a quienquiera que se lo dijese, y al conseguir esta reacción, ella solía decir:

—¿Lo ves? ¿Te estás oyendo?

El día de la barbacoa en la casa de Fred, Rose terminó metiéndose en su coche con un ataque de llanto, junto a sus aterrorizados hijos, que ya eran bastante mayores: Bingo estaba en la universidad y Benno en el último curso del instituto. Cuando Fred trató de consolarla, ella gritó:

—¡A ti te pasa algo!

Madre estaba sentada al lado de la piscina, desde donde no se oía nada, bebiendo agua y diciéndole a uno de los invitados de Fred:

—Yo no tomo ninguna medicina. «¿Tú qué tomas?», me pregunta la gente. Yo no tomo nada —explicaba con su peculiar acento.

Atormentábamos a los hijos de los demás y no dejábamos de mencionar sus errores y defectos: a uno lo pillaban robando en una tienda, otro cometía actos de vandalismo, un tercero iba mal con los estudios. Jake nunca superaría la vergüenza de haberse comido un vaso de poliestireno, y el episodio definitorio de la vida de Jonty era que había hecho que se saliera el parabrisas del Dodge Dart de una patada. Una vez, de pasada, Floyd me preguntó:

—¿Tus hijos siguen teniendo ese acento inglés tan falso?

En otra ocasión, le envió a Fred una postal con una vista de Woods Hole y un mensaje que decía: *Tus hijos te odian*.

Y a pesar de todo, cuando iba a ver a madre, siempre me preguntaba si había visto a Rose, o me decía que Franny había preguntado por mí, o que Hubby me había hecho unas jardineras nuevas, como si fuéramos una gran familia feliz. Madre siempre actuó como si esa armonía ficticia fuera un hecho incontestable.

Una tarde, me encontraba en su casa. Sonó el teléfono. Madre lo cogió, dijo «sí» y después colgó.

—¿Quién era? —le pregunté.

—Franny. Siempre llama a esta hora.

—¿Qué ha dicho?

—Me ha preguntado si estaba con alguien.

Nos movía de un lado a otro como si fuéramos piezas de ajedrez. Nosotros permitíamos que nos moviera y hacíamos lo mismo: movíamos de un lado a otro a los demás.

—Una vez, Fred me llevó a México —me contó Floyd—. Usó las millas de vuelo acumuladas, pero a mí me hizo creer que había pagado mi billete. Al final del viaje, le di las gracias y le dije que me gustaría compensarlo. Sin perder ni un segundo, me pidió mi rifle de chispa Harper's Ferry. Como soy idiota, se lo di. ¡Es un trilerero! No me esperaba nada parecido.

Hubby recordaba faltas de respeto de hacía tiempo, como cuando, a los doce años, tocaba «My Grandfather's Clock» con el chelo y se equivocaba de

notas y nosotros lo mirábamos y escuchábamos, temblando de risa e intentando contener la carcajada.

Franny y Rose afirmaban que un miembro de la familia («Y sabemos quién») había derribado las estatuas de sus jardines, había birlado algunas flores y se había llevado cartas importantes de los buzones de sus casas.

Después de eso, Floyd, que siempre estaba buscando libros raros en internet, me envió una hoja que había impreso en la que aparecían diez libros míos que Rose y Walter le habían vendido a un librero de Nueva York. Los describía como «artículos de colección dedicados por el autor». Todos eran primeras ediciones, y en todos decía *Para Rose y Walter, con cariño, Jay*. Se los había regalado en Navidad o por algún cumpleaños o en alguna reunión familiar. Estaban valorados en miles de dólares. Cuando alguien vende un libro que le has regalado, está enviando un mensaje. Puede parecer una tontería —al fin y al cabo, no es más que un libro—, pero resulta bastante doloroso; el libro ha cobrado más valor debido a la dedicatoria amable o cariñosa, los dedicatarios son tu hermana y tu cuñado, todo funciona como un recordatorio del estado en que se encuentra la relación. Esos libros no eran recuerdos de días felices, solo parte de una simulación, y la dedicatoria era una prueba de dicha simulación, pues lo cierto es que yo no había sido más sincero al regalarles el libro que ellos al aceptarlo. Ahora, cada uno de esos libros era un objeto caro, que había sobrevivido desde una etapa anterior y representaba una emoción falsa.

—Traición —dijo Floyd, y como se lo comentó a madre, ella, la siguiente vez que la vi, me contó, haciendo gala de su característica astucia, que a Rose le encantaba lo que yo escribía.

—Pero si ha vendido mis libros, los que les regalé a ella y a Walter.

—Yo nunca haría algo así —dijo madre.

—No he dicho que tú fueras a hacerlo. Pero Rose lo hizo.

—Estoy segura de que te equivocas.

—Están en un catálogo que me ha enseñado Floyd.

—Ya sabes cómo es Floyd.

—He visto una lista donde aparecían los libros. Firmados por mí.

Madre se quedó en silencio. Parecía estar pensando en otra cosa. Se ajustó las gafas, se meció un poco y dijo:

—No sé nada sobre ese asunto.

—Por eso te lo estoy contando —dije.

—¿Por qué gritas?

—Estoy enfadado porque han vendido mis libros por un montón de dinero.

Era un error buscar su empatía; madre no tenía ninguna empatía. Pero la palabra *dinero* despertó su interés.

—¿Cuánto? —me preguntó.

—Miles de dólares.

Eso la hizo reír. Creía que yo estaba exagerando, si no mintiendo. Ningún libro podía valer eso, nunca se había vendido un libro por semejante cantidad de dinero. A pesar de su habilidad y su astucia, estaba aislada e ignoraba muchas cosas del mundo, como les sucede a muchas reinas, y sobre todo ignoraba el mundo de las primeras ediciones modernas.

—Estoy segura de que es un malentendido —dijo—. Mañana vienen a verme. ¿Quieres apuntarte? Vamos a picar algo.

Madre afirmaba que era olvidadiza. Parecía realmente olvidadiza. ¿O acaso se dejaba el gas encendido y el grifo abierto aposta? Sus despistes y distracciones resultaban absolutamente verosímiles, y por eso yo estaba casi seguro de que los fingía. Digo «casi seguro» porque en realidad no podía imaginarme lo que tenía en la cabeza.

—No voy a venir —dije.

—Rose se va a sentir muy decepcionada.

No me podía creer lo que oía. Me quedé mirándola, boquiabierto.

—Ha vendido mis libros —dije—. Me pone motes. Me odia.

—No seas tonto —me dijo madre—. La primera lección que les enseñé a mis hijos es que tenían que quererse. Esa es la lección más importante de todas. «Amaos los unos a los otros como yo os he amado», dijo Jesús. Si en la familia no hay amor, ¿qué va a ser de nosotros?

## 40. Pecado mortaal

Fue entonces cuando aprendí que el clima es memoria. Que hasta el viento cuenta. Que uno no necesita un calendario para recordar los aniversarios. Se huelen, se sienten en la piel, se saborean. Si uno vive en el mismo sitio año tras año, el clima empieza a adquirir significado; se carga de presagios, y la temperatura, la luz del sol, los árboles y las hojas evocan emociones. Todo lo que hay de venerable en el mundo se apoya en este principio, en el hecho de que determinadas percepciones del clima nos resulten familiares; tales devociones se originan en cierta estación del año, en un día en concreto. La mañana de mayo en que enterraron a padre el clima era cálido y el aire estaba lleno de fragancias.

Había, por lo tanto, algo primitivo en la manera en que nos quedamos de pie en el aparcamiento de la iglesia católica de Saint Joe, en Station Avenue. Ahí estábamos todos, sintiéndonos más pesados y más mayores, sin mirarnos a los ojos. Era el mismo mes, el mismo día, la misma mañana, el mismo clima de hacía diez años, cuando nos habíamos reunido para el funeral de padre: el mismo calor, la misma luz, los mismos olores a tierra mojada y a hojas frescas. 30 de mayo. La acritud del calor nuevo sobre la hierba primaveral empapada de lluvia, la creciente acidez de la tierra cocinada y rajada por el sol, el olorcillo del humus que forman las agujas de pino al descomponerse y el punzante aroma de las hojas mohosas convirtiéndose en abono, las evocaciones de raíces húmedas y bulbos hinchados avanzando a través del suelo húmedo, las primeras flores: narcisos, junquillos, azaleas, los grandes capullos rosáceos de los rododendros, las pesadas forsitias amarillas, la dulzura del viburno blanco. Incluso madre la notó.

—Mi flor favorita —dijo, y añadió, para ponernos a prueba—: ¿Os acordáis de cuál es mi flor favorita? —antes de que nadie pudiera dar la respuesta correcta, la dio ella—: La magnolia.

Todos le hicimos ver que sí nos acordábamos por medio de un desganado

murmullo, un coro de mugidos medio sofocados. Nuestro tono malhumorado se debía a que, aunque todos queríamos estar en la iglesia, para honrar la memoria de padre, no nos apetecía estar juntos.

—Me gustaría que fuéramos todos —dijo madre cuando nos contó su plan. Nos lo contó por separado, por supuesto—. Como debe hacer una familia.

Justo cuando el estado de ánimo de la familia estaba más bajo, cuando nos tratábamos de un modo más salvaje y desagradable y corrosivo que nunca —«gilipollas», «tonto del culo», «zorra gorda y codiciosa» y cosas así—, madre anunció que había pagado una misa conmemorativa por padre y que esperaba que todos estuviéramos allí, de rodillas.

—Es para el descanso de su alma —dijo madre, empleando la fórmula de la iglesia.

Floyd hizo un comentario sobre la práctica medieval de comprar un oficio litúrgico y pagar para que alguien rece.

—La venta de indulgencias —dijo—. El intento de alcanzar la redención con dinero es lo que rechazaba Lutero. «El cuento del bulero». Y aquí sigue vigente. Todo se compra. ¡Mira!

Me hizo darme la vuelta para que me fijara en que en la calle había dos personas con unos carteles, y los levantaban y movían para llamar la atención sobre sus mensajes. Uno de los carteles decía: *Recuperemos nuestra Iglesia*; el otro: *Castigo para los sacerdotes pedófilos*. Cerca de ellos, en el jardín de la iglesia, había gente arrodillada, rezando el rosario.

—Es como de mal gusto —dijo Franny, sin dirigirse a nadie en particular—. Eso es lo que creo yo.

—¿Pensarías lo mismo si un sacerdote hubiera sodomizado a Jonty cuando tenía doce años? —dijo Hubby—. Porque eso es lo que hacen, se follan a chicos de doce años en las acampadas.

Fred hizo un gesto con los ojos y le pasó el brazo a madre por encima de los hombros.

El escándalo había aparecido en el *Cape Cod Times*: unos hombres perturbados y con el pelo revuelto habían ido a la policía a denunciar que habían sufrido tocamientos y violaciones por parte de unos sacerdotes homosexuales de Boston hacía veinte o treinta años. Los pleitos y las acusaciones habían dividido a la Iglesia: el cardenal de Boston había protegido a los sacerdotes; de hecho, los había enviado a parroquias nuevas, donde habían abusado de más chicos. Algunos sacerdotes habían ido a la



cárcel y otros iban a ser juzgados próximamente. Los denunciantes exigían compensaciones millonarias. Se trataba de tanto dinero que la diócesis había empezado a cerrar iglesias, en previsión del enorme desembolso al que tendría que hacer frente.

—Shanley está en Provincetown —dijo Floyd—. Se encuentra entre nosotros.

El padre Shanley, arrestado recientemente, era uno de los sacerdotes acusados de pedofilia. Estaba en libertad bajo fianza, a la espera de que se celebrara su juicio, y vivía en ese conocido enclave homosexual situado al sur de Cape Cod. Cuando aún era sacerdote, había participado en la fundación de la Asociación Norteamericana por el Amor entre Hombres y Niños[26].

—A lo mejor es él quien oficia la misa hoy —dijo Hubby.

—Lo han exonerado del sacerdocio —dije yo.

—Por exonerar a un montón de niños.

—Creo que más bien los estaba dexonerando —dijo Hubby.

—Callaos —dijo Rose.

—Sois asquerosos —dijo Franny.

—Muy bien, críticame a mí y no digas nada de los sacerdotes pervertidos.

Nuestro estridente comportamiento exageraba nuestra fragilidad y nuestra edad. Al discutir, al empezar a jadear a causa de la rabia, parecíamos más mayores y más crueles, y nuestro mal humor parecía una muestra de debilidad.

Lo cierto es que nuestro aspecto era el de personas mayores. Me había impresionado la visión de la vieja bruja que me gritó por la ventanilla de su coche en Osterville y que resultó ser Rose. Pero Franny también era una vieja bruja, Fred era un carcamal, Floyd estaba casi completamente calvo y Hubby parecía haberse hecho una tonsura. Gilbert tenía una panza gigante. Yo estaba cada vez más gordo y tenía cada vez menos pelo. No hay nada menos digno que un anciano malhablado.

Madre era la única que no había cambiado. Estaba muy flaca, pero parecía indestructible. Ya había cumplido los noventa y tres, pero no parecía mayor que diez años atrás, cuando se había celebrado el funeral de padre. Se hallaba de pie, cruzada de brazos, con su gran bolso de los domingos colgado de un brazo, en el centro de nuestro grupo familiar. Nos habíamos quedado en el aparcamiento, e íbamos de un lado a otro arrastrando los pies.

—Creo que deberíamos entrar —dijo—. He reservado un banco especial

en la primera fila. ¿Quién es ese?

Era Charlie, que acababa de bajarse de su coche y venía hacia nosotros a toda prisa.

—Charlie —dije yo.

—¿Quién es Charlie? —preguntó madre.

—Mi hijo. Uno de mis hijos.

—Ah, sí, ya me acuerdo —dijo madre.

—Espero no llegar tarde —dijo Charlie.

—En este lugar, siento a Angela —dijo madre—. Noto su presencia. Me está hablando. Está apenada por papá. ¿Alguien quiere decirle algo? Puedo darle el mensaje.

Madre había asumido el papel de sibila y mediadora y hablaba en voz alta, llamando la atención de otras personas que ya habían ocupado sus asientos. Me pareció que pretendía hacer un espectáculo de nuestra entrada en la iglesia, de nuestra procesión por el pasillo central: una madre con sus siete hijos, como Blancanieves y los enanitos.

—Dice que está feliz porque estamos todos juntos, en armonía —dijo madre, mirando a derecha e izquierda—. Como debe estar una familia.

Fred iba a su lado con su cabeza de tortuga y su aspecto de enfermo. Franny y Rose parecían ir dándose empujones por situarse al otro lado de madre. Hubby los seguía, solo, luego íbamos Gilbert y yo, y Floyd cerraba la procesión. Charlie y los nietos y las parejas estaban mucho más atrás. Quizá la gente que había en la iglesia nos considerara la familia ejemplar que madre quería que vieran, los numerosos hijos que apoyaban a su madre, anciana y viuda, en su dolor. Quizá nadie viera lo que yo sentía tan profundamente, que éramos unos hijos viejos, mezquinos y feos que avanzaban con su anciana madre y cometían un sacrilegio al fingir que estaban rezando.

Padre se habría sentido incómodo con aquella farsa, con la idea de pagar una misa, con las carísimas flores, con la procesión, con la pompa, con el hipócrita espectáculo de solidaridad, con la apelación a Angela. Se habría escabullido por una puerta lateral o se habría dirigido al fondo de la iglesia para expresarse cantando sus himnos favoritos a pleno pulmón o para arrodillarse y ponerse a rezar con los ojos cerrados.

Al llegar al comulgatorio, madre hizo una genuflexión mirando hacia al tabernáculo, en un conspicuo gesto de piedad, y después nos indicó que nos sentáramos en el primer banco. Lo hicimos, en silencio y todos a la vez. ¿Era

evidente que detestábamos estar juntos, que nos habíamos sentado separados, que solo Floyd y yo conversábamos, que el resto permanecía en silencio y con una expresión impasible en el rostro?

—¿Se te ha ocurrido que es posible que madre sea la más pobre de todos? —me dijo Floyd entre susurros—. Piensa en todo el dinero y las propiedades que ha regalado. Ni siquiera es dueña de la casa en la que vive.

Yo agaché la cabeza y dije:

—A lo mejor tiene otra cuenta bancaria, o inversiones de las que no sabemos nada.

—Míralas —dijo Floyd—. La reina Lear con Regan y Goneril.

Las tres estaban arrodilladas, madre entre sus dos hijas, todas rezando con las manos juntas y los traseros contra el banco. Madre se santiguó. Sus hijas hicieron lo mismo. Las tres se sentaron.

Después se pusieron de pie. Todos lo hicimos. Había entrado el sacerdote, seguido por dos mujeres canosas, una muy delgada y la otra barriguda, ambas con los labios fruncidos y ostentosamente piadosas. Tenían tal aspecto de cotillas y entrometidas que pensé que quizá se hubieran colado allí sin permiso.

—¿Y los monaguillos? —le pregunté a Floyd.

—¿Cuánto hace que no vas a la iglesia?

La respuesta era desde el día del funeral de padre, hacía una década. No me acordaba de cuál había sido la vez anterior. Ahora todo el oficio me resultaba extraño: el altar colocado como una mesa de comedor, el sacerdote de pie detrás de él, de frente a los feligreses, flanqueado por las dos viejas urracas. Era todo desconocido para mí; no se parecía a ninguna misa a la que hubiera asistido.

El sacerdote era un hombre corpulento, con la cara rosada coronada por una mata de pelo blanco, que manipulaba los objetos sobre el altar con sus dedos regordetes. Pasaba las páginas del misal, que reposaba sobre su atril, y después juntaba las manos y rezaba en voz alta; otra ostentación de piedad. Las dos mujeres estaban a su lado y parecían competir por llamar la atención mientras el sacerdote se contoneaba hacia atrás y hacia delante, con la gran panza cubierta por las vestiduras brocadas, unas borlas doradas y una sobrepelliz adornada con finos encajes.

—Un agnóstico —dijo Floyd en voz baja—. El padre Corkery, hereje y blasfemo. Echo de menos al padre Furty.

Nos levantamos, nos pusimos de rodillas, nos sentamos, murmuramos responsos. Un hombre comenzó a aporrear su guitarra y a cantar «The Impossible Dream» mientras alguna gente la tarareaba. Después, una de las mujeres hizo sonar unas campanillas y el sacerdote, que parecía un chef travestido, comenzó a hacer aspavientos con el cáliz como si estuviera condimentando un suflé.

Ajustándose los puños de encaje y estirándose las mangas, el padre Corkery subió al púlpito. Era un sacerdote rubicundo, bien alimentado y tan rollizo que sus vestiduras parecían hinchadas. Ahora que lo iluminaba la luz que le caía desde lo alto, pude estudiarlo con detenimiento. Saltaba a la vista que estaba muy orgulloso de su pelo espeso y canoso, que destacaba gracias al tono rosado de su rostro. Tenía los ojos de un azul muy claro, y su cabeza parecía desproporcionadamente grande, como la de un bebé, debido a lo corto de su cuello, que se perdía entre los volantes de la ropa. Cuando se aferraba al borde del púlpito, yo veía brillar sus anillos.

—Él es la razón por la que los mormones llaman a la Iglesia católica «la gran puta de Babilonia» —dijo Floyd mientras el padre Corkery fruncía el ceño, respiraba hondo y comenzaba a hablar.

El sacerdote se puso a entonar las fórmulas de la misa, y yo reconocí en su voz el acento de los bostonianos descendientes de irlandeses. Decía «aquíiii» en vez de «aquí», «maaaanos» en vez de «manos» y «adonnos» en vez de «adornos», lo cual, junto con el chirrido nasal que emitía al hablar, lo identificaba como miembro de la colonia irlandesa del sur de Boston. Anunció que su tema iba a ser «el pecado mortaaal».

—En la lectuuura de hoy, san Pablo se refiere al fueeeego. Dice que el fueeeego es el castigo para el pecado mortaaal —dio un golpecito sobre la Biblia—. Lo dice aquíiii mismo...

Yo no escuchaba su argumentación, sino que me fijaba en las peculiaridades fonéticas de su forma de hablar, imaginándome cómo transcribirlas y reflexionando sobre el hecho de que la gente hablara alegremente del acento de Boston, cuando era obvio que no existía tal cosa; en Boston había cincuenta maneras de hablar, y el que yo estaba oyendo era el acento irlandés de clase media-baja del sur de Boston, el de los «irlandeses de cortinas de encaje», como los llamaba padre, para distinguirlos de los «irlandeses de chabolas». Alguien que viviera en la zona del sur de Boston quizá sería capaz de identificar el barrio concreto del que procedía el

sacerdote. Los hombres de esa comunidad solían ser sacerdotes, policías o políticos, empleos que se consideraban más o menos equivalentes en esta ciudad tan centrada en el estatus social.

El padre Corkery empezó a hablar de la santidad de la vida, de que «tooodas las criatuuuras vivas perteneecen a Diooos». Como se trataba de una misa conmemorativa que se celebraba en honor de padre, presté atención a ver si lo mencionaba.

—Aquí viene —murmuró Floyd.

—Sin embaaargo, alguna gente no le presta a esta ideeea la atenciiin que se mereeece —dijo el padre Corkery—. Se dedican a destruiir la vida. Creedme, eso se paaaga.

Era realmente fiel a sus raíces, y en la siguiente oración habló de un «trato juuusto». Después continuó diciendo:

—Hay gente que asesiiina niños en el vientre de sus madres. Diooos ama a esos niiiiños, y ellos los tiran por el retreete. ¡Y no les impooorta! ¡Y se van al ciine! Y van a cenar y a tomar algo. ¡Se toman unas cerveezas! ¡Se lo pasan boomba!

—¿Te das cuenta de lo que está haciendo? ¡Las cosas que dice! —murmuró Floyd—. Sin coñas. Es como lo que hacen los magos cuando quieren distraer al público.

Aunque el padre Corkery estaba despotricando contra el aborto, calificando a los abortistas de asesinos y las clínicas donde ejercían de mataderos y campos de concentración nazis «como el de Asgüiiich» (parecía que se refería a una localidad de Cape Cod que estuviera cerca de la de Harwich), y diciendo que hacía falta acabar con todo eso, yo seguía fascinado por su acento. ¿Por qué nadie había incluido nunca esa forma de hablar en un libro?

El pesado sermón continuaba y empecé a pensar en que los acentos locales de los Estados Unidos se estaban perdiendo, absorbidos por la forma de hablar estandarizada de la televisión y la radio. Eso era una pena, porque había algo en los acentos locales que te permitía detectar si lo que alguien decía era verdad. Yo podía darme cuenta, por la manera de hablar del padre Corkery, de que estaba adoptando una pose. Hablaba de los «médicos que se tomaban una boteeella de tónica en el porche de su caaasa, tan tranquiiilos, aunque se encuentran en estado de pecado mortaaal».

Podíamos hacer algo al respecto, dijo. En otoño había elecciones.

—Si estáis haaartos, id a las uuurnas y coged la papeleeeta y votad al candidato que promeeeta acabar con el pecado mortaaal del abooorto. Hablad de ello con vuestros amigos y veciinos. Decidles que el padre Cok-kery quiere saberlo, que todos deberían preguntaaarles a los candidatos qué opinan sobre este probleeema.

—Ayatolá —dijo Floyd.

Madre agachaba la cabeza mientras rezaba.

—Fíjate en el tiempo que ha dedicado a hablar de los sacerdotes pervertidos —volvió a murmurar Floyd.

En lo que yo me había fijado era en que el padre Corkery había ido elevando la voz durante el sermón, mientras se dejaba oír un lamento, una especie de canto que parecía tratar de tapar su discurso y que procedía del exterior de la iglesia y era tan estridente que atravesaba los vitrales.

—Unámonos en la oración —dijo al fin el padre Corkery, y en ese momento oí de nuevo los rítmicos cantos. No se distinguían con claridad, pero sonaban con fuerza y discordantes a causa de la emoción.

En las oraciones que siguieron al sermón, el padre Corkery mencionó a las almas que habían dejado la iglesia y miró hacia arriba como si los hubieran lanzado a través del techo. Entre los tres o cuatro difuntos, dijo el nombre de padre, aunque lo pronunció «Justiis».

Haciendo la señal de la cruz, Floyd murmuró:

—En el hombre del parte, del pijo y de su propio holocausto. Ay, men.

Entonces las voces amortiguadas se convirtieron en gritos, las puertas de la iglesia se abrieron y un montón de gente con expresión airada empezó a avanzar por el pasillo gritando: «¡Hipócritas!», todos muy nerviosos y con la voz quebrada.

Protestaban porque la Iglesia encubría a los sacerdotes pedófilos, pero todos nos estremecimos; nos lo tomamos como algo personal.

La misa quedó desbaratada; en cualquier caso, ya estaba a punto de terminar. El sacerdote se cogió las faldas, soltó unas oraciones a toda prisa y huyó. Los feligreses se levantaron y empezaron a empujarse hacia la puerta, llevándose consigo a los manifestantes, que sin sus carteles se mezclaron con el resto hasta hacerse indistinguibles. Como nosotros estábamos en el primer banco, nos levantamos y fuimos avanzando lentamente y salimos los últimos.

Volvimos a reunirnos en el aparcamiento. Charlie dijo que tenía que regresar al trabajo.

—Creo que ahora lo apropiado sería ir a visitar la tumba de papá —dijo madre.

—Yo también voy —dijo Charlie—. El trabajo puede esperar.

Fuimos por separado, cada uno en su coche, hasta el cementerio de Oak Grove, y nos agrupamos nuevamente ante la áspera lápida de padre. Había dos nombres inscritos en ella: el de padre, con sus dos fechas, y el de madre, con la fecha de su nacimiento.

—Me gustaría que hicierais un círculo —dijo madre con su voz de maestra de primaria.

Dimos un paso adelante, con el ceño fruncido. Detestábamos estar juntos.

—¿Nos damos la mano? —dijo madre.

—De ninguna manera —dijo Hubby.

—¿Es necesario? —preguntó Rose.

—Creo que sería bonito —dijo madre.

Nadie levantó la mirada.

—Estoy de acuerdo —dijo Fred.

Ahora él era el encargado de hacer cumplir las normas de madre, papel que en algunas ocasiones había desempeñado padre. Yo estiré los brazos hacia los lados y me cogieron las manos. No quise saber quiénes fueron. Unos dedos secos y escamosos y unas palmas suaves, casi reptilianas, húmedas debido al calor de mayo, agarraron sin la menor gana mis manos mientras madre decía:

—Recemos.

## 41. ¿Qué haces aquí?

La gente nunca nos hace todo el daño que puede hacernos, afirmó un autor francés no muy conocido. No estaba al tanto del maltrato que tenía lugar en la tierra madre. En cualquier caso, ver a toda esa pandilla de gruñones mascullando plegarias en plan hipócrita ante la tumba de padre me generó tanta rebeldía que, en cuanto tuve ocasión, volví a entrar en secreto en la casa de madre. Lo hice a ciegas, sin motivo alguno, obedeciendo a un impulso insolente.

Pero la cosa no salió como yo hubiera querido. Había pensado que echaría otro vistazo en el revelador registro de cheques, y, a modo de desafío, tenía la idea de robar algo de valor que me cupiera en el bolsillo: un anillo, un recuerdo, alguna de las figuras Hummel de porcelana más raras y feas que encontrara en el armario donde las guardaba madre. No quería un *souvenir* ni un trofeo, sino una especie de símbolo, un rehén, y me parecía que lo mejor era que fuese una de las burdas baratijas que madre había reservado para Franny y Rose por ser reliquias de la familia.

Llamé a la puerta, para tener una excusa en el caso de que madre estuviera en casa, aunque era el día en que iba a su clase de talla de aves en el centro de mayores. Como no hubo respuesta —debía de estar en la clase—, me dirigí sigilosamente hacia la puerta trasera y la abrí todo lo que permitía la cadena de seguridad, unos ocho centímetros. Me sentí insultado por el hecho de que hubiera puesto esa cadena; me indignó que fuera tan desconfiada como para pensar que alguien podría tratar de colarse en su casa.

Irritado por aquella cadena metálica, que era una prueba de las sospechas de madre, pegué el hombro a la puerta y metí la mano por el hueco para desatornillar la placa que sujetaba el pasador de la cadena. Mis dedos ágiles, mi pequeño destornillador... Floyd se había maravillado ante mi destreza diabólica la primera vez que lo había conseguido. Entré en la casa, volví a atornillar la placa en su sitio y me metí en la cocina, donde me puse a abrir



todas las puertas de los armarios y a examinar todos los objetos que había en los estantes, preguntándome: ¿Hay algo que quiera...?

Al pasar frente a un espejo, me vi durante un instante la cara, perruna y lúgubre, y seguí andando. Algunos objetos brillantes situados sobre un platillo o un estante me hicieron levantar la mano hacia ellos, pero me enfadé conmigo mismo por dejarme distraer por algo así: un dedal barato, un salero sin ningún valor, una bobina antigua, unas monedas canadienses. Al lado de un macetero con un narciso en flor había un reloj que hacía tictac con fuerza y daba una hora equivocada.

Me dirigí al escritorio de madre y el registro de cheques, y me puse a revisarlo a toda prisa para ver cuáles habían sido sus últimos pagos. Apunté las sumas más elevadas y después abrí el armario de la porcelana. Entre las figuras Hummel de cerámica estaban el fraile gordo, la chica de los gansos, el niño pobre, el corista, la Virgen. Eran piezas espantosamente cursis, pero yo sabía que tenían cierto valor. Cogí algunas, comprobando su autenticidad — la abeja dentro de la uve mayúscula que tenían en la base— y vi un búho de cristal Swarovski que le había comprado a madre en una tienda libre de impuestos hacía muchos años. ¿Por qué no llevarme eso? Era mío, en realidad. ¿Y por qué no esos dos iconos rusos que había traído Fred de Moscú? El más pequeño de los dos estaba apoyado contra un espejo, y en el espejo vi a madre sentada en el sillón, con la cabeza echada a un lado y la boca medio abierta.

Lo primero que pensé fue que estaba muerta. Tenía un libro a sus pies, como si hubiera estado ahí leyendo y se le hubiera caído de las rodillas. Pero ella estaba inclinada hacia un lado, con los hombros en una posición extraña y la cabeza desplomada sobre el respaldo del sillón, las manos en el regazo, el rostro gris. Estaba torcida, y por su postura parecía que la hubieran atacado.

A su espalda, un tábano grande y lento golpeaba una y otra vez el cristal de la ventana. La posición en que se encontraba madre no era la del reposo del sueño, sino la extraña y sumamente incómoda postura de la muerte. Yo oía el insecto, pero no oía la respiración de madre, aunque sabía que los ancianos duermen con la boca abierta. Estaba inmóvil, retorcida en el sillón, y parecía muy frágil, como si estuviera hecha de ceniza. Tenía la cara arrugada y los dedos azulados.

Yo llevaba en la mano el pequeño búho de cristal que me había llamado la

atención. Madre estaba muerta, así que no importaba. Sentí alivio, pues ella no podría culparme de nada; no, aquella cruel sensación de satisfacción era indigna de mí. Me avergonzó tanto esa idea que volví a meter el búho en el armario de la porcelana y cerré con pestillo la puerta de cristal. Acepté la muerte de madre. No ha sido culpa mía, pensé. ¿Y ahora, qué?

—¿Hola?

El ruido del pestillo de la puerta la había despertado. Se sacudió. No abrió los ojos, pero cerró la boca, dejó salir un soplando entre sus finos labios y respiró con fuerza. Después volvió a caer en un sueño profundo, se le abrió de nuevo la boca y se le vio la lengua verdosa flotando detrás de los dientes.

Al verla así, regresando de entre los muertos, indefensa ante cualquier intruso —yo podría haber sido un desconocido y hallarme a dos metros de ella, a punto de saquear su casa—, quise protegerla. Nunca me había parecido tan vulnerable. Era como una niña pálida, que hubiera sido descubierta, sola, en una casa vacía.

Me parecía más fuerte, más rígida, cuando creía que estaba muerta. Ahora, sabiendo que dormía, me daba la impresión de ser más quebradiza que cualquiera de los objetos de porcelana que tenía delante.

Me conmovió pensar en lo pequeña que era, en lo encogida que se hallaba sobre ese sillón, semejante a un trono, y sentí una especie de amor por ella. No era un amor como el que hubiera sentido por nadie; era como si empleara la palabra, como se hace en taquigrafía, para nombrar un rapto de agradecimiento por el hecho de que no estuviera muerta, sino solo dormida. Yo tenía una segunda oportunidad para redimirme.

A veces ves a una niña en medio de una pataleta y lo primero que sientes, de forma impulsiva, es odio. Pero después te das cuenta de lo flaca e indefensa que está, de lo particularmente grotesca que se la ve en medio de la pataleta, con las mejillas bañadas en lágrimas y la barbilla llena de moco, y se te ocurre que en realidad no está enfadada, sino asustada. Y entonces dejas de odiarla y empiezas a sentir compasión. La pobre se encuentra atrapada, aterrorizada, se siente débil, y tú eres fuerte. ¿Por qué no intentar ayudarla, o por lo menos no juzgarla? Eso fue lo que sentí por madre, una especie de determinación; no era amor, sino pena, un leve reflejo de piedad por lo frágil que era.

—¿Qué haces aquí? —preguntó madre—. ¿Cómo has entrado?

—Por la puerta de atrás —tartamudeé, porque se había despertado del

todo.

—Estaba cerrada —dijo ella con algo de malicia.

—Pensé que había algún problema. Llamé a la puerta y no me abriste. Estaba preocupado —mentí, tragando saliva.

—Solo había cerrado los ojos un momento —dijo ella. Otra mentira.

Me odié por haberle mentado. Odié la mentira de madre. Tras el purificador baño de emociones, mi compasión se había convertido de nuevo en hostilidad.

—Quería asegurarme de que estabas bien.

Más mentiras. La conversación era toda falsa. La detesté por hacerme pasar por una situación así.

—Han cancelado la clase de talla. Estaba leyendo. Me gustan los buenos libros. No necesito la televisión —se relamió, satisfecha con su mojigatería.

—Pensé que a lo mejor había pasado algo.

Se incorporó.

—¿Qué hacías en el armario de la porcelana?

—Nada.

—Ibas a llevarte algo.

Madre, la interrogadora, era una experta en faroles, y solía irle bien en esta clase de juegos porque tenía una astucia innata, sobre todo a la hora de detectar las motivaciones más mezquinas. Era clarividente en todo lo relativo a la criminalidad, pero eso era otra manera de decir que creía que no había nadie fiable, nadie leal, que todo el mundo era un intruso en potencia o un potencial traidor; no se podía confiar en nadie. Si alguien le ofrecía echarle una mano, ella sospechaba que pretendía vaciarle los bolsillos. Se despertaba de la siesta en su casa y, sobresaltada por su propio hijo, lo consideraba un ladrón.

—Yo nunca me llevaría nada tuyo, mamá.

—No, claro que no —dijo. Su cinismo la puso contenta. Ahora estaba completamente despierta. Era obvio que sabía que yo le había mentado, y eso la hacía feliz.

—¿Quieres beber algo?

—Agua.

Bebió haciendo ruido al tragar, al dar lengüetazos, al chupar el borde del vaso, contrayendo la frente y el cuero cabelludo por el esfuerzo. Volví a sentir pena por ella al oír el borboteo en su garganta. Nunca parecía más

mayor que cuando estaba comiendo o bebiendo.

—¿Sabes una cosa? —me dijo, dándome el vaso.

Yo sabía que tenía que ser una mala noticia; estaba haciendo un esfuerzo por no sonreír.

—Walter no ha conseguido el ascenso.

Madre no ocultaba el desprecio que sentía hacia sus yernos y nueras casi nunca. Comenzó a reírse del marido de Rose.

—Que Dios me perdone —su alegría era genuina, otro signo de vida—, pero ¿qué diferencia puede suponer eso?

El sonido más reconfortante del mundo, dicen los chinos, es el que hace tu vecino al caerse del tejado. Esa era la clase de sabiduría popular que gustaba en nuestra familia, y especialmente a madre, pues las mejores noticias, las noticias que circulaban más rápido, siempre tenían que ver con la desgracia ajena.

Un sótano inundado, un árbol que hubiera caído sobre un coche, unas cañerías congeladas o una enfermedad dolorosa (y mejor aún si tenía un nombre ridículo, como culebrilla o urticaria o mononucleosis) nos producían placer a todos, salvo a quien la sufriera, claro. «¿Sabes una cosa?», podía decir Hubby, y era la voz de madre haciendo una pregunta típica de madre. Alguien tenía hemorroides, o el hijo adolescente de alguien había destrozado el coche de la familia; el hecho de que se tratara de un coche caro hacía que la noticia resultara aún más gozosa. Mi primer divorcio y los problemas económicos que me acarreó habían generado numerosos cuchicheos desdeñosos: «A Jay se le han bajado los humos». Floyd me los había contado con todo detalle, y tenía mucho que contar, ya que no nos llevábamos bien cuando yo me había separado de Diana y el resto de la familia se había lanzado sobre él, sabiendo que le encantaría enterarse de cualquier noticia sobre mi fracaso y mi desgracia. Cuando yo me sentí profundamente desdichado y me quedé en la ruina, todos parecieron ponerse de acuerdo para contarle lo que pensaban de mí, y, claro está, congraciarse con él de ese modo. *¡No te imaginas las noticias terribles que vamos a darte!* Yo, por decirlo así, me había caído del tejado. Pero cuando Floyd y yo nos reconciliamos, él me contó que los demás miembros de la familia se habían estado riendo a mis espaldas traicioneramente.

La fuente de la mayor parte de los despiadados cuchicheos era madre. Si tu hijo se estrellaba con tu BMW era tu pajolera culpa, por tirar así el dinero. Si

te rompías un tobillo esquiando, tú te lo habías buscado; al fin y al cabo, todos los demás estábamos trabajando mientras tú habías ido a la nieve. El perro de Hubby murió, lo cual provocó la alegre risa de madre mientras se burlaba del desconsuelo de su hijo y lo imitaba. Como casi todas las personas que odian a los perros, madre era una tacaña. ¿Para qué demonios sirven esos animales?

—¿Acaso crees que va a llorar así cuando me muera yo? Lo dudo mucho. ¡No es más que un perro!

Madre era el centro de todas estas malas noticias, porque competía con las desgracias por llamar la atención. Al ponerlas en circulación, convirtiendo la tragedia en farsa, podía controlar los efectos que las noticias producían. Este comportamiento se había originado una década antes cuando, tras la muerte de papá, nuestro dolor por su pérdida implicaba una deslealtad hacia ella. Más que ninguna otra cosa, una desgracia demostraba nuestra debilidad, nuestros defectos morales, nuestra inferioridad; la desdicha nos ponía en nuestro sitio. Madre tenía una visión de la vida primitiva, fatalista; las cosas malas le pasan a la gente mala.

Yo no necesitaba que un psiquiatra me explicara nada para entender que había razones oscuras por las que madre tenía tan mala voluntad. Era débil, tenía una autoestima baja, necesitaba que le hicieran caso. Pero eso era una determinación que operaba en un nivel mental, y que permitía pensar en madre como caso psicológico, como estudio sobre la tiranía, o en el poder político de madre en la dinámica familiar. Al vivir tristemente en la tierra madre, yo raras veces pude ser lo bastante racional como para pensar de un modo objetivo sobre aquella infeliz mujer. Acosado por todos los conspiradores que se burlaban de mí, reaccionaba de una forma impulsiva y mezquina, siempre compitiendo y con frecuencia disfrutando, como madre, del infortunio ajeno. Encarnábamos el espíritu de la chusma, nos guiaba el instinto del populacho, envidioso y destructivo, en un mundo en el que nadie merecía confianza ni admiración, en el que el deseo dominante era el de vengarse.

«A cada cerdo le llega su San Martín», solía decir madre. Ese era uno de sus refranes favoritos. Con frecuencia lo decía mientras miraba por la ventana, mientras las gotas de lluvia caían sobre los cristales, cuando el cielo estaba marrón y los árboles negros, y la lluvia levantaba cierto olor a putrefacción. En una época me había parecido que ese refrán resumía una

actitud esperanzada, pero a medida que fueron pasando los años, como madre seguía repitiéndolo, empecé a considerarlo una promesa siniestra, una muestra de sabiduría brutal, algo como la revancha de una jauría de perros aullando.

—Supongo que Rose tendrá que trabajar un poquito más —me dijo madre. Se había levantado del sillón y estaba haciendo ruido con unas bolsas de plástico y abriendo unas tarteras en la cocina—. Si quieres, te puedo preparar algo de comer. Aquí tengo unos ravioli que me trajo Rose cuando me dio la noticia.

Como solo habían pasado unas semanas desde la misa conmemorativa oficiada en honor a padre, la mala noticia había sido muy bien recibida; era un pequeño regalo para que madre pudiera pensar en la desdicha de otros, que servía para ayudarla a revivir y hacerla sentirse mejor.

—Supongo que Walter va a ser consejero —dijo, abriendo mucho los ojos, simulando inocencia. Hizo que la palabra pareciera ridícula deteniéndose y pronunciándola con incredulidad. Todas las palabras que eran nuevas para ella le resultaban excusas de lo más pobre—. ¿Significa eso que lo han despedido?

El hecho de que Walter fuera a ser consejero suponía que Rose dependía aún más de ella para que le brindara apoyo. Tendría que mostrarse más leal, más agradecida, más atenta. A los mesías les encantan las familias rotas. Cristo y Mao y Jim Jones odiaban a sus familias. Seguidme, decían. Abandonad a vuestras familias, decían. Lo había escrito san Mateo: He venido a enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre se hallarán en su propio hogar. Lo mismo hacía madre.

Me marché con una bolsa de galletas de pasas y nueces y tres trozos de tarta de chocolate y malvavisco. Con la alegría propia de un hermano menor, como un niño sudoroso, jadeante y simplón, con la maligna satisfacción de quien tiene una noticia jugosa, me dirigí a toda prisa hacia la casa de Floyd. Quería contarle que había visto que Rose había recibido otra gran suma. Esa noticia era un regalo que iba a hacerle. Madre estaba comprando favores; ese era el pretexto. Pero en el fondo de mi corazón, la mezquindad que había detrás de mi revuelo hacía que me sintiera joven. El regreso a la infancia

suponía algunas molestias, pero también algunos placeres. Incluso la historia de mi turbación era entretenida.

—¿Sabes una cosa?

—El allanador de moradas —dijo Floyd débilmente, indicándome que me sentara en una mecedora que tenía en el porche.

—¿A qué te refieres?

—El bandido más sigiloso —dijo—. El señor Furtivo. El ladrón de guante blanco. Raffles, el perpetrador aficionado.

Yo sonreía. ¿Cómo podía haberse enterado? Leyó la pregunta en mi rostro y se apoyó en la barandilla del porche con los brazos cruzados.

—Mira que entrar a registrar la casa de tu pobre anciana madre. Me acaba de llamar para contármelo. Me ha dicho que todo el mundo está escandalizado.

De la casa de madre a la de Floyd se tardaban diez minutos. En ese tiempo, por lo visto, había llamado a todos los demás para denunciarme por haberme metido a husmear en su casa, dando a entender que me había llevado algunas de sus pertenencias más valiosas.

—¡Mira que desvalijar a tu propia madre! —dijo Floyd, soltando una carcajada—. Te ha pillado con las manos en la masa. Has perdido tu toque, colega.

—Tú podrías haber venido conmigo.

—¿A hurtarle sus trastos a mamá? —dijo—. Disculpa, pero tengo cosas más importantes que hacer que robarle a una anciana.

Yo sonreía y me mecía impulsándome con los talones, como un adolescente. No podía haber nada más placentero que pasar un día soleado cometiendo el delito supremo de colarte en la casa de tu madre y robarle algo, tras examinar sus cuentas, evaluar sus objetos y recuerdos y tirarte en su trono apoyando los pies llenos de barro en la mesa baja de su salón. Nunca era demasiado tarde para ser un delincuente juvenil.

—Fue divertido —dije.

—Algunos ya somos adultos —dijo él, con una arrogancia fingida—. ¿Conseguiste algo bueno?

—Como ya señalaste mordazmente en una ocasión, en esa casa no queda nada que robar.

## 42. Malas noticias

Probablemente en todas las familias —desde luego, es así en los clanes malditos de la tierra madre— llega un momento en que ya no es posible que se produzca una buena noticia. Solo caben las desgracias. La gente envejece, fracasa, se cansa, se arruina, deja de lado sus aspiraciones, miente. El paso del tiempo implica que las cosas van a peor (una de las ideas centrales de madre, que todos acabamos creyendo): la gente enferma, se vuelve débil, apesta, muere.

Las familias, por lo tanto, se derrumban, pero por fases; caen como cae en un bosque un grupo de árboles que hunden sus raíces en un suelo delgado, como los pinos de Cape Cod, que crecen en arenas poco compactas. No todos los árboles caen al mismo tiempo. Lo hacen uno por uno, porque se pudren, porque los ataca la carcoma, por la acción del viento, porque las mareas los van debilitando, porque son demasiado altos o tienen una forma inadecuada. Se quiebran, se vienen abajo, a veces uno arrastra a otro en su caída, y finalmente desaparecen todos. Puedes ver algunos plantones, delicados como las plantas de interior, que brotan en medio del caos de agujas y astillas en descomposición, pero pasarán décadas antes de que tomen altura, y es seguro que también caerán en algún momento, ya que conforme se elevan, se van debilitando.

Nadie se vuelve más sano. Nadie se vuelve más fuerte. Nuestra mortalidad nos persigue, nuestros vicios se apoderan de nosotros: fumamos y bebemos y decimos mentiras. El propio tiempo nos va destruyendo. Las familias se derrumban lentamente. Se derrumban a plazos, pero se derrumban.

A Hubby le diagnosticaron hipertensión y le dieron una baja por enfermedad. Madre se carcajeaba de la ironía que suponía que alguien que trabajaba en un hospital, que se pasaba el día entre médicos y pastillas, enfermara.

—Come demasiado —dijo—. Y come lo que no debe.



Tenía que ser culpa suya.

—Una de cada veinte personas que ingresan en un hospital coge alguna de las típicas enfermedades de hospital —dijo Hubby—. Los hospitales son sitios muy poco saludables. Lo sabe todo el mundo.

—¿Has cogido la hipertensión en el hospital? —le pregunté.

—Muy gracioso —dijo Hubby—. Mamá dice que es una bendición disfrazada. Necesito bajar un poco el ritmo y tener tiempo para ordenar mi casa. Es una especie de aviso. Creo que tiene razón.

Como si estuviera compitiendo por ver quién enfermaba más, como si quisiera que le hicieran caso también a él, Marvin comenzó a sufrir un dolor de estómago que, según afirmaba él mismo, era una úlcera sangrante.

—Es estrés —dijo madre, desternillándose al pronunciar la palabra, que para ella era uno de esos términos nuevos y fraudulentos, y riéndose ante lo absurdo de la situación, ya que ¿cómo era posible que alguien padeciera estrés en un trabajo tan sencillo como el de vigilante en un centro comercial, que consistía en pasearse entre las tiendas, desde las galletas de Mrs. Fields hasta Dunkin' Donuts y vuelta? Madre nos recordó a todos que tenía noventa y cuatro años, que no tomaba ninguna medicina, que recorría su calle andando todas las tardes y que gozaba de buena salud—. Ni una queja.

Una tarde me llamó para contarme que Fred había tenido un derrame. Sonaba como si estuviera completamente segura, aunque también un tanto perpleja en relación con los motivos.

—Por lo visto, había estado de viaje. En China. Ya de vuelta a casa, estaba leyendo el periódico y Erma lo oyó decir: «Me siento raro». La mitad del cuerpo se le quedó paralizada y empezó a tener mucha fiebre. Lo han llevado a urgencias a toda prisa. Le están haciendo unas pruebas.

Su relato era muy preciso. Cuando me llamó, probablemente ya hubiera llamado a otros cinco o seis, y por eso daba la impresión de que lo tenía bien ensayado. Pero ¿qué significado tenía aquello? No podías ponerte malo sin habértelo buscado de algún modo. La enfermedad, en nuestra familia, era una prueba de algún defecto moral. ¿Qué había hecho Fred para merecer eso?

Últimamente, Fred había sido un incordio; nos acusaba a Floyd y a mí de haber creado problemas al querer saber quiénes habían recibido dinero de madre, y cuánto y por qué.

«¿Por qué no la dejáis tranquila? —había dicho en un correo electrónico, antes de repetir—: Mamá puede hacer lo que quiera con su dinero».

¿De verdad? Se trataba de una mujer de noventa y tantos años que bien podría necesitar el dinero para pagar una enfermera que la cuidara veinticuatro horas al día o una residencia de ancianos. No podría seguir viviendo sola y leyendo libros y hablando por teléfono y saliendo a pasear durante mucho más tiempo.

«Le disgusta enterarse de que se cuestiona su criterio —continuaba Fred en el mismo mensaje—. Es frágil y olvidadiza. A veces se siente confusa. Deberíais tener un poco de compasión».

Yo le respondí diciendo que una persona frágil y confusa de noventa y cuatro años no debería estar firmando cheques alegremente. Ahí había una contradicción: o bien madre estaba débil y necesitaba que la orientaran, o bien estaba sana y fuerte y podía hacer lo que quisiera. Pero hablar con Fred no servía de nada. Como buen abogado, era capaz de tener en la cabeza al mismo tiempo dos puntos de vista opuestos y defenderlos de manera convincente sin creerse ninguno de ellos, y este era un ejemplo al respecto.

Ahora estaba en la unidad de cuidados intensivos de Cape Cod, entubado y con una de las manos (según dijo madre) «como una garra muerta».

Madre estaba enfadada. No podía entender que enfermara uno de sus hijos favoritos, el mayor. Culpaba al trabajo de Fred, a su dieta, a su mujer, a sus hijos, a sus perros.

—No es justo —me dijo.

Yo entendí que eso significaba que madre sentía que Fred la había abandonado; su enfermedad era una forma de deslealtad. Las cosas malas le pasan a la gente mala, y además, si realmente la quisiera, no habría sufrido un derrame.

—¡El gran explicador! ¡El gran moralista! Míralo ahora, babeando sobre la almohada, dando manotazos al aire y gritando: «¡Más luz!» —dijo Floyd—. ¿Dónde están sus indirectas ahora? ¡Un derrame! Eso está bien. Se ha derramado toda esa cosa líquida de su forma de ser.

—Me han dicho que tiene problemas para tragar y que a lo mejor le hacen una gastrostomía, metiéndole un tubo por la pared abdominal, para poder alimentarlo por ahí —dijo Hubby con un tono de horrorizada satisfacción, regodeándose ante la posibilidad de que mantuvieran a su hermano mayor con vida, inmóvil, conectado a una serie de tubos y alimentándose de esa sustancia viscosa llena de proteínas. Como enfermero, Hubby adquirió importancia; era quien interpretaba el saber científico que había detrás de la

sonda.

—Hoy he ido a ver a Fred —dijo madre—. Está fatal.

La visión de su hijo en cuidados intensivos no la llevaba a sentir compasión; la hacía sentirse superior y más fuerte. Estaba dispuesta a dejarlo ir, ya que, en cierto sentido, él iba a ser sacrificado. Había sido el aliado y consejero de madre, y el derrame quizá fuera resultado de su esfuerzo, de su tenaz lealtad. Soportar el derrame era algo que había hecho por madre.

—Estaba ahí tumbado, sin hacer nada —dijo madre—. Se limitó a mirarme con esos ojos vidriosos. No podía hablar, pero yo sabía lo que quería decirme. «Gracias, madre. Gracias». Se estaba despidiendo.

Todos fuimos a visitar a Fred, por la novedad de ver a aquel representante de madre, que en otro tiempo había sido tan poderoso, postrado en su lecho de enfermo. Fuimos por separado, siguiendo la costumbre de la familia, a presentarle hipócritamente nuestros respetos. Fred estaba rígido, parecía destrozado, hundido. No era capaz de articular palabra; solo emitía unos gruñidos de protesta. Yo escuché con satisfacción los sonidos burbujeantes que procedían de sus tubos y que se parecían al ruido que hacen los oxigenadores de las peceras.

Su médico fue a verlo mientras yo estaba ahí sentado, mirándolo. Le hice al médico la pregunta obvia.

—Estas cosas son de esperar, a su edad —me contestó.

—Solo tiene setenta y pico —dije yo.

—Se pondrá bien.

Madre iba a visitar a Fred con frecuencia y siempre volvía a su casa revitalizada. Entonces se ponía a llamar por teléfono y a hacer galletas de pasas y nueces y a dar paseos por su calle. La enfermedad de Fred hacía que madre se sintiera más sana, y que alardeara de ello.

—Hubby me ha explicado lo que es una angioplastia —me dijo—, pero ¿qué es un *stent*? Hubby no hace más que confundirme.

Le expliqué lo poco que sabía yo de ese procedimiento.

—Se lo hicieron ayer a Fred —me dijo y, con tono de tristeza, añadió—: Parece que ha salido bien.

Con el tiempo, Fred recuperó las fuerzas, aunque perdió la capacidad de mover uno de los brazos. Aprendió a caminar, pero tenía tendencia a hacerlo arrastrando los pies. Pronto ya estaba denigrándome de nuevo y burlándose de Hubby por sus explicaciones y por haberse confabulado con madre. Fred

había tenido una experiencia cercana a la muerte, lo cual siempre es revelador, ya que solo en esos momentos descubres lo que la gente piensa realmente de ti. Él descubrió que nosotros habíamos estado cuchicheando y haciendo bromas sobre su enfermedad, sin mostrar ni un ápice de compasión.

—Hemos estado a punto de incorporar otro santo a la familia —dijo Floyd.

Yo le conté lo que me había dicho el médico sobre la edad de Fred, a los setenta y pocos, uno ya era muy vulnerable. «Se pondrá bien». Era un recordatorio —no había tantos— de lo mayor que era madre. Pero, por lo que parecía, no era solo mayor, sino también eterna.

## 43. Padrino de boda

Me fastidiaba el recuerdo de algo que había ocurrido en la casa de Floyd. Fue el día en que me colé en la casa de madre y descubrí su cadáver retorcido sobre el sillón y después ella se despertó de entre los muertos. («¿Qué haces aquí?».) Me había ido a toda prisa a ver a Floyd, pero madre ya lo había llamado para informarle de que me había pillado en su casa, de que yo era un ladrón.

Dos cosas me llamaron la atención de esa visita a Floyd, aunque no me diera cuenta hasta mucho tiempo después. Eran ocurrencias tardías, pero muy potentes.

Floyd estaba perfectamente afeitado, se había peinado y llevaba un traje de cloqué. Por lo general iba desaliñado, con el pelo todo revuelto, barba de dos días y una camiseta de los Red Sox, y a veces llevaba sombrero dentro de casa. Absorto en su trabajo, si no tenía que ir a dar clase, podía pasar días sin ducharse ni cambiarse de ropa, e incluso semanas. El hecho de que estuviera arreglado siempre era una señal de felicidad, o al menos de alegría.

Tuve la sensación de que no estaba solo. No tenía ningún dato que me permitiera suponerlo, pero sí una impresión, una serie de detalles, una leve conjetura. El traje de cloqué no era tan raro, pero además llevaba *zoris*, unas sandalias japonesas. Una vez había pasado una temporada en Japón dando clases de literatura inglesa, investigando la vida de Lafcadio Hearn y aprendiendo a componer haikús, y de aquella residencia le habían quedado algunos hábitos japoneses que no había perdido. Comer sushi y coleccionar grabados *ukiyo-e* y esculturas *netsuke* seguían estando entre sus pasiones, y en la puerta de su casa tenía un cartel que indicaba a los visitantes que se descalzaran antes de entrar.

En aquella visita en la que me dijo: «Mira que entrar a registrar la casa de tu pobre anciana madre», habíamos estado en el porche trasero, donde yo había registrado en mi mente, casi sin darme cuenta, una imagen llamativa,

junto a las grandes botas embarradas de Floyd había un par de zapatos minúsculos y un par, casi de tamaño juguete, de botas celestes: parecía un calzado infantil de lo más original. Más tarde, al recordar aquellos diminutos zapatos y botas, llegué a la conclusión de que su propietaria estaba en la casa. Por eso —aunque en el momento no se me ocurrió planteármelo— Floyd no me había invitado a pasar como solía hacer. Al pensarlo en retrospectiva, estaba seguro. ¿Quién sería ella?

Durante la crisis de salud de Fred, apenas había visto a Floyd. Eso resultaba extraño e impropio de él. Ya no éramos amigos íntimos, pero sí aliados, y en nuestra familia, ser aliados era más importante que ser hermanos. Yo disfrutaba oyendo a Floyd despotricar contra los demás; podía pasarse horas bramando contra su hipocresía y su codicia.

—¡Se dedican a adular a mamá para conseguir duplicar sus ingresos! ¡Son unas rameras!

Se había deleitado brevemente con el derrame de Fred. Había hecho una imitación tan cruel como lograda de su hemiplejia, cojeando, babeando, haciendo extraños sonidos guturales al intentar hablar, con un brazo colgando y un lado de la boca desviado hacia abajo. Floyd podía resultar divertidísimo cuando se ponía cruel, pero en esa ocasión no se había prodigado en exceso.

Yo quería más, porque sus sátiras despiadadas tenían un efecto catártico. Sin embargo, Floyd estaba en otra parte, o más bien, como acababa de darme cuenta, estaba en su casa, pero centrado en su mundo. Y no estaba solo.

Floyd tenía una larga historia con las mujeres. Como yo, había estado casado dos veces, y las dos se había divorciado, pero no había tenido hijos con ninguna de sus mujeres. Hablaba de sus divorcios en sus poemas; consideraba que su escritura era tanto un flagelo como una expiación, e incluso una especie de vudú que tenía que servir para destruir a sus ex. Se enfureció cuando se dio cuenta de que no iba a ocurrir eso, cuando sus mujeres llegaron a ser conocidas y, hasta cierto punto, empezaron a estar solicitadas como celebridades menores solo por haber estado casadas con él. Era de esperar de unas mujeres a las que había descrito de un modo tan brillante y venenoso.

—¡Me han embaucado! —solía gritar.

Sin embargo, las mujeres seguían adorándolo. Floyd era encantador y podía ser divertido. Tuvo un montón de novias. Pero, tanto con las esposas como con las novias, el hechizo siempre acababa rompiéndose. Él culpaba a

la mujer en cuestión.

—¡Tenía un vocabulario de cincuenta palabras!

Las mujeres le resultaban necesarias, pero después pasaban a ser superfluas y al final se convertían en obstáculos.

—Sonny Barger tenía razón, el de los Ángeles del Infierno. Dijo de las mujeres que no puedes vivir sin ellas ni puedes usar sus huesos para hacer una sopa.

Pero lo que pasaba era que Floyd necesitaba privacidad para escribir, y escribía todo el tiempo.

La privacidad era un tema importante en la familia. Tal vez sea un tema en todas las familias numerosas. El espantoso alivio que sintió madre cuando padre murió podría atribuirse a la satisfacción egoísta que le proporcionaba el hecho de disponer de toda la casa para ella sola. Detestaba tener huéspedes, y no le gustaba nada la idea de quedarse a dormir en la casa de ninguno de nosotros.

No quería compartir. Ninguno de nosotros compartía. Lo más exasperante del mundo era que alguien llamara a la puerta cuando uno estaba en el baño. «¡Date prisa!». Nuestra necesidad de privacidad nos había vuelto solitarios; al fin, después de una infancia marcada por las literas y la ropa heredada de los hermanos mayores, teníamos un lugar propio, en el que cualquier visitante era un intruso en potencia.

El hecho de que Floyd tuviera una nueva amiga que vivía bajo su techo era un abandono de su necesidad de soledad. Quizá, por formar parte de una familia tan turbulenta, necesitara una aliada. Pero una novia no es una aliada. *Se casó con una mujer para que ella no se marchara, recitaba. Y ahora la tiene ahí todo el día.* Afirmaba haber escrito esos versos[27]. ¿Me estaba poniendo a prueba? Las mujeres, inevitablemente, se marchaban. Él decía que lo habían abandonado, pero la verdad es que las espantaba con sus cambios de humor, sus silencios, sus peroratas, sus ausencias. Siempre se quejaba de que estaba solo, pero en el fondo se sentía aliviado cuando se iban.

Los hombres que, como hacía Floyd, se dedican a establecer teorías generales sobre las mujeres, siempre parecen estar justificando la aversión que sienten hacia ellas. Creerse tales teorías suele ser fatal para cualquier relación. «Las mujeres gotean» era una, y «Las mujeres miran constantemente el reloj, pero siempre saben qué hora es» era otra. «Si una

mujer se queda escuchándote sin moverse, es señal de que quiere sexo» y «Siempre andan buscando algún hombre que las ayude a vivir la vida». Floyd había escrito un poema sobre el tema: «Las mujeres ponen la mejilla; los hombres la besan». Sus generalizaciones acerca de las mujeres, pese a todo, me hacían pensar que les tenía miedo.

A medida que se había ido haciendo mayor, sus sucesivas mujeres eran cada vez más jóvenes, y las relaciones que tenía con ellas, cada vez más cortas. Se trataba de una tendencia muy clara. ¿Acaso con esta sería diferente? Por las experiencias anteriores, supuse que en algún momento él aparecería llamándola «zorra pérfida» a gritos y quejándose de que lo había abandonado. Pero no fue así.

Me invitó a comer. Sobre la mesa había platos y palillos, unos platitos con salsa de soja y wasabi, unas fuentes con sushi, sashimi, tempura y empanadillas japonesas, y unos cuencos con sopa de miso.

—Estoy completamente japonizado —dijo Floyd—. Aquí dentro, cariño.

Una chica apareció de detrás de una pila de libros que era más alta que ella. Avanzaba a pasos cortos y felinos. Estaba radiante, y tenía la cabeza inclinada en un gesto ligeramente sumiso y las manos juntas.

—Gloria Fujii, pero la llamamos Didi —dijo Floyd—. Es un encuentro entre Oriente y Occidente.

Ella me cogió las manos y me sonrió, asintiendo con la cabeza en expresión de gratitud. Su padre era japonés y su madre era italiana, y el resultado era una especie de mexicana exótica con un fuerte toque asiático. Nariz aguileña, ojos rasgados, una cabellera negra y abundante, guapa, de unos treinta y cinco años. Floyd tenía sesenta y seis.

—Floyd me ha hablado mucho de ti.

Pronunció su nombre *Freud*, cosa que me hizo sonreír, ya que Floyd detestaba profundamente el psicoanálisis y su palabrería. Floyd no pareció darse cuenta. Estaba sirviendo unos vasitos de sake.

—Digamos que la he prevenido contra tu rebeldía —levantó uno de los vasos—. Coge uno. Voy a anunciar una cosa. Seré breve. En una palabra, Didi y yo nos vamos a casar. Yo con ella y ella conmigo.

Se bebió el sake e hizo una mueca deliberadamente cómica, inflando las mejillas. Miró a Gloria. Ella le sonreía con adoración. Sus labios brillaban a causa del sake que acababa de tomarse.

—Un poquito más, si no te importa —Floyd volvió a servirse y a beber.



Luego dijo—: Te hemos elegido para que seas el padrino de boda. No te quedes tan perplejo.

—Estoy encantado.

El sake había hecho que me ardiera la garganta, pero no importaba; Floyd continuaba hablando. La boda sería dentro de seis semanas. La ceremonia se iba a celebrar en la iglesia católica de la localidad, una capilla situada junto a la autopista Cranberry, muy cerca de su casa.

—La consigna es «secreto».

Al margen de madre y de mí, no invitaría a nadie de la familia, aunque era fundamental que se enteraran, ya que no tenía ningún sentido excluir a la gente salvo que se le hiciera saber con claridad que había quedado excluida. Todos tenían que ser conscientes de que no eran bienvenidos allí.

Podría decirse que en este periodo de dominio de madre, nos dedicamos a buscar maneras ostentosas de excluir a los demás de nuestra vida. Ningún placer era completo salvo que nos aseguráramos de que los demás sintieran que no eran bienvenidos. Nos resultaba difícil estar a gusto si no teníamos la certeza de que nuestros hermanos estaban a disgusto. Su infelicidad pasó a ser una parte de nuestro placer, quizá la mejor parte.

—¿Mamá va? —pregunté.

—Mamá va.

—Queremos que vaya —dijo Gloria—. Es una mujer tan mayor y tan sabia. Es impresionante. No toma ninguna medicina.

Floyd frunció el ceño con la indulgencia propia de un novio.

—Pero mamá todavía no lo sabe —dijo.

El plan era llamar a madre el mismo día, sobre las siete de la mañana, para invitarla a un *brunch*. Antes de que yo pasara a recogerla —era una de mis tareas—, se le comunicaría que iba a la boda de Floyd. Tendría un par de horas para prepararse. Durante ese tiempo, ella haría sus llamadas. Todos se enterarían y sabrían que no habían sido invitados.

Estuvimos riéndonos y bromeando toda la comida, y vi a Floyd y Gloria hablando en japonés —supuse que se decían cosas cariñosas— y tuve la sensación de que al fin ocurría algo positivo en la familia.

—¡Todos los demás se quedarán enfurruñados en sus casas! —dijo Floyd. Solo con pensarlo ya se le levantaba el ánimo.

Floyd y Gloria hicieron todos los preparativos. Sería una cosa íntima: unos pocos amigos de él, madre y yo, la madre de Gloria —su padre había muerto

— y algunos amigos de ella. Quince personas en total. La recepción, después, tendría lugar en el jardín de Floyd y consistiría en un bufé. Luego se irían de luna de miel a Maine.

Quedamos el día antes de la boda para el ensayo. Floyd se sentía el centro de atención y hacía todo tipo de payasadas. La mañana de la boda me llamó por teléfono.

—Ya lo sabe. Se lo acabo de contar. Tienes que recogerla a las nueve.

Cuando llegué, madre estaba sentada en su trono.

—Nunca pensé que llegaría este día —dijo. Parpadeó y se me quedó mirando fijamente, manteniendo la boca abierta en lo que parecía una pose de asombro bien calculada—. ¿Sabías que Floyd se va a casar hoy?

—Ahí es donde vamos —le dije.

Yo no sabía si fingía estar confusa, para obtener más información, o si estaba verdadera y profundamente perpleja.

—A la iglesia —le dije.

—¿Ya lo sabías?

—Mamá, yo voy a llevarte. Para eso he venido. Soy el padrino.

Incluso madre vio lo irónico del asunto: mi antiguo enemigo me había pedido que lo apoyara y participara en la ceremonia.

—Nadie más lo sabía —dijo madre con un tono de asombro que me pareció que podía ser auténtico—. Nadie más está invitado.

Así que ya había hecho sus llamadas. Floyd había logrado fastidiarlos.

La ayudé a entrar en mi viejo Jeep, lo cual no fue fácil porque el asiento estaba bastante alto y ella se sentía insegura al pisar el escalón metálico. Parecía tan encogida y quebradiza, tan frágil cuando estaba fuera de casa, lejos de su trono. No era más que un saco de huesos; su brazo era como el ala de un pollo; su mano, como una garra. Pese a todo, se había arreglado con mucho esmero. Iba de violeta claro, su color favorito, llevaba un vestido lavanda y un sombrero lila con un pequeño velo. También se había puesto un collar de perlas negras de los Mares del Sur que yo le había comprado en Tahití, y al reconocerlo en su cuello, pensé en robárselo antes de que lo regalara. Le abroché el cinturón de seguridad. Ella se acurrucó en el asiento del copiloto, ocupando muy poco espacio, muy vigilante y nerviosa, como una niña pequeña en el coche de un desconocido.

—Floyd —dijo. No salía de su asombro—. Se casa de nuevo.

—Es un día feliz.

—A su edad.

—Una gran noticia.

—Nadie me cuenta nada —ahora estaba más relajada, y con la confianza, llegó el resentimiento. Cuando aparcamos en la iglesia, ya estaba frunciendo el ceño—. No hay casi coches —dijo.

Conté cuatro. Aunque no había demasiada gente, el ambiente en el interior de la iglesia era festivo. Los primeros tres bancos estaban ocupados por los invitados a la boda, que eran alrededor de una docena. Madre ocupó su sitio en el banco delantero e hizo la señal de la cruz, como si agitara unas banderas del código de señales marítimas, mientras se arrodillaba para rezar.

Floyd estaba de pie, al lado del altar, con un frac, unos pantalones a rayas y un clavel blanco en la solapa. Me acerqué y me quedé a su lado mientras sonaba el órgano. Observamos cómo Gloria avanzaba hacia nosotros del brazo de su tío, un hombre serio que andaba de una forma muy estudiada, como si quisiera expresar formalmente su renuencia. Era japonés e inescrutable.

El sacerdote parecía nervioso. Tenía un aspecto muy desaliñado y sus sandalias contrastaban de un modo extraño con los elegantes zapatos de Floyd. Durante la ceremonia, le eché algún que otro vistazo a madre. En el momento de los votos, se le llenaron los ojos de lágrimas. Me conmovió que se emocionara así; su reacción hizo que me ablandara, y empecé a arrepentirme de todo el resentimiento que había sentido hacia ella. La había juzgado con demasiada dureza; realmente no conocía a aquella mujer; nunca la había conocido.

Y después, mientras el órgano retumbaba, la novia y el novio sonrieron y el sacerdote les dio su bendición. Luego se fueron alejando del altar, ya convertidos en marido y mujer.

La recepción en la casa de Floyd fue un almuerzo muy alegre con la docena de amigos y familiares. Descubrí, gracias a ellos, que Gloria era pintora. Sus amigos eran pintores y estudiantes de arte. Eran gente relajada e informal, sociable a la manera de los estudiantes de arte. Les gustó mucho la casa de Floyd, llena de libros y grabados y objetos curiosos, y alababan sin cesar todo lo que iban encontrando.

—Tiene una colección de cráneos humanos —oí decir a uno de los estudiantes—. Con incrustaciones de marfil. Algunos son cuencos tibetanos. ¡Es una pasada!

Floyd debió de oírlos. Les mostró un cráneo que tenía conchas en los ojos y unos adornos hechos de plumas que colgaban de la mandíbula.

—Mi última duquesa[28] —dijo.

Madre había encontrado un trono en el porche de Floyd y pronto estuvo en su elemento, y respondía con una sonrisa a los comentarios de los invitados que la elogiaban por su avanzada edad y su buena salud.

Madre volvió a contar la historia de las medicinas, que empezaba con «¿Tú qué tomas?» —dicho, por supuesto, con su peculiar acento— y concluía con «Yo no tomo nada».

—Qué día tan bonito —dijo—. Tengo mucha suerte por poder estar aquí y disfrutarlo. Dentro de unos meses voy a cumplir noventa y cinco.

—Cuando usted nació, el presidente era Teddy Roosevelt —dijo alguien.

—Entonces yo no era más que un bebé, por supuesto —dijo madre—. Mi padre apoyaba firmemente a Roosevelt. No a Franklin, a Teddy. Mi padre era un santo. Descanse en paz.

Entretanto, Floyd y Gloria se habían cambiado de ropa. Aparecieron en el jardín, cogidos de la mano.

—Y ahora, Didi y yo nos vamos a Maine —dijo Floyd—. No tenéis por qué marcharos. Terminaos la comida. Hay más vino en la nevera. El último en irse, que apague las luces y cierre la puerta con llave.

Entonces se fueron. Al verlos alejarse en el coche, me di cuenta de que había perdido un aliado. Ahora Floyd tenía otra vida, una vida real con alguien que no era de la familia. Ya no nos necesitaba, ya no necesitaba a madre. Era como ver a un prisionero arrancado de su cautiverio por la oportuna intervención de una heroína. Cuando llevaba a madre a su casa, me sentía avergonzado y prescindible.

—¿Qué estás pensando? —le pregunté.

—En todos los elogios que he recibido.

Esa noche me llamó Hubby y empezó a graznar atropelladamente.

—¡Menudo circo! ¿Quién es la desafortunada? No me extraña que la iglesia estuviera vacía. No creo que duren más de dos meses. Floyd es un maníaco.

Durante los dos días siguientes, recibí más llamadas, y así me enteré de la versión de la boda que madre les había contado a sus otros hijos.

No se había enterado (según esa versión) de que Floyd se iba a casar hasta que había llegado a la iglesia y había visto las flores y a Floyd con un esmoquin de lo más anticuado. Entonces me había preguntado por qué estábamos allí. En la iglesia no había nadie; no había ningún invitado.

Quizá hubiera alguna gente, pero ella no había visto a nadie. ¡Imagínate, una boda sin invitados! Se había sentado ahí sin saber qué hacer. Estaba demasiado avergonzada como para mirar. Floyd parecía tan mayor con ese esmoquin. Estaba ridículo. Su novia era muy joven. Madre no recordaba cómo se llamaba. Tenía un aspecto extraño, de extranjera, quizá china. El vestido que llevaba no le quedaba muy bien.

Y (continuaba madre) ella no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Nadie le había contado nada. La comida que se sirvió en la recepción también era bastante extraña: bacalao crudo y tallarines y unas verduras minúsculas y una sopa marrón. Alguna gente trataba de comerla con palillos. Sintió un poco de pena por Floyd y su nueva mujer. Estaba pensando en darles una ayudita.

Esto me lo contaron Hubby, Fred y Gilbert, y todos me confirmaron que a Franny y Rose les había llegado la misma historia. Comprendí que me pasaría años oyendo variaciones sobre la boda por parte de todo tipo de gente, incluidos amigos de la familia y desconocidos: que había sido una farsa, una cosa pequeña e insatisfactoria. Nadie me creería cuando tratara de explicarle lo que había sucedido en realidad, porque el relato de madre era muy diferente del mío.

La boda de Floyd hizo que me diera cuenta de que iba a perder a mi único aliado. Él se había hecho mayor y se había marchado, y yo seguía ahí, en pantalón corto.

## 44. Vencedores

Puede parecer que yo no tenía otra vida, otro ámbito de intereses, como si no tuviera otras fuentes de placer o de distracción. Sin embargo, tenía todas estas cosas. Como todo escritor, siempre había vivido una doble vida: por un lado, la del mitomaniaco obsesivo sentado delante de su mesa; por otro, la del ciudadano pasivo y soñador. Un escritor más sabio que yo había dicho en una ocasión que en la historia interna de la mente de cualquiera que se dedique a escribir hay un momento crucial de ruptura, el momento en que el escritor rechaza a quienes lo rodean y descubre la necesidad de hablar consigo mismo y no con ellos. Ese «ellos», en este caso, era mi familia.

Yo seguía siendo escritor, y cuando la suerte me sonrió —vendí los derechos de una de mis novelas para que la llevaran al cine, y fue como un dinero caído del cielo—, me hice más conocido. Las películas no son un entretenimiento escapista. Al contrario, la hiperrealidad del dinero y el glamur nos impulsa a tomarnos la vida más en serio. Publiqué otra novela y un libro de relatos; escribí para diversas revistas. Y tenía una relación amistosa y la esperanza de que se convirtiera en amorosa. Se trataba de una mujer tan ocupada como yo, e igual de preocupada por su trabajo y sus padres ancianos, y que me aliviaba algunos fines de semana, cuando no estaba de guardia. Era médica. La veía porque me gustaba su compañía intelectual, su amistad, compartir las comidas y tener relaciones sexuales con ella. Tenía el carácter práctico y poco sentimental, que roza el egoísmo, típico de su profesión. ¿Hay tiempo? Vale, quedemos. Creo que puedo hacerte un hueco.

Éramos amigos íntimos. Y como tenía otra vida en el hospital —nadie estaba más ocupado que ella, vivía a merced de su busca—, agradecía nuestros irregulares encuentros. Vivíamos por esos días y esas noches, por muy infrecuentes que fueran. A mí me encantaba su mente científica, su eficiencia, su sensibilidad antiespiritual, su confianza y su escepticismo, su

objetividad, su relajada familiaridad con la muerte. No hacíamos planes para el futuro, y nos pedíamos muy poco; los dos teníamos poco que dar. Su pelo era lacio y rubio, nunca llevaba maquillaje y tenía la piel blanca y cálida. En la cama, actuaba con la generosidad con que actúan las mujeres maduras. La suya no era una belleza convencional, pero su inteligencia y su humor la volvían muy deseable a mis ojos. Y era dura e inquebrantable, y siempre estaba sonriendo, como si te desafiara a que la pusieras a prueba. Era una adulta completamente racional, una clase de persona que en mi familia no existía. Se llamaba Alex.

No le hablaba de mi familia a ella ni a nadie. No escribía sobre madre ni sobre nadie que se pareciera a ella. Mis personajes no solían tener padres, y había una razón para ello. ¿Por dónde podía empezar? En mi mente de escritor, yo era un huérfano, un niño cambiado de familia al nacer, alguien a quien había tenido que rechazar para poder hacer mi vida. Lejos de autocompadecerme, alardeaba de mi sensación de abandono; y era mejor así, ya que este orgullo por haber tenido que luchar tanto había formado parte desde el principio de mi desarrollo como escritor.

Pero había otra cosa que me provocaba, y de un modo irritante y eficaz: madre, que siempre menospreciaba mi trabajo y se las apañaba para poner a otras personas en mi contra. Mi vida habría sido mucho peor si ella hubiera estado animándome, elogiando mi escritura, estimulando mi ambición, instándome a mandar mis textos a editores, haciendo que se me subieran los humos; si hubiera sido una de esas ambiciosas madres de niños artistas que se sentían realizadas gracias a sus talentosos hijos. ¿Acaso madre quería seguir siendo siempre superior a mí, quizá a todos nosotros? No lo sabía. Lo único que sabía era que yo era inferior y deficiente. Ella se reía de mí a mis espaldas. Se burlaba de mis libros delante de mis hermanos. Mostraba su absoluto filisteísmo al decir: «Nunca ha tenido que remangarse», y: «¡A eso lo llama trabajo!», y al poner cara de asco (según me contaron) cuando decía: «Jay escribe porno». A los noventa y tantos años, se mostraba más feroz que nunca.

A mí me asombraba que siguiera viva. Su resistencia me obligaba a admirarla. Pero no era meramente eterna. Hay un montón de zombis en Cape Cod, más muertos que vivos, que van de aquí para allá conduciendo muy despacio o caminando con dificultad, aferrados a las empuñaduras de sus andadores de aluminio. Madre estaba sana, más que sus dos hijas, que

siempre andaban jadeando, cargadas con bolsas de la compra. Madre estaba más en forma que Fred, que había sufrido un derrame, y que el corpulento Floyd, aquejado de problemas digestivos. Era más ágil que Hubby, cuyas batas verdes le quedaban cada vez más ajustadas. Era más espabilada y lista que yo. Cuando le mencionaba alguna de estas cosas, empezaba a alardear, ya que se enorgullecía del paseo que daba arrastrando los pies hasta la esquina y de su dominio del tallado en madera. Además, el último año había empezado a asistir a unas clases semanales de historia de Cape Cod en la universidad popular.

Madre asistía a la clase como una leyenda viva; era testigo de todo el siglo xx. Franny o Rose la llevaban y disfrutaban de la gloria que les rebotaba cuando aparecía madre, cuyo papel no era estudiar historia, sino exhibir sus conocimientos, interrumpiendo y haciendo comentarios. Se hizo famosa por sus interrupciones; se ponía a opinar en medio de una conferencia y corregía al profesor cuando pensaba que se había equivocado en una fecha, un nombre o la manera de pronunciar una palabra. Era un fósil local viviente.

Su otro pasatiempo eran los funerales, cada vez más frecuentes. Me llamaba, o llamaba a Floyd o a quien estuviera disponible, y nos pedía que la lleváramos a un velatorio o a una misa por algún amigo o conocido que acababa de fallecer, y que siempre era mucho más joven que ella, como señalaba invariablemente en medio de su dolor.

—Se estaba medicando —decía, de camino hacia el oficio religioso.

Incluso cuando estaba arrodillada, rezando, su postura parecía afirmar con presunción: *He ganado. Tú has perdido.*

En su cabeza, las medicinas eran la causa más común de la muerte. Si te medicabas, acababas enfermándote. Las pastillas eran veneno. Los hospitales eran lugares infecciosos. Los médicos eran peligrosos: amenazadores e invasivos y demasiado jóvenes. Los médicos te violaban.

Mi amiga Alex, que trabajaba en el hospital de Cape Cod, se habría divertido bastante escuchando a madre. Me gustaba que, como buena médica, no se escandalizaba por nada, aunque llevara este rasgo suyo con cierta petulancia. Era ginecóloga y hablaba con frecuencia sobre la maternidad. Atendía partos a todas horas. Era muy observadora, y cuando hacía generalizaciones, a veces sonreía con cierta indiferencia, como un veterinario que hablara sobre vacas.



—Cuando una mujer se convierte en madre, cambia —dijo Alex. Estábamos en Baxter's, en Hyannis, comiendo pescado frito con patatas y esperando que se callara su busca; tenía una paciente de parto en el hospital, a un paso de allí—. Veo cómo muchas mujeres sumisas se quedan embarazadas y se vuelven más fuertes. Se convierten en madres seguras de sí mismas, mucho más duras e independientes. Algo hace clic. Parece una ley de la naturaleza.

—¿Y si tienen muchos hijos?

Como ya he dicho, nunca le había hablado a la doctora Alex de mi familia.

—No te puedes imaginar cómo cambia entonces su carácter —dijo ella—. Se vuelven muy testarudas, se sienten muy poderosas, se convierten en personas muy distintas de lo que eran antes. Muy duras.

—Insoportables. Unas pesadas.

—Pero con motivo —me miró, esbozando una media sonrisa. Tuve la impresión de que me estaba haciendo un diagnóstico—. Los hombres no tienen ni idea.

Fuera de la periferia de mi existencia tribal, la vida continuaba. El trabajo era mi salvación: me protegía de la locura. Aunque casi nunca tenía noticias de mis hijos, interpretaba esto como una señal de que estaban satisfechos, ocupados con sus cosas, y en cualquier caso no les hacía ninguna falta que yo me interesara por sus actividades. Los llamé para preguntarles qué tal les iba, si había amor en sus vidas, si tenían alguna novedad.

—Preferiría no hablar de ello —me dijo Julian con su habitual cautela. ¿De dónde habría sacado ese carácter precavido? De mí no, desde luego—. No quiero gafarlo.

Me pareció una respuesta prometedora. No lo presioné insistiendo para que me lo contara. Alrededor de un mes más tarde, me llamó para decirme que quería darme una buena noticia: estaba prometido y quería casarse pronto. También me preguntó si yo iría a Inglaterra para asistir a su boda. Y Harry me llamó para contarme que él también estaba enamorado, que se había ido a vivir con una mujer maravillosa y que estaría bien que fuera a visitarlos.

Cogí un avión rumbo a Londres. Al llegar, me sentí como un turista, pese a que había vivido diecisiete años en la ciudad. Una vez más, era un forastero. Había transcurrido todo un ciclo, y sentí que me encontraba en una nueva

fase; en los periódicos aparecían nombres distintos, en la industria editorial había gente distinta, nuevos libros, nuevos críticos, nuevos productos en las vallas publicitarias de la ciudad, que se veía más limpia y próspera, con sus peatones mucho más jóvenes y sus policías mucho más juveniles.

Alquilé un coche y fui hasta Shropshire, donde Julian me había reservado una habitación en un hotel. Acababa de entrar, cuando me encontré con Diana, mi ex, la madre de Julian, en la escalera. Era una versión envejecida y frágil de la mujer con la que me había casado hacía casi cuarenta años.

—¿No es emocionante?

Me abrazó y me dio un beso. Yo estaba tan poco acostumbrado a las muestras de cariño tan espontáneas que estuve a punto de resistirme, pero después le devolví el beso y me sentí feliz de recibir un abrazo como ese.

—Este es mi compañero, Piers —dijo—. Piers, este es Jay.

La palabra *compañero* me hizo sonreír. El hombre había estado unos momentos detrás de ella, indeciso. Era un tipo que se estaba quedando calvo y que llevaba un traje bien ajustado. Me estrechó la mano con cierta intensidad; su actitud era asertiva en general, como si quisiera hacer hincapié en el hecho de que había usurpado mi lugar y ahora tenía el control.

—Encantado —dijo, y se metió el pulgar de la mano que le quedaba libre en el bolsillo del chaleco.

Julian vino a darme la bienvenida y me presentó a Marion, su novia. Estaba muy contento. También lo estaba ella, que sonreía sin parar, radiante. Era una belleza; tenía cara de niña sabia, el pelo rizado y abundante y los ojos oscuros. Era medio galesa, según me había contado Julian.

—Papá, esta es Sophie —dijo Harry, y una mujer muy esbelta que llevaba un vestido con vuelo se acercó a darme la mano. La suya, pálida y bonita, resultaba áspera al tacto. Aquella aspereza contrastaba de un modo sorprendente con su rostro felino, sus ojos penetrantes y su saludable aspecto.

—Sophie es paisajista —dijo Harry, y entonces entendí lo de sus manos y el hermoso color de su cara.

Harry me llevó a la iglesia del pueblo, donde iba a tener lugar el ensayo de la boda. Allí conocí a los padres de Marion y a los amigos de Julian que formarían parte de la ceremonia. Después fuimos a cenar todos juntos. Estaban muy animados, hablaban en voz alta y se reían, y yo me dediqué sobre todo a escucharlos, fascinado por el encanto de la situación.

—¿Por qué sonríes, papá? —me preguntó Harry—. ¿Qué estás pensando?

—Estoy feliz. Así es como debería ser una familia.

La boda fue íntima, intensa y alegre: un pequeño grupo de familiares y amigos en la antigua iglesia de piedra del pueblo. El «compañero» de Diana era el fotógrafo oficial.

—Me parece muy bien este apaño —le dije cuando posamos juntos, antes de que empezara la ceremonia—. Que Piers sea el fotógrafo.

—¿Por qué?

—Porque así no saldrá en ninguna foto.

—Típico comentario tuyo —me dijo, sonriendo con fingida severidad.

—Esta conversación no va a acabar bien, papá —dijo Harry—. Haz el favor.

Julian me hizo participar en la ceremonia. Leí un fragmento de la «Canción del camino abierto», de Whitman. Alguien cantó algo con acompañamiento de guitarra. Los niños pequeños que asistieron parecían nerviosos y muy normales. Después, durante la cena, Harry dijo unas palabras. Estuvo bastante provocador, elogioso y divertido. Invitó a hablar a quien quisiera hacerlo. Diana se levantó y contó una anécdota de cuando Julian era pequeño. Un amigo del colegio de Julian, Gavin, contó una anécdota complementaria, un recuerdo de cómo Julian había conjugado un verbo irregular en latín. Todos me parecían serenos y equilibrados. Me dieron fuerzas. También habló Marion, y mencionó las advertencias que había recibido sobre cómo era vivir con una persona creativa e inquieta, pues Julian era escritor, cineasta y viajero.

Cuando llegó mi turno, me levanté y me fijé en la habitación, que me parecía que giraba sin parar y estaba un tanto borrosa, y en todos aquellos rostros encendidos. Me sentía lento e inseguro. Me dirigí a las flores que había en el centro de mesa, y les dije lo feliz que estaba, pero lo dije con un tono de voz lloroso que hizo que todo el mundo se quedara en silencio. Vi que Marion me miraba con ansiedad. Le hablé a ella.

—Cuando Julian se vaya de viaje, no pienses que se siente libre o liberado —dije—. Está sufriendo. Viajar es una actividad terriblemente solitaria. Consérvalo en tu corazón porque tú estás en el suyo. Que se vaya solo no implica una falta de amor. El amor es lo que necesita para poder viajar. El amor es necesario para poder estar solo. Necesita amor para trabajar, para

pensar, para ser productivo y feliz.

En la cocina, unas bandejas metálicas cayeron al suelo, provocando un gran estrépito al impactar contra los azulejos. El ruido me hizo callarme un momento, pero también provocó que el silencio fuera aún más intenso en la mesa.

—No sientas que, al irse de viaje, Julian se está escapando. Ni que tú necesites escapar, y encontrar otro amigo con quien pasar el tiempo, a quien amar —aquí me detuve, y después le supliqué, con lágrimas en los ojos—: Espéralo. Mientras viaja, él te está esperando a ti. No te quiere menos por el hecho de estar lejos. Tú eres su familia. Cuando él está separado de ti, su amor, si acaso, es más profundo. Anhela volver a verte. Necesita que lo esperes, que lo conserves dentro de tu corazón.

Los festivos invitados a la boda estaban muy serios. Levanté mi copa por los recién casados y, para alivio de toda la mesa, me senté.

Había hecho el ridículo. Llorar no estaba bien visto en Inglaterra. «Los hombres estadounidenses lloran —me había dicho una vez la madre de Diana, burlona—. Y se dejan el sombrero puesto dentro de casa».

—Dijiste lo que pensabas —me dijo Julian después de la cena—. Eso no tiene nada de malo. Me alegro de que estuvieras lo bastante relajado como para hacerlo.

Relajado no, quizá bebido. Pero el momento pasó, regresaron la alegría y las conversaciones y el sonido de las copas al brindar. Al final, cuando la mesa se disolvió en grupos pequeños, Julian y Marion se marcharon.

Diana se me acercó y me preguntó:

—¿Estás enfadado conmigo?

—No —le dije, y me pregunté si realmente no lo estaba.

Pero era demasiado tarde para estar enfadado. Todo mi enfado había quedado sepultado por el paso del tiempo. Sonriendo, para transmitirle seguridad, recordé lo guapa que estaba en nuestra boda, lo inocentes que éramos antes de que pasaran tantas cosas, cosas inesperadas y extrañas. Y sin embargo, ahí seguíamos.

—Este es un momento feliz —dijo—. Es como una escena de una obra de Shakespeare, una de las últimas, en la que la generación joven redime a la antigua. Y todo acaba bien, con música y alegría, incluso con campanas de boda. ¿*El cuento de invierno* es así?

—No, esa no acaba en boda —dije—. Pero sé de lo que hablas.

—No, no. Después de que aparezca Hermíone, Leontes le dice a Paulina: «Con mi anuencia has de tomar esposo», y le dice a Camilo que la coja de la mano. Y luego se casan —dijo Diana, guiñándome su ojo de licenciada por Oxford—. En cualquier caso, nosotros lo hemos liado todo, pero ellos lo están haciendo bien. Tenemos mucho que aprender de ellos.

—Disculpa por el comentario que hice sobre tu amigo Piers —le dije—. Sobre lo de que sacara las fotos y no saliera en ellas.

—Gracias. Acepto las disculpas en su nombre. Oye, quería preguntarte cómo está tu madre. ¿Por qué pones esa cara?

—Porque me había olvidado completamente de ella.

—Pero dime, ¿cómo está?

—No quiero pensar en ella en este día feliz.

—Entonces, ¿por qué no me cuentas cómo te ha ido en todo este largo tiempo desde que nos separamos?

Me quedé mirándola con la boca abierta, como un perro que acabara de oír música.

—Es la última frase de *El cuento de invierno* —dijo ella—: «Llévanos aprisa».

Yo no quería que acabara ese día. Pero al despertarme a la mañana siguiente, descubrí que todos se habían ido ya. Estaba de nuevo solo y tenía que volver a casa.

Madre me había dejado un mensaje en el contestador, no para que le contara cómo había ido la boda, sino para preguntarme dónde estaba. Yo no la había llamado en toda la semana que pasé en Gran Bretaña. En cuanto estuve instalado de nuevo en casa, le devolví la llamada y le hablé de la celebración.

—¿Los ingleses no sacan fotos en las bodas? —me preguntó.

Fui a visitarla y llevé mi pequeña cámara con las fotos que había sacado. Diana había dicho que Piers iba a enviarnos a todos un CD con todas las que había hecho él. Nos sentamos en el sofá y fuimos pasando por toda la secuencia de imágenes: Julian y Marion, la tarta y el momento en que la cortaron y algunas fotos de grupo de todos los asistentes.

—La tarta es bonita —dijo madre.

Quería decir que era pequeña y poco apetitosa.

—En Inglaterra no les gustan las tartas enormes y de muchas capas —le expliqué—. Allí la tradición es poner una tarta de frutas rectangular. Y luego algunos invitados se llevan un trozo a su casa en una cajita.

Pero madre había dejado de escucharme.

—¿Qué clase de iglesia es esa?

Se refería a que parecía una iglesia protestante.

—La de Saint Mary. Es del siglo XI. Imagínate, de hace mil años.

—¿Y quién es toda esa gente?

—Los que fueron a la boda.

—¿Esos son todos?

Se refería a que eran muy pocos.

—¿Eso es un paraguas? —preguntó madre, apoyando su uña amarillenta sobre la pantalla de la cámara. No sé cómo lo había visto, ya que no estaba abierto. Lo que quería señalar era que había llovido.

—Cayeron un par de gotas cuando salimos de la iglesia.

Sabía lo que le iba a contar al resto de la familia sobre la boda de Julian: una tarta minúscula, una iglesia protestante, apenas un puñado de gente, un día lluvioso. No me importaba que lo viera todo oscuro y lleno de defectos. Había sido un día feliz. Yo no me lo merecía. No había hecho nada para contribuir a esa felicidad; no había organizado nada. Lo habían hecho todo ellos, pero yo me sentía como un vencedor.

—¿No tienes más fotos? —preguntó madre.

Supuse que esto significaba que era muy triste que solo hubiera seis imágenes de toda una boda.

—Me encantaría tener más.

Cogió mi pequeña cámara digital. Madre tenía una manera de coger las cosas que hacía que parecieran desdeñables. La miró entornando los ojos y después me la devolvió. Transmitía desprecio y violencia. Se levantó y se puso a ordenar lo que había en la mesa baja del salón: un ovillo, la cesta con las cosas para tejer, unos libros, un pájaro tallado, el periódico del día anterior, un misal sagrado, una postal de Sharm el-Sheij, algunos papeles.

—Debes de estar cansado —me dijo.

—No, para nada. Estoy bien. Anoche dormí fenomenal. Solo tengo que ir a devolver el coche que alquilé.

—Estás un poco ojeroso —seguía toqueteando los papeles que había sobre

la mesa—. Pareces pachucho.

—¿Pachucho?

¿Qué estaba queriendo decir? Intenté traducir el lenguaje de madre pero no logré encontrarle ningún sentido. ¿Acaso «cansado» significaba que había perdido el tiempo viajando a Inglaterra para asistir a esa boda? ¿O significaba que era absurdo que hubiera ido a visitarla con tan pocas fotos? Por lo general, en ese punto de la visita, madre me habría ofrecido una fruta, o algún dulce, o un zumo. Pero ahora no me ofrecía nada.

Antes de que pudiera protestar, oí el sonido de un coche y comprendí. Madre me había estado insinuando que me marchara. Yo estaba cansado y tenía mal aspecto; debía estar en mi casa. Estaba esperando a alguien, a la persona que acababa de aparcar delante de su casa, evidentemente. Oí el ruido de carraca del freno de mano.

—Dios mío —dijo madre, intentando parecer sorprendida. Pero llevaba un buen rato esperando ese momento—. ¿Quién será?

Miró por la ventana e hizo un gesto de desaprobación.

—¿Qué querrá?

Me puse a su lado y vi a una mujer esforzándose en el camino de entrada de ladrillo. Iba inclinada hacia un lado, llevaba una gran bolsa y caminaba pesadamente, encorvada y a trompicones. Tenía puesto un abrigo enorme y sin abotonar que le colgaba casi hasta el suelo y que temblaba a cada paso que daba. Estos temblores del abrigo, en cierto modo, agrandaban lo que el abrigo cubría, dando la impresión de que la mujer era más grande de lo que en realidad era. Las mejillas también le temblaban a cada paso, y parecía que se le estiraban más y más hacia abajo. Se diría que acababa de volver de un largo viaje o de estar a punto de terminar una carrera, jadeante y deseosa de llegar a la meta.

El abrigo era nuevo, y también lo eran el coche y el gran bolso rojo, pero la mujer estaba bastante deteriorada, con el pelo lleno de zonas grises y rizado por los lados, asomando por debajo de una boina absurda, y una cara también gris. Tenía unos tobillos gruesos que parecían hincharse por encima de sus zapatos marrones. Los zapatos de alguna gente tienen un aspecto realmente castigado.

Era Franny. Llevaba sin verla desde el lejano día de la misa conmemorativa. Caminaba de un modo inestable, parecía agotada y se había vuelto más gris. Como yo me hallaba a su lado observando la llegada de

Franny, madre estaba alerta y nerviosa; no paraba de toquetear el sillón, de tirar de la cortina, de darse golpecitos con los dedos en la cara.

—Debería irme —dije yo.

—Por lo menos dile hola.

Había querido desesperadamente que me fuera antes de que llegase Franny. Madre detestaba las situaciones incómodas que siempre se producían cuando dos o más de sus mal avenidos hijos se encontraban en su presencia. Ahora, atrapada entre dos de nosotros, tenía un dilema: no sabía cuál de sus personajes debía representar. Empezó a estremecerse, como si fuera a cambiar de forma, con una expresión de incertidumbre. Parecía un fantasma.

—Mamá, ¿de quién es ese coche? —dijo Franny, entrando por la puerta y soltando su bolsa, que produjo un fuerte ruido e hizo que temblara el suelo de madera que había debajo de la moqueta.

Franny dio un paso atrás y también tembló ligeramente al verme, como quien se asusta ante un ruido fuerte. Yo no estaba menos impresionado. Reconocía su voz, su acento y su manera de pronunciar, pero tuve la impresión de que aquel era el cuerpo de una desconocida. Quizá ella pensara lo mismo de mí.

—Hola —le dije.

Entonces se atenuó la luz de sus ojos.

—Hola —repitió Franny sin ningún interés.

Agitando los brazos como si fueran aletas, como si quisiera impulsarse, avanzó lentamente hacia madre y le dio un beso.

—Mamá, ¿estás bien?

Dos señoras mayores, una grande, una diminuta, agarrándose como viudas afligidas.

—Estoy bien —dijo madre, y soltó un par de toses superficiales y polvorientas, como solía hacer cuando decía que estaba bien.

Me levanté, medio inclinado, y eché un vistazo a la puerta, esperando que se presentara mi oportunidad para marcharme.

—¿Cómo está Rose? —pregunté.

—Ni idea.

Franny llevaba unos calcetines blancos que le llegaban hasta los tobillos.

Madre hizo un gesto de dolor y se puso tensa de nuevo. Evidentemente, yo había sacado un tema desagradable. Quizá las hermanas estuvieran en medio de una de sus peleas.



—¿Y Fred?

—¿Por qué no le preguntas a él?

Madre soltó un suspiro. Eso era justo lo que ella temía: que sus hijos enemistados se encontraran delante de ella, con toda la tensión y la incomodidad que eso suponía.

Vi mi cámara sobre la mesa, con una foto de la boda todavía en la pantalla, y me acerqué para cogerla. No quería que madre le enseñara las fotos a Franny ni a nadie; la verdad es que no quería ni que se enteraran de lo de la boda. Como Floyd, tenía la esperanza de poder dejarlos al margen. Todos los miembros de la familia estábamos deseosos de proteger nuestros secretos; eran lo que nos daba fuerza. Y, sobre todo, quería mantener la amargura de la familia alejada de mi felicidad.

Recuperé la cámara y me la guardé, apretando con el pulgar el botón de apagado para que la pantalla se quedara negra.

—Tengo que ir a devolver el coche de alquiler.

Franny me miraba con los ojos entornados, como si yo fuera un desconocido al que hubiera sorprendido en medio de su casa. Uno de los lados de su cara tenía la expresión de quien se ha quedado un rato mirando fijamente el sol. Parecía un gran monumento blando, y madre, tan blanca y con su nariz ganchuda, un pájaro desplumado.

La gente que te odia emana cierto olor desagradable. De repente lo sentí, penetrante, en las fosas nasales.

Fuera, mientras me dirigía hacia el camino de entrada, me fijé en cómo Franny examinaba los canalones, los aleros, el tejado, con la mueca de enfado de quien está llevando a cabo un recuento poco satisfactorio. La casa era suya. No había ido a visitar a su anciana madre, sino a comprobar el estado de su propiedad, como una casera nerviosa, consternada ante la visión de una inquilina que sigue viva, ocupando la casa —y la tiene toda patas arriba— y piensa: ¿Por qué no te mueres de una vez?

Franny era una vencedora, sí, aunque la astucia de madre la había condicionado y fastidiado mucho. Sí, podía quedarse con la casa, pero madre y todas sus necesidades venían con ella. Aquella herencia prematura se había convertido en una carga. Madre no se había equivocado al no confiar en mí y al apoyarse en otros. Había visto en Franny a la cuidadora perfecta, hipócrita y hambrienta, y la había atrapado valiéndose de su codicia.

Madre había aguantado, había prevalecido. Durante ese tiempo, Franny se

había hecho muy mayor. Pensaba que madre iba a morir muchos años antes. Había tenido que pasar un montón de tiempo esperando, y ahora las visitas semanales le suponían una carga mucho más pesada que antes. Parecía más débil y enfermiza que madre. Quizá nunca pudiera disfrutar de la propiedad y el dinero que se había embolsado. Se había pasado más de media vida haciendo de sirvienta de madre, y solo ahora, a estas alturas de la partida, se había dado cuenta de que, al hacer que se sintiera especial, madre la había estafado.

Franny, al resultar vencedora, había sido derrotada. Y llevaba esa derrota marcada en las arrugas de su rostro.

Fred también estaba achacoso; su corazón latía de un modo más irregular que el de madre. Hubby tomaba betabloqueantes. Rose estaba enfadada; sentía una rabia que la hacía jadear y atragantarse, como si se tratara de una enfermedad. Gilbert estaba lejos; supuse que en Sharm el-Sheij, por la postal que había sobre la mesa. Floyd estaba con Didi, también en alguna otra parte.

La otra gran ironía de que Franny tuviera que soportar la carga de la casa mientras madre se negaba a morir y a dejarla vivir allí era que Rose había malinterpretado los regalos. Rose odiaba a Franny por su aparente victoria. Se habían peleado por la herencia y los obsequios. Al final, madre había logrado que se distanciaran y que su relación, que siempre había sido cordial, se agriara. Las había aislado, de modo que ahora eran dos cuidadoras que competían por su atención.

## 45. Extraños

En el retrovisor de mi coche, sobre la imagen que se alejaba, había una inscripción que advertía: *Todo está más cerca de lo que parece en el espejo.* La imagen era la de madre y Franny, una al lado de la otra, como una niña grande y su muñeca, una de esas muñecas grandes que puedes ganar en una feria si tienes buena puntería y consigues derribar seis objetos de un estante. Madre estaba esquelética y muy recta y llamaba la atención su nariz picuda. Era como si sus huesos hubieran encogido en su interior. Los rasgos de su cráneo se veían claramente a través de la delgadísima piel de su cabeza diminuta. Tenía el cuello fibroso y las delgadas manos agarradas a los lados de su cuerpo. La ropa le quedaba grande y estaba descolorida. Me acordé de que la mayoría de los ancianos no se compra ropa nueva. *Estos trapos me acompañarán hasta el final.*

Franny se cernía sobre ella, y el vestido le caía como un trapo colgado sobre una silla. Respiraba con fuerza, moviendo la mandíbula y emitiendo unos graznidos sin contenido alguno. Una postura similar, una manera de inclinarse, una manera de colocar los brazos, los pies característicos de la familia. Pero había una diferencia. La antigua malevolencia de madre había desaparecido, como había desaparecido su esplendor. Había menguado hasta la mitad de su tamaño original; me resultaba difícil reconocer en ella a la madre que había conocido y temido. Y, como si fuera una muñeca frágil y barata, su forma parecía haberse inspirado en la de la otra mujer. Franny era mucho más grande. Daba la impresión de que, junto con todo lo demás, la hija le había quitado a la madre toda su energía y su volumen; como si se hubiera apoderado del tamaño y la fuerza de madre. Estaba ahí de pie, en el camino de entrada, como una versión jadeante de la mujer que le había dado la vida. Imposible aceptar que ciertas características se heredan. Franny era como solía ser madre.

Pero aunque estaba empequeñecida y desecada —huesos de pájaro y un

pelo blanco y ralo sobre un cuero cabelludo rosáceo, y un vestido harapiento —, madre parecía tan indestructible como siempre había sido. Y ahora tenía algo de saurio, como les pasa a algunos ancianos, y titilaba en mi retrovisor, más cerca de lo que parecía.

Junto a aquella mujer pálida y petrificada, a Franny se la veía inestable y asimétrica, y se tambaleaba en sus incómodos zapatos. Pronto estuvieron fuera del alcance de mi vista. Yo me dirigía a mi casa, pero me resultaba difícil quitármelas de la cabeza.

Madre estaba más saludable que nunca, aunque de un modo pasivo; saludable como una ciruela pasa. Con frecuencia afirmaba, orgullosa, que tenía que ir a dar paseos sola —«Franny no está en condiciones de acompañarme»—, que quería aprender español en una escuela nocturna y que pensaba apuntarse a un curso avanzado de talla en madera, en el que se dedicaban a aves más grandes —rapaces y pelícanos— y empleaban herramientas eléctricas y un amplio surtido de carísimos cuchillos. Seguía asistiendo a su clase de historia semanal y, al menos una vez al mes, iba al funeral de alguien.

Madre iba a los funerales como si fuera un reproche viviente, uno de esos espectros que acude a traer un mensaje —el suyo era: «Te lo dije»—, pero en carne y hueso y con un sombrero negro y un velo negro, como un murciélago de la fruta que se descuelga desde lo alto, una ceñuda encarnación del poder que siembra el terror y exige ser venerada. Los funerales, como tantas de las salidas de madre, tenían para ella una única razón de ser; cuando aparecía en público lo hacía buscando elogios, cuando salía de casa era para inspirar asombro, para abochornar a la gente con su avanzada edad y sus hábitos saludables.

Franny seguía yendo a visitarla los domingos, como siempre, enorme y jadeante debido a la generosidad de madre. Rose iba a verla los sábados.

—Quieren ver si ya me he muerto —decía madre con maldad. Pero dicha maldad no tenía en ella el efecto corrosivo que tiene en otras personas, sino que la mantenía viva.

Ella metía en el microondas el pollo del asador, los sándwiches de jamón, las albóndigas, las bandejas de comida para llevar que Franny compraba de camino hacia su casa. Comían juntas y Franny se lamentaba en silencio por no poder instalarse en la casa todavía, por tener que buscar a alguien que cortara el césped, rastrillara las hojas y desbrozara el camino. Eso fue lo que

me contó madre, y es probable que otros oyeran relatos más coloridos.

—No sé por qué siempre me trae cosas de comer —decía madre—. Hubby ya pide que me envíen comida los de Meals on Wheels[29].

También Fred, que en otros tiempos fue tan vital —el abogado multifunción con veinte brazos— se había vuelto inútil. El derrame lo había partido por la mitad. Se había apagado, y todavía más asimétrico que Franny, con un brazo inservible y la boca torcida para abajo. Ya no podía conducir, y su mujer se había convertido en su cuidadora. Las pocas veces que venía a mi casa, arrastrando un pie y con un brazo balanceándose como si estuviera hecho de trapo, decía:

—He desperdiciado mi vida. Tendría que haber sido pintor. Podría haber salido adelante. Tenía talento. Pero ¿de qué me sirve ahora? Tú elegiste bien. Yo podría haber tenido una vida como la tuya o como la de Floyd.

—Es un hipócrita —dijo Floyd—. Ha hecho lo que le ha dado la gana toda su vida. Es insultante que diga eso.

Los comentarios de ese tipo eran meros destellos del antiguo Floyd. Desde la boda, se había vuelto circunspecto y reservado. Nunca mencionaba a su esposa. Estaba angustiado y un tanto susceptible. Seguía escribiendo y el futuro le preocupaba más que nunca. Se hallaba embarcado en una de sus obras misceláneas, un volumen que llamaba *Anomalías*. Decía que iba a ser su mejor libro.

—Ponme un ejemplo.

—George H. W. Bush dijo: «Leed mis labios: no habrá nuevos impuestos». Pero miremos con atención. No tiene labios.

Hubby me dijo que estaba pensando en prejubilarse de su trabajo en el hospital. Tenía hipertensión, acidez de estómago y pies planos. Por mucho que arrastrara los suyos, madre caminaba más rápido que él.

—Estoy agotado —me dijo Hubby. Como todos nosotros, consideraba que estaba al final de su vida laboral—. Me han ofrecido un acuerdo para prejubilarme. Quizá me dedique a ser asesor.

Rose estaba contenta ahora que Bingo y Benno habían entrado en la universidad, y también ella hablaba de jubilarse. No tenía nada que hacer salvo lamentar la ausencia de sus hijos y odiar a Franny, quien, ahora estaba claro, se había quedado con la mayor parte del dinero de madre.

Gilbert, el más brillante, el más amable, el más indulgente, el más esquivo, estaba en Afganistán; le habían dado un puesto en la embajada

estadounidense en Kabul. Cada vez que le preguntaba por la guerra, eludía la cuestión quejándose de la calidad de las alfombras afganas.

—Con esos tintes químicos tan chillones, y los nudos mal hechos —y podía añadir—: El valle de Panjshir ha sido pacificado, y la buena noticia es que la agricultura ha vuelto a muchas provincias. La mala es que su principal cultivo es el opio.

Angela ya tenía cincuenta y cinco años, y aunque llevaba muerta casi todo ese tiempo, madre la consideraba una triunfadora.

—Es la que ha tenido la mejor vida de todos.

Y yo trataba de comprender la situación. ¿Cómo era posible que después de tantos años los señores canosos que formábamos esa gran pandilla siguiéramos siendo niños? En cualquier caso, continuábamos envejeciendo, cada uno era frágil a su manera y ya no había ninguna posibilidad de que disfrutáramos de algún éxito en el futuro; lo único que nos esperaba era una sucesión de pequeños y repetitivos fracasos que nos acompañarían hasta la tumba.

Todos nos preguntábamos qué hacer con madre. Nos habíamos hecho mayores y nos encontrábamos en el tramo final de nuestras carreras. Fred se había quedado cojo y débil; Floyd estaba a punto de jubilarse; Gilbert hablaba de dejar el servicio diplomático y ponerse a escribir un libro; a Franny y Rose les faltaba poco para retirarse de la enseñanza. Yo apenas dedicaba unas horas a la escritura, horas que pasaba un tanto inquieto, tratando de pensar; era una actividad que consistía sobre todo en tomar notas, pero las notas eran pesimistas, como las de un viajero que hubiera ido demasiado lejos y se diera cuenta de que no había forma de volver atrás; me sentía como el capitán Robert Falcon Scott, muriéndose de hambre en su tienda, escribiéndole mensajes al mundo con la esperanza de que no se olvidara de él.

En cuanto a la familia, habíamos entrado en un territorio crepuscular y cubierto de maleza en que la carretera principal se convierte en un camino, y ese camino en un estrecho sendero que no lleva a ninguna parte y que se va angostando mientras nos conduce hacia donde ya no hay ninguna ambición. Los jóvenes no saben nada de esto, no pueden ni imaginárselo, pero hay una etapa en el camino de la vida en la que dejan de verse letreros y postes indicadores, en la que ya no quedan ambiciones, en la que no hay mucha gente. Todas las sorpresas alegres pertenecen al pasado. Se acabaron los

milagros, no puede esperarse nada, ni siquiera queda esperanza, solo esas cumbres rocosas y las yermas colinas, y detrás de ellas, el olvido, entre impenetrables sombras, acechando; cada desvío puede ser traicionero, y el camino hacia delante se dirige a la oscuridad.

Así es la vida, decimos, pero lo que queremos decir es que así es la muerte.

Nos parecíamos a madre en que nos olvidábamos de las cosas con mucha facilidad, en que nos repetíamos, en que éramos obstinados. Cuánto nos hubiera aliviado —o, al menos, distraído— asumir el control, como había hecho madre, y disfrutar de cierto estatus, aunque fuera durante un periodo breve, tener algo de poder, gozar de algo de respeto. Pero no, eso quedaba fuera de nuestras capacidades.

Teníamos la vida de madre, sin las satisfacciones de madre. Nuestras vidas eran cada vez más delgadas, estaban cada vez más vacías. Viajábamos a través del territorio remoto del envejecimiento, recorriendo ese camino cada vez más estrecho por el que nadie te acompaña por voluntad propia. El amor en la vejez es una ilusión. Mi aventura con la doctora Alex había concluido amistosamente, como suelen concluir los amoríos maduros entre adultos sensatos; éramos demasiado independientes como para irnos a vivir juntos, y demasiado mayores. Y quizá ella sospechara hasta qué punto yo estaba esclavizado por mi madre y mi familia. Madre nos ignoraba por completo, nos hacía sentir insignificantes; ya no aspirábamos a nada, pero en nuestra impotencia seguíamos mostrándonos serviles con ella, seguíamos atendiéndola. Éramos sus niños envejecidos, sus sirvientes renqueantes, sus encanecidos súbditos; no nos atrevíamos a detestarla, pero nunca nos habíamos detestado tanto los unos a los otros.

—Me gustaría pegarle un tiro en los muslos a Franny —me dijo Floyd.

—En el hospital siempre hay un montón de chiflados como Floyd —dijo Hubby—. Lo que hacemos con ellos es sedarlos.

—¿Alguna vez te has fijado en que la cabeza de Hubby tiene la misma forma que una bala de jezail? —preguntó Floyd—. Y tiene los pies palmeados. ¿Por qué será eso?

Estábamos jubilados o semijubilados, y disponíamos de mucho tiempo para dedicarlo a esta clase de cosas. No teníamos nada en común, no compartíamos intereses, no había nada de lo que pudiéramos hablar, salvo el tema que nunca nos quitábamos de la cabeza: madre.

Todos estábamos bastante gordos e íbamos igualmente desgredados, pero

nuestro aspecto era distinto, como lo eran nuestras personalidades. Nos parecíamos tan poco que era como si procediéramos de familias distintas. O, más bien, como si fuéramos huérfanos y nunca hubiéramos tenido una familia.

«¿De verdad es tu hermano?», me preguntaban los desconocidos, refiriéndose a Fred o a Floyd. «¿Es familia tuya?», indagaban sobre Franny o Rose. O: «¿De qué habláis cuando estáis juntos?». Resultaba muy raro que fuéramos tan diferentes, y la consecuencia, por supuesto, era que no podíamos hablar de manera razonable entre nosotros. Por todo lo que había viajado, yo sabía que los desconocidos podían ser impredecibles. Pero los desconocidos de tu propia familia son peligrosos.

Como había descubierto Franny —yo lo había visto en su rostro; tenía la misma expresión que se le quedaba en la mesa, cuando se acababa toda la comida y ella estaba ahí con el tenedor en la mano—, ya no había más dinero. Los regalos de madre pasaron a ser tapetes tejidos por ella y aves talladas.

—Este es un somormujo... Este es un trepador —se burlaba Floyd—. Y estos son buitres, y se han atiborrado tanto con todo lo que han rapiñado que están demasiado gordos para volar.

—Quizá deberíamos hacer otra incursión por la puerta trasera —dije.

—Ya no hay nada que robar —dijo él—. Hace años que no queda nada.

—Bueno, pero es divertido.

—Siempre has tenido un concepto bastante perverso de lo que es la diversión. ¿Por qué será eso? ¿Estás majareta? Deja de decir tonterías. Ya lo han saqueado todo.

Estábamos en su casa, sentados en el porche. De la cocina salían ruidos de sartenes y ollas. Era Gloria. Nos trajo café. Era la mujer que Floyd llevaba esperando toda la vida. Ahora, cerca de los setenta años, había encontrado a doña Perfecta, que lo adoraba. Ella se quedó por ahí cerca, porque él seguía hablando.

—Pensar que el tesoro de mamá todavía era virgen cuando murió papá, que esa tierra «nunca había sido saqueada, explotada ni expoliada...» —dijo—. «Las minas no se habían excavado, ni las imágenes se habían arrancado de los templos». ¿Autor? —le cogió la mano a Gloria—. Mira cómo se retuerce.

—Me suena —dije yo—. ¿John Donne?

—Raleigh. ¿No lo sabías? —Gloria le dio un beso—. Y yo sufro la



maldición de tener una memoria fotográfica, cariño.

Una vez que estaba visitando a madre, me dijo:

—¿Crees que debería irme a una residencia?

Le di la respuesta que quería.

—Hay gente que piensa que sí —dijo.

Lo mencionó como si se tratara de una lucha por el poder. Querían obligarla a exiliarse. Una vez más, al decir esto, sonó más que nunca como un déspota que está perdiendo su capacidad de control y trata de proteger la retaguardia contra potenciales usurpadores.

—Hay gente que quiere echarme de aquí.

—¿Qué gente?

—Preferiría no decir sus nombres —con la edad, la cabeza de madre había empequeñecido, pero su nariz seguía siendo ganchuda e inquisitiva—. Aunque te sorprenderías.

Eso significaba que se trataba de Franny y Rose.

—Qué horror —dije, dándome cuenta de que tenía una oportunidad para parecer empático y congraciarme con ella—. Tú eres independiente. Tienes amigos y haces cosas que te interesan. Puedes cocinar.

—El otro día fui al dentista sin ayuda de nadie.

—Claro —¿de verdad habría ido sola?—. ¿Para qué ibas a querer meterte en una residencia de ancianos?

—Me moriría si tuviera que vivir en un lugar de esos.

—Seguro. Quien haya hecho esa sugerencia te habría condenado a muerte.

—No tendría ninguna intimidad —dijo.

—Sería como estar en una cárcel —dije yo.

Madre se quedó pensativa, con la mirada perdida, mientras las yemas de sus dedos recorrían los cerosos contornos de su cara.

—Sé que no lo he hecho todo a la perfección —dijo al fin.

—Lo has hecho muy bien, mamá.

—Estoy segura de que he cometido un montón de errores.

La observé con atención y, como si hablara con una niña hipersensible, dije:

—No pienses en ello, mamá.

No era la respuesta correcta. El rostro de madre se tensó y su boca adoptó

una expresión de tristeza.

—¿Así que piensas que los he cometido?

—Por supuesto que no.

—¿Y por qué no lo has dicho?

—Lo he dicho.

Pero no lo había dicho, y ya era demasiado tarde.

—Puede que llegue un momento en que tenga que irme a vivir a una residencia —dijo madre. Se giró y me dio la espalda. Había decidido firmemente no abandonar su sillón jamás.

—No va a ser pronto —dije yo.

—Cuando sea mayor —dijo ella.

Tenía noventa y seis años y parecía una ramita, pero se había endurecido tanto con el tiempo que daba la impresión de que vivía en un estado de osificación, era la esencia ósea de lo que había sido.

Rose me llamó esa misma noche.

—Eres gilipollas. Mamá no ha podido pegar ojo con el disgusto que le has dado. Vale, a lo mejor ha tomado algunas decisiones equivocadas, pero ¿por qué insistes en hablarle de todos los errores que ha cometido?

En realidad, no era una pregunta, sino una acusación. Sin decir nada más, Rose colgó violentamente el teléfono. En cuanto salí de su casa, repitiendo una maniobra que yo ya conocía de cientos de veces anteriores, madre se había puesto a llamar a todo el mundo y a decir pestes de mí. Ella no se consideraba mayor. Éramos nosotros los que estábamos envejeciendo, no ella. Seguía pensando en el hecho de que mencionara al dentista; a su edad, todavía conservaba casi todos los dientes y continuaba yendo a que se los arreglaran cuando tenía algún problema, a que le limpiaran el sarro o le empastaran las caries. Iba al podólogo para que le cuidara los juanetes y al internista para que le mirase esa leve tos que tenía. A los noventa y seis años, mantenía su cuerpo en buen estado, pese a lo mucho que el tiempo había hecho mella en él. ¡Podía usar los dientes! ¡Le funcionaban los pies y las piernas! Incluso esa reacción a mi visita, ese antiguo reflejo de malicia que la llevaba a seguir cuchicheando contra mí, inventando historias, creando problemas («¡Jay me ha dado un disgusto!»), incluso eso la animaba.

Fred vino a verme tras llamarme desde el coche. Estaba cerca de mi casa y

quería saber si podía pasar un rato. Pero con Fred nada era casual. Yo sabía que había venido a mi zona apostada y que quería hablar, y que no sería capaz de disuadirlo.

Parecía mucho mayor y más delgado, y su brazo seguía colgando a un lado de su cuerpo. No era solo que pareciera más débil que madre; daba la impresión de que no le quedaba mucho tiempo de vida. Tras el esfuerzo que le supuso subir los cuatro escalones del porche, se sentó, recuperó el aliento y me dijo que había estado viendo las residencias para ancianos que había en Cape Cod. Ya era hora de pensar en algo.

—Mamá dice que quieres meterla en una cárcel —le dije.

—Tendríamos que tenerlo todo pensado de antemano.

—¿Quién lo va a pagar?

—Estoy seguro de que todo el mundo está dispuesto a poner algo —dijo él.

Meter a madre en una residencia suponía que Franny podría instalarse en la casa que madre le había regalado pero aún no había desalojado. Y, como madre le había regalado todo su dinero, todos tendríamos que asumir el coste de los cuidados de madre en la residencia. Los que no habíamos recibido nada, o casi nada, también tendríamos que compartir los gastos.

En lugar de mencionar esta objeción mezquina, le dije a Fred que madre se desmoralizaría mucho si le planteábamos el tema.

—Entonces no se lo plantearemos.

—¿Y no vas a permitir que opine sobre el asunto?

—Como tú has dicho, lo va a pasar mal si nos ponemos a hablar de llevarla a una residencia.

—La tratas como si fuera una niña.

—Velo por sus intereses —dijo Fred.

—Me ha dicho que no quiere ir a una residencia. Y no la culpo.

Sin parar de toser, escorado en un sillón de mi sala de estar, parecía que era Fred quien tendría que ingresar en una residencia, no madre. Daba la impresión de que era su marido en vez de su hijo.

—Por lo menos yo la saco a comer. Voy a visitarla. La llamo casi todos los días.

—Y te ha dado bastante dinero —dije yo.

—No tanto como a Franny o a Rose.

—Más que a Floyd —dije—. Más que a mí.

—A Floyd no le va nada mal.

La discusión terminó así, como la mayoría de las discusiones familiares, examinando el balance.

Seguíamos en guerra, pero como estábamos demasiado cansados para meternos en una batalla sin cuartel, nos limitábamos a involucrarnos en escaramuzas ocasionales. Nuestra mala fe no me resultaba sorprendente. Lo que me dejaba perplejo eran las familias felices. Un montón de gente ruidosa y alegre en el jardín trasero de una casa, de pie alrededor de una parrilla, parloteando y bebiendo cerveza y devorando lo que habían aportado entre todos: ensalada de pasta, guacamole, macarrones con atún, pastel de carne, ensalada de col, todo servido sobre unas grandes bandejas. ¿Qué le pasaba a esa gente? ¿Por qué no estaba peleándose o, como mínimo, enfurruñada? ¿Cómo era posible que se reunieran veinte personas, o más, sin que la mitad de ellas se dedicara a insultar a la otra mitad?

Los que consiguen las becas, los atletas, los que sobreviven a enfermedades graves o a catástrofes, que suelen afirmar que su familia siempre los ha apoyado, me transmitían la sensación de estar delirando, o de que les habían lavado el cerebro, o de que padecían el síndrome de Estocolmo. «Mi madre siempre ha estado ahí», decían, o: «No lo habría conseguido sin mi familia». Corredores, ciclistas, vencedores de algún concurso de talentos, campeones de golf adolescentes y patanes que se dedicaban al tenis y nadadores, todos, al subirse al podio, daban las gracias a sus madres. Yo no ponía en duda su sinceridad, pero me preguntaba de dónde habrían salido esas madres, y cómo habrían llegado a ser como eran. Me parecía que esos hijos habían sufrido más manipulaciones que nosotros, y que todos esos ostentosos agradecimientos a sus madres merecían más lástima que admiración. Su gratitud era algo patético, que los colocaba al nivel de los miembros de una secta.

Yo entendía la disputa familiar que concluía con un apuñalamiento o un tiroteo desde un coche o una masacre; comprendía a la hija que estafaba a su madre y se quedaba con su pensión, a la madre que demandaba a su hijo por incumplimiento de un acuerdo verbal; daba por hecho que una barbacoa podía terminar en trifulca. Esa violencia ya no me afligía, sino que me parecía una muestra de salud. La madre santa, más buena que el pan, era un auténtico enigma, y su aparente falta de egoísmo me parecía peligrosa. Un ser tan bondadoso era capaz de cualquier cosa, sobre todo de hacer que te fiaras de él para someterte a su voluntad. Nuestra madre, en cambio, era alguien en

quien yo no confiaría nunca. Era un reflejo mucho más fiel de la imagen que yo tenía del mundo, y ahora, cuando avanzaba hacia el siglo de vida, daba la impresión de que nos sobreviviría a todos.

## 46. Mi musa

Cuando papá vivía, solíamos vernos en el vertedero de la ciudad, donde Fred iba a tirar la basura de sus inquilinos. A Floyd le gustaba ir a rebuscar entre los libros de la tienda de objetos de segunda mano, donde una vez había encontrado una primera edición de *Los desnudos y los muertos* ligeramente manchada pero con una sobrecubierta. Franny tenía la costumbre de dejar las botellas retornables, a modo de donativo, en el cobertizo de la liga juvenil. Papá escarbaba en el vertedero y a veces daba con un par de bisagras o con una plancha de contrachapado. «Puede venirnos bien», decía, o: «Ya sé lo que voy a hacer con esto». En otro tiempo, el vertedero había sido una enorme montaña humeante de basura, una ciénaga venenosa y verde debido al lixiviado sobre la que se cernían un hedor terrible y un montón de gaviotas. Después se convirtió en un basurero y, por último, en una planta de transferencia de residuos. Pero la gente nunca había dejado de llamarlo «el vertedero», y para papá era algo así como un club de caballeros, donde se encontraba con sus amigos y hablaban de los Red Sox o del tiempo. Rajaban, como decía papá; le daban a la lengua.

Aunque ahora no podíamos ni vernos, seguíamos encontrándonos en el vertedero y en la oficina de correos. Estos encuentros no respondían a la voluntad, sino al azar, y por lo general eran indeseados.

Poco después de la fútil discusión sobre la posibilidad de meter a madre en una residencia de ancianos —y la disputa sobre quién la pagaría, si la residencia debería estar cerca de la casa de Franny o de algún otro hermano, si sería una comunidad para jubilados o unas instalaciones más caras, con atención médica—, después de todo ese esfuerzo, que madre consideraba, con razón, un complot en su contra, un intento de usurpar el poder y echarla de su hogar, me dirigía al vertedero en el coche cuando vi a Franny justo detrás de mí. En vez de deshacerme de la basura que llevaba en su presencia, seguí conduciendo y me marché sin tirarla. No tenía ninguna gana de verla.

Más aún: no quería que ella viera lo que yo tiraba. No quería que supiera nada de mí.

Cuando volví, alrededor de una hora más tarde, vi a Erma sacando unas bolsas de basura de la parte trasera de su furgoneta. Di una vuelta al vertedero y no paré a tirar mis cosas hasta que confirmé que se había marchado. Fred iba sentado en el asiento del copiloto, con su brazo inútil apoyado en el regazo.

Otro día, al marcharme del vertedero, vi a Rose llegando en su coche. Hice como que no la veía, aunque cuando levanté la mirada, ella me hizo una peineta sin demasiada ambigüedad.

Nadie iba a la iglesia; nos daba miedo encontrarnos allí. Madre tenía sus propios motivos para querer vernos de uno en uno. Esas audiencias solitarias nos parecían bien, y no entrábamos en la casa si veíamos el coche de algún otro hermano en el camino de entrada. Si nos cruzábamos por la calle, en el centro comercial de Cape Cod o en cualquier otra parte, no nos saludábamos.

Había una razón por la que nos escondíamos los unos de los otros. Nadie sabe más de ti que tu familia. Nadie puede hacerte tanto daño como un miembro de tu familia. Por lo tanto, no era de extrañar que nos escondiéramos y que, buscando un modo de superar los peligros, escogiésemos cuidadosamente a nuestros aliados. Nos temíamos más que a nadie de fuera de la familia. La palabra *familia* nos generaba un terror y una violencia que se expresaban por medio de la burla o de la sátira, o de un cinismo generalizado ante el mundo en su conjunto, o de una profunda desconfianza en los motivos del resto de la gente.

No éramos creyentes ni (como ya he dicho) sectarios; no sonreíamos ante las manipulaciones de madre ni nos volvíamos locos de alegría con su forma de tratarnos, ni ganábamos carreras y le dábamos las gracias en el momento de recoger el premio. En la tierra madre, éramos los súbditos de su gobierno dictatorial. Éramos disidentes silenciosos. Ella misma nos había enseñado a todos las sutilezas del arte de la traición.

La primera lección era que el apego siempre era un error; la segunda, que los sentimientos eran debilidades; la tercera, que la confianza en los demás era una estupidez que podía resultar fatal, y que la clave para lograr una posición de poder estribaba en conocer los secretos de los demás hermanos. Incluso algo tan simple como sus desplazamientos resultaba esencial para poder conocerlos. Un viaje al vertedero podía ser revelador, ya que lo que

uno desecha aporta una información importante sobre su vida. Al conocer los secretos de una persona, te apoderas de ella, de su esencia, de su fuerza. A veces es necesario obtener información de sus amigos o sus hijos; en esos casos, había que sonsacarles, y hacía falta ser tan poco escrupuloso y tan despiadado como lo era madre. Conocer ciertas cosas de la gente bastaba para neutralizarla.

Estas lecciones no venían en ningún libro. No formaban parte de un sesudo estudio sobre los elementos del poder, ni de un manual de liderazgo para directores ejecutivos, ni de un tratado medieval sobre el papel del rey. Madre nunca había leído *El príncipe* de Maquiavelo ni *El cortesano* de Castiglione ni *El arte de la guerra* de Sun Tzu. Sin embargo, toda su vida, y en particular su faceta de madre, era una paráfrasis vernácula de estas obras clásicas. Por ejemplo, en la tierra madre, como en la China de Sun Tzu, había cinco clases de espías: espías locales, espías internos, agentes dobles, espías sacrificables y espías supervivientes. Y ella hubiera estado de acuerdo con el maestro en que cuando estos cinco tipos de espías se hallaban trabajando, nadie podía descubrir el sistema secreto. «Esto se llama “manipulación divina de los hilos”. Es la más preciosa facultad del soberano».

La versión de esto que empleaba madre era casera, y se había ido refinando en su familia a lo largo de generaciones de críticas y estrategias de supervivencia, del mismo modo en que, tras sucesivos reinados de monarcas absolutos, surge un tirano diabólico que es el producto de diversas familias malvadas, de años dedicados a los cuchicheos y las puñaladas por la espalda y los envenenamientos llevados a cabo con la mayor discreción y el espionaje en todas sus variantes.

Madre era sumamente astuta. Pese a su avanzada edad, leía muchísimo, pero con una notable estrechez de miras; solo le interesaban las novelas románticas y las hagiografías, es decir, libros que la ayudaran a perfeccionar su papel de anciana sabia. La sentenciosa arpía a la que todo el mundo admira —«Dios, no sé cómo lo hace»—, y que es más habitual en la ficción que en la vida real, era el personaje de madre. Estaba tan alejada de las relaciones humanas convencionales que tenía que leer libros para saber cómo vivía la gente y qué quería. Todos teníamos que buscar fuera de la familia si queríamos encontrar ejemplos de amabilidad, generosidad y empatía. Nosotros carecíamos de esas cualidades, pero, de haberlas tenido, las habríamos mantenido ocultas por miedo a que alguien se aprovechara de



nuestros sentimientos.

Sabíamos todo esto por madre, y no solo porque ella fuese una mentirosa, sino porque era una mentirosa muy inepta, mentía de una manera obvia. El idioma especial que crean todas las familias infelices, el dialecto del engaño, era la lengua natal de madre. Como solía ser mezquina con los regalos, daba por hecho que todo el mundo lo era. Lo que le dabas tenía que ser de segunda categoría —¿por qué se lo ibas a regalar si no?—, de modo que nunca estaba satisfecha. Del mismo modo, lo que le decías tenía que ser mentira. ¿Por qué le ibas a hablar con tanta pasión si no? Solo un mentiroso haría un esfuerzo semejante.

Como sabíamos que nunca encontraríamos apoyo dentro de la familia —sabíamos de antemano que la familia siempre hallaría la forma de desanimarnos—, lo buscábamos fuera de ella. Esta necesidad hizo que nos lanzáramos al mundo. Salvo Franny y Rose, que se habían atado a madre, todos habíamos buscado fuera la acogida que nunca tuvimos en casa. Por eso algunos habíamos viajado tanto.

Digo «algunos» pero me refiero a mí. Yo no era mejor que los demás. Tenía todo en común con ellos, pero también tenía mis peculiaridades. Había resistido la influencia de madre desde el principio. Esa resistencia, la sensación de que estaba siendo observado, de que se cuchicheaba sobre mí, me brindó la motivación necesaria para largarme, para desaparecer y encontrar mi propio camino.

Solo hablo en mi nombre cuando digo que todos los aspectos negativos de los primeros años de vida familiar tuvieron algunas consecuencias positivas. Aprendí esto muy temprano, durante el mejor año de mi vida, el que pasé junto a Mona, el año en que logré ser libre. Descubrí entonces que la libertad es algo doloroso y solitario. Pero seguí adelante. Para poder plantar cara a la familia, negociar con los demás y esconderme de madre, tuve que aprender a ser flexible, adaptativo. Madre era la reina del ataque por sorpresa. El miedo a que me atacara de repente me ayudó a desarrollar una capacidad de observación que resulta imprescindible si uno se dedica a escribir. Empecé a tener siempre una aguda sensación de que todo era importante: el tono de voz, los matices de las vocales, los más leves gestos, las risas inesperadas, el toque de una mano nerviosa, las luces o las sombras que proyectara una persona. Me volví al mismo tiempo más sensible y más duro. Mi capacidad para la escritura y mi deseo de soledad se intensificaban cada vez que pasaba

una temporada en la tierra madre.

La madre de Edmund Wilson dijo que nunca había leído ni una palabra escrita por él. El padre de D. H. Lawrence se burlaba de lo que escribía su hijo y lo consideraba un holgazán. La esposa de Joyce, como mucha gente sabe, desdeñaba el ingenio verbal de su marido (y se quedaba perpleja cuando lo oía reírse en la habitación de al lado, mientras él trabajaba en el *Finnegans Wake*), y Joyce, significativamente, no asistió al funeral de su propia madre. La madre de Hemingway detestaba *Fiesta* y lo calificó como «uno de los libros más inmundos del año». «Cada una de sus páginas me ha hecho sentir un asco terrible», le escribió. Al final de *Novela familiar*, sus memorias, John Lanchester comenta: «No empecé a escribir mis libros hasta que mi madre no perdió la capacidad de leerlos».

Hacia el final de su vida, Edith Wharton escribió una carta en la que decía: «Mi éxito literario ha sorprendido y avergonzado a mis viejos amigos mucho más de lo que los ha impresionado, y en mi familia ha creado una especie de reserva que ha ido aumentando con los años. Ninguno de mis parientes me ha hablado jamás de mis libros».

Ya en la madurez, F. Scott Fitzgerald escribió un cuento titulado «La madre de un escritor». Está basado en su propia madre, y es el retrato de una mujer filistea y desagradecida. «Su hijo era un escritor de éxito. Ella no lo había incitado de ninguna manera a elegir esa profesión, sino que quería que fuera oficial del ejército o que se dedicara a los negocios, como su hermano. Un escritor era algo claramente peculiar». Y un poco más adelante, dice: «Pero los libros de su hijo no eran algo vívido para ella, y aunque en cierto modo se sentía orgullosa de él, y siempre se alegraba cuando algún bibliotecario lo mencionaba o cuando alguien le preguntaba si era su madre, su opinión secreta era que la de su hijo era una profesión peligrosa y excéntrica». Fitzgerald escribió este cuento en 1936 y lo publicó en la revista *Esquire*. Su madre seguía con vida y, aunque estaba en las últimas —moriría ese mismo año—, es indudable que lo leyó.

Un día, Floyd dejó un trozo de papel metido debajo del limpiaparabrisas de mi Jeep. Era una cita escrita con un bolígrafo, y encabezada con una notita que decía: «He estado leyendo *The Rambler*. Parece que el doctor Johnson conocía a mamá». La cita de la revista era la siguiente: «Igualmente peligrosas e igualmente detestables son las crueldades que con frecuencia se ejercen en el seno de las familias, bajo la venerable sanción de la autoridad

paterna; el poder que nos enseñan a honrar desde que tenemos uso de razón; que se halla protegida del insulto y la transgresión por todo lo que puede generar terror en la mente del hombre; y que, por lo tanto, puede degenerar en una crueldad sin control, y traspasar los límites de lo correcto cometiendo innumerables infracciones antes de que el deber o la piedad se atrevan a intentar rectificar...».

—Shaw sentía una enorme aversión hacia su madre. Su familia nunca lo ayudó a ser escritor —dijo Floyd en una ocasión, hojeando el libro de Stephen Winsten *Days with Bernard Shaw*, y leyó un fragmento—: «¡Adoptado! Me pusieron todos los obstáculos imaginables. Nunca vi a mi padre con un libro en la mano, y mi madre ignoraba por completo mi existencia» —Floyd se chupó el dedo y pasó la página—. Y continúa: «Mi madre nunca tuvo amigos y nunca hizo ni el más mínimo esfuerzo por ganarse mi cariño, y yo, desde luego, tampoco hice ninguno por ganarme el suyo. Cuando un editor me rechazaba un manuscrito, ella no mostraba interés alguno. No creo que haya leído ni una línea mía. Me aceptaba, pero me consideraba una carga, un inútil, lo que se podría esperar del hijo de su marido. Mi padre al menos se sentía satisfecho al ver mis libros impresos, al ver que recibían elogios, pero nunca habló del tema» —Floyd cerró el libro y dijo—: Shaw era muy amigo de T. E. Lawrence.

—Creo que alguna vez lo supe, sí.

—La madre de Lawrence era tan dominante que lo exasperaba, y por eso él quiso marcharse lejos. Se podría decir que su madre fue el principal motivo por el que llegó a ser Lawrence de Arabia. Y ella detestaba lo que él escribía.

Yo no estaba solo. Por lo tanto, cuando madre le contaba a alguien que siempre había sabido que yo iba a ser escritor —o alardeaba hablando de alguno de mis libros, sonriente, con el volumen sin abrir sobre el regazo—, dejando implícito que era ella la que había hecho que yo me dedicara a la escritura, que ella me había llevado a esa vocación, decía la verdad, aunque de un modo opuesto a lo que quería dar a entender. Pero lo cierto es que casi todo lo que decía madre era lo contrario de lo que quería dar a entender.

—¿Quién es esa mujer? —había preguntado una vez Floyd, en la época en que descubrimos que madre le estaba regalando dinero en secreto a los demás y obteniendo favores a cambio. Yo no estaba seguro de quién era, aunque

contaba con algunos hechos.

Era la mujer que me había criado. Yo siempre había sospechado que, en cierto sentido, profundamente negativo, ella me había llevado a ser escritor, aunque fuera de un modo tan básico como haberme ahuyentado de la casa, forzándome a construirme una vida por mi cuenta. La prueba matemática de los grados de su cariño —que se podía establecer teniendo en cuenta los diversos desembolsos— abarcaba un espectro que iba desde la generosidad hasta la tacañería, y me convenció de que me había considerado alguien ajeno; lo que yo hacía nunca era suficiente. Nunca había sido capaz de complacerla; eso lo sabía desde hacía mucho, y había dejado de intentarlo. Sin embargo, ella seguía formando parte de mi vida. Yo tenía sesenta y cuatro años, y ella, noventa y siete, y seguíamos vinculados. Yo había entrado a hurtadillas en su casa y había registrado su escritorio, y ya sabía qué podía esperar.

De joven, piensas que es posible ser escritor gracias a alguien que te haga la comida y elogie tu obra, una persona cariñosa y amable a la que leerle por las noches la novela a medida que vas avanzando en ella y cuyo nombre amado aparece en la dedicatoria, junto a las palabras: «Que vivió este libro conmigo y lo hizo posible».

—La verdad es que es una maravilla —diría esta ayudante (horrible palabra)—. Es de lo mejor que has escrito.

—No podría haberlo hecho sin ti —sería la bobalicona respuesta.

En ese confortable hogar, donde impera la lealtad, trabajas bajo la luz oblicua de tu lámpara de mesa. Tienes delante papel en blanco y tinta negra, y te llega desde la cocina el aroma de una sopa espesa o de un pollo al estragón que tu agradecida musa —madre o esposa— está preparando allí. Todo es sólido, todo es positivo, solo hay elogios en el firme ascenso desde la oscuridad del estudio hasta la luz solar del mundo exterior.

Pero no, mi caso no fue así en absoluto.

Las turbulencias familiares, las dimensiones de estas turbulencias, me habían hecho buscar la soledad de la lectura y la disciplina de la escritura. A veces había producido resultados. En vez de darme un abrazo grande y cálido, o algún otro tipo de refuerzo, madre —desde que empecé a leer y a escribir— se limitaba a fruncir el ceño y preguntarme:

—¿Que estás haciendo qué?

Hacía gestos con los ojos y suspiraba con impaciencia cuando me veía

tecleando con dos dedos en mi vieja Remington. Ese esfuerzo le parecía una forma peculiar de la holgazanería, un desperdicio de papel, incluso una clase de fealdad, algo antinatural e improductivo. Yo era egoísta y autocomplaciente; era un disidente. Y ella se enfurecía porque no le permitiera ver lo que estaba tecleando. Lejos de animarme, me exigía que no escribiera, afirmando que escribir era una pérdida de tiempo. Escribir era una actividad engañosa, estaba mal, era una muestra de vanidad que revelaba tu estupidez ante el mundo y deshonoraba a la familia.

—¿Qué vas a hacer con eso? —me decía desde la puerta de la habitación, al fondo de la casa, en la que yo me había escondido a escribir—. ¿Qué vas a hacer cuando necesites dinero?

Madre era muy poco imaginativa. Para creer que algo existía, necesitaba tocarlo, pero eso no le bastaba; también tenía que comprobar su peso. Y solo una cosa tenía peso para ella.

El dinero era la medida de todo: representaba el trabajo y el honor, el valor y la retribución. El dinero era la fuerza, el dinero era el bien, el dinero era un elogio, el dinero era amor. El dinero era una forma de lo bendito, incluso de lo sagrado. Aunque durante nuestra infancia madre había sido muy mezquina con el dinero, tras la muerte de padre empezó a dispensarlo; el dinero se convirtió en una expresión de su poder, y tal vez también de su inseguridad. Compró a Franny, compró a Rose, y ellas continuaban lamentándose para hacerse merecedoras de más dinero. Las poseía haciéndoles creer que eran ellas las que la poseían. Eran todas hermanas, y cada una tenía la mano metida en el bolsillo de las demás. El libro de cuentas, el registro de cheques, era una especie de historia, una crónica secreta de los verdaderos sentimientos de madre.

El dinero siempre había importado mucho. Al principio, cuando di las primeras señales de pasión por la escritura, de deleite en la lectura, me había boicoteado insistiendo en que encontrara un trabajo. Yo estaba copiando un párrafo de una novela en mi cuaderno de notas.

—No puedes pasarte el día así, metido en casa y soñando despierto.

La tierra madre era hostil a todo lo intelectual. Por ello, cuando estaba en el instituto, me pasaba todo el fin de semana y muchos días laborables reponiendo las estanterías del Stop and Shop, trabajando junto a tipos que no paraban de decir obscenidades y que me enseñaron a hacer comentarios ocurentes y a jugar al *whist*.

El trabajo es una actividad social. Aprendí algo sobre la vida de aquellos hombres cínicos y malhablados, vestidos con delantales blancos, y hablé de esa experiencia superficial en un poema mundano, que madre encontró. Lo había pasado a máquina y, por error, me lo dejé en el rodillo de mi Remington.

—Esto es una basura —dijo, poniendo cara de asco, y lo rompió.

Había encontrado mi ejemplar verde y grueso de *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller, editado por Olympia Press en la colección Traveller's Companion, y lo había quemado. Me lo había prestado un tipo del Stop and Shop. Había algo inapelable y fanático en el hecho de que lo quemara en lugar de tirarlo sin más. Cuando le dije que lo había perdido, el hombre se puso a gritarme:

—¡Nunca voy a poder conseguir otro ejemplar! ¡Está prohibido!

Los libros como ese, que solo se conseguían de contrabando, eran muy valiosos.

Madre nunca había oído hablar de Henry Miller, pero había visto la palabra *follar* en el texto. Nunca había oído hablar de James Joyce ni de Baudelaire. Hizo un comentario despectivo al ver mi ejemplar de *Las flores del mal*. Yo atravesaba una etapa macabra, en el instituto, y leía los poemas con la ayuda de un diccionario. También leía *Primavera negra*, y *Santuario*, de Faulkner, y el porno duro de Akbar del Piombo. Había copiado y escondido el poema «la forma de tirarse a una vaca», de E. E. Cummings, para aprendérmelo de memoria.

*la forma de tirarse a una vaca  
no es subirse a una banqueta  
sino trazar una línea alrededor  
y apreciar su pestética*

Todo esto, para madre, era material idóneo para encender una hoguera. Era una censora de libros, la última representante de una larga tradición de tiranos que tenían y odiaban las palabras implacables. En la tierra madre, los libros se quemaban.

Aunque no estaba en contra de la lectura, madre decía que el trabajo era más importante, porque el trabajo suponía dinero. Escribir era una actividad destructiva.

—¿Quién lo va a publicar? Si no te va a dar dinero, ¿para qué lo haces?

Ella leía *Una cena en Antoine's*, de Francis Parkinson Keyes, *Don Camilo (un mundo pequeño)* y *Lloraré mañana*. Leía el *Pilot*, un semanario católico que se publicaba en Boston, y la *Maryknoll Magazine*. Citaba a Edgar Guest y le brillaban los ojos al repetir la frase: «Hay que vivir un montón de tiempo en una casa para que se convierta en un hogar». Para ella, eso era escribir. ¿Qué demonios, pues, estaba haciendo yo?

No sentía ningún interés por mi escritura, solo el deseo de sabotearla. Me habría robado el bolígrafo o le habría quitado la cinta a mi máquina de escribir si se lo hubiera permitido. La arrogante idea de que algún día quizá yo publicara algo no hacía que se enfadara; despertaba su compasión. Yo me ponía en ridículo al revelar mis ambiciones. Era como si hubiera dicho que me iba a comprar un Rolls-Royce para viajar hasta los confines de la tierra. El deseo de escribir significaba que yo quería superarme a mí mismo, cosa que dañaría la imagen de ella. El hecho de que yo escribiera le resultaba humillante. En cambio, trabajar en una tienda de donuts, estampar precios en latas de sopa o vender periódicos eran actividades ambiciosas, que tenían sentido y eran muestra de coraje y determinación, entre otras virtudes. Representaban dinero.

—Quería que me enrolara en la marina —dijo Floyd tras publicar su primer libro.

Papá no era distinto, pero en vez de hostilidad, nuestro interés por los libros generaba en él cierta silenciosa vergüenza. Nunca leyó ni una palabra que yo hubiera escrito, y, si lo hizo, nunca lo mencionó. Era como si compartiéramos un vergonzoso secreto, como si estuviéramos ocultando una propensión repugnante que tenía yo, algo sobre lo que no podíamos hablar sin sentirnos incómodos.

No es que no leyera. Le encantaban los libros de historia, sobre todo de historia local, de Boston, de Nueva Inglaterra, de Quebec, su tierra natal. La expedición de Lewis y Clark le fascinaba hasta tal punto que solía ponerse a declamar las adversidades a las que había tenido que hacer frente el equipo, con el valeroso Sacagawea, el mal tiempo, las plagas de avispas. («¡Cómo los atormentaban!», gritaba Floyd, moviendo el dedo e imitando la característica manera de hablar de papá.) Leía todo cuanto podía encontrar sobre el asesinato de Lincoln y tenía un conocimiento muy detallado de los conspiradores. Recibía el periódico todos los días y leía su misal sagrado del

mismo modo en que los musulmanes leen el Corán; y su misal tenía un aspecto tan curtido y manoseado como el del Corán de un wahabi. Leía mucho sobre la caza de ballenas y podía explicarte cómo se las descuartizaba y se les quitaba la grasa, cuál era la composición de sus barbas, cómo era la vida de los pescadores de Gloucester, cómo había sido la batalla de Lexington y todo lo que quisieras sobre las obras de Edward Rowe Snow. Pero sobre mis libros no tenía ni idea.

Al principio, esto me producía asombro, después, alivio, y por último, indiferencia. Padre no leía novelas, ninguna novela, o al menos, ninguna novela moderna. Y yo no me había hecho escritor para complacer a mis padres, sino a mí mismo. Los escritores raras veces logran hacer ambas cosas, y yo sé que, lejos de desear complacerlos, escribía como un acto de rebelión.

Tardé años en comprender lo hostil que puede mostrarse una familia que tiene un escritor en su seno. Madre era la más franca. A veces se sentía horrorizada y parecía una censora soviética por su manera de denunciar mis actividades. Rompía mis papeles; sus dedos parecían convertirse en tijeras cuando los encontraba. Chasqueaba la lengua cada vez que oía el repiqueteo de la Remington.

—¡Deja de hacer ese ruido! —me gritaba—. ¡Tengo los nervios destrozados!

Si yo me sentaba a escribir, ella se ponía a merodear a mi alrededor, y criticaba hasta mi postura; le tenía tanto miedo que mi espalda encorvada parecía encogerse en un gesto de sumisión. Entonces yo dejaba de teclear en la Remington, cogía un lápiz y un papel y empezaba a escribir en silencio, pero como avanzaba muy lentamente, a madre le parecía una muestra de holgazanería mayor que escribir a máquina.

—Te vas a dejar los ojos —decía padre.

—¿Le enseñarías esto al padre Furty? —me preguntó madre mientras rompía un poema o arrancaba una página de un cuento, provocándole al papel una agonía secreta.

Años más tarde comprendí a quienes escribían en secreto en los gulags, a los disidentes que escondían sus diarios, a los que traficaban con el cabo de un lápiz o tenían que llevarlo oculto.

Madre quería que yo saliera de casa y consiguiera un empleo de verdad



con un salario semanal, quería mandarme con un hombre que me pagara y le diera las gracias por enviarme a él. No conocía el mundo del trabajo. En ese mundo, ella era como una campesina confusa y nerviosa que retorciera el chal entre los dedos, pues magnificaba el mundo exterior del que nada sabía, el gran mundo de los negocios, y a sus dirigentes. No podías impresionar a esa gente poderosa con tu escritura; tenías que respetarlos. Si lo hacías, ellos te tratarían bien. Se reían de los libros, adoraban el dinero y exigían que uno trabajara. Había que sudar para ellos, reponiendo las estanterías o fregando el suelo de sus tiendas. No necesitabas imaginación, necesitabas agallas y no andarte con bromas.

—¡Hinca los codos! ¡No temas ensuciarte las manos! ¡Remángate!

En esa época, yo estaba leyendo a Henry Miller. En un texto sobre Rimbaud, Miller escribe: «Mi temperamento natural era el de un individuo amable, alegre y sincero. De joven, solían referirse a mí diciendo que era “un ángel”. Pero el demonio de la rebelión se había apoderado de mí a una edad muy temprana. Fue mi madre quien me lo implantó. Era contra ella, y todo lo que ella representaba, contra lo que yo dirigía mi energía incontrolable».

En algún lugar, Miller había escrito que su madre le dijo a su tercera esposa, Lepska, que nunca había leído nada de lo que él había publicado, pese a lo cual despreciaba su escritura. Miller soñaba con frecuencia con una madre ideal. «Se me ocurrió que si mi madre hubiera sido la madre con la que yo soñaba, quizá yo no habría sido escritor —dijo—. A lo mejor habría sido sastre, como mi padre».

En cuanto a mi madre, las reglas que había que cumplir consistían en ser humilde, cerrar la boca, aprender el valor de un dólar, ser respetuoso, cortarse el pelo, no perder el tiempo con poemas, no ser una nenaza, trabajar sin descanso. Leer podía estar bien para alguna gente, pero era un lujo. Leer no traía comida a la mesa.

¿Quién era madre? En estas circunstancias, madre era mi musa.

---

## **Cuarta parte**

## 47. Pastoril

Una vocecita que revoloteaba como una polilla atrapada en la pared gritaba «mamá» con cada movimiento de sus alas finas como el papel. Me desperté y me quedé escuchando a ver si contestaban a su llamada y aquella cosita que sonaba tan frágil se tranquilizaba. Estaba a oscuras, en una habitación pequeña, en una cama desconocida. En el aire cálido flotaba un olor agrídulce, un olor a tierra mojada y a humo de madera, a un fuego sofocado, a flores aplastadas. La forma de una ventana, convertida sobre el suelo en un trapecio de luz de luna con los bordes afilados, iluminaba la habitación, de modo que no tuve que encender el teléfono, como solía hacer, para alumbrarme. Me levanté, abrí el cerrojo de la puerta de madera y salí del cuarto, descalzo, con el pantalón del pijama puesto y esa vocecita que repetía «mamá» entre jadeos vibrando detrás del yeso de la pared. Sabía que no estaba en casa.

El empinado valle y las montañas arañadas por la erosión que se elevaban tras él tenían un tono plateado por la luz de la luna. Incluso los guijarros y los cantos rodados que había junto a mis pies parecían gemas granates bajo el brillo nocturno. El bosque, a media distancia, era un charco azul por el lechoso goteo lunar sobre su denso follaje. Todo era calma y silencio salvo el ladrido de un perro lejano y desconcertado. Tuve la impresión de estar acostado sobre el seno del mundo. Notaba el cosquilleo del polvo, la suavidad de la luz, la blanda tierra bajo mis pies.

Seguía oyéndose la voz que llamaba «mamá», ahora con un tono ronco, semejante al ruido que hacen las hojas secas al rozarse, y después el murmullo de consolución de la madre, un consuelo susurrado que me conmovió. La madre era paciente y receptiva y se entregaba a la criatura y la protegía. Un suspiro de satisfacción dio paso a un suave arrullo, y después todo quedó en silencio.

Me había despertado de mi sueño, un sueño recurrente, placentero por su

inofensiva rareza. Acababa de salir de la cárcel y me habían dado una bolsa de papel marrón con mis cosas y un sobre con algo de dinero. Estaba esperando en una parada de autobús, solo, en la calle. Hacía mucho calor. No había nada de ansiedad en ese sueño, sino pureza y simplicidad: un criminal que renace como ciudadano, entusiasmado, solitario y anónimo; el autobús que frena —el sonido de los frenos— y me lleva a otro sitio, para que empiece otra vez en un lugar lejano, con un nuevo nombre. Mi sueño de huida estilo B. Traven.

Otro olor en el aire de la noche, el de la carne asada y las alubias quemadas, las lámparas de queroseno y el yeso húmedo. Y un penetrante olor calcáreo sugerido por lo que había visto el día anterior en el suelo del valle, los huesos diseminados, el cráneo de vaca blanqueado por el sol, la mandíbula llena de dientes, las costillas astilladas —quizá de cabras, quizá de mulas—, los huesos blancos desparramados sobre esa tierra seca como trozos de coral roto en una playa tropical.

Mi trabajo —un artículo para una revista que tenía que terminar— no dejaba de darme vueltas en la cabeza. Por lo general, hasta concluir el texto no me quedaba tranquilo, pero ahora estaba tranquilo aunque el texto estuviera incompleto.

Entonces recordé que me hallaba en un pueblo de México, recordé los pasos que me habían llevado allí, dando tumbos por el país para ir a descansar a esa cabaña, donde me sentía en paz.

En la primera parte de mi vida, cuando me dedicaba a buscar, cuando fui profesor en África y en el sudeste asiático, cuando lo leía todo, incluyendo la letra pequeña de las etiquetas de los botes de ketchup, me había topado con *El barco de la muerte* y había descubierto a un escritor que me encantaba. B. Traven era un rebelde, un vagabundo, un autor de sátiras sumamente amargas, un perdedor y un misterio. Tras ese libro, leí *El tesoro de Sierra Madre*, *Los recolectores de algodón*, algunos de sus cuentos y la serie de seis novelas sobre la rebelión, las «novelas de la jungla», centradas en las revueltas en el estado de Chiapas, al sur de México. El misterio era que, aunque esos libros los había escrito B. Traven, nadie sabía quién era este; nadie lo había visto nunca. Parecía que era un individuo que empleaba al menos otros cuatro nombres y no tenía una identidad definida, que había

rechazado a su familia y se había deshecho del nombre que le habían puesto al nacer y se había exiliado en México, donde vivía con una mexicana mucho más joven que él, que lo ayudaba a proteger su intimidad.

Pero yo tenía la impresión de que lo conocía. Si lees bastante a un escritor, empiezas a sentir que tienes cierta intimidad con él; te parece que conoces sus estados de ánimo, sus preferencias, sus opiniones políticas, sus gustos en el amor, su punto de vista sobre la familia y la amistad, los climas y las comidas que más disfruta, la manera en que emplea determinadas palabras. Yo llegué a conocer muchas facetas de B. Traven —las más importantes— y me hice una imagen de él: era un viajero, un forastero en México, un revolucionario, una especie de forajido. Yo era un escritor joven y encontré en él una figura cautivadora que había vivido una vida como la que yo aspiraba a vivir, un completo solitario.

Nadie lo había entrevistado conscientemente. Ante la gente que creía que lo había conocido, él afirmaba que era el agente literario de Traven, Hal Croves. Y era otras dos o tres personas, todas oscuras o borrosas, cada una con un nombre distinto y ninguna con un pasado que se pudiera comprobar. Pero esa multitud de alias era una artimaña. Sus libros eran obra de un único hombre. Como él mismo escribió en uno de ellos: «La persona creativa no debería tener más biografía que su obra».

Amén, madre.

Escondido, fructífero, amado; un hombre inquieto que se había ido a vivir a México, un lingüista, un fotógrafo, un explorador ocasional de la jungla —buscado pero nunca hallado—, siempre me había parecido un héroe, especialmente ahora, cuando me ponía a pensar en que estaba viviendo de nuevo en casa, cerca de mi madre y entre mis pendencieros hermanos, profundamente endeudado, compadecido por mis hijos, desatendido, improductivo, sin que nadie me estimara ni me amase.

Por lo tanto, cuando el editor de una revista me pidió que escribiera un artículo sobre viajes —de los que solía hacer para pagar las facturas—, le propuse como tema «el México de B. Traven». Muchos de los misterios relativos a la identidad de Traven los había resuelto un escritor británico en la década de los ochenta, pero ese libro, y el propio Traven, ya no eran noticia.

—Ese nombre me suena —dijo mi editor, como suele hacer la gente cuando no tiene ni idea de lo que le estás hablando y no quiere parecer estúpida. Le expliqué quién era Traven, le mencioné algunos títulos de sus

obras, y me dijo—: Ah, me encanta esa película. Soy fan absoluto de Bogart. «No necesitamos malolientes medallas» —declaró, y aceptó la idea.

Lo tenía todo: la ciudad costera de Tampico, la zona más exclusiva de Ciudad de México, el remoto estado de Chiapas, citas de los libros, un enfoque comparativo de los dos momentos, el ambiente de un tiempo pasado en un contexto muy particular y con un toque de nostalgia.

—Tal vez se pueda meter lo de «Sierra Madre» en el título. Algo relacionado, «Las montañas de madre», o algo así. Me encanta.

—En este caso seguramente se refiera a la madre de Dios.

—Bien visto. Oye, Jay.

—Dime.

—Quiero que encuentres un par de restaurantitos buenos y que des algunos consejos sobre dónde ir de compras para ponerlos en una columna junto al texto principal. Hoteles deliciosos, o a lo mejor un balneario.

Ahora estaba cerca de la remota localidad de Ocosingo. Tres chicos me observaban mientras me agachaba junto a la orilla del río Jataté. Hacía calor, era media tarde, las sombras negras se iban alargando y todo estaba inundado por el hedor de las flores de la ciénaga y del agua estancada, semejante al de un guiso viejo y podrido. Solo el zumbido de los insectos voladores rompía el silencio. El recuerdo de «a lo mejor un balneario» me hizo sonreír.

Oí un húmedo sonido de pasos sobre el barro de la banda costera. Miré a mi espalda y vi a una mujer joven, de pelo negro, que llevaba una blusa blanca y una falda larga e iba descalza.

—*Comida para usted, señor* [30] —me comentó. La falda le llegaba hasta los tobillos. Llevaba la blusa por fuera, y sus pechos la llenaban. Solo la había visto una vez antes, pues yo había llegado el día anterior. Era tímida pero curiosa como lo son los campesinos, y desvió la mirada cuando me dijo —: *De mi madre.*

—¿*Qué es eso?*

—*Un tamal* —dijo con un tono de voz suave e inquisitivo, ofreciéndome con las dos manos y mucho respeto un paquete envuelto en hojas de plátano.

—*Es un tamal chiapaneco* —dijo un niño que estaba sentado en cuclillas por ahí cerca.

—¿*Cuál es su nombre, señorita?*

Ella bajó la mirada, porque yo me había levantado y me había acercado a ella para coger el tamal. Quizá me hubiera acercado demasiado. Se tapó la cara con las manos y me miró entre sus delgados dedos.

—Luma —susurró, manteniendo la palabra en la boca como si le diera vergüenza soltarla.

—Gracias, Luma —le dije en inglés, y ella se rio, confusa. Después se estiró la falda y se marchó, tomando el camino que llevaba a la casa a través de la hierba de la ciénaga y ascendiendo la colina.

Cuando se fue, los tres chicos con los que yo había estado hablando empezaron a reírse. El que se llamaba Nelson estaba de pie sobre una piedra plana e inclinada que hacía de grada para botar las embarcaciones. Álvaro estaba sentado en el bote que había junto a la piedra, listo para que lo botaran. Y Jorge, el más pequeño, restregaba la borda con un trapo. Eran los hermanos pequeños de la joven.

—A *Cigüeña* le gustas —dijo Nelson en español.

—¿Por qué la llamas así?

—Por sus piernas. Por su manera de estar de pie y... —se interrumpió, y los tres se echaron a reír.

—¿Cómo sabes que le gusto?

—Porque tú tienes lo que ella quiere.

—Dinero —dije.

—Y también dinero —dijo Álvaro.

Los otros empezaron a reírse a carcajadas, como si hubiera hecho un chiste muy sutil.

—Tú eres un hombre —dijo Nelson.

—Y tú también.

—¡Es nuestra hermana! —Nelson fingió escandalizarse.

Yo me incliné hacia él y le dije:

—*Soy un hombre viejo.*

—*Un gringo viejo es bueno* —dijo Nelson—. *Lo tienes todo.*

—No lo tengo todo.

—*Sí, todo. Pero no a Cigüeña* —dijo Álvaro.

—Tómala y quédate a vivir aquí con nosotros —dijo Nelson—. Madre hará la comida. Cigüeña tendrá hijos contigo. Seremos felices.

—¿Ahora no sois felices?

—Sí, pero seremos más felices con el gringo en la casa.

Era hablar por hablar con unos niños que querían tomarme el pelo, así que dije:

—*Sería su marido.*

Nelson, el más astuto de los tres, negó con la cabeza. Hasta él se daba cuenta de que era absurdo hablar de «marido». Haciendo una distinción más precisa con respecto a cuál sería mi estatus, dijo:

—*Nuestro padrino.*

No sería el marido de ella, sino el padrino de ellos. Abrí la hoja de plátano y les ofrecí algunos trozos de tamal. Aceptaron un trozo pequeño cada uno y se pusieron a comer, dando pequeños mordiscos y masticando lentamente, como hace la gente que pasa hambre en esos lugares del mundo para que la comida dure.

—¿Esta noche nos vas a volver a leer?

—Sí. Claro.

—¿Sobre los huesos?

—¿Por qué no? —entonces me acordé—. Esta mañana, muy temprano, oí llorar a un bebé. Era un bebé muy pequeño.

—El hijo de Cigüeña. Solo tiene unos meses.

Ahora sabía por qué la llamaban Cigüeña, pero ¿por qué me pinchaban para que la cortejara?

El viaje que había emprendido para escribir el artículo sobre B. Traven me había llevado hasta allí. Mi paso por Tampico había sido un fracaso; era una ciudad portuaria bastante fea, llena de depósitos de petróleo. Ciudad de México era enorme, caótica, con muchísimo tráfico y muchísima contaminación. Hice lo que hubiera hecho Traven: hui hacia el sur, rumbo a Chiapas, en un coche alquilado. Primero pasé por la antigua ciudad montañosa de San Cristóbal de las Casas, después me dirigí aún más al este, a Ocosingo, y al fin llegué al límite de la Selva Lacandona, que Traven había explorado en los años veinte y donde había ambientado sus novelas sobre la rebelión. El funeral de Traven se había celebrado en Ocosingo. Habían arrojado sus cenizas al río Jataté, donde yo vivía ahora con la familia Trinidad, formada por la abuela, su hija Rosa, a la que llamaban *madre*, y Luma, que por lo visto estaba soltera pero tenía un bebé. Era una casa de madres.



Las había conocido el día anterior, por casualidad, cerca de la aldea de La Soledad, cuando conducía por la carretera que avanzaba paralela al río. Al ver una casa sólida y a una mujer en el jardín tendiendo la ropa, me había parado para preguntarle si me podía orientar, aunque eso no era más que una excusa, un ardid para ponerme a hablar con la mujer y que me dijera si la carretera comarcal era segura. En Ocosingo me habían advertido de que había un grupo rebelde de zapatistas que seguía activo en algunas zonas del estado y, por lo general, mostraba una gran hostilidad hacia los extranjeros. A Traven le habrían encantado por su anticapitalismo, sus raíces indígenas y su carácter subversivo.

Al verme aparcando el coche, la mujer se me acercó. Llevaba una toalla húmeda en el brazo. Me saludó, hablamos un rato —un par de comentarios amables— y después me preguntó:

—¿Qué es lo que anda buscando en esta carretera?

—Un sitio donde quedarme. Comida. Gente con la que conversar —a medida que yo hablaba, una sonrisa se iba dibujando en su rostro. Y concluí diciendo—: *Tranquilidad*.

Se enderezó y echó la cabeza hacia atrás, en un gesto altanero y confiado que parecía conscientemente teatral.

—Entonces, ya ha llegado. Aquí encontrará una cama. Y comida, y gente que le contará lo que quiera saber.

Cogió la toalla que llevaba en el brazo y se me quedó mirando con sus ojos amables, a la espera de mi respuesta. Era una mujer mayor; parecía de unos sesenta años, aunque probablemente fuera mucho más joven. Llevaba el pelo negro muy estirado hacia atrás y recogido en una única trenza. Su pulcritud y su seguridad en sí misma me dieron confianza. Tras ella vi a una mujer muy anciana, sentada en una silla, en el porche, muy rígida y con las rodillas juntas. La casa también me infundía confianza. Constaba de la planta baja y un primer piso, y estaba hecha de yeso y ladrillo, con un techo plano rodeado por un parapeto bajo con elaboradas almenas. Era sólida y maciza, como una pequeña ciudadela situada entre la carretera y el río. Al fondo estaba el valle. No había ninguna otra casa cerca.

—Lo pensaré —dije.

—Mientras lo piensa, siéntese, por favor —me dijo ella, señalando una silla que había junto a la anciana—. Le traeré algo de comida. ¡Soy Rosa! —gritó al entrar en la casa.

Me gustaron su franqueza y su familiaridad. Saludé a la anciana y me senté. La anciana balbuceó un saludo pero parecía distraída, y cuando se volvió hacia mí, no me miró a la cara, sino a un lado de mi cuerpo y más allá. Tenía los ojos nublados —muy abiertos y brillantes— y me di cuenta de que quizá fuera ciega. Durante un largo tiempo, se quedó en silencio, sin prestarme atención. ¿Estaría ciega? Lo que me desconcertó fue que tenía un libro al lado del codo. Incliné la cabeza y vi en el lomo que se trataba de una Biblia.

—*La Santa Biblia* —dije.

Ella asintió y soltó un pequeño gruñido.

—Soy norteamericano. De los Estados Unidos. Soy forastero.

La anciana sonrió y dio unos golpecitos con los dedos en el brazo de la silla. Tenía una mano muy delgada y las uñas amarillentas. Me dio la impresión de que repetía lo que yo había dicho y estaba añadiendo algo más cuando Rosa volvió con una bandeja de hojalata sobre la que había un plato blanco y grueso con comida —un tamal, una mazorca de maíz, un vasito de café con mucha leche— y la dejó en una mesa que había a mi lado.

—Mi madre dice que usted no es un forastero. Usted está con nuestra familia.

—Gracias —le dije. Probé la comida—. ¡Esto está delicioso!

—Para ayudarlo a pensar —dijo Rosa, y se sentó en los escalones del porche mientras yo comía.

—Mi madre está viva —dije, sorprendido por mi presunción—. Tiene más de cien años.

—*Dios la bendiga* —dijo Rosa—. Usted tiene mucha suerte. Vivirá una larga vida.

—Y usted también. Su madre también es mayor.

—Tiene más de setenta años.

No dije que no era mucho mayor que yo.

—*Dios la bendiga* —dije—. Tiene una cara hermosa.

—No está muy bien de salud, y se ha quedado ciega.

Mientras tanto, yo seguía comiéndome el tamal, que estaba relleno de pasas y nueces, mezcladas con la carne y los tomates y una hierba cuyo sabor no me resultaba conocido. Cuando terminé, Rosa se levantó y me dijo que iba a traerme más. Le di las gracias y le dije que no, y después cogí la Biblia.

—Le gusta que le leamos —dijo Rosa.

La Biblia estaba bastante deteriorada. La cubierta de cuero estaba llena de magulladuras y arañazos, y las finísimas hojas tenían más volumen y numerosas manchas debido a la costumbre de humedecerse el dedo con saliva antes de pasarlas. La cinta fibrosa y deshilachada marcaba el libro de Ezequiel. Para expresar mi gratitud, para ser amable, el gringo inofensivo, leí:

—*La mano del Señor vino sobre mí. Hijo del hombre, ¿vivirán estos huesos?*

La anciana asentía mientras yo hablaba, mostrando su reconocimiento y comprensión.

—*Señor Dios, tú lo sabes* —dijo.

—Eso me gusta —dije yo.

—*Aquí es el valle de los huesos secos* —dijo Rosa—. Y estos huesos están vivos.

Oí el ruido de la puerta con tela metálica al cerrarse y apareció en el porche una joven procedente del interior de la casa, pero se detuvo cuando me vio. Unos chicos me espiaban desde la esquina. El hecho de que la casa estuviera habitada por mujeres y niños hizo que me sintiera más tranquilo y animado.

—*Puedes estarte con nosotros unos días* —dijo Rosa, tal vez para que la oyeran ellos, como si fuera una orden. Y como se dio cuenta de que me estaba ablandando, añadió—: O una semana, o más, *si quieres* —y continuó en español—: Es más barato que un hotel, y en La Soledad no hay hoteles. En La Soledad no hay nada —entonces le dijo a la joven—: Trae un cuenco con agua para que nuestro invitado pueda lavarse las manos.

La joven obedeció; se metió en la casa a toda prisa y volvió al cabo de unos momentos con el cuenco, me hizo una reverencia y se quedó sujetándolo mientras yo metía las manos en el agua. Rosa se mantuvo un poco apartada, observando. Daba la impresión de que estaba evaluando el encuentro. La joven tendría unos veinte años. Sus rasgos eran medio asiáticos, como es común en esta parte de México, muchos de cuyos habitantes son mayas: ojos oscuros, pelo largo y negro y labios carnosos, rasgos delicados. Sujetaba el cuenco entre su cuerpo y el mío con manos fuertes, en una postura sumisa. Sus contundentes pechos se balanceaban en el interior de su blusa blanca. Estaba ligeramente inclinada, sin mirarme, apartando la vista en un gesto que podía ser una muestra de timidez o de respeto, de modo que yo solo veía sus pestañas, que dibujaban un círculo ancho, espeso y negro contra sus mejillas suaves.

—Quizá me quede unos días —dije.

Así, de repente, tenía una habitación limpia y espaciosa con vistas al río, una cama blanda y una mesa para escribir. Tenía buena comida y compañía amistosa. Tenía una familia.

Aquella noche, tras cenar un guiso llamado *menudo* —hecho con callos y verduras, y más maíz—, sentados en torno a la mesa de caballete que había en la gran cocina que daba al jardín (donde había unos cerdos en un redil y unas gallinas en un corral), uno de los niños pequeños, a instancia de Rosa, me trajo la Biblia.

—Léenos —dijo Rosa—. A la abuela le gusta oír tu voz.

Dijo que mi voz era *rara*.

La joven no había cenado con nosotros, y me pregunté si la habrían contratado para que echara una mano; si sería alguna clase de sirvienta. En mi extraña vanidad, había albergado la esperanza de impresionarla con mi lectura.

Abrí la Biblia por donde estaba la cinta, dije «Ezequiel» y la anciana juntó las manos y se meció un poco.

—*Entonces Él me dijo: profetiza. Profetiza sobre estos huesos y diles: «Huesos secos, oíd la palabra del Señor».*

La habitación estaba en silencio y los rostros atentos, brillantes bajo la luz de la lámpara. La mesa era como un altar. Sentí de un modo leve y delicioso cómo sería ser un predicador, tener el poder de transmitir la palabra de Dios a los creyentes; percibí su solemnidad, su confianza, su fe en mí, el mensajero del Todopoderoso. Yo les estaba llevando la esperanza y la gloria.

Por ello, al día siguiente, cuando Nelson me preguntó si volvería a leerles esa noche, me conmoví, aunque me daba cuenta de que para ellos yo era una novedad, una diversión, alguien que podría resultarles útil, un gringo con un coche y con dinero, y que quizá resultara fácil de seducir.

La casa estaba bien construida porque el marido de Rosa, que vivía en California, había enviado dinero mensualmente durante algunos años. Ya no lo hacía.

—Está esperando los papeles —me dijo.

Otra vaguedad. Supuse que quería decir que estaba en los Estados Unidos ilegalmente. No había vuelto a casa en ocho años. Viajar a México, pensé, implicaría que no podría recuperar su hogar en la *fábrica de procesamiento de pollo* de Stockton donde trabajaba. Rosa tampoco podía ir a visitarlo.

Por estos motivos, entre otros, yo era muy bienvenido. En los días que siguieron, dejé de ser un invitado y empecé a desempeñar el rol de único varón adulto del hogar. Los llevaba en coche al mercado de La Soledad para comprar verduras y aceite de cocina, así como cervezas para mí; ayudé a Álvaro a arreglar su bicicleta; les leía por la noche, siempre la Biblia.

Por las mañanas, trabajaba en la mesa que tenía en mi habitación, y con frecuencia oía a Rosa decir: «*No molestarlo. Está ocupado*». La mayoría de las tardes, me iba a dar un paseo junto al río o acompañaba a los chicos hasta la grada, cerca de la cual se dedicaban a pescar en una presa que habían construido en la desembocadura de un arroyuelo. Tenían un pequeño bote que a veces empleaban para pescar o para llevar leña desde la otra orilla. Me di cuenta de que el casco tenía abolladuras y grietas, y les dije que, si lo sacaban del agua, les ayudaría a repararlo. Compré los materiales necesarios en Ocosingo y les di a conocer el resultado de mezclar pociones químicas, endurecedor y resina de fibra de vidrio, y los parches de fibra de vidrio, que, con un sencillo esfuerzo, producen unos efectos mágicos.

—Podemos viajar río abajo con este barco —dije—. Nos iremos de aventura.

Estábamos sentados a la orilla del río, cerca de la casa, admirando mi obra, el brillo de los parches en el viejo bote. Entonces Nelson levantó la mirada y vio a Luma junto a la casa, de pie, con su bebé en brazos.

—¿Dónde está el padre de ese bebé? —pregunté.

—*Se fugó* —dijo Álvaro.

—*Se escapó* —dijo Nelson.

Luma, pues, había sido abandonada, y tal vez deshonrada, y entendí lo bien que le vendría un padrino a esa familia en la que el abuelo había muerto, el marido había dejado de enviar dinero y el amante de la hija había huido.

—Ella es buena. No es una niña mimada, *señor* —dijo Nelson—. No fue al colegio y cogió malas costumbres, como las demás.

Era fácil darse cuenta del papel que me adjudicaban, el del varón adulto con unos ingresos fijos. Se trataba de un papel que probablemente me enajenara mejor de lo que ellos pensaban. No me molestó. Me gustaba que fueran tan directos. Pensé que quizá esa sería la respuesta, que a lo mejor ahí estaba mi futuro. Lo irónico era que esa también había sido la respuesta de B. Traven, dar la espalda a sus padres, a su exmujer, a sus hijos, abandonar todo lo conocido para empezar una nueva vida dedicándose a escribir en México,

obsesionado con proteger su intimidad y cuidar a su joven esposa mexicana.

La abuela no estaba bien. Rosa decía que se estaba *muriendo*. Rosa se ocupaba de la casa, pero no me veía como un potencial compañero, aunque era más joven que yo. El cebo era Luma. Esa clase de arreglo no era extraño allí, donde es frecuente que los hombres mayores se casen con mujeres muy jóvenes, casi siempre para beneficio de toda la familia, a la que empiezan a sustentar en su rol de patriarcas. Y un gringo ofrecía una ventaja añadida: la posibilidad de conseguir pasaportes estadounidenses.

No eran unos manipuladores cínicos. Eran prácticos a la manera de los campesinos, para quienes la sentimentalidad suele resultar fatal. No buscaban tanto una alianza como una figura paterna; la palabra *padrino* lo decía todo. El primer día, me hicieron todas las preguntas pertinentes: ¿Tenía esposa?, ¿hijos?, ¿familia? Les aseguré que estaba libre de responsabilidades, y ellos supusieron correctamente que mi vida no tenía un rumbo fijo. Comprendieron también que me sentía agradecido por su hospitalidad. Sabían que estaba contento, y yo me di cuenta, por la forma en que me tomaban el pelo, de que se sentían cómodos en mi presencia. Debían de saber que, en cierta medida, Luma me tentaba. De lo contrario, ¿por qué iba a seguir ahí después de una semana?

Tenían razón. Esa era mi fantasía, mi deseo: una vida más simple, una casa en el trópico, junto a un río, un lugar donde poder trabajar, un clima agradable, buena comida, echarme la siesta en una hamaca, unas gallinas cacareando por ahí. Y también ternura, quizá incluso una aventura amorosa. Todo esto y el placer de estar lejos, y mi sueño de llevar a cabo la fantasía de «¿Qué ha sido de Waring / desde que se largó?»[\[31\]](#).

La parte más atractiva de la fantasía no era la aventura amorosa, sino la que tenía que ver con una familia satisfecha, una familia grande y autosuficiente, en la que todos se sentirían felices de que yo estuviera con ellos, porque tenía dinero. Ninguno había ido al colegio más allá de unos pocos cursos, y aunque conocían un puñado de palabras en inglés, solo Rosa sabía leer. Mi español estaba mejorando. Esa era otra de mis funciones: leerles después de cenar, a la luz de la lámpara. Me escuchaban con atención, sentados en torno a la mesa y con los ojos brillantes. En algún momento del pasado, probablemente tras algún encuentro en el camino de Ocosingo con otro forastero, un evangelista, habían abandonado un catolicismo improvisado y popular y se habían vuelto fundamentalistas. También en este

sentido yo era la respuesta a sus oraciones.

—*Más, tío Hay.*

Yo ya no era el gringo. Era el tío Jay, y a veces el *padrino*. Lo único que necesitaban era pensar una manera de hacer que deseara quedarme con ellos. Habían aceptado hacer el viaje en bote bajando por el río Jataté; me dejaban solo y no me molestaban cuando estaba escribiendo; me animaban a que cogiera al bebé, Carlos, al que llamaban Carlitos, y charlara con Luma. Como seguía allí, sin decidirme a marcharme, se daban cuenta de que me estaba ablandando.

Parecía una locura, era algo completamente improbable, pero de pronto me encontraba en una especie de edén. Había ido a ese lugar con el pretexto de escribir sobre él, pero ¿por qué habría de marcharme? Tenían razón, allí tenía todo lo que podría desear. Me parecía un poco repulsivo tomar a Luma por esposa, con lo joven que era, pero me aseguraron que era la costumbre local. Si lo hacía, tendría que cumplir con mi parte del trato: quedarme con ellos, ser leal y mantenerlos a todos. Incluso con mi pequeño presupuesto podía hacerlo, ya que desde hacía poco recibía un cheque mensual de la seguridad social, suficiente para vivir a gusto en las profundidades de Chiapas en una modesta casa junto al río.

—La madre del tío Hay tiene casi cien años —dijo Rosa una noche, mientras cenábamos.

—Es más vieja que nuestro *papelillo* —dijo Nelson.

Se refería al gran árbol del jardín en el que estaba anudado uno de los extremos de la hamaca. Era un copal enorme y rojizo, cuya corteza se estaba pelando. El copal es un árbol al que los mexicanos a veces llaman «el árbol gringo», porque tiene un color como si se hubiera quemado con el sol.

Al enterarse de la edad de madre, empezaron a considerarme aún más valioso, no solo por mi dinero, sino también por mi fuerza, por mi capacidad de ofrecer protección, por mi longevidad. No iba a casarme con una mujer; iba a establecer una alianza con toda una familia.

Otra ventaja de vivir allí era que mi teléfono no funcionaba. No tenía acceso a internet. En La Soledad, mi móvil se conectaba de manera intermitente. Solo en Ocosingo, que estaba a unos sesenta kilómetros, podía llamar por teléfono, pero por ahora lo único que había hecho era prolongar el alquiler del coche. Eso era una liberación. Al pretender escribir un artículo sobre B. Traven, me había convertido en B. Traven, era imposible ponerse en

contacto conmigo, era un estadounidense desaparecido en México. Me encantaba la idea de haberme escabullido de madre y de mis rencorosos hermanos; disfrutaba pensando que, para la pregunta: «¿Dónde está Jay?», no había respuesta, que solo generaba perplejidad.

Cada vez que me veía sentado en el porche o tumbado en la hamaca, Luma me traía a Carlitos, el bebé, y me lo ofrecía por si quería cogerlo. Y yo estaba feliz de abrazarlo, de contemplar cómo gorjeaba, de notar su dulce aliento que olía a leche de los pechos de Luma. Y ella se arrodillaba y nos miraba.

Un día, con el bebé en brazos, le dije:

—No me voy a ir. Me encanta estar aquí. Me encanta tu familia. Quiero ir río abajo con tus hermanos, para pescar, para echar un vistazo. Pero voy a volver. Jugaré con Carlitos. Te llevaré a Ocosingo, a las tiendas. Te leeré. No quiero nada más.

Mientras lo decía, me imaginé cómo sería mi vida: mi cheque se depositaría todos los meses en la oficina bancaria de La Soledad, yo escribiría en mi habitación de aquella ciudadela de yeso y ladrillo, haríamos pícnicos al lado del río, todos los miembros de la familia Trinidad me cuidarían y yo los cuidaría a ellos. Evité concienzudamente comentar nada sobre la posibilidad de casarnos o de tener una aventura amorosa.

—Seremos felices. ¿Me crees?

No tenía muy claro qué intentaba decirle, aunque me sentía mareado y lleno de esperanza.

—Sí, *padrino*.

Luma se acercó a mí. Yo seguía con el bebé en brazos. Le acarició la mejilla, lo besó y frotó su nariz contra la cara de su hijo, le hizo reír y le puso su hermoso dedo sobre los labios. Yo estaba feliz. Yo era el bebé. Pensé que esa era la vida con la que siempre había soñado.

—¿Puedes llevarme a Ocosingo, por favor? —dijo Luma en voz baja—. Quiero ir al médico, a que lo revise.

Era una madre sensata.

—Claro —le dije—. Mañana. Saldremos temprano.

Los hermanos de Luma nos despidieron y Rosa nos dio comida para el viaje y una lista de la compra.

—¡*Hasta pronto!* —gritaron.

Cuando estuvimos solos, Luma se volvió más comunicativa. Me contó que siempre había querido ir a la costa y ver el océano Pacífico, que le gustaban



la música y las fiestas de San Cristóbal y que tal vez viajara cuando Carlitos fuera mayor, quizá a los Estados Unidos, solo de visita, para ver todas las cosas de las que hablaba la gente. Yo la animaba a hablar haciéndole preguntas, y pensaba que estaba en mi mano hacer que eso ocurriera.

—Oigo música —dijo, cuando nos acercábamos a Ocosingo—. ¿Qué será?

Al principio, me quedé muy sorprendido; yo no había oído nada. Después recordé que en el asiento de atrás estaba el teléfono dentro de mi bolsa, con mi pasaporte y otras cosas de valor.

—¿El tono del móvil? —dije, y ella soltó una risa suave ante una frase tan extraña y negó con la cabeza, con el bebé dormido en sus brazos.

Detuve el coche cerca de un anuncio de cerveza, *Amnesia Nocturna*, y entonces el bebé se despertó e hizo un ruidito con los labios y Luma empezó a mimarlo. Eso es lo que recordaría: el extraño cartel, el bebé feliz, la sonrisa de Luma y el mensaje en mi móvil: *Madre enferma. Vuelve corriendo, estés donde estés.*

## 48. *Angor animi*

La primera lluvia intensa del otoño había hecho caer las hojas marrones de los árboles. A mediados de noviembre, en Cape Cod, los días se van volviendo sombríos a medida que hay más árboles desnudos, y en vez del susurro del follaje se oye el lastimero gemido del viento contra las ramas negras y el crepitar de las ramitas agitándose con cada ráfaga. Me resultaba imposible estar en medio de esa prematura oscuridad, en esa estación de abstinencia y retirada y despedidas y desecación —las hojas frágiles, el encrespamiento de las flores marchitas— y no pensar en la muerte, o en la parálisis mental que había sufrido antes de desaparecer de Chiapas. Y solo hacía un día desde que había cambiado ese hogar soleado y lleno de esperanza, en medio de la selva, al sur de México, por esto. ¡Por esto!

—Es muy impresionante. No creemos que vaya a superarlo —me dijo Franny cuando la llamé para que me pusiera al día. Noté el conocido acento de los miembros de mi familia, un deje rural con un toque desalentador—. Está flaquísima. Le he comprado una botella de tónica y ni la ha probado. Es como si se estuviera dejando ir.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? —dije, y pensé que, por muy familiar que me resultara, esa manera de hablar no dejaba de avergonzarme.

—Hace dos semanas. Estoy muy ocupada con Marvin. Ya no le sirve el andador. Tiene que ir en silla de ruedas. Tengo que sentarlo ahí, y después levantarlo. Además, tiene muchísimos problemas digestivos. Y con lo del síndrome de las piernas inquietas, no pega ojo en toda la noche.

—¿Y entonces quién está cuidando a mamá?

—Estuvo cuidándola Fred hasta hace una semana, pero le han diagnosticado una flebitis. Creen que es por ir demasiado en avión. O quizá sea una enfermedad arterial periférica; eso es lo que dice Hubby. Por eso te hemos escrito.

—Estaba muy ocupado —dije, y se me vino a la mente una imagen de

todos esos rostros amistosos en torno a la mesa, a la hora de cenar, brillantes bajo la luz de la lámpara—. No entiendo por qué Floyd no ha hecho nada.

—Lo van a operar de la vesícula —dijo Franny—. ¿Te acuerdas de que tenía acidez? ¿Te acuerdas de que Hubby le dijo que tomara Zantac? ¿O era Tums?

—No me acuerdo. Da igual.

—Pues no era acidez de estómago. Eran cálculos biliares. Lo tienen que operar. Hubby me lo ha explicado todo.

—¿Entonces Hubby se está encargando de mamá?

—No. Tiene prediabetes. No se sabe si del tipo uno o del tipo dos, que es el que no es grave.

—¿No son graves los dos?

—Con ese no tienes que tomar insulina. Está yendo al hospital todo el tiempo.

—¿Y cuál es la excusa de Rose?

—Se ha caído. Está bastante mal. No puede hacer planes ni a medio plazo.

—¿Y Gilbert? Supongo que estará en Kabul. ¿Sabes una cosa? Yo estuve en Kabul, una vez. Fui por el paso Jáiber. ¿Acaso alguien de la familia se preguntó por qué?

—Gil está en Washington con problemas lumbares graves. Algo relacionado con el trabajo.

—Se pasa todo el día sentado. En diversos países remotos. Ante diversos escritorios.

—«La silla es el nuevo cigarrillo». Es lo que me ha dicho él.

—Así que no hay nadie que pueda cuidar a mamá.

—Tú, Jay.

—Porque todo el mundo está enfermo.

—Están todos fatal.

—Sobre todo mamá.

—Como ya te he dicho, no creemos que vaya a superarlo —oí a Franny jadear al teléfono—. ¡Tiene casi cien años, Jay!

—¿Y qué le pasa?

—De todo.

—¿Qué dice el médico?

—Ya sabes lo que opina ella de los médicos.

Madre desconfiaba de los médicos porque, según ella, creaban alarma,

causaban desánimo y exageraban las consecuencias de lo que padecían sus pacientes. Fíjate bien en los médicos, solía decir. ¿Se les ve tan saludables como para que puedan estar sermoneándonos a los demás sobre cómo tenemos que vivir? No. Estaban pálidos, eran gordos, y muchos de los que madre había conocido eran fumadores. Este saber popular lo compartía con Roald Amundsen, que se había negado a llevar un médico en su expedición al Polo Sur por las mismas razones que enumeraba madre. El capitán Scott, en cambio, llevó un médico, el doctor Edward Wilson. Amundsen logró llegar al polo y regresó triunfante. Scott y su médico encontraron la bandera de Amundsen y murieron congelados durante el camino de vuelta.

En cuanto a las medicinas, madre aseveraba que sus efectos secundarios eran más fuertes que los beneficios que proporcionaban. Todas las medicinas eran un timo. Primero te debilitaban y luego acababan destruyéndote. Las medicinas no curaban; engañaban y después mataban. Yo había empezado a pensar que quizá tuviera razón.

—Tienes que ir a verla. Ahora todo está en tus manos.

—¿En qué hospital está?

Por el tono de su respuesta, me di cuenta de que mi pregunta le pareció ridícula.

—Está en su casa.

Estaba sentada en su trono, entre los estantes llenos de baratijas y fotografías familiares, envuelta en un chal. La lluvia azotaba las ventanas. Le había llevado una cesta de fruta, y en esta ocasión me acordé de incluir un pomelo.

—¿Estás bien, mamá?

—¿Dónde has estado?

—En México.

—Mi hermano Fran estuvo en México una vez. Su empresa iba a construir un puente en la selva. Era ingeniero civil, muy respetado.

—Yo he estado en el sur de México.

—¿Sí? —dijo, ajustándose el chal a los hombros.

—Me llegó un mensaje que decía que estabas enferma.

Al oír esto, abrió la boca, dejó caer repentinamente la mandíbula inferior, como un lagarto que hubiera divisado una mosca, y tosió —su *cof, cof*

superficial— para afirmar que no estaba bien.

—No me encuentro tan mal —dijo, sin embargo, y tosió un poco más. Era un sonido seco, como si estuviera a punto de ahogarse, y tenía algo de tartamudeo.

—Los demás están enfermos.

—Eso me han dicho —su tono era burlón, o al menos incrédulo, como si pensara que podían estar fingiendo.

—O sea que todo el mundo está enfermo. Vaya noticia.

—¿Eso es una piña? —preguntó, mirando la cesta de fruta y señalándola con lo que llevaba tejido.

—Sí, toda para ti.

—Me encanta la fruta —dijo—. Una vez, Fred me metió en el Club de la Fruta del Mes —entonces entornó los ojos y pareció recordar lo que yo había dicho sobre los demás. Con voz severa, afirmó—: No saben lo que es realmente la enfermedad. Solo una madre puede entender el dolor, porque solo una madre lo sufre en el parto. Para mí, fueron ocho episodios agónicos, ocho viajes al valle de la sombra de la muerte —se colocó la labor en el regazo—. Viene Hubby y me dice: «Mamá, soy diabético» —su imitación de la forma de hablar de Hubby era cruelmente precisa, e incluía la manera en que este movía la cabeza—. Come golosinas. Siempre ha comido golosinas. Tiene sobrepeso. Y ahora es diabético. ¿De quién es la culpa?

—A Fred le pasa algo en las piernas. Puede que sea un problema de circulación.

—Es por volar. Papá nunca tuvo nada parecido, pero claro, él no se pasaba la vida yendo a China. Y yo tampoco.

—Y Floyd parece que tiene piedras en la vesícula.

Madre me dedicó una sonrisa titilante. Las gruesas lentes de sus gafas brillaban con la luz de la lámpara de lectura, que me impedía verle los ojos.

—Lo que Floyd tiene de piedra es la cara. ¡Ja! A lo mejor es acidez de estómago. No me extrañaría nada.

No avanzábamos.

—¿Qué síntomas tienes, mamá? —le pregunté.

—Como solía decir papá, cuando te haces mayor, nunca tienes un buen día.

Cogió el ovillo de lana y se puso a pasar las agujas, una tras otra, por entre aquella bola violeta.

—¿Entonces no crees que Floyd esté enfermo de verdad?

—Yo no he dicho eso —tejía con el ceño fruncido, concentrada en sus hábiles giros—. Lo único que digo es que, si uno tiene demasiado tiempo, suele acabar enfermando. ¿No te has fijado en que la gente que está muy ocupada siempre tiene buena salud? No tiene tiempo para ponerse enferma.

—Pero tú estás enferma, ¿verdad?

—Yo estoy *mayor* —dijo, pronunciando la palabra con un gesto exagerado de sus delgados labios, que adoptaron una forma redonda, similar a la de una arandela.

—Me llegó un mensaje urgente que decía que volviera corriendo a casa para cuidarte.

—Quizá estuvieras mejor allí donde estabas.

La conversación me exasperaba tanto que me costaba respirar.

—Estaba feliz —dije.

—¿Dónde estabas?

—En México, como ya te he dicho.

—¿Sí?

El sonido metálico que hacían sus agujas al chocarse en medio del silencio que siguió era una muestra clara de su absoluta falta de interés. Nadie quiere oír tus historias de viajes; tal vez por eso hay tantos viajeros que se hacen escritores, porque nadie está dispuesto a escuchar un relato verbal. Se me ocurrió que el hecho de que los demás tuvieran achaques, el hecho de que todos sus hijos hubieran ido enfermando uno tras otro, la irritaba, ya que se quedaba sin atención. Quizá, por lo tanto, hubiera decidido permitir que se manifestaran algunos síntomas, no lo bastante graves como para tener que ir al médico o ingresar en un hospital o tomar algún medicamento, pero sí lo suficiente como para generar preocupación en sus hijos.

Y ahora que tenía toda nuestra atención, decidió que a alguien tan mayor como ella no podía quedarle mucho tiempo en este mundo. Quizá lo que necesitara no era atención médica, sino que la acompañaran en su lecho de muerte. Un médico o una medicina le darían esperanza, lo cual sería una distracción, algo inconveniente para quien ya tiene la mirada puesta en la tumba. No eran pastillas lo que deseaba, sino generar una preocupación morbosa, una impotente fascinación, y que un montón de rostros lívidos se congregaran en torno a su cama, ver a sus hijos suspirando, desesperados. «Mamá, mamá, ¿qué vamos a hacer?».

Su aspecto no era distinto del que tenía cuando me había ido a México con el encargo de la revista. Quizá hubiera perdido algún que otro kilo, pero eso era propio del envejecimiento, una especie de encogimiento físico; seguía igual de vital y, como yo estaba presenciando, combativa.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Cuídate. No te pongas malo tú también. No creo que pudiera soportar oír hablar de los padecimientos de ni una sola persona más.

Sobre su cabeza, colgado de la pared, había un tapiz que la retrataba junto a papá, uno al lado del otro, al sol. Yo había encargado que lo hicieran, en los años ochenta, en una fábrica de bordados de Shandong, a partir de una antigua foto. En aquella época, esa clase de labor tradicional, el llamado «punto prohibido», se hacía bajo demanda, antes de que lo desplazara el montaje de teléfonos móviles y tostadoras y sillas de playa.

Papá aparecía con una sonrisa sencilla y de aprobación.

—Echo de menos a papá —dije.

Madre chasqueó la lengua, hizo un sonido metálico con las agujas de tejer y negó con la cabeza.

—Yo echo de menos a Angela —dijo.

¡A Angela, que había muerto al nacer hacía setenta años!

—Como papá —dije—, pasó a mejor vida.

—No lo entiendes —dijo madre, y levantó la cara y sus gafas destellaron. Tenía una mirada trastornada, distorsionada, indescifrable—. Tengo la sensación de que puedo estirar el brazo y tocarla. Está conmigo absolutamente todo el tiempo.

Tuve que tragar saliva ante aquella espeluznante certeza. No se me ocurrió ninguna respuesta. Le dije a madre que tenía que irme y me largué por la puerta principal. La lluvia fría me caía sobre la cara. Había venido de Chiapas para esto.

La única ventaja de que todos estuvieran enfermos era que resultaba inconcebible que a alguno se le ocurriera proponer celebrar una reunión familiar, dos semanas más tarde, para Acción de Gracias. Esa fiesta siempre resultaba dolorosa y con frecuencia también conflictiva. Nadie estaba lo bastante bien como para organizar una comida semejante; nadie querría asistir. Todo el mundo tenía una codiciada excusa médica. La mía era que

tenía que cuidar a madre. Le iba a llevar un poco de pavo y pasaría la tarde en su casa, escuchándola. Con un poco de suerte, y si fingíamos que seguíamos enfermos, se cancelaría la celebración de Navidad. La suspensión de las atroces festividades supondría un alivio. En otra época, toda la familia se veía obligada a sentarse en torno a una mesa, odiando cada minuto que había que pasar allí y pensando: ¿Qué hemos hecho mal?

Las fiestas implicaban que nos veíamos y la posibilidad de enterarnos de cosas de los otros, y la proximidad era potencialmente desastrosa. Cualquier revelación significaba una pérdida de poder. Una familia era un grupo particular de inadaptados, un arreglo mediante el cual una serie de personas que no querían que se supieran sus intimidades se veían atrapadas en un lugar en el que la falta de privacidad era enloquecedora. Como consecuencia, al vernos obligados a compartir ese espacio, ninguno decía la verdad sobre sí mismo, y teníamos la tendencia a soltar indirectas y a alardear por alardear.

—¿No te has enterado? —me dijo Gloria, la esposa de Floyd, cuando llamé a su casa—. Floyd está en el hospital.

Me dio su número de habitación y me dijo que me agradecería que fuera a verlo, porque ella tenía que desplazarse a Boston todos los días para dar clases.

—He estado fuera.

—¿Dónde?

—En el sur de México.

—¿Escribiendo un artículo para una revista? —me preguntó ella.

Llevado por la costumbre de no permitir que nadie de la familia supiera lo que estaba haciendo, dije:

—No, estoy pensando en invertir en una compañía minera. Explotan unas minas de ámbar en Chiapas. No es una cosa muy conocida, pero puede ser una gran oportunidad.

—¿Sí?

—¿Entonces Floyd tiene algo grave?

—Empezó con unos dolores en el pecho. Tenía unas piedras en la vesícula y lo tuvieron que operar. Le hicieron una laparoscopia. Ya está mucho mejor. Se va a pasar toda la semana en el hospital, recuperándose y haciéndose algunos análisis.

Hablaba lentamente, con sentimiento, y me conmovió la ternura con que se refería a Floyd, lo cual era algo bastante poco habitual, ya que en la familia



Floyd era una figura risible o un coco, alguien de quien burlarse o a quien temer.

—¿Se lo habéis contado a mi madre?

—Pues no, la verdad. No queríamos que se preocupara. El que está en una situación más preocupante ahora es Marvin. Cree que se va a morir.

Gloria era relativamente nueva en la familia. No podía saber que durante casi toda mi vida adulta, había estado oyendo hablar de los padecimientos de Marvin: sus pies planos, sus úlceras de estómago, su hipertensión. De repente tenía celulitis, o algún tipo de infección, y siempre estaba «luchando para perder peso». Cada vez que yo tenía ganas de mofarme de él, me confesaba que sufría alguna dolencia grave, que podía resultar mortal, como cuando tuvo un derrame, algo imposible de fingir: se le quedó la mandíbula floja, el brazo muerto, empezó a caminar arrastrando los pies y acabó con la pierna izquierda amputada. Y ahora tenía «problemas de incontinencia» y el «síndrome de las piernas inquietas» (en la pierna que le quedaba). Madre siempre lo había menospreciado por ser un hipocondríaco que no paraba de engullir pastillas rosas, pero a veces sus síntomas revelaban algo verdadero, y su rostro, pálido y rechoncho, en ocasiones expresaba un miedo terrible.

En cuanto me despedí de Gloria y colgué el teléfono, salí a toda prisa rumbo al hospital. Encontré a Floyd tirado en la cama, con una sonda en el brazo y un libro viejo y gordo con el lomo muy deteriorado sobre el regazo.

—Billy Hazlitt. Es un auténtico bálsamo. El próximo semestre, voy a obligar a mis alumnos a que se lo traguen. Servirá para que se les agrande el hígado y serán como gansos de Navidad: el cadáver, adecuado para la mesa, y las entrañas, perfectas para hacer *foie gras*. Espera un momento.

Se ajustó el tubo que tenía en el brazo y se estiró la manga de su pijama de hospital. Se humedeció un dedo, pasó algunas páginas y le dio un golpe al libro. Levantando el índice para darle mayor énfasis al texto, comenzó a leer:

—«La naturaleza parece (sobre todo, si la observamos con atención) hecha de antipatías; sin algo que odia, perderíamos el impulso del pensamiento y de la acción. La vida se convertiría en una charca llena de agua estancada si no se viera agitada por los intereses en conflicto y las pasiones impetuosas de los hombres. La línea blanca de nuestra fortuna resplandece (o simplemente se vuelve visible) si se oscurece al máximo todo cuanto hay a su alrededor; del mismo modo, el arco iris pinta su forma sobre la nube» —se incorporó y me miró fijamente—. «¿Es orgullo? ¿Es envidia? ¿Es la fuerza del contraste?

¿Es debilidad o malicia?» —y continuó, en voz más alta—: «Pero es así, en la mente humana hay una atracción secreta, un anhelo de maldad, que se deleita de un modo perverso pero feliz en las fechorías, puesto que estas son una fuente inagotable de satisfacción. La bondad absoluta pronto se vuelve insípida, ya que carece de variedad y de energía. El dolor es agrisado, y nunca empalaga. El amor se convierte, si somos un poco indulgentes, en indiferencia o asco. Solo el odio es inmortal» —concluyó Floyd, y cerró el libro de golpe.

—¿William Hazlitt? No lo conocía.

—*El placer de odiar*. Y te voy a decir otra cosa que tampoco sabías. El padre de Hazlitt fue un predicador unitario que trajo a su familia, incluido el pequeño Billy, a Boston, cuando Boston era un hervidero de sedición, un nido de colonos quejumbrosos.

Yo llevaba unos quince minutos en la habitación. Apenas había hablado y me dolía la cabeza. La voz cuartelaria de Floyd me había dejado exhausto.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó—. Pensaba que estabas flirteando a orillas del Limpopo, atendido por nativas de grandes traseros durante el día y colándote a cuatro patas en toda clase de ritos inefables durante la noche.

—Estaba en México —dije.

—Mejor todavía. Nuestros vecinos amantes de las alubias.

—En Chiapas.

—Región tenazmente defendida en el siglo XVI por el fraile dominico Bartolomé de las Casas —dijo Floyd—. Para algunos, un hereje. Para otros, un extremista de la teología. Para mí, un modelo de virtud. Como tú, estaba obsesionado con sus intestinos.

En vez de luchar, le dije:

—Siento lo de tu piedra.

—¡Ya no está! Estoy curado. El médico es un genio. Me hizo una incisión minúscula y la sacó con la destreza de un pescador que captura una anguila en un charco. Cuando me quiten el vendaje, te enseñaré lo asombrosamente pequeño que es el corte. No es más que una muesca en el abdomen.

—Todo el mundo está enfermo.

—Eso parece —dijo Floyd—. En diversos grados. Madre es la que está peor.

—La competición habitual.

—Sí. No importa que yo me hallara a las puertas de la muerte. La que se lleva la medalla es madre.

—La vi ayer. Tiene buen aspecto. Dijo que echaba de menos a Angela.

—El espíritu que la guía, y que sin duda se materializará algún día, como la encarnación de Lono para los hawaianos. Somos salvajes. ¡Lo suyo es una adoración ancestral repugnante!

—Madre parece indestructible —dije—. Creo que tiene razón cuando dice que las medicinas son malas.

—¿Te hizo lo de la tos? —se puso a hacer *cof, cof*, imitando el sonido con una exactitud cruel—. Ya tiene..., ¿cuántos? ¿Noventa y ocho? Los ling, un pueblo de Birmania, se comen a sus parientes cuando se han vuelto ancianos e inútiles. Los esquimales los mandan a una tormenta de nieve para que se congelen. Los ik, según nuestro amigo Colin Turnbull, dejan que los viejos se mueran de hambre en la ladera de una montaña remota. ¿Y qué hacemos nosotros? Nosotros somos los peores de todos. Permitimos que se deterioren delante de nuestras narices.

—Y entonces, ¿qué hacemos con madre?

—La eterna pregunta —dijo Floyd—. Fred está enfermo. Gilbert y Hubby están fatal. Rose tiene problemas. Qué lista, madre. Nos ha superado a todos.

—Te has olvidado de Franny y Marvin.

—Marvin es una antología de quejas. Me encanta que me hablen de él, porque adoro el lenguaje de la enfermedad. Chancros. Bubones. Ampollas. Pústulas. *Angor animi*: la angustia del alma, la sensación de que estás frito. La convicción de que estás a punto de morir. Creo que a Marvin le diagnosticaron una gangrena en la pierna antes de que se convirtiera en el capitán Ahab. Lo curioso de la enfermedad, del estado de ánimo que genera, es que el que la padece empieza a tener una gran capacidad de predicción: *angor animi*. Marvin sabe algo, tiene la premonición de la enfermedad... Jay, por el amor de Dios, di algo.

Yo había estado pensando en que madre siempre se burlaba de Marvin. Competía con él por el cariño de Franny. Cuando le cortaron la pierna a la altura de la rodilla, dijo: «No es que fuera un gran paseante, así que a lo mejor no la echa de menos».

—Estaba en Chiapas, en un lugar maravilloso, viviendo con una familia de allí —le dije a Floyd—. Me llegó un mensaje para que volviera. Me sentía muy feliz en ese hogar.

—No te lamentes. Emplea tu recurso habitual: escribe sobre ello.

A mí se me había ocurrido la misma idea. Un hombre como yo va a una aldea lejana. Actúa con generosidad. Compra comida y herramientas y paga las facturas de la gente. Cuando decide marcharse, no se lo permiten. Lo hacen prisionero por su dinero; es una lección sobre la corrupción en un lugar sencillo, una parábola sobre las consecuencias de hacer el bien y una manera creativa de asumir mi decepción por haberme visto obligado a regresar a casa y dejar ese lugar idílico, junto al río.

Floyd corrió la cortina que había al lado de su cama.

—Hasta hace dos días, en esa cama languidecía un hombre. Dormía dieciocho horas seguidas, y después se pasaba veinticuatro despierto. Tenía una depresión terrible y la medicación antipsicótica que tomaba no le hacía ningún efecto. ¿Quieres saber qué le diagnosticaron? Depresión refractaria. ¡Una pareja de palabras estupenda! Y también tenía ataques de *angor animi*.

—Parece que yo soy el único que no está enfermo —dije—. Solo tengo un poco de gota.

—Eso es. Tú eres el único miembro sano y racional de la familia. Así que preséntate en tu puesto de trabajo. Los demás no somos sino carne y tuberías.

Era la crítica habitual de Floyd, que en mis obras yo me retrataba como una persona cuerda y objetiva, que observaba con serenidad la locura del resto del mundo. Eso era un efecto de mi narcisismo, según él. Pero estaba tumbado en una cama de hospital, con una sonda en el brazo y un vendaje en el vientre y un catéter en la pierna, de modo que preferí no ponerme a discutir con él.

—Y cuando fuiste a visitar a madre, ¿te dignaste mencionar que estaba instalada en una casa que le había regalado a su hija? ¿Que, de hecho, madre es una inquilina en su propia casa?

—No, no saqué el tema.

—Te quejas de Fred cuando estás conmigo, pero ¿alguna vez le has dicho que es una comadreja pérfida y un traidor, que ha calumniado a la familia, que dejó que se abrieran las arcas en una tierra que «todavía era virgen, nunca había sido saqueada, explotada ni expoliada. Las minas no se habían excavado, ni las imágenes se habían arrancado de los templos»? ¿Autor?

—Raleigh, en Guayana. Ya lo habías citado antes.

La repetición —de historias, de comentarios y contestaciones— era un hábito que formaba parte de la cultura de la tierra madre, como tal vez ya

haya quedado claro en este relato.

—¡Y ahora todo ha sido saqueado, explotado y expoliado por las Extrañas Hermanas Tambaleantes en el Año de la Gran Palabra! —gritó, molesto porque yo había recordado su cita.

Ahora estaba echado hacia delante. Había quitado el pulgar del libro de Hazlitt y me estaba gritando. Me dio la impresión de que lo único que impedía que saltara sobre mí era la maraña de tubos que tenía en el brazo y la pierna.

—No eres mejor que los demás —me gritó.

—He vuelto a casa porque me llamaron —dije.

Me levanté violentamente, empujando la silla hacia atrás. No tenía ninguna gana de escuchar esa clase de comentarios.

—Tendrías que haberte quedado donde estabas. Parece que estabas mejor allí.

—Prometí cuidar a mamá.

—Nos odias a todos. Te deleitas en las fechorías, que son una fuente inagotable de satisfacción.

—¡Qué chorrada!

—Está más sana que tú. Está más sana que todos nosotros —me gritó mientras me marchaba.

Eso no era lo que decía madre. Cuando llevaba una semana yendo a verla en su casa, me contó que necesitaba los cuidados de Franny. Seguía hablando por teléfono con ella tres veces por día, pero quería que fuera a visitarla, y Franny, a quien le había regalado la casa, no pudo negarle a madre lo que le pedía. Marvin estará bien, dijo madre, que creía que él estaba fingiendo. Y durante una visita de Franny —un domingo de albóndigas suecas, una fuente de canelones, ginger ale y galletas Hydrox—, sonó el teléfono. Era Jonty, llorando. Marvin había muerto.

## 49. La superviviente

Madre nunca pareció sentirse más fuerte, ni más superior, que en el funeral de Marvin. Avanzó por el pasillo central de la iglesia dando golpes en el suelo con su bastón, con la cabeza bien alta. Era una reina pasando revista a sus tropas. Y las tropas sufrían. Todavía estaban recuperándose de sus diversas dolencias. Fred cojeaba. Gilbert llevaba una faja de apoyo lumbar que recordaba a una camisa de fuerza. Floyd iba agarrándose el pecho. Franny y Rose respiraban con dificultad mientras se arrastraban hasta el banco de la familia. Estábamos nuevamente juntos y furiosos, todos en la iglesia, mientras el sacerdote nos recordaba el buen corazón que tenía Marvin y todos nos lo representábamos como un guardia de seguridad del centro comercial que iba armado con un bote de gas pimienta y un mártir de los donuts.

En apariencia fortalecida por la muerte de Marvin, que le dejaba a Franny para ella sola, madre se olvidó de que había estado enferma y dejó de toser a modo de respuesta cada vez que le preguntábamos cómo estaba. Recuperó la costumbre de dar un paseo diario; todas las tardes se iba a recorrer el barrio. Pedía que la llevaran a la playa y empezó a ir una vez por semana a un restaurante cercano, El Ostrero, donde se comía dieciocho ostras crudas que una camarera llena de admiración le servía en tres tandas, y terminaba con un cuenco de helado de vainilla.

—Karen Blixen, cuando era una anciana y vivía en Rungsted, se alimentaba de ostras, pero a diferencia de mamá, sufría las molestias derivadas de una sífilis terciaria que le había contagiado su malvado marido —dijo Floyd.

Madre dijo que la muerte de Marvin la había entristecido; se lamentaba por Franny, que estaba de luto. Madre nos confesó a todos, uno por uno, que había consultado a Angela, quien siempre le servía de consuelo. Sin embargo, en esta etapa tan triste madre alcanzó cierta ligereza de espíritu. Estaba más

ágil físicamente y daba la impresión de que la muerte de Marvin le había proporcionado una chispa que ahora formaba parte de su estado de ánimo habitual. Me di cuenta de que en la última década, más o menos, cada vez que moría alguno de sus amigos o vecinos, no se ponía melancólica ni se volvía taciturna, sino que se la veía revitalizada, más comunicativa, más animada y resuelta, y al mismo tiempo más relajada. Yo había esperado otra cosa, que tuviera algún presagio, que las muertes ajenas funcionaran como un recordatorio del sueño eterno, pero no. ¿Por qué pasaba eso?

Era una superviviente. Era la viajera afortunada que ha perdido el avión que se estrella en el despegue. En el funeral de Marvin, con la cara levantada como si fuese toda oídos, parecía estar radiando la afirmación: «Yo estoy aquí y tú no». En eso consistía su victoria, ella seguía en pie, era la vencedora.

—No basta con que yo gane —solía decir Floyd—. Es necesario que otros pierdan.

Así, durante aquel breve periodo de tiempo, que la llevó de los noventa y ocho a los noventa y nueve años, madre se encontró de nuevo en la cumbre. Decía que sus hijos se estaban haciendo mayores y tenían tantos problemas de salud que ella había perdido la esperanza de que se recuperaran.

—No creemos que vaya a superarlo —había dicho Franny, pero ahora parecía que madre era la única que iba a superarlo.

Tras haber interrumpido mi viaje a México por los requerimientos que me habían llegado al móvil (adiós a mi artículo y a mi informe de gastos), iba a visitar a madre casi todos los días. Al observarla tejer —una habilidad de la que yo carecía— y al salir a pasear con ella, tenía la sensación de que había decidido dejarme agotado o, al menos, dejarme atrás. Yo intentaba conversar con ella, pero eso también resultaba inútil. Madre no era buena conversadora; era habladora, sí, pero lo suyo eran los monólogos. Representaba el papel de anciana sabia, de Mary Worth, de Madre del Año, de la arpía con el pelo recogido en un moño (e interpretada por Peggy Wood) en la serie de televisión *I remember Mama*. Y, si se aburría de este papel, pasaba a interpretar el de competitiva interrogadora.

—¿Te acuerdas de cómo se llamaba tu profesora de primero de primaria, Jay?

—La señorita Purcell.

—La mía era la señorita Watson —decía ella, y añadía rápidamente—: La

de segundo, la señorita Eliot. La de tercero, la señorita Cramer. La de cuarto...

Ese era un truco que le encantaba hacer en las fiestas, una muestra de su memoria, que se remontaba a hacía noventa años. Madre era capaz de recordar todas las profesoras que había tenido y muchos de sus comentarios aprobatorios.

Luego empezaba con sus vecinos. Yo no sabía casi nada de los míos. Solo recordaba a los familiares de mis amigos.

—Vivíamos en el 134 de Jerome Street. En el 136 vivían los Bergin. Cruzando la calle, en el 137, los Dugger. El comandante Dugger estuvo en la Primera Guerra Mundial. Era negro. Le pusieron su nombre al parque. Los Kountze, que vivían en el 139, también eran negros. Una gente encantadora. En la esquina había una familia italiana...

Y así seguía, mientras íbamos por una acera y volvíamos por la otra. Era impresionante, pero como pasa con muchas otras muestras de virtuosismo — andar por la cuerda floja, los malabares, el claqué— pronto se volvía monótono. Querías que parara. Basta ya, pensaba yo, y volvía a lamentarme por haberme marchado tan de repente de Chiapas, dejando allí a todos los miembros de la familia Trinidad, que no tenían teléfono ni sabían escribir.

Madre estaba orgullosa de haber ahorrado un montón de dinero, pero lo que más la llenaba de orgullo era su austeridad y su conocimiento de los remedios populares; si uno se hacía un corte, por muy feo que fuera, bastaba con poner mercromina y no hacía falta ir al médico; el dolor de muelas se curaba con clavo de olor; para el dolor de garganta había que tomar sirope Karo; las gafas se arreglaban con cinta adhesiva; los calcetines rotos se zurcían, los pantalones rotos se arreglaban con rodilleras y a los zapatos había que pegarles unas suelas de goma para que duraran más. Madre se enorgullecía de los sacrificios que había hecho, de todo lo que había conseguido ahorrar, porque en su infancia había tenido que aprender las estrategias de supervivencia de la Gran Depresión. Pero lo que en un principio era una costumbre se había refinado y se convirtió en un juego y, al final, en una competición; el ganador era quien lograra gastar la menor cantidad de dinero, y quien más gastara se consideraba el más tonto.

La buena memoria de madre y su habilidad para arreglar las cosas y para apañarse eran cualidades admirables, pero su manera de presumir de ellas y de convertirlo todo en una competición resultaba irritante, pues lo cierto es



que madre nunca admitiría una derrota. Su necesidad de vencer la volvía despiadada.

Ahora todos decíamos que madre nos sobreviviría, y parecía verdad. Marvin había muerto, dejando a Franny extrañamente optimista y renovada, como se había quedado madre tras la muerte de papá. Fred tenía una cojera que, por lo visto, iba a ser permanente, y no podía andar sin un bastón. Floyd se había recuperado de su operación, pero había ganado peso y siempre se quedaba sin aliento cuando se ponía a despotricar, y cada vez despotricaba más contra mí. Con su esposa y su nueva vida se había vuelto más colérico y autoritario, mientras que yo vivía solo, en una casa alquilada, y escribía sobre un gringo solitario que está en una aldea mexicana, junto a un río remoto, y se hace amigo de una gente que acaba desplumándolo; su familia adoptiva lo parasita. Me entristecía lo que había perdido y, al darme cuenta de que era inalcanzable, me dedicaba a atacarlo.

Parecía que madre era indestructible, que se había achicado hasta despojarse de todo lo que no era su esencia. Daba la impresión de ser más poderosa de lo que nosotros seríamos nunca. Yo me instalaba, encorvado, en un taburete delante de ella y me lamentaba por la pérdida de mi idilio mexicano, y al mismo tiempo me sentía fascinado por madre, que se sentaba, muy erguida, en su sillón, y se ponía a tejer una bufanda o unos cuadrados para hacer una manta de ganchillo. Su tamaño se había reducido a la mitad desde el funeral de padre, y esa ligereza la volvía más fuerte. Se movía con más rapidez y estaba siempre alerta, como un ave, con sus huesos de ave y su pico de ave y sus ojos pequeños y brillantes de ave, e incluso con su manera de mover la cabeza y crisparse al menor ruido inesperado, como un ave. Se diría que las personas mayores existen en una región más allá de lo físico. Madre no tenía una esencia carnal. Era una voluta de humo, un espectro, un vapor, algo casi fantasmal, insustancial y grisáceo; parecía tejida con tela de araña. Y yo me sentía mayor y frágil y engañado, y tenía que medicarme para la gota.

—Papá también tenía gota —dijo madre—. Creo que la medicina que tomaba contribuyó a que tuviera tan mala salud. Quizá hasta fuera lo que lo mató.

Yo me veía obligado a escucharla en silencio. Ya había pasado la época en que discutía con ella. Madre estaba por encima de cualquier reproche y lo sabía. Al haber sobrevivido a tantas muertes y superado tantos problemas,

había alcanzado el estatus de un ser inmortal; no de una deidad en sentido metafórico, sino de una auténtica diosa. No se la podía criticar ni contradecir; nadie podía oponerse a su voluntad ni dudar de su palabra.

Madre seguía viviendo sola y cocinándose lo que comía: un huevo pasado por agua para el desayuno, media lata de sopa para el almuerzo, una ensalada de lechuga con beicon para la cena, todo en cantidades pequeñas, pero suficientes para alimentarse. Leía el periódico local y hacía el crucigrama todos los días, y siempre iba por la mitad de algún libro —nunca mío—. Una vez a la semana, un compañero de su clase de talla de aves pasaba a recogerla y la llevaba a clase. Flirteaba con él de un modo grotesco, digno de un geriátrico, que podría haber inspirado una obra de Samuel Beckett.

Seguía tan voluble como siempre, resultaba irritante con frecuencia y enloquecedora algunas veces. Había rebasado la edad en que uno puede recibir críticas, de modo que todo lo que hacía o decía era intachable. Y sin embargo, no parecía más mayor que antes. Tenía noventa y ocho años.

Estaba aburrida de mí y de todos nosotros. Necesitaba más estímulos, distintos admiradores, gente que la escuchara con menos escepticismo. Además, siempre se habría mostrado más interesada por la atención que le prestaban fuera de la familia que por la que podía lograr de sus hijos, incluso de los que la adoraban, o decían adorarla. Ya lo había oído todo antes; necesitaba algo nuevo.

Los Ohlendorf eran una familia de Connecticut que Fred conocía desde hacía cierto tiempo. El padre era abogado, la madre era dentista y tenían dos hijos. En una ocasión, vinieron a Cape Cod y descubrieron a madre como podrían haber descubierto un tesoro antiguo y extraño en un museo al que regresaran todos los veranos para contemplar embelesados. En su familia no había ninguna matriarca semejante, y descargaron su devoción, contenida y acumulada durante mucho tiempo, sobre madre, que disfrutaba enormemente de su fascinación. Le llevaban ramos de flores y posaban y se hacían fotos con ella, como si se tratara de una reina o una diosa o una estatua municipal, y madre tenía derecho a reivindicar todos esos roles. Sus visitas tenían un carácter demasiado reverencial como para decir que «pasaban a verla». Para mí —y para el resto de nosotros—, la visita anual de los Ohlendorf significaba que podíamos tomarnos unos días libres; madre tenía planes. Yo

no sabía qué habían planeado los Ohlendorf para entretener a madre, al margen de llevarle chocolate y flores, de elogiarla extravagantemente y de sacarse fotos de grupo.

—Jolgorio con los Ohlendorf —decía Floyd.

Madre, que para nosotros era una carga, junto a ellos se convertía en un trofeo, en un motivo de orgullo. Fred nos contó que la habían sacado por ahí; a eso habían dedicado un día. Habían ido a almorzar a un restaurante brasileño de Hyannis. Ninguno de nosotros se había arriesgado nunca a hacer algo así, pero ellos tenían un amigo brasileño que se lo había sugerido. Se habían metido en el coche, habían hecho un largo viaje y habían comido un montón. Eso bastaba para que madre quedara encantada con ellos. Habían conseguido hacerla suya.

Fueron con otra pareja. Estos amigos también se quedaron fascinados ante el estado de salud y el buen humor de madre. Tenían un barco, y después de comer en el restaurante brasileño, cogieron el coche, fueron al puerto de Hyannis, la subieron a bordo y la llevaron a navegar por la bahía de Lewis. Ella iba sentada en la cubierta de popa como una reina en su barcaza real.

—Mis hijos nunca han hecho nada parecido por mí —le dijo, por lo visto, a Madge Ohlendorf, que se lo contó a Fred como si nada.

Al día siguiente, madre se sentía muy débil. Se había pasado, pero tenía tantas ganas de hablar maravillas de los Ohlendorf, sus anfitriones y benefactores —que habían hecho por ella más que nosotros—, que no pudo quejarse de sus dolores. Sin embargo, tenía un moratón bastante grande en la rodilla y no podía caminar.

—¿Y si te tomas una aspirina? —le propuse.

—Ya se me pasará.

Pero cojeaba. De todos modos, me contó lo que había hecho el día anterior con todo detalle.

—La comida brasileña es deliciosa. Hay música. Vienen unos gauchos a tu mesa y te traen trozos de carne.

Madre tenía otros admiradores fuera de la familia. Wanda, una mujer que vivía en su misma calle y trabajaba en la biblioteca, pasaba a verla todas las semanas y siempre le llevaba un libro o dos. Había otros vecinos que iban a visitarla durante el fin de semana: la esposa, ama de casa, que le hacía unas galletas; el marido, policía estatal jubilado, que le echaba una mano con extraños arreglos del hogar. Los talladores de aves de su clase siempre

estaban de guardia y, como también eran ancianos, sabían lo que podía necesitar ella: una lata de sopa, una docena de huevos, productos alimenticios que jamás se me hubiera ocurrido llevarle. Resulta que a madre le encantaban el chocolate caliente y la sopa de langosta y tomarse un donut de mermelada de vez en cuando, y yo no tenía ni idea.

Como había otras personas que le prestaban tanta atención, disminuimos nuestros esfuerzos, agotados, desmoralizados, faltos de reconocimiento. La forma en que madre me contó lo de los gauchos y la carne brasileña y su paseo por la bahía hizo que me transmitiera una imagen de independencia y la sensación de que se sentía más feliz en otra parte. Eso no me sorprendió. Yo había sido mucho más feliz en México, con unos desconocidos que agradecían mi presencia allí. Gilbert seguía llevando a madre a comer ostras cada vez que volvía a Cape Cod, pero su trabajo —fuese cual fuese— siempre lo obligaba a estar fuera. Últimamente pasaba mucho tiempo en Bagdad o en Kabul.

—No puede hablar de ello —me dijo una vez madre, llena de orgullo—. Es un secreto.

En esa época, cuando madre estaba ocupada con gente que iba a visitarla y la admiraba y le llevaba regalos, nosotros nos manteníamos al margen, cada uno por sus motivos. Yo estaba escribiendo mi novela sobre el forastero al que hacían prisionero en una aldea. Fred seguía dedicado a asuntos jurídicos. Floyd daba clase. Hubby trabajaba en el hospital. Se trataba de distintos casos de jubilación parcial, pero todos seguíamos ocupados. Cada uno de nosotros pensaba que tenía demasiado trabajo y que algún otro se encargaría de cuidar a madre. Yo a veces pasaba semanas sin verla, aunque la llamaba cada pocos días para ver qué tal estaba.

—No me quejo.

Lo decía una mujer que avanzaba cuesta abajo hacia los noventa y nueve años.

—Este fin de semana vienen las chicas —añadía.

Llegados a ese punto, yo colgaba. Me deprimía oír hablar de los demás, de la comida y los regalos que le habían llevado, de las novedades relacionadas con sus parejas y sus hijos. Y estaba seguro de que, cuando madre mencionaba mi nombre, ellos también cambiarían de tema. Incluso el malicioso placer de hablar mal de los otros a sus espaldas había perdido todo su atractivo. Cuando madre hablaba de lo bien que la trataban, yo no tenía

claro si estaba alardeando o si quería sacarme los colores. Se había vuelto enigmática; nunca había sido tan difícil comprenderla. Y aunque seguía siendo una cotilla, yo sabía que el elemento principal del cotilleo (además del deseo de llamar la atención sobre uno mismo) era la mendacidad.

La familia ahora era inmensa. Madre tenía un montón de nietos y bisnietos. Yo casi ni conocía sus nombres, pero madre se acordaba perfectamente de todos y con frecuencia hacía comentarios denigrantes sobre alguno de ellos. Uno era un adolescente problemático, otro un perdedor, otro un fracasado, otro había abandonado los estudios. Yo no quería enterarme de nada de eso, de modo que me mantenía alejado de ella. ¿Cómo iba a saber que los demás también estaban ausentes, haciendo lo mismo que yo?

Fred recibió una llamada de una vecina de madre que prefería mantener el anonimato (eso fue lo que dijo), pero que le pareció que debía de ser Wanda, la amiga bibliotecaria.

—Estoy preocupadísima por su madre. No come. Se está quedando en los huesos. Nadie la va a ver nunca. Si fuera mi madre...

Aquello nos impresionó. Madre era una testigo tan poco fiable que sospechamos que lo que había dicho la vecina podía no ser cierto. Incluso lo que había contado Fred parecía una exageración. Dijo que se había encontrado a madre sola, delgada, deshidratada; que no había comido y que el fregadero estaba lleno de platos sucios, que no tiraba de la cadena cuando iba al baño, que había dejado de lavarse la ropa. Todos fuimos a visitarla y comprobamos que su estado era lamentable. Parecía que estuviera secuestrada.

—Pensaba que la estabas cuidando tú.

—¿Y tú, qué has hecho?

—La has dejado consumirse.

—Está esquelética. Se suponía que estabas yendo a verla.

Por todos lados acusaciones, recriminaciones y culpabilidad. En cualquier caso, la triste verdad era que madre se encontraba en un estado de salud bastante delicado, vivía en una casa sucia, se estaba muriendo lentamente.

«¡*Qué madre!*», oí decir a mis mexicanos. Era su forma de decir: ¡Menudo lío!

## 50. Las Benévolas

En la tierra madre, nadie escuchaba y nunca había novedades. Jamás expresábamos una sorpresa sincera por nada que hubiéramos oído. No decíamos: «No lo sabía», sino: «Ya lo sé, ya lo sé», que significaba: «¡Cállate!». Era una familia en la que todos hablaban y nadie parecía escuchar.

Pero todo eso no era más que fachada. Estábamos deseosos de recibir información, teníamos la misma hambre voraz de malas noticias que tenía madre y todos escuchábamos con la máxima atención.

Una de las características familiares más desconcertantes y exasperantes era nuestra capacidad de escuchar muy atentamente mientras hablábamos sin parar, y nunca dejábamos traslucir el menor interés por lo que se estaba diciendo. Mientras parlotéábamos o nos interrumpíamos unos a otros, registrábamos cada palabra que se decía, cada interjección, sobre todo si nos parecía que podríamos reutilizarla más adelante, convertida en un cotilleo o en un escándalo.

Nunca quedaba claro si quien estuviera hablando de veras oía lo que decías mientras continuaba perorando monótonamente. Nunca se mostraba lo bastante impresionado como para hacer algún comentario al respecto. Por lo tanto, podías asumir que no se había enterado de lo que le habías contado, o que no le había parecido interesante, o que, al fin y al cabo, lo que habías dicho no tenía ninguna importancia.

Pero esta ausencia de comentarios significaba interés, e incluso fascinación. El monólogo era otra forma de comunicación indirecta. No recibías ningún tipo de reconocimiento, eso habría impuesto una sensación de obligación en el otro, o habría supuesto que te consideraba digno de crédito. Sin embargo, la historia que le habías contado al monologuista que te interrumpía sin cesar, o la mención que habías hecho, o la opinión que habías expresado —aparentemente sin que nadie se enterara—, al cabo de un tiempo

comenzaba a ir de boca en boca, casi siempre en una versión mejorada, más retorcida, más cruel, incontestable.

Esa era otra de las características de la tierra madre, una característica que habíamos perfeccionado a lo largo de los años. Fingíamos indiferencia, aparentábamos que las cosas no nos importaban, hacíamos como si ignorásemos un comentario frívolo o revelador. Pero esta indiferencia nos volvía más insistentes, y a veces más cándidos, y con frecuencia más enfáticos. Cuando nos dábamos la vuelta y parecía que cierto comentario no nos importaba, y nos dedicábamos a emitir nuestros propios sonidos que sonaban como si estuviéramos diciendo algo importante, estábamos de lo más atentos y alerta, como siempre están los depredadores: la serpiente inmóvil que parece dormitar enroscada en la rama de un árbol, el león echado sobre el vientre entre las hierbas altas, la hiena merodeando en torno a una manada que pasta tranquilamente.

Podría pasar por una tontería, una pequeña excentricidad familiar, una mera peculiaridad. Pero este modo de actuar era una forma sutil de cacería, de tender trampas a los demás, y por su manera de captar la esencia de una situación y preservarla mientras aparentaba rechazarla o ignorarla, servía para magnificar las acusaciones y desempeñaba un papel fundamental a la hora de fomentar disputas.

Pero la terrible verdad que no acababa de quedar oculta en esa conversación que se diría ideada para distraernos era que madre tenía un tamaño cada vez menor y que vivía en la miseria.

Por lo tanto, hablamos, nos interrumpimos, luchamos por hacernos con la palabra y empleamos tácticas dilatorias. Nadie quería asumir la responsabilidad ante el hecho de que madre se encontraba sentada torcida en su trono, con la cabeza inclinada hacia un lado, la boca medio abierta, «haciendo la Q», como dijo Hubby. Así se refieren a veces en los hospitales a los pacientes a los que les cuelga la lengua, que están al borde de la muerte, en la última cama de la sala, la que está más cerca de la salida.

Nuestra conversación no tuvo lugar en una habitación en la que nos hubiéramos reunido para debatir qué hacer con madre. Éramos demasiado rencorosos como para meternos en el mismo cuarto. El tema se fue planteando por medio de comentarios al margen, anexos, acusaciones,

gruñidos; era como el juego del teléfono escacharrado. A veces se oía algún grito de rabia, pero nadie dejaba de parlotear, ni escuchaba, o al menos nadie parecía hacerlo.

Le llevamos comida, flores, chocolate, tratando de hacer que madre reviviera con regalos y energía positiva.

—Te vas a poner bien, mamá —le dije.

—Todo el mundo me dice lo mismo. No entiendo por qué. No me pasa nada malo.

Esa afirmación era lo más preocupante de todo: que en su lamentable estado —cada vez más delgada y en una casa toda sucia, la viva imagen del abandono— protestara diciendo que se encontraba de maravilla.

Cuando éramos adolescentes, madre inventó un sistema para que limpiáramos la casa. Nos asignaba una habitación a cada uno —la cocina, el salón, el comedor, alguno de los múltiples dormitorios— y nos hacía responsables de que estuviera siempre limpia. No podíamos salir de casa, por ningún motivo, hasta que madre hubiera inspeccionado la habitación y hubiera dicho que estaba satisfecha con cómo la habíamos dejado. El baño era un caso aparte, se empleaba como castigo para quien no hubiera hecho bien su trabajo la semana anterior. Había un único baño para todos los que vivíamos en la casa. Era una tarea repugnante.

—Lo quiero como los chorros del oro —decía madre, usando los términos de papá. No bastaba con pasar un trapo; había que restregar, quitar el polvo, sacar brillo.

—Así se forja el carácter —decía papá, y probablemente tuviera razón; desde que era niño, nunca he podido entender a la gente que soporta vivir en un sitio sucio. Y si había niños en el hogar, ¿por qué no estaban limpiando y pasando la aspiradora?

En la época en la que madre empezó a declinar y a encogerse, aplicamos este sistema a su casa. Cada uno se hizo responsable de una habitación. El baño le tocó a Hubby, ya que, como trabajaba en el hospital, podía conseguir con descuento grandes cantidades de productos de limpieza y desinfectantes industriales. Franny y Rose se encargaban de la cocina, y los demás nos repartimos el salón y los dormitorios. Yo elegí el estudio de madre, que antes se usaba como dormitorio y ahora era un pequeño despacho con estanterías y un sólido escritorio de roble, cuyos cajones estaban siempre cerrados con llave desde el misterioso episodio de la entrada en la casa y los presuntos



robos por parte de unos desconocidos.

—¿Sabes lo que odio? —me dijo Hubby—. Que ya no es la casa de mamá. Es la casa de Franny. Estamos limpiando la casa de Franny. Tendría que pagarnos.

—Pero a ti mamá te regaló el Acre. ¿De qué te quejas?

—Yo no te pido a ti que vayas a cortarme el césped —dijo Hubby, y se enfurruñó.

Floyd comentó lo mismo. ¿Por qué teníamos que limpiar la casa de Franny?

—Lo hacemos por mamá —dijo Fred—. ¿Quieres que viva entre la mugre?

El estado de la casa de madre mejoró. Ella empezó a comer de nuevo, y yo descubrí que tener una actividad práctica que llevar a cabo durante mi visita semanal —quitar el polvo a los libros, ordenar el escritorio, encerar las mesitas auxiliares— le daba un sentido a mi presencia allí. Y madre se mostraba agradecida por nuestras atenciones.

—¿Va todo bien? —me gritó desde la habitación de al lado.

—Bastante bien —le dije, mientras rociaba la ventana y comenzaba a limpiarla—. Pero me gustaría poder avanzar un poco más rápido con mi libro.

—¿Sí?

—Estoy intentando escribir una novela —dije, y por hablar a gritos de una habitación a otra, la frase me sonó absurda—. Mi casero me acaba de subir el alquiler, así que tengo que coger trabajillos para hacer frente a todos los gastos. «Mi equipaje favorito». «Un libro que me ha influido». «Una comida memorable». Siempre alrededor de las quinientas palabras.

Estaba restregando la ventana y me puse a mirar la calle. Había una ardilla sentada, muy erguida, en el bordillo. Parecía perpleja, y su manera de mover la cola me hizo pensar que estaba indecisa. Era un día húmedo y no había bellotas a la vista. Yo era esa ardilla.

—¿Alguna vez...? —madre se aclaró la garganta y empezó la frase de nuevo—: ¿Alguna vez vas a escribir sobre mí?

—¿En qué sentido? ¿Unas memorias, o algo así? —eliminé la última mancha de la ventana y fui hasta la puerta del estudio. Madre estaba en su sillón, inclinada hacia delante—. ¿Exclusivamente sobre ti? ¿Algo como *I remember Mama*? Te encantaba esa serie.

—Podría ser sobre todo lo que he hecho por ti —dijo—. Sobre todo lo que me he sacrificado.

Era un día gris de finales de primavera. La tierra húmeda soltaba exhalaciones de vapor, en los árboles brotaban los capullos pero no las hojas, una sensación de duda lo invadía todo, los narcisos y los tulipanes ya habían pasado su mejor momento pero aún no había florecido nada más, salvo algunas forsytias, semejantes a látigos, y unas sonrosadas azaleas; el cielo parecía pesado, los caminos estaban húmedos, el jardín seguía empañado tras haberse embarrado al comienzo de la estación y el césped pedía a gritos que lo cortaran y arreglaran. ¿A quién le correspondía hacerlo? La mujer de noventa y nueve años y su hijo de sesenta y cinco, solos en la vieja casa. Su petición me puso triste. Tuve ganas de llorar cuando consideré lo que me estaba pidiendo; aquella mujer severa que afirmaba que yo nunca había hecho nada bien solicitaba que le hiciera una hagiografía.

—Como te decía, estoy tratando de escribir algo y no me resulta fácil.

—¿Sí?

—Solo quisiera que me siguiesen llegando los pagos de la seguridad social. No voy a recibir nada en todo un año. Ojalá ya hubiera terminado ese libro.

—Mi padre siempre decía que hay que esforzarse mucho para hacer las cosas bien —dijo madre.

La miré fijamente. Yo seguía con el limpiacristales en una mano y el trapo húmedo en la otra.

—No hay nada fácil en este mundo —añadió.

—En general, esa es también mi experiencia —dije, intentando controlarme.

—Si no has terminado el libro, ¿de quién es la culpa? Tendrás que levantarte más temprano y aplicarte. Remángate y ponte a trabajar. Róbale tiempo al sueño.

Sentí un fuerte deseo de darle una bofetada, de darle la vuelta a la cara con la fuerza del golpe mientras le gritaba. Pero fue una idea fugaz. La sensación más fuerte que tenía era que ella era superior a mí, que volvía a estar en forma, que no me daba pena ni me preocupaba. Era más poderosa y más mala que yo.

Pasó una semana. Volví para ordenar y quitarle el polvo al estudio. Madre estaba más vigilante que de costumbre, y me di cuenta de que había ganado

algunos kilos. La casa olía a cera al limón y al desinfectante industrial de Hubby y a pollo del asador, que aportaba un toque penetrante, similar al del barniz.

Cuando me puse a clasificar los papeles que había sobre el escritorio de madre, encontré un libro bastante gordo en el que decía *Diario*, y —tras asegurarme de que ella no me veía—, lo abrí. Era algo así, una especie de cuaderno de bitácora, como los que llevan los capitanes de los barcos, apuntando el rumbo de la brújula y las condiciones climatológicas y las incidencias en entradas de una sola línea. También madre registraba el tiempo que hacía. Un día ponía *soleado*, otro ponía *chaparrones*, un tercero ponía *ventoso*. Anotaba las visitas que recibía. Franny trajo comida, Fred trajo chocolate, Gilbert llamó desde Londres. Las páginas se organizaban por semanas. Busqué el miércoles anterior, a ver si mencionaba que había ido a limpiar. *Vino Jay*, comenzaba. *Sus quejas habituales. Mi vida es muy dura, no tengo dinero. Pobre de mí, pobre de mí.*

No me lo tomé como una falta de respeto, ni como una burla, sino más bien como la confirmación de que madre volvía a ser la misma de siempre.

Para que recibiera comida regularmente y no tuviera que depender de lo que le llevaban las visitas, Hubby renovó los envíos de Meals on Wheels. Como sucedía con todo lo que hacíamos, por mínimo que fuera, esto se convirtió en un motivo de alarde para él, del mismo modo que limpiar el estudio de madre era un motivo de alarde para mí y que la cocina estaba completamente tomada por las hermanas. «Mira lo que he hecho», parecíamos decir todos. Y sabíamos que no hay nada más irritante que alguien que procura llamar la atención sobre una tarea menor que ha realizado. Pero, por supuesto, si alardeábamos de esas trivialidades era precisamente por ese motivo, porque resultaba irritante.

Madre le agradeció a Hubby que se tomara la molestia de hacer ese trámite (eso fue lo que él dijo), y a los demás nos contó que la comida que le llevaban era espantosa.

—Se la doy a las gaviotas —me dijo. Esas grandes aves siempre acudían a su casa a buscar alimentos y se posaban en la valla del jardín trasero—. Y el pequeño cartón de leche que traen me lo guardo para mí —empezó a reírse ante la idea de que Hubby creyera que le había echado una mano con lo de la

comida—. ¡Si es que se puede llamar comida!

Pero las sopas y los panecillos y los guisos que le llevábamos se le empezaron a acumular en la nevera. Madre tomaba unos sorbos y daba unos mordisquitos, pero no se terminaba nada. Fuimos dejando de llevarla a El Ostrero; estábamos demasiado ocupados, o de viaje, o nos parecía una lata. Empezamos a preguntarnos si madre se estaría debilitando de nuevo.

—Hace falta una persona que la cuide —dijo Fred.

Debido a su edad y a sus, en apariencia, magros recursos económicos, madre reunía los requisitos para que la fuera a ver una cuidadora un par de veces por semana, enviada por los servicios de atención a la tercera edad del ayuntamiento, para que le hiciera algo de comer y limpiara un poco la casa.

Enviaron a una mujer de mediana edad un tanto lenta. Se llamaba Maureen. Apenas duró un día, y ni siquiera logró terminar la jornada. Madre no pudo aguantarla.

—Creo que fuma. Pasa un poco el plumero y ya está. A mí no me parece que eso sea limpiar. Al cabo de una hora, viene y me dice que está cansada. Le dije que, si estaba cansada, que se fuera a casa, pero que no volviese.

Madre empezó a burlarse de ella como se burlaba de Meals on Wheels, y la mujer le suplicó que la dejara marcharse.

—A Angela tampoco le gustó nada —me dijo.

Esa era otra de las características del estado de ánimo de madre: sus frecuentes alusiones a que Angela era testigo de todo lo que le ocurría.

Floyd, aún convaleciente de su operación, envió a Gloria a llevarle comida a madre. Pero la cosa salió mal, según me enteré por una carta que me mandó Floyd al día siguiente:

Querido Jay:

«Ha venido Gloria, la mujer de Floyd, y está revisando mi registro de cheques», le dijo madre a Rose esta mañana, a las diez en punto, cuando Rose la llamó. Gloria acababa de llegar con una sopa de verduras y una tarta casera de arándanos cuando madre, muy inquieta, la hizo pasar a su estudio para enseñarle una factura del médico (de 35 dólares) que decía que le habían cobrado dos veces.

Gritando que ya había pagado la factura, madre sacó todas sus chequeras, el registro de cheques y no sé qué más. Del todo inocente, siempre servicial, preocupada por madre, con la esperanza de poder

ayudarla y llegar al fondo de la cuestión, Gloria llamó a la consulta del médico dos veces y al banco otras dos, y descubrió que la factura se había pagado pero aún no se había recibido el dinero; quizá se hubiera perdido. Al instante, sonó el teléfono. Rose ya se había puesto en contacto con Fred, sin duda para contarle que Gloria estaba robándole el dinero a madre, y unos minutos más tarde Fred llamó y empezó a reprender a Gloria por «mirar las cuentas de mi madre». Le echó la bronca, le dijo cosas desagradables y le gritó que él había pagado esa factura.

—¡No puedes mirar el registro de cheques de mi madre! ¡Es privado!

¡Lo que no puede entender este viejo canoso, loco y taimado, es que Gloria es el ser humano más honrado que hay en el planeta, alguien incapaz siquiera de concebir robar, alguien que se siente incómodo al coger una muestra de comida que le ofrece una señora en un supermercado! Gloria empezó a llorar y me llamó por teléfono. Yo le dije que me pasara a madre y le pedí que llamara inmediatamente a Fred y a Rose. Gloria intentó sin éxito localizar a Rose, pero habló con Fred y dejó las cosas claras.

Estoy muy enfadado. Gloria está inconsolable, enfadada, dolida y convencida, con motivo, de que somos todos unos brutos. Quiero que se conozca esta historia infernal, no solo porque es cierta, sino también porque condensa la clase de cosas —los secretos, las sospechas, los cotilleos, la crueldad, la calumnia, ¡las Furias!, ¡las Benévolas!— con las que vivimos en esta familia horrible. ¡La *Orestíada* se repite como farsa!

Floyd

Lo llamé para pedirle más detalles, pero estaba demasiado furioso como para escucharme y se puso a gritar.

—¡Mira la comida que le llevan sus hijos! No hay nada nutritivo, solo botes de Ensure. ¡Menuda basura! Tiene la nevera llena de porquerías. ¡Comida para cerdos! ¡Inmundicias! ¡Comida para perros! ¡Le dan mordedores para que se los coma!

Al oírme reír —por la palabra *inmundicias*—, colgó el teléfono.

Lo que necesitaba madre era alguien que fuera a su casa a diario, que le preparara una cena caliente, que le lavara la ropa, que le hiciera la cama. Fred encontró a una señora brasileña para que se ocupara de ella. Cape Cod estaba lleno de brasileños, muchos de los cuales eran inmigrantes ilegales, pero esa

mujer venía muy recomendada. Cuidaba a una anciana que vivía en la misma zona, y podía incluir una visita a madre en su jornada laboral.

Se llamaba Selma. Parecía italiana. Tenía el pelo oscuro y revuelto, la nariz ganchuda, el trasero ancho y bajo. Contó que ya era abuela y que procedía de Cuiabá.

—Qué coincidencia —dijo Floyd—. Esa es la ciudad de la que partió Lévi-Strauss cuando descubrió la historia secreta del pueblo Nambikwara. Estoy deseando ponerme a hablar con Selma sobre esta cuestión, y sobre antropología estructural, la oposición entre *Lo crudo y lo cocido* y lo que podría ser un retrato de esta familia, la obra seminal de Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*. Cuando le mencione a este autor, seguro que va a pensar, como tú, que estoy hablando del fabricante de vaqueros.

Selma tenía un amigo, João —madre lo llamaba Joe—, que se ofreció a cortar el césped por veinticinco dólares a la hora. Madre accedió y —tal vez como ella había pretendido—, esto dio lugar a un nuevo debate: ¿Joe le cortaba el césped a mamá o a Franny?

Floyd gritó, Hubby aulló, yo hice comentarios sarcásticos y Rose lloró. Franny acabó pagando, pero afirmó que le estaban cobrando más de la cuenta.

—Creo que Selma me roba —dijo madre.

Fue arrastrando los pies hasta el armario de la porcelana. Le dio unos golpecitos a la puerta de cristal y dijo:

—El plato que trajimos papá y yo de recuerdo cuando fuimos a las cataratas del Niágara. Algunas figuras Hummel. Una taza de té japonesa. Y también he visto que faltan algunas cosas que tenía en el joyero, como esas perlas negras que me trajiste del Pacífico.

Se trataba de los objetos que nos habíamos llevado Floyd y yo hacía años.

—A lo mejor se han perdido —le dije.

—Estaban en el armario de la porcelana. Las perlas estaban en el joyero. No las he tocado.

Para que se tranquilizara, y para tranquilizarme yo también, llevé de nuevo a su casa las odiosas figuras Hummel que me había llevado, así como las perlas negras, y lo dejé todo donde lo había encontrado. Una semana más tarde, volví a mirar en el armario de la porcelana y en el joyero y vi que tanto las figuras como las perlas habían vuelto a desaparecer. Cuando se lo comenté a madre, me dijo que la única persona que había entrado en la casa

desde la última vez que me había visto era Selma. Por lo tanto, Selma tenía que marcharse.

—Me alegro de que me diga eso —dijo Selma—. Quiero irme. Su madre nunca está contenta conmigo. Su madre nunca está contenta con nadie. Se pasa el día hablando por teléfono y quejándose de todo. Bueno, deme lo que me debe y me marchó.

—Devuelva las cosas que ha robado y le pagaré.

—¿Me está llamando ladrona? ¿Piensa que le he robado?

Estaba indignada y, con un tono de lo más feroz, negó haberse llevado nada. Pero yo sabía que mentía. Y cuando al final se marchó, sin protestar demasiado, me di cuenta de que debía de estar ilegalmente en el país y tenía miedo de que la detuvieran y la deportaran. Cambiamos las cerraduras, hicimos copias de las nuevas llaves y recuperamos nuestra anterior rutina, en la que cada hijo era responsable de una habitación.

Así no se podía contestar a la pregunta de qué íbamos a hacer con madre. Esa solución no era nada práctica. Pero además resultaba poco satisfactoria por otro motivo. Estar en la casa de madre, limpiar las habitaciones, escuchar cómo evocaba a Angela, o cómo nos corregía o se quejaba, era un doloroso recordatorio de la vida que pensábamos haber dejado atrás hacía mucho tiempo. De niños, habitábamos todos en el mismo espacio, siempre teníamos conflictos y nos decíamos unos a otros: «Mira lo que he hecho»; ahora, en la última etapa de nuestra vida, parecía que nos estábamos volviendo cada vez más jóvenes, o al menos más infantiles.

## 51. El siglo de madre

La fecha de cumpleaños de madre, el día y el mes, era una orden: el 4 de marzo[32].

—Piénsalo bien —decía con frecuencia, cuadrándose, levantando su larga nariz, como si señalara hacia delante con ella, y poniendo la vista al frente—: ¡Marchen!

Siempre habíamos obedecido, y marchábamos marcando el paso, pero ahora, al acercarse su centésimo cumpleaños, no habíamos hecho ningún plan. Qué hacer era solo una parte del problema. Acababa de pasar la Navidad, y como madre se había esforzado durante la mayor parte de su vida por separarnos para poder ser el centro de atención, organizamos unos turnos para estar con ella ese día, como pacientes que tienen que pedir cita para ir al médico, sin hablarnos. Lo único que nos interesaba era que ella nos diera su aprobación, de modo que fichábamos y nos íbamos. Fuimos en procesión a llevarle regalos y desearle felices fiestas, lo cual a ella la puso de buen humor, pero a nosotros nos amargó el día. Nos obsesionaba estar tan enfrentados. Muchos ni nos hablábamos, y los que sí lo hacíamos, como Floyd y yo, teníamos que pasar por alto una gran parte de nuestra relación, que había sido muy conflictiva. Floyd sabía muy bien que hacía poco, para divertir a Hubby, le había dicho que sospechaba que Floyd era Unabomber, Ted Kaczynski, por sus amenazas, su prosa, sus cartas airadas a celebridades y políticos, su pelo alborotado, su vida de ermitaño, su ingenio y su rabia. Hubby, que era el menos discreto de los hermanos, se lo contó a todo el mundo, y, por supuesto, mi pulla le llegó a Floyd, probablemente de un modo más retorcido e insultante.

Como apenas nos comunicábamos, no era fácil ponernos de acuerdo sobre si convenía contratar o no a alguien que cuidara a madre. Y la fiesta por su centésimo cumpleaños parecía completamente imposible de organizar. A finales de diciembre, cuando por fin la Navidad había quedado atrás, me



encontré con Fred en la planta de transferencia de residuos de la ciudad. El vertedero había cerrado, y esta nueva instalación no fomentaba que la gente se quedara pasando el rato, de cháchara o hurgando entre los desechos, y tampoco había una tienda de objetos de segunda mano donde dedicarse a buscar tesoros. Fred llevaba bajo el brazo un montón de grasientas cajas de pizza al contenedor de papel.

—¿Qué hacemos para el cumpleaños de mamá? —le pregunté, sobresaltándolo—. ¿Vamos de nuevo a La Almeja Feliz?

No detuvo el paso. Volvió a su coche a por el cristal y el plástico y, al pasar a mi lado, me dijo:

—Puede pasar cualquier cosa. Queda mucho hasta entonces —siguió andando. Metió en sus respectivos contenedores lo que había llevado para reciclar. Al pasar de nuevo junto a mí, dijo—: Yo ya no le compro plátanos verdes —y luego añadió—: Ni libros largos.

Y empleando su brazo bueno y su pierna buena, se marchó conduciendo su coche. Faltaba algo más de dos meses para el cumpleaños de madre. «Puede pasar cualquier cosa» significaba que podía morir antes, librándonos de la carga de tener que planear una fiesta. La nuestra nunca había sido una familia de planificadores, pero era evidente que, salvo que alguien tomara la iniciativa, madre no celebraría su siglo de vida.

Nuestra pasividad y nuestra manera de soslayar los problemas eran pautas de conducta típicas de la familia; llevábamos ensayándolas desde niños. Si quedaba una galleta en un plato, ¿quién sería lo bastante descarado como para cogerla? En las familias numerosas, nunca nadie coge esa última galleta, nunca nadie se la come. Se queda sobre el plato como un desafío, como una burla, como un problema, y acaba poniéndose rancia, provocando el enfado de todos.

Al final, Gilbert —el más amable, el más impenetrable, cuyo escudo llevaba el lema de *Madre nunca dice que no*— hizo una reserva en El Ostrero desde su refugio de Bagdad, a través de internet, y nos envió la información. Almuerzo el día 4. El restaurante entero reservado.

—Mamá lo está deseando.

—Dieciocho ostras para ella y ardor de estómago para todos los demás —les dije a Julian y Harry el día anterior, cuando llegaron a Boston desde Londres.

—No empieces, papá, por favor —dijo Julian—. Es tu madre, cumple cien

años, es un ídolo. Si fuera inglesa, recibiría un telegrama de felicitación de la reina.

—Y nos da esperanza —dijo Harry—. Nos hace suponer que tú también vivirás mucho. Podremos disfrutarte durante un montón de años.

Los dos eran altos, más altos que yo. Tenían la piel pálida como su madre inglesa, mi primera esposa. Eran muy sanos; Julian hacía taichí a diario, y Harry era un ciclista consumado. Ambos ya habían sobrepasado los cuarenta —Julian, con algunas canas en el pelo—, de modo que eran de mediana edad, según los criterios actuales, responsables y serenos, y tenían casas y esposas e hijos, mis nietos, a los que apenas veía. Mis hijos eran adultos y yo era un niño raro y malhumorado.

Pero no dejaron que me avergonzara por ello. Me llevaron de nuevo a Yarmouth Port a comer sushi y empezaron a preguntarme por mi trabajo. Resultaba extraño que alguien se pusiera a hablar conmigo de literatura, la única actividad que me importaba, que me mantenía cuerdo y me proporcionaba esperanza; era mi misión en la vida, lo único intenso que había en ella.

—«Trabajamos en la oscuridad. Hacemos lo que podemos. Damos lo que tenemos. Nuestra duda es nuestra pasión, y nuestra pasión es nuestra tarea. El resto es la locura del arte» —dije.

—Suenas como el tío Floyd.

—Harry tiene razón, pero yo sé que eso es de Henry James —dijo Julian—. Todo el tiempo me están preguntando si soy pariente tuyo. Mucha gente se pregunta qué es lo próximo que vas a publicar.

—Una novela ambientada en México —dije, y al contarles algo del libro, que estaba basado en la breve temporada que había pasado con mi familia adoptiva junto al río Jataté, en Chiapas, empecé a tener fe en esa historia, y me la imaginé entera, y recuperé la alegría y la esperanza. Había convertido a esa familia tan cordial en unos secuestradores, transfiriendo la reclusión que me hacían sentir madre y mi propia familia al relato: el protagonista de la narración era hecho prisionero por una manipuladora familia mexicana.

—Suenas muy bien —dijo Harry—. El hombre va con buenas intenciones y lo encierran. Es una especie de parábola. *Homo homini lupus*. El hombre es un lobo para el hombre.

—¿De quién es esa frase?

—La dice mucha gente. Yo me la encontré en *El malestar en la cultura*, de

Freud.

—La madre de Freud vivió casi tanto como la mía, ¿sabéis? Y sin embargo, él no escribió mucho sobre madres ni sobre la maternidad.

—¿Cómo puedes tener un complejo de Edipo sin una madre? —dijo Julian.

—Freud afirmaba que no entendía en absoluto a las mujeres —dije yo—. Afirmaba que si quieres saber algo sobre las mujeres, tienes que examinar tu propia experiencia vital o leer poesía. Las mujeres lo exasperaban. Decía que no era capaz de contestar a la pregunta de qué quiere una mujer. ¡Conocía a mi madre!

—Deja los palillos y démonos la mano —dijo Harry.

Nos cogimos de las manos extendiendo los brazos por encima de la mesa.

—La abuela tiene cien años —dijo Harry—. El plazo estipulado legalmente para sentir rencor hacia ella ya ha prescrito. Repite conmigo: «Todo está perdonado. Se acabó el rencor. Pensar correctamente, actuar correctamente».

—¿Te has hecho budista?

—Repítelo, por favor.

—Todo está perdonado. Se acabó el rencor —dije—. Pensar correctamente, actuar correctamente.

Se quedaron agarrándome, tirándome ligeramente de las manos, más tiempo del que yo esperaba, de modo que las palabras penetraron en mi interior y me avergoncé de mi comentario desagradable y trivial y del resentimiento que pervivía en mí.

—Y ahora, por el amor de Dios, hablemos de otra cosa —dijo Julian—. Si oigo una sola historia más sobre la abuela, me cojo el primer avión que salga para Londres.

Lo que habían dicho era cierto, madre era un ídolo que, por mucho que se hubiera vuelto pequeño y marchito y amarillento, parecía indestructible con sus ojos brillantes, su expresión solemne y su polvoriento resplandor. Se sentó entre Fred y Gilbert, sus hijos favoritos. Freud tenía razón en eso, el hijo favorito de una madre suele ser un conquistador, suele triunfar en la vida. Había una silla vacía junto a Gilbert, la de Angela, en homenaje a su memoria. Franny y Rose estaban sentadas en unas mesas adyacentes, con el

taciturno Walter y sus hijos. Los dos niños de Jonty, los bisnietos, corrían entre las mesas, aullando como cachorros. Ahí estaba el hermano de Jonty, Max, a quien yo no veía desde que había hecho de carta en el ballet de *Alicia en el país de las maravillas*, escoltado por su malhumorada esposa. Había cuatro generaciones en El Ostrero, que estaba decorado con cien rosas y cien magdalenas enviadas por los admiradores y benefactores de madre, los Ohlendorf.

Me senté con Julian y Harry. Charlie apareció poco después.

—¡Eh, hermano! —le dijo a Julian, y chocaron los puños. Recordé que Charlie tenía casi cincuenta años.

Con el mantra a favor de la compasión de Harry en la cabeza, me sentía menos feliz que distante. Miraba a todos con atención y no veía hermanos, ni primos, ni familiares cercanos, sino personajes, ligeramente ficticios. Me daba la sensación de que se habían presentado a una prueba para conseguir un papel en algo que yo quizá escribiera, y que estaban haciendo un gran esfuerzo.

Eso era lo que me parecían mis hermanos y hermanas: inalterables, ficticios, vagamente desafiantes, como con frecuencia son los personajes de cómic, impredecibles y, debido a ello, poco de fiar; siempre parecían estar a punto de formular una amenaza, y transmitían, por medio de los gestos más sutiles, y de los matices del habla, y de chistes malos, que estaban en una posición de antagonismo. Sus palabras de consuelo nunca resultaban reconfortantes. Yo me las tomaba como un exceso de insinceridad. La frase más amenazante que una persona cercana le puede decir a alguien que está solo es: *No voy a hacerte daño*. Si te dicen eso, piensas: No se me había ocurrido, pero ahora estoy preocupado.

En la fiesta de cumpleaños, con esa distancia que me hacía verlos como personajes, empecé a sentir que eran marionetas en una obra: Gilbert a la derecha de madre, Fred a su izquierda y los demás a mayor distancia. Yo estaba sentado en una mesa alejada, entre Julian y la pared, y con Charlie y Harry enfrente.

—La abuela parece contenta —dijo Julian.

—Sí —dije yo, y pensé que no solo parecía contenta, sino también triunfante.

Mis hijos tenían razón, madre había sobrevivido a toda la familia y a sus amigos, y si hubiera tenido enemigos, también los habría enterrado. De su

generación, era la única que quedaba con vida. Todos los demás habían desaparecido, por lo que ella era como una emisaria silenciosa procedente de un pasado remoto.

¿Y del resto qué se podía decir? Sus competitivos hijos no contaban, pero saltaba a la vista la presencia de una nueva generación en la sala: los nietos, los primos, todos los cuales estaban mucho más grandes y corpulentos de lo que yo los recordaba. Bingo iba con su prometido, Benno llevaba barba, Jonty anunció que tenía una agencia de relaciones públicas; Jake, el hijo de Fred, que en otro tiempo parecía una persona atormentada e inútil, era un exitoso programador informático y tenía un hijo recién nacido, que mostró como si fuera un jamón; el niño parecía escaldado, como pasa muchas veces con los bebés. Siempre que pensaba en ellos, yo me los imaginaba como eran antes: el que hacía malabares, la que tocaba la armónica, el mocosito malcriado que no paraba de hacer ruido, el niño que había dejado sus huellas en la pared del salón de mi casa, el que se había comido un vaso de poliestireno. Pero ahora eran mayores, tenían trabajos, algunos estaban casados, y aunque recelaban de sus extraños tíos y tías, parecían satisfechos.

Una nueva generación para desplazar a la previa. Todos éramos súbditos de madre, pero algunos habíamos sufrido más que otros. Para los más jóvenes de la fiesta, que apenas sabían nada del corazón de fanático de la familia, aún había cierta esperanza. No habían sufrido nada. Desde su punto de vista, madre era un alma noble en quien siempre se podía confiar, la encarnación de la piedad y la generosidad, alguien que les hacía galletas y les tejía bufandas y mantas de ganchillo y que tallaba aves, la cabeza de familia, una defensora de la fe. La emperatriz de la tierra madre.

Durante la celebración del centenario de madre, se estableció una tregua tácita, nadie hizo comentarios mordaces, nadie dijo nada agresivo, nadie hizo bromas de mal gusto. Esto contribuyó a que la fiesta fuera insulsa y pareciera interminable. Ojalá hubiéramos podido escuchar una frase malintencionada, un golpe bajo. Pensé que ese sería el ambiente habitual en las familias que se llevaban bien, un estado de ánimo dominado por el tedio y la contención y la caridad cristiana. Me pareció horrible. Pero mantuve la promesa que había hecho la noche anterior, todo está perdonado, se acabó el rencor. Esta promesa no me inspiraba paz y armonía, sino una extraña sensación de mojigatería, de leve fraudulencia, y una especie de paciencia de lo más plomiza. Seas quien seas, digas lo que digas, conservaré esta estúpida media

sonrisa y esta mirada somnolienta.

Unos insistentes golpecitos en un vaso de agua hicieron que la habitación quedara en silencio. Gilbert se había levantado y, mientras ordenaba unos papeles, Fred le susurró algo a Hubby, que estaba soltando unas risitas.

—Gracias a todos por estar aquí —dijo Gilbert—. Con vuestro permiso...

—Denegado —gritó Floyd.

—... quisiera recordaros todas las cosas de las que esta mujer ha sido testigo a lo largo de su vida. Cuando nació madre, William Howard Taft era el presidente de los Estados Unidos. Con sus ciento cincuenta kilos, Taft era el ejemplo perfecto de lo que son los michelines. Desde entonces, madre ha visto cómo llegaban y se marchaban dieciséis presidentes. El año en que ella nació, se estaba construyendo el Fenway Park<sup>[33]</sup>, el *Titanic* se hundiría poco después y algo más tarde el *Lusitania*. Orville Wright pilotó un aeroplano durante nueve minutos, un récord mundial, aquel mismo año. Pensemos en esa proeza, y después pensemos en que esta mujer ha sido testigo de la llegada del hombre a la Luna y de cohetes a Marte.

—Es un pequeño paso para un hombre —recitó Hubby.

—Dos guerras mundiales, la guerra de Corea, la guerra de Vietnam, las invasiones de Irak y Afganistán. El asesinato de Rasputín en Petrogrado y, cincuenta años más tarde, el de Martin Luther King en Memphis.

—¿Hay alguna conexión entre ambos? —dijo alguien en voz alta.

Pero Gilbert seguía adelante, mencionando a Fatty Arbuckle, la ley seca, la matanza de San Valentín, el Crack del 29, Pearl Harbor, a Elvis, los Beatles e internet.

—El siglo de madre puede considerarse el mejor y más importante de la historia.

—El Renacimiento no fue nada a su lado —dijo Floyd.

—Es un siglo de modernización y grandes cambios —dijo Gilbert, haciendo un gesto con la mano que tenía libre para acallar las interrupciones—. Pero algunas cosas no han cambiado: la humanidad de madre, su amabilidad, su generosidad, su amor por la familia. Damas y caballeros, brindemos. Por madre.

—¡Por madre!

Todos los asistentes se apiñaron para felicitar a madre, para transmitirle su entusiasmo, para cogerle las manos, para ser recordados, para pedirle su bendición.

El contraste entre madre y los demás era notable. Ella no se parecía a nadie que estuviera allí. Nosotros éramos peludos, pálidos, deformes. De un modo extraño, casi todos parecíamos mayores que madre mientras nos desplazábamos entre las mesas, empujándonos, pisándonos; éramos unos grandullones. Madre era más pequeña que nunca y tenía unos huesos como los de un pájaro, los ojos brillantes, los hombros estrechos. Físicamente, era muy distinta del resto. En muchos sentidos, su aspecto era más saludable, y conservaba el antiguo brillo de la pequeña diosa amarilla. Todos murmurábamos nuestros agradecimientos y le decíamos adiós como si estuviéramos condenados y a punto de marcharnos y madre no fuera a ir a ninguna parte.

Estábamos rotos, pero madre estaba entera, o eso era lo que parecía. Al menos la mitad de los presentes me resultaban desconocidos; familiares que nunca había visto o de los que nunca había oído hablar, o conocidos lejanos.

—Tu madre es una maravilla —me dijo una mujer de mediana edad cuyo nombre no me sonaba de nada.

Ese era el estribillo: ¡Madre es increíble! Dios, ¿cómo lo hace? ¡Qué familia tan encantadora! Y, con mi reciente sensación de distancia e indiferencia, yo también empecé a pensarlo. No era una cuestión de perdonar transgresiones u olvidar desaires y heridas. Todo eso ahora resultaba irrelevante. Madre había hecho su trabajo, nos había moldeado, y por lo tanto no necesitaba ejercer ningún poder sobre nosotros. Tenía lo que deseaba. Madre, que no tenía una capacidad profunda para ser feliz, que cumplía coherentemente con el ritual de decirnos en qué habíamos fallado, ese día parecía más feliz de lo que yo la había visto nunca. Su satisfacción se expresaba por medio del silencio. Estaba sentada, sin decir ni una palabra, aceptando los elogios de los asistentes a la fiesta, recibiendo sus regalos, muy formal, y parecía hallarse por encima de todos los demás. De hecho, casi todos los que se le acercaban para obtener su bendición daban una impresión de torpeza, de impropiedad; necesitaban que ella les hiciera caso, pero no estaban muy seguros de cómo lograrlo. Madre quizá sospechara que se sentían incómodos, y eso le daba aún más fuerza. Le proporcionaba poder sobre ellos y sobre nosotros.

En su mesa se volvió todavía más regia; de vez en cuando les susurraba algo a Gilbert o a Fred. Yo sabía, por el tiempo que había pasado en África, que los jefes más poderosos nunca hablaban, nunca se dirigían a la multitud,

apenas pronunciaban un sonido de tanto en tanto. Estaban por encima de las alocuciones públicas. De hacer declaraciones se encargaba el *porte-parole*, el portavoz del jefe, que estaba siempre a su disposición y era el encargado de hablar por él y su confidente, y que inclinaba la cabeza y escuchaba lo que el jefe tuviera que decir y después hablaba en su lugar con la voz de la autoridad. Cixí, la emperatriz viuda china, hacía lo mismo, le susurraba algo a un mandarín o a un noble eunuco que después transmitía su orden, chillando, a la corte Qing.

De esta extraña manera, madre, que no tenía ni idea de historia ni sabía nada sobre jefes o reyes, fue logrando, por medio de su fuerza de voluntad y de su egolatría, presentarse como una emperatriz.

La intensidad de su mirada y lo calculado de sus silencios me impresionaban, porque yo me había acostumbrado a sus comentarios, que podían ser astutos o crueles, pero siempre hacían daño. Una vez me había dado dolor de cabeza oír la hablar, y ahora no hablaba en absoluto. A partir de aquel día, madre, cuyos sermones —término que empleaba desde joven— eran muy reputados, empezó a tener fama de no abrir la boca. Y yo me di cuenta muy pronto de que el silencio podía ser devastador: elocuente, perturbador, capaz de infligir daños duraderos.

Madre, reflexiva y serena, triunfante, aparentemente en paz, el centro de atención en su centenario, flanqueada por Gilbert y Fred y cien rosas y cien magdalenas en una mesa llena de regalos, temida, amada, perdonada, intachable, majestuosa... Tal vez pensarás que me estoy poniendo grandilocuente, pero espera.

La forma en que los elementos en conflicto adoptaban una apariencia de orden resultaba irritante, como una llamada a la discordia. Los nietos estaban en una esquina, y no se les oía. El sentimiento de rebeldía era mucho más intenso que el deseo de un niño de poner el dedo sobre una superficie en la que dice: *Recién pintado*. Pero eso no era más que una broma. Esto se asemejaba más a golpear los garrotes de una jaula donde los leones estuvieran dormidos, roncando, con la cabeza apoyada en sus patas delanteras.

¿Qué estaba ocurriendo? La serenidad del cumpleaños, su ambiente insoportablemente feliz, su armonía nunca vista, provocaban la emoción contraria, una especie de malicia que no iba dirigida a madre —que se había convertido en algo sagrado, que estaba más allá de las críticas, que era objeto



de reverencia por su avanzada edad—, sino a los demás hermanos, entre quienes continuaba la guerra.

—Mira a Franny —dijo Hubby—. Vendió en internet los libros que le dedicaste —y cuando vio que no me había exasperado como él quería, añadió—: No creo que sacase mucho por ellos.

—Tengo entendido que le has hecho algunos comentarios desafortunados a Hubby —me dijo Floyd, pasando el brazo sobre los hombros de Gloria—. Que, bueno, que yo podría ser Unabomber, lo cual salta a la vista que es falso, puesto que ese bribón ha sido atrapado, mientras que tú pareces un vivo ejemplo de por qué los matrimonios de las personas que viajan mucho suelen acabar en fracaso.

Gloria me miró, confusa —estas insidias todavía eran nuevas para ella—, y Floyd se volvió hacia Rose y le dijo:

—He visto que el novio de Bingo es muy morenito. Espero que no estés demasiado disgustada.

—¿Floyd sigue mojando la cama? —le dijo Rose a Gloria a modo de respuesta—. Supongo que tú lo sabrás bien.

—No le contéis nada a Jay o lo pondrá en un libro —dijo Franny.

—Ahí cualquier información está bien protegida —dijo Rose—. Nadie lee sus malditos libros —y antes de que se me ocurriera una respuesta, me preguntó—: ¿Por qué estás tan enfadado?

Entonces nos oyó Fred.

—Por Dios, ¿podéis parar ya? —dijo.

—¿Quién te ha puesto a ti al mando? —le preguntó Hubby.

Floyd había llamado a Benno y le estaba diciendo:

—Ponte los dedos así, en las comisuras de los labios, y tira para fuera mientras dices: «Soy un parado».

Benno, que temía a Floyd por su temperamento, le hizo caso.

—Soy un tarado —farfulló.

—Madura de una vez —dijo Gilbert y, claramente preocupado por si la cosa iba a peor, ayudó a madre a ponerse en pie y la acompañó a la puerta, mientras sus admiradores la aclamaban.

—Gilipollas —le dijo Hubby a Floyd.

—Cetáceo —contestó Floyd—. Lameculos.

—Sois todos insoportables —dijo Rose.

—Esto es una pesadilla —dijo Franny, pero sonreía con malicia.

—Si conocieras el término, te darías cuenta de que esto es un proceso de homeostasis —le dijo Floyd—. Recuperamos nuestras viejas costumbres, nuestra necesidad de transgresión y conflicto, y lo disfrutamos a tope. Pero como eres una ignorante, no te enteras de lo que pasa. Deberías seguir el ejemplo de esos dos sabios de la antigua Grecia, Teleo y Melees.

## 52. *Memento mori*

Concluida la fiesta de cumpleaños, repartidas las cien magdalenas, marchitas las cien flores, volvimos a nuestras actividades, satisfechos por seguir enfrentados, tranquilos por la persistencia del conflicto, dolidos y deseosos de hacer daño. Crecida por el ritual de su centenario, madre se hallaba en estado de gracia, mientras que los demás seguíamos en pecado, pues éramos incapaces de perdonarnos.

A pesar de todas nuestras disputas y confrontaciones, de los gritos, de los portazos y los suspiros, de los insultos y las partidas súbitas, en esta familia en la que lo habitual era despedirse con un comentario cruel, la guerra nunca era abierta y sin cuartel. La violencia habría acabado con el sufrimiento, dejando un vencedor manchado de sangre y un perdedor lamiéndose las heridas. Preferíamos el caos provocado por las escaramuzas y los tiroteos desde las trincheras. Nadie recibía nunca un golpe mortal; los cuchicheos y los insultos se parecían más a bofetadas y magulladuras. Y esto, en aquella época, nos tenía hasta tal punto ocupados que nos olvidamos de madre.

Con su silencio, que la hacía parecer superior —sabia y digna y distante—, madre se situaba por encima de la refriega, que siempre había sido su elemento natural. Ahora, su obra estaba concluida. Ya había llevado a cabo su jugarreta. Podía apartarse de todo y quedarse escuchando u observando, si quería, o dedicarse a alguno de sus vigorizantes pasatiempos —tejer, leer, hacer crucigramas— y meditar sobre su próximo cumpleaños.

Pero al haber cumplido un siglo, no podía tener la certeza de que llegaría a su próximo cumpleaños. Es natural asumir que alguien que tiene noventa y tantos cumplirá los cien, pero después de eso, celebrar otro cumpleaños es pura especulación, es algo tan distante que parece improbable. O al menos eso era lo que nos parecía. Dábamos por hecho que el siglo representaba un final, y que tras llegar, jadeante, a la línea de meta de aquella carrera de larga distancia, no iría mucho más lejos.

Ella reforzaba esa idea diciendo, con enorme seguridad:

—Mi equipaje ya está listo —y después, tras hacer una pausa, me preguntaba—: ¿Y el tuyo, Jay?

Yo no tenía equipaje y no sabía qué contestarle, aunque a veces sentía que podía empezar de nuevo, conocer a una mujer, contarle mi historia, estimular sus ambiciones, irme a vivir a un sitio con un clima mejor, tal vez tener más hijos. ¿Por qué no? Sentía que todavía era una especie de niño; no era un anciano, y mi madre estaba viva. ¡Tenía una madre! Ella era como una póliza de seguros que garantizaba que yo seguiría siendo joven, o al menos juvenil. Tener una madre era un regalo, un motivo de esperanza. No, mi equipaje no estaba listo. Madre seguía viva y se encontraba fuerte. ¿Por qué iba yo a pensar en la muerte? Su existencia me permitía desembarazarme de cualquier idea morbosa.

Un amor, una esposa, un hijo y dedicarme a escribir. Podía conseguir todo eso de nuevo, tener otra vida del tipo de la que había atisbado brevemente en México, animado por la sonriente familia Trinidad y la dispuesta Luma. Llegar al fin de mis días en una choza de una aldea, inaccesible y solitario, me parecía perfecto. Y quizá también le viniese bien a mi carrera, ya que ningún escritor estaba más demandado ni generaba una publicidad más intensa que el que decidía desaparecer en la oscuridad. Podía hacerme famoso rechazando la fama, como habían hecho ciertos escritores con gran astucia, llamando así la atención. *Vive en una zona remota de México*: eso sonaba muy bien. *No concede entrevistas* daría mucho que hablar. Estas ideas delirantes me animaron mucho mientras trabajaba en mi libro.

Volvimos, pues, a reducir la frecuencia de nuestras visitas a madre. Yo dejé de ir una vez a la semana y empecé a pasar a verla una vez al mes. Franny y Rose seguían yendo casi todos los fines de semana, pero con frecuencia faltaban con alguna excusa, tenían compromisos familiares, se lo impedía su trabajo, habían quedado con amigos, les había surgido alguna cosa, estaban mayores y débiles. Fred se encontraba enfermo a menudo, tenía flebitis, problemas en los ojos, unas migrañas que le provocaban calambres. Floyd estaba ocupado con Gloria, que, como suelen hacer las recién casadas, le estaba reorganizando la casa, ordenando sus propiedades y evaluando la lealtad de sus amigos. En esa época, ella pasó a ser el tema de la mayoría de los poemas de Floyd. Hubby, que había rechazado el acuerdo de prejubilación que le habían ofrecido, trabajaba más que nunca para ahorrar lo

máximo posible. Gilbert estaba en Mazar-e Sarif. Y yo, a mi manera resuelta y solitaria, trabajaba en la oscuridad, hacía lo que podía, fantaseaba sobre mi futuro y escribía mi novela sobre el hombre al que toman prisionero en una aldea.

Floyd a veces venía a visitarme para pedirme prestado algún libro. En una de esas ocasiones, me preguntó para qué seguía escribiendo.

—Para tener algo que llevarme al estómago —le dije.

—¿Así que te los comes? —dijo Floyd.

Madre parecía aceptar nuestras largas ausencias. Ya no clamaba por nuestra compañía ni nos acusaba de no llamarla. Todos los días se presentaban en su casa los de Meals on Wheels a llevarle comida y verificar que seguía viva. Una mujer iba a limpiarle la casa una vez por semana y parloteaba con ella. Madre la despreciaba y se sentía superior porque la mujer le dijo que tomaba ciertas pastillas a diario, con lo cual madre pudo soltar su famoso «Yo no tomo nada». Parecía más independiente que nunca, podía cuidar de sí misma e iba a la peluquería y, ocasionalmente, a que le hicieran la pedicura. Seguía repartiendo cheques y manteniendo en secreto el estado de sus finanzas. ¿Tendría dinero? No lo sabíamos, pero de vez en cuando se quejaba de que estaba a dos velas, y dicha queja suele ser indicadora de solvencia y, en algunos casos, de una gran riqueza.

Hablaba por teléfono, en ocasiones durante horas, pero incluso eso era una forma de silencio, ya que su conversación era muy repetitiva; la época en que se dedicaba a irritarnos había concluido. Ya no me parecía maliciosa, y aunque siempre había ocultado su crueldad bajo una capa de mojigatería, ahora era indudable que, en la última etapa de su vida, se había vuelto más amable. Parecía sentirse agradecida y en paz, y con frecuencia incluso se mostraba elogiosa.

—Hay mucho espacio para las piernas —dijo una vez, en mi Jeep, cuando la estaba llevando al supermercado, y entonces vi que las diminutas piernas apenas le llegaban al suelo.

También me contó lo orgullosa que estaba de Julian y Harry y, dejándose llevar un poco por la imaginación, me habló de la ropa de bebé que le había tejido a Charlie durante las semanas previas a que lo entregáramos en adopción. Lo de la ropa de bebé era falso; ella había estado muy dura conmigo, como ya he contado, pero deseaba darle un toque rosa a aquel episodio y ahora yo ya no iba a culparla por lo mal que me había hecho

sentir. Le había dicho a Floyd que escribía para ganar dinero, pero el dinero era una parte insignificante de mi deseo de seguir escribiendo. Escribía para poner orden en mi vida, escribía para relajarme, escribía para olvidar.

—Gloria es muy buena con Floyd —dijo madre—. Cose, cocina y es una pintora excelente —lo decía sin ninguna ironía, sin ninguna amargura—. Echo de menos a papá —añadió. Papá había muerto hacía más de quince años—. Era muy bueno conmigo. Me quería. Tenía un corazón muy noble — entonces miró por la ventana—. Las magnolias están en flor —era mayo—. Es mi flor favorita.

—¿Cómo estás? —le preguntaba yo por teléfono o al llegar a su casa.

—No me quejo.

Siempre tenía un libro en la mano o un periódico sobre el regazo, o un ovillo de lana. Se mostraba más agradable, estaba más tranquila, hablaba mucho menos. Estaba más pequeña; su tamaño se había reducido a la mitad desde la muerte de papá. Yo estaba en un momento vital muy desconcertante y me consolaba verla.

Tras una de mis visitas, a veces recibía una llamada de Floyd o de Rose:

—He visto tu Jeep en la casa de mamá. ¿Te ha dado algo? ¿Te has llevado algo?

—Alguien está robando comida de la nevera de mamá —me dijo Hubby—. ¿Eres tú?

—Ni se te ocurra pensar que te vas a quedar con el anillo de compromiso de diamantes de mami —dijo Franny—. Me lo ha prometido a mí.

—El carillón lo compré yo —dijo Floyd—. Es un Seth Thomas. Sé bastante de relojes antiguos. Debería llevármelo de ahí antes de que me lo roben las hermanas.

La familia seguía gruñendo, pero, en medio de todo, madre estaba serena. Seguía menguando y su polvoriento resplandor se volvía más intenso al atardecer. A mí me costaba conciliar la imagen de aquella mujer con la de la emperatriz feroz que había originado tantas turbulencias en la familia.

Durante una de mis visitas, miré en la nevera para ver si realmente alguien la estaba saqueando. Ni mucho menos, estaba llena, con todos los estantes atestados de comida y botellas y contenedores de plástico. Floyd había dicho en una ocasión que la nevera de madre contenía comida para perros e inmundicias. Lo que había allí era una acumulación de sobras: carne que se estaba poniendo gris, verduras ajadas y frutas reblandecidas, queso con mohos

por todas partes, leche cortada y llena de coágulos, frascos de sopa con unos discos rancios y espumosos en la superficie.

—¿Comes bien, mamá?

—Cuando tengo hambre —susurró débilmente desde su sillón. Solo tenía encendida la lámpara para leer. El resto del salón estaba a oscuras.

—Si quieres, te puedo calentar algo en el microondas. Una lata de sopa, por ejemplo.

—He almorzado unas galletas.

—¿Unas galletas? ¿Y nada más?

—Con mantequilla de cacahuete.

—Mamá, tienes que comer mejor.

Me sonrió por reprenderla.

—Pareces mi madre —dijo.

Esa noche, llamé a Floyd y le dije que estaba preocupado por madre.

—¡Preocupado! —empezó a reírse tan fuerte que tuve que apartarme el teléfono de la oreja. Su risa era burlona y totalmente desprovista de alegría—. Así que has estado en el sanctasanctórum. ¿Y qué mangaste? ¿Algo de las estanterías?

—Nada. Escucha. Está flaquísima, parece muy débil, casi no come.

—¡Estás hablando conmigo, chaval! —me gritó—. ¿Acaso crees que me he olvidado de la imagen de tus dedos prensiles hurgando entre sus bagatelas? ¿Qué es ese tono de inquietud que oigo en tu voz y que me recuerda al rebuzno de un asno?

Y colgó.

Los demás se mofaban de mí y me insultaban por ir a visitarla, pues sospechaban que le registraba los cajones o le pedía favores —y quienes habían recibido dinero de madre eran los más suspicaces—, de modo que empecé a ir a verla en secreto y, como me sentía un poco cohibido, con menor frecuencia. ¿Qué hacían los demás? Siempre nos contábamos cotilleos, pero nunca nos habíamos hecho confianzas, así que yo no tenía ni idea de cuándo la visitaban, si es que lo hacían alguna vez.

Mi novela sobre el prisionero, un libro sobre el confinamiento y las malas intenciones, comenzó a apasionarme. Yo trabajaba en la mesa de la cocina, entre las migas y los pegajosos restos de mermelada que habían quedado del

desayuno, y me sentía muy emocionado; escribir me levantaba el ánimo y dignificaba aquel humilde lugar. Ya no era un bungalow con el tejado de madera montado sobre un trozo de arena en una calle pequeña de Centerville, con un camastro, un suelo que crujía, un microondas lleno de pegotes y una puerta de rejilla que hacía ruido al cerrarse porque tenía los resortes oxidados. Era una morada donde podía ser feliz, donde podía sentarme con un bolígrafo en la mano y escribir frases con tinta negra en un buen papel, hacer algo nuevo, algo que era del todo mío, mi secreto, mi esperanza, mi placer. Absorto en esa actividad, apenas me fijaba en lo pequeña que era la casa o en lo desordenada que estaba la mesa, salvo al final de la jornada de trabajo, cuando guardaba mis papeles y pensaba que era feliz y me parecía que la escritura bendecía aquella habitación, y toda la casa.

Estaba tan contento que, sin darme cuenta, empecé a alejarme de madre. Todos nos sentíamos orgullosos pensando que éramos distintos de los demás: Fred era serio, Floyd era crítico, Hubby era práctico, etcétera. Nos considerábamos muy diferentes; cada uno incluso representaba una tipología física: el gordo, el delgado, el alto, el bajito, el calvo, el desgredado. Pero desde que madre cumplió un siglo todos pensábamos de una forma similar. Yo no era el único que se alejó de ella; los demás también lo hicieron, y descubrieron, como yo, que este distanciamiento les proporcionaba cierta satisfacción.

Por lo tanto, nos resultaba muy impactante ir a visitarla y volver a verla tras tantas semanas, quizá más de un mes. Era como visitar a un animal moribundo.

—Mamá, ¿estás bien?

Se hallaba en su sillón, inclinada hacia un lado, con la boca medio abierta, la mirada perdida, las manos apoyadas en el regazo, los dedos retorcidos y entrelazados, como si estuviera agarrando un pájaro muerto o un trozo de osario. No entendí lo que susurró. Le pedí que me lo repitiera.

—No me quejo.

Pero estaba muy débil. Apenas podía moverse, tenía la lengua verde y pegajosa, estaba deshidratada.

—Te voy a traer un poco de agua.

Me fijé en que la cocina estaba muy ordenada. De hecho, estaba demasiado limpia; ahí no había cocinado nadie desde hacía días.

Madre bebió a lengüetazos, como un spaniel, mientras yo le sujetaba el



vaso. Le costaba tragar, como si estuviera perdiendo el reflejo de deglución, cosa que le sucede a la gente que se está muriendo de hambre. Me senté a su lado para asegurarme de que se terminaba el agua, aunque ella se resistía.

—Estoy bien —dijo, pero sin convicción.

No estaba bien. Parecía al borde de la muerte.

Llamé a Hubby desde el estudio, para que ella no me oyera, y le conté lo que había visto y le pregunté cuándo era la última vez que había ido a visitar a madre.

—He estado enyesando las paredes del sótano de mi casa —me dijo—. Me ha quedado genial —como yo, había encontrado satisfacción en su trabajo—. Y he estado haciendo guardias en el hospital. Me imaginaba que vosotros estaríais cuidando a mamá.

—Estoy en su casa. Tiene un aspecto terrible. No creo que haya venido nadie a verla en una buena temporada. Por favor, Hub, ven. Necesita ayuda.

—Pues entonces, ayúdala, imbécil.

—Tú tienes formación médica. Yo no.

—Probablemente necesite electrolitos. Nada de fritos ni de comida pesada. Hay Ensure en la nevera.

—No lo entiendes. Tiene pinta de estar a punto de morir. Haz algo.

—¿Y Floyd?

—Ahora voy a llamarlo. Voy a llamar a todos. Necesita que la cuiden. ¡Dios!

Colgué. Al acercarme a madre desde el estudio, tuve la sensación, por la flacidez de su postura, de que se había muerto. Estaba tirada en el sillón, con la cabeza echada hacia un lado y la lengua verdosa asomando ligeramente.

—¿Mamá?

—¿Ahora qué pasa?

—Estoy preocupado por ti.

No dijo nada, pero esbozó una sonrisa asimétrica de desdén que yo conocía muy bien.

—Si estás tan preocupado por mí, ¿por qué solo has venido hoy? —soltó una de sus toses secas y levantó la mano como si quisiera taparse la boca, pero no lo logró, y tosió contra las yemas de sus dedos huesudos—. ¿Cuántas semanas han pasado? —y volvió a toser, o tal vez fuera una risa amarga—. Me apuesto lo que quieras a que en realidad no estás tan preocupado.

No tenía excusa. No intenté que se me ocurriera una. Me limité a decirle

que quería ayudarla.

—Eso es lo que decís todos. Pero nadie hace nada.

—¿Qué puedo hacer?

—Dejarme en paz.

—Tengo miedo —y aquí elegí mis palabras con mucho cuidado, pues no quería mencionar la muerte— de que te pongas mala.

—¿Qué más da? A nadie le importa.

—A mí me importa. A todos nos importa.

Su indignación pareció darle fuerza, porque dijo con voz burlona:

—¿Y dónde habéis estado todos? —y soltó una carcajada que sonó como si se hubiera atragantado y estuviera tratando de escupir—. Todo el mundo se muere, ¿te acuerdas? Yo no soy especial.

Había decidido morir.

—¿Qué ha pasado con esa mujer que venía a ayudarte?

—¿A ayudarme? Qué gracioso. La despedí. Era una rubia tonta.

Del mismo modo en que una vez madre había decidido desafiarnos con su enfermedad, y después reapareció como una superviviente, ahora, por puro resentimiento, había resuelto morir. En algunas sociedades arcaicas, la gente muere cuando decide hacerlo. En la India, cientos de seguidores del jainismo (que no pueden matar ni a las moscas) mueren cada año voluntariamente negándose a ingerir ninguna clase de alimento. Esta inanición ritual les permite alcanzar la *moksha*, la libertad definitiva del alma. También es común, en cualquier lugar del planeta, que quienes sufren una profunda melancolía expiren acurrucándose, como parecía estar haciendo madre.

Madre estaba sola, y el resentimiento de su voz daba a entender que no le costaría mucho marcharse al otro mundo. Se me ocurrió que había planeado morir de hambre, para que alguno de nosotros se la encontrara muerta en su sillón. No se trataba de una llamada de atención, que es lo que motiva a algunos suicidas, sino de una venganza.

Me pareció que se dio cuenta de que yo estaba escrutándola, nervioso, tratando de averiguar qué pasaría por su cabeza, y que eso le proporcionaba cierto placer. *¿Ves lo que me has hecho con tu indiferencia?* A punto de caer al abismo, me dio la impresión de que la alegró verme alarmado.

Se oyeron un ruido en la puerta y las fuertes pisadas de unas botas. Era Hubby, que llegaba con los brazos blancos, llenos de polvo de yeso.

—Eh, payaso —dijo—. ¡Hola, mamá!

—Otro —dijo madre—. ¿Tú quién eres?

Hubby le tomó el pulso, le miró los ojos con una linternita, la auscultó con su estetoscopio.

—Necesita un goteo. Le voy a administrar suero por vía intravenosa —dijo—. Te vas a poner bien, mamá —gritó al salir de la casa y se fue a buscar sus cosas.

—¿Qué importancia tiene eso? —dijo madre, sonriendo sombríamente. Ni en ese momento extremo había perdido su poder.

Ella representaba nuestra suerte y nuestra longevidad. Era fundamental que sobreviviera. Tenía que vivir, por nuestro bien.

## 53. Lo desconocido

Las crisis siempre habían sacado lo peor de nosotros: el derrame de Fred, la muerte de Marvin, la piedra en la vesícula de Floyd, la diabetes de Hubby y todas las referencias a las hemorroides generaban bromas, pullas, ocurrencias y cuchicheos.

¿Nos estaríamos ablandando? Tras ese momento en que madre estuvo tan cerca de la muerte, pasamos unas semanas visitándola muchísimo. Íbamos por turnos, sin coincidir, y con frecuencia le llevábamos comida o flores, un narciso en una maceta o su chocolate favorito, cualquier cosa que sirviera para mantenerla viva, para reavivar su interés por la vida. Nos daba miedo perderla; nos dimos cuenta de lo cerca que había estado de marcharse definitivamente. Lo que más miedo nos daba era plantearnos cómo sería la vida sin ella. E igual de intensa era la horrible idea de que nosotros, sus hijos, tendríamos que seguir tratándonos. ¿Qué iba a ser de nosotros cuando madre no estuviera para arbitrar nuestras disputas? No lo sabíamos. No teníamos demasiadas ganas de averiguarlo, y por eso nos aferrábamos a ella.

Ella lo sabía y, como de costumbre, parecía ir muy por delante de nosotros. Aunque su inanición era extrema —había empequeñecido hasta convertirse en una voluta de humo, y daba la impresión de que tenía conciencia de hallarse a las puertas de la muerte—, se me ocurrió que tal vez fuera algo calculado. Mortificando su carne por medio de un ayuno devoto, la famélica santa Teresa (una de las santas favoritas de madre), cuyos sacrificios la llevaban hasta el éxtasis, rezaba delante de un melocotón maduro. Durante las semanas siguientes, madre nos recibió uno por uno, con la aguja del goteo intravenoso que le había puesto Hubby en el brazo. La llevó mucho más tiempo del necesario, como para impresionarnos con la herida que le había hecho, una especie de estigma.

—Casi me tienen que hacer un agujero en el cuerpo —dijo—. Para alimentarme a través de un tubo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Hubby. Es el procedimiento habitual en cuidados intensivos.

—Mamá, no has estado en cuidados intensivos.

—Casi me tienen que ingresar —dijo, con una severa sonrisa de reproche.

—Yo no le dije que fuera a necesitar una placa —dijo Hubby—. Le dije que a lo mejor había que darle la comida empleando un tubo, porque ella me preguntó qué era lo peor que podía pasar. ¡Le he puesto una vía intravenosa para rehidratarla y encima me critica!

Para sustituir a la mujer de la limpieza que se había puesto muy contenta cuando madre la había despedido, contratamos a una señora tailandesa que se llamaba Poon. Era muy dulce, trabajaba mucho y tenía dos hijos. Madre se encariñó con ella y empezó a tratarla con muchísimo mimo. Poon descubrió que a madre le encantaban los donuts de mermelada, el chocolate caliente y la sopa de langosta. Cada vez que le llevaba alguna cosa así, madre le daba un dólar. Parecía un apañón perfecto.

Poon había trabajado de limpiadora en una residencia de ancianos que se llamaba Arcadia y estaba situada en Chatham, en el extremo de Cape Cod. La experiencia le había generado un odio feroz hacia esa clase de sitios.

—No mande mamá a residencia —decía—. Gente muy estropeada. Me pedía ayuda todo el tiempo. Se caía suelo. Gritaba que quería volver casa.

—Es normal que Poon diga eso —comentó Fred—. No quiere perder su empleo. Quiere seguir con mamá.

—A mamá le encanta.

—Necesitamos un plan alternativo. Puede que tengamos que recurrir a Arcadia.

Fred nos envió a los demás una de sus típicas circulares de abogado. Se titulaba «Opciones». En ella, resumía las diversas medidas que podíamos tomar: seguir contando con la ayuda de Poon, buscar a un especialista en cuidados geriátricos, llevar a madre a Arcadia o un lugar similar, y algunas otras posibilidades. Era un texto bastante serio, redactado con su palabrería habitual, e incluía una sección sobre las consecuencias de no hacer nada, seguida por una subsección en la que proponía tomar medidas; una sección en la que afirmaba que madre no tenía ninguna gana de mudarse a un asilo de ancianos precedía a una serie de párrafos en los que explicaba cómo, por

medio de subterfugios, podíamos convencerla. Una sección llamada «¿Y si se cae?» quedaba matizada por otra cuyo título era «¿Y si nos sobrevive?». Dedicaba una página entera a posibles horarios para que recibiera nuestras visitas, las de las enfermeras, las de los dietistas y para que la policía local pudiera realizar su programa de asistencia, que consistía en que un poli la llamaba una vez al día y le preguntaba, muy preocupado, si se encontraba bien.

Madre no se encontraba bien, pero no estaba dispuesta a admitirlo. Un lugar como Arcadia podía ser una buena solución; quizá si la lleváramos primero a conocerlo, ella aceptaría una habitación con vistas. Pero en su informe y al respecto de la cabezonería de madre, Fred admitía que era inútil plantearle ninguna opción. Por mucho que se estuviera consumiendo, madre no tenía la menor intención de mudarse y seguiría siendo un problema irresoluble.

Estas ideas se desarrollaban a lo largo de varias páginas, y al final Fred nos preguntaba qué pensábamos nosotros, pero, antes de que nadie contestara, envió una segunda circular, más breve que la primera, en la que explicaba con todo detalle que se había puesto en contacto con el director de Arcadia. El sitio era limpio y funcionaba bien, no estaba lejos y tenía un servicio médico para los residentes enfermos, dementes o discapacitados. Nos instaba a ir a verlo con nuestros propios ojos. Una vez a la semana, tenían un «Día de la Sopa de Pescado» para potenciales clientes, añadía Fred.

El nombre me irritó, y además estaba ocupado con mi libro, así que no quise saber nada de la sopa gratuita ni de ir a conocer Arcadia personalmente. Pensé que prefería que decidieran los demás. Yo seguiría yendo a ver a madre a su casa con la mayor frecuencia posible. Ella parecía contenta con Poon, y tenía un aspecto más saludable que antes. Había vuelto a tejer y a leer y a hacer el crucigrama diario, y ya no estaba conectada al goteo.

—¿Te has enterado de lo que quieren hacer conmigo? —me preguntó un día.

—¿A qué te refieres?

Se inclinó hacia delante y, apretando los dientes para enfatizar su teatral bufido, dijo:

—Quieren meterme en una residencia.

—¿En ese sitio que se llama Arcadia?

—¡Así que lo sabías!

—Fred comentó algo. Yo no lo conozco.

—Yo sí. Fui el Día de la Sopa de Pescado —dijo madre, haciendo una mueca. Pero era tan pequeña que ya no se sabía qué quería expresar.

—¿Y fueron amables?

—Por supuesto. Quieren mi dinero. Aunque Dios sabe que tengo muy poco —añadió sin demora—. Quieren que firme y que me instale allí. ¡Poon! —gritó, y se puso a toser por el esfuerzo.

La tailandesa apareció en la puerta del dormitorio.

—¿Sí?

—Arcadia. ¿Bien o no bien?

—No bien —dijo la mujer.

—¿Ves? —preguntó madre—. Lo único que hicieron fue sonreír.

Madre sospechaba de cualquiera que fuese excesivamente agradable de un modo que rozaba la paranoia. Las serpientes pueden sonreír, pero no por eso dejan de ser malos bichos. La mayoría de la gente era como las serpientes, y por eso lo mejor era quedarse a salvo en casa.

—¡Quieren que deje todo esto!

«Todo esto» no era gran cosa. Los muebles estaban estropeados, las alfombras se habían deshilachado y el desorden de la mesita baja databa de cuando papá estaba vivo. Madre se negaba a hacer mejoras en la casa porque ya no era la propietaria, y Franny no hacía nada porque no vivía allí. Las estanterías llenas de libros podían dar una impresión de erudición y seriedad, pero muchos de los volúmenes que había eran nuestros libros de texto del colegio o ejemplares que ya no querían en la biblioteca, y tenían las cubiertas manchadas o descoloridas por una prolongada exposición al sol, y las páginas deterioradas y llenas de moho a causa de la humedad de Cape Cod. Algunos estaban deformados, descosidos, con las sobrecubiertas rotas y los lomos arrancados. Además, nadie los había sacado nunca de los estantes para quitarles el polvo, por lo que, cuando me sentaba en el sillón rojo que había cerca de ellos, siempre sentía náuseas y picores por todas partes debido al polvo, particularmente irritante, que se acumula en los libros que nadie lee y cuyas páginas van amarilleando a lo largo de los años.

La cocina era pequeña, y tenía un olor a madre y a pan rancio que me resultaba familiar. Se trataba de un hedor, en realidad. La encimera estaba toda pegajosa. Como era tan austera, madre lavaba los platos que usaba en una palangana de plástico que metía en el fregadero, en vez de dejar que lo

hiciera Poon. En el centro de la mesa de la cocina, en uno de esos platos que papá siempre se traía de recuerdo cuando hacía algún viaje (*The Old North Church*, decía. *Uno si por tierra, dos si por mar*)[34], estaban el salero y el pimentero, un bote de mostaza y uno de ketchup, un frasco de mermelada con el borde todo lleno de residuos, un botecito de palillos, un botón y unos clips.

Y cojines, colchas, chales, pañuelos, el nido de madre, impregnado del hedor de madre, de un hedor que se te pegaba como unas telarañas en la cara en cuanto abrías la puerta de la casa.

—No permitas que me hagan eso, Jay —me dijo madre—. Aquí estoy feliz. No me obliguéis a irme.

Uno de los argumentos empleados a favor de llevar a madre a una residencia para ancianos era que quizá se estuviera empezando a quedar senil. Hubby encontró en los archivos de la planta de geriatría una lista de preguntas que se empleaban habitualmente para comprobar la lucidez de los pacientes, y me pidió que se las hiciera a madre. Cuando fui a verla, estaba sentada en su sillón, inclinada hacia delante, absorta en el crucigrama.

—Mamá, ¿qué día de la semana es hoy?

—Lunes —contestó al instante, sin levantar la vista.

—¿Estás segura?

—¿Crees que en el periódico se pueden equivocar con la fecha? —me dijo, dando unos golpecitos sobre la página con el dedo.

—¿Y en qué año estamos?

Entonces levantó la cabeza y se colocó bien las gafas para verme mejor.

—En 1946 —dijo solemnemente y emitiendo un extraño zumbido nasal.

—¿Quién es el presidente?

—Harry Truman. ¿Quién va a ser?

—¿Estás segura de que estamos en 1946?

—En mi corazón siempre es 1946. Ese año estaba embarazada de Angela. Yo era joven y estaba llena de esperanza. No como ahora.

—Cuando dices «ahora», ¿te refieres a que estamos en otro año?

—Claro —dio un golpe con el bolígrafo sobre el crucigrama—. ¿Estás tratando de confundirme o qué?

—Una pregunta más. Tienes cien dólares y vas a la tienda y te compras una docena de manzanas por tres dólares y un triciclo por veinte.

Me miró fijamente, ladeando la cabeza y con una media sonrisa, mientras alisaba el periódico que había dejado sobre su regazo.



—¿Cuánto dinero te has gastado? ¿Cuánto te queda?

Yo me había inclinado hacia ella para demostrarle mi empatía. Se rio en mi cara; fue su primer gesto de felicidad en siglos.

—Dime dónde hay una tienda en la que pueda comprar manzanas por tres dólares y una bici por veinte y te aseguro que voy a hacer mis compras de Navidad ahí.

Volví a sentarme y me quedé mirando cómo hacía el crucigrama.

—Ganso hawaiano —dijo, leyendo una definición—. Nené. Eso lo sabe todo el mundo.

El miedo de madre a lo desconocido —a la oscuridad, a los extraños, a los viajes al extranjero, a la comida rara, a la incertidumbre que había fuera de la familia— era análogo al que sentían los habitantes de las aldeas de la selva de Malauí, en cuyas casas de adobe yo había vivido, los de Borneo y del norte de Birmania, y los pobladores de muchos otros lugares: los trobriandeses, de pelo encrespado; los miembros de la tribu namba grande, de la isla de Malakula, en Vanuatu; los hombres de barro de la tribu asaro, en Goroka; y, sin salir de los Estados Unidos, los palurdos que mascan tabaco en los Ozarks. Para todos ellos, lo desconocido representa un vacío temible y oscuro; es como un pozo profundo.

Somos salvajes, decía constantemente Floyd, y afirmaba muy en serio que todos los rasgos de la familia tenían su origen en la miseria y las supersticiones de nuestros antepasados, que eran toscos campesinos. No estábamos muy alejados de la tierra ni de las reyertas sangrientas de nuestros parientes bárbaros.

Floyd trataba de demostrarlo por medio de detalles de nuestra vida cotidiana, y explicaba que cualquiera de nosotros encajaría perfectamente en un cuadro de la vida en el campo de algún pintor realista holandés especializado en zuecos y braguetas. Éramos comedores de patatas, éramos unos paletos estúpidos que nos quedábamos alucinados por los fenómenos de la naturaleza, éramos torpes e iletrados e incapaces de tomar decisiones; habíamos nacido para realizar trabajos manuales y estábamos condenados a ser peones y a la pasividad.

—Piensa en un niño salvaje criado por lobos —dijo una vez Floyd—. Es perruno y se le cae la baba, pero de algún modo consigue entrar en Harvard, donde destaca en los estudios. Sin embargo, el día de la graduación, pasa por ahí un coche que por algún motivo le llama la atención, y se lanza a

perseguirlo y muere atropellado.

A mí me parecía que el miedo de madre estaba justificado. Me daban igual las imaginativas ideas de Floyd y sus burlas. La humanidad tiene en común el miedo a lo desconocido.

Ese miedo la había convertido en la matriarca de la tierra madre, la había hecho quedarse en casa, la había motivado para mantener a sus hijos reunidos a su alrededor, había creado (digámoslo así) las condiciones estables de lo que en la familia se consideraba nuestra cultura común: nuestras expresiones características, nuestra empalagosa comida, nuestras reglas improvisadas y nuestras reacciones. Nunca hubo un invitado o un amigo que se sintiera en casa en la tierra madre; en cuanto entraban por la puerta, se sentían desconcertados, como si de repente se encontraran entre salvajes. No nos comprendían, no percibían ninguna semejanza con nada que conocieran o de lo que hubieran oído hablar. Recuerdo la cara de perplejidad y miedo de mi amigo John Brodie cuando le sirvieron un cuenco de la sopa de guisantes que hacía madre, tan espesa que un ratón podría haber caminado sobre ella. Clavó su cuchara en aquel engrudo y cogió una cucharada, pero no lo probó; no lo identificó como comida. Me sentí avergonzado, pues él había atisbado uno de nuestros secretos. Sin embargo, es probable que Brodie y los demás invitados también temieran a lo desconocido y en ese sentido no fueran muy distintos de nosotros. En cuanto a madre, habría necesitado una purga ritual para superar su miedo.

Yo no compartía ese temor. Para mí, lo desconocido albergaba muchas posibilidades provechosas y transmitía esperanza. Empecé a creer esto a una edad muy temprana, cuando leía mis libros favoritos, sobre viajes por África y exploraciones polares —los de Clyde Beatty, el almirante Byrd, Allan Quatermain, Frank Buck (*Traedlos vivos*)—, sobre expediciones que remontaban el Amazonas, descendían por el Nilo, atravesaban el Sáhara y ascendían el Everest, sobre forajidos que vivían en los bosques. En aquel momento, aún no lo sabía, pero lo que estaba buscando, y lo que me imaginaba que lo desconocido podría proporcionarme, era una transformación. Quise marcharme desde que era pequeño. Identificaba el viaje con la salvación. La oscuridad no era algo temible, ofrecía una segunda oportunidad.

Lo mismo que había hecho que madre viviera confinada me había convertido a mí en un viajero.

*No permitas que me hagan eso.* Sus palabras se repetían en mi cabeza. *No dejes que me echen.*

Era como la súplica de los choctaw de Misisipi antes de que los obligaran a marcharse, como el lamento del judío en el *shtetl* al oír el silbido del tren y el retumbar de las botas militares, como el suspiro de un disidente en la Rusia de Stalin que teme que su destino sea acabar en una helada cárcel de Magadán, en Siberia.

Entonces me convertí en el protector de madre. Empecé a ir a visitarla con más frecuencia. La relación con mis hermanos y hermanas era muy fría, pero nos alegrábamos de no vernos, y yo me encontraba demasiado absorto en mi novela como para pensar en ellos. Cuando uno va por la mitad de una novela se siente como si estuviera avanzando por la cuerda floja; hacía falta conservar el equilibrio, pues cualquier perturbación podía suponer una caída. Llamaba a madre, le llevaba comida y me daba cuenta —porque encontraba migas, sobras, sombreros y guantes olvidados— de que los demás hacían lo mismo.

Pero madre empezó a no contestar el teléfono. Cuando, muy preocupado, me presentaba en su casa para asegurarme de que no estuviera muerta, descubría que había salido y la casa estaba cerrada con llave. Sonreía al pensar que cerraba con llave una casa que ya no era suya y de la cual todos los objetos de valor, salvo el carillón, habían sido regalados o robados. Pero, en cualquier caso, ¿adónde se había ido?

Y entonces, un martes, cuando no me cogió el teléfono, me acordé de que el martes anterior había pasado lo mismo.

—Ayer te llamé y no estabas —le dije al día siguiente.

—Había salido.

—¿Tenías algo especial?

—Estuve con Fred.

—Lo importante es que haya alguien que te cuide —le dije, cogiéndole la mano, apretando su patita de ave—. No voy a permitir que te echen.

—Consulto a Angela muchas veces —dijo madre—. ¿Me has traído algún regalo?

No me dijo nada más. Llamé el martes siguiente, no me cogió y fui a su casa. ¿Estaría enferma? ¿Habría salido? ¿Se habría muerto? Quizá hubiera ido a algún sitio con Fred, pero ¿adónde?

Me senté a esperar a madre en la escalera de entrada de su casa, con los

antebrazos apoyados en las rodillas. Estaba atardeciendo, el aire se había cargado de humedad y unas nubes se espesaban en el cielo moteado. Empecé a pisar ociosamente la arena que había sobre el camino de ladrillo, pulverizándola bajo mis botas. Me sentí como un niño solo en casa que se dedica a matar el tiempo, a tararear desafinando mientras se pregunta dónde estará su madre; un niño triste, nervioso, desatendido, en un día gris. ¿Cuánto va a tener que esperar ese niño? ¿Qué va a ser de él? ¿Dónde estará su madre? ¿No deberíamos hacer algo?

Yo no era un escritor de sesenta y tantos años que había estado trabajando en su manuscrito sentado a una mesa. Era un niño pequeño sentado delante de la puerta de la casa de su madre. Estuve regodeándome en la autocompasión durante un rato, sintiéndome pequeño y abandonado. Después oí un coche.

Era un Prius nuevo, un coche que no reconocí. Se deslizó suavemente y se detuvo detrás de mi viejo Jeep como si estuviera alardeando.

—Nenaza.

Floyd, con una chaqueta de cuero y una gorra de los Red Sox, se bajó del coche sin dejar de hablar.

Me arrepentí de haberme quedado esperando. No quería ver a nadie, y menos aún a mis hermanos. No me gustaba ni un pelo que pareciera que no tenía nada que hacer. Pero si huía, Floyd se mofaría todavía más de mí.

—¿Dónde está tu madre? —dijo.

—Ni idea. La llamé y no contestó, así que me preocupé y vine a ver qué pasaba.

—*Hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère!*

—Me has quitado las palabras de la boca.

—Veo que no le has traído ningún regalo —dijo, y se sacó una caja de bombones de debajo de la chaqueta y me la mostró a modo de provocación. Yo había ido con las manos vacías, y él lo sabía.

—¿Crees que con esos bombones vas a compensar todo lo que le has robado?

—¡Ja! Mira quién habla. Autólico, el ladrón de baratijas.

Dio una patada a un húmedo montón de hojas.

—Hablemos del tiempo.

—¿Del tiempo? —preguntó, acercando mucho su cara a la mía.

—¿Por qué no? Hace un día gris, el cielo está encapotado.

—Odio cuando la gente me dice qué tiempo hace.

—¿Tú qué tiempo dirías que hace?

—Yo diría... —y se enderezó y olisqueó el aire—. Yo diría que hace un día ofuscado.

A pesar de todos sus defectos, Floyd tenía algunos golpes espontáneos y muy cómicos. Yo no lo quería, ni siquiera me caía bien, y sin embargo admiraba su agilidad mental. Todavía podía resultarme divertido. Desde luego, era el único de la familia que me divertía, y una de las pocas personas que conocía que me parecía entretenido. Daba muestras de ingenio solo para mí. A veces le bastaba con un gesto para hacerme sonreír; a veces, con una sola palabra.

No había nada que añadir a lo de «ofuscado». Floyd lo sabía y se relamió, satisfecho, saboreando su victoria.

Justo en ese momento, llegó un coche. Era el de Fred, un Chevy Blazer cuya matrícula era SUE EM, «Demándalos». Madre iba en el asiento delantero, y parecía una niña pequeña. Floyd y yo nos quedamos mirando cómo Fred se bajaba y se dirigía a toda prisa al lado del copiloto para ayudarla a salir. Después acompañó a aquella mujer pequeña, pálida y tambaleante por el camino de ladrillo.

Madre parecía un tanto angustiada, como si quisiera pasar desapercibida, sin duda porque estaba en presencia de sus tres hijos mayores. Era nuestra madre, pero era una madre distinta para cada uno de nosotros, y ese encuentro generaba una confusión como la que sienten las personas con identidades múltiples cuando se ven sorprendidas por tres testigos. Daba la impresión de que la hubiéramos pillado en un renuncio.

—Qué agradable sorpresa —dijo, lo cual acabó de convencerme de su consternación.

—Estaba preocupado por ti —dije.

—No seas tonto —dijo ella.

Levantaba mucho los pies y golpeaba el suelo con los zapatos. Andaba de una manera mecánica, inclinándose mucho hacia delante e irguiéndose justo a tiempo para no caer.

—Bonito sombrero —le dijo Fred a Floyd.

—Es la única cura para la calvicie que se conoce —dijo Floyd—. Es un recurso sencillo que podrías emplear muy ventajosamente.

—Trataos bien —dijo madre.

La mujer centenaria, sus tres envejecidos hijos, la sombría casa de ella, el día oscuro, las nubes espesas que avanzaban despacio por el cielo, los pinos retorcidos... Todos los elementos de una fábula, incluyendo la siniestra orden: *Trataos bien*.

Pensé en que aquella mujer lobuna les había dicho eso a sus tres lobeznos, que no dejaban de gruñir, y no pude evitar una carcajada. Madre lo tomó por una amistosa muestra de alegría y sonrió, extendiendo su patita de ave. La ayudé a subir las escaleras de la entrada.

—¿Adónde habéis ido?

—A dar una vuelta en coche —dijo madre tímidamente mientras metía la llave en la cerradura. Después, girándose un poco hacia nosotros, puso mala cara.

Había un siglo de historia familiar en esa cara. Se podría escribir un ensayo sobre todos los matices y significados sutiles que condensaba. Era como la ambigua sonrisa de una diosa jemer en Angkor Wat. Ahí había burla, había una pregunta, había una duda, había un desafío.

—Es el Día de la Sopa de Pescado —fijo Fred.

## 54. Arcadia

La forma que tenía madre de guardar un secreto era contárselo a una persona cada vez; revelar gradualmente una confidencia que le hubieran hecho le parecía una muestra suprema de tacto. O al menos eso era lo que creíamos. Madre hablaba mucho y contaba cotilleos con frecuencia. Pensábamos que era de lo más indiscreta. Distráidos por sus cuchicheos y por toda la información que revelaba, no nos imaginábamos que pudiera haber algo que no le contara a nadie. Pero había muchas cosas que no sabíamos, que ella no compartía, que nadie se imaginaría jamás.

Llevaba unas semanas yendo a Arcadia en secreto, siempre el Día de la Sopa de Pescado, cuando había comida gratis, y la recibían calurosamente, pues el personal se esforzaba para conseguir que ella se trasladara allí. Solía ir con Fred, que empleaba el método de revelaciones selectivas de madre.

—¿Por qué no me has contado que ibais tanto a Arcadia?

—No me lo preguntaste.

Una respuesta de abogado, porque en el mundo de los abogados, no se daba ninguna información de manera voluntaria. Uno dice: «No estaba en casa», en vez de: «No estaba en casa porque fui hasta Chatham para que me dieran una sopa de pescado gratis en Arcadia». Eso era algo que me había enseñado el propio Fred.

Aunque madre no le había dicho una palabra a nadie más sobre esas visitas —teníamos la impresión de que estaba aislada y matándose de hambre lentamente—, parecía que las disfrutaba lo bastante como para repetir las semana tras semana. Su deseo de recibir una comida gratis aliviaba su miedo a lo desconocido, como habían descubierto los Ohlendorf cuando la llevaron al restaurante brasileño y los gauchos se pusieron manos a la obra.

—Querían que les contara la vida de mi padre —dijo, hablando de la visita a Arcadia—. No se podían creer que tuviera tan buena memoria, que fuera capaz de recordar los nombres de todos mis profesores. Les dio mucha pena

cuando les hablé de Angela. Después de comer, hice el crucigrama. Me miraban con la boca abierta.

Madre había descubierto lo que muchos descubrimos al irnos de casa: el placer de conocer gente nueva, a la que puedes relatarles todas tus historias, que son fascinantes cuando las escuchas por primera vez. Entonces te parece que eres cautivador, pero en tales cortejos, la persona más fuerte, la dominante, la que encanta al otro, no es el que habla, sino el que escucha.

—Les encantó mi chal. Yo les dije que era una antigualla, que lo había tejido yo misma. «¿Todavía sabe hacer punto de trenza?», me preguntaron. Se quedaron de piedra.

Madre estaba toqueteando una pequeña talla en madera mientras me contaba esto, un pájaro gris y amarillo con la cola larga y unas manchitas blancas.

—La próxima vez, tengo que acordarme de llevar esto. Cuando les cuente que lo he tallado yo, se van a quedar impresionados —lo levantó para que yo lo examinara—. Es un sayornis, también llamado mosquero. He leído bastante sobre ellos. Aquí son estacionales. Migran desde muy al sur para poner sus huevos e incubarlos en Cape Cod, y aquí nacen sus polluelos. Toma, cógelo. Yo misma lo lijé y lo pinté. Cuando los pequeños ya pueden volar, se marchan.

Cogí aquel ave picuda. Me miró fijamente. Sus ojos eran unas bolitas brillantes.

—Debería irme —dijo madre.

—¿A Arcadia, dices?

—No lo sé —dijo, azorada. Se percató de que había hablado más de la cuenta.

—¿No echarás de menos tu casa?

—Esta casa es de Franny.

—¿Y tus amigos?

—Todos mis amigos han muerto —se quedó pensativa, con una tensa expresión de desconcierto en la cara, la misma que ponía cuando notaba un olor que no reconocía. Después, con solemne perplejidad, recordó—: Un hombre en Arcadia me dijo que había leído un libro tuyo.

—¿Cuál?

—Uno que estaba en una silla de ruedas y tosía mucho.

—Qué libro, quería decir.



—¿Cómo quieres que lo sepa?  
—Qué bien, en cualquier caso.  
Ella no tenía tan claro que estuviera bien.  
—Me preguntó si era tu madre —dijo.  
—¿Y qué le contestaste?  
Me miró fijamente.  
—No me acuerdo.

Madre siguió yendo de visita el Día de la Sopa de Pescado durante todo el verano, pero al llegar el otoño, cuando las hojas comenzaron a amarillear y el viento del atardecer se volvió más fresco, como un anticipo de los días helados y más cortos que estaban por venir, madre se mudó a Arcadia.

En la austera sencillez de su pequeño apartamento —dormitorio, sala, baño y una cocinita—, madre adquirió una dignidad que había perdido en la penumbra de su casa, entre aquellos ambiguos hedores. Se liberó de todo lo que había regalado y del hogar que ya no era suyo. Llevó algo de ropa, una canasta con sus cosas para tejer, algunas fotografías familiares, un cuadro que había pintado —en el que se veía una duna, un velero en la distancia, una gaviota contra el cielo azul—, parafernalia religiosa y poco más. Ah, sí, un reloj muy ruidoso. Había reducido sus propiedades a lo que llevó consigo, pero la pieza de mobiliario más característica de madre era el antiguo sillón a modo de trono, que estaba bastante desgastado, lo cual le daba un aspecto más impresionante; el cuero estaba tan raído y restregado que se había vuelto suavísimo, las tachuelas metálicas tenían una pátina rojiza y la madera se había oscurecido con el paso del tiempo. Cuando se dirigía al sillón, arrastrando los pies, madre parecía anciana e insegura; cuando se sentaba en él, era una figura intimidatoria, alguien a quien uno tenía que contarle la verdad.

Cuando fui a verla por primera vez a su pequeña *suite*, esperaba encontrármela desorientada, con nostalgia de su hogar. *Llévame a casa, Jay*. Pero estaba más tranquila de lo que la había visto en años, en su gran sillón orejero con un periódico abierto por la página de los pasatiempos —el crucigrama, la sopa de letras, el autodefinido—, y sobre la mesa, delante de ella, el ruidoso reloj que le recordaba que se le estaba agotando el tiempo. Había un contemplativo narciso en flor en un jarrón alto y estrecho, un bote

de mantequilla de cacahuete y un calendario en el que madre escribía en mayúsculas y con su esmerada letra los nombres de todos los que iban a visitarla, los eventos que tenían lugar en Arcadia (CONCIERTO, PELÍCULA), lo que comía, el tiempo que hacía y que ella percibía mirando por la ventana... Era una especie de cuaderno de bitácora, como los que siempre había escrito.

—Es como un hotel.

Pero madre había visto pocos hoteles. Arcadia se parecía más a un barco, a un crucero por un mar en calma y en el que toda la tripulación llevara uniformes blancos y calzado blanco. Los elegantes camarotes daban a un pasillo largo, debajo del cual estaba la cocina. Se hacía sonar un gong para indicar que era la hora de comer. El sitio parecía abrirse paso entre la lluvia y el viento y la luz del sol; generaba la ilusión de que avanzaba en medio del clima. Las comidas eran como en los cruceros, ya que los comensales obedecían la llamada del gong y ocupaban sus lugares habituales, y los camareros que los atendían en las mesas conocían sus gustos. También estaban los típicos comentarios: «Esta noche ponen una película», o: «Hay una fiesta el próximo fin de semana». Y cuando aparecía una furgoneta, por la mañana, para llevar de compras a Chatham a los pocos que tenían energía, era como si fuesen a desembarcar en la costa.

Descubrí todo esto porque el día de mi primera visita me quedé a cenar allí con madre. La comida le pareció bien: macedonia de frutas, filete ruso con puré de patatas y judías verdes y, de postre, gelatina.

Se sentaron con nosotros dos mujeres. Ninguna era tan mayor como madre; debían de tener ochenta y tantos años. Se presentaron como la señora Nickerson y la señora Wragby.

—Este es mi hijo Jay.

—¿De qué trabajabas, Jay?

—Era escritor.

Esa respuesta les debió de parecer satisfactoria, porque no me preguntaron nada más y empezaron a contar sus historias, las dos eran oriundas de Boston, se habían mudado a Cape Cod cuando sus maridos se jubilaron, después sus maridos murieron y ahora ellas vivían en Arcadia.

—Me imagino que tú también te trasladarás aquí en un futuro no muy lejano —me dijo la señora Nickerson.

—No lo creo —dije—. Tengo otros planes.

—Es como un hotel —dijo la señora Wragby.

—Sin ánimo de ofender, no me gustan mucho los hoteles —contesté.

Se hizo un silencio, y entonces madre dijo con cierto orgullo:

—Yo nací aquí, en Cape Cod.

—Seguro que era muy distinto entonces.

—El tren llegaba hasta Truro —explicó madre—. Cuando terminó la Primera Guerra Mundial, tocaron la campana de mi colegio.

Las dos mujeres la miraron con atención.

—¿Entonces usted tiene...? —preguntó la señora Wragby.

—Ciento uno —dijo madre, estremeciéndose de placer antes de quedarse observándolas para ver cómo reaccionaban.

—Mae Kibby tiene ciento uno —dijo la señora Nickerson.

—Creo que Grace Almond tiene ciento dos.

Madre movía la boca lentamente, en silencio, masticando su decepción con gesto decidido.

—Te has adaptado muy bien y muy rápido —le dije, ya de vuelta en su apartamento—. Me alegro.

—Angela me ha sido de gran ayuda —me explicó madre. Su tono de voz indicaba que me estaba haciendo una confidencia.

Por supuesto, la hija muerta hacía tanto tiempo era para ella una fuente de consuelo mucho mayor que sus siete hijos vivos.

—Estupendo —dije, pero no añadí nada más. ¿Para qué amplificar sus delirios con más preguntas?

Aquel día, cuando me marchaba, me topé con Floyd en la puerta de entrada. Como yo, había ido por primera vez de visita, acompañado por Gloria.

—*Et in Arcadia Ego* —dijo a modo de saludo—. ¿Autor?

—Creo que estás pensando en Waugh. *Retorno a Brideshead*.

—Típica respuesta de alguien con una cultura media. Yo estaba pensando en el ambiguo cuadro de Nicolas Poussin; podría ser la muerte quien habla, y referirse a ella el enigmático *ego*.

—Guercino también pintó un cuadro con ese título —dijo Gloria—. Barroco.

—Chica lista —dijo Floyd—. Jay está abrumado, no ha estado a la altura con esa referencia a Waugh.

—Mamá piensa que Angela está aquí —dije—. Por eso le gusta este sitio.

—Déjala con sus delirios. A algunos, los delirios les enriquecen la vida.  
—Yo no quiero eso, gracias.  
—Tienes gelatina en las comisuras de los labios. Dos deméritos.  
Y con Gloria cogida del brazo, se marchó.

El edificio principal de Arcadia era aristocrático, desde el punto de vista de Cape Cod. Se hallaba detrás de un alto muro perimetral, así que lo único que se veía desde la carretera eran los tejados y el parapeto. Al acercarse desde la Pleasant Bay Road, que salía de la Mid-Cape Highway, uno pasaba junto a zonas de pinos y robles rojos y retorcidos cerezos a los que los montículos de arena y el viento lleno de sal impedían desarrollarse como corresponde. La carretera era sinuosa e inhóspita; aquí y allá había una casita con las tejas blanquecinas debido a las inclemencias del tiempo, una verja rota, una ciénaga de arándanos con aspecto de estar inundada, totalmente plana a raíz de la reciente cosecha. Madre debía de haber visto todo eso con el corazón en un puño.

Pero, al atravesar las puertas de Arcadia, coronadas con unos protectores pinchos, uno parecía entrar en otra época del año. Los jardineros, que a todas luces eran muy hábiles, habían plantado especies de hoja perenne —acebos, tejos, píceas— y construido un camino de entrada que era un bulevar, flanqueado por una columnata de tuyas muy altas y muy anchas de caderas. Todo el jardín transmitía esperanza y daba ganas de comérselo. Los rododendros nunca se quedan sin brotes; toda una pared de ellos flanqueaba el sendero para peatones, y la hiedra había saltado hasta la fachada del edificio principal de Arcadia. El césped te llegaba por los tobillos y era de un verde oscuro, estaba bien fertilizado, cortado con mucho esmero, sin ningún desperfecto. El seto de boj y los juníperos eran muy frondosos; todos los arbustos eran espesos, densos, salpicados de agujas. Por lo tanto, el efecto general, incluso en un día frío de finales de otoño, era de exuberancia, de abundancia, una gran ensalada verde henchida contra los muros de ladrillo rojo, un jardín que te hacía sentir bienvenido con su aspecto de comida sana, sin que nada en él sugiriera el deterioro ni la muerte.

Esa vitalidad era una ilusión en medio del marchito y otoñal Cape Cod, un truco del paisajismo, pero funcionaba. Los saludables árboles perennes y los voluminosos arbustos resultaban estimulantes. Cuando fui a visitarla, tuve la

impresión de que madre estaba en buenas manos. Parecía fortalecida por la vegetación, además de por la atención que le prestaban allí. Se sentaba más erguida, se la veía más activa, tenía una dignidad y una compostura que pocas veces había visto en ella antes. Lejos de las alfombras mordisqueadas por los ratones y de las estanterías polvorientas y de la melancólica y pegajosa cocina de su antigua casa, en Arcadia estaba altiva. Había recuperado el brillo polvoriento de la inmortalidad que le había notado cuando cumplió cien años, esa aura de diosa, semejante a una neblina dorada detrás de la cabeza.

La tercera vez que fui a verla, una mujer me cerró el paso.

—¿Puedo ayudarlo? —me dijo, situando su cuerpo con forma de pera y su prominente barriga entre la entrada y yo, como si yo fuera un vagabundo que quisiera colarse para escapar del frío.

—No, gracias —le dije—. Conozco el camino.

—¿Tiene una cita?

—¿Una cita? ¿Para ver a mi madre?

—Tiene que registrarse en recepción —dijo—. La recepcionista ha salido un momento.

—¿Usted quién es?

—Soy la directora del departamento de calidad de vida. Ahora hay un evento. Tendrá que esperar.

En el vestíbulo, que olía a decrepitud humana, leí un ejemplar de *Modern Maturity*, escuché el tictac de un reloj y los sonidos amortiguados del evento, que (según vi en un póster que había sobre un caballete) consistía en una conferencia sobre las aves costeras de Cape Cod y un pase de diapositivas.

—Les he hablado a fondo del mosquero —me dijo madre un rato después—. Les he enseñado el que tallé. Me han preguntado si lo había hecho yo sola.

Parecía extraordinariamente animada.

—¿Hay eventos de este tipo con mucha frecuencia? —le pregunté.

Ya estábamos en el ascensor, pese a lo cual madre seguía hablando en susurros, con la mano en la cara, una patita de ave contra su mejilla.

—Los organizan para que no pensemos en otras cosas.

Me miró con una expresión de astucia y complicidad, abriendo mucho los ojos y asintiendo lentamente.

—¿Qué cosas?

—Mae Kibby falleció ayer —dijo haciendo un gesto de dolor—. Que Dios

la acoja en su seno. Ha sido un golpe muy duro para todos.

Pero de inmediato la angustia desapareció de su rostro. Madre adoptó una expresión serena, se puso más recta, parpadeó cuando el ascensor indicó con un sonido agudo que ya habíamos llegado a su planta y se volvió hacia las puertas que se estaban abriendo.

—Así que ahora eres la mayor de la residencia —le dije.

—Todavía no. Grace Almond tiene ciento dos años —entonces se giró y me miró entornando los ojos—. Pero no está nada bien.

En menos de un mes, Grace Almond había fallecido. Se organizó otro evento (un cuarteto de cantantes masculinos) para alegrar a los residentes, y madre pasó a ocupar el lugar de persona más mayor de Arcadia, un puesto que la llenaba de orgullo. Disfrutaba con la atención que despertaba y trataba de fingir una humildad tranquila y una impasibilidad que su vanidad arrollaba.

Durante mi siguiente visita, la cuarta en cuatro semanas, estaba entrando en el ascensor cuando me llamó una mujer que se asomaba por la ventanilla de cristal de la recepción. Se colocó las gafas para verme mejor. Tenía un aspecto vigilante y bastante severo.

—¿Viene a efectuar una entrega?

Eso era lo que parecía yo aquel día de diciembre con mi viejo abrigo y mi sombrero y mis zapatos llenos de barro: un repartidor.

—Sí, eso es —contesté, enseñándole el ramo de flores que le llevaba a madre.

—Estábamos esperando unos productos de celulosa.

—Vengo a visitar a alguien.

—Tiene que registrarse en recepción.

Dio unos golpecitos en el libro de visitas, que estaba abierto sobre el mostrador.

—¿De verdad?

—Todo el que ponga el pie en el campus tiene que registrarse. Son las reglas.

¿*El campus*? Y el protocolo, y la sugerencia de que ir a ver a madre era semejante a pedir una cita: nombre, destino, marca y modelo del coche, número de matrícula, hora de entrada, hora de salida. A la casa de madre íbamos todos a cualquier hora, casi nunca llamábamos a la puerta, nos quitábamos la tierra de los zapatos en el umbral. ¡*Hola, mamá!*

—¿A qué *suite* va? —dijo la mujer, viendo que yo había dejado en blanco esa columna.

—Dos veintiocho.

—¿Lo está esperando?

—Es mi madre —dije. Y como la mujer siguió mirándome fijamente, añadí—: Siempre me está esperando.

Le hablé del ritual de registrarse en recepción a madre, y ella dijo:

—Todas las precauciones son pocas.

—¿Cómo estás?

—No me quejo.

Me pareció más quebradiza que nunca; sus huesos cada vez se asemejaban más a los de un ave. Y sin embargo, se la veía brillante y segura. Pese a lo frágil de su aspecto, transmitía la impresión de ser irrompible. ¿Sería un efecto del fallecimiento de las otras dos centenarias, Mae Kibby y Grace Almond? ¿Sería porque madre ahora era la mayor de la residencia, con casi ciento dos años? En una tribu, al ser la más anciana la considerarían también la más sabia, la que más privilegios merecía, la *mkazi wamkulu*, como decíamos hacía mucho tiempo en Nyasalandia: la mujer sénior. Me pareció que preguntarle por el tema sería una falta de tacto.

—Salud y bienestar —dije, leyendo el programa de eventos diarios.

—Nunca voy a esas cosas.

—Gestión del estrés y Estrategias de superación y relajación —continué leyendo.

—Yo nunca he estado estresada. El Crack del 29 fue muy duro para algunos, pero yo tenía trabajo, a diferencia de otra gente. Hubo licenciados por Harvard que acabaron vendiendo manzanas por la calle. Yo era maestra —se detuvo a pensar un momento—. Pearl Harbor. El incendio en el Cocoanut Grove de Boston[35]. El año en que me resbalé en el hielo y se me hizo un absceso en el codo. Lo supero todo bien. Me quedo dormida en cuanto apoyo la cabeza en la almohada.

—¿Y no quieres probar alguna vez esas estrategias de relajación?

—Puede que cuando sea mayor.

—Y entonces, ¿qué haces durante todo el día?

—Esto —dijo madre, y me señaló un ejemplar doblado del *Cape Cod Times* y el crucigrama que casi había terminado—. Y tejo. Y leo. Y una vez por semana, escribo mis memorias.

—Qué maravilla, mamá.

—No hay que dormirse en los laureles.

—¿Y sobre qué escribes?

—Sobre todo lo que he visto.

Me quedé allí un rato, sentado en una silla con el respaldo muy recto, frente a ella, como si me estuviera entrevistando. Aunque se encontraba físicamente cerca de mí, madre me parecía lejana, segura en aquel nuevo marco, cuidada por un personal eficaz y amable. Era la prueba de que Arcadia enriquecía y expandía la vida de los residentes. Como era la mayor, alguien especial, el personal la valoraba mucho, y eso hacía que se sintiera casi como una reina, aunque el hecho de estar exiliada de la tierra madre neutralizaba ese estado de ánimo.

Traté de ver a madre como la veían los de Arcadia. Ellos tenían cierta desventaja, pues se habían perdido sus primeros cien años, los años en que yo la había evaluado, los años de conflictos y rivalidades, de secretos, de relaciones turbulentas con sus hijos, de su viudez y reinado, de conspiraciones y combates y actitudes parciales, de cuchicheos, los años de intrigas palaciegas, un siglo de ensayos para llegar a esto.

Había ido menguando de tamaño y serenándose, y bajo la brillante luz del sol que entraba por la ventana de al lado de su escritorio, a veces se volvía casi traslúcida. Se la veía sobria, reducida, esquelética. Su cabeza apenas era una cabeza, se trataba más bien de una calavera con unos mechones de pelo que brotaban de su cuero cabelludo, cada vez más tenso. Sus dedos eran unos huesos estrechos que agarraban las cosas lentamente, pero a la hora de escribir mayúsculas se mostraban de lo más seguros. Su caligrafía —atrevida, clara— era lo único que no había cambiado; el resto era nuevo.

¡Todos esos antiguos yoes consumidos por el fuego! Aquella historia había concluido, y la batalladora que había sido madre se había visto reemplazada por esta anciana adorable. Muchas veces me había enfurecido para mis adentros por el modo en que me había tratado tiempo atrás, pero ahora estaba ante un ser dulce y piadoso que decía la verdad cuando afirmaba: «No me quejo», un ser extrañamente agradecido, pero al mismo tiempo lo bastante dueño de sí como para no aferrarse a mí cuando le dije que tenía que irme.

Siempre había estado merodeando en la periferia de mi vida, formando



parte de mi rutina, como si estuviera pensando: *¿Qué vas a hacer conmigo?*

Pero ya no era así. Se había trasladado a Arcadia. La pregunta sobre cómo lo estaba pagando todavía estaba por plantearse. Fred le había contado a Hubby, en secreto, que madre tenía un montón de dinero en cuentas de mercado monetario y en fondos de inversión, y Hubby nos lo contó a todos los demás. Madre seguía haciendo cheques. Ya no nos necesitaba más que para entretenerse cuando íbamos a visitarla. Pero nosotros la necesitábamos más que nunca, ya que nosotros, sus hijos, nos teníamos miedo, temíamos lo que nos pudiera deparar el futuro.

En Arcadia nos sometíamos al escrutinio de la recepcionista, una mujer con los carrillos caídos que, un día, me dijo con gran placer:

—Su madre dice que no quiere que la molesten.

—Solo estaré un minuto.

—Dice que está ocupada con Angela.

Incluso el personal, que estaba dispuesto a humillarse con tal de complacer a la más anciana de la residencia, se había confabulado con madre y no cuestionaba sus delirios.

Madre cada vez mencionaba a Angela con mayor frecuencia.

«Angela acaba de marcharse».

«Angela es muy buena conmigo».

«¿Qué haría yo sin mi ángel?».

*Déjala con sus delirios*, había dicho Floyd. *A algunos, los delirios les enriquecen la vida.*

Poco después, cumplió ciento dos años. Por la serenidad de su rostro, parecía una santa, una de esas vírgenes de yeso que llevan de un lado a otro durante las festividades de Boston, entre una multitud de creyentes que las adoran. En mi juventud, nos burlábamos de los italianos del North End que se ponían a aullar y a bendecirse a sí mismos y clavaban con alfileres billetes de un dólar y brazaletes de oro y collares a las imágenes de la Madonna delle Grazie o al san Rocco o al san Joe que transportaban en los desfiles callejeros hasta que esos grandes muñecos pintados quedaban ocultos bajo el dinero y las tintineantes joyas. Mientras tanto, tocaba la banda de música y los italianos lloraban y rezaban. Ahora, las cosas en la familia estaban igual: madre era un ídolo al que nosotros venerábamos.

Nos turnábamos para ir a verla y empujar su silla de ruedas desde su apartamento hasta el ascensor, bajar un piso hasta el vestíbulo y después salir

al jardín por las puertas francesas. Durante aquel trayecto, que parecía una marcha real, todos los que nos cruzábamos saludaban a madre y sus rostros resplandecían al verla, porque ahora, por ser la más anciana de lugar, su supervivencia y su constante buena salud les daba esperanza.

Pese a que veía mal y estaba medio sorda, exiliada en un mundo visual y sonoro bastante reducido, era consciente de esa fascinación, y levantaba su esquelética mano como una reina sentada en una berlina, recibiendo los saludos de sus leales súbditos, todo lo cual le proporcionaba un aire pomposo y distante que engrandecía su presencia.

Sin embargo, seguía menguando, y ya era diminuta. Su pequeño tamaño le proporcionaba un brillo aún mayor, lo cual a su vez contribuía a lo divino de su aspecto, como si se hubiera logrado transformar en una imagen a tamaño real de sí misma, tallada en marfil antiguo.

Otras veces, cuando había poca luz, parecía momificada, como si fuera una representación de las que hay en las catacumbas, pero erguida. O un ave prehistórica, picuda y huesuda, un moa gigante, un gorrión inmenso y color carne.

De tanto en tanto pedía que la lleváramos a comer a El Ostrero, y allí se desplazaba por el restaurante como una santa patrona. Todavía era capaz de comerse una docena de ostras, y a veces incluso más. Pero salvo eso, y los paseos en silla de ruedas por Arcadia, no sentía interés por ningún evento. Prefería quedarse en su habitación, sentada frente a la mesa, ordenando papeles. Siempre íbamos a visitarla con espíritu de veneración, sobre todo porque casi nunca se movía, sino que solía estar erguida en su silla habitual. Ya no era la feroz emperatriz que, desde su trono, me había denigrado y nos había hecho incontables jugarretas y nos había enemistado, sino una reliquia esquelética y solemne, esperando la llegada de sus ansiosos visitantes, a menudo con una sonrisa de desdén que parecía alardear: *Sigo aquí, sigo aquí*, como si quisiera dar a entender: *Os voy a sobrevivir*.

—No conozco a nadie que tenga mi edad —dijo un día madre, en parte asombrada, en parte vanagloriándose.

Parecía querer dar a entender que era la mujer más vieja del mundo. Esta creencia le confería un poder inmenso y le permitía exigir respeto; era testigo de más de un siglo de locuras y logros humanos, como si hubiera tenido una influencia perfecta en todo lo que había ocurrido, en las guerras, en el progreso, en las muertes.

Nosotros éramos sus niños envejecidos, y estábamos demasiado preocupados por cuidarla como para seguir peleándonos. A veces competíamos por su atención, pero por lo general nos turnábamos, perplejos ante el hecho de que fuera camino de los ciento tres años y siguiera ocupando el centro de todo, permitiéndonos aferrarnos a nuestro carácter infantil.

Ella creía en la importancia de los hitos, era supersticiosa y se regía por augurios y señales —aunque siempre daba gracias a Dios por proporcionarle tales indicios—, y estaba convencida de que, tras superar el límite del siglo, continuaría viviendo, liberada por ese inmenso número. Y eso fue lo que ocurrió. Su centésimo primer cumpleaños no fue nada destacable, solo hubo una pequeña tarta. El centésimo segundo era previsible, hubo globos y helado. Y cada nueva muerte que se producía en Arcadia parecía insuflar una nueva vitalidad a madre. Con cada fallecimiento, volvía a ser la superviviente, y se decía que las ancianas difuntas, todas más jóvenes que ella, le daban fuerza. Alguien tenía que seguir viviendo, y parecía que la afortunada era madre.

## 55. Mariscada

Toda visita a un progenitor anciano tiene el carácter de una despedida. Cuando recibí la invitación para una mariscada en Arcadia, me pregunté si sería una buena idea. Entretanto, busqué consuelo en el mar próximo a mi casa. Llegaba otro invierno, estaba nuevamente solo, anochecía muy pronto y el frío era como una mano húmeda que me acariciara el rostro. Las rachas de viento, al impactar contra el océano oscuro, creaban unos grandes grumos blancos en su untuosa superficie y alisaban las plumas de las gaviotas que hacían frente al viento agachadas y encogiendo el cuello. Por efecto de las olas, unas burbujas amarillentas dibujaban esponjosas líneas de espuma moteada.

Con las manos en los bolsillos, avancé buscando alguna señal entre la maraña de cuerdas y algas marinas llenas de lodo, las ruinas que había dejado la marea. ¿Había allí algún mensaje para mí? ¿Qué me estaban diciendo las olas? Busqué presagios por todas partes. Quizá encontrara una nota en una botella, un cofre con un tesoro, o un paquete impermeable de cocaína —que tendría un gran valor en la calle— arrojado desde algún barco por unos traficantes en apuros.

Vi decadencia y muerte: conchas rotas, cangrejos aplastados, trozos de almejas, raspas de peces descoloridas, mazorcas de maíz mordisqueadas y pinzas de langosta, tejidos salados y marchitos que no hace tanto tiempo eran carne de ostras y grandes trozos de plástico, feos e indestructibles; todo me hacía pensar en los restos de una mariscada remota. La playa, en invierno, parece contar una historia con los objetos que se ven dispersos en ella; tú no importas, no se te echará de menos, has sido abandonado, nadie te está buscando. Es una visión de la ruina: la deteriorada costa de la tierra madre.

Nosotros éramos ancianos; madre no tenía edad. Tal vez viviera para siempre, pensé. Ya había superado los ciento dos años. Podía desaparecer en cualquier momento. Tal vez acabara de morir.

Mis paseos solitarios eran un melancólico anticipo del fallecimiento de madre. ¿Qué hacer? ¿A quién llamar? Recurrí a lo que siempre me había proporcionado estabilidad, a mi único vínculo con la cordura: escribir, cosa que hacía sobre la mesa de la cocina, a falta de mejor escritorio. La cara gallinácea de madre se me aparecía de vez en cuando para aportar el subtexto de todos los fracasos de los miembros de la familia: *Es tu pajolera culpa*. Y lo que antes era un graznido, ahora era un susurro.

Regresaba a Arcadia con frecuencia, y lo hacía más por mi bien que por el de madre. Cada vez que me acercaba a su apartamento, me preguntaba si seguiría estando ahí.

Y siempre estaba, en su silla, inclinada sobre un crucigrama o un libro, con un bolígrafo apretado entre los dedos, viva, alerta, inmóvil. Entonces me veía y me preguntaba:

—¿Quién eres?

—Soy yo.

—Angela, ¿eres tú?

Yo lo dejaba pasar. Tenía ganas de preguntarle cuál era su principal motivo de arrepentimiento, pero no me atrevía. Era una pregunta demasiado íntima, ¿y cuándo había tenido yo intimidad con madre? Nunca en la vida. Nunca había disfrutado, con ella, del vaivén de una charla relajada en la que uno se va abriendo lentamente, nunca habíamos tenido una verdadera conversación; nuestros diálogos habituales, cargados de irritación y susceptibilidad, no contaban. Hablar con madre siempre había sido una batalla en la que uno trata de hacerse oír, igual que con el resto de la familia. Se trataba de protestar, no de escuchar al otro y contestarle. Era un intercambio de constantes gritos y cuchicheos.

Cada vez más, durante mis visitas a Arcadia, veía a una joven que atendía a madre llevándole una bandeja con la cena —madre prefería cenar en sus aposentos— o vaciando una papelera. A veces estaba en cuclillas, dándole un masaje a madre en los pies o cortándole las amarillentas uñas. Siempre me sonreía cuando yo la saludaba, y después se retiraba, tal vez por tacto, para que madre e hijo pudieran quedarse a solas. Me hubiera gustado hablar con esa joven, por la novedad que representaba tener una charla de verdad. Frustrado por el hecho de que la joven siempre se escabullera, pensé con

horror: Dios mío, ¿tan solo estoy?

—Esta es Angela —dijo madre un día. La joven estaba haciendo la cama y no podía dejarla a medias y marcharse—. Angela, este es mi hijo Jay.

—¿De verdad? —dije. Y le pregunté a la mujer—: ¿Usted es Angela?

Ella me miró con timidez.

—Sí. Gracias. Ya termino.

Así que había alguien que se llamaba así.

—*Buenos días, señorita*[\[36\]](#).

Ella pareció resplandecer cuando la saludé, y sonrió, aliviada.

—*Gracias por ayudar a mi madre* —le dije—. *Usted es realmente un ángel de la misericordia.*

—*Su madre es un ángel. Mi querida.*

—*¿Dónde está su madre ahora?*

—*En su casa, en México, en mi pueblo.*

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó madre, un tanto molesta—. No os entiendo.

—Le estoy contando que mi madre está en México —dijo Angela.

—Tu madre soy yo —dijo madre, y se echó a reír.

—Sí —dijo Angela mientras metía las sábanas debajo del colchón y mullía las almohadas de madre—. Ahora, mi madre es usted.

Angela era bajita y tenía una cara dulce, unos ojos oscuros y asiáticos, unos pómulos marcados, unos labios carnosos, unos dientes bonitos y un pelo negro y abundante recogido con una diadema roja. Incluso con su uniforme verde, que le quedaba muy suelto, se notaba que tenía una buena figura, aunque fuera más bien delgada, y cada uno de sus movimientos estaba lleno de gracia y mostraba su buena disposición. Me encantaban sus piernas esbeltas y sus pequeños pies, y la manera sutil y simiesca en que toqueteaba la cama, yendo de un lado al otro, al estirar las sábanas.

—Muy bien, señora —le dijo a madre—. Si necesita algo, me llama, por favor.

—Necesito un beso, Angela —dijo madre.

—Claro.

Entonces, Angela se inclinó hacia madre, la abrazó y le dio un beso en la cabeza. Fue un acto de afecto extraordinario, casi sin precedentes en nuestra familia. Yo observaba, atento y embelesado.

No te vayas, pensé.

—¿Va a venir a la mariscada? —me preguntó.

—*Tal vez* —le dije.

—Su madre se pondría muy contenta —me dijo ella. Hizo una pequeña reverencia y se marchó.

Nada en años y de repente, así como así, un parpadeo de deseo, un recordatorio de que eres un hombre, y un recordatorio posterior de que el deseo y el brillo de la esperanza siempre van acompañados por la exigencia de luchar y la tristeza: las complicaciones que entraña la presencia de otra persona.

—Es una joya —dijo madre—. Espero que no me hayas traído nada. No necesito nada.

Hablamos durante unos cinco minutos. En esa época, madre no tenía conciencia del paso del tiempo.

—Creo que ya debería irme —dije.

Había visto a Angela pasar por delante de la puerta de madre empujando un carrito con comida.

—Sé bueno —dijo madre.

Angela estaba esperando al lado del ascensor. Me sonrió de nuevo.

—Me encanta su madre.

—Estoy preocupado por ella —le dije—. ¿Me podría dar su teléfono? Para contarme cómo está cuando no pueda venir a verla, y me preocuparé menos.

Me fijé en su rostro. Vi lo largas que tenía las pestañas, sedosas, curvadas hacia arriba. Vi una mancha de pintalabios en la mejilla, vi la frescura de su cara, vi sus dedos pequeños apretando los botones del teléfono. No había solo deseo; también estaba la idea evidente de que ella era mejor persona que yo. Tampoco era tan joven; tendría treinta y tantos años, quizá más. No era una jovencita fiestera, sino una mujer sensata.

—Habla mucho de la mariscada. Le gustan las *ostras*. ¿Sabe lo que son las *ostras*?

—Sí —le contesté. Me encantaba la humedad de sus labios y su lengua.

Regresé al día siguiente, no tanto para ver a madre como para coincidir de nuevo con Angela. La puerta de madre, que solía estar abierta, se encontraba cerrada. Dudé, y después abrí despacio y saludé.

—Un segundo, por favor —Angela estaba junto a la cama de madre con una palangana y una esponja—. Ah, *señor Jay* —lo pronunció *Shay*, y pareció aliviada al verme.

Madre no se había movido; su sordera la libró de sobresaltarse por mi intromisión. Estaba incorporada en la cama. Angela sostenía su esquelético brazo y se lo limpiaba suavemente con la esponja.

Yo nunca había visto a madre desnuda. Ahora tampoco lo estaba, pero sí más que de costumbre. El ritual de su baño en la cama revelaba más del cuerpo de madre de lo que yo había visto nunca, más de lo que quería ver. Cerré la puerta a mi espalda y me quedé en el pasillo, para no interrumpir a Angela en su tarea; era un momento bastante íntimo. Aquella pequeña belleza morena le pasaba a madre la esponja por el brazo con mucha delicadeza, y en un tierno reflejo de preocupación, le apartó a madre un mechón de pelo rebelde que le había caído sobre la mejilla.

—¿Quién es? —preguntó madre, que ya se había dado cuenta de que alguien había llegado.

—Su hijito —dijo Angela con su evocador acento.

Yo me quedé mirando las nalgas juveniles de Angela, la manera en que se tensaban bajo su bata verde cuando se inclinaba hacia madre, cómo se movían, deslizándose la una contra la otra, como melones colgados de una red, cada vez que Angela desplazaba su peso de un pie a otro.

—Soy yo. Jay —grité.

—Ahora me marchó. Vuelvo más tarde —dijo Angela.

Madre protestó. Primero fue un leve chillido, y después agarró a Angela, se aferró a ella, le clavó las garras en el brazo, y dijo:

—No, quédate. Que vuelva más tarde él.

Hice un gesto con la mano —un breve saludo— para indicarle a Angela que me parecía bien y me retiré. Madre sabía que estaba en buenas manos. En mi Jeep, cuando me marchaba, recordé que en una de mis historias favoritas, *La muerte de Iván Ilich*, de Tolstói, es un niño campesino y sencillo, Gerasim, el que proporciona consuelo y paz espiritual a Iván cuando este sufre y agoniza, y no los malhumorados miembros de su familia, los Golovin.

Debido a la formalidad de Arcadia —había que registrarse en recepción al entrar y al salir—, empezamos a organizar relevos para visitar a madre. Ella no nos necesitaba; nosotros no nos necesitábamos los unos a los otros. Y sin embargo, continuamos visitándola, fingiendo supersticiosamente que aquello no era una larga despedida.



Madre no estaba enferma. Ni siquiera ahora tomaba medicinas. Un día, me sorprendió diciendo:

—Tengo una cita con el dentista. Me va a llevar Fred.

Sus molares de ciento dos años necesitaban una puesta a punto. Todavía conservaba casi todos los dientes.

Seguía volviéndose cada vez más pequeña; su cuerpo estaba encogido y desecado. Tenía los ojos vidriosos y solía reaccionar con nerviosismo. Siempre había un libro abierto en su mesa y un crucigrama a medio terminar sobre su regazo.

—Las letras son tan pequeñas que casi no puedo leerlas.

—A lo mejor necesitas gafas nuevas.

—No, es culpa del periódico. Ahora imprimen con menos tinta, así que la letra queda gris en vez de negra —dijo madre—. ¡Se creen muy listos por ahorrar en tinta!

Algunos de los otros residentes de Arcadia intentaban llamar la atención con sus dolencias: cojeaban, suspiraban, gemían, se quejaban de que el clima hacía que se les inflamaran las articulaciones. Madre era conocida por su buena salud; siempre estaba alardeando de dormir estupendamente y estar llena de energía.

—Me apetece mucho lo de la mariscada —me contó.

La recepcionista de carrillos caídos, que siempre llevaba las gafas en la cabeza, me dijo que tenía que registrarme y pagar por adelantado si quería ir a la mariscada. Lo hice, preguntándome qué otros hermanos se presentarían allí e imaginándome lo que les diría si realmente iban.

El día de la mariscada, al entrar en el vestíbulo para registrarme en recepción, oí una música. Era un grupo de jazz —cuatro señores mayores que llevaban trajes a cuadros— tocando «On the Sunny Side of the Street».

Ya en torno a una mesa, me encontré con mis hermanos y hermanas. Se me encogió el corazón al ver que estaba la familia al completo.

—Mira quién está aquí.

—El pedorro.

—Jay el gay.

—¿Dónde está mamá? —pregunté.

—De camino —dijo Fred.

Fred, Floyd, Hubby, Gilbert, Franny y Rose. El septeto; nadie había llevado a su pareja. Los hombres canosos o calvos, las mujeres deformes y

estropeadas por las preocupaciones, todos mostrando sus gruesos antebrazos, apoyando los codos sobre la mesa, como si estuvieran impacientes.

—Llegas justo a tiempo para el juego de las preguntas.

—Siéntate. Relájate —dijo Gilbert.

—¿Tú no estabas en Wadi Halfa? —le pregunté.

—No, en Wadi El Natrun —me contestó de inmediato—. Lo de Natrun es por la sal.

—Cierra el pico —le dijo Floyd. Y dirigiéndose a mí—: ¿Cómo se llamaba el tipo ese que traía a casa el carbón para la caldera?

Justo entonces apareció madre en su silla de ruedas empujada por Angela, que la condujo a la cabecera de la mesa y se quedó detrás de ella afianzando la silla, siempre atenta.

—La música está demasiado alta —dijo Hubby.

—Sí, y parece que eso te ayuda a estar más desinhibido —le dijo Floyd—. Mamá, estamos haciendo un concurso de preguntas y respuestas.

Una estrategia llena de tacto. En un grupo conflictivo, lo mejor es proponer algún juego inocuo, ya que la conversación es peligrosa. Además, los juegos, incluso los más crueles, eran nuestra forma de interactuar desde la infancia.

—Se llamaba Audie Jackson —contestó ella a la primera pregunta—. Llevaba el carbón en unas bolsas que cargaba a su espalda y las tiraba por la trampilla de la carbonera. Y en verano nos traía hielo.

—¿Cómo se llamaba papá en el *minstrel show*, y qué canción cantaba?

—Decía que se llamaba señor Bones —dijo madre—. Cantaba «Mandy, is there a minister handy?». Yo la tocaba al piano. Se quedó afónico de tanto ensayarla.

—Yo todavía no había nacido —dijo Gilbert.

—Yo sí —dijo Hubby—. Pero no me acuerdo de eso.

—¿Cuál era la única cosa que estuve deseando durante toda la infancia y que nunca pude tener? —dijo Floyd—. Unas botas de vaquero. ¿A qué se dedicaba papá?

—A vender zapatos —dijo madre.

—Papá tenía las portadas de dos periódicos de Boston clavadas en la pared de su taller —dijo Floyd—. ¿Qué decían los titulares?

—«La guerra ha terminado» —dijo Madre—. «La paz, al fin»; eran del *Globe* y del *Traveler*.

—Y la ganadora del concurso es mamá —dijo Floyd, y madre sonrió y se

volvió para mirar a Angela.

Durante los pocos minutos que duró el concurso de Floyd, hubo armonía en la mesa, o al menos tranquilidad y diplomacia, pero cuando Floyd anunció que madre era la ganadora, una inquietud se apoderó de todos. Incluso la mesa tembló un poco, y Rose soltó un gruñido.

—Deja de darme patadas —le dijo a Hubby—. ¿Lo estás haciendo aposta?

—Si lo estuviera haciendo aposta, estarías lisiada.

—Tengo un hambre terrible —dijo Franny.

—Sí, se te ve muy mal alimentada —le dijo Floyd.

—Es un bufé —dijo Gilbert—. Hay que levantarse.

—Seamos educados —dijo Fred—. Hagámoslo por mamá.

—¿Qué gracia tiene eso? —dijo Floyd y, señalándome, añadió—: Jay lleva desde el vientre materno un corazón de fanático.

La banda seguía tocando, absurdamente, canciones antiguas que resonaban más por lo que desafinaban. «On Moonlight Bay», «Alexander's Ragtime Band», «If You Knew Susie».

—Que alguien me traiga unas ostras, por favor —dijo madre.

Fred se puso de pie, al igual que Gilbert y Rose. Competían para traer las ostras, pero Hubby se les adelantó.

—Qué gilipollas es —dijo Rose.

Entretanto, yo había estado fijándome en Angela, que se había quedado de pie, sujetando los mangos de la silla de ruedas, con una sonrisa paciente en su rostro maya. No prestaba atención a la mesa, a los hijos de madre, todos mayores, casi todos jubilados, ni a madre, anciana, indestructible, que ahora se dedicaba a meterse ostras crudas en la boca.

—No sé por qué me he molestado en venir —dijo Rose.

—Quizá por la irresistible perspectiva del bufé —dijo Floyd.

Rose articuló una obscenidad con los labios, sin sonido, pero haciendo una especie de siseo.

—Eso es una fricativa sibilante —dijo Floyd—. Pero tú ya lo sabías, por supuesto.

—Lo hacemos por mami —dijo Franny.

—Quiero un poco de mantequil-la para mi langohta —dijo Hubby, agitando una cola de langosta que había pinchado con el tenedor—. Mantequil-la, mantequil-la.

Desde la última vez que lo había visto, Hubby se había afeitado la cabeza,

y entre esa bola blanca y la pechera de plástico con la imagen de una langosta, parecía un bebé gordo con un babero y un sonajero en la mano.

—Esta música es un asco —dijo Gilbert, mientras untaba de mantequilla una mazorca de maíz haciendo elegantes movimientos con el cuchillo.

—Arcadia me recuerda a un crucero —dije yo—, con sus camarotes, sus comidas, sus actividades y sus eventos. La gente puede desembarcar, pero nadie pasa demasiado tiempo en tierra firme. El barco nunca llega a su destino.

—Es un barco que se hunde —dijo Floyd—. *Das Narrenschiff*. Es alegórico. Mi amada Gloria podría hablaros del cuadro de El Bosco que lleva ese nombre.

—Y tú cagando en la popa —dijo Hubby.

—Modera tu vocabulario —dijo Franny.

—Caca, del griego *kakós*, que, como tú bien sabes, significa «lo malo» —dijo Floyd, y levantó su copa mirando a Hubby—. ¿Quién te hará ver dónde está lo malo?

—Que te den —dijo Hubby, pasándose los dedos ligeramente por la calva, como suelen hacer quienes llevan la cabeza afeitada.

—Debería darnos vergüenza —dijo Fred en voz baja para que madre no pudiera oírlo, y su susurro nos hizo echar un vistazo a madre; se había dado la vuelta para sonreírle a Angela, que estaba a su espalda—. Nos estamos portando como niños.

—Es lo que somos —dijo Floyd—. Es lo que siempre seremos.

Este comentario nos hizo mirar de nuevo a madre, tal vez por vergüenza. Pero ella no reaccionó. Salvo cuando movía con frenesí sus dedos retorcidos para coger una ostra y meterse la carne en la boca, madre estaba sentada como una aparición. Parecía un espectro.

Había un gran alboroto: el ruido de los platos de plástico, las voces, la gente amontonándose en torno al bufé, la música a todo volumen, el griterío de los vejstorios que hablaban de una mesa a otra. Floyd dijo que era como estar en una catacumba bien iluminada de gente a la que hubieran embalsamado con su ropa de verano. Hubby le dijo que se callara.

—Os creéis que la langosta viene envuelta en esto como si fuera un tamal —dijo Floyd, con un coágulo verde y pastoso en el pulgar—. Pero es moco.

Entonces todos volvimos a mirar a madre, pensando que le echaría una reprimenda.

Pero aquella figura delicada, semejante a una muñeca, no dijo ni una palabra, ni siquiera tembló. Estaba reducida al tamaño de un dios doméstico que habita en un santuario montado en un rincón, y tenía su misma aura humeante. Madre era tan insustancial que parecía, más que nada, un pensamiento, una idea fugaz, un atisbo de la maternidad, como si estuviera tejida con tela de araña. Su aura era una pequeña llama de la que solo quedaba un pálido brillo que había que venerar, y el hecho de no hacer ni un ruido la volvía más poderosa.

—Perdona, mamá —murmuró alguien.

Madre movió los labios. No dijo nada. Quizá estuviera masticando. Al estar tan seca y marchita y carente de olor, resultaba indescifrable, como una estatua de piedra.

Nosotros, sus hijos, éramos de carne cruda, grandes y grises, con nuestros hombros regordetes y nuestro pelo alborotado, o nuestra falta de pelo, robustos, carnosos, porcinos, osunos, sudorosos tras realizar el gran esfuerzo de engullir pinzas de langosta y mazorcas de maíz y meternos pequeñas almejas en la boca, esfuerzo que nos había dejado un montón de húmedos trozos de la mariscada alrededor de los labios.

—Estoy cansada —dijo madre, con la mirada perdida y sin dirigirse a nadie en particular.

¿Era consciente de nuestra glotonería, de nuestras desavenencias, de nuestras bobadas? Si era así, no daba ninguna muestra de ello. Estaba muy sorda, veía bastante mal y su voz era un susurro, pero estos rasgos hacían que pareciera una estatua, un ídolo. Se ciñó el chal y dijo:

—¿Angela?

—Sí, mamá —dijo Angela, y se la llevó en la silla de ruedas.

—Mamá se ha comido dieciocho ostras —dijo Hubby.

—No voy a volver a hacer esto nunca más —dijo Gilbert, quitándose la pechera.

—Creo que con respecto a ese punto hay unanimidad —dijo Floyd—. Pero ¿y su próximo cumpleaños?

—Faltan seis meses —dije yo.

—Yo ese día tengo que ir a un funeral —dijo Hubby. Se levantó el faldón de la camisa, se secó el sudor de la cara y se pasó la mano por la cabeza.

—Eso ha tenido gracia —dijo Rose.

—No, no ha tenido ninguna gracia —dijo Franny.

Floyd desdobló su servilleta llena de manchas y la desplegó completamente, recitando:

—La mortaja de Turín, con certificado de autenticidad. Vinisteis a burlaros, os quedaréis a rezar.

Rose estaba a punto de soltar un juramento cuando Fred, mirando a nuestra espalda, alzó la mano para indicarnos que nos calláramos y se sonrojó.

Una pareja joven se acercó a nuestra mesa. El hombre llevaba una chaqueta azul y un pantalón de vestir blanco, unas gafas de sol apoyadas en la cabeza, unos mocasines caros y sin calcetines; era de lo más estiloso. La mujer, que iba con un sombrero de paja de ala ancha y un vestido con estampado floral, tenía un rostro muy juvenil y sonreía de un modo sumiso y agradecido, probablemente porque estaba nerviosa.

—Perdón por interrumpir. Hemos estado mirándoos y nos parecía que os lo estabais pasando estupendamente —dijo el hombre—. Yo soy Chase, y esta es Laura —asintió con la cabeza, haciendo un gesto de exagerada aprobación mientras observaba nuestras caras insolentes, nuestra ropa toda manchada, los restos de lo que habíamos comido, las conchas y las espinas, el desorden que habíamos dejado sobre la mesa.

—¿Necesitáis algo? —les preguntó Fred.

—Estamos con mis padres. Hemos venido solo a pasar el día, a conocer el sitio. Están buscando una buena residencia. La mariscada estaba buenísima y el sitio es muy agradable. He comido un montón...

—Pero queríamos preguntarles una cosa —dijo la mujer.

—Sí —dijo el hombre—. ¿Les gusta a ustedes vivir aquí en Arcadia?

## 56. Angela

Lo que se me quedó en la cabeza: madre, el ídolo escuálido, semejante a una virgen famélica, y Angela, la belleza mexicana, de pie detrás de ella, sujetándole la silla de ruedas. Sobre todo Angela.

Con el pretexto de la mariscada y mi preocupación por madre, llamé a Angela a su móvil para ver qué tal estaba madre, si se había cansado mucho y si había comido suficiente, y le dije que había un restaurante en Hyannis que se llamaba Cholo's Cantina y le pregunté si a ella, Angela, le apetecía ir a tomar una copa o a comer algo allí.

Me pareció que el zumbido del teléfono era el sonido de su suspicacia mientras procesaba mis preguntas.

—¿Qué quiere, Shay? —me dijo finalmente.

Quiero dejar de estar inmovilizado por madre. Necesito algo que me anime tras la humillante experiencia de la mariscada, sobre todo lo de que me confundieran con alguien que vive en una residencia de ancianos. Salir una noche, un poco de calor humano, un descanso de mi rutina de escritura, apoyado en la mano izquierda, garabateando lentamente una palabra tras otra con la derecha, entre las migas de la mesa de la cocina. Una sonrisa, una palabra, cualquier cosa, por favor.

—Solo verte —dije, con tanta naturalidad como pude. Volví a oír el zumbido, el sonido de su suspicacia, que me instó a añadir—: Quizá hablar sobre mi madre.

—Su madre muy amable.

—Ella está encantada contigo.

Angela seguía dubitativa, pero yo la presioné un poco más —madre, madre —y al final cedió, aceptando sin que hiciera falta animarla demasiado.

—Pasaré a recogerte.

La casa de Angela era pequeña y con las tejas marrones, una clase de vivienda de las que abundan en las carreteras secundarias de Cape Cod,

donde suelen vivir los temporeros, los trabajadores no especializados y los veraneantes con menos recursos. Son típicos de estas casas los montones de agujas de pino que se acumulan en el techo y obstruyen los canalones, las bajantes de hojalata torcidas, el camino de entrada lleno de hierbajos entre los adoquines, la cerca de madera que da a la carretera y que parece estar pidiendo un arreglo, los arbustos raquíticos y los escuálidos árboles y las hortensias muertas que demuestran que se ha edificado sobre arena. Todo esto saltaba a la vista en la casa de Angela y yo lo vi con compasión, puesto que era una casa muy parecida a la mía.

—Hola.

Estaba en la puerta, vestida y lista, bloqueando la entrada, como si no quisiera que me quedara por ahí y viera quién había en el interior, o las lamentables condiciones en que se encontraba la vivienda.

Miré detrás de ella y vi la parte trasera de tres cabezas, de dos mujeres y un hombre que se estaban riendo. Veían una reposición de *Las chicas de oro* y estaban demasiado absortos en la televisión como para reparar en mi presencia. Ayudantes de cocina de Arcadia, me explicó Angela, diciéndome en voz muy baja sus nombres brasileños.

—No quiero que sepan que hemos quedado —dijo, y soltó un suspiro—. No quiero tener ningún problema.

—Lo comprendo.

—Bonito *coche* —dijo mientras se abrochaba el cinturón de mi viejo Jeep—. Bueno para donde yo vivo; bueno para carreteras malas.

Se refería a su hogar, en México.

Eso era lo que yo quería oír. Me vi conduciendo por una carretera rural llena de baches, en un valle soleado, con Angela junto a mí, sujeta a la agarradera del salpicadero, dejando una nube de polvo a nuestro paso.

—¿Dónde está tu pueblo?

—En Chiapas. Lejísimos.

—No está tan lejos —le dije—. Estuve por ahí hace poco, en un sitio cerca de Ocosingo.

—Eso es muy bonito. ¿Fue a San Cristóbal? ¿Vio las iglesias?

—Me encantaron las iglesias. Me encantaron las montañas y el río Jataté —ella sonrió al oír ese nombre—. Podríamos ir allí en coche. Cuatro o cinco días hasta Texas y luego se cruza la *frontera*.

—Ja —dijo ella, como si se estuviera aclarando la garganta, sin alegría,



mirando fijamente hacia delante.

—Lo digo en serio. Podríamos ir cuando quisiéramos.

—¿Y quién ocupa de su madre? —dijo Angela.

Así acabó con mis atolondradas fantasías. Angela era joven, pero práctica. Quizá si la otra Angela, la adorada hija de madre, no hubiera muerto, habría sido igual al hacerse mayor: sensata, entregada a madre y poco propensa a creer en las promesas vanas de los hombres. Tras múltiples viajes por países aquejados por el hambre y la escasez, yo sabía que los pobres maduraban más rápido, pues desde muy pronto tenían que hacer frente a diversas responsabilidades, tenían hijos muy jóvenes, se daban cuenta de que la pereza conducía a la inanición y se abalanzaban sobre cualquier oportunidad que se les presentase. La frivolidad era una trampa. Hambrientos, como animales de presa, nunca dejaban de estar alerta. ¿Quién podría reprochárselo?

—Nunca había ido esta carretera.

Había tomado un desvío, saliendo de la Mid-Cape Highway, para atravesar Yarmouth y llegar a Hyannis por una carretera secundaria.

—Es el camino más rápido.

—Yo no tengo *coche*.

Llegamos a Cholo's Cantina. El local estaba muy tranquilo, ya que era un día laborable, y al subir por una rampa protegida por un toldo, mi mirada se cruzó con la de una mujer que estaba fumando con los brazos cruzados. Tras someter a Angela a un rápido escrutinio, volvió a mirarme con el ceño fruncido, pues acababa de decidir que yo era un cerdo, un viejo verde. ¿Qué hacía con aquella mujer joven y atractiva? Seguro que me estaba aprovechando de ella. La mujer se quedó mirándome con desdén mientras entrábamos al restaurante y el desaliento se apoderó de mí; quizá realmente fuese el cerdo que ella pensaba que era.

—¿Qué es este lugar?

Angela se puso parca y vigilante cuando nos llevaron a un reservado.

—Comida mexicana.

Sonrió al ver el menú ilustrado.

—Quizá sea comida, pero no es mexicana.

—No hay tamales chiapanecos —le dije, y ella sonrió de nuevo—. Podemos marcharnos.

Angela se encogió de hombros, dando a entender que le daba igual, y entonces concluí, por sus dudas al teléfono, por su conversación, por esos

gestos crispados que hacía a veces, que era una escéptica, cosa natural en alguien acostumbrado a que lo engañen, a que le paguen menos de lo que vale su trabajo, a que le mientan y a que lo utilicen.

Hacía bien en estar en guardia. No sabía lo que yo quería. Ni yo mismo sabía lo que quería. Pero en ese momento, pensé: ¿Quiero estar aquí con ella? Sí.

Con cierto disgusto, desplegó la servilleta y empezó a restregar los dientes de su tenedor. Después limpió el cuchillo y la cuchara.

—*Sucio* —dijo.

Después de que la camarera nos dijese: «Chicos, ¿os traigo algo de beber?», después del aperitivo de patatas fritas y salsa, después del ritual de pedir y comer, después de mis *mariscos* y el *pollo* de Angela, después de que ella repitiera: «Esto no es mexicano», le pedí que me hablara sobre su pueblo.

—¿No quiere que le cuente nada de su madre?

—Sí, claro que quiero —le dije, muy nervioso, como si me hubiera pillado haciendo trampas—. Cuéntame, ¿cómo está?

—Es muy amable —dijo Angela, quitándose un poco de salsa que tenía en el labio—. Le gusta la sopa cremosa. No le gusta crujiente, le cuesta comerlo. Siempre me sonrío y me da gracias, y yo no hago nada, solo mi trabajo.

—Mi madre siempre ha sido una mujer feroz. ¿Entiendes esa palabra?

—Sí —dijo Angela.

—Muy dura. Muy fuerte —por medio de expresiones faciales y de gestos, describí a madre tal como había sido durante tanto tiempo: una tirana, una ogresa, una intimidadora. Angela se limitó a mirarme fijamente, sin decir nada, con el ceño fruncido—. Era impaciente e impredecible. ¿Entiendes?

Por fin, Angela negó con la cabeza. No era un gesto de desacuerdo, sino uno de dolor y compasión, como si se hubiera dado cuenta de un evidente error por mi parte o, peor, de lo estúpido que era yo.

—Su madre —dijo—. Siete hijos, grandes y pequeños. A veces quizá poco dinero. Siempre cansada, de trabajo, de hacer la comida.

La certidumbre con que hablaba Angela me resultó irritante.

—¿Tú sabes eso con seguridad?

—Sí, lo sé —dijo—. Lo sé cuando la veo.

Angela empleaba los dedos para dramatizar la imagen que tenía de madre. Por sus gestos y el brillo de sus ojos, parecía una hechicera.

—¿Y qué más sabes? —le pregunté.

Aquella cena había empezado con la promesa, aunque fuera muy débil, de un romance o un flirteo, pero dicha promesa se había desvanecido. Yo lamentaba el giro que había tomado la conversación, tener que discutir con aquella mujer que se sentía muy segura de sus conocimientos a pesar de que solo había tratado a madre durante unos meses. Pero Angela continuaba impertérrita.

—Sé que su madre ha tenido una vida dura —dijo en voz baja y asintiendo con la cabeza.

No pude responderle nada; tenía razón. Yo nunca había dedicado un tiempo a reflexionar sobre cómo habían criado a madre, solo pensaba en cómo me había criado ella a mí. Angela, de un modo muy directo, había explicado muchas cosas sobre madre: quién era, quién había sido y por qué era la persona que había llegado a ser. El hecho de que hubiera tenido una vida dura era un elemento importante en todo ello.

—Es cierto.

Y Angela no sabía lo demás. Dos guerras mundiales, la Gran Depresión, los fracasos de los negocios de papá, las perturbaciones provocadas por mudarnos de un pequeño bungalow abarrotado a una casa grande donde había constantes corrientes de aire y que se parecía a una caja de cereales. La extraña época del señor Bones, la austeridad y la falsa economía, la vida entera ajustándose el cinturón y comprando ropa usada y objetos de segunda mano y comida en la sección de productos rebajados, la precariedad de las creencias en el contexto de una vida basada en la fe en que estaríamos seguros y en que todo acabaría saliendo bien, una vida basada en acatar la ley, pagar los impuestos, ir a la iglesia, con la determinación de ser respetable y decente. El siglo de madre, como lo había definido Gilbert en su centésimo cumpleaños.

Sin conocer los detalles, Angela había adivinado esto, como si la dureza de las condiciones en que también ella se había criado le hubiera proporcionado cierta perspicacia y un profundo conocimiento de lo que es la maternidad.

—¿Qué edad tienes?

Ella sonrió.

—No es una buena pregunta.

Supuse que eso significaba que era más mayor de lo que yo creía.

—Es un halago —le dije—. Eres joven, pero también eres sabia. ¿Sabes?  
*Inteligente. Sabia.*

—No soy *sabia*, pero también tengo madre.

—¿Y padre?

—Murió. Le pasó un accidente.

—Lamento oír eso.

—Hace mucho tiempo, cuando era pequeña —dijo—. Mi madre tiene tres niños. Tengo que ayudar. Por eso vengo aquí, para mandar dinero.

—¿Tu madre está en Chiapas?

—Sí. En un pueblo pequeño, en el campo.

—Me gustan esas palabras: un pueblo pequeño en el campo.

Angela sonrió por fin.

—Sí. Echo de menos mi hogar. Algunas veces me dan ganas de estar ahí. Pero es necesario estar aquí, por trabajo. Por dinero.

—¿Tienes pollos?

—Qué gracioso. Sí, pollos. Patos en un estanque al lado del río. También cerdos. Jardines. Un campo de maíz. Un campo de judías.

Y entonces lo vi, el pueblo pequeño en el valle de un río, quizá no muy lejos de donde yo había pasado una semana feliz, cerca de La Soledad, un grupo de casas en un bosquecillo, al final de una carretera llena de baches; unos pollos picoteando en el jardín, unos patos deslizándose sobre el estanque, un cerdo tambaleándose a lo lejos. El follaje verde oscuro de la ladera de la sierra detrás del campo de maíz, el alto cielo mexicano, el sonido vagabundo de unos mariachis —guitarra, acordeón, violín— como acompañamiento de esta imagen pastoril.

Me resultaba muy fácil encontrar un lugar para mí en esta imagen, por lo que había descubierto en mi viaje a México para escribir el artículo sobre B. Traven que finalmente abandoné: sentado en una silla en el porche o recostado en una hamaca tendida entre dos árboles. Había idealizado el anonimato de Traven, el deambular solitario de Ambrose Bierce, los viajes a lomo de mula de Graham Greene.

—¿Tu pueblo está cerca de San Cristóbal?

—No, lejos de la ciudad. Pero hay un autobús desde La Angostura.

Malcolm Lowry bebiendo hasta enloquecer en Veracruz, Trotski refugiado en Coyoacán, D. H. Lawrence al borde de la muerte en Oaxaca.

México, un país amable con los exiliados, tenía un lugar para mí, un sitio seguro y remoto, donde podría mantenerme con mi cheque mensual de la seguridad social, comiendo una comida que me encantaba y viviendo en el

seno de una familia pequeña, de una familia real.

—Es un pueblo muy pobre —dijo Angela. Era muy lista; se dio cuenta, por cómo me había quedado callado, de que estaba perdido en mis ensoñaciones pastoriles.

—¿Cómo de pobre?

—El agua es del río, y el río no está limpio. No hay electricidad. La carretera es muy mala. El autobús solo va a La Angostura.

—¿Cómo se llama tu pueblo?

—Villaflores.

—Un pueblo llamado Villaflores no puede estar mal. Y es tu hogar.

—Donde está tu madre, ahí siempre está tu hogar —dijo ella.

Quizá pensaba que empeoraría mi imagen del lugar al decir que era pobre, pero no era así. Después de lo que había visto en los países ricos, un pueblo pobre era donde yo deseaba estar.

*¿Dónde está Jay?*, me imaginaba que diría la gente, los editores, los otros escritores, los lectores, mis acreedores. *Se ha ido a México. Está en un pueblo, nadie sabe dónde.*

El encargo sobre México había sido un ensayo para esto. ¿Realmente quería desaparecer, o era un intento de llamar la atención? No importaba. Era algo que me serviría para curarme de los males que me causaba mi rencorosa familia, y Angela podía formar parte del plan. Pensé que, si nadie sabía dónde estaba, podría seguir siendo yo mismo, podría mantenerme intacto.

—Ya nos vamos —dijo Angela.

Nos montamos en el Jeep y me dirigí hacia el norte de Cape Cod, rumbo a Centerville, por carreteras secundarias.

—Esto es distinto —dijo Angela, echándose hacia delante, haciendo que se tensara el cinturón de seguridad para ver mejor—. No es el mismo camino.

—Este es más rápido —dije. Pero ella negó con la cabeza. Recordaba la ruta que habíamos tomado, y no era esta—. No te preocupes.

—Cuando la gente me dice «no te preocupes» es cuando me preocupo.

Me gustó que dijera eso. Incluso sus dudas, su escrutinio riguroso y carente de humor, su implacable memoria, me impresionaron, porque eran señales evidentes de inteligencia y de conocimiento del mundo. Tiene razón, pensé, ¿por qué no se me ha ocurrido nunca? Madre había tenido una vida dura.

Sin venir a cuento, justo antes de coger el desvío de Centerville, me dijo:

—Sus hermanos y sus hermanas visitan a la madre. Se quedan unos minutos y después se van. Y durante horas y horas, la madre está sola, llamando a Angela.

—¿Por qué no se quedan más tiempo? —le pregunté, para ponerla a prueba.

—Solo quieren comprobar si está viva. «Sí está viva. Ya nos vamos».

Detuve el coche. Aparqué debajo de una farola para que no se sintiera amenazada.

—¿Qué es este lugar?

—Mi casa.

Soltó un suspiro.

—No. Por favor. Lléveme a mi casa.

Estuve a punto de decirle que no se preocupara, pero me di cuenta de que a lo mejor se asustaba.

—Quiero enseñarte dónde vivo. Si ves mi casa, me conocerás mejor —le dije, y le cogí la mano—. Quiero que me conozcas mejor. Quiero conocerte. A lo mejor podemos ser amigos. A lo mejor puedo llamarte Angelita.

—Angelita —dijo ella en voz baja—. Así es como llamamos a las niñas que se mueren.

—Lo recordaré.

Salí del Jeep y fui hasta la puerta de mi casa, metí la mano y encendí las luces, incluyendo el farol que había en un poste, junto a la acera. Y después me quedé esperando.

Al final Angela me siguió, mirando a ambos lados. Se encontraba en un estado de alerta animal; observaba con gran intensidad y caminaba de un modo muy eficaz, ligeramente agachada. Iba con tanta cautela que parecía más pequeña. Parecía preparada para salir huyendo.

Al llegar a la puerta, dudó un instante y se hizo a un lado. Lo vi todo con sus ojos: el gran sofá raído y el escabel, sobre el que había una pila de periódicos viejos; la pantalla color crema de la lámpara, con algunas manchas marrones debido a las quemaduras provocadas por las bombillas calientes; los montones de libros en el suelo, algunos abiertos; la mesa de la cocina, con mis cuadernos, mis bolígrafos, mi portátil a un lado. Todo estaba desordenado y los objetos parecían de segunda mano. El sitio transmitía la impresión de ser algo temporal. Mi casa era como una caja cubierta con unas

tejas marrones.

—¿Qué ves? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Soy escritor. Este es el aspecto que tiene la casa de un escritor.

—Es como mi casa —dijo ella.

—Ya podemos irnos —le dije, pero la puerta seguía abierta.

Quería mostrarle que no tenía dinero, que no era un norteamericano rico; mi Jeep era viejo y vivía en una cueva llena de papeles y libros. No bastaba con contarle que estaba a dos velas; quería que ella lo viera con sus propios ojos. Una casa desordenada, una mesa llena de cuadernos y bolígrafos: ese era yo.

El hecho de que le dijera que nos fuésemos pareció darle seguridad. Se apartó de mí, entró en la casa, dio una vuelta por el salón, examinó la cocina, echó un vistazo al dormitorio. Me gustaban su valor, su curiosidad, su escrutinio.

De vuelta en el Jeep, le pregunté:

—¿Qué piensas?

Ella sopesó la pregunta, soltó un suspiro de una manera que ya me resultaba familiar y me dijo:

—En su casa no hay ni una foto de su madre.

Empecé a juzgar todo lo que hacía y decía desde el punto de vista de Angela. En el pasado, durante años, estuve considerando mis actos desde la perspectiva de mis hermanos y hermanas, lo cual me permitía sentir que no era peor que ellos, y, con frecuencia, que era superior. Pero con el escrutinio de Angela, las cosas eran distintas. Me di cuenta de lo poco que le daba a madre, de mi falta de sentimientos, de que todo era una competición contra mis hermanos, una reacción ante lo que hacían ellos. Recordé que, tras la mariscada, Angela llevó a madre a su apartamento mientras los hermanos nos quedábamos peleándonos en la mesa, y que nos confundieron, comprensiblemente, con unos ancianos residentes en Arcadia.

Durante los días y semanas siguientes, fui a ver a madre más a menudo. También vi a Angela, tanto en Arcadia como las noches que tenía libres. Tras unos pocos encuentros, pareció empezar a sentirse segura conmigo, y cogió tanta confianza como para darme unos golpecitos con el dedo en el pecho

para hacer hincapié en algo. Algunas veces yo la cogía de la mano o de la cintura. No volvimos a Cholo's Cantina; encontramos algunos sitios que nos gustaban a los dos, como un restaurante de sushi, un bar desde el que se veía la dársena de Hyannis, un antro de Centerville donde daban una pizza estupenda.

En una de mis visitas a Arcadia, justo cuando Angela estaba saliendo de la habitación, madre dijo:

—Deberías encontrar a alguien como ella.

Esa era la madre resuelta y autoritaria de siempre, que me estaba dando una orden con el índice extendido.

—Ya la he encontrado —le dije.

Más tarde, cuando se lo conté a Angela, me preguntó:

—¿Te gusto?

—Sí —le dije.

—¿Me conoces?

Esto ocurrió en la puerta trasera de Arcadia, donde la había encontrado con su bata verde, sujetando un monitor de pulsaciones, un estetoscopio, una manga de velcro y un tensiómetro, y me impresionó el hecho de que tuviera conocimientos de enfermería.

No me acerqué demasiado. Me había dicho que no quería que la gente de Arcadia supiera que nos veíamos fuera de la residencia. Cualquiera que pasara por allí pensaría que el hijo de una residente le estaba preguntando por su madre a un miembro del personal. Toda la conversación transcurrió entre susurros.

—No, no te conozco —dije.

Ella sonrió. Eso era lo que quería oír.

—Pero quiero conocerte —le dije rápidamente cuando se alejaba a toda prisa. Aunque fue un susurro más intenso que los demás, no me quedó claro que me hubiera oído.

Todo eso sucedió en unas tres semanas, semanas invernales en que oscurecía muy pronto, caían grandes y blancos copos y junto a las carreteras la nieve se iba ensuciando y el hielo adquiría un tono amarillento. No era de extrañar que cuando nos encontrábamos yo fantaseara con los verdes valles soleados de Chiapas, con las huellas de las ruedas en los caminos



polvorientos que atraviesan los bosques, con estar tumbado en una hamaca; era la vida que me había imaginado en mi reciente viaje a México, una vida que era muy improbable poder compartir con Luma.

El trabajo de Angela en Arcadia —el hecho de que estuviera tan ocupada todo el día y tuviera tan pocas tardes libres— me recordó lo ociosa que era mi vida. No me había jubilado; ¿cómo puede jubilarse alguien que no tiene trabajo? Pero disponía de todo el día para emplearlo como deseara. Escribía todas las mañanas, pero, si tenía una productiva, me pasaba el resto del día leyendo, haciendo recados o paseando por Dowses Beach. Hacía cualquier cosa, siempre evitando lo que ofreciera la posibilidad de encontrarme con mis hermanos o hermanas. Para evitar dicho riesgo, también tenía que estudiar con atención el aparcamiento de Arcadia y asegurarme de que madre estaba sola.

Le conté esto a Angela, o más bien lo de que ella estaba muy ocupada y yo era libre para hacer lo que quisiera.

Ella tenía una manera muy peculiar de quedarse mirándome. Yo sabía que cuando hacía eso me estaba evaluando, pensando intensamente no en lo que le hubiera contado, sino en las implicaciones que tenía, sopesándolas con su mente escéptica.

—Si tienes tanto tiempo, ¿por qué no vas a visitar más a tu madre?

—Sí, debería ir más a menudo.

—Sí.

Me di cuenta de lo que quería de mí: una demostración de mi virtud, una prueba de mi lealtad, que hiciera un esfuerzo para ver a madre. Era su única forma de entender cómo era yo. Angela nunca había mencionado mi edad, ni la diferencia que había entre nosotros a este respecto. Tenía un único imperativo: quería estar con alguien que fuera sincero. No servía de nada que yo le hiciera promesas o que le contara cómo era. Ella necesitaba verme en acción, verme siendo un hijo cariñoso con aquella anciana.

Fui al día siguiente. Llevé un ramo de flores y una caja de bombones.

—¿Qué es eso?

—Flores.

—Déjalas ahí —me dijo, sin mirarlas.

—¿Cómo estás, mamá?

—No me quejo.

Después se quedó con la mirada perdida y los ojos nublados. Yo quise

abandonar ese silencio, las manos de madre dobladas en su regazo sobre el periódico abierto, el bote de mantequilla de cacahuete en la mesa, el despertador, un ave tallada, el menú de aquel día impreso en una hoja de papel, una marca junto a *Pastel de carne*.

Haciendo un esfuerzo, me quedé un rato más, con la esperanza de que Angela se diera cuenta. Lo haría todos los días, si hacía falta. Quería convencerla de mi valía. Y, sentado delante de madre —que no decía nada, que no parecía ver nada, que era una obra maestra de la taxidermia humana—, me dio la impresión de que tenía un encanto que nunca había percibido y que era resultado de haber dejado atrás todos sus yoes. Lo que quedaba era la esencia de esa mujer, la esencia de madre. Ya había abandonado la lucha; solo había en ella dulzura, fragilidad y gracia. Y aceptación; madre no quería nada. No había nada que yo pudiera hacer por ella, nada que ella necesitara, nada que pudiera llevarle, excepto mi propia presencia.

Estudí su rostro arrugado. Se le veía el cráneo. Tenía casi ciento tres años y se limitaba a estar ahí sentada, brillando suavemente, sin decir nada. ¿Por qué había necesitado que Angela me revelara la sencilla verdad? Madre había tenido una vida dura, había sufrido. ¿Por qué había sido necesario que alguien me explicara eso?

¿Qué era lo peor de envejecer? Estuve reflexionando sobre esto en la habitación de madre, un lugar que cada vez se parecía más a una capilla, en la que madre sería un ídolo, un ejemplo de lo que significaba ser anciano. La certeza de que a partir de determinado momento tienes que darte cuenta de que no puedes volver a empezar, no puedes volver a tener hijos y a asumir riesgos y a albergar esperanzas. No hay un amante que acuda a rescatarte, no quedan más vidas por vivir, solo la que estás viviendo, que se vuelve cada vez más pequeña y más simple, cada vez más como la de madre, inmóvil sobre una silla, en una habitación silenciosa, con el tictac del reloj como único sonido, esperando el final.

## 57. Boletines informativos

En esa época, cada vez que iba a visitarla, madre me pellizcaba la mano para subrayar la importancia del momento y me decía:

—Esta es Angela.

Se olvidaba de que ya me la había presentado. Lo que yo no sabía era si madre pensaba que se trataba de su hija, muerta hacía mucho tiempo, que había vuelto para facilitarle el paso al más allá, o si simplemente afirmaba que Angela era una estupenda cuidadora de Arcadia.

Entonces las veía juntas, madre en su silla, Angela tras ella, y me sentía impresionado —como no me había sentido nunca antes, al ver a Franny o a Rose o a ninguno de nosotros con madre— por la manera que tenía Angela de prestarle atención, por su ternura y su compasión. Angela daba, madre recibía, era el ideal de la piedad en una madre y una hija, pero en la vejez de la primera, los roles se habían intercambiado. Angela le daba de comer, le limpiaba los labios, le cantaba, le arreglaba el pelo, le ceñía el chal, y con frecuencia la bañaba. No era de extrañar que madre estuviera tan satisfecha; no era tan raro que creyera que su muy llorada Angela había reaparecido para consolarla. No tenía ningún sentido intentar convencerla de otra cosa, si realmente lo creía; era demasiado sorda, demasiado lenta, demasiado mayor para razonar con ella. Seguro que algunos días tenía la impresión de haberse reunido con su amada hija en el cielo.

Yo me imaginaba bien el placer que madre sentía con Angela, porque yo también lo sentía. Angela se estaba convirtiendo en una amiga. Yo ya no estaba solo. Tenía alguien a quien contarle mis historias, alguien con quien compartir una comida, alguien nuevo. Salíamos a tomar una pizza o una copa, o a comer a restaurantes que estaban vacíos, como suele suceder durante el invierno en Cape Cod.

—Háblame de tu pueblo.

—Ya te lo he contado todo.

—Quiero que me hables de más cosas. Del cura, del *alcalde*, de tus vecinos, del clima...

—Tú has estado en Chiapas. Sabes muy bien cómo es el clima allí.

Pero como sentía nostalgia de Villaflores, su pueblo de montaña, me contó muchos detalles. Me habló de los escándalos y los héroes locales, del chico que llegó a ser una estrella del fútbol, de la mujer que hacía los mejores tamales, de la parte del río donde nadaban los niños pequeños, del día en que los federales quemaron los campos de marihuana y todo el mundo se colocó con el humo, y del cura, el padre Ruiz, que tenía una novia y dos hijos secretos. También me habló de las personas del pueblo que habían cruzado la frontera de los Estados Unidos con la ayuda de coyotes y de los cárteles y que estaban trabajando en granjas de California. Y del viaje que ella había hecho en autobús a la costa, a La Angostura y a San Cristóbal.

Al contarme estas historias, Angela se puso triste, se emocionó mucho y se quedó en silencio. Y al final me dijo:

—Cuando tenga bastante dinero, volveré a casa.

—Y te casarás y tendrás hijos —le dije, para ver qué contestaba.

—Eso no es para mí —me contestó, riéndose.

Yo no suponía una amenaza para su virtud. Supe portarme como un amigo. La escuché, la animé, la elogí. Ella me ayudaba con el subjuntivo: *Si hablara español mejor, no tendría que ir a clase. Llámame cuando quieras. Si yo fuera rico...*

—No sé qué quieres de mí —me dijo.

Quería lo que podría querer cualquier hombre, que una noche llamaran con suavidad a la puerta, y abrir y encontrarme a Angela en los escalones de la entrada, con el pelo recogido, los ojos brillantes, una sonrisa ligeramente ebria en el rostro y la piel suavísima, con una capa negra y unos pequeños zapatos rojos —algo inesperado, a las nueve de la noche, por ejemplo—, y que al venir a abrazarme se le abriera la capa, mostrando su ropa interior de encaje, su breve camisón, su lencería, y tal vez que llevara una botella de vino en la mano. Una fantasía masculina, que es aún mejor por mantenerse en el plano de las fantasías.

Angela no era guapa. Yo tenía ganas de decirle que odiaba a los grandes actores, que las grandes bellezas me daban risa, que las grandes comidas me parecían ridículas. Angela tenía salud, tenía fuerza y tenía gracia, de modo que también tenía poder. Era leal y amable y capaz, y tenía el tamaño

perfecto. Era alguien a quien confiarías tu vida, o la vida de tu madre.

—¿Que qué quiero? —le dije—. Quiero que hagas lo que estás haciendo: ayudar a mi madre.

No solo era muy habilidosa en su trabajo; también era serena, lo cual tenía un efecto balsámico sobre madre. Con frecuencia me encontraba a Angela arrodillada delante de madre, dándole un masaje en los pies, manipulando delicadamente los afilados huesos y los fibrosos tendones, las articulaciones artríticas hinchadas y abultadas.

—Es para la circulación —decía Angela.

—Esta es Angela —decía madre, acariciándole el pelo.

—Tócalos. Los tiene muy fríos y rígidos. Apretar un punto en el pie es bueno para todo el cuerpo —y pellizcaba uno de los dedos, diciendo—: Este es su hombro. Vamos, tócalos. Los tiene muy fríos.

—Te creo.

No era capaz de tocar los pies huesudos de madre.

Al cabo de unos minutos, Angela decía que tenía que salir.

—Tú quédate con madre. Ahora vuelvo.

Al regresar a la habitación, me miraba muy atentamente, como si quisiera averiguar lo que había dicho o hecho. Ya me había dado a entender que era demasiado abrupto y que me quedaba con madre muy poco tiempo. Angela intentaba percibir el grado de calidez que había en la habitación.

Uno de esos días, cuando regresó, me encontró en el pasillo. Yo ya me estaba yendo a casa. Miró en todas direcciones, para ver si había alguien que pudiera oírnos, y después me dijo en voz baja:

—¿Le has dicho a madre que la quieres?

—Por supuesto. *Claro*.

Angela me miró fijamente. ¿Se habría dado cuenta de que le estaba mintiendo? Me dije que le diría a madre que la quería en cuanto pudiera, y me pareció que así la mentira no era tan grande.

—Porque eso es una medicina. El amor es una medicina.

Lo curioso es que yo estaba decidido a decirle a madre que la quería, pero no tanto por complacerla a ella como para impresionar a Angela y obtener su aprobación. Sospechaba que, si Angela preguntaba eso, era porque creía que un hombre que no puede decirle a su madre que la quiere, sintiéndolo de verdad, era incapaz de tener una relación cariñosa con una mujer como la propia Angela. En ese punto, la psicología *amateur* se solapaba con la

sabiduría popular, dos campos relacionados y dominados por la simplicidad y las evidentes supersticiones. Pero yo ansiaba que Angela tuviera una buena opinión de mí, y deseaba oscuramente algo más que eso.

La posibilidad de que la amistad y el cariño dieran paso al amor me hacía feliz. ¿Por qué es importante el amor? Porque proporciona esperanza y, sobre todo, porque supone una promesa de futuro. Amar implica un mañana. Los amantes asumen riesgos, hacen planes, creen que dentro de muchos años seguirán enamorados, y la intensidad del amor permite que la mente se concentre y que se mantenga sana.

El amor maduro mira más allá del deseo sexual. A mi edad eso ya se sabe, se conocen sus placeres y sus engaños. Y quienes se han criado en la pobreza, como Angela, son especialmente prácticos a ese respecto, ya que toda su vida está dedicada a sobrevivir; el sexo, para ellos, es algo secundario y arriesgado, y el deseo es una distracción. Yo había llegado ahora al conocimiento que ella había adquirido años atrás: que el amor implicaba confianza. Angela necesitaba sentirse segura, tener la certeza de que yo la protegería y también protegería a su familia. En ese sentido, el hecho de que yo fuera mucho más mayor era un punto a mi favor. Yo había adquirido el estatus de un protector. Por eso ella necesitaba verme más cariñoso con madre. Si yo demostraba que tenía la capacidad de proteger a aquella frágil anciana, Angela me miraría con mejores ojos, porque lo que a ella más le importaba, mucho más que tener ropa buena o un coche o joyas, era la supervivencia de su familia. Esa era una lección que no habíamos aprendido de madre. Angela no era egoísta por querer perdurar y subsistir; obedecía a un instinto animal que la había vuelto decidida, capaz de resistir la tentación. Empecé a verla como a alguien triunfante, por lo fuerte que era su espíritu animal.

Y yo había estado dormido. Otro aspecto del amor era la vitalidad. Con Missy Gearhart, mi desafortunada prometida, el amor —o lo que pasaba por amor— había tomado la forma del trabajo. «Tienes que trabajar eso», me decía. «Tenemos que arreglarlo». «Tienes que hacer un esfuerzo para cambiar de actitud». Todo era un trabajo, la vida era un trabajo, la salud era una obligación («Me estoy trabajando los glúteos», decía también, haciendo ejercicios tumbada en el suelo). Con Angela, el esfuerzo que debía hacer me resultaba placentero, de modo que tenía muchas ganas de complacerla. Fue todo un despertar.

También madre había estado más viva durante esas semanas de invierno.

«Llévame a dar una vuelta», decía, refiriéndose a que la paseara por los espacios comunes de Arcadia en su silla de ruedas. Nunca hablaba de la muerte. Hacía planes. «La semana que viene hay un concierto», estábamos en febrero. «El Día del Presidente hay una cena»[\[37\]](#).

Para madre, ahora había un mañana. Ella vivía teniendo en cuenta que habría una siguiente semana, un siguiente año, un siguiente cumpleaños. Eso era consecuencia de los cuidados de Angela, de que alguien la quisiera. Y yo todavía tenía que decirle esas palabras.

Llegó una circular de Fred —un boletín enviado por correo electrónico— que amenazó con acabar con todo. Tras su jubilación, había adquirido la costumbre de tratarnos como si fuéramos sus socios minoritarios, conducta que indicaba cómo había gestionado su bufete. A lo largo de los años, como era el hermano mayor —el principal accionista de la empresa familiar—, había enviado un montón de circulares. En otra época enviaba cartas por correo, o repartía unas hojas en las comidas familiares. Ahora era un correo electrónico. Yo pensaba que, con madre en Arcadia, ya nunca volveríamos a recibir esas interminables circulares.

*Me ha llamado la atención...*, empezaba este, y después vi que se titulaba «ANGELA» y que consistía en cinco párrafos numerados y diversas subsecciones encabezadas por letras entre paréntesis, siguiendo el orden alfabético, y un apéndice. Le eché un vistazo rápido y empecé a alterarme.

—Fred es el más taimado de la familia —solía decir Floyd—, así que, como es natural, también es el más dado a la suspicacia. Se cree que todo el mundo es como él.

*Angela pasa mucho tiempo con mamá,* continuaba la circular. *Su presencia es constante. Está en la habitación de mamá, la lleva a todas partes en la silla de ruedas y se la ha visto mirando en los cajones de mamá, donde esta guarda sus pertenencias más valiosas.*

Yo me había preguntado si saldría este tema cuando Franny y Rose afirmaron que madre se estaba mostrando más fría con ellas, más distante; me pareció que podían interpretar los cuidados de Angela como una forma de

manipulación.

*Hay una lamentable tradición, continuaba Fred, de cuidadores que se inmiscuyen en la vida de sus clientes y ejercen una presión sutil por medio de la cual acaban convertidos en los principales herederos o, con frecuencia, en los únicos herederos.*

Retrataba a Angela como una funcionaria artera, desesperada, entrometida y codiciosa (*Incluso la dirección de Arcadia está preocupada*) que se había ganado el afecto de madre y se estaba aprovechando de ella.

*Hay que comprobar la situación de su visado y de su permiso de residencia, escribía Fred, antes de pasar a hablar de otro de los pecados de Angela, quizá el peor de todos: Hay momentos, y yo he sido testigo de algunos, en que madre cree completamente que Angela es hija suya.*

Había algunas cosas más, y todo desembocaba en una conclusión ominosa: *He solicitado en Arcadia que tomen cartas en el asunto.*

Llamé a Angela. Ya estaba bien entrada la tarde. Estaría ocupada con el carrito de la comida, repartiendo la cena por las habitaciones. No contestó.

Al tratar de contestarle a Fred, me puse tan nervioso que me equivocaba de tecla una y otra vez, así que me monté en mi Jeep y conduje los ocho kilómetros que había hasta Yarmouth, donde vivía él. Esa mañana había nevado y luego había granizado, y ahora las carreteras estaban heladas, de modo que tenía que ir muy despacio, y mi impaciencia y mi furia se retroalimentaban.

Fred estaba en el camino de entrada de su casa, inclinado sobre una pala de nieve enorme, y con el brazo bueno arrancaba el hielo que se había formado en las rodadas. Con su sombrero de lana y su abrigo demasiado grande y sus botas de goma, respirando con dificultad, me recordó a papá. Pero probablemente también yo me pareciera a papá, quien, tras jubilarse, se convirtió en una especie de conserje, pues disfrutaba de las tareas manuales: enarenar, pintar, cambiar tejas, reparar goteras. Fred oyó la llegada del Jeep, levantó la vista, se dio la vuelta y bajó de nuevo la cabeza para continuar golpeando las capas de hielo con la pala, lo cual fue lo más irritante de todo.

—Acabo de recibir tu correo.

—¿Acabas de recibirlo? —no me miró a la cara—. Lo mandé hace dos días.

—No miro el correo a diario —le dije—. Escucha, te estás equivocando. Angela le hace mucho bien a mamá.



—Ya me he ocupado de ello.

Seguía dándome la espalda, partiendo el hielo torpemente con la pala.

—Pensaba que este era un tema que íbamos a discutir.

Tenía ganas de darle un puñetazo o de quitarle su ridículo sombrero.

—Lo era. Pero tú no contestaste —cortaba el hielo, lo partía en trozos, y el hecho de que lo hiciera con tanta torpeza volvía más ofensiva aún su conducta grosera—. Franny y Rose están de acuerdo conmigo.

—¿En qué están de acuerdo? Por Dios, ¿puedes parar un minuto y mirarme?

Se volvió lentamente hacia mí. Iba sin afeitarse, estaba enfadado y me miró con odio.

—Yo sé por qué has venido —dijo—. ¿Crees que no te han visto con tu amiga Angela?

—¿De qué estás hablando?

—En el sitio ese de pizza. Y en otros.

—¿Quién es el chivato que te ha contado eso?

—Así que es verdad, ¿eh?

—Pasamos la mayor parte del tiempo hablando de mamá.

Soltó una risita despectiva.

—De mamá, a quien evidentemente no has ido a ver en los últimos dos días. Porque, si hubieras ido, sabrías que tiene una nueva enfermera. Ya no se encarga de ella Angela, quien, como te he dicho, la estaba manipulando.

—Lo que estaba haciendo era darle de comer, bañarla y hacerle masajes en los pies.

—¿Y qué iba a sacar ella de eso? —Fred levantó inquisitivamente una ceja, como solía hacer. Es probable que lo considerara una cosa muy aguda, pero hacía que pareciera un pésimo actor tratando de hacer de malo—. Y, lo que es más importante, ¿qué ibas a sacar tú?

—¿Piensas que me he metido en una especie de conspiración para estafar a mamá?

Me miró fingiendo incredulidad, crispándose —seguía con su actuación— y contestó recurriendo a un lugar común del teatro barato:

—Sinceramente, no sé qué pensar.

—Mamá dependía de Angela —le dije, con la voz ronca por la rabia.

Él asintió.

—Legalmente se llama «abuso económico de personas mayores».

Solo entonces me di cuenta de que me había quedado fuera de juego. Llevaba tres días sin ver a Angela; confiado y optimista, me había dedicado a escribir mi libro. Lo último que había hablado con Angela sobre madre era lo de si le había dicho que la quería. Yo le había contado que sí, pensando que estaba dispuesto a hacerlo, y había sentido curiosidad por saber cómo reaccionaría madre ante tamaña declaración de amor, inesperada e inaudita.

Así que la destitución de Angela del puesto de enfermera y cuidadora de madre, la prohibición de que entrara a su cuarto y la implicación de que tenía malas intenciones y de que yo formaba parte de un complot ya eran cosa del pasado.

Fred me había dado la espalda. Yo lo rodeé, le miré a la cara y le pregunté:

—¿Por qué no comentaste nada de Angela antes? En la mariscada, por ejemplo.

—No me preguntaste.

—¡No te pregunté porque mamá estaba feliz! —le dije mientras Fred volvía a girarse y partía una capa de hielo con la pala. Me planté de nuevo delante de él—. Feliz y sana y fuerte.

—Ya no batea con tanto vigor como antes.

—¿Qué opina Gilbert?

—Está en Faluya.

—¿Y Floyd?

—Está loco.

—A Hubby le caía muy bien Angela —protesté.

—Hasta que os vio cogidos de la mano en Punchy's Pizza, en Marstons Mills.

Cayó la oscuridad mientras estábamos discutiendo en el camino de entrada de la casa de Fred, sobre la nieve y las esquirlas de hielo, y la oscuridad trajo una escarcha negra. Los charcos, en unos minutos, quedaron cubiertos con una fina corteza de hielo; la nieve húmeda se había endurecido y crujía bajo nuestros pies. Sentí ganas de quitarle la pala a Fred y golpearlo con ella hasta dejarlo inconsciente.

—Dios, cómo odio a esta familia.

—Apártate, estoy intentando trabajar.

—Voy a ir a Arcadia. Lo arreglaré todo. No puedes tomar las decisiones tú solo. Mamá dependía de ella.

—Ella quiere su dinero.

—Ella es la que la mantiene con vida, gilipollas.

Me había vuelto a dar la espalda.

—No te van a dejar entrar. Es tarde. No dejan entrar visitas después de las siete.

—Iré mañana. No puedes impedírmelo.

—Voy a llamar por teléfono —dijo con un tono de voz amenazante—. Voy a llamar ahora. No voy a permitir que le des un disgusto a mamá. Su cumpleaños es la semana que viene. Está deseando que llegue.

—Llama. Haz lo que quieras. Hay una cosa que quiero decirle. No tiene nada que ver contigo. Voy a ir mañana.

Aunque seguía de espaldas, oí cómo soltaba un resoplido burlón y, al mismo tiempo, levanté la vista y vi a Erma en la ventana, a contraluz, con el pelo brillante.

Intentando marcharme de un modo dramático, me dirigí a mi Jeep a toda prisa y resbalé en el hielo. Luego me costó un poco arrancar el motor, y estuve pateando el acelerador y dándole con fuerza a la llave de encendido. Cuando logré poner en marcha el coche, las ruedas empezaron a girar sobre la nieve mientras el Jeep patinaba hacia atrás, y por último, al llegar a la carretera, estaba tan resbaladiza que perdí el control del vehículo y me estampé contra un montón de nieve.

Y no hubo mañana, solo otra circular de Fred. La leí cuando me desperté, a las nueve. La furia que sentía hacia él me había dejado agotado, de modo que dormí hasta tarde.

*Acabo de hablar con Arcadia. Madre ha fallecido serenamente esta mañana. La encontraron a las 7:20 en su silla favorita, con el Cape Cod Times abierto en su regazo por la página del crucigrama, iluminada por el sol que entraba por la ventana.*

Y después, dos párrafos más sobre la organización del funeral, las flores que debíamos comprar y todos los detalles de los diversos ataúdes que podíamos elegir.

## 58. Desconocidos

Entonces tuvieron lugar el velatorio de madre y el funeral de madre. Nos los habíamos imaginado durante décadas, pero nunca habíamos comentado ni una palabra sobre el asunto. No nos provocaron ninguna ansiedad porque eran rituales, con todo lo que tienen los rituales de inevitable. La satisfacción que provoca esta clase de ceremonias —un festín caníbal, una misa solemne, un bautismo, un entierro— se debe a que ha sido practicada innumerables veces a lo largo de los años y te evita tener que pensar. Lo único que hace falta es que vayas. No se te exige que seas espontáneo; de hecho, se prefiere que no lo seas, ya que podrías alterar la secuencia de gestos ceremoniales de consuelo. Estábamos despidiéndonos de madre, y con toda la emoción y el desorden potencial —gritos, lágrimas, la histeria que provoca la pérdida—, necesitábamos la contención que proporcionan las fórmulas predecibles de un ritual y su pulso inalterable, su manera mecánica de avanzar paso a paso.

De la noche a la mañana, esa última semana de invierno, había llegado el deshielo a Cape Cod. Una buena parte de la nieve sucia que había a los lados de las carreteras y senderos se había derretido; las escamosas placas de hielo se habían vuelto más finas y rugosas; en muchos lugares, la tierra estaba negra y pegajosa; todo era más desagradable: las calles estaban húmedas y los árboles no dejaban de gotear. Se trataba de las primeras señales de la época en que todo se llena de barro, que exponían la fealdad de la tierra empapada, que pronto habría que cavar para hacer una tumba.

En medio de ese caos y esa incertidumbre, los rituales del velatorio y el funeral, como los insistentes protocolos en los ritos de enterramiento de una tribu salvaje, nos mantenían firmes. Estábamos demasiado viejos, demasiado confusos y demasiado agotados como para pensar con claridad. Necesitábamos ayuda en el proceso de enterrar a madre.

Debido al tiempo que hacía —frío, viento, chaparrones—, llevábamos sombrero.

Hubo una avalancha, como una marea, de desconocidos y de gente que yo apenas conseguía reconocer, y una concentración de miembros de la familia que vivían lejos: Julian y Harry vinieron desde Londres, sin sus mujeres e hijos pero acompañados por su madre, mi primera esposa, Diana, y su compañero Piers, el fotógrafo; mi segunda esposa, Heather, y su nuevo marido; y Melissa Gearhart («Missy», me dijo cuando vino a saludarme, como si yo pudiera no reconocerla, cosa que estuvo a punto de suceder), recién divorciada, la bala que yo había esquivado, con Madison, que se había casado y tenía una criatura de pelo largo, que no sé si era niño o niña, llamada Sky; y Mona, desde un pasado remoto, con nuestro hijo Charlie. Mi anómalo pasado me brindaba todas esas personas que habían acudido a presentar sus respetos y venerar a madre, y todas ellas, las jóvenes y las viejas, estaban más grises, más pesadas, más sombrías; me parecían desconocidos.

Mi pasado se había despertado y concentrado como en uno de esos sueños delirantes, grotescos y superpoblados. De hecho, todas y cada una de las características de la situación hacían que se asemejara a un sueño; era irracional, improbable y cruel, y se desarrollaba con lentitud, aunque siguiendo su propio e inescrutable ritmo, de un modo imparable, y era imposible salir de ella.

Nadie habló mucho. ¿Qué se podía decir? «Lo siento mucho». «No sufrió». «Tuvo una buena vida». «La echaré de menos». «¿Cómo lo llevas?».

Los extraños sentimientos de la gente que apenas la conocía, o no la conocía en absoluto, los tópicos de los desconocidos que no nos consolaban nada, sino que nos interrumpían en nuestra aflicción, como si madre los hubiese convocado para hacernos sentir incluso más desdichados.

—Tu madre lo tenía todo —me dijo alguien. ¿Un primo? ¿Un pariente político? ¿El hijo mayor de algún familiar o conocido? Se trataba de un hombre corpulento que estaba quedándose calvo y que me dio un abrazo bastante incómodo.

Su comentario me hizo mirar a madre. Se la veía muy pequeña y delgada en su caja oblonga, parecida a una muñeca, y muy cambiada desde la última vez que la había visto, con el maquillaje que llevaba. Era otra desconocida.

Nos quedamos de pie, cerca del ataúd abierto, codo con codo, formando una línea para recibir a la gente. Ahí estábamos Fred, Floyd, Hubby, Gilbert, Franny, Rose y yo saludando a parientes cuyos nombres apenas recordaba y

escuchando sus suspiros de apoyo y el coro de cacareos.

Angela también fue a la funeraria, pero se quedó en una esquina, en el extremo opuesto de la habitación. Era demasiado tímida para sentarse. Su rostro brillaba, rebosante de ternura. Tenía la mirada fija en el ataúd, donde yacía el escuálido cuerpo de madre con los dedos huesudos entrelazados sobre la blusa rosa.

En el pasado, considerábamos que los cumpleaños y las bodas eran ocasiones perfectas para ajustar cuentas, para hacer comentarios burlones y decir frases ingeniosas y crueles. ¡*Chúpate esa!* Pero un funeral era diferente, se hablaba en voz muy baja, adoptando una expresión solemne y sin hacer movimientos bruscos. Era un ritual que consistía en reprimirse, en susurrar y en amortiguar las emociones.

Hijos, nietos, bisnietos..., un montón de gente. ¿Quiénes eran? ¿De parte de quién venían? ¿Cómo se llamaban? Más desconocidos, los vasallos y los disidentes del remoto país que era la tierra madre.

—¿Cómo estás, papá? —me preguntó Julian, dándome un abrazo. Era mucho más alto que yo, y el abrazo me supuso un consuelo.

—Como siempre, pensando en *David Copperfield*.

—Me encanta David Copperfield —dijo Jonty, que estaba por ahí cerca. Lo miré con compasión—. Una vez fui a verlo a Las Vegas con Loris y Jilly.

Jonty, que había sido un diablillo, se había convertido en un hombre de mediana edad con el rostro curtido. Decía que hacía *footing*. Benno y Bingo tenían un aspecto muy desaliñado. Los hijos de Fred hablaban entre ellos. Su hijo Jake se había hecho enormemente rico tras abandonar la programación informática para dedicarse a crear aplicaciones para iPhone que detectaban el gluten, los cacahuetes, el glutamato monosódico o el jarabe de maíz de alta fructosa de la comida de los restaurantes.

—Basta con apuntar el teléfono a la comida —dijo, indicando cómo hacerlo. Después le dio un golpecito al teléfono que tenía en la mano y empezó a mostrar unas fotos de su yate en las Maldivas.

—¿Te acuerdas de cuando te comiste un vaso de poliestireno? —le preguntó Hubby, estirando el cuello para ver las fotos.

—Montaigne se equivocaba con respecto a la muerte —dijo Floyd—. Decía que la gente que muere de vieja no es una persona entera. «Dios es piadoso con aquellos a los que quita la vida lentamente». Envejecer es una ventaja, dice, porque solo muere media persona, o un cuarto de persona. ¡No

es verdad! Madre era una persona entera. Al final de su vida, estaba tratando de resolver un crucigrama. ¿Sería una falta de tacto preguntar qué palabra estaría intentando encontrar? Siento que de aquí va a salir un poema.

En busca de algún desahogo, me acerqué a Angela y la abracé. Me reconfortó poder aferrarme a ella, estrechar su cuerpo contra el mío, sentir la vitalidad de sus brazos y su carne, el consuelo de su fuerza. A su lado, me parecía que era más honesto, más íntegro.

—Te quería mucho —le dije—. Como a una hija.

Angela estaba demasiado conmovida para hablar. Creía en el más allá: madre se encontraba en un cielo mexicano, lleno de flores y vestidos con volantes y mariachis con sombreros de ala ancha tocando la guitarra. Para Angela, madre no estaba muerta, sino que simplemente había cambiado de lugar para disfrutar de su recompensa, del siguiente nivel, de una eterna *fiesta*.

—Gracias por venir —le dije.

Me cogió la mano, calentándomela, permitiendo que la sangre palpitara en ella. Y después me la soltó; un hombre se había acercado y me estaba mirando.

—Probablemente no te acuerdas de mí —le dije. Llevaba todo el día diciendo lo mismo—. Soy Jay.

Era un hombre de rostro rosáceo con el bigote y el pelo canosos, amarilleando en algunas zonas.

—Somos del barrio —me dijo.

—Madre lamentó mucho marcharse del barrio. ¿Dónde vivíais?

—No, somos de este barrio —dijo, con la irritación de quien ha sido corregido, y señaló lo que se veía por la ventana con el pulgar.

—¿Conocíais a mi madre?

—No, nosotros... —molesto, titubeó y desvió la mirada.

Entonces intervino la mujer que había a su lado.

—Los sábados solemos ir a dar una vuelta en coche por el sur de Cape Cod. Pero las carreteras no son nada seguras con tanto hielo medio derretido.

—¿Y por eso habéis decidido venir al velatorio de mi madre?

La mujer chasqueó la lengua mientras me dirigía una mirada hostil, y soltó un suspiro a modo de objeción, mientras el hombre del bigote se sacó un inhalador de plástico del bolsillo y empezó a aspirar con fuerza, como haría un porrero con una cachimba. La otra pareja estaba detrás de ellos, con el

calzado húmedo, empapando la moqueta, estirando y contrayendo los dedos.

—No sé qué problema hay —dijo al fin el hombre del inhalador.

Antes de que yo pudiera contestarle nada, Rose, que se había acercado sigilosamente a escuchar, dijo:

—Creo que ya es hora de que se marchen.

Habló con tanta ferocidad que los cuatro desconocidos se fueron de inmediato. Entonces me dio la espalda.

—Van a cerrar el ataúd —gritó Fred.

Uno tras otro, guardando turno, nos arrodillamos ante el cuerpo de madre.

Yo fui el último. Ordené en mi cabeza las dos palabras que quería decirle y después las susurré frente a la cara harinosa de madre y esperé a ver cómo reaccionaba. Me pareció que se le dibujaba en la cara su sonrisa triunfal, una sonrisa que yo conocía bien.

La misa de funeral fue otro ritual muy útil, en el que todo el mundo tenía que desempeñar un papel. Estaba la misma gente que en el velatorio e incluso más miembros de la familia, imposibles de reconocer, dado el gran tamaño de la misma. Siempre había pensado en que mi familia era un pequeño hatajo de camorristas enfadados, pero ahí había toda una multitud con ciertos rasgos comunes: gente un tanto encorvada, que caminaba arrastrando los pies, que tenía los ojos bastante juntos y hacía oscilar los brazos. Los ciudadanos emparentados de la tierra madre.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había entrado en una iglesia que me limité a fijarme en lo que hacían los demás, agradecido por el ritual. Rezar no me consolaba, pero servía para pasar el tiempo, atento a los murmullos, los gestos de las manos, las bendiciones, las evoluciones del monaguillo que llevaba el incensario, las volutas de humo. Y después, procedentes de los bancos, los sollozos y los gañidos de pena, semejantes a unas carcajadas estúpidas.

Pensé que mi vida en la tierra madre había sido un desperdicio. Había pasado demasiado tiempo junto a esa familia de malhumorados, que ahora estaba al completo en esa iglesia, venerando el reluciente sepulcro de madre, que no contenía solo sus restos, sino (me imaginaba en mi febril aflicción) toda una época, la furia y el agotamiento de los cuerpos que no dejaban de empujarse, de las manos que trataban de atrapar algo, de las voces semejantes



al graznido del cuervo. No podía rezar y desembarazarme de estas ideas. Parecía estar sufriendo por madre, pero sufría por mí. Me daba cuenta, avergonzado, de que había soportado todo eso o, mejor dicho, de que todo eso había pasado a través de mí, de mi carne y mis tuberías, para emplear la expresión que una vez había usado Floyd para describir el cuerpo humano.

Pero yo seguía ahí, y me pareció que la vejez intensificaba la sensación de estar vivo. Tenía a Julian y Harry a ambos lados, y muy cerca estaba Charlie, de rodillas, con la cabeza gacha, rezando por la mujer que había calificado su nacimiento de vergonzoso. Charlie había entrado en mi vida como un error, y ahora era una bendición. Estábamos vivos, estábamos lúcidos, seguíamos avanzando. Me puse a pensar en su origen accidental, en el año más duro de mi vida, mi mejor año, el año en que fui expulsado de la familia, como lo fue él.

El exilio me había salvado. Hasta que no había llegado a viejo, hasta que no vi lo larga que había sido la vejez de madre, no comprendí que ella era mi musa. Para contar esa historia, necesitaría apoyarme en una historia más amplia, la de mi familia. Me había marchado para vivir mi vida, había regresado a la muerte de papá y me había quedado durante el largo declive de madre. Y ahí estaba ella, tumbada en una gran caja colocada en el pasillo central.

Hay que aprender a olvidar, dice la gente. No hay que aferrarse. Hay que soltar amarras. No hay que quedarse dándole vueltas a las cosas. Pero ese es el peor consejo que se le puede dar a un escritor. Es necesario recordar, incluso quedarse dándole vueltas a las cosas, y escribir nos ayuda a recordar y, al fin, a olvidar. No escribir sobre madre, o escribir sobre ella creando una imagen falsa o más estética, era desperdiciar una experiencia. Verla con claridad y recrearla sobre el papel era darle vida e importancia. Ahí, sentado en la iglesia, sentí esa explosión de energía que siempre había revitalizado a madre en los funerales, la energía de los supervivientes. Me pareció que iba a ser capaz de llevar a cabo la tarea que tenía por delante, ya que mi vida en la tierra madre había sido un inmenso viaje, un viaje del mismo tipo que los que había emprendido tantas veces y narrado en mis libros. Este viaje tenía todos los elementos de los libros de viajes que me habían encantado desde la infancia, estilo *Perdido en la isla de los caníbales*.

No iba a desperdiciar ninguna experiencia, y aunque había lamentado que me llamaran, cuando estaba en México, para que acompañase a madre en sus

últimos años, tal vez eso también hubiera sido esencial, como un ensayo para otra partida, otra vida.

Angela estaba sentada al fondo, con la cabeza gacha, apenada. Al final del servicio, íbamos los siete a los lados del féretro, asentado sobre una camilla con las ruedas de goma, y cuando pasamos junto a ella, eché un vistazo a sus ojos trágicos. Entonces le hice señas para que se acercara y la cogí de la mano y le indiqué dónde tenía que situarse para que fuéramos ocho portadores marchando simétricamente, cuatro a cada lado.

La procesión de coches, bajo la luz del sol, por las carreteras secundarias, junto a los campos nevados y los árboles desnudos; después, el cementerio, más rituales, más oraciones, y el hisopo de oro provocando escalofríos al rociar agua bendita, y nosotros de pie, sin palabras, sobre la nieve pisoteada, el núcleo del evento: los hermanos y Angela. Detrás se apiñaban las exesposas, las antiguas novias, los hijos, los hijastros, los nietos, los bisnietos y un montón de ciudadanos anónimos y perplejos llegados de los rincones más remotos de la tierra madre. Al frente, junto al ataúd de madre, un joven sacerdote estaba recitando una plegaria y haciendo gestos con la mano, inclinado sobre las sagradas escrituras; un completo desconocido que le hablaba a Dios y le recomendaba a madre llamándola por su nombre.

—El suelo está demasiado congelado para cavar —dijo alguien en voz baja. Quizá fuera Hubby—. No se podría ni con una excavadora. Ni con una taladradora.

—¿Y qué van a hacer? —pregunté yo.

Oí unos murmullos y balbuceos y me di cuenta —porque incluso los gruñidos y los susurros son reconocibles cuando nos resultan familiares— de que se trataba de mis hermanos. Nuestros gruñidos no se parecían en absoluto a los gruñidos del resto de la gente.

—Van Gogh dijo que la vida probablemente fuera redonda —le murmuraba Floyd a un sobrino.

—¿Y si guardamos el ataúd en algún sitio?

Alguien soltó un suspiro que me resultó familiar.

—Y si no pueden cavar la fosa hoy, ¿qué pasa?

Subieron la caja de madera barnizada que contenía a madre a una tarima, la rodearon de flores y le pusieron una corona encima. El joven sacerdote seguía

absorto en sus conjuros.

—¿A qué vienen tantas preguntas, Jay? —dijo alguien. Me pareció que era Rose.

—Tengo curiosidad.

—¿Por qué? —un susurro áspero y acusatorio—. ¿Estás escribiendo un libro?

—No incluyas este capítulo —dijo Hubby con voz burlona—. Que sea un misterio.

Justo entonces, una mano pequeña y cálida encontró la mía y me serenó. Me aferré a ella.

Nadie volvió a hablar. No hacía ninguna falta. Madre se había ido, y se había llevado una parte de nosotros con ella.

Tras décadas de batallas tribales —furiosas, sangrientas, dañinas, hirientes—, esa reunión fúnebre representaba una crisis menor. Dos días de una ansiedad moderada. Y por fin ha terminado.

Como desconocidos en un ascensor parado entre dos pisos, contenemos el aliento. Al fin, el cubículo suelta un chirrido y se pone en marcha de nuevo y baja temblando por el hueco y se detiene con una sacudida al llegar a la planta baja. Se abren las puertas. Salimos al aire libre, disfrutando de una libertad repentina, y nos dispersamos en silencio, los ocho, sin mirar atrás.

El sol de la tarde, filoso, cortante, penetra entre los árboles del cementerio, sorprende a los restos de nieve sucia que quedan en torno a las lápidas y lo vuelve todo dorado. Un viento cálido del sudeste hace cosquillas a la tierra y extrae de ella una dulzura, un anticipo de la primavera. Es otro día especial.

*Villaflores (Chiapas), 2015*

## Notas del traductor

- [1] «Conduje mi Chevrolet hasta el dique», parte de esta conocida canción.
- [2] «Este será el día en que yo muera».
- [3] «Mandy, / hay un sacerdote disponible / y sería estupendo...», letra de «Mandy», una canción de Irving Berlin (1888-1989).
- [4] «Así que no te lo pienses. / Aquí tengo un anillo, / ¿no es maravilloso?».
- [5] Los *minstrel shows* eran piezas teatrales en las que unos actores blancos, con la cara pintada y caracterizados como negros, se burlaban, por medio de una imitación exagerada y con canciones, de las costumbres, las creencias y la forma de hablar de los afroamericanos.
- [6] El señor Bones es un personaje habitual en esta clase de espectáculos; se llama así porque toca una especie de castañuelas que originalmente estaban hechas de huesos (*bones*). Todos los chistes que hace el padre en el siguiente pasaje son característicos del humor ingenuo de los *minstrel shows*.
- [7] Otro de los personajes habituales del *minstrel show*. Su nombre también procede del instrumento que toca, la pandereta (*tambourine*).
- [8] «Cuando cantas suavemente una canción / del sur más profundo», versos de «Rock-a-Bye Your Baby With a Dixie Melody», canción de Jean Schwartz, Joe Young y Sam M. Lewis popularizada por Al Jolson.
- [9] El señor Presentador —*Mr. Interlocutor*, en inglés— es el tercer personaje principal del *minstrel*.
- [10] «Rosie, tú eres mi flor, / eres el ramillete de mi corazón. / Sal aquí a la luz de la luna, / que algo bonito, amor, / te voy a decir». Así comienza «Ma Blushin' Rosie», famosa canción de Edgar Smith (1857-1938) y John Stromberg (1853-1902) que también interpretó Al Jolson.
- [11] «Te daré un millón de besitos / si me cantas el Swanee River», versos pertenecientes a «Rock-a-Bye Your Baby with a Dixie Melody».
- [12] «Cuando la vida parece llena de nubarrones y lluvia / y yo no siento más que dolor, / ¿quién cuida de mi mente desbocada?», versos de la canción «Nobody», de Bert Williams (1874-1922) y Alex Rogers (1876-1930).
- [13] «Cuando a lo largo del día todo sale mal / y llego a casa en busca de la felicidad, / ¿quién me da un beso encendido?», otro fragmento de «Nobody».
- [14] «Nunca le he hecho nada a nadie, / nunca le he quitado nada a nadie, ¡ni una vez! / Y hasta que alguien no me dé algo, alguna vez, / no voy a hacer nada por nadie, ¡ni una vez!», un fragmento más de «Nobody».
- [15] «Noventa años sin parar, / tic, tac, tic, tac, / contando los segundos toda la vida, / tic, tac, tic, tac. / Pero se detuvo —para no ponerse en marcha nunca más— / cuando el anciano murió». La canción «My Grandfather's Clock» la compuso Henry Clay Work (1832-1884).
- [16] «Las noches salvajes, las noches salvajes», comienzo del conocido poema de Dickinson (1830-1866), al que también pertenecen los versos citados a continuación: «¡Las noches salvajes serían / un lujo para ti y para mí!».
- [17] Ambas expresiones, en español en el original.

[18] En español en el original.

[19] *Bring 'Em Back Alive*, de Frank Buck (1884-1950), y *Wrecked on Cannibal Island; or Jerry Ford's Adventures Among Savages*, de Fenworth Moore, pseudónimo de Harriet S. Adams (1892-1982) y Edna C. Squier (1896-1977).

[20] El concepto de «muerto agradecido», del antropólogo Claude Lévi-Strauss (1908-2009), se dice en inglés *grateful dead*; Grateful Dead es también un famoso grupo de música liderado por Jerry Garcia (1942-1995).

[21] El autor se refiere a que en la palabra *brother* («hermano») está la palabra *other* («otro»).

[22] Célebre frase que pronuncia uno de los asesinos de *Macbeth* cuando le dicen que esa noche va a haber lluvia.

[23] *Granma* es una forma popular de *grandma* («abuela»).

[24] *Nuts* significa «nueces», pero también «locos».

[25] El apellido Silverstone significa literalmente «piedra de plata». Floyd puede referirse al señor y la señora Silverstone, una pareja de egocéntricos que aparece en *Sketches of young couples*, de Dickens.

[26] Asociación que defiende la legalización de las relaciones sexuales entre adultos y menores.

[27] Se trata de versos de Philip Larkin (1922-1985).

[28] Alusión a un poema de Robert Browning (1812-1889).

[29] Meals on Wheels —literalmente, «comida sobre ruedas»— es una organización que se encarga de proporcionar comida a domicilio a los ancianos que no están en condiciones de cocinar.

[30] En español en el original, como el resto del texto en cursiva de este pasaje.

[31] Comienzo de un conocido poema de Robert Browning (1812-1889).

[32] En inglés, *March fourth*, que suena casi igual que *March forth* («marchen hacia delante»).

[33] Estadio de béisbol de Boston.

[34] Durante la guerra de la Independencia norteamericana, se empleó el campanario de esta iglesia para avisar por dónde atacaban las tropas británicas encendiendo allí uno o dos faroles.

[35] El Coconut Grove, un club nocturno de Boston, se incendió en 1942. Murieron casi quinientas personas.

[36] En español en el original, como el resto del texto en cursiva de este pasaje.

[37] Festividad que se celebra el 19 de febrero.

## La esperada gran novela de Paul Theroux, fruto de años de reflexión literaria y afectiva.

### El retrato de una madre única que también se parece a todas.



«Uno viene de una familia como de una tierra lejana. La nuestra era un caso aparte, con sus propias costumbres y crueldades.»

Para los habitantes de Cape Cod, madre es un ejemplo de piedad, austeridad y trabajo duro. Para su marido y sus siete hijos, es egoísta, a veces mezquina, siempre tirana y disfruta enfrentándolos entre sí. Angela, su favorita que murió en el parto, es la única capaz de entenderla, según dice a los demás. Entre estos se incluyen Fred, un abogado de oficio; Floyd, un divertido profesor; un par de inseparables hermanas cuya devoción por la figura materna ha consumido sus vidas, y JP, el narrador, un escritor de éxito cuyo trabajo menosprecia.

*Tierra madre* es un punzante retrato del impacto que el narcisismo materno puede tener en una familia, un cautivador, doloroso y a menudo divertido relato sobre una gran familia que discute, conspira, se confabula y finalmente vence los dolorosos lazos que la unen.

#### Reseñas:

«Leer *Tierra madre* es como ver un accidente de coche a cámara lenta. Es un ejercicio sobre la mezquindad y los ajustes de cuentas. También es divertido. Theroux posee un sentido del humor fabuloso y canalla.»

Stephen King, *New York Times Book Review*

«Theroux nos brinda la que posiblemente sea su mejor novela: un cautivador, emotivo y despiadado análisis de la familia y de uno mismo. Su prosa triunfa. Sobresale en su representación del tiempo y el espacio. Una agrídulce y

brutal saga familiar que ofrece la suficiente redención como para que el viaje merezca la pena.»

*Shelf Awareness*

«Theroux ha tratado los problemas familiares antes..., pero en *Tierra madre* ha pasado a otro nivel. Disparatada e impredecible. Su prosa es suave en sus insinuaciones y feroz en sus zarpazos. Fusionando angustia y regocijo, Theroux evoca algo memorable: un reino del que muchos provienen y al que algunos de nosotros no queremos volver.»

*The Boston Globe*

«Theroux está más en forma que nunca.»

*Kirkus Reviews*

«Página a página, *Tierra madre* cautiva y divierte. Una afilada comedia doméstica sobre la avaricia, el resentimiento y los lazos que ahogan. El final es emotivo y adecuado. Comedia y tragedia se despliegan a partes iguales.»

*Portland Press Herald*

«Rica en detalles, intrincada y oscura.»

*Library Journal*

«Theroux sirve una humeante sopa de familia disfuncional.»

*Vanity Fair*

## Sobre el autor

**Paul Theroux** (Medford, Massachusetts, 1941) es uno de los escritores más reconocidos del mundo. *El gran bazar del ferrocarril* (Alfaguara, 2018) lo catapultó a la fama en 1976 y constituye un clásico de la literatura de viajes. En su prolífica obra destacan títulos como *Tren fantasma a la Estrella de Oriente* (Alfaguara, 2010), *El Tao del viajero* (Alfaguara, 2012) y *El último tren a la zona verde* (Alfaguara, 2015), o novelas como *La costa de los mosquitos* (adaptada al cine por Peter Weir y por la que recibió en 1981 el James Tait Black Memorial Prize), *La calle de la media luna*, *Hotel Honolulu*, *Elefanta Suite* (Alfaguara, 2008), *Un crimen en Calcuta* (Alfaguara, 2011) y *En Lower River* (Alfaguara, 2014). Tras la muerte de su madre pudo dar por terminada *Madre patria*, su desgarradora novela autobiográfica en la que llevaba años trabajando.



Título original: *Mother Land*

© 2017, Paul Theroux

Todos los derechos reservados

© 2018, Mariano Peyrou por la traducción

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3272-4

Imagen de cubierta: © Getty Images

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Tierra madre

Citas

Primera parte

1. Madre del Año
2. Es lo mejor
3. ¿Crees en el rock and roll?
4. Juramentos de lealtad
5. El señor Bones
6. Tierra madre
7. La vida doméstica
8. Bailes nupciales
9. Abnegación
10. El mejor año de mi vida
11. Secretos
12. La revelación
13. Visitas
14. Cuchicheos
15. Marginado
16. El maldito loco
17. Deportividad
18. Una segunda infancia
19. Los efectos secundarios de la melancolía

Segunda parte

20. Vacaciones
21. Traidores
22. A diez minutos de madre
23. El Acre
24. La casita de campo
25. Peleas
26. Recordatorios
27. La carta
28. Charlie

- [29. Tarjetas de cumpleaños](#)
- [30. Una tarta de piña](#)
- [31. Picar está en mi naturaleza](#)
- [32. Cuñas radiofónicas](#)
- [33. Sigilo total](#)
- [34. Premios](#)

#### [Tercera parte](#)

- [35. El álgebra del amor](#)
- [36. Cheques y saldos](#)
- [37. El desafío](#)
- [38. Cenas calientes](#)
- [39. Un nido de víboras](#)
- [40. Pecado mortaaal](#)
- [41. ¿Qué haces aquí?](#)
- [42. Malas noticias](#)
- [43. Padrino de boda](#)
- [44. Vencedores](#)
- [45. Extraños](#)
- [46. Mi musa](#)

#### [Cuarta parte](#)

- [47. Pastoril](#)
- [48. \*Angor animi\*](#)
- [49. La superviviente](#)
- [50. Las Benévolas](#)
- [51. El siglo de madre](#)
- [52. \*Memento mori\*](#)
- [53. Lo desconocido](#)
- [54. Arcadia](#)
- [55. Mariscada](#)
- [56. Angela](#)
- [57. Boletines informativos](#)
- [58. Desconocidos](#)

#### [Notas del traductor](#)

#### [Sobre este libro](#)

#### [Sobre el autor](#)

#### [Créditos](#)